

José Amador de los Ríos

**ESTUDIOS HISTÓRICOS,
POLÍTICOS Y LITERARIOS
SOBRE LOS JUDÍOS
DE ESPAÑA**

CLÁSICOS DE HISTORIA 572

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

**ESTUDIOS HISTÓRICOS,
POLÍTICOS Y LITERARIOS
SOBRE LOS JUDÍOS DE ESPAÑA**

Madrid 1848

https://books.google.es/books?id=3aS_ybNC4QIC&hl=es

CLÁSICOS DE HISTORIA 572

ÍNDICE

Al lector.....	8
Introducción.....	10

Objeto de esta obra. Preocupaciones históricas. Preocupaciones literarias. Los senados y academias de Persia. Su influencia. Los judíos avasallados y oprimidos por los árabes. Influjo de Araun-Ab-Raschid y de Almanum en la civilización árabe. Academias de Córdoba y de Toledo. Carácter de la literatura rabínica. Sus condiciones entre los árabes y los cristianos. Edades de los hebreos españoles. Los judíos carecieron de bellas artes. Causas de este hecho. Distribución y método de esta obra.

ENSAYO PRIMERO. RESEÑA HISTÓRICO-POLÍTICA.

I. Emigraciones de los judíos. Su estado bajo la monarquía visigoda. (70-300-711).....	17
Venida de los judíos a España. Concilio iliberitano a principios del siglo IV. Concilios de Toledo III y IV. Edicto de Sisebuto. Concilio X de Toledo. Recesvinto. Wamba. Concilio XVI. Egica. Concilio XVII. El rey Witiza. Corrupción de los godos. Falso Concilio. Don Rodrigo. Invasión sarracena. Ingratitud de los hebreos.	
II. Los judíos bajo las monarquías cristianas de Oviedo, León y Castilla. (711-1284).....	25
Nueva monarquía gótica. Odio de los cristianos contra los hebreos. Rapidez de las conquistas de los reyes de Oviedo. Necesidad de las artes de los judíos. Conquistas de D. Fernando el mayor. Toma de Toledo. Privilegio de los mozárabes. Asesinatos de 1108. Tributos que pagaban los hebreos. Sus academias de Córdoba. Triunfos de las armas cristianas en el siglo XIII. D. Alonso, el Sabio. Repartimiento de Sevilla. Sus sinagogas. El fuero viejo de Castilla. Las siete partidas. Traslación de las academias de Córdoba a Toledo. El repartimiento de Huete. Rebelión de D. Sancho. Muerte de D. Alonso X.	
III. Prosperidad y calamidades de los judíos bajo la rama de Don Sancho. (1284-1388).....	35
Juicio de los historiadores respecto a D. Alonso el sabio. Cortes de Sevilla. Doña María de Molina. Minoridades de Fernando IV y Alonso XI. Capítulos de Burgos. Don Iusaph de Écija. Don Samuel Abenhuer. El rey Don Pedro. Protección que dispensó a los judíos. Sinagoga edificada en Toledo. Sus inscripciones. Guerra civil de Castilla. Hecho notable en Burgos, contado por un autor francés. Partido que tomaron los judíos en las revueltas. Matanza de Toledo. Odio de Don Enrique a los hebreos. Cortes de Soria y de Valladolid. Predicaciones del arcediano de Écija y queja del cabildo de Sevilla. Respuesta de Don Juan I.	
IV. Los judíos bajo la rama de Don Enrique II. Sangrientas persecuciones sufridas por los mismos. (1388-1413).....	44
Muerte de don Juan I. Su testamento. Cortes de Madrid. Quejas de los judíos de Sevilla. Predicaciones de don Hernando Martínez, arcediano de Écija. Motines contra los hebreos en 1378 de la creación, 1391 y 92 de J. C. Resolución de las cortes y del consejo, e inutilidad de las pesquisas para castigar a los culpables. Pierden los judíos dos aljamas en Sevilla. Matanzas de Burgos, Valencia, Córdoba, Barcelona y Toledo.	

Ruina del comercio, de la industria, y de las rentas reales y eclesiásticas. La reina doña Leonor. Muerte de don Enrique el doliente. Nuevo riesgo de los judíos. Gobernadores de Castilla. La reina doña Catalina, y el infante don Fernando de Antequera. Su ordenamiento sobre los judíos. Aparición y predicación de S. Vicente Ferrer. Éxito brillante y provechoso para la cristiandad, con la conversión de multitud de rabinos. Jerónimo de Santa Fe. Don Pedro de Luna. Asamblea de Tortosa.

- V. Los judíos someten a la discusión los principios fundamentales de su Ley. Triunfo del Evangelio sobre el Talmud. (1413-1415).....54
- Continúa el congreso teológico de Tortosa. Dudas sobre el lugar donde se celebró y autores hebreos que tratan de este punto. Códice del Escorial. Rabinos que arguyeron contra Jerónimo de Santa Fe. Apertura del referido congreso. Propositiones defendidas por el médico de Benedicto XIII. Efectos de la discusión. Conversión de todos los rabinos y obstinación de Rabbí Ferrer y Rabbí Joseph Albo. Determinación del pontífice y bula expedida en Valencia. Su examen. Sus resultados. Concilio de Basilea, Paulo IV y San Pío V. Conversión numerosa de los judíos de Alcañiz, Zaragoza, Calatayud, Daroca, Fraga, Barbastro y otros puntos de Aragón.
- VI. Los judíos bajo los reinados de Don Juan II y Enrique IV. 1413-1474.....62
- Concilio de Zamora contra los judíos. Sus constituciones. Don Juan II. Don Álvaro de Luna. Sacrilegio en Segovia. Conversión de muchos sabios rabinos. Aversión de estos a su misma raza. Enrique IV. Don Juan Pacheco y Don Beltrán de la Cueva. Atentado de Ávila. Reacción fanática de los hebreos contumaces. Pretensiones de los grandes de Castilla. Muerte de Gaon. Predicaciones en pro y en contra de los judíos. Crímenes de los mismos. Rabbi Salomon Picho. Persecuciones contra los conversos. Tumultos en Valladolid. Matanza de los hebreos en Andalucía. Córdoba. Jaén. Revueltas de Segovia y su mal éxito. Judíos de Sicilia. Muerte de Enrique IV.
- VII. Reinado de los Reyes Católicos. Sus conquistas. Su política. 1474-1492.....73
- Repartimiento hecho a los judíos en 1474. Su examen. Resumen del mismo. Proclamación de doña Isabel I. Planes de gobierno de los Reyes Católicos. Unión de las coronas de Aragón y Castilla. Creación de los consejos de Castilla, de Estado, de Hacienda y de Aragón. Establecimiento del Santo Oficio. Principios de la conquista de Granada. Toma de Zahara. Rompimiento de la guerra. Sorpresa de Alhama. Batallas de Lucena y de Lopera. Cerco de Málaga. Judíos quemados y cautivos. Contratistas hebreos. Asedio y toma de Granada. Decreto de expulsión de los judíos.
- VIII. Los Reyes Católicos introducen el elemento real en los Tribunales privativos de Fe (1480)...82
- Establecimiento de la Inquisición. Distintas opiniones sobre el mismo, referidas por el padre Juan de Mariana. Si fue o no útil al engrandecimiento de la nación española. Examen de esta cuestión. Juan de Wiclef. Juan de Hus. Jerónimo de Praga, predecesores de Lutero. Único medio para constituir la unidad religiosa, como garantía indispensable de la política. Elemento llamado a formar tribunal semejante. Desafueros de los primeros inquisidores. Torquemada. Instrucciones publicadas por el mismo. Efectos del Santo Oficio. Resumen de las doctrinas expuestas. Daños causados a España por la duración del Santo Oficio, como medio de gobierno. Carlos V. Los tres Felipes. Carlos II, el hechizado.
- IX. Expulsión de los judíos de España (1492).....89
- Examen del edicto de 31 de marzo de 1492, 5252 de la creación. Reflexiones sobre el pensamiento de los reyes, al dictarlo. Si tuvieron derecho para adoptar esta medida. Leyes que protegían la permanencia de los judíos en España. Necesidad de optar entre

la expulsión y la prosecución de las matanzas de los hebreos. Cuestión económica. Dictamen de los historiadores. Mariana. Dicho de Bayeceto. Juicio del edicto, respecto a las ciencias y a las letras. Civilización italiana. Su influjo en la española. Si hubo ingratitud por parte de los Reyes Católicos para con los hebreos. Comparación sobre el edicto de Granada y el decreto de expulsión de los moriscos. Vindicación de los Reyes católicos, respecto a las acusaciones extranjeras.

X. Dispersión de los judíos españoles por el mundo. Resumen general de este ensayo. (1492).....99

Efecto del edicto en los judíos. Alternativa en que se vieron. Carta de las aljamas de España a las de Constantinopla. Respuesta. Edicto de Torquemada. Abatimiento de los hebreos. Opiniones sobre el número total que salieron de la península. Judíos de Portugal. Don Juan II los acoge. Persecuciones del rey don Manuel. Los judíos llevan el idioma español a todos los pueblos. Resumen general. Libertad civil y religiosa. Servidumbre política. Contradicciones entre las leyes, y privilegios de las cortes y de los monarcas.

ENSAYO SEGUNDO.
ESCRITORES RABÍNICO-ESPAÑOLES.

I. Primera época. Siglo XI.....108

Los libros de Isaaque y las Cartas de R. Samuel Jehudi.-R. Samuel ben Cophni. R. Isahak Bar Baruq. R. Jehuda ben Barsili. R. Selomoh ben Gabirol. R. Isahak ben Reuben. R. Joseph bar Meir Haleví. R. Moseh Aben Hezra y otros escritores del mismo siglo.

II. Primera época. Siglo XII.....116

Rabbi Mosch, el converso. Maimónides. Thibon Marimon. R. Jonah ben Ganaj. R. Jehudah Leví ben Saul. R. Abraham ben Meir Aben Hezra. R. Abraham Haleví ben David ben Daor. R. Joseph ben Caspi. R. Jonah Megirondi. R. Jahacob ben Samson Antolí. Reflexiones generales sobre el carácter de esta primera época.

III. Segunda época. Siglo XIII.....125

Don Alonso el sabio. Su protección a los judíos que se consagraban al estudio. Sus empresas literarias. Las tablas alfonsinas. Rabi Zag de Sujurmenza. Sus obras. R. Jehudah Ha-Cohen. R. Moseh y el maestro Daspaso. El libro de la Esfera.

IV. Segunda época. Siglo XIII.....131

Don Alonso el sabio. R. Jehudah Mosca. Sus traducciones. Rabbi Moseh de Zaragoza. R. Jahacoh ben Maiir ben Thibon. R. Mosch ben Migozi Sepharardi. R. Isahak ben Latiph. R. Selemoh Abraham ben Adereth. Rabenu Pérez Hariaf. Reflexiones sobre la decadencia de la literatura y las ciencias a principios del siglo XIV.

V. Segunda época. Siglo XIV.....137

Decreto de los rabinos prohibiendo el estudio de la filosofía hasta la edad de veinte y cinco años. Rabbi Abner, el converso. El libro de las batallas de Dios. El libro de las tres gracias. Rabbi don Santo de Carrión. Sus poesías. La danza general en que entran todos los estados de gentes. Su análisis.

VI. Segunda época. Siglo XIV.....147

Continúa el examen de las obras de Rabbi don Santo de Carrión. La profecía o visión del ermitaño. Los consejos y documentos al rey don Pedro. La Doctrina cristiana. R.

Joseh Metotitolah. R. Jehudah bar Aser. R. Qresdras Sidal de Quislad. R. David Gadaliah Ben Jachia. R. David ben Abudraham. R. Isahak Qanpanton.

VII. Tercera época. Siglos XIV y XV.....	156
D. Pablo de Santa María (Selemob Halevi). Sus obras teológicas. Sus poesías. Historia universal en verso. (Jehosuah Halorqui.) Jerónimo de Santa Fe. Sus discursos. Sus obras. Códice de Segovia. R. Vidal ben Leví. R. Ysahak Natham.	
VIII. Tercera época. Siglo XV.....	168
Observaciones generales sobre el estado de la literatura a principios del mismo. Su carácter. Alvar García de Santa María. Sus crónicas. Don Gonzalo García de Santa María. Sus producciones.	
IX. Tercera época. Siglo XV.....	177
Don Alonso de Cartagena. Sus obras. Sus traducciones. Sus poesías.	
X. Tercera época. Siglo XV.....	188
Johan Alfonso de Baena. Su Cancionero.	
XI. Tercera época. Siglo XV.....	201
Continúa el examen de los escritores del reinado de D. Juan II. Juan, el viejo. Fray Alonso de Espina. Remon Vidal de Besaduchen. Mosseh Zarfati. D. Jahacob Zadique de Uclés.	
XII. Tercera época. Siglo XV.....	209
Decadencia de las letras durante el reinado de Enrique IV. Esfuerzos de la reina doña Isabel para restablecerlas. Sus resultados. Estudios clásicos. Carácter de estos estudios. Alfonso de Zamora. Paulo Coronel. Alonso de Alcalá. Paulo de Heredia. Pedro de Cartagena. Don Isahak Abarbanel y don Isahak Aboab, último Gaon de Castilla.	

ENSAYO TERCERO.

ESCRITORES JUDÍOS POSTERIORES A SU EXPULSIÓN DE ESPAÑA

I. Siglos XVI y XVII.....	217
Dispersión de los judíos que salieron de España. Diferentes direcciones de su peregrinación. Costas de Levante. Costas del Norte. Restablecen sus antiguas academias. Se valen de la imprenta para sus comunicaciones. Amsterdam. Establecimientos tipográficos en esta ciudad. Creación de los Parnassim religiosos y de una Iesibah. Protección que logran los judíos en Suecia. La reina Cristina les confía cargos públicos. Sus recuerdos de España. Causas de cultivar la literatura y lengua española. Su estado de abatimiento y abandono actual sobre este punto.	
II. Siglo XVI.....	224
Duarte Pinel y Abraham Usque. Biblia de Ferrara. Francisco de Frellon. Retratos o tablas del Testamento Viejo. Samuel Usque. Consolación de Israel. R. Jehudah Lerma. Paulo de Dina. R. Israel ben Nagara. R. Joel ben Soheb. R. Reuben Sephardi.	
III. Siglo XVI.....	232
Moseh Pinto Delgado. Sus obras poéticas. Poemas de la Reina Ester. Lamentaciones del profeta Jeremias. Historia de Rut, mohabita. R. Joseph ben Virga. Selemoh ben Melec. Joseph ben Jehosuah. Isahak León. Rodrigo de Castro. Abraham Tsahalon. Joseph Semah Arias.	

IV. Siglos XVI y XVII.....	240
Consideraciones sobre el influjo de la Inquisición durante estos siglos. Su espíritu de intolerancia. Sus persecuciones a los hombres más distinguidos en ciencias y en letras. Su indiferencia respecto de los escritores que ofendían la moral pública. Carácter de la literatura. Síntomas de su decadencia. Revolución de Góngora. El culteranismo. David Abenatar Melo. Traducción de los Salmos de David. Su examen. Salmos de Juan Le-Quesne.	
V. Siglos XVI y XVII.....	250
Miguel de Silveyra. El Macabeo, poema heroico. Su examen. Menasseh ben Israel. Sus obras: sus poesías. Efraim Bueno, Jonás Abarbanel y otros poetas de Amsterdam. Diego Beltrán de Hidalgo. Sus poesías.	
VI. Siglo XVII.....	260
Pedro Teixeira. Sus Reyes de Persia y de Harmuz. Su viaje desde la India a Italia. El código o libro llamado el Yasar. Su examen. Isahak Cardoso. Excelencias de los judíos. Imanuel Aboab. Su Nomologia. David Ha-Cohen de Lara. Su tratado del Temor divino. Noticia de varios poetas.	
VII. Siglo XVII.....	267
Antonio Enríquez Gómez. Sus obras. Sus poesías líricas. Sus academias morales y sus poemas. El Samson Nazareno. La Culpa del primer peregrino.	
VIII. Siglo XVII.....	279
Continúa el examen de las obras de Antonio Enríquez Gómez. Sus comedias. El siglo pitagórico.	
IX. Siglo XVII.....	288
Daniel Leví de Barrios. Sus obras. Sus poesías. El coro de las Musas. Rabbi Jahacob Abendaña. El libro de Cuzary. Traductores célebres. Babbi Jahacob Hages, Rabbi Jehudah, León Hebreo. Jahacob Cansino. Cáceres. Almenara de la luz; Los Salmos de David; Grandezas de Constantinopla: Visión deleitable.	
X. Siglo XVII.....	297
Daniel Israel López Laguna. Espejo fiel de vidas. Joseph de la Vega. Sus novelas. Rumbos peligrosos. Doña Isabel de Correa. El Pastor Fido. Joseph Salom. Sendero de Vidas. Joseph Franco Serrano. Los cinco libros. Rabbi Saul Mortera. Isahak Orobio de Castro.	
XI. Conclusión.....	305
Observaciones generales sobre el estado de los judíos desde principios del siglo XVIII hasta nuestros días.	

AL LECTOR

Varias razones, unas de gratitud y otras de pundonor literario, me mueven, contra mi propósito, a poner aquí estos renglones. Es la primera manifestar mi reconocimiento a la ilustre Academia de la Historia, por la indulgencia con que se ha servido recibir el *Ensayo histórico-político* que encabeza estos *Estudios*; juzgando que por el referido trabajo era digno de ser inscrito mi nombre en la respetable lista de sus individuos de número. Y como otra más solemne prueba de mi profunda gratitud no puedo dar a tan distinguido cuerpo, faltaría a lo que debo a mi propio decoro si no dejase en este lugar consignada la veneración que me inspira. El precitado *Ensayo histórico-político*, ha recibido en consecuencia más alto precio de sus manos, pudiendo servirle de protección y escudo el prestigioso renombre de tan celebrada Academia.

Era también para mi un deber de conciencia en esta edad, en que tanto se prodigan los honores y distinciones, el tributar las gracias al Gobierno que «teniendo en cuenta los méritos literarios (contraídos por mí), escribiendo y publicando varias obras y entre ellas las de *Sevilla Pintoresca*, *Toledo Pintoresca* y los *Estudios históricos y literarios sobre los judíos en España*, que a la sazón se anunciaban al público), creyó estimular estas tareas»¹ concediéndome la cruz de caballero de la militar y hospitalaria orden de San Juan de Jerusalén. Siendo, pues, la expresada insignia recompensa de mis pobres trabajos literarios, y muy especialmente de estos *Estudios*, no he querido mostrarme ingrato con los que para estimularme a concluirlos, aconsejaron a S. M. que se dignara dispensarme aquella gracia.

En el pasado año de 1847 ha dado a luz en Cádiz el aplicado y joven literato don Adolfo de Castro, un pequeño volumen con el título de *Historia de los judíos en España*. Como pudiera creerse que yo he tomado la idea de los presentes *Estudios* de la citada obra, lo cual sea dicho de paso, me honraría muy poco literariamente hablando, he juzgado oportuno dar aquí a mis lectores algunas noticias del tiempo que he invertido en estas tareas. Desde el 17 de noviembre de 1845 se comenzó a dar a luz en la *Revista del Español* una serie de artículos que terminó en el número correspondiente al 16 de febrero del siguiente año: al concluir los expresados artículos, escribía: «Ponemos término a este ensayo, dando fin al resumen histórico-político que nos propusimos hacer de la historia del pueblo hebreo, que habitó por tantos siglos entre nuestros mayores. El examen literario del mismo, ofreciendo un campo demasiado extenso, nos haría traspasar los límites de un periódico semanal, como nuestra *Revista*; lo cual nos obliga a suspender aquí estos trabajos que nos proponemos publicar por separado.»

Es, pues, evidente que antes de insertar en la *Revista* estos artículos, había empleado ya mucho tiempo en recoger noticias y documentos, abrigando desde el principio la idea de formar una obra sobre la raza hebrea española. Que mis trabajos sobre los judíos fueron conocidos dentro y fuera de España antes que la curiosa obra del Sr. Castro saliese a luz, lo prueba también un hecho que por dar a conocer hasta cierto punto el estado de los hebreos españoles en las poblaciones de Levante, no parecerá a los lectores inoportuno. El ministro inglés encargado en Constantinopla de la propaganda protestante, supo en 17 de diciembre de 1846 que el Excelentísimo Sr. D. Antonio Fernández de Córdoba, nuestro embajador en aquella corte, había recibido en la *Revista del Español*

1 Real orden de 27 de Junio y Real decreto de 5 de Julio de 1847.

unos opúsculos relativos a la raza hebrea: pidióselos para ponerlos en caracteres rabínicos, a fin de enseñar a los judíos de aquellas costas la historia de sus padres; y traducidos todos los artículos en dicha manera, formó con ellos un razonable volumen que se preparaba a dar a la estampa, al salir el Sr. Córdoba de Constantinopla. Pasando en silencio el juicio formado por Mr. W. G. Schauffler sobre nuestro trabajo, advertirán nuestros lectores (y es lo que más me interesa) que lejos de ser yo quien ha tomado la idea del Sr. Castro, pudiera muy bien decirse que tuvo él presentes mis artículos, al formar el proyecto de su obra.

No es sin embargo el plan de estos mis *Estudios*, semejante al seguido en su breve *Historia* por el Sr. Castro: objeto, plan, distribución, orden y hasta opiniones sobre los principales hechos históricos, todo es diverso. Así, bien puede decirse que la publicación del Sr. Castro no carece de originalidad, sin que los presentes *Ensayos* rebajen un quilate del mérito que hemos sido los primeros a reconocer en ella, ni haya entre una y otra publicación el más leve contacto.

INTRODUCCIÓN

Objeto de esta obra. Preocupaciones históricas. Preocupaciones literarias. Los senados y academias de Persia. Su influencia. Los judíos avasallados y oprimidos por los árabes. Influjo de Araun-Ab-Raschid y de Almanum en la civilización árabe. Academias de Córdoba y de Toledo. Carácter de la literatura rabínica. Sus condiciones entre los árabes y los cristianos. Edades de los hebreos españoles. Los judíos carecieron de bellas artes. Causas de este hecho. Distribución y método de esta obra.

Apenas podrá abrirse la historia de la península ibérica, considerada ya política, ya civil o ya literariamente, sin encontrar en cada página algún nombre o hecho memorable de esa raza que hace ya cerca de dos mil años aparece errante en medio del mundo sin patria, sin hogar y sin templo, para que se cumplan las *Santas Escrituras*. Las crónicas de los reyes, las historias de las ciudades, los anales de las familias, están llenos de acontecimientos en que el pueblo proscrito ha tenido una parte más o menos activa, apareciendo unas veces con la antorcha de la civilización en su diestra, siendo otras objeto de encarnizados odios y sufriendo siempre la suerte amarga que en expiación de sus crímenes le había reservado el cielo. Desde el dominio de la historia, los descendientes de la tribu de David y de Judá², pasaron a ser por mucho tiempo el patrimonio, digámoslo así, de las fábulas y de las tradiciones del vulgo: la poesía vino al cabo a apoderarse de aquellos hechos de más bulto, en que habían tenido alguna parte los hebreos, y el teatro y la novela acudieron, finalmente, con bastante frecuencia a demandar personajes al pueblo proscrito, bien que presentándolos las más veces con el más siniestro colorido. Fácil nos sería poner aquí un largo catálogo de producciones, en donde se han pintado caracteres, ya verdaderos ya falsos, de aquella raza: en donde se le han atribuido hechos más o menos ciertos, más o menos odiosos. Pero con dificultad podrá entre nosotros hallarse una obra en que se haya tratado de estudiar a los descendientes del rey profeta, durante su larga permanencia en España, teniendo en cuenta sus leyes, sus costumbres y las relaciones que guardaban con el pueblo cristiano. Este trabajo todavía no se ha intentado, todavía ofrece el aliciente de la novedad, convidando a los entendidos y estudiosos con un campo, lleno en verdad de flores y de espinas; pero en el cual seducen los aromas de las primeras, haciendo olvidar los sinsabores de las segundas.

Esto que decimos del estudio histórico-político del pueblo hebreo, el cual es tanto más importante cuanto que envuelve, por decirlo así, el de la cultura de la nación española, generalmente hablando; puede mas propiamente referirse al de la literatura rabínica o judaica, literatura de pocos conocida, desdeñada de algunos y de casi todos mal juzgada.

Dos preocupaciones, que es necesario combatir fuertemente hasta lograr desvanecerlas, han sido en efecto, causa de que se haya mirado con indiferencia, ya que no con desprecio, cuanto tiene relación con las ciencias y la literatura de los judíos españoles. Habíase supuesto que los descendientes de Judá, entregados siempre a las cábalas del comercio, llegaron en España a caer en un grado de barbarie reprensible; y esta creencia, a que dio margen por una parte el odio que se profesaba a los hebreos y por otra la opinión de respetables escritores³, que habían apellidado *víboras parricidas* a las escuelas fundadas en la península por los hijos de Hizkias, apartando a

2 «Los judíos de España pertenecieron a esta tribu, por lo cual los nombraremos indistintamente con estos nombres.» (Isaac Cardoso, *Excelencias de los Hebreos*.)

3 Jorge Ursino, *Antiquitates Hebraicae Scholastico Academiae*, cap. II.

nuestros humanistas y literatos de un estudio, en que se hallaba interesado el de la civilización de nuestros padres, hundió en el polvo multitud de títulos gloriosos para la nación española. Algunos distinguidos bibliógrafos reconocieron al cabo tamaño error; y aunque no se levantaron para protestar enérgicamente contra sus consecuencias, dieron algunos pasos para combatirlo. La literatura rabínica, sin embargo, hubiera quedado absolutamente desconocida, a no haberse dedicado a su estudio un escritor tan diligente como don José Rodríguez de Castro, que le consagró el primer tomo de su *Biblioteca española*, en cuyo prólogo no pudo menos de hacerse cargo de la observación que dejamos indicada, impugnando la opinión de Jorge de Ursino y los errores de otros extranjeros que, con notable prevención o con insigne ignorancia, habían asentado y defendido los mismos hechos y doctrinas. «Este dicho de Ursino, escribe, y otros semejantes de algunos extranjeros, y el común concepto en que eran tenidos los judíos en todo el tiempo que permanecieron en España, de ser unos meros comerciantes, asentistas y personas dedicadas al manejo de caudales, siendo tesoreros de la real hacienda y ejerciendo otros empleos en el palacio de nuestros reyes y casas de los grandes, han dado lugar al descuido de nuestros mismos nacionales en no tratar de ellos como literatos; a excepción del laborioso y erudito don Nicolás Antonio, que en su *Biblioteca española* da razón de tales cuales rabinos y de algunos conversos.» Se ve, pues, que hasta los años de 1781, en que se dio a luz la obra de Castro, no se había pensado en llevar a cabo tan laudable empresa, sin que después haya aparecido quien, aprovechando los datos reunidos por tan laborioso escritor, haga aplicación de ellos, para obtener sus consecuencias legítimas sobre la marcha progresiva de la civilización y cultura del pueblo castellano.

La segunda preocupación de las dos que hemos indicado, no ha sido por cierto menos perjudicial a este mismo estudio. Se ha creído que tanto las producciones literarias como las científicas debidas a los rabinos españoles, se hallaban todas escritas en hebreo; y la indeclinable necesidad de un estudio tan profundo como difícil de esta lengua, ha retraído y alejado de ellas a cuantos se encontraban quizá con fuerzas suficientes para emprender tan importantes tareas. Pero los que así han pensado, sobre no haberse querido molestar con el examen de dichas producciones, han desconocido enteramente la historia del pueblo judío, que halló acogida en la península ibérica. Derramados los pobladores de Jerusalén por todo el mundo a impulso de la espada vengadora de Tito Vespasiano, después de ser destruido el templo e incendiados sus hogares, fijaron su asiento gran número de ellos en la Persia, reuniéndose en aquella comarca la mayor parte de sus sabios y doctores, para establecer allí el Senado סנהדרים religioso que interpretaba las escrituras y esclarecía las dudas que podían suscitarse sobre el dogma. Aquel senado, de que salieron muy luego las *Yesibot* o *academias* ישיבת, extendía su influjo a todas las regiones, en donde habían hallado asilo los desterrados hebreos: los rabinos españoles que sólo se ocuparon en comentar los cánones del *Talmud* תלמוד, en donde se habían reunido las doctrinas morales, religiosas y civiles del pueblo desterrado⁴; que ninguna muestra dieron de ilustración ni de cultura en los primeros siglos que permanecieron en España, acataron como los de otras naciones los fallos de las academias de Mehasiáh y Pumbeditáh, remitiendo a ellas para que se instruyesen y cobrasen amor a las ciencias, sus propios hijos. Esto produjo lo que debía producir necesariamente: los judíos de España comenzaron a saborear los placeres de la sabiduría; pero encerrados en los estudios teológicos y dogmáticos, sólo brillaron en la interpretación de los profetas y expositores; sólo aspiraron a enseñar a sus compatriotas las declaraciones de la *Misnah* מישנה o reunión de las tradiciones antiguas, de cuyo estudio había nacido la ciencia de los talmudistas.

Apareció entre tanto Mahoma, para trastornar el Oriente y llevar sobre sus desplegados estandartes de una a otra parte del mundo su religión y el poderío de sus sectarios. Henchida el Asia de sus victorias, sujeta el África a la media-luna, cayeron aquellas terribles huestes sobre Europa y amenazaron sujetar a su triunfante carro las naciones. España fue inundada de hombres y caballos, y como en otro lugar oportunamente apuntaremos, no pudo contrastar tanta pujanza. El mundo que

4 Véanse los capítulos XXI, XXII y XXIII de la *Nomologia* de Ismael Aboad, en los cuales trata largamente del Talmud.

dormía en las tinieblas, se estremeció a tan inusitados golpes: los árabes, cuya imaginación ardiente y virgen todavía les impulsaba a rendir el homenaje de su admiración a cuanto producía en ellos inesperadas sensaciones, contemplaron pasmados los restos de la civilización griega, y después de reconocer la sabiduría de aquel pueblo, quisieron comprender sus ciencias, dedicándose con el mayor entusiasmo a su estudio. Los califas Alí, Abú Jaafar, Araun-Al-Raschid y Almamun, animados de tan noble deseo, llevaron las ciencias al mas alto grado de esplendor, haciendo traducir todos los volúmenes griegos, persas y siriacos que hubieron a las manos en sus conquistas, estableciendo escuelas para la enseñanza y haciendo finalmente de su corte, según el dicho del abate Andrés, mas bien una academia de ciencias que el palacio de califas guerreros. Así pagaban a los vencidos el tributo de su reconocimiento y legaban al mundo, entumecido por la ignorancia, el brillo y la lozanía de la rica imaginación oriental, levantándose de las ruinas del archipiélago aquel espíritu sublime que había animado a Sócrates y a Platón, a Euclides y a Aristóteles.

Los judíos que moraban en Persia, al someterse al imperio de los sarracenos, no pudieron menos de recibir aquel prodigioso impulso, dando más extensión a sus especulaciones científicas y contribuyendo por su parte a la ilustración de los sectarios de Mahoma. Pero perseguidos por los árabes orientales trescientos años después de someterse a su dominio, hubieron de buscar un nuevo asilo donde custodiar el depósito de su ley y de su ciencia y en 948, como indicaremos en el segundo capítulo de nuestra reseña histórico-política, trasladaron al occidente los restos de las academias de Pumbeditáh y Mehasiah. Córdoba, asiento ya de los ilustrados Abd-er-Rhamanes, recibió a Rabbí Moseh y Rabbi-Hanoc en su seno, y elegidos estos sabios persas como maestros principales de los rabinos de sus sinagogas, tuvo la gloria de ver inaugurarse una nueva era; reproduciéndose las famosas academias del oriente y recibiendo el nombre de *rabanim* רבנים (maestros universales) los que a ellas concurrían. A mediados del siglo XIII, cuando los estandartes de la cruz habían ondeado ya sobre Jaén, Córdoba y Sevilla; cuando don Alonso X era ya conocido con el renombre de *Sabio*, los judíos de Córdoba trasladaron a Toledo, corte a la sazón de Castilla, sus academias; extendiéndose más su ciencia por los dominios cristianos y recibiendo de estos una influencia directa, que haciéndose después recíproca, fue de gran provecho para la cultura y civilización españolas.

Durante su residencia entre los árabes orientales, entre los *ulemas* de Córdoba, los rabinos de las academias se habían empapado, por decirlo así, en su literatura y en sus ciencias; sin otros estudios que los *misnáticos* y *talmúdicos*, desposeídos ya del espíritu de la nacionalidad e independencia, que constituye la vida de las naciones, sin estímulos de verdadera gloria, cultivaron las ciencias que poseían los musulmanes, y rindieron el tributo de la admiración a su literatura, la más completa, la más brillante entre todas las literaturas de aquella época. Los hebreos de Córdoba escribieron, pues, muchas de sus más apreciables obras en lengua árabe, guiando sus plumas el mismo espíritu que animaba al pueblo sarraceno. La literatura rabínica que había nacido de la misma manera que la de los árabes; que se había empleado, como ésta, en las explicaciones y en los comentarios de los libros sagrados, llegó a ser en la corte de los califas cordobeses enteramente musulímica, no pudiendo sustraerse a la influencia de aquel pueblo ilustrado.

Igual suerte debió caberle al fijar su asiento en el imperio cristiano. Falta ya de nacionalidad, y siendo, como en otro sitio explicaremos, el más brillante título con que contaron los judíos para atraerse la benevolencia de los castellanos, ni podía aspirar a ser original, ni podía negarse a admitir el influjo del pueblo dominante. Llevaba ya en sí el germen de la imitación: su carácter era tan derivado, como su esencia y sus inspiraciones; y su condición no podía por tanto alterarse, sin un sacudimiento que hubiese dado por fruto la independencia política del pueblo hebreo. Esto ni sucedió, ni era fácil que sucediera, atendida la situación de los castellanos y no perdiendo de vista el abatimiento y estado de servidumbre, a que redujeron éstos a los descendientes de Judá. Lo que era natural y lógico que sucediese aconteció en efecto. La literatura que en Córdoba se había hecho árabe, se hizo en Toledo castellana. Dejando sólo al idioma nativo las discusiones dogmáticas y la explicación de la moral que se desprendía del *Talmud* y de la *Misnah*, los que se dedicaron al

cultivo de las letras, se valieron al fin de las lenguas latina y castellana, así como antes habían usado de la arábica, para expresar sus pensamientos, siendo por tanto su literatura debida a la influencia del pueblo en cuyo seno moraban. Esta observación, que nos proponemos dejar completamente justificada más adelante, no es sólo aplicable a la literatura rabínica: todos los pueblos que en cualquier concepto viven bajo la dependencia de otros, ya moral, ya materialmente, se resienten al cabo de esta misma influencia y pierden la originalidad, tanto en artes como en letras. Cuando en la época del renacimiento recibió España de los italianos la literatura de los Virgilio y de los Horacios; cuando abjuraron los vates castellanos de su poesía genuina, para seguir las huellas de Petrarca y de Sanazzaro, la literatura española dejó de ser original y espontánea, porque dejó de alimentarse con los sentimientos y con las tradiciones que le habían dado vida: la literatura española renunció a los títulos de gloria con que antes se había envanecido. Lo mismo pudiera también decirse, al examinar la historia literaria del último siglo, en que la corte de Luis XIV tuvo una grande influencia sobre España con el advenimiento al trono de Felipe V, influencia de que no hemos podido desasirnos aun, ni política ni literariamente. Pero estas consideraciones, a darles la extensión debida, nos llevarían tal vez más allá de nuestro propósito, por lo cual creemos que basta lo que dejamos apuntado.

Se ve, pues, cómo los que llevados del error de suponer que es necesario de todo punto el estudio de la lengua hebrea⁵, para apreciar la mayor parte de las obras científicas y literarias de los rabinos españoles, han hecho tanto o más daño a las glorias nacionales, como los que han creído que durante el tiempo de su permanencia en la península, sólo se ocuparon los judíos en las tareas del comercio, siendo *meros contratantes* y asentistas. La teología, esto es, la ciencia del dogma era entre ellos tan hebrea, como lo era la religión: la literatura, en general, la ciencia profana, por decirlo así, llegó a ser esencialmente española, siquiera fuesen los hebreos sus más ardientes cultivadores.

¿Y se ha llenado acaso el inmenso vacío que se advierte en la historia de la literatura española, al considerar las producciones de los rabinos?... ¿Ha sido justo semejante desdén y abandono?... He aquí las cuestiones que nos proponemos resolver nosotros en los presentes *Estudios*, que someteremos al ilustrado examen de la crítica imparcial y entendida; deduciendo al propio tiempo la influencia que ejercieron por su parte en la civilización española los proscritos hebreos. Pero antes de que demos principio a esta tarea, y conocida ya la forma con que en España se introdujeron las famosas academias de la Persia, parécenos conveniente dar una idea de las épocas en que más florecieron los rabinos españoles, allanando de este modo muchas dificultades que habríamos de encontrar en nuestro estudio.

El erudito D. José Rodríguez de Castro, en el prólogo de su citada *Biblioteca* divide, siguiendo a Imanuel Aboab, dichas épocas en nueve edades, expresándose del siguiente modo: «Compusieron, dice, la primera edad de los *Rabanim* Rab Samuel Ha-Leví en España y Rab-Hananel en África. La segunda, fue de Rab Joseph Ha-Leví. La tercera, de Rab Alphez. La cuarta, de Rab Joseph Leví o Aben-Megas. La quinta, de Rab Moseh-bar-Maiemon; y en esta florecieron con singular aplauso en España R. Abraham Aben Hezra y su yerno Aben-Hezra, R. Isahak, Aben-Giad, R. Selemoh ben Gabirol, R. Abraham Halevi ben David, llamado vulgarmente Areabad, R. Joseph ha-Cohen y R. Jeudah Aben Thibon. La sexta edad fue de R. Moseh de Cotsí y R. Mosehbar Nachman, y la séptima de R. Selemohben Aderet y R. Pérez ha-Cohen. A la edad octava dio principio Rab Aser, denación tudesco que pasó de Alemania a España en el año del mundo 5060, de Cristo 1300, en que fue elegido por Rab y principal maestro de toda España en la ciudad de Toledo, en donde falleció en el año 5088, de Cristo 1328; y le sucedió en la dignidad y magisterio, por

5 Aunque para los estudios que nos proponemos hacer no creemos indispensable absolutamente el conocimiento de la lengua hebrea, no es este menos necesario y útil para todo literato que aspire a examinar los elementos de cultura que se agitaron en nuestro suelo y dieron por resultado la civilización moderna. El estudio de la lengua santa contribuye por otra parte a conocer los ignorados tesoros que guarda la Biblia y es la llave de tantos y tan apreciables códices jurídicos e históricos, como existen todavía entre el polvo de nuestras bibliotecas.

aclamación universal, su hijo Rab Jeudah que residió siempre en Toledo.... La novena edad fue de R. Isahak Canpanton, conocido vulgarmente por el *Gaon de Castilla*. Este vivió 103 años y falleció en el de 5223, de Cristo 1463. Sus discípulos más sobresalientes fueron R. Isahak de León, R. Abraham Zacut y R. Isahak Abohab: éste fue su sucesor en la dignidad de *Gaon* y por antonomasia era llamado el Rabbí: salió de Castilla en el año 1492, en que los reyes católicos don Fernando y doña Isabel desterraron de todos sus reinos a los judíos y se retiró a Portugal; en donde falleció seis meses después de edad de 60 años. Los demás Rabinos célebres que había en el reino se esparcieron por diversas partes. R. Joseph Uriel y R. Sem-Tob pasaron a África y pusieron sus *Yesibot* o Academias en la ciudad de Fez: R. Joseph Pesco colocó la suya en Constantinopla; R. Samuel Serralvo en el Cairo; R. Jacob de Rab en la ciudad de Saphet, y R. Jehudad Aboab en la villa de Alcazarquivir en el África.»

Aunque no se determina perfectamente la duración de las nueve edades referidas, atendiendo a la época en que se estableció en Córdoba la Academia rabínica y al año de la expulsión de los judíos, fácilmente se deduce que comprendieron el espacio de cinco siglos y medio⁶, siendo las siete primeras edades mucho más cortas que las dos últimas, que abrazaron cerca de doscientos años. Respetando nosotros la expresada división, no sólo por ser la más corriente, sino también por el carácter histórico de que se halla revestida, todavía creemos que para hacer de ellas una aplicación ventajosa a nuestras tareas, pudieran reducirse a cuatro épocas, más conocidas generalmente de los españoles y que guardan al propio tiempo más armonía con los grandes hechos a que dieron cima nuestros abuelos.

La primera época, que abraza desde el establecimiento de las academias rabínicas en Córdoba hasta don Alonso el Sabio, presenta un interés vivo, por aparecer en ella los primeros ensayos que se supone hicieron los judíos en la lengua castellana, ruda e informe, como las costumbres y naciente aun, como la civilización española. Abriendo un campo no reducido al estudio, ofrece al propio tiempo buen número de producciones, bien que la mayor parte teológicas y jurídicas. La civilización española que arranca principalmente de dos grandes acontecimientos simultáneos, a saber; de la conquista de Toledo, y de la vuelta de los cruzados que habían ido a la tierra Santa, toma en ese periodo un vuelo prodigioso y se muestra ya con caracteres determinados. La lengua es enriquecida notablemente⁷, preparándose para dejar la rusticidad con que había nacido.

La segunda época comienza de la manera más brillante que podía esperarse para el pueblo hebreo. Don Alonso convoca a los sabios de esta raza, preside sus tareas, y logra con su ayuda llevar a cabo fácilmente las más colosales empresas. Este periodo, a cuyo examen pensamos consagrar todas nuestras fuerzas, es indudablemente uno de los más notables de la civilización española y tal vez uno de los peor juzgados, o más someramente conocidos. Comprende según la división que vamos haciendo, hasta el reinado del rey don Pedro.

Con la muerte de tan esclarecido, cuanto calumniado monarca, da principio la tercera época, que se extiende hasta fines del siglo XV. Esta época de disensiones y de trastornos, de persecuciones y matanzas llamará nuestra atención particularmente en nuestro ensayo histórico-político: bajo su aspecto literario no ofrece en verdad un interés de menos monta; pudiendo decirse que a principios del siglo XV desertaron de las banderas rabínicas sus más robustos defensores, para engrosar las filas de los que se dedicaban en España al cultivo de las ciencias y de las letras. Extiéndese esta época finalmente, hasta el memorable decreto de expulsión, lanzado por los reyes católicos.

6 Desde 948 a 1492, de donde resultan 544 años. (Immanuel Aboab, *Nomologia*).

7 En unos artículos escritos por D. Pedro José Pidal e insertos en la *Revista de Madrid*, con el título de *Recuerdos de un viaje a Toledo*, se apunta la opinión de que en aquella famosa ciudad tuvo su cuna el habla castellana: en su plaza de Zocodover el franco el navarro, el aragonés y el castellano, el muzárabe y el moro se juntaron para celebrar sus contratos y de esta amalgama de pueblos diferentes que usaban distintos idiomas, se formó una lengua ruda e informe que había de ser después la lengua de Solís y de Cervantes. Esta opinión nos parece tanto más admisible cuanto que se halla más conforme con los hechos históricos y con la teoría que de ellos deducimos nosotros.

Este estudio sería sin embargo incompleto, si no siguiésemos los judíos en su destierro, para ver como hacían universal un idioma, que después de trescientos cincuenta y cuatro años, se conserva y usa familiarmente donde quiera que existen descendientes de aquellos desventurados proscritos.

Tal es el estudio que nos proponemos hacer de la literatura judaica, no perdiendo de vista el compararla con la propiamente castellana, para obtener de esta manera todas las consecuencias legítimas sobre la marcha progresiva de la civilización española; punto a que deben, en nuestra opinión, referirse esta clase de trabajos, si no han de ser enteramente infructuosos. Partiendo de este principio, nuestras observaciones se encaminarán con preferencia al examen de las obras compuestas en castellano, sin que por esto olvidemos dar razón de las producciones escritas en latín, en árabe o en otra cualquier lengua de las que poseyeron los rabinos. Las relaciones de éstos con el pueblo cristiano se estudian y comprenden más fácil y plenamente, al comparar dos objetos de un mismo género, hijo el uno de la influencia directa del otro: esto que dejamos arriba asentado, resultará infaliblemente de nuestro estudio, aunque no tengamos nosotros la dicha de lograr el acierto. Tan claras son la semejanza y la afinidad entre los términos comparativos; tan luminosas son, en nuestro concepto, las cuestiones que nos proponemos dilucidar, al tratar de la *literatura rabínico-española*.

Antes de que entremos de lleno en estas tareas, parécenos bien decir cuatro palabras sobre una materia que se asocia generalmente a la idea de la ilustración de los pueblos. Para determinar, en efecto, el grado de cultura y engrandecimiento a que ha llegado una nación, se considera siempre como infalible barómetro el estado de sus letras y de sus artes. Esto es lógico y natural: esto produce indudablemente las consecuencias que se desean. ¿Pero puede tener aplicación a la raza judaica en España? No creemos difícil la respuesta, trayendo la cuestión al terreno de las bellas artes, a las cuales necesariamente se alude. Un pueblo que carecía de libertad política, que tenía que recibir las leyes de manos de sus dominadores, los cuales les prohibían expresamente el ejercicio de la arquitectura, pues que se les vedaba⁸ levantar nuevas sinagogas; un pueblo que no tenía en sus templos representación alguna de objetos animados, por más que algunos autores hayan dicho lo contrario, renunciaba voluntariamente a la pintura y escultura, y no se hallaba en situación de cultivar las bellas artes, habiendo sido probablemente inútiles todos sus esfuerzos, para conseguirlo. Acabamos de decir que no tenían los hebreos en sus templos representación alguna de objetos animados, bien que no pocos escritores han asentado que rindieron el tributo de su adoración a determinadas representaciones; y para demostrar la exactitud de nuestro aserto, vamos a trasladar a este sitio lo que escribe el docto Isahak Cardoso, al refutar a los autores que atribuyen a los hebreos *falsas adoraciones* de ídolos o animales: «Mas ser engaño y testimonio grande lo que estos filósofos e historiadores (Josefo, Tácito, Apión, Justino y Diodoro Sículo) escriben de los judíos, se prueba claramente; porque ellos no tienen imagen y con severa prohibición manda Dios en su Ley que no adoremos, ni honremos cosa alguna, ni hagamos la semejanza de toda cosa que esté en los cielos, en la tierra o en las aguas; porque cosa corpórea no puede representar cosa espiritual o invisible, que son contrarios opuestos distintísimos y es lo mismo y aun mayor absurdo que la oscuridad representar la luz o la ceguedad la vista. Considérese (añade) cuántas calamidades y aflicciones pasaron los judíos por no querer consentir la imagen del emperador Calígula en la puerta del templo; y cuando debelaron la ciudad Pompeyo, Craso y Tito César no hallaron imagen alguna en el templo; ni Polibio, Estrabón, o Nicolao Damasceno cuentan de Antíoco, que depredó el templo de Jerusalén, que hallase cosa semejante, sino reverencia y majestad.» Se demuestra, pues, por la

8 En la ley IV del tit. XXIV de la *setena partida*, se autoriza únicamente a los judíos para que puedan reedificar sus sinagogas, imponiéndoles ciertas restricciones en la ornamentación de que habían de usar en ellas. En la Bula de D. Pedro de Luna de 1415, de que hablaremos en otro lugar, se mandaba por el quinto decreto que cerrasen todas las sinagogas reparadas por aquellos tiempos, disponiéndose finalmente en la Constitución cuarta del Concilio Zamorano de igual año, que fueran confiscadas. Las leyes eclesiásticas se opusieron, pues, con tanto o mayor empeño que las civiles, a que los hebreos pudieran tener arquitectura.

declaración de este docto rabino y por la observación constante de la historia, que los judíos carecieron siempre de escultura y de pintura, reputándose entre ellos como un atentado contra la ley de Dios la representación de imágenes sagradas.⁹

Únicamente podían haberse ensayado en la arquitectura, y tampoco lo hicieron, por más que escritores notables hayan caído en el error de suponerlo. El arte empleado en casi todos los edificios que han servido de sinagogas, es el arte arábigo: los que en Córdoba se habían hecho musulmanes, al cultivar las letras, los que en Castilla habían abandonado su lengua nativa para adoptar la de los cristianos, no podían ciertamente aspirar a la independencia, al tratarse de bellas artes, cosas en verdad más apartadas del círculo en que vivían que las ciencias y la literatura.

Quede, pues, asentado que el carecer los judíos de arquitectura, escultura y pintura fue una precisa consecuencia de su estado político y religioso, no pudiendo en modo alguno acusárseles de estas faltas, sin perder de vista o desconocer absolutamente lo que fueron y debieron ser en el suelo de la península ibérica. Tan lamentable sería el error de exigirles lo que no pudieron tener, como atribuirles lo que no tuvieron, cargo que puede dirigirse a algunos escritores del siglo XVI y que en otra obra hemos tratado de desvanecer completamente¹⁰. Los estudios que tanto en artes como en letras se han hecho desde aquel tiempo, han contribuido a dar a la crítica un carácter diverso, poniéndola en un terreno más ventajoso. ¡ Ojalá que sepamos colocarnos en él, al llevar a cabo la empresa que acometemos!... Como nosotros no podemos considerar la marcha de la civilización de los pueblos, sin examinar al par sus artes, sus ciencias y su literatura, hemos creído conveniente el hacer estas observaciones, que nos allanarán sin duda la senda que nos proponemos seguir, al estudiar a los judíos de España.

Para desenvolver, finalmente, el plan que hemos trazado a esta obra, la dividiremos en tres partes, a las cuales daremos el título de *Ensayos*. La primera parte abrazará una reseña histórico-política de la nación hebrea desde su venida a España hasta su expulsión por los Reyes Católicos: en ella trataremos de dar a conocer las relaciones legales, digámoslo así, que entre un pueblo y otro existieron, presentando los hechos conforme al testimonio más autorizado de los historiadores y a los documentos originales que hemos consultado, y juzgándolos con toda la imparcialidad que nos sea posible y exijan la verdad y la justicia. El resultado de este estudio deberá ser el conocimiento de lo que fue el pueblo hebreo, que por tantos siglos habitó entre nuestros mayores, y de la influencia que ya directa, ya indirectamente ejerció en la cultura de los castellanos, que con sus terribles odios y rencores ofrecen al par el estado progresivo por que fue pasando la sociedad española hasta los tiempos modernos. En la segunda parte nos proponemos hacer un bosquejo de la *literatura judaica* en las cuatro épocas que arriba dejamos señaladas, el cual terminará con la expulsión de los judíos de la península. La tercera comprenderá, últimamente, un resumen de los más notables escritores que florecieron en las demás naciones de Europa, después de aquel grande acontecimiento, y que escribieron en idioma castellano; no olvidando a los que permaneciendo en España, ya perseguidos por la Inquisición, ya por otras razones, o volvieron a abrazar el judaísmo o firmes en la fe católica, consagraron al cristianismo todos los esfuerzos de su inteligencia.

A esto se reduce, pues, la presente obra: a los hombres entendidos y sensatos no se ocultará que somos los primeros en ofrecer al público en España un trabajo de esta clase y por lo mismo tenemos la confianza de que lo recibirán, si no con aprecio, con indulgencia al menos

9 En el capítulo XIII del libro de la *Sabiduría* se condena la idolatría del siguiente modo: «Reliquum horum quod ad nullos est usus, faciat lignum curvum et verticibus plenum sculptat diligenter per vacuitatem suam et per scientiam, suæ artis figuret illud et assiumilet illud imagini hominis, aut alicui ex animalibus illud comparet perliniens rubrica et rubicundum faciens suco colorem illius, et omnem maculam quæ in illo et pertiniens et faciat ei dignam habitationem et in pariete ponens illud et confirmans ferro, ne forte cadat, prespicieus illi, sciens quoniam non potest adjuvare se, imago enim est, et opus est illi adjutorium. Et de substantia sua et de filiis suis et de nuptiis votum faciens inquirat. Non erubescit loqui cum illo qui sine anima est.» Ver. 13, 14, 15, 16 y 17 de la Biblia vulgata.

10 *Toledo pintoresco*. Artículo de Sta. María la Blanca.

ENSAYO PRIMERO.

RESEÑA HISTÓRICO-POLÍTICA.

תתנו כצאן מאכל ובגים זריתנו

Dedisti nos tanquam oves escarum et in gentibus dispersisti nos.

Nos diste como ovejas para comida y entre las gentes nos esparciste.

(Salmo XLIII vulg.—XLIV heb. V. 17.)

I.

Emigraciones de los judíos. Su estado bajo la monarquía visigoda. (70-300-711)

Venida de los judíos a España. Concilio iliberitano a principios del siglo IV. Concilios de Toledo III y IV. Edicto de Sisebuto. Concilio X de Toledo. Recesvinto. Wamba. Concilio XVI. Egica. Concilio XVII. El rey Witiza. Corrupción de los godos. Falso Concilio. Don Rodrigo. Invasión sarracena. Ingratitud de los hebreos.

Opinión es de algunos autores que han tenido grande autoridad, y a quienes no puede en modo alguno negarse suma erudición, que los judíos existieron en España desde los primeros tiempos; adelantándose otros a asentar, como cosa probada, que data su venida desde la época de Nabucodonosor, asegurando que pusieron su morada mas particularmente en los pueblos carpentanos y sobre todo en la antiquísima ciudad de Toledo. Añaden los referidos historiadores, para apoyar su aventurado aserto, que fundaron en aquella parte de España multitud de ciudades y poblaciones, como Escalona, Maqueda, Yepes, Noves, el Cerro del Aguila, Tembleque y la Guardia, en memoria de otras ciudades de la Siria, como Ascalón, Maquedáh, Iope etc., y esfuerzan su dictamen, derivando el nombre de Toledo de la palabra hebrea הולדה *toledot*, que significa generaciones. Esta opinión, que intentan robustecer diciendo que fue la antigua corte visigoda erigida en tiempo de Asuero¹¹, no tiene, en nuestro sentir, más fundamento que el deseo de dar a ciertas cosas más veneración y respeto que debieran tener acaso; habiendo sido causa de que hombres tan doctos como don Tomás Tamayo de Vargas¹² hayan pretendido probar que los hebreos tenían ya sus sinagogas en la antigua corte de los visigodos, cuando el Redentor del mundo fue condenado a morir en la cruz, suponiendo que los judíos toledanos, menos preocupados que los de Jerusalén, escribieron a estos desaprobando la sentencia de muerte lanzada contra Jesús; y llegando en su empeño hasta presentar la carta que les dirigieron como documento fehaciente¹³. No creemos

11 Isahak Cardoso: *Excelencias de los hebreos*. 1.^a Excelencia. Pág. 17. Col 2.

12 *Novedades antiguas de Toledo*.

13 Don Tomás Tamayo de Vargas y otros autores reproducen este documento, dándole grande importancia y suponiendo que fue traducido, al caer Toledo en poder de Alfonso VI, en lenguaje castellano del idioma hebreo en que se halla escrito. Pero por más que los referidos autores, entre los cuales se hallan nombres muy respetables en la república de las letras, quieran, llevados de su buena fe, dar a esta carta más crédito del que merece, repugna a la sana crítica el admitirla como un testimonio irrecusable. No la tenemos por tal nosotros, y sin embargo, creemos

nosotros que a la altura en que afortunadamente se encuentra la crítica, sea necesario detenerse a impugnar estos hechos que, por lo extraños, no pueden menos de parecer fabulosos; bien que no hayan faltado escritores hebreos que los tengan por históricos, como sucede a Imanuel Aboab, quien en el capítulo XXVI de la segunda parte de su *Nomología* se expresa en estos términos: «Según lo que escriben diversos autores, así hebreos como de otras naciones, en el tiempo que Nebuchadnesar, rey de Babilonia, venció a los judíos y por tres veces en varios tiempos de su imperio los llevó cautivos, como ampliamente se lee en el último libro de los Reyes, último del *Paralipomenon* y por el profeta Irmeyahú, fueron algunos hebreos de aquellos a habitar la región de España, o porque Nebuchadnesar los mandase allí por colonia, como señor y monarca universal que era del mundo, o que los diese a Hispan, rey de España que le fue a ayudar en la empresa de Judea, como algunos escriben. Desde aquel tiempo vino nuestra gente y habitaron en las Españas etc.»¹⁴ El testimonio de Aboab no nos parece de tanto peso que pueda resolver, sin embargo, cuestión tan oscura favorablemente a la opinión que sustenta, fiado en el dicho de diversos historiadores, cuyos nombres pasa en silencio.

que no llevarán a mal nuestros lectores el que la traslademos a este sitio: por lo menos tiene el mérito de la originalidad, cuando no el de la extravagancia. Después de ostentar un encabezamiento bastante notable, en que Leví, archisinagogo, y Samuel y Josef, de la aljama de Toledo, se dirigen al gran sacerdote Eleazar y a los hombres buenos Samuel Canut, Anás y Caifás de la aljama de la tierra santa, dice de este modo:

«Azarias, voso ome, maeso en ley, nos adujo las cartas que vos nos embiabades, por las cuales nos faciades saber como pasaba la fasienda del profeta Nazareht que dis que fasié muchas señas. Coló por esta vila non ha mucho un cierto Samuel, fil de Amasias et fabló nusco et recontó muchas bondades deste ome que dis que es ome humildoso e manso, et fabla con los laceriados; que fas a todos bien e que fasiendo a él mal, el non fas mal a ningunt: e que es ome fuerte con superbos e omnes malos; et que vos malamente teniades enemigas con éle, por cuanto en faz él descubria vosos pecados: cá por cuanto facía esto le aviades mála voluntat; et perquirimos deste ome en que annió o mes o día avia nascido, e que nos digesse, fallamos que el día de su natiuidade fueron vistos en estas partes tres soles que muelle a muelle se fisieron solmientre un sol; e cuemo nosos padres cataron esta seña, armados digeron que cedo el Mesias nascería e que por ventura era ya nascido. Catad, hermanos, si haya venido et non lo hayais acatado. Rellataba también el susodicho ome que el suo pai le recontaba que ciertos magos, omes de mucha sapiencia, en la sua natiuidade legaron a tierra sancta, perquiriendo el lugar donde el niño sancto era nado et que Herodes, voso rey, se asmó et depositó junto a omes sabios de sua vila, et perquirió donde nasceria el infante, por quien perquirian magos et le respondieron: En Beilem de Iudah, según que Micheas de Pergino profetó; e que dixerón aquele magos que una estrella de grant claridat de luene adujo a tierra sancta.—Catad non sea esta la profetia: Cantaran reyes et andarán en claridat de la sua natiuidade. Otrosi catad non persigades al que forades tenudos de mucho ondrar et rescebir de bon talante; mais faser lo que tuvierdes por bien aguisado. Nos vos descimos que nin por consejo, nin por noso alvedrío vernemos en consentimiento de la sua morte: cá si esto nos fisieremos logo sería nusco la profetia que dis: Congregaránse de consuno contra el Sennior e contra el su Mesias. E damosvos consejo, magüera sodes omes de muita sapiencia, que tingades grande afincamiento sobre tamaña fasienda; por quel Dios de Israel enojado con vusco, nos destruiria casa segunda de voso segundo templo, ca sepades cierto cedo ha de ser destruido, et por esta rason nosos antepasados que salieron de captiverio de Babiloña, siendo suo capitane Pyrro que embió rey Ciro et adujo nusco muitas riquezas que tolló de Babilona nel annio de sesenta y nueve de captiuidade e fueron reunidos en Toledo de gentiles que hi meraban et edificaron una grant aljama et non quisieron tornar a Jerusalén otra vegada.—De Toledo, XIV días del mes de Nizan, era del César XVIII y de Augusto Octaviano LXXI.»

Este documento, inserto en el *Cronicón de Juliano*, parece inventado para burlarse de la credulidad de los ignorantes: cualquiera que conozca la historia de nuestro país y de nuestro idioma, advertirá a primera vista que es enteramente apócrifo.

- 14 El *Hakam* (sabio), Rabbi Isahak de Acosta en sus *Conjeturas sagradas*, es de esta opinión, expresándose en el comentario del capítulo XXV del *Libro de los Reyes* de esta manera: «No se puede dudar «que fueron con el rey de Babilonia, para tan grande empresa, muchos reyes y príncipes que le estaban sujetos, como cabeza de Oro: bastara esta razón, cuando Dios no lo hubiera dicho por boca del profeta Irmeyahu. Entre estos príncipes se cree haber ido uno griego de los que poseían a España. Este, ansioso de poblarla mas ámpliamente, trajo consigo cantidad de judíos que voluntariamente lo siguieron, y se establecieron en diversas partes de España. Cuando su historia misma no hiciera tanta fe de esta verdad... el antiguo idioma español, proporcionado a la lengua santa más que otro alguno, justifica que los hebreos fueron los construyentes (de muchas ciudades) y demuestra su antigüedad.» (Edición de Leyden por Thomas Van-Geel, año 5482 del mundo, 1719 de J. C.)

Mas probable sería ciertamente el suponer que los judíos aportaron a España y fundaron en ella colonias, cuando derramándose por el mundo, como dicen multitud de escritores antiguos, apenas hubo un pueblo a donde no llevaran su comercio. El insigne geógrafo e historiador Estrabón que vivía en la era de Augusto, da de este hecho un testimonio notable cuando, al tratar de Cirene en África, escribe: «Cuatro géneros de hombres hay en la ciudad de Cirene; ciudadanos, labradores, extranjeros y judíos; y estas cuatro jerarquías se hallan en todas las ciudades. No será fácil, prosigue, encontrar lugar en toda la tierra, en donde, una vez recibida esta nación, no prevalezca; porque Egipto y Cirene y otras muchas provincias han admitido su religión y mantienen grandes congregaciones de judíos, que se han aumentado con el tiempo y viven con sus mismas leyes.» Al testimonio de escritor tan respetable pudiéramos añadir otros muchos; bastarían, no obstante, el apuntar lo que dice Filón, al hablar de Jerusalén, ásegurando que, «no sólo era metrópoli de Judea, sino también de muchas provincias, donde había colonias de judíos, como en Egipto, Fenicia, Siria, Cilicia, Panfilia, Bitinia, el Ponto Euxino, y finalmente en todas las ciudades fértiles y abundantes del Asia, África, y Europa.»¹⁵ Escribía Filón en tiempo de Cayo, antes de que viniera sobre Jerusalén la destrucción eterna, y aunque no determina la época en que los hebreos se extendieron por el mundo, cosa que tampoco fija Estrabón; aunque no señala a España, entre las provincias a donde llevaron sus colonias, no creemos repugnante ni fuera de camino el sospechar que las tuviesen también en la península ibérica; bien que en las partes litorales y nunca en el centro del continente, como resultaría de admitir que Toledo era fundación de los judíos, que Nabucodonosor (Nebuchadnesar), después que destruyó la ciudad santa y quemó el templo, dio al rey de España. Aquella conjetura, que puede fundarse en el espíritu de peregrinación que animó a los judíos desde los tiempos más remotos y que no se halla por otra parte en contradicción con los buenos historiadores, los cuales no dudan de la existencia en la península de las colonias fenicias, con quienes los hebreos tenían estrechas relaciones, aparece hasta cierto punto verosímil, sin que por esto la admitamos nosotros como un hecho histórico: no existe en España sobre este punto, ninguno de aquellos monumentos que no dejan duda alguna a la crítica, o al menos no ha llegado todavía a nuestra noticia; por lo cual sólo podemos ofrecer a nuestros lectores una opinión más o menos cuestionable, más o menos digna de crédito.

Lo que sí parece fuera de toda duda es, que destruida Jerusalén por las huestes de Tito, y perseguidos sus hijos por la espada de los Césares que le sucedieron, llegó la hora de cumplirse las profecías; y aquella nación rica, gloriosa y llena de poder en otro tiempo, se vio arrojada de sus hogares, esclava y errante, derramándose entonces por el mundo, para apurar el cáliz de amargura y padecer toda clase de injurias y quebrantos. El documento más antiguo que de este hecho verdaderamente maravilloso existe en España, sin que sea dado ponerlo en duda, es el canon XLIX del Concilio Iliberitano, celebrado en los años de 300 a 301, concebido en estos términos. «Amonéstese a los dueños de las haciendas no permitan que los judíos bendigan los frutos que Dios les da, para que no hagan frustránea nuestra bendición.» Se ve, pues, que ya en aquella época eran vistos con ojeriza por los sacerdotes cristianos de España, quienes no se contentaron con amonestar a los dueños de las haciendas que impidiesen el que estas fueran benditas por los hebreos, sino que en el canon siguiente del mismo Concilio, prohibieron el comercio familiar con ellos, de este modo: «El clérigo o fiel que coma con los judíos, sea apartado de la comunión, para que se enmiende.» No podía ser más cruel el castigo a que se vio desde luego condenada aquella miserable raza, arrastrando una existencia odiosa a todo el mundo y despertando los celos y la indignación con su presencia.

Muchos años pasan en la historia de nuestra nación sin que vuelva a aparecer documento alguno legal contra los judíos. A merced, sin embargo, de la invasión de los bárbaros del norte, que ahogaron bajo el peso de su muchedumbre las águilas romanas, rotos los antiguos vínculos sociales, natural parecía que los hebreos, que sólo aspiraban a encontrar un seguro asilo, acudiesen a los últimos confines del mundo para hallarlo. España sufrió por esta causa una doble invasión; porque

15 Philo *De legatione ad Cairum*.—Epist. *Adversum Flaceum*.

los judíos, masa flotante y vaga en medio de los demás pueblos, seguían siempre el impulso del más fuerte; implorando al par su protección y amparo. Así fue que aumentado considerablemente su número, durante la primera época de la irrupción goda, cuando este pueblo, aceptada ya la religión de los vencidos, sintió la necesidad de atender a su conservación y engrandecimiento, tuvo que acudir al mismo tiempo a poner coto en las demasías de los hebreos. La condición particular de éstos, sus conocimientos en las artes más necesarias para el uso de la vida, y últimamente su ingenio y su natural osado y astuto, los habían colocado en una posición ventajosa, posición que hubiera tal vez podido conducirles con el tiempo a ser dominadores de los mismos godos. Por esto desde los primeros Concilios de Toledo, tan célebres en toda la cristiandad, no pudieron menos los magnates y prelados de volver la vista hacia aquella plaga que los amenazaba, viéndose en la precisión de dictar contra ellos severas leyes, «alejándolos de los cargos públicos y prohibiéndoles tener mujeres, mancebas o esclavas cristianas», como en el canon XIV del [Concilio III](#) se expresa terminantemente.

Hubieron estas medidas, que tendían a separar enteramente entrambos pueblos, de exasperar los ánimos de los hebreos, cuyas esperanzas desvanecían al mismo tiempo; pero no contando con las fuerzas suficientes para resistir su ejecución, apelaron a la astucia, sentimiento que necesariamente debía desarrollarse en ellos en razón directa de sus sufrimientos y de la aversión con que eran vistos, aplazando para mejores tiempos su venganza. Consintieron, pues, en que se les obligase a vivir en barrios separados de los que moraban los cristianos, barrios que más tarde fueron reconocidos con el nombre de *juderías*, y se resignaron a que en el [Concilio IV](#) de los toledanos se decretase por el canon LX «que fueran sus hijos separados de ellos» con el objeto de instruirlos en la religión cristiana. Acordóse también en el mismo Concilio, que «nadie pudiera patrocinar a los judíos, haciendo extensiva a sus hijos la incapacidad de obtener cargos públicos» por el canon LXXV; si bien por otra parte declaraba el canon LVII «que no habían de ser obligados los judíos a creer por fuerza.» Llegaron al cabo los descendientes de Israel a juzgarse en extremo oprimidos, y tomaron para salir de aquel estado, el partido, de fraguar impotentes conjuras, especialmente los que moraban en Toledo, dando ocasión a que por los años de 620 intentase Sisebuto, movido también por el emperador de Constantinopla, lanzarlos de España; expidiendo un edicto contra ellos, por el que los obligaba a abandonar la península o a abrazar la religión católica. Oigamos por breves instantes lo que dice nuestro juicioso Mariana, al narrar este hecho: «Aceptó este consejo Sisebuto (el del emperador Heraclio) y aun pasó más adelante; porque no solamente los judíos fueron echados de España y de todo el señorío de los godos, que era lo que pedía el emperador, sino también con amenazas y por fuerzas los apremiaron para que se bautizasen; cosa ilícita y vedada entre los cristianos que a ninguno se haga fuerza, para que lo sea contra su voluntad: y aun entonces está determinación de Sisebuto tan arrojada, no contentó a los mas prudentes, como lo testifica San Isidoro... Publicado este decreto, continúa, gran número de judíos se bautizó, algunos de corazón, los más fingidamente y por acomodarse al tiempo: no pocos se salieron de España y se pasaron a aquella parte de la Galia en poder de los francos.»¹⁶

Este edicto que mandó Sisebuto insertar en el [Fuero juzgo](#), para darle el carácter y la autoridad de ley, no pudo producir en manera alguna el resultado que se proponía. Los que, como expresa el P. Mariana, tomaron el agua del bautismo para librarse de aquella terrible persecución, luego que falleció el monarca visigodo en el siguiente año de 621, volvieron a abrazar las creencias de sus mayores con mayor empeño, lo cual hubo de exasperar nuevamente a los cristianos, haciéndose de día en día más impracticable la reconciliación de ambos pueblos¹⁷. Así se ve que diez

16 Libro VI, cap. II de su [Historia general de España](#).

17 El doctor Isahak Cardoso, al mencionar este decreto de Sisebuto, se expresa del siguiente modo, rechazando la nota de *impíos y crueles* que había recaído sobre los descendientes de Judá. «Sisebuto, dice, rey de los godos en España obligó a los judíos a que trocasen su ley o que los matasen a todos en el año de 4077: mas no gozó el reino más de ocho años.» Es singular el contraste que se advierte entre el espíritu que anima a este escritor judaico y el que reina en los historiadores cristianos, llevándole a veces a exagerar los hechos: sin embargo su obra de las *Excelencias de*

y seis años después, es decir, a principios de 637 no solamente se renovaron y restituyeron a su vigor los cánones de los Concilios antecedentes, sino que se ordenó particularmente, después de atender a las necesidades de la iglesia, cuya disciplina había menester reforma, «que no se diese posesión del reino a ninguno, antes que expresamente jurara que no daría favor en manera alguna a los judíos, ni aun permitiría que ninguno que no fuese cristiano pudiese vivir en el reino libremente.»¹⁸ No podía en verdad llevarse a mayor extremo el rigor, ni hacerse mas sagrado el compromiso que contraían los reyes, al aceptar la corona. Pero esta excesiva severidad no debe por otra parte echarse en cara a los legisladores, cuando la osadía y el desinquietao afán de los hebreos por salir de su estado de abatimiento, los conducían a cometer desaciertos sin número, provocando así la ira de sus señores. Los desengaños que continuamente experimentaban, les obligaron a refinar, por decirlo así, su natural astucia, logrando otros diez y seis años después del último citado arriba, que en el Concilio VIII de Toledo diese el rey Recesvinto cuenta de una petición, en que rogaban aquellos que ya que los reyes Sisebuto y Chintila los habían obligado a renunciar su ley, se les eximiera de comer «carne de puerco, y esto más porque su estómago no la llevaba, por no estar acostumbrados a tal vianda, que por escrúpulo de conciencia; ofreciéndose, como muestra de su buena intención, a comer otros manjares guisados con ella.»¹⁹ Creyeron los prelados sincera la declaración de los hebreos, esperando que se redujeran todos al cristianismo y que terminase de este modo la lucha que con ellos mantenían; pero fue inútil su esperanza. No bien había ocupado la silla de Recaredo el rey Wamba, cuando la rebelión de Hilderico y de Paulo les dio motivo para manifestar su rencor, dando ayuda a los amotinados y volviendo al imperio visigodo muchas familias de las que habían sido arrojadas de él por los decretos que llevamos citados.²⁰ Contentóse Wamba con los castigos que impuso a Paulo y a sus principales partidarios, sin que haya dato alguno legal, por donde se venga en conocimiento de las medidas que adoptó respecto a los mal sosegados hebreos.

Los cánones del Concilio XVI de Toledo, celebrado en 693, continuando el sistema de benevolencia de Recesvinto, daban a los judíos conversos privilegios, de que carecían anteriormente, haciéndolos de mejor condición, y habilitándoles al par para abrazar todas las carreras del Estado. Intentó Egica de esta manera utilizar los grandes elementos de civilización que abrigaba en su seno el pueblo hebreo; y declarados ya como nobles y *horros de tributos*²¹ cuantos

los hebreos debe tenerse a la vista, para desechar notables errores.

18 Concilio X Toledano, convocado por Chintila.

19 El odio que los hebreos tienen a la carne de cerdo no proviene sólo de ser su uso vedado por la ley. Isahak Cardoso dice de este cuadrúpedo: «Es el puerco animal sórdido, humilísimo y torpísimo, criador y morador de la inmundicia: su recreación es el lodo y su vida la suciedad: no puede sufrir el olor de la rosa, ni de otras flores suaves, habituado a los pravos e inmundos olores. Animal gruñidor y clamoroso, la vista siempre baja que nunca mira al cielo, sino cuando le vuelven boca arriba: que entonces estúpido se enmudece, temiendo el peligro que le amenaza con la muerte.» Esta descripción, fuera de otras razones, prueba que no comían el cerdo, por medida higiénica.

20 He aquí como menciona el arzobispo D. Rodrigo en el capítulo II del libro III de su *Historia* la rebelión de que tratamos. «Sed quia novitas perturbationibus raro caret, in primo anno regni ejus (Wambæ) turbatio non modica excitatur. Nam Hildericus, qui Nemausensis urbis comitatum tenebat, faventibus sibi Gumildo pernicioso magalonensi episcopo et Ranimiro abbate, contra statuta gothorum judeos in patriam revocavit et virum venerabilem Aregium Neumasensem episcopum rebellionis suæ vecordia nisus est irritare, quam quia non potuit laqueare, a sede expulsum Francorum manibus tradidit illudemdum et Ranimirum, abbatem perfidiæ socium in pontificatu exulis subrogavit et a duobus episcopus preditionis consortibus fecit contra stata canonum consecrari.» Después de vencida la rebelión de Hilderico y castigada la traición de Paulo, que abandonando las banderas del rey, se pasó a los revoltosos, no vuelve a hacer mención el arzobispo D. Rodrigo de los judíos que fueron nuevamente llamados a su patria. El P. Mariana, se expresa, no obstante, en estos términos, al narrar las victorias de Wamba: «Con estos despojos y las riquezas de Francia quedaron los soldados del rey muy alegres y contentos. Dieron vuelta a Narbona: gran parte de los soldados y del ejército se repartió por las guarniciones de Francia, Hiciéronse muchos edictos contra los judíos, con que fueron echados de toda la Galia gótica. (*Historia general de España* Lib. VI, capítulo XIII.)

21 Mariana, lib. VI, cap. XVII.

abrazasen la religión cristiana, tal vez se hubieran recogido los abundantes frutos que el rey se prometía, si el anatema que pesaba sobre los descendientes de la tribu de Judá, no hubiese sido parte para que los buenos deseos y disposiciones del monarca godo se trocasen a los pocos años en enemistad y aborrecimiento. Así fue que en el año 694 congregó Egica el XVII Concilio Toledano, último de los celebrados en aquella ciudad famosa, presentándole un *memorial*, en donde manifestaba la necesidad grande de lanzar de España a todos los judíos, para evitar el que llevasen a cabo el proyecto que tenían concebido de entregar a los moros la península, de acuerdo con los hebreos que moraban en África. A la proposición del rey, que era apoyada vivamente por la magnitud del peligro que se anunciaba, respondieron los grandes y prelados, acordando que todos los judíos fuesen dados por esclavos, siendo confiscados sus bienes, *para que con la pobreza sintiesen más el trabajo*, y arrebatándoles sus hijos, luego que llegasen a la edad de 7 años²², para educarlos conforme a las prácticas cristianas. Este cambio experimentado en la conducta del monarca y del Concilio, no puede en manera alguna ser tachado de inconsecuente, cuando la necesidad más imperiosa que se presentaba a su vista era la de salvar la nación que se hallaba amagada de tan espantosa catástrofe. Los judíos que en el año anterior habían recibido por mano de Egica el presente, inestimable para aquellos tiempos, de la nobleza; que se veían colocados de pronto al nivel de las primeras familias del reino, pues que poseían grandes riquezas, provocaron con su oscura conducta aquella medida extrema: a los judíos debe, pues, acusar únicamente la crítica histórica, no pudiendo en esta ocasión libertarlos, cuando menos, del título de ingratos, para con un rey que tanta benevolencia les había mostrado.

La muerte de Egica y la ascensión al trono de su hijo Witiza hicieron cambiar muy luego el aspecto que este asunto presentaba. Verdad es que no tomaron mejor rumbo las demás cosas del Estado, cayendo todas las clases en la más vergonzosa corrupción y envilecimiento. He aquí como un historiador respetable²³ bosqueja el cuadro nebuloso que ofreció por aquel tiempo España, no perdiendo de vista al desalmado monarca: «Es muy dificultoso, dice, enfrenar la edad deleznable y el poder con la razón, virtud y templanza. El primer escalón para desbaratarse, fue entregarse a los aduladores; que los hay de ordinario y de muchas maneras en las casas de los príncipes: ralea perjudicial y abominable. Por este camino se despeñó en todo género de deshonestidades; enfermedad antigua suya, pero reprimida en alguna manera en los años pasados por respetos de su padre. Tuvo gran número de concubinas con el tratamiento y estado, como si fuesen reinas y sus mujeres legítimas. Para dar algún color y excusa a este desorden, hizo otra mayor maldad. Ordenó una ley, en que concedió a todos que hiciesen lo mismo; y en particular dio licencia a las personas eclesiásticas y consagradas a Dios para que se casasen. Ley abominable y fea, pero que a muchos y a los más dio gusto. Hacían de buena gana lo que les permitían, así por cumplir con sus apetitos, como por agradar a su rey, que es cierto género de servicio y adulación imitar los vicios del príncipe: y los más ponen su felicidad y contento en la libertad de los sentidos y gusto. Hízose otrosí una ley en que negaron la obediencia al Padre Santo; que fue quitar el freno del todo y la máscara y el camino derecho para que todo se acabase y se destruyese el reino.»

Tal era el estado de España bajo el reinado de Witiza, cuya torpeza llegó hasta el punto de echar por tierra todas las fortalezas del reino, a excepción de tres solamente, por el cobarde recelo de que los que veían indignados tanto escándalo, acudiesen con las armas, que hizo también quemar en las plazas públicas, a poner la enmienda que reclamaba la salvación del Estado. Bastaba al descarriado monarca, en medio de aquellos desórdenes, saber que su padre y los reyes que le habían precedido, encontraron motivos por donde reprimir a los astutos hebreos, para apartarse de tan saludable senda y dirigirse al despeñadero. Revocando, pues, por medio de un falso Concilio²⁴, los

22 Can. VIII del referido Concilio.

23 [Mariana.]

24 Los decretos de este Concilio que fue el XVIII ni se hallan reunidos con los de los anteriores, ni son tenidos por legítimos: al contrario, aparecen de todo punto opuestos a los cánones eclesiásticos; formando un grave capítulo de acusación contra aquel monarca, a quien han tratado de absolver de sus errores y extravíos algunos escritores

cánones de los anteriores y las leyes que había la nación recibido con entusiasmo, abrió Witiza las puertas del reino a los que pasaron a otras tierras por no abrazar la religión católica; relajó el juramento de los que habían recibido el agua del bautismo, y para colmo de insensatez, colocó en elevados puestos a muchos descendientes de aquella raza proscrita. Estas absurdas medidas no pudieron menos de producir los resultados que hubieran debido esperarse. Los judíos adquirieron bien pronto una preponderancia verdaderamente peligrosa, convirtiendo en provecho suyo todas las ocasiones que se les presentaban, y fraguando nuevos planes de venganza, para desquitarse de las ofensas que habían sufrido bajo la dominación goda.

La afeminación y corrupción de los nietos de Recaredo y de Wamba no podían ser por otra parte más lamentables. «Todo era convites, manjares delicados y vino, con que tenían estregadas las fuerzas y con las deshonestidades de todo punto perdidas; y a ejemplo de los principales, los más del pueblo hacían una vida torpe e infame. Eran muy a propósito para levantar bullicios, para hacer fieros y desgarros; pero muy inhábiles para acudir a las armas y venir a las puñadas con los enemigos. El imperio y señorío ganado por valor y esfuerzo, se perdió por la abundancia y deleites que de ordinario le acompañan. Todo aquel vigor y esfuerzo, con que tan grandes cosas en guerra y en paz acabaron, los vicios le apagaron y juntamente desbarataron la disciplina militar; de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo más estragada que las costumbres de España, ni gente más curiosa en buscar todo género de regalo.» Imposible nos parece el leer estas líneas, que trasladamos de un historiador muy digno de respeto²⁵, sin venir en conocimiento de que un pueblo que había llegado a semejante estado de desmoralización, no se viera amagado de una grande catástrofe. Ningún sentimiento había logrado sobrenadar en tan deshecha borrasca: todo era escarnecido y envuelto en el más afrentoso vilipendio. Aquellos crímenes, aquellas aberraciones habían menester de grandes expiaciones y castigos; y no corrieron muchos años sin que los campos del placer humearan con la sangre de las víctimas y sin que el fuego devorase los palacios que había levantado la molicie.

Asentado en el trono visigodo el hijo de Teodofredo, cuyas buenas dotes habían hecho concebir a los hombres sensatos las más lisonjeras esperanzas, pareció, no obstante, entrever aquel desventurado pueblo una aurora de felicidad que se anubló bien pronto para siempre. Los torpes amores de don Rodrigo con la hija del vengativo conde don Julián y el odio y las persecuciones ensayadas contra los hijos de Witiza, vinieron apenas había alboreado aquel rayo de luz, a sembrar rencores y desórdenes en todas partes; rencores que habían de producir lágrimas de sangre y desórdenes que sólo sirvieron para aumentar la corrupción que enervaba ya los pechos de los degenerados visigodos. Dos años rigió don Rodrigo las riendas del Estado, sin que el estruendo de las armas mahometanas y los alaridos de los combatientes viniesen a sacarle de su profundo letargo. Las banderas de Muza y de Tarif volaron al cabo en la península ibérica, llevando donde quiera el espanto y la desolación; y el desatentando amante de Florinda, corrió, aunque tarde al campo de batalla, para buscar la muerte, cayendo desplomado sobre su cadáver el soberbio edificio de la monarquía de Ataúlfo.

modernos. Entre estos ocupa un lugar distinguido el erudito don Gregorio Mayans y Siscar que en su ensayo intitulado: *El rey Witiza defendido*, obra bajo otro aspecto de no escaso mérito, disculpa, defiende y canoniza muchos de los hechos y desaciertos que al referido príncipe se atribuyen. La obra de Mayans, prueba, sin embargo, más talento y destreza en el autor que bondad en la causa que con no poco calor abraza. Los testimonios de historiadores tan respetables, como don Lucas de Tuy, que escribía por los años de 1235; del [arzobispo don Rodrigo](#) que afirma terminantemente que el rey Witiza honró más a los judíos que a las iglesias y prelados; de D. [Alonso el sabio](#), y en más modernos tiempos del respetabilísimo [Ambrosio de Morales](#), docto en todo género de estudios, corroboran y confirman la opinión de [Mariana](#), cuyo juicio dejamos trasladado. Podrá haber quizá alguna exageración en la exposición de los hechos; podrá tal vez descubrirse alguna ojeriza en la manera de presentarlos: pero aunque esto sea hasta cierto punto digno de censura, no por eso hemos de concluir que son aquellos enteramente falsos, como se ha pretendido por los defensores de Witiza. Esta no es la manera de examinar los acontecimientos, ni de descubrir la verdad histórica.

25 [Mariana.]

¿Y cuál fue la conducta que el pueblo hebreo observó en medio de tanto estrago? ¿Se aprestó acaso para la pelea? ¿ofreció al combatido imperio sus tesoros? ¿o bien conservó una actitud neutral, ya que no le era dado resistir el ímpetu de los vencedores? El amor de la patria, es decir, el amor del suelo en que se ha nacido y la gratitud a las últimas disposiciones de los reyes godos, parecían exigir de aquel pueblo que reuniese sus fuerzas con las de la nación española, para rechazar la invasión extranjera, abriendo al propio tiempo sus arcas para acudir a las apremiantes necesidades del Estado. Pero en contrapeso de estas razones existían los antiguos odios y los recuerdos de pasados ultrajes: la condición de los judíos, sus costumbres, sus intereses particulares y el género de vida ambulante que llevaban, los movían por otra parte a desear cosas nuevas; influyendo grandemente el fanatismo religioso, para determinarlos a declararse en contra de sus antiguos huéspedes, viendo con la mayor indiferencia su total ruina. Así fue que numerosos pueblos y ciudades, que hubieran costado mucha sangre a los sarracenos, fueron puestos en sus manos por los hebreos con siniestras y mañosas artes; siendo la corte de los godos una de las plazas fuertes que vinieron a su poder de esta manera. Córdoba, Granada y Sevilla fueron al par habitadas por los judíos y los sarracenos; observándose desde luego entre un pueblo y otro, una especie de concierto que parecía provenir de anteriores alianzas²⁶. Las predicciones de Egica y las medidas adoptadas por el Concilio XVII que hemos mencionado, no eran ya vanos temores ni manifestaban un rigor excesivo: los judíos abrigaban un rencor profundo contra los cristianos y ansiaban el momento de poder saciar su venganza. Sin amor ninguno al suelo en que vivían; sin afección alguna de aquellas que ennoblecen a un pueblo; sin sentimientos de generosidad finalmente, sólo aspiraron a alimentar su codicia y a labrar la pérdida de los godos; faltándoles el tiempo para manifestar su encono, y haciendo alarde de los odios que habían atesorado en tantos siglos.

26 El arzobispo don Rodrigo termina el cap. XXII del libro III de su Historia con la siguiente frase, al hablar de la pérdida de Córdoba: *Judeos autem, qui inhi morabantur, cum suis arabibus ad populationem et custodiam Cordubæ dimisserunt.*» Y en el siguiente capítulo XXIII que trata de la toma de Málaga, Murcia y Granada, dice hablando de Sevilla: *«Ipse autem captam Hispalim, de Judeis et arabibus populavit, et inde ivit Bejam et cum dispendio simili occupavit.* (Edición de Granada 1545).

II.

Los judíos bajo las monarquías cristianas de Oviedo, León y Castilla. (711-1284)

Nueva monarquía gótica. Odio de los cristianos contra los hebreos. Rapidez de las conquistas de los reyes de Oviedo. Necesidad de las artes de los judíos. Conquistas de D. Fernando el mayor. Toma de Toledo. Privilegio de los mozárabes. Asesinatos de 1108. Tributos que pagaban los hebreos. Sus academias de Córdoba. Triunfos de las armas cristianas en el siglo XIII. D. Alonso, el Sabio. Repartimiento de Sevilla. Sus sinagogas. El fuero viejo de Castilla. Las siete partidas. Traslación de las academias de Córdoba a Toledo. El repartimiento de Huete. Rebelión de D. Sancho. Muerte de D. Alonso X.

Consumada ya la total ruina del imperio de los godos y enseñoreados de toda la península ibérica los sectarios de Mahoma, comenzó para los hebreos una nueva era, tomando más extensión su comercio, y aumentándose progresivamente sus riquezas. Arrojadados entre tanto a las montañas de Asturias los pocos cristianos que no habían querido doblar el cuello al yugo sarraceno, y exaltados allí por los recuerdos patrióticos y por los sentimientos religiosos, echábanse los cimientos a la nueva monarquía, que había de aparecer más tarde grande y poderosa, llenando de terror a los que al principio la vieron con absoluto desprecio. De victoria en victoria y de conquista en conquista, logró el valeroso y magnánimo D. Pelayo dejar a su muerte fundado el reino de Asturias, en el espacio de veinte y un años, en que las guerras civiles devoraban por otra parte a los sarracenos. Las enseñas de la cruz volaban diariamente sobre nuevos castillos: la grande obra de la reconquista echaba más profundas raíces, y al vacilante trono de Oviedo se añadían nuevos territorios, hasta llegar a imponer la ley a los sectarios del islamismo.

El entusiasmo religioso de aquellos valerosos campeones de la patria, de aquellos restauradores de la libertad, crecía al par que su heroísmo se exaltaba en medio de los combates. Al apoderarse de una fortaleza, al obtener un triunfo sobre sus capitales enemigos, no sólo creían por esta causa tomar venganza de los ultrajes que de ellos habían recibido: tenían el firme convencimiento de que satisfacían también una ofensa hecha al Dios que animaba sus brazos en la pelea, y llenos del más ardiente celo, inmolaban a sus enemigos, tendiendo al propio tiempo sus diestras salvadoras a los cristianos mozárabes que yacían en el cautiverio. El carácter que presentaba por estas razones la primera época de la restauración cristiana, no era en verdad el de la tolerancia, a lo cual contribuían no poco los desmanes sufridos y el estado de las costumbres de aquellos tiempos de rudeza.

Pero bien pronto la índole noble de los cristianos, pasado ya el primer ímpetu de la venganza, cambió el aspecto de las cosas. Los judíos que tal vez con mayor justicia, habían sido objeto de su odio, comenzaron a ser admitidos en las ciudades conquistadas, en donde permanecieron también los musulmanes con el nombre de *mudéjares*, aunque no abandonaran los errores del falso profeta. Dedicábanse, como los últimos, al comercio y a la industria y seguían donde quiera a los ejércitos cristianos. Sin embargo, ya porque el pueblo los mirase con aversión, ya porque, no comprendiendo los secretos de las ciencias que tal vez cultivaban los hebreos, los tuviesen por nigromantes y hechiceros, se vieron al poco tiempo perseguidos, siendo quemados vivos los años de 845 muchos de los que moraban en las poblaciones cristianas, gobernando aquella monarquía que contaba poco más de un siglo de existencia, el vencedor de Clavijo.

El pueblo de D. Pelayo había menester, no obstante, de la ayuda del pueblo hebreo, porque no se bastaba a sí mismo. La guerra era su ocupación más noble; su necesidad suprema. Todas las artes que no tenían relación con la guerra, eran vistas por ellos con entero desprecio y consideradas como

indignas de su valor. El pechero cultivaba acaso las tierras; el hidalgo sólo sabía esgrimir la espada o blandir la lanza. Los goces de la guerra y del campo no fueron al cabo suficientes para satisfacer las necesidades de la vida: los elementos de cultura que estaban en manos de los judíos, llegaron a ser indispensables a los cristianos; y he aquí como naturalmente hubieron de aminorarse sus odios y rencores, si bien nunca llegaron a extinguirse. Los hebreos comprendieron por otra parte la situación en que se hallaban; y no tuvieron más medios de vida que el de someterse a la suerte fatal que los cobijaba. Los servicios que hacían eran pagados con el desprecio y vistos con desconfianza: su industria servía, cuando más, para satisfacer los caprichos de algunos jóvenes magnates; sus ciencias eran continuo pábulo de terribles sospechas. Y sin embargo, los judíos extendían su comercio, acrecentaban su industria²⁷, aseguraban su existencia a fuerza de sufrimiento, y acudían con cuantiosos pechos a sostener el militante Estado.

Los sarracenos entre tanto iban estrechando más y más el círculo de su imperio: las victorias de don Fernando, el mayor, del héroe de Vivar, y de Alonso VI los habían despojado de ricas y extendidas comarcas. Toledo, la antigua ciudad de los Concilios, la corte de los visigodos, que había yacido cautiva por el espacio de trescientos setenta años, se entregaba en 1085 al huésped de Al-mamum-billah, quedando reducidos al yugo cristiano todos los pueblos de aquel poderoso reino. En aquellas poblaciones moraban gran número de israelitas: las capitulaciones firmadas y juradas por el rey Alonso, concedían a los moros el derecho de permanecer en sus hogares, gobernándose por sus leyes y conservando los ritos de su religión. El mismo privilegio alcanzó a los hebreos, continuando al propio tiempo en la ciudad cristiana los tres pueblos que habían vivido en ella durante su cautiverio. Sin embargo, como no podía menos de suceder, aunque respetados por el

27 Para prueba de que en esta época y aun antes de ella, se ocupaban los judíos en el cultivo de las artes más necesarias de la vida, trasladaremos a este sitio la inscripción hebraica, hallada en Fuente Castro, provincia de León, la cual es propiedad de D. Tomás Rodríguez Monroy. Hela aquí:

זה הקבר ל...
מיוסף בן עוזי הצורף נ
בן חמש וששים שנה באחזו
בשבת חמשה עשר יום ליו
לירה כסליו שנת שמנה
מאות וששים ואחד למנין
ליון מתא הקבה יזכהו
ויסלח גונתיו וכפר חט
הטאתיו וירחמהו ויעם
ויעמדהו לגרלו לקץ הימין
ויחיהו לחיי העלם הבא

La traducción de esta interesante lápida, que hemos consultado con el distinguido hebraísta, nuestro querido maestro y amigo, D. Antonio María García Blanco, es como sigue:

ESTE EL SEPULCRO DE... (a)
DE JOSEPH, HIJO DE JOZIZ, FUNDIDOR DE... (b)
DE EDAD DE SESENTA Y CINCO AÑOS, AL EXPIRAR
EN SÁBADO, QUINCE DÍAS DEL MES
DE CASLEU AÑO DE OCHOCIENTOS
Y SESENTA Y UNO DEL CÓMPUTO.
AL LODO MENUDO DE LA CUEVA LO PURIFICARÁ,
Y PERDONARÁ SUS MALDADES, Y CUBRIRÁ
SUS PECADOS Y SE APIADARÁ DE ÉL,
Y LO HABRÁ REUNIDO A SU SUERTE
Y LO VIVIFICARÁ A LA VIDA DEL SIGLO FUTURO.

(a) Tal vez en este sitio pudiera leerse **למהפכה** de cadáver.

(b) Esta palabra, cuya inicial es **נ** en la lápida, quizá deberá ser **נהסה** fundidor de bronce. Parécenos conveniente advertir que las últimas letras de las líneas cuarta, octava y novena son el principio o parte de la primera palabra de las siguientes, que por no caber en la línea, las repetían íntegras los hebreos, antes que partir palabra alguna, como se hace en los idiomas modernos.

monarca en el uso de sus costumbres religiosas, los hebreos no fueron tratados con las consideraciones que reclamaba el derecho de gentes, derecho mal definido y peor comprendido en aquella época. En el privilegio que el rey D. Alonso dio a los mozárabes a trece de las Kalendas de abril de la era de 1139 (año de 1091), confirmándoles sus antiguos fueros y repartimientos, se encuentra una circunstancia notable que demuestra al punto que eran despreciados los descendientes de Israel. «Et quanta *caloña* ficiere²⁸ paguen tan solamente el quinto, según se contiene en la carta de los castellanos, sacado de *furto* o de *muerte* de judío o moro.» Esta cláusula citada por Marina en su apéndice primero a la *Teoría de las cortes*, no puede ser más terminante. Los mozárabes y los castellanos pagaban al fisco, como pena expiatoria, una cantidad señalada por las leyes para ciertos y determinados delitos, excepto en los casos de ser estos muerte o robo contra los musulmanes o los hebreos. La condición de estos pueblos no podía en consecuencia ser más desgraciada, ni llegar su envilecimiento a mayor extremo. ¿Cómo, pues, se castigaba al homicida de un hebreo? Las leyes hasta entonces o no eran justas o no estaban tan terminantes como el interés mismo de la humanidad lo exigía.²⁹

Esto produjo entre tanto lo que debía producir, atendidos todos los elementos que contra el pueblo proscrito se conjuraban. Diez y siete años después de expedir D. Alonso el privilegio que hemos mencionado, en 1108 a 14 del mes de agosto, los que bajo el injusto escudo de aquella especie de fuero ofendían a los hebreos impunemente, se apellidaron y reunieron para ejecutar en ellos su saña, dando por único pretexto el odio de la religión que aquellos profesaban. Las calles de Toledo se vieron salpicadas de sangre; el fuego consumió no pocas riquezas y la violencia dejó en todas partes los más terribles rastros de exterminio; sirviendo este fatal ejemplo de cruel precedente para los desmanes, desafueros y matanzas que echaron tantos borrones en la historia del pueblo español, durante la edad media³⁰. En vano intentó D. Alonso, celoso de su autoridad y animado por un sentimiento humanitario, castigar a los perpetradores de tan repugnante atentado: las sinagogas habían sido saqueadas por la muchedumbre, los rabinos inmolados al pie de sus cátedras y últimamente nada se había respetado. El pueblo con sus instintos de sangre y de venganza había llevado sus excesos al último punto; excesos que debieron reprimir las leyes con toda severidad y energía, si se deseaba que no se repitiesen y aumentasen dolorosamente. Las leyes generales sin embargo, guardaron silencio en tan interesante asunto por aquellos tiempos, o fueron demasiado débiles e impotentes para curar las heridas que habían abierto los privilegios.

28 La palabra *caloña*, que tan a menudo se encuentra en el *Fuero viejo de Castilla* y otras antiguas leyes y fueros, se halla usada en distintas acepciones: unas veces significa multa, otras calumnia y otras crimen o delito. En el privilegio a que pertenece la cláusula que transcribimos, es lo primero.

29 Quince años antes de conceder el rey don Alonso a los mozárabes este fuero, había otorgado el de Sepúlveda, adoptado después por muchas y muy importantes poblaciones, no sólo de Castilla sino de los demás reinos en que se dividía España durante la edad media; si bien algunos eruditos lo tienen por sospechoso, diciendo que es una compilación hecha a principios del siglo XIV. En los títulos 37, 38 y 39 de dicho fuero, se ve, no obstante, que si la condición de los judíos no era más ventajosa, se les trataba con más humanidad y miramiento. «37. Otrosí, todo cristiano que firiere judío, si gelo pudiese probar con dos cristianos e con un judío peche cuatro maravedís; et si non, sálvese por su jura. 38. El judío que firiere al cristiano, si gelo pudiese probar con tres vecinos que lo avieron, el uno que sea judío, peche diez maravedís; et si lo matare, muera por ello et pierda quanto oviere e ayan la tercera parte los alcaldes. 39. Todo cristiano que matare judío si por verdat lo fallasen los jurados e los alcaldes todos en uno sobre sus juras, peche cient maravedís por tercios, así como sobre dicho es, et vaya por enemigo por siempre a amor del querelloso e de los sus parientes.» La vida de un hebreo estaba, pues, tasada en cien maravedís, mientras el judío homicida no solo era condenado a muerte, sino que perdía toda su hacienda, siendo por tanto trascendental a sus hijos y a toda su familia semejante condena. El fuero de Sepúlveda era, sin embargo, uno de los más racionales que en aquellos tiempos se otorgaron por los reyes, respecto al asunto de que tratamos. El fuero de Nájera, dado por el mismo rey en 1076, castigaba sin embargo, el homicidio de los judíos del mismo modo que el de los infanzones y los monjes. «Per homicidium de infanzone, vel de scapulato, aut de judeo no debent aliud dare plebs de Nagara unisi CCL solidos, sine sayonia.» Lo mismo dice respecto a las heridas: «Si aliquis homo que percuserit judeum, quales libes fecerit, tales paret ad integritatem, quomodo de infanzone aut de scapulato.»

30 El obispo don Prudencio de Sandoval en sus *Crónicas* y el doctor Salazar de Mendoza en la *Vida de San Ildefonso*.

Acudía el pueblo hebreo en medio de las vejaciones de que era víctima, a los reyes y a las iglesias con cuantiosos impuestos, yendo tan adelante la tiranía que los cristianos llegaron a ejercer sobre ellos, que les obligaron a satisfacer un tributo personal sobre los que ya pechaban, por vivir en las ciudades y demás poblaciones de los reinos de Castilla. Este tributo era concedido no pocas veces a los magnates en pago de alguna acción señalada o en trueque de algunos privilegios y pensiones que gozaban sobre las rentas de la corona³¹. Así sucedía a menudo que los poseedores de semejantes impuestos maltrataban a los judíos para obtener más pingües resultados, aumentándose de esta manera la opresión en que yacían, y haciéndose más amarga su suerte. Organizábase, no obstante, aquel pueblo el mismo efecto de su condición, y aunque por arrojado, digámoslo así, del mundo, vivía para el trabajo y se afanaba por conquistar algunos títulos de gloria que oponer a la saña de sus señores. Desde los años de 948, habían pasado a la famosa corte de los Abd-er-Rhamanes desde las ciudades de Persia multitud de rabinos, cuya ciencia profunda había sido justa admiración de los cultos árabes. Córdoba vio reproducidas en su seno aquellas celebradas academias, y Toledo tuvo también la honra de ofrecer hospitalidad a algunos de aquellos doctos viajeros. De este modo los hebreos, emulando hasta cierto punto la sed de gloria y el amor a las ciencias que abrigaba el pueblo de Mahoma, contribuían por su parte a inocularle en el cristiano; bien que éste se curase poco de semejantes tareas, entregado exclusivamente al arte de la guerra.

El imperio castellano, cuyos cimientos se habían echado tan difícilmente, adquiría sin cesar nuevas fuerzas. A los triunfos de D. Alonso VI habían seguido otras muchas victorias y conquistas importantes, haciendo dueños a los cristianos de feraces y dilatadas provincias. La batalla de las Navas de Tolosa vino finalmente a fijar la suerte del cristianismo; decidiendo de la libertad de España y convenciendo a los sarracenos de que había pasado ya el tiempo de las conquistas prodigiosas. El siglo XIII, que en todas partes se anunciaba como la época de la restauración, como la aurora del hermoso día que iba a brillar para las modernas sociedades, pareció ser para la península ibérica nuncio de próxima bienandanza. En 1212 derrotaba Alonso VIII, ayudado de los reyes de Aragón y de Navarra³² al terrible caudillo de los musulmanes en las gargantas de Muradal; en 1224 inauguraba Fernando III la conquista de Andalucía con la toma de Baeza y la rendición de todas las poblaciones de aquel pequeño reino; en 1230 ganaba D. Jaime I de Aragón la isla de Mallorca; la ciudad de Córdoba, la patria y silla de los califas españoles sucumbía en 1236, y dos años después tenía igual suerte Valencia; en 1248 caía bajo el poder de los reyes de Castilla la capital de Andalucía con todas sus tierras y fortalezas, y el reino de Murcia se ponía casi al mismo tiempo en manos de D. Alonso X. Aun no había llegado el siglo XIII a la mitad de su carrera y ya

31 En épocas posteriores a la que nos vamos refiriendo, acaecieron no pocos hechos de este género. El rey D. Alonso el sabio, cuyo nombre es célebre por más de un título glorioso, hizo merced en 1251 a Juan Ponce y a Ponce Pérez de mil maravedises alfonsíes sobre la judería de Toledo, en cambio de otro heredamiento. La cédula real de esta concesión está fechada en Murcia a 12 de julio del año referido. (Véanse los *Anales de Sevilla* de don Diego de Zúñiga). También solían concederse, por vía de privilegios, esta clase de rentas a las Órdenes militares. En la *Crónica de la de Alcántara*, escrita por frey Alonso Torres, se encuentran estas líneas, entre los privilegios de que aquella caballería gozaba: «Que los judíos o moros que pasen por las Brozas, no siendo naturales de la Orden, paguen dos maravedís y doce cualquiera mujer pública que venga a vivir de asiento: un marco de plata la viuda que se vuelva a casar antes de un año y un día de la muerte de su marido: por la aljama de los judíos ciento veinte maravedís y cincuenta los moros de veinte años que viven en su ley. (Edición de Madrid 1786.)

32 No creemos fuera de propósito el trasladar aquí lo que cuenta Mariana en el libro XI cap. XXIII, que aconteció en Toledo al reunirse los ejércitos de estos reyes: «Levantóse, dice, un alboroto de los soldados y pueblos en aquella ciudad, contra los judíos. Todos pensaban hacer servicio a Dios en maltratarlos. Estaba la ciudad para ensangrentarse y corrieran gran peligro, si no resistieran los nobles a la canalla y ampararan con las armas y autoridad aquella miserable gente.» Contra un pueblo que creía hacer a Dios un servicio, asesinando judíos, no era posible legislación de ninguna especie sobre este punto. Verdad es que pudieron tener bastante influencia en esta manifestación de los cristianos los amores que el rey don Alonso tuvo con una judía de aquella ciudad, llamada Raquel, en odio de la cual hasta llegaron a tomar los nobles las armas contra su rey, asesinando a su *combleza*; pero no puede, sin embargo, menos de repugnar que para manifestar al soberano de Castilla, respecto a aquel hecho, su desagrado fuera necesario verter sangre inocente. Esto nos parece monstruoso.

aparecía como probable y hacedero el triunfo completo del cristianismo, abrigándose la esperanza de derrocar muy en breve el poderío de los musulmanes.

La perspectiva que presentó entonces la nación española, no podía ser más halagüeña: a los triunfos de las armas unía la causa de la civilización otras victorias no menos insignes. El rey D. Alonso, apartándose algún tanto de las creencias y preocupaciones de sus antepasados, dotado de un claro talento y de un amor sin límites por las ciencias y las artes; señor en fin de tantos reinos, donde aquellas florecían, no pudo menos de dispensarles una protección directa y más activa tal vez de lo que permitían los tiempos. Para él los hombres dedicados al estudio lo merecían todo; sin que por esto despreciara, como siniestramente se ha pretendido, a los que aspiraban al lauro de las batallas. En aquella época permanecían aun las ciencias en manos de los árabes y de los hebreos; y el rey sabio, cuya natural benevolencia y templanza, cuyos instintos humanitarios habían desterrado de su corazón toda especie de odios y rencores, tendió su mano amiga sobre los hebreos y los árabes que moraban en sus dominios, e intentando mejorar la condición de entrambos pueblos, especialmente del primero, puso en práctica cuantos medios estaban a su alcance para conseguirlo.

Aun no había fallecido San Fernando, y ya al hacer el repartimiento de Sevilla, daba su hijo señaladas pruebas de su benevolencia hacia aquella raza proscrita. Concedióles para que morasen todo el terreno que ocupan ahora las parroquias de San Bartolomé, Santa María la Blanca y Santa Cruz, llegando hasta el convento de Madre de Dios; y dióles para que celebrasen sus ceremonias religiosas tres sinagogas de las mezquitas que los moros habían levantado en aquella ciudad, durante el tiempo de su dominación, separando a esta judería de la restante población una muralla, que se extendía desde el Alcázar hasta la puerta de Carmona³³, de la cual se conservan todavía algunos vestigios, junto al convento referido y en las inmediaciones del arco llamado de Toqueros. Y no se contentó la liberalidad del rey don Alonso con estas mercedes: quiso también dar heredamiento a muchos judíos, así de los que habían morado en Sevilla bajo el dominio sarraceno, como de los advenedizos a la fama de la opulencia de aquella gran población; y agradecidos los hebreos a tan benéficas y humanitarias señales, manifestaron al rey su reconocimiento regalándole una llave de labor primorosa, la cual se conserva en la Catedral de Sevilla, con la siguiente inscripción en sus guardas: DIOS ABRIRÁ, REY ENTRARÁ³⁴, viéndose al rededor del ojo otra leyenda hebrea, que contiene el mismo sentido.³⁵ Pero aunque don Alonso trató de mejorar en

33 Vera y Rosales en su *Discurso histórico de la imagen de Nuestra Señora de la Iniesta*. Lib. 11. cap. I.

34 Así lo siente Alonso de Morgado en su *Historia de Sevilla*; si bien Argote de Molina juzga que fue entregada a San Fernando, y otros autores creen que es la misma que Axataf puso en manos del citado rey. Esto está probado ser falso: el parecer de Argote, que es de no poco peso para nosotros, tampoco aparece enteramente justificado.

35 Esta llave y la verdadera que entregó Axataf han sido grabadas en los *Anales de Sevilla de Zúñiga*, tom. 1, fol. 47, y en la obra que dio a luz Daniel Papebrochio en Amberes el año de 1684, titulada *Acta vitæ S. Ferdinandi, regis Castellæ et Legionis*. Esta obra es bastante rara en nuestras bibliotecas. La llave que los hebreos regalaron al rey don Alonso, tiene la siguiente inscripción:

מלד המלכים יפתה
מלד כל האד ייבוא

Cuya traducción es:

REY DE REYES ABRIRÁ
REY DE TODA LA TIERRA ENTRARÁ.

Por esta leyenda, que pertenece a una de las plegarias que hacen diariamente los hebreos, se viene en conocimiento de que los judíos, al donar la llave al rey don Alonso, aludieron mas bien a la venida de su Mesías que a la conquista del rey don Fernando el Santo. Pues aunque el rey don Alonso podía llamarse rey de reyes, por reconocer su feudo y dominio no pocos reyezuelos árabes y algunos magnates cristianos independientes, la frase de toda la tierra no puede en modo alguno tener referencia a don Alonso, aunque se suponga que al recibir la llave, había sido ya elegido emperador de Alemania; la circunstancia de ser la inscripción que dejamos trasladada, parte de la plegaria matinal de los hebreos, demuestra por otra parte que los judíos de Sevilla no fueron tan sinceros con don Alonso, como tal vez hubieran debido.

La inscripción de la llave que Axataf entregó al rey don Fernando, conforme con la verdad histórica, está concebida en estos términos:

تهال على الايام بينة الله

cuanto estaba a su alcance la miserable condición del pueblo proscrito, atendiendo no sólo a la voz de la humanidad, sino también al progreso y desarrollo de los elementos de civilización que aquella raza poseía, llegando en este empeño hasta establecer cátedras de hebreo en Sevilla, Toledo y otros puntos importantes de sus reinos; todavía no alcanzó a sustraerlo del yugo que gravitaba sobre él, viéndose obligado en 1256 a expedir una carta plomada, fecha en Segovia a 16 de setiembre, y dirigida a los Alcaldes mayores don Rodrigo Estevan y don Gonzalo Vicente, por la cual concedía a la iglesia metropolitana de Sevilla el derecho que las demás iglesias tenían sobre cada judío de los que moraban en sus diócesis, derecho que consistía en el tributo de treinta dineros, los cuales habían de satisfacer desde la edad de diez años.

No pudo tampoco aquel rey justo, sabio y cristiano liberrar a los judíos en otro terreno de la animadversión y malquerencia con que eran vistos por el pueblo. Ya desde los tiempos de don Alonso VIII en el *Fuero viejo de Castilla*, se habían adoptado algunas disposiciones que favorecían hasta cierto punto a los judíos, protegiéndolos en el goce de sus propiedades³⁶; si bien se prohibía al mismo tiempo que se llevase a cabo toda venta entre cristianos y judíos, si antes no constaba legalmente la posesión de la finca o cosa vendida. Habíanse también dictado otras disposiciones respecto a la parte administrativa y aun a la contenciosa, que parecían, como veremos en otro capítulo, asegurar la libertad individual, respecto a los hebreos entre sí. Pero no se les habían abierto las puertas, como lo hicieron en otra época los Concilios, para que pudieran aspirar a todos los honores y cargos públicos; y esta gloria estaba reservada al autor de las *Siete partidas*; bien que no podía, como dejamos indicado, desentenderse del espíritu de su época, de las exigencias de sus pueblos, ni de los abusos que cometían continuamente los mismos judíos. Por esta causa, cuando llega a hablar de ellos, en el título XXIV de la *Setena partida*, no puede menos de mostrarse severo contra los que, olvidando su esclavitud presente, llevaban su fanatismo hasta el punto de predicar públicamente las doctrinas del judaísmo, intentando hacer prosélitos entre la muchedumbre; por esta causa prohibía que se reuniesen los viernes santos, y que salieran de sus casas o barrios en aquellos días, so pena de sufrir los insultos y desmanes del pueblo; por esta causa les imposibilitaba para los cargos públicos, si persistían tenaces en sus creencias, y finalmente disponía que se

Que vertido al castellano dice:

DURE POR SIEMPRE (ESTA LLAVE) POR LA GRACIA DE ALÁ.

O de otra manera:

PERMITA ALÁ QUE DURE ETERNAMENTE EL IMPERIO DEL ISLAM EN ESTA CIUDAD.

La tradición que ha existido en Sevilla hasta nuestros días, respecto al sentido de esta inscripción, viene por tierra con la interpretación que acabamos de darle, y que le da también el célebre arabista, amigo nuestro don Pascual Gayangos. Sin embargo, no es menos exacta y racional, justificando al mismo tiempo la verdad histórica.

- 36 No solamente se protegía en el *Fuero viejo*, y se aseguraba la propiedad de los judíos, sino que se regulaba en parte la usura. En el artículo I del título IV que trata de las deudas se disponía «que por deuda de hidalgo, conocida y juzgada a favor de judío o cristiano, debía entregarse el acreedor en sus bienes muebles, y venderse estos a los nueve días; a falta de ellos en sus raíces, los que tenga y disfrute hasta ser pagado de la deuda, y de los gastos que hiciere en su labor; mas no queriendo labrarlos, téngalos a menoscabo, sin venderlos.» En el tercero se ordenaba «que el hidalgo u otro hombre, que debiese a judío, aunque hubiera carta en que expresase serle deudor de todo cuanto tenía mueble o raíz, pudiera venderlo y empeñarlo, antes que el judío se entregara en ello, mas no después, hasta que fuese pagado.» En el 19 se determinaba la manera de cumplir las obligaciones pactadas con los judíos de este modo. «Si el demandado por judío, con carta de deuda, la negare y se le pruebe, debe pagarla y además sesenta sueldos al merino: no pudiendo el judío probar la carta, según fuero, pague otros sesenta, y aquel se libre de ella; y probándose que fue pagada, pague otros sesenta, y el alcalde la rompa, sin que baste atestiguar con otro judío el cristiano que la hizo, pues debe probar con otro cristiano o con judío. También se dictaban en el *Fuero viejo de Castilla* otras disposiciones respecto a la usura sobre prendas, las cuales respiraban el mismo espíritu. (*Extracto de las leyes del Fuero viejo de Castilla*, etc. por el Lic. don Juan de la Reguera y Valdelomar. Madrid 1798). En el reino de Navarra se seguía sobre este punto diferente conducta; pues no sólo no se permitía la usura, sino que alcanzaron los reyes bula de Alejandro IV en 1254, por la cual se les autorizaba a apoderarse de los bienes adquiridos por aquella vía, para devolverlos a sus antiguos poseedores, ingresando en el fisco los que carecían de dueño. Desde esta época se obligó en Navarra a los judíos a observar las *ordenanzas de San Luis*, no teniendo derecho más que para reclamar el capital prestado.

castigara a los que hicieran vida con los hebreos, no consintiéndoles siervos cristianos y obligándoles a llevar un distintivo, para que se diferenciaron del resto de sus vasallos³⁷.

Pero en cambio de estas leyes, se consignaba en la IV.^a del mismo título el respeto con que debían verse sus costumbres religiosas, autorizándoles para reedificar sus sinagogas, aunque con algunas prohibiciones e imponiendo severos castigos a los cristianos que osaran profanarlas. En cambio se llevaba este respeto en la siguiente ley hasta el extremo de mandar que no se pudiese apremiar en manera alguna a los judíos en el día del sábado, por no perturbar sus ceremonias y oraciones, a menos que no cometieran muerte o robo; y últimamente se insertaba en la ley VI.^a esta notable cláusula. «Otrosí mandamos que después que algunos judíos se tornen cristianos, que todos los de nuestros señoríos los honren e ninguno non sea osado de retraer a ellos, nin a su linaje de cómo fueron judíos en manera de denuesto, e que hayan sus bienes e de todas sus cosas partieren con sus hermanos, heredando de sus padres e de sus madres e de los otros sus parientes, bien así como si fuesen judíos; que puedan haber todos los oficios e las honras que han todos los otros cristianos.»

Esta ley, en donde se revelan a primera vista los deseos que abrigaba el rey don Alonso de atraer al seno del cristianismo tantos y tan ilustres hebreos como florecían en aquella época, produjo, como el rey esperaba, los mejores resultados. Muchos rabinos, ilustres en las letras sagradas, en la astronomía, ciencia a que el rey era muy dado, y en la medicina, los cuales eran reconocidos con el nombre de *sabidores*, comenzaron desde entonces a abrazar la religión cristiana; abriendo la senda que habían de seguir después otros insignes varones. La tolerancia de don Alonso y el respeto que manifestó tocante a los ritos religiosos de los judíos, provenían por otra parte del respeto que profesaba a la religión cristiana, lo cual tuvo cuidado de expresar él mismo en la primera ley del referido título de la última partida. Para que se cumpliesen las santas escrituras; para que expiase el pueblo hebreo el crimen de deicidio, cometido en el Gólgota, necesario era que vagase por el mundo *sin patria, sin hogar y sin templo*, arrastrando una existencia precaria y viviendo bajo el yugo de todos los pueblos. Así el rey don Alonso, ordenando que se les respetase en el ejercicio de su religión y consintiéndoles que reedificasen sus sinagogas, cumplía con uno de los deberes más sagrados, según su conciencia, y rendía el tributo más digno de su fe y de su admiración a la grande obra del Crucificado.

Mas los judíos contaban también con otros títulos para conquistar la benevolencia, cuando no la predilección del monarca castellano, como dejamos indicado arriba. Poseían los doctores de la ley las ciencias y las artes en alto grado de perfección, y era imposible que un rey que consagraba los momentos de ocio que le dejaban los negocios del Estado, al estudio de las artes y de las ciencias, no experimentase vivas simpatías hacia sus más señalados cultivadores. Don Alonso, usando de todos los medios que estaban a su alcance y que no le ponían directamente en contradicción con sus vasallos, protegió a los judíos, porque en ellos protegía los adelantos del saber humano, dando al par un grande impulso a la civilización española. Las Academias,

³⁷ Al insertar el rey sabio esta disposición en las leyes de partida, lo hacia obedeciendo al Concilio general, IV de los Lateranenses, celebrado a principios del siglo XIII, bien que por bula de Honorio III, dirigida al arzobispo de Toledo, y fechada en las Kalendas de abril de 1219, tercero de su pontificado, se eximía al rey de Castilla de esta obligación, siempre que no se le impusiese expresamente por la corte romana. La precitada bula decía respecto a este punto. «Quare Novis fuit tam ex dicti Regis (Fernando III), quam ex tua parte humiliter supplicatum ut executioni constitutionis super hoc editæ tibi supersedere de Nostra provissione liceret, cum absque gravi scandalo procedere non valeas in eadem, volentes igitur tranquilistati dicti Regis et regni Paterna sollicitudine providere, præsentium tibi auctoritate mandamus, quatenus exertionem constitutionis suprædictæ suspendas quamdiu expedire cognoveris, nissi forsam super exequendam eadem apostolicum mandatum special reciperes.» En 1234 exigía Gregorio IX a todos los reyes de la península ibérica que se cumpliera el canon del Concilio general de 1215, respecto al distintivo y traje de los judíos, siendo ésta la verdadera causa de que el rey D. Alonso diese a esta medida el carácter de ley nacional, incluyéndola en las Siete partidas. Gregorio IX no se contentó con apartar así al pueblo hebreo del cristiano, sino que dirigió también dos bulas plomadas, una al rey de Castilla y otra a los prelados de toda España, para que recogiesen a los judíos el Talmud; pero esta exigencia del papa no pudo llevarse a cabo, por ser demasiado tiránica. (*Archivo de la catedral de Toledo*, Alacena, a. caj. 4., leg. I, instrumentos 1.º y 2.º)

establecidas en Córdoba desde mediados del siglo X, fueron trasladadas por él a la antigua corte de los visigodos, cuya importancia era en aquel tiempo sin límites: los sabios rabinos que habían competido con los ulemas árabes, dejaron oír su voz en las aljamas de Toledo; y cuando se eclipsaba el astro de la civilización árabe en la corte de los califas de occidente, parecía lucir con más brillantes resplandores el saber de los descendientes de Judá en la primera metrópoli de la España cristiana.

Bajo tales auspicios, no podían menos de acrecentarse las riquezas que poseía ya el pueblo hebreo, extendiéndose su comercio y tomando su industria un considerable desarrollo; todo lo cual refluía inmediatamente en beneficio del pueblo cristiano; puesto que a medida que duplicaban los judíos sus capitales, a medida que se hacían más ostensibles sus ganancias, eran más crecidos los impuestos que se les exigían, y más frecuentes los pedidos del servicio y medio servicio que se les repartían por el monarca. Una prueba irrecusable de estas observaciones, tenemos en el *repartimiento* que por los años de 1290 de J. C., 5050 del mundo, se hizo en la villa de Huete; documento de grande interés e importancia, no sólo por dar a conocer el número de aljamas que existían entonces en Castilla, sino por revelar el estado de los judíos, y sus relaciones con el pueblo cristiano, aun después de la muerte del rey sabio; probando hasta el punto que llegó su protectora influencia, a pesar de los desaciertos de su hijo. Este *padrón* que expresa de una manera especial la distribución que se daba a los impuestos, con que acudía la raza procripta a los prelados y a los magnates de Castilla; que contiene los nombres de los magnates e hidalgos que ya por derechos adquiridos en el campo de batalla, ya por donaciones de los reyes o prelados o ya en fin por conmutación o cambio de otras rentas, participaban de los impuestos y pechos de los judíos, ofrece el resultado siguiente:

<i>Resumen del padrón de los judíos de Castilla, y de lo que tributaban (marevedíes) en el año de 1290, era de 1228.</i>		
Juderías	Servicio Encabezamiento	Suma total
<i>Arzobispado de Toledo-tra Sierra</i>		<i>1.062.902</i>
Villareal	26.486	
Toledo ³⁸	216.500	
Madrid	10.600	
Alcalá	6.800	
Uceda	2.816	
Talamanca	1.014	
Buitrago	6.098	
Guadalajara	16.986	
Almoguera	404.588	
Hita	313.588	
Zorita	6.893	
Brihuega.	304	
Talavera	24.771	
Maqueda	11.162	
Alcaraz	12.771	
Montiel.	1.525	
<i>Obispado de Cuenca</i>		<i>146.069</i>
Cuenca	70.883	
Uclés	28.514	
Huete, con Alcocer	46.672	
<i>Obispado de Palencia</i>		<i>312.413</i>
Palencia	8.607	23.380

38 Con aquellos que pecharon hasta aquí.

Valladolid ³⁹	16.977	69.520	
Carrión	18.507	73.480	
Sahagunt	6.450	23.203	
Paredes de Nava	10.800	41.985	
Toriega	600	2.030	
Dueñas	600	1.820	
Peñafiel	1.719	6.597	
Cea	1.215	4.923	
Total	65.475	246.938	
<i>Obispado de Burgos</i>			209.182
Burgos	22.161	87.760	
Castiello	2.520	4.200	
Pancorbo	6.615	23.850	
Lerma, Nuño y Palenzuela	1.950	9.900	
Villadiego	3.537	13.770	
Aguilar	2.118	8.600	
Valloradio	2.001	8.500	
Medina de Pumar, Oña y Frías		12.000	
Total	40.902	168.580	
<i>Obispado de Calahorra</i>			124.792
Calahorra	2.898	11.692	
Olmedo	939	3.617	
Vitoria	2.871	8.521	
Villanueva	5.963	25.775	
Miranda	744	3.312	
Alfaro	722	3.256	
Nájera	4.788	19.318	
Albelda y Alfacel	2.538	9.110	
Logroño	4.720	35.008	
Total	25.183	99.609	
<i>Obispado de Osma</i>			96.863
Osma	4.536	14.510	
Sant Estevan	5.271	16.861	
Aza	1.410	2.129	
Soria	8.544	31.351	
Roa	1.365	6.086	
Ágreda y Cervera	1.251	3.549	
Total	22.377	74.486	
<i>Obispado de Plasencia</i>			26.791
Plasencia		16.244	
Béjar		3.430	
Trujillo y otras juderías		7.117	
<i>Obispado de Sigüenza</i>			138.401
Medinaceli y Sigüenza	8.382	25.835	
Atienza	10.434	42.434	
Almazan	8.148	27.094	
Verlanga	1.272	3.347	
Cifuentes	1.143	2.029	

39 Con todas las aljamas que pechaban con ella.

Aellon	1.719	6.564	
Total	31.098	107.303	
<i>Obispado de Segovia</i>			56.652
Segovia	9.893	10.806	
Pedraza	966	3.653	
Coca		990	
Fuendidueña		4.463	
Sepúlveda	5.046	18.912	
Cuéllar		1.923	
Total	15.905	40.747	
<i>Obispado de Ávila</i>			
Ávila	14.550	59.592	
Piedrafita, Bonjella y Valdecorneja		21.026	
Medina del Campo	44.064	173.268	
Olmedo		21.659	
Arévalo		12.377	
<i>Otras juderías</i>			432.712
Reino de Murcia		22.414	
Reino de León		218.400	
Fronteras de Andalucía		191.898	
<i>Suma total</i>			2.780.345

Por este documento, que debemos a la ilustración del cabildo metropolitano de Toledo, y que es en suma una reproducción del *ordenamiento* hecho en aquella capital en el último año de la vida del rey sabio, comprenderán los hombres entendidos el grado de prosperidad a que los judíos habían llegado bajo la templada protección de D. Alonso⁴⁰.

Uno de aquellos crímenes que rara vez presenta la historia, vino a privar entre tanto a Castilla de uno de sus más esclarecidos monarcas, dando al traste con la risueña perspectiva que presentaba su porvenir por aquellos tiempos. El infante don Sancho, llamado después el Bravo, aprovechándose de la muerte de su hermano mayor, don Fernando, y concitando contra su padre la descontentadiza nobleza, logró despojar al anciano monarca de la corona que ilustraba sus sienes y a sus sobrinos, los infantes Cerdas, de la legítima herencia de su padre. Aquel anciano respetable, que por espacio de muchos años había gobernado con tanta gloria el reino de Castilla, bajó a la tumba en su leal Sevilla en 1284, llevando el amargo sentimiento de haber sufrido la deslealtad de un hijo, a quien desheredó por su testamento. Pero la suerte de las cosas se había decidido por la usurpación que halagaba los intereses de los revoltosos y creaba esperanzas de medro en todas partes. La desgracia de los infantes don Fernando y don Alonso, alcanzó también a la monarquía castellana, y muy especialmente a los judíos, quienes a merced de las revueltas, volvieron a ser impunemente maltratados.

40 El repartimiento de Huete es sin duda el dato más completo que ha llegado a nuestras manos sobre el estado de la población judaica en Castilla. Ateniéndonos a los resultados que produce, y teniendo presente; 1.º la forma en que se pagaban estas contribuciones; 2.º el total que arroja el encabezamiento que asciende a la cantidad de 2.564.855 maravedises, incluso los contingentes de Murcia, León y Andalucía; y 3.º el valor de cada maravedí que equivalía por aquellos tiempos a diez dineros; puede calcularse que el número de almas que formaban la población judaica a fines del siglo XIII y principios del XIV, llegaba próximamente en los dominios de Castilla a 854.951, pagando a los cabildos y prelados la suma de 25.648.500 dineros.

III.

Prosperidad y calamidades de los judíos bajo la rama de Don Sancho.

(1284-1388)

Juicio de los historiadores respecto a D. Alonso el sabio. Cortes de Sevilla. Doña María de Molina. Minoridades de Fernando IV y Alonso XI. Capítulos de Burgos. Don Iusaph de Écija. Don Samuel Abenhuer. El rey Don Pedro. Protección que dispensó a los judíos. Sinagoga edificada en Toledo. Sus inscripciones. Guerra civil de Castilla. Hecho notable en Burgos, contado por un autor francés. Partido que tomaron los judíos en las revueltas. Matanza de Toledo. Odio de Don Enrique a los hebreos. Cortes de Soria y de Valladolid. Predicaciones del arcediano de Écija y queja del cabildo de Sevilla. Respuesta de Don Juan I.

Algunos historiadores que no se han detenido a examinar maduramente los hechos o que no han sido capaces de comprender el valor de los servicios prestados por don Alonso X a la causa de la civilización española, le han motejado de mal rey y han dicho que atendió mas a las cosas del cielo que a las de la tierra, aludiendo de este modo a sus conocimientos en la astrología. Otros, no por cierto con más sólidas razones, han visto en su desgracia una especie de castigo de Dios, por haberse atrevido a contradecir el sistema de Ptolomeo, único que gozaba en aquella época del asentimiento general de los que se tenían por *sabidores*. El padre Juan de Mariana entre todos pareció consignar su dictamen en la forma siguiente, al referir lo que pasó en las cortes de Valladolid, convocadas por el rebelde don Sancho, al propio tiempo que su padre las congregaba para Toledo.

«Pasó el negocio, dice, tan adelante, que el infante don Manuel, tío de don Sancho, en nombre suyo y de los grandes, por sentencia pública, que se pronunció en las cortes, privó al rey don Alonso de la corona. Castigo del cielo, sin duda merecido por otras causas y por haberse atrevido con lengua desmandada y suelta, confiado en su ingenio y habilidad, a reprender y poner tacha en las obras de la divina providencia y en la fábrica y compostura del cuerpo humano». Esto creyeron algunos de sus contemporáneos; y esto se dijo por convenir así a los magnates que daban tan grande escándalo, en pago de las muchas mercedes que don Sancho les había concedido en las referidas cortes. Los historiadores debieron haber sido, sin embargo, más cautos, yendo a buscar las causas de la caída de don Alonso en donde verdaderamente existían. Nicolas Copérnico a principios del siglo XVI, y Galileo Galillei a fines del mismo justificaban las dudas de don Alonso sobre el sistema de Ptolomeo, manifestando que los estudios de aquel sabio rey le habían conducido al punto de descubrir la verdad en medio de tantos errores.

He aquí cómo el hijo de San Fernando, hallándose solo con su ciencia en mitad de aquel siglo de hierro, aparecía en contradicción con cuanto le rodeaba, dirigiendo al par todos sus esfuerzos a domeñar la altanería de los señores feudales. Don Sancho, su hijo, halagando los instintos guerreros de la multitud y acallando la ambición de los magnates que veían con desprecio las ciencias y a los que a ellas se dedicaban, resolvió en su favor aquel problema; pero en cambio despojó a la civilización española de uno de sus más firmes valedores y ahogó muchos de los elementos que comenzaban ya a desarrollarse.

La muerte del rey don Alfonso no fue parte para que se apagara la llama de la discordia que tan imprudentemente había encendido su hijo. La forzada liberalidad de éste para ciertos magnates derperió la ambición de otros muchos, llegando las cosas al extremo de verse el mismo don Sancho obligado a revocar en las cortes de Sevilla, habidas en su Alcázar, los decretos, privilegios y pensiones, que *por la necesidad y violencia de los tiempos más se habían violentamente alcanzado*

que *graciosamente concedido*.⁴¹ El reinado de don Sancho fue, sin embargo, un reinado de valimientos, que hubo de engendrar profundos rencores, atizados a menudo por la reina doña Blanca, madre de los hermanos Cerdas; mujer de ánimo varonil, en cuyo pecho no se apagó jamás la esperanza de que sus hijos recobrasen el usurpado trono. Al cabo las sangrientas escenas de Alfaro, en donde brillaron al par la ira del rey y la clemencia de doña María de Molina; decidieron a don Sancho a sacudir el yugo del favoritismo, si bien no pudo desasirse de los Laras que reemplazaron en la privanza y en la ambición a los señores de Vizcaya. El fallecimiento de don Sancho fue nuevamente ocasión de crueles disturbios y enmarañadas revueltas, inaugurándose el siglo XIV con menos felicidad para Castilla que el precedente; cuando atendida la naturaleza de las cosas, no perdiendo de vista el grande ensanche que habían recibido los dominios cristianos, y contando con los adelantamientos de las ciencias y de las artes, había razón para esperar, que secundando este siglo los esfuerzos del anterior, se mostrase España a la cabeza de la civilización de toda Europa.

Una mujer, cuyo nombre pronunciamos siempre los españoles con cariño y respeto, empuñó en medio de tantos trastornos las riendas del Estado castellano, para contener su ruina y apartarle del despeñadero. Doña María de Molina, aquella gran reina en quien igualaban la prudencia a la belleza y la fortaleza a la templanza⁴², apareció, pues, como el ángel tutelar de la nación y del trono; y empleando unas veces el rigor y usando las más de la piedad, logró conservar a su hijo don Fernando IV el Emplazado, la herencia de don Alonso X. Los ambiciosos y descontentos hubieron no obstante, de alcanzar no pocas ventajas del estado de las cosas, siendo víctima de tan desconcertados movimientos el indefenso pueblo que se movía a compás de los gritos de los magnates, y sin voluntad propia servía de ciego instrumento a sus odios y venganzas.

No tenían en verdad mejor fortuna los judíos, ora siendo ayudadores de los grandes, ora socorriendo las necesidades del Erario, y siempre envueltos en tramas y conjeturas que los hacían más aborrecibles, al paso que eran vistas por ellos con toda indiferencia. Su posición les obligaba, en efecto, a usar de una conducta ambigua que producía sospechas en todos los bandos y parcialidades: a su bienestar, a su quietud hubiera convenido una neutralidad absoluta; pero como no eran dueños de su voluntad, era necesario que abrazaran algún partido; y como carecían de fe en todos los existentes, tan pronto se inclinaban a la parcialidad de los Laras, como a la de los Benavides; tan pronto obedecían a la reina, como ejecutaban las órdenes de los infantes don Juan y don Enrique.

41 Mariana. *Historia general*. Libro XIV. cap. VIII.

42 Don Martín de Ulloa en un *Discurso*, inserto en el segundo tomo de Memorias de la real Academia Sevillana de Buenas Letras, sobre la Reina doña María. Son notables las obras dramáticas que se han escrito en diferentes épocas para bosquejar el carácter de aquella gran matrona; la *Prudencia en la mujer* de Tirso de Molina, nos parece sobre todas digna de elogio, por la verdad de los caracteres y el color local que en todo el drama se advierte. No cabe duda en que fray Gabriel Téllez estudió y comprendió perfectamente los tiempos en que vivió dona María, apoderándose de su espíritu; sin cuyo estudio no hubiera podido en manera alguna trazar tan valerosamente aquella gran figura.

Don Fernando IV, que aconsejado según el sentir de algunos historiadores⁴³ por un judío que gozaba de gran valimiento en su corte, había pagado con la mayor ingratitud los sacrificios de su madre, doña María, bajaba a la tumba en 1312, dejando al reino amenazado de nuevas revueltas y castigado él por la celeste ira. La esposa de don Sancho el Bravo, abandonando de nuevo la quietud y la tranquilidad de que gozaba en su retiro, volvía a encargarse de conducir la combatida nave del Estado. Los infantes don Juan y don Pedro, tíos del rey don Alonso, niño de tierna edad, eran llamados a partir con doña María tan pesada carga.

Ya fuese porque abrigara aquella insigne matrona algún odio contra los hebreos, motivado por lo dicho arriba, ya porque el comportamiento de estos exigiese alguna justa represión, es digno de notarse que en uno de los capítulos que acordaron los tres regentes, fechado en Burgos a 23 de julio de la era de 1352, es decir, del año 1315, tres después de la muerte de don Fernando, otorgándose mutuas garantías para llenar cumplidamente su encargo, se hallan las cláusulas siguientes: «Otro sí queda aquí adelante judíos nin moros non se lamen nombres de cristianos, e si ge lo lamaren, que fagan justicia dellos como de herejes. Otrosi que los cristianos non vivan con judíos nin con moros, nin crien sus fijos.» La primera cláusula supone un abuso que no podía menos de producir graves males: la segunda habilita dos leyes de la *setena partida* que indicamos en el capítulo anterior, manifestando por lo tanto que habían caído en desuso. Esto argüía por lo menos respecto a los judíos, desprecio de las leyes vigentes. Doña María de Molina y los gobernadores se contentaron sin embargo con reproducir aquellas leyes.

Encargado ya don Alfonso XI del reino, y apagadas las parcialidades, a fuerza de severidad, parecía que los judíos respiraban de la opresión en que yacían, por todas partes alentados con las muestras de estimación que recibían del monarca⁴⁴. Administraba las rentas reales un judío llamado don Yusaph de Écija, hombre de gran talento, que alcanzaba mucha privanza con don Alonso⁴⁵ y que, como era natural, debía inclinarse a proteger a los que profesaban su misma religión y tenían

43 Flórez. *Reinas Católicas*, tomo 2, fol. 589 de la tercera edición. Es notable el siguiente documento que corresponde al reinado de este monarca y que da a conocer lo que los judíos pagaban a las iglesias y cabildos: manifestando al par que D. Fernando hizo cumplir a los hebreos con lo que debían. Corresponde al año de 1302 y dice así: «Don Fernando por la gracia de Dios, rey de Castiella, de Toledo, de León, de Galisia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, del Algarbe e Sennor de Molina: a la Aljama de los judíos de Segovia e a las otras Aljamas de las villas e de los lugares dese mesmo obispado que esta mi carta o el traslado della firmado de escribano público, vieredes salud e gracia. Sepades que el obispo e Dean se me enviaron querellar, e dicen que no les queredes dar nin reducir a ellos nin a su mandadero con los treinta dineros que cada uno de vos les avedes a dar, por razón de la remenbranza de la muerte de nuestro Sennor Jesucristo cuando los judíos le pusieron en la cruz. E como quier que ge los avedes a dar de oro: tengo por bien que ge los dedes desta moneda que agora anda, según que los dan los demas judíos en los logares de mios regnos. Porque vos mando que dedes e rendades e fagades recudir cada año al obispo e al dean e al cabildo sobre dichos o cualquier dellos o a los que lo ovieren de recabdar por ellos, con los treinta dineros desta moneda que agora anda cada uno de vos, bien complidamente en manera que les non mengüe ende ninguna cosa. El si para esto cumplir, menester ovieren ayuda, mando a los consejos, alcaldes, jurados, jueces, justicias, alguaciles e a todos los otros aportellados que esta mi carta o el taraslado della firmado de escribano público vieren: o a cualesquier dellos, que vayan hi con ellos e que les ayuden en guisa que se cumpla esto que yo mando. E non fagan ende al, etc. Dada en Palencia a veinte e nueve días de agosto; Era de mil e trescientos e cuarenta annos.»

44 «De largos tiempos era acostumbrado en Castilla que había en las casas de los reyes almojarifes judíos: el rey por esto y por ruego del infante don Felipe su tío, tomó por almojarife a un judío, cual le decían don Yusaph de Ecija que hubo gran lugar en la casa del rey y gran poder en el reino con la merced que el rey le hasia, al cual tomó por su consegero, y le dio oficio en su casa.» (*Cronc. del rey don Alonso XI*, cap. XLIII.)

45 No se mostraban los judíos y a los vasallos mudéjares menos agradecidos al rey don Alonso. En la *Crónica* de este rey, escrita en verso, debida a Rodrigo Yáñez y atribuida por don Nicolás Antonio, Argote de Molina y el Marques de Mondéjar al mismo don Alonso oncenio, se hallan los siguientes versos que son una prueba de esta observación. El rey vuelve victorioso de la batalla del Salado a la ciudad de Sevilla, y toda la población sale a su encuentro con el mayor regocijo,

*Et los e las moras
muy grandes juegos fasian:
los judíos con sus toras
estos reys bien rescebían.*

su propio origen. Eleváronse al rey por esta causa multitud de quejas sobre los excesos que se cometían contra ellos, mereciendo llamar la atención el recurso que hicieron los moradores de las aljamas de Sevilla en 1327, para que se obligase al deán y cabildo a contentarse con el tributo impuesto desde la época de la conquista por el rey don Alonso X. Consistía este pecho en treinta dineros por cada uno de los hebreos que residían en el arzobispado: el rey deseando que se respetara la justicia, cometió la averiguación de los hechos a Ferrán Martínez de Valladolid, notario mayor de Castilla, quien a 10 de noviembre del año indicado pronunció la sentencia definitiva de aquel pleito; mandando que todos los judíos, sin excepción alguna, pagaran desde la edad de diez y seis años, tres maravedís por persona, de a diez dineros cada maravedí, los cuales componían la cantidad de treinta, a cuyo pago estaban solamente obligados.⁴⁶

Pero al paso que recibían estas reparaciones por parte del soberano, atraían sobre sí la animadversión de grandes y pequeños. Así sucedía que el mismo año de 1327 se presentaban en las cortes de Madrid varias peticiones y querellas contra el protector de la raza judaica, don Yusaph de Écija, no pudiendo el rey resistirse a mandar, desde Valladolid, que se le tomasen cuentas del tiempo en que había tenido a su cargo los tesoros de la corona⁴⁷. Ya fuese por la enemistad de los encargados en residenciar al poderoso hebreo, ya porque realmente había este hecho mal uso de las rentas reales, salió muy alcanzado, por lo cual ordenó don Alonso que se le despojara del oficio que ejercía, exonerándole al par del cargo de consejero, y disponiendo que de allí en adelante no recayese el almojarifazgo en ningún judío; creando al par la plaza de recaudador general con el nombre de *Tesorero*. Salvó a don Yusaph de la muerte el desprecio de su raza⁴⁸ y no desalentaron los hebreos por el revés sufrido, aprovechándose de la penuria del Estado para engrandecerse. Don Samuel Abenhuer, físico del mismo rey don Alonso, contrajo poco tiempo después la obligación de labrar la moneda, pagando una renta determinada al fisco; y obteniendo el privilegio de poder comprar el marco de plata a menor precio del corriente, si bien sin excederse del señalado por el ordenamiento de Valladolid de 1330, que era el de ciento veinte y cinco maravedises.⁴⁹

Esta contrata, con que pensaba el rey dar vado a sus apuros, no pudo menos de producir un general disgusto. Todos los comestibles, todos los demás artículos necesarios para la vida, se encarecieron en consecuencia, y hubiera llegado a fraguarse una conjuración terrible contra la vida de don Samuel y contra sus correligionarios, a no haber acudido don Alonso a poner la enmienda deseada.

No se mostró el rey don Pedro menos adicto al pueblo hebreo que su padre, llamando a ocupar los primeros puestos del reino a los que más se distinguían entre los proscritos. Todo el mundo conoce la historia de Samuel Leví; todo el mundo tiene noticia de sus inmensos tesoros. El rey don Pedro, desentendiéndose de la ley anteriormente establecida en las cortes de Madrid, y cuidándose sólo del momento, llamó a Samuel a su lado y le encargó la recaudación y gobierno de las rentas de la corona. Samuel era astuto, condición inherente a su pueblo entero; Samuel conoció cual era su posición y dirigió todos sus pasos a proteger a los judíos, aprovechando el natural franco y abierto del monarca⁵⁰. El testimonio más auténtico y fehaciente de las ventajas que alcanzó Leví

No hemos querido renunciar a este testimonio, que por ser coetáneo del rey don Alonso, merece todo crédito y estima. La *Crónica o Historia del rey don Alonso XI* fue donada a la Biblioteca del Escorial por D. Diego Hurtado de Mendoza, viéndose escrito de su propia letra en la primera foja el nombre de este ilustre guerrero y esclarecido literato.

46 Don Diego Ortiz de Zúñiga. (*Anales de Sevilla* año citado, n. 6. tomo II. fol. 14.)

47 *Crónica del rey don Alonso XI*. cap. LXXXV.

48 «A Juceph defendió su bajeza y el menosprecio en que es comúnmente tenuta aquella nación: lo que pudiera acarrear a otro su perdición, eso le valió.» (Mariana lib. XV. cap. XX de su *Historia general de España*.)

49 *Crónica del rey don Alonso*, capítulo XCVIII.

50 Uno de los documentos más notables del estado en que se hallaban por estos tiempos las rentas públicas, existe en el *Rimado de Palacio*, poema debido a Pero López de Ayala, autor de la *Crónica del Rey don Pedro* y canciller de Castilla, después de la muerte de aquel monarca. Pero López de Ayala escribió, según él mismo asegura, el referido *Poema* durante su prisión en Inglaterra, después de la batalla de Nájera, en la cual quedó en poder de don Pedro. En

para su pueblo, existe aun en la ciudad de Toledo, atrayendo al par la admiración de los artistas y sirviendo de estímulo para emprender los estudios que conduzcan a ilustrar la historia de España en el punto de que tratamos. Hablamos de la sinagoga, conocida hoy con el nombre del *Tránsito*, que se halla en poder de los caballeros de la Orden de S. Juan. Quebrantando la ley IV del título XXIV de la *Setena partida*, por la cual se disponía que no pudiesen los rabinos sacar de cimientos templo alguno, consintiéndoles sólo reedificar los ya existentes, aunque sin excesivo lujo; permitió que don Meir Aldelí por los años de 1360 levantase aquella suntuosa sinagoga, en que el arte árabe derramó toda la riqueza de que era entonces susceptible. Los judíos por su parte quisieron dar al rey don Pedro una prueba de su reconocimiento: en dos grandes lápidas que se conservan, aunque muy maltratadas, en el muro oriental de la que fue sinagoga, se hallan dos inscripciones, que traducidas

el indicado Poema se halla, pues, este enérgico pasaje:

Alli vienen judíos que estan aparejados
 para beber la sangre de los pueblos cuitados:
 presentan sus escriptos que tienen concertados
 et prometen sus dones et joyas muy preciados...
 Alli fassen judíos el su repartimiento
 sobre el pueblo que muere por mal defendimiento;
 et ellos le maltraptan entre si medio ciento
 que han de haber probados qual ochenta, qual ciento...
 Disen luego al rey: Por cierto vos tenedes
 judíos servidores et merced les fasedes,
 et vos pujan las rentas por cima las paredes:
 otorgadselas, señor, ca buen recabdo avredes.
 Señor, disen judíos, servicio vos faremos:
 trescientos mas que antaño por ellas vos daremos
 et buenos fiadores llanos vos prometemos
 con estas condiciones que escriplas vos trahemos.
 Dise luego el rey A mi plase de grado
 de les faser merced: que mucho han pujado
 ogaño las mis rentas. Et non cata el cuitado
 que toda esta sangre caye de su costado.
 Despues desto llegan don Abraham y don Simuel (a)
 con sus dulces palabras que parescen la miel,
 et fassen una puja sobre los de Israel
 que monta en todo el reyno ciento e medio de fiel.
 Desta cosa que oyedes pasa de cada día,
 el pueblo muy lasdrado llorando su maldia
 Aquellas condiciones Dios sabe quales son;
 para el pueblo mezquino negras, como carbon.
 Señor, dicen, probados faredes grant rason.
 de les dar estas rentas et encima galardon...
 Do moraban mil omes ya non moran trescientos;
 mas vienen que granizos sobre ellos ponimientos:
 fuyen ricos et pobres con grandes escarmientos.
 ca ya vimos se queman sin fuego et sin sarmientos.
 Tienen para esto judíos muy sabidos (b)
 para sacar los pechos et los nuevos pedidos:
 non los dejan por lágrimas que oyan nin gemidos;
 demas por las esperas aparte son oydos.

(Biblioteca del Escorial)

Creemos que no puede darse pintura más viva del estado en que se hallaba la administración en el siglo XIV. Sin embargo, no debe perderse de vista que don Pero López de Ayala era partidario del infante don Enrique, lo cual pudo inducirle a recargar algún tanto el cuadro que describe.

- (a) En el código del Escorial termina el verso anteponiendo el nombre de *Simuel* al de *Abraham* lo cual es error manifiesto del copista que lo trasladó del original.
- (b) *Sabidores* dice en el código que tenemos a la vista; pero debe ser *sabidos*, según la ley de la rima, por lo cual no hemos titubeado en sustituir una palabra a otra.

Lástima causa verdaderamente el ver como el pueblo hebreo se regocijaba de haber levantado una fábrica, cuya arquitectura era debida a los sarracenos, resaltando así la falta de su independencia. Estos documentos no dejan por otra parte duda del estado en que se hallaban los judíos bajo el imperio de los cristianos, teniendo *siempre la pelea a la puerta*; y dan a conocer las grandes esperanzas de felicidad que habían concebido, al verse agasajados, por el hijo de Alfonso XI.

Pero bien pronto vieron desvanecerse estas risueñas ilusiones, convirtiéndose aquellos *días buenos* y años *fermosos* en días de sangre y luto y años de insoportable cautiverio. Los hermanos y magnates del rey don Pedro, ambiciosos aquellos y amigos estos de novedades y trastornos, convirtieron presto el reino de Castilla en el teatro de una guerra sangrienta y fratricida que vino a terminarse finalmente con el asesinato del rey, delante de los muros de Montiel. Esta lucha en que combatían tan contrarios y tan enconados intereses; en que se debatían los derechos del trono, mermados por las revueltas de que había sido víctima Castilla, y los privilegios siempre en incremento de una nobleza altamente anárquica, no pudo menos de arrastrar y envolver a los judíos en las parcialidades que se levantaron, ya haciéndoles abrazar el partido de los revoltosos, ya permaneciendo leales a las muchas mercedes que habían recibido de manos de don Pedro. Suerte fatal era ciertamente la de los descendientes de Judá, que no podían esquivar tan perjudiciales y terribles compromisos.

Entre los hechos notables que deben examinarse, para conocer a fondo la situación del pueblo proscripto, parécenos digno de tenerse presente el que refiere Juan de Estonteville, que en el año de 1387 escribía la historia de Beltrán Claquin⁵² célebre en la de don Pedro y don Enrique por más de un título. Cuenta el historiador francés, que habiendo el hijo de Alfonso XI desamparado la ciudad de Burgos, al acercarse a sus muros las huestes que mandaba el bretón aventurero y que habían ya en Calahorra proclamado por rey de Castilla al conde de Trastámara, se reunieron en la plaza pública todos los habitantes de aquella noble ciudad, para resolver sobre si deberían o no abrir las puertas a don Enrique. Juntáronse en efecto los cristianos, judíos y sarracenos que moraban en las tres diferentes partes en que la población se hallaba dividida; y el obispo de Burgos, persona de grande autoridad, les dirigió estas palabras: «Señores, nos hemos reunido aquí para tomar el mejor consejo sobre el estado en que nos encontramos. Ya veis los grandes peligros que nos amenazan: el

los comisionados de la Real Academia de la Historia. Mas ya que hemos tocado este punto de las lápidas e inscripciones de Toledo, emitiremos aquí nuestro juicio sobre el ruidoso altercado que medió en la época citada entre la referida Real Academia y don Juan José Heydek, judío converso, que a invitación del príncipe de la Paz se encargó de traducirlas e ilustrarlas.—En un opúsculo que publicó al efecto en 1795 con el título de *Ilustración de la inscripción hebrea que se halla en nuestra señora del Tránsito de la ciudad de Toledo*, insertó una falsa copia de dichas inscripciones, que por no alargar demasiado esta nota, no trasladamos. Dicha copia se halla plagada de inverosimilitudes filológicas y de tales errores y anacronismos que movieron a la ilustrada Academia a hacer nuevo examen de estas lápidas. El resultado de semejantes diligencias, llevadas a cabo con la más exquisita escrupulosidad, fue lo que no podía menos de esperarse, atendidas aquellas groseras faltas: se puso en evidencia que el converso Heydek nunca había visto las lápidas de Toledo, o que si llegó a verlas, no trató o no supo descifrarlas. Viose claramente que tomando la interpretación de Andrada, la vertió en lengua hebrea, según pudo, añadiendo de su cosecha lo que le pareció más a propósito, para hacer mas verosímil esta superchería literaria. Entre los errores, a que hemos aludido, citaremos la palabra פתדִישׁ en lugar de פדון פדור que copió Bayer, o פדון פדור como vio posteriormente la comisión de la Academia; también es digna de censura la fecha que supuso Heydek en las palabras ליהודים ורח, mediante los puntos con que las coronó: en la lápida se lee solamente וגדל ליהודים y *grande para los judíos*, o como dice Andrada, hablando del día en que se fabricó el templo, *grande e agradable a los judíos*. Otros muchos errores pudieran también citarse. Temerario Heydek de que se descubriera su engaño, llevó la osadía al punto de inutilizar las lápidas, rompiéndolas y llenándolas de tales lagunas que ya fue imposible a la Academia el presentar una traducción más exacta, sin que nuestros esfuerzos hayan podido superar tampoco estas dificultades. Hizo este embaydor lo que aquel pobre pintor que habiendo querido hacer un gallo, y entrando en su estudio otro natural, dio a este alevosamente la muerte, por haberle acusado con la verdad de su ignorancia.

52 *Histoire de Messire Bertrand du Guesclin, Connestable de France, duc de Malines, comte de Longueville et de Burgos*. Capítulo XIX.

rey don Pedro nos ha abandonado, porque temía este conflicto.» Habló entonces un cristiano que manifestó mucha osadía en su lenguaje, proponiendo que puesto que los allí congregados pertenecían a tres leyes distintas, deliberasen separadamente, volviendo después a reunirse para adoptar la determinación más ventajosa a los intereses de todos. Convinieron en ello los tres pueblos y se apartaron mutuamente, para deliberar con toda la libertad posible.

Solos ya los cristianos, y oídas las razones que por una y otra parte militaban, resolvieron entregar la ciudad a don Enrique, y llamaron, tomado este acuerdo, a los sarracenos, los cuales manifestaron que sólo aspiraban a obedecer lo que se les mandase. Vinieron al cabo los judíos y usando de la palabra uno de sus rabinos, se expresó en estos términos: «Antes de que manifestemos nuestro dictamen, os rogamos que nos juréis y prometáis, por vuestra ley y por vuestra lealtad, que si queremos partir de Burgos, nos dejaréis ir con todos nuestros haberes salvamente, para pasar a Portugal o Aragón y establecernos donde más nos conviniere. Después de esto, manifestaremos cuál es nuestra opinión con toda lisura.» Los cristianos prometieron y juraron cuanto se les exigía, y entonces prosiguió el hebreo: «Decimos, y en esto todos estamos conformes, que es despreciable el hombre que falta a su ley: ningún buen cristiano ha faltado jamás a la suya. Y si un judío dijese que esquivaba la compañía de los cristianos, le negaríamos toda fe. Nada más diremos.» Esta respuesta parabólica que fue interpretada favorablemente por los cristianos, manifiesta que, ya fuese por costumbre, ya por convencimiento, ni aun en casos de tanto apuro, era lícito a los judíos demostrar su opinión con la resolución y franqueza que hubiera acaso debido esperarse.

La guerra civil ardía de cada vez con mayor furia: exasperado don Pedro con la infidelidad de sus hermanos y de sus grandes, llegaba hasta el punto de atropellar por todo, al paso que aquellos, tomando por pretexto la inocencia de la reina doña Blanca, nada respetaban, desafiando, digámoslo así, al joven soberano a entrar en una horrible lucha que no podía esquivar en manera alguna. La ciudad de Sevilla, en donde don Pedro había levantado su opulento Alcázar de maravillosa arquitectura, era entregada a don Enrique por dos judíos, llamados Turquant y Daniot, que daban entrada a los bretones de Claquin por la *judería* puesta a su cuidado. Las calles de Toledo se ensangrentaban más tarde con la persecución que sufrían los descendientes de Judá de los partidarios de don Enrique, y en los campos de batalla quedaban tendidos multitud de hebreos que seguían, como leales, las enseñas del legítimo monarca, si bien éste se había manifestado con ellos tal vez demasiado severo en diferentes ocasiones⁵³. Doce mil judíos sucumbían al fuego y al hierro en la antigua corte de los visigodos, quedando asoladas todas las tiendas del Alcaná y sufriendo las aljamas un saqueo espantoso que sólo podía explicarse por el odio que los castellanos profesaban a los judíos. Sucumbió al cabo don Pedro a impulsos de la daga fratricida, y cambió totalmente la suerte de aquellos, trocándose en malos tratamientos y desmanes las consideraciones anteriores. La protección que había dispensado el rey muerto a los hebreos, llegó a ser hasta un pretexto de venganza, dando motivo a manchar su memoria con sospechosas calificaciones, como manifiesta el autor francés que dejamos citado, en varios pasajes de la historia de Beltrán Claquin. Pero estas calificaciones aumentaban al par el odio contra los hebreos y daban armas al vulgo, para insultarlos impunemente. Don Enrique, sin embargo, vino a reconocer, aunque tarde, el daño que había causado a la nación entera con su fatal ejemplo y su perjudicial tolerancia, y trató de poner enmienda en los desórdenes que diariamente acaecían.

Sus esfuerzos fueron infructuosos: la aversión natural y justa, si se quiere, con que los castellanos veían a los descendientes de Judá, se había cambiado ya en una especie de fanatismo,

53 Acusado Samuel Leví de haber usurpado las rentas reales, fue puesto en tormento en las Atarazanas de Sevilla, y no pudiéndolo resistir, murió en él, lo cual fue muy sentido de los judíos. (*Crónica del rey don Pedro*, capítulos XV y XXII.) Disgustado también don Pedro contra los judíos de Toledo, tal vez por haber alentado estos la rebelión de sus hermanos, les impuso la multa de 20.000 doblas de oro, mandando que fuesen vendidos todos sus bienes y dados ellos por esclavos hasta obtener la suma indicada. La manera de hacer esta exacción, para la cual se empleaban el tormento, la sed y el hambre, explica plenamente el mísero estado de los judíos. La *abalá* en que esto se ordenaba está fechada en 28 de junio de la era de 1407. (Archivo de la Catedral de Toledo. A. X. 2. 1.º)

cuyo fuego sólo podía contenerse con la ruina del objeto que lo encendía. Así fue que seis años después de la muerte de don Enrique, no contentos los procuradores a cortes con lo dispuesto en los capítulos de 1315, ni con las leyes de Soria de 1385, por la petición tercera de las cortes de Valladolid, «mandaron a los cristianos que no viviesen con los judíos, ni criasen sus hijos a beneficio o a soldada ni de otra manera»; pidiendo y obteniendo por la ley octava «que no fueran los hebreos oficiales del rey, ni sus almojarifes, ni de la reina, ni de los infantes, ni de otras personas, ni sus recaudadores, ni sus contadores ni cogedores.» Era esto cerrar todos los caminos a los judíos, dejándolos reducidos al último extremo; pero todavía no bastaba para completar su perdición, como anhelaban los cristianos.

De los brazos legisladores, de la plaza pública, era necesario que pasase el odio a la cátedra santa de la predicación; siendo muy digno de notarse y muy honroso para el cabildo de la metrópoli sevillana el recurso que elevó ésta al monarca en 1388, quejándose de que su arcediano don Hernando Martínez⁵⁴ concitase al pueblo contra los judíos en sus sermones⁵⁵. Semejantes ataques no estaban prevenidos en las leyes que favorecían algún tanto del cabildo al pueblo proscrito, ni el rey don Juan I tuvo el valor bastante para reprimirlos. La contestación dirigida al juicioso y cristiano cabildo se reducía a manifestar que *lo mandarían ver, pues aunque su celo* (el del arcediano) *era santo e bueno, debíase mirar que con sus sermones e pláticas non conmoviese el pueblo*⁵⁶. El celo del arcediano no era santo ni bueno, como el rey suponía, lo cual contradijeron después los hechos.

Por los Concilios toledanos, por las leyes de *Partida* y por todas las máximas del Evangelio se prohibía el que se obligase a los judíos a recibir el bautismo contra su voluntad. Medio hábil y honesto era en verdad el de la predicación que se enderezase a convencer del error; no el de la predicación que se dirigiera a concitar más y más odios siempre vivos; no el de la predicación que proclamara la muerte y el exterminio. Esto equivalía a trocar el santo ministerio apostólico por la más cruel intolerancia; y la intolerancia no ha sido ni puede ser nunca santa y buena. Así, pues, la falta de energía del rey don Juan, u otras razones que pudieron moverla a permanecer tranquilo a vista de los escándalos y de la matanza que se preparaba, hubieron de servir de nuevo incentivo a los sermones del arcediano Martínez, logrando al cabo de poco tiempo que se levantara el pueblo cristiano, para teñirse en la sangre de los desgraciados judíos.

54 Don Cristóbal Lozano en sus *Reyes nuevos* y otros autores le llaman Fernán Núñez.

55 No solamente participó el cabildo sevillano de estos nobles y cristianos sentimientos: don Pedro, a la sazón arzobispo de Sevilla, dirigió a Hernando Martínez una carta o decreto, en que reprendiéndole de su tenacidad y de su errado celo, le acusa de no haber guardado el silencio debido, mientras se examinaban por una junta de teólogos y juristas sus proposiciones, encaminadas al exterminio de los judíos; puesto que trataba de probar que no podía el Papa permitir las sinagogas; y le manda en virtud de *santa obediencia* que ni predique, ni oiga pleitos, ni ejercite jurisdicción alguna como súbdito suyo. Este decreto, expedido en Carmona a 2 de agosto del año 1389 (4776 de la creación) fue notificado a Ferrand Martínez el 4 del mismo mes por los escribanos del juzgado eclesiástico en debida forma, honrando la caridad evangélica de aquel digno prelado. (Archivo de la Catedral de Toledo, Alacena X. Ley 2. 1. 2.)

56 *Anales de Sevilla* por Ortiz de Zúñiga, tomo segundo, folio 229.

IV.

Los judíos bajo la rama de Don Enrique II.

Sangrientas persecuciones sufridas por los mismos.

(1388-1413)

Muerte de don Juan I. Su testamento. Cortes de Madrid. Quejas de los judíos de Sevilla. Predicaciones de don Hernando Martínez, arcediano de Écija. Motines contra los hebreos en 4778 de la creación, 1391 y 92 de J. C. Resolución de las cortes y del consejo, e inutilidad de las pesquisas para castigar a los culpables. Pierden los judíos dos aljamas en Sevilla. Matanzas de Burgos, Valencia, Córdoba, Barcelona y Toledo. Ruina del comercio, de la industria, y de las rentas reales y eclesiásticas. La reina doña Leonor. Muerte de don Enrique el doliente. Nuevo riesgo de los judíos. Gobernadores de Castilla. La reina doña Catalina, y el infante don Fernando de Antequera. Su ordenamiento sobre los judíos. Aparición y predicación de S. Vicente Ferrer. Éxito brillante y provechoso para la cristiandad, con la conversión de multitud de rabinos. Jerónimo de Santa Fe. Don Pedro de Luna. Asamblea de Tortosa.

En Talavera de la Reina se divertía el príncipe don Enrique, con su hermano don Hernando, por el mes de octubre de 1390, cuando recibió un correo que desde Alcalá de Henares le enviaba don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, participándole la muerte desgraciada de su padre don Juan I, e invitándole para que inmediatamente pasara a Madrid, con el objeto de que fuera alzado por rey en aquella villa, previniendo con el sigilo y la diligencia cualquiera inconveniente que pudiera suscitarse.

Contaba el príncipe a la sazón la corta edad de once años; y sobre acarrear las minoridades revueltas y trastornos, excitando ambiciones bastardas, no estaban tan cicatrizadas las pasadas heridas que no conviniese adoptar las mayores precauciones. Casi adivinando el rey don Juan la catástrofe que acababa de suceder, había en años anteriores fijado en su testamento la forma en que debería organizarse el gobierno, para mantener la tranquilidad interior de Castilla y ponerla a cubierto de toda tentativa extraña. «Otrosí, porque nos tenemos que morir antes que el infante nuestro fijo sea de edad de quince años, (decía el rey el 21 de julio de 1385) para que pueda regir el regno, e nos somos tenidos, pues Dios nos hizo rey de este regno, de lo guardar y ordenar en aquella manera que sea servicio de Dios e guarda del dicho infante nuestro fijo e a provecho y honra de los dichos regnos; por ende ordenamos que los regimientos de dichos regnos sean en esta manera: Primeramente que hayan el regimiento del regno estos que siguen; conviene a saber: don Alonso, marqués de Villena e nuestro condestable, don Pedro, arzobispo de Toledo, don Juan, arzobispo de Santiago, don Pedro Núñez, maestre de Calatrava, don Juan Alonso, conde de Niebla, e Pero González, nuestro mayordomo mayor; a los cuales encomendamos e damos cargo del dicho infante nuestro fijo, que Dios queriendo será rey. Estos seis establecemos por sus tutores e regidores de los dichos nuestros regnos, e así e tan complidamente, como lo nos habemos e podemos mejor facer de derecho e buena ordenanza e buen uso e buena costumbre de los dichos nuestros regnos de Castilla e de León». Esta previsión del rey don Juan no podía en verdad estar más justificada por los hechos, así como tampoco pudo ofrecer mas plausibles resultados.

Trasladado don Enrique a Madrid y reunidos al propio tiempo los gobernadores nombrados en el testamento de don Juan; fue alzado por rey de Castilla sin contradicción alguna y con presencia de la mayor parte de la nobleza, entre la cual se hallaron los infantes don Fadrique de Castilla y don Pedro, hijo aquel de don Enrique II y este del infante don Fadrique, muerto en el Alcázar de Sevilla. La primera medida de gobierno adoptada por el Consejo se dirigió a fortalecer, por medio del asentimiento general, la disposición del difunto monarca sobre la existencia y las atribuciones del mismo. Para lograrlo, creyó conveniente convocar cortes generales, so pretexto de tratar y disponer

lo más oportuno, respecto al gobierno de la nación, durante la menor edad del rey; y no tardaron en juntarse en Madrid todos los procuradores de las villas y ciudades que tenían voto, así como también los representantes del clero y de la nobleza. Muy pocas sesiones había celebrado aquella respetable asamblea nacional, cuando vinieron a interrumpir los gritos de la humanidad ultrajada sus graves deliberaciones. Presentáronse a los tres estamentos, haciendo los más dolorosos extremos, los judíos que estaban a la sazón en Madrid para arrendar las rentas reales, cosa de que no había sido posible despojarlos, y querelláronse de los desmanes y feroz matanza que habían sufrido en Sevilla.

La *judería* había sido asaltada por el populacho, las tiendas saqueadas horriblemente, los habitantes asesinados sin compasión alguna, ni distinción de personas; el fuego había devorado, en fin, lo que el furor de la muchedumbre perdonara. ¿Y quién era el autor, quién el móvil de esta espantosa carnicería?... Algunos historiadores, intentando acaso atenuar semejantes crímenes, refieren que envidiosos los judíos de Sevilla de la prosperidad a que en tiempo de don Enrique II había llegado su compatriota don Yusaph Picho, o sañosos con él porque no los había protegido en la privanza que alcanzó con aquel soberano, siguiendo la antiquísima costumbre de disponer de la vida de un hombre en ciertos días del año, designaron a don Yusaph como malsín y le dieron la muerte. Esta alevosa conducta de los judíos de Sevilla no pudo menos de atraer el castigo por parte del monarca y excitar más y más el odio del pueblo cristiano. Don Yusaph Picho por su ejemplar conducta durante el tiempo que había sido almojarife y contador mayor; por su integridad grande y la severidad de sus costumbres, había logrado atraerse la benevolencia y el cariño de los castellanos: al saber estos que semejantes prendas le habían acarreado la muerte, maldijeron del pueblo hebreo y aguzaron, por decirlo así, sus inextinguibles rencores. Pero esto que acontecía en 1379 no hubiera sido quizá nunca parte para que el pueblo de Sevilla impulsado por un furor que rayaba en frenesí, inmolasen despiadadamente más de cuatro mil judíos, como cuentan todos los analistas e historiadores.⁵⁷

La causa, pues, de aquel atentado era otra: el combustible estaba dispuesto de antemano y sólo faltaba aplicarle el fuego. Las predicaciones del arcediano de Écija, de que se había quejado el cabildo de Sevilla, y a las cuales había impuesto silencio el digno arzobispo de aquella metrópoli, fueron la causa de aquel horroroso incendio. Con la contradicción del capítulo eclesiástico se había exaltado más y más el celo indiscreto de aquel sacerdote fanático: el pueblo que había escuchado con indiferencia sus sermones, al ver que se trataba de favorecer a los descreídos, llegó a tomar parte en aquella contienda: se reunió en las plazas; oyó y aplaudió al predicador intolerante y se derramó después por la ciudad, prodigando insultos y amenazas a los judíos que se vieron bien pronto obligados a encerrarse en sus barrios. Mas tampoco fueron allí respetados. La justicia entretanto acudió a contener el naciente alboroto: el conde de Niebla y Álvar Pérez de Guzmán, alguacil mayor de la ciudad, corrieron al lugar en donde era mayor la gritería, cogieron a dos de los más furiosos y los mandaron azotar públicamente, para que sirvieran a los demás de escarmiento. Lejos de aplacarla, el castigo irritó a la desenfrenada muchedumbre: las armas ensangrentadas contra los hebreos se volvieron contra el conde y los suyos, cuyas vidas se hallaran en grave riesgo a no soltar los presos y abandonar aquella desigual contienda.

Parecieron, sin embargo, apaciguarse los alborotadores, rescatados ya sus amigos, y hubo la ciudad de gozar por algunos días de aquella calma que precede siempre a los grandes desastres. En efecto el 6 de junio amaneció, e ingnorándose la causa, se vio la población conmoverse y correr de consuno a la *judería*, que fue asaltada por todas partes; sin que el hierro exterminador perdonase a los que huían, ni a los que imploraban misericordia. Entre los gritos de la muchedumbre se escuchaban los acentos del arcediano Hernando Martínez, pareciendo canonizar con la predicación aquellas terribles escenas de exterminio. Estas eran, pues, las quejas que los postores de las rentas reales elevaban ante la representación nacional en el nombre de las leyes ultrajadas; estos los

57 Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*, año 1391.

desacatos que era llamado a reprimir el Consejo de gobierno creado por un rey, cuya indiferencia había tal vez sido una de las causas principales de ellos. El celo del arcediano, que fue en 1388 calificado por don Juan I de santo y bueno, derramó en 1391 ríos de sangre. Esto ni la humanidad ni el Evangelio, en cuyo nombre se verificaba, podían disculparlo; bien que no haya faltado quien dé al referido arcediano el título de santo, llevado indudablemente de igual fanatismo⁵⁸. Pero los tiempos de la intolerancia han pasado ya; y mengua sería de la generación presente el ver de la misma manera unos hechos verdaderamente incalificables.

Las cortes de Castilla, el Consejo de gobierno, menos preocupados que la muchedumbre y más celosos de la justicia que el rey don Juan, oyeron con escándalo la relación de tan sangrientos hechos. El deber contraído para con el mundo y sus mismas conciencias les imponía la obligación de acudir prontamente a poner el deseado remedio en tantos males; y para conseguirlo, despacharon jueces con título de priores, título entonces de grande autoridad y prestigio, para que pasando a Sevilla y a los demás pueblos de aquel reino, en donde había cundido el fuego de la insurrección, castigasen con mano fuerte a los sediciosos y fautores de aquellos crímenes. Pero por más pesquisas que los jueces verificaron, por más diligencias que hicieron para averiguar quienes eran los principales culpados, nada o muy poco consiguieron, quedando impune el desatentado arcediano, causa principal de los alborotos, bien que no acabó sus días con tranquilidad el que tantas muertes había ocasionado, en lo cual pareció verse la mano justiciera de la Providencia.

El resultado de todo fue, en suma, como no podía menos de ser, perjudicial para el pueblo hebreo: a pesar de la rectitud de los jueces; a pesar de las severas órdenes del gobierno, los cristianos se apoderaron de dos sinagogas de la judería de Sevilla, convirtiéndolas en iglesias parroquiales, bajo la advocación de Santa Cruz y de Santa María la Blanca. Quedaron, pues, reducidos los judíos en aquella capital a una sola aljama, conocida ahora con el nombre de San Bartolomé, habiendo menester de mucha perseverancia y resignación, y toda la industria de que eran susceptibles, para reponerse algún tanto los que escaparon con vida de tamañas pérdidas⁵⁹. Los cristianos, por el contrario, ricos con el botín y ufanos con su doble victoria, creyendo haber hecho un acto meritorio, aumentaron considerablemente sus riquezas.

Este fatal ejemplo de impunidad tuvo y debió tener necesariamente los más deplorables resultados. Poco más de un año había trascurrido cuando el 5 de agosto fueron acometidas casi a un mismo tiempo las juderías de Burgos, Valencia, Córdoba y Toledo, robando y saqueando la muchedumbre las casas y las tiendas y dando muerte a cuantos oponían la menor resistencia. Oigamos como refiere estos acontecimientos un escritor que no puede en manera alguna ser tachado de sospechoso: «Andaba en cada una de estas partes tan amotinado y desmandado el pueblo, tan golosa la codicia, tan acreditada la voz del predicador (don Hernando Martínez) de que con buena conciencia podían robar y matar a aquella gente, que sin respeto ni temor de jueces ni ministros, saqueaban, robaban y mataban que era pasmo. Cada ciudad fue una Troya en aquel día. Las voces, los lamentos, los gemidos de los que sin culpa se veían arruinar y destruir, al paso que lastimaban a los que no eran en el hecho, incitaban a más rabia y más crueldad a los dañadores: sólo usaban de clemencia y reservaban las vidas y la hacienda a los que querían ser cristianos y pedían a voces el bautismo; todo juicio errado con capa religión y yerro que fue causa de mil yerros, por que muchos de los judíos, viendo que con bautizarse los perdonaban, pedían el bautismo fingidamente, teniendo la voluntad siempre en su secta, con que cristianos en la apariencia, judaizaban cada día. Finalmente, por más que los jueces procedieron al castigo y a la averiguación, no aprovechó nada. Pareció inconveniente grande castigar y destruir a una ciudad y a todo un pueblo, por restituir y salvar una judería, y más cuando el motín se abrazaba del pretexto de religión y acotaban con el

58 Uno de los que han escarnecido de este modo a la humanidad, ha sido el célebre Pablo el Burgense en su *Escrutinium scripturarum*: más adelante tendremos ocasión de dar a conocer a este señalado escritor a nuestros lectores.

59 *Anales de Sevilla* de Ortiz de Zúñiga, año de 1391.

arcediano de que estaba bien hecho.» En esta forma se expresa el doctor Lozano en sus *Reyes nuevos de Toledo*.

Casi al mismo tiempo que así eran perseguidos en Castilla los desamparados hebreos, presenciaban las ciudades de la corona de Aragón las mismas escenas: mentira parecía que el pueblo cristiano llevase tan lejos el odio que a los proscritos hebreos profesaba, ni que se manifestase el furor popular en todas partes con tan horrible estrago. Entre las poblaciones en donde fue la persecución más terrible, ya por su misma importancia comercial, ya por el crecido número de judíos que en ella se abrigan, llama vivamente la atención la antigua capital del principado: aquella ciudad tan populosa y tan rica, se vio anegada en sangre hebrea, pareciendo de todo punto increíble tanta crueldad y barbarie, a no hallarlas confirmadas en los más fehacientes testimonios.

«Corría el mes de agosto del año de gracia de 1391 (escribe un autor que ha tenido ocasión de consultar los antiguos archivos de la corona de Aragón), y Barcelona acababa de solemnizar la fiesta de Santo Domingo con gran concurso de forasteros y notable satisfacción de los habitantes, vecinos al convento de la orden. Pero, ora estuviese la conspiración aplazada para aquel día, ora el fervor popular se hubiera acrecentado con la misma devoción de la fiesta al amanecer del día siguiente, cinco de aquel mes, movióse un gran tumulto que con clamores terribles turbó el silencio de las calles, pidiendo el exterminio de los infelices hebreos. Hízose general la alarma y acudieron a tomar parte en la sedición hombres de varios oficios y condiciones, ciudadanos, marineros, esclavos y mujeres: gente la más atrevida por el cebo del robo y del enriquecimiento. Lo avanzado de la hora, la confusión que nunca deja de acudir en los primeros momentos en tales lances y la incertidumbre del suceso, debieron sin duda ser parte para retardar las disposiciones del Consejo y favorecer la criminal empresa de los amotinados que atacaron la aljama o Calle Mayor y la entraron a viva fuerza. Saquearon todas las casas, sembráronlas de cadáveres, y entre los ayes de los moribundos y los lamentos de las viudas y de las madres, en vista de una muerte segura, los hebreos que no tuvieron otro medio de salvación, pidieron el bautismo; profanación horrible de una religión toda amor, libertad y mansedumbre; saturnal sangrienta, en que el sacramento que nos purifica de la mancha primitiva, iba mezclado con el crimen, la sangre y la violencia. Robado todo el barrio acudió entonces la fuerza ciudadana y apoderándose de varios de los asesinos, mandó el Consejo que algunos destacamentos custodiasen la aljama, mientras él entendía en lo que mas importaba al honor de la ciudad y de la justicia.»

La prisión de estos asesinos exasperó a la muchedumbre lejos de contenerla, como había ya sucedido en Sevilla y en otras partes: arreció el tumulto al siguiente día y arrolladas las compañías de los *cincuantenes* y *deenes*, viéronse de nuevo asaltados los míseros hebreos, buscando su salvación en el Castillo nuevo y abandonando todas sus riquezas a la rapacidad de sus perseguidores. Pero en vano intentaron así poner a salvo sus vidas: aquella desenfrenada muchedumbre, que crecía por momentos al toque de somatén, asaltó el castillo, y cayendo con ferocidad inaudita sobre los tímidos judíos, renovó todas las sangrientas escenas del sábado, durando tan bárbara carnicería hasta el medio día del lunes. «Trescientos cadáveres, dice el escritor que dejamos citado, atestiguaban en la aljamía y en el Castillo Nuevo la ferocidad y furor del populacho: los judíos que sobrevivieron, forzados a abjurar de la religión de sus padres y a abrazar otra de repente, entre las sangre y las bascas de la agonía: sus casas robadas y en parte destruidas: delante de ellos la miseria: a su alrededor las amenazas, las sospechas y la muerte, y en su corazón el abatimiento, la desesperación y el espanto.»

Las juderías de casi toda España quedaron, pues, enteramente destruidas, hollados todos los derechos y escarnecida la justicia.⁶⁰ Pero el pueblo cristiano que tan despiadadamente se ensañaba

60 Los sangrientos sucesos de Barcelona fueron sin embargo castigados por el rey don Juan I, denominado el *Amador de gentileza*, con notable energía: veinte y seis criminales expiaron aquel horrible atentado en la horca y en el tajo, haciéndose otras muchas prisiones, y obteniendo otros no sin dificultad el perdón de sus vidas, merced a las súplicas de la reina y a la natural clemencia del monarca. Entre los que fueron decapitados se contaba el mallorquín Benviure, principal autor de la sedición contra los judíos de Mallorca, no menos terrible que la de Barcelona: entre

contra los judíos, no veía al destruir su industria y al arrebatárles los medios de desarrollarla cumplidamente, que echaba sobre sí cargas, con ellos antes compartidas, y que ahogaba en la sangre el germen de la prosperidad y bienandanza. ¿Qué se hicieron, en efecto, de los numerosos telares de Toledo y Sevilla? ¿Qué fue de los ricos mercados, en que hacinaban los hebreos todos los productos del oriente y del occidente, en que las sedas de Persia y de Damasco, las pieles de Tafilite y las joyerías de los árabes competían? Ardieron las tiendas del *alcaná* en Valencia, Toledo, Burgos, Córdoba, Sevilla y Barcelona⁶¹: quedaron desiertas sus calles, y las rentas de las iglesias y de los reyes no pudieron menos de sufrir un señalado quebranto, como se demuestra con la historia de la célebre capilla de los Reyes nuevos de la antigua Corte de los visigodos. Al edificar don Enrique II este suntuoso enterramiento para sí y para su familia, había dotado a los capellanes con parte de los tributos que rendían los hebreos de Toledo: la ruina casi completa de aquella judería quitó a don Enrique III los medios de acudir al sostenimiento de la real capilla, viéndose desvanecidas las esperanzas del fundador; cuya confianza sin límites en la exactitud y seguridad de los pagos le había inducido a imponer dichas rentas sobre la judería.

En los grandes y continuos apuros de los reyes, cuando las guerras con los sarracenos agotaban los impuestos y contribuciones, las arcas de los judíos estuvieron siempre abiertas. Arruinando sus propiedades, destruyendo su industria y su comercio un pueblo, cuyo más preferente empleo era aun el ejercicio de la guerra, siendo por esta causa incapaz de remplazar aquella industria con otra más floreciente y aquel comercio con otro más activo y abundante, no solamente atentó contra las buenas máximas sociales; no sólo hizo a la humanidad, al evangelio y a las leyes del reino una grave ofensa, sino que dio un paso altamente impolítico, cuyas consecuencias no pudieron menos de sentirse más adelante. Las matanzas de Sevilla, Toledo, Burgos, Barcelona, Valencia y Córdoba, fueron las premisas naturales del problema que un siglo después resolvieron los Reyes Católicos. ¿Ya quien debe culpar la sana e imparcial crítica de estos crímenes, de estos horribles atentados? En nuestro juicio no debe echarse toda la culpa al arcediano de Écija: la lenidad e indiferencia de don Juan I son por lo menos tan culpables, como el celo indiscreto y el intolerante fanatismo de don Hernando Martínez y de los que le siguieron.

los que obtuvieron indulto se encuentra el nombre del celebrado escultor y arquitecto Jaime del Mas, que dirigía a la sazón las obras del monasterio de Monserrate. La judería de Barcelona quedó, a pesar de todo, arruinada y desierta; apoderándose de ella el real patrimonio, que enajenó gran parte de las casas que la componían y donó otras muchas a los palaciegos y cortesanos. (*Archivo de San Severo-Archivo Municipal de Barcelona. Id. de la Corona de Aragón*). La justicia ejercida por el rey don Juan I, no fue según algunos, enteramente desinteresada: sobre el hecho que acabamos de citar, existe la presunción de que el monarca referido atendió más bien a vengar los ultrajes cometidos contra el baile general y el cobrador y administrador de las regalías patrimoniales en la noche del 8, pues que echaron los amotinados a las llamas cuantos libros de registro de aquellas oficinas hubieron a las manos, que a castigar la matanza hecha en los judíos. Sea como quiera, la severidad de don Juan fue por entonces saludable, bien que no por esto pareció menor la ruina de los hebreos.

- 61 Los judíos de Navarra no tuvieron por cierto mejor fortuna que los de Castilla y Aragón; ya desde principios del siglo XIV habían sido víctimas de la intolerancia y del fanatismo religioso, viéndose las calles de Estella, Funes y San Adrián salpicadas de sangre hebrea, y saqueadas las juderías por una muchedumbre, a quien incitaban a tan feroces escenas las predicaciones de fray Pedro Oligoyen. Diez mil judíos perecieron en 1329 a impulso del hierro, según expresa el diligente Moret en sus *Anales*, sufriendo en consecuencia las rentas de la corona un considerable quebranto, bien que el rey castigase con la multa de 10.000 libras a las poblaciones en que habían acaecido aquellas matanzas y se hubiese apoderado de todos los bienes de los judíos que habían muerto sin herederos. Las juderías de Pamplona, Estella, y Tudela, que eran las más numerosas de Navarra, llegaron no obstante a contribuir a la corona en 1375 la primera con 261 florines, 14 sueldos y 14 dineros; con 119 florines y 9 dineros la segunda, y con 525 florines, 7 sueldos y 2 dineros la tercera. La horrible persecución de 1391 y 92, que apenas dejó de ensangrentar una población de España, fue tan cruel en Navarra que en Tudela, Pamplona, Cortes, Buñel, Ablitas, Fontellas, Monteagudo, Cascante, Cintruénigo, Fustañana, Cabanillas y Corella perecieron multitud de hebreos, siendo saqueadas y entregadas al fuego sus casas. Esto produjo lo que no podía menos de producir: de 500 pecheros que contaba antes de aquella catástrofe la ciudad de Pamplona, vinieron a quedar solos 200 que eran por cierto los más pobres, sucediendo otro tanto en las restantes poblaciones. Las rentas reales quedaron por tanto reducidas a la nulidad, viéndose los reyes obligados a eximir a los judíos, de los impuestos extraordinarios y hasta a perdonarles las pechas de encabezamiento. (*Archivo de Comptos de Navarra*, papeles y documentos varios, M. S.)

Los judíos, sin embargo, recogieron los restos de aquel espantoso naufragio, y resignándose con su desgracia, pensaron sólo en reconstruir la despedazada nave, expuesta siempre a fracasar y agitada por contrarios y rabiosos vientos. Entre los medios que juzgaron más a propósito para reponerse de aquella catástrofe, parecióles conveniente el apelar a la generosidad y a la clemencia de los magnates, prometiéndoles, para conquistar su protección, nuevos pechos y tributos. La reina doña Leonor, esposa de don Juan I, era en todas partes elogiada por su caridad, la cual le hacía invertir la mayor parte de sus rentas en limosnas que repartía por su propia mano a los menesterosos. Los judíos, anhelando el patrocinio de esta respetable señora, acudieron a ofrecerle un regalo de dinero por sí y por sus *aljamas*, para socorrer sus necesidades y continuar sus benéficas obras. Pero aquella matrona que tanta dulzura desplegaba, al tender su protectora mano sobre los pobres que profesaban la fe de Cristo; que tanta confianza había inspirado a los desconsolados hebreos, rechazó el humilde presente de estos con desdeñosas palabras, declarando *que jamás les pediría ningún servicio, porque no la maldijesen en secreto*.⁶² Así los hebreos perdieron toda esperanza de amparo, viéndose a cada momento con la pelea y la muerte a la puerta y necesitando doblar el cuello al pesado yugo que los oprimía.

Diez años habían pasado entretanto, en que la entereza y severidad de carácter de don Enrique III habían logrado poner a raya las desmedidas pretensiones de la nobleza, pretensiones que de cada vez adquirían fuerza mayor, escudadas con las célebres mercedes enriqueñas, vil precio de la corona del rey don Pedro. Habíase mantenido la quietud interior de Castilla, y a la sombra de la paz comenzaban a reponerse ya los arruinados hebreos, recobrando alguna vida su comercio y su industria; cuando la muerte del joven soberano, acaecida en el último día del año de 1406, vino a comprometer nuevamente su tranquilidad, atesorando odios y venganzas. Era médico de don Enrique un judío, llamado don Mayr, el cual había logrado alcanzar mucha autoridad en el real palacio, por su gran saber y prudencia. Las continuas enfermedades del rey, que le dieron el título de Doliente, tenían desde la infancia su cuerpo enflaquecido: esto hacía que el ascendiente del médico fuese mayor sobre el ánimo del monarca, y hecho tan natural e inocente en el estado a que habían llegado las cosas, no podía menos de despertar ojerizas contra el hebreo, ojerizas que hubieron de convertirse en venganza declarada, luego que se presentó una ocasión favorable. Con la muerte prematura de don Enrique, pues apenas contaba veinte y siete años, se hizo correr la noticia de que había sido envenenado lentamente por don Mayr, llegando a tal punto la credulidad o el encono, que le pusieron en el tormento y hubo el cuitado de confesar un crimen que realmente no había cometido.⁶³ No necesitaba en verdad don Enrique de tósigos ni pócimas de ningún género para morir en la flor de su edad: sus dolencias frecuentes, como hemos dicho, dolencias que sacó

62 El dispensero mayor de esta reina en el *Sumario de los reyes de España*, y el maestro Enrique Flórez en sus *Reinas Católicas*, refieren este hecho en la misma forma.

63 Entre los autores que más fe han prestado a este envenenamiento debe contarse el autor [Cristóbal Lozano] de los *Reyes nuevos* que dejamos ya citado. Aprestábase don Enrique para hacer la guerra al rey moro de Granada, que había quebrantado las treguas establecidas entre ambos reinos, cuando le asaltó fuertemente la última dolencia; y tomando ocasión de este hecho dice el historiador referido: «Publicóse por todo el reino la guerra con tal estruendo y aparato de cajas, trompetas y clarines, y tomaron todos con tanto gusto las armas, que llegando la fama y el ruido a los palacios de Granada, se llenó el moro de espanto y comenzó también a apercibirse: previno sus fronteras con valiente morisma e hízose de la más gente que pudo; ¿pero qué sabemos si fue su mayor pertrecho valerse de la traición? ¿Qué sabemos si este bárbaro fue causa de dar muerte a nuestro rey, para librarse de tanto tropel de armas como miraba encima? Por conjetura lo vendo: piénselo bien el curioso y verá que no voy fuera del caso. Pregunto: ¿con la muerte de nuestro rey no se desbarató toda la guerra y quedó el moro sosegado y libre? Sí. ¿No fue el médico de nuestro rey judío de nación, llamado don Mayr quien confesó en el potro que él había muerto el rey? Así dicen que pasó. ¿Declaró el motivo que tuvo para esta alevosía? No lo dicen. ¿El moro y el judío no son igualmente enemigos de los cristianos? No tiene duda. ¿Matar el médico al rey no fue cuando estaba el rey juntando todas sus fuerzas en Toledo contra el moro? Eso es cierto. Pues mírese si de mi conjetura se puede sacar por verdadera consecuencia de que este infame judío, o sobornado del moro o por complacerle, por ser de su raza, intentó esta alevosía.» No hemos querido renunciar al gusto de trasladar aquí las preinsertas líneas, que deben llamar la atención de los lectores, no sólo por las doctrinas y creencias que revelan, sino por la manera tan dramática de exponerlas. Lástima es que resalte tanto el odio contra los hebreos.

de la cuna, cosa en que están conformes muchos y muy sensatos historiadores, eran bastantes para agostar su juventud y llevarle al sepulcro. Los ánimos de los cristianos se irritaron, no obstante, nuevamente contra los judíos, y aunque por entonces no estalló ninguno de aquellos movimientos terribles que anegaban en sangre las ciudades, todavía no se esquivaron los insultos y las amenazas, bien que ningún efecto produjeron tampoco, merced a la resignación que forzosamente guardaban los descendientes de Judá.

La muerte de don Enrique dejaba a Castilla un príncipe de veinte y dos meses, una guerra con el rey de Granada e inclinados los grandes a dar la corona al infante don Fernando, nombrado gobernador por su hermano en unión de la reina doña Catalina, por quien se había puesto *paz e concordia para siempre* entre los duques de Guiena y Alencaster, que descendían del rey don Pedro y los de Antequera nietos del conde de Trastámara. La heroica resistencia que opuso a aquella pretensión don Fernando, conocido con el apellido de Antequera, por haber conquistado esta ciudad de los moros; la rectitud de su carácter y la severidad de sus actos, enfrenaron todas las ambiciones y conjuraron el nublado que se levantaba sobre Castilla. El hijo de don Juan I, a quien pareció pagar la Providencia con el trono de Aragón tanta abnegación y nobleza de alma, guardó como un sagrado depósito la herencia de su sobrino, hasta verle asentado en el trono de sus mayores. Los judíos entre tanto eran combatidos con la misma constancia, si bien no se recurría como antes a la violencia, *última ratio* del fanatismo religioso de aquellos tiempos.

Sin embargo digno es de examinarse detenidamente un documento de suma importancia, que reflejando el pensamiento dominante de los cristianos en aquella época, da a conocer hasta que punto se ensañaron contra los hebreos. Este documento, que había de ser muy en breve canonizado por los concilios de Tortosa y Zamora, es el *Ordenamiento de la reina doña Catalina, sobre el encerramiento de los judíos y de los moros*, dado en Valladolid a 2 de enero de 1412. La idea capital que en esta ley resalta y que debió inspirar su promulgación, consistía en estrechar más y más el círculo en que ya se veía comprimido el pueblo hebreo: desde las primeras palabras del preámbulo hasta la última cláusula del ordenamiento, todo se enderezaba a cercenar la libertad de los judíos; todo conspiraba a reducirlos a la impotencia; todo demostraba, en fin, el empeño de acabar con la influencia que por su saber habían hasta entonces ejercido sobre el pueblo cristiano.

Así es que el primer artículo ordenaba expresamente que «todos los judíos viviesen apartados de los cristianos en un lugar aparte de la ciudad, villa o lugar donde fueren vecinos, e que fuesen cercados de una cerca en derredor e tuviesen una puerta sola, por donde se mandasen en tal círculo.» En el segundo se les vedaba que vendieran a los cristianos viandas ni comestibles de ninguna especie; prohibiéndoles que tuviesen boticas, o tiendas en el quinto se les inhabilitaba para ejercer cargos públicos, tales como los de procuradores, almojarifes, mayordomos, arrendadores, corredores y cambiadores, mandando que no pudieran *usar ni llevar* armas en poblado; en el séptimo se les obligaba a que sometiesen sus pleitos, así criminales como civiles, a los alcaldes reales, si bien debían estos guardar en los juicios las costumbres, y ordenanzas adoptadas por los judíos; en el duodécimo se les prohibía que se nombrasen *don* ni por escrito, ni por palabra, disponiéndose en los tres artículos siguientes que no usasen capirotos con *chías luengas* ni mantones; y que llevaran en cambio *mantos grandes fasta en pies, sin cendal e sin pena e toca sin oro*, debiendo perder toda ropa que *trogiera vestida y fasta la camisa*, el judío o la judía que gastara paño, cuyo valor excediera de treinta maravedís en vara.

El artículo décimo sexto imponía a aquellos desgraciados el precepto de no variar de morada, previniéndose en el siguiente a los señores de villas y lugares que no dieran hospitalidad a los que intentasen pasar de una población a otra, debiendo por el contrario enviarlos *a donde eran de antes moradores, con todo lo que llevaren*. En el décimo octavo se ordenaba que no pudieran cortarse las barbas ni los cabellos; disponiendo el vigésimo que no fuesen albéitares, carpinteros, sastres, tundidores, zapateros, calceteros, pellejeros ni carniceros, cuya prohibición se extendía en el

artículo vigésimo primo a los traficantes en miel, aceite, arroz y otras mercaderías, concluyendo por cerrarles de una vez todos los caminos.

Pero para probar hasta que extremo llevó la reina doña Catalina su espíritu de intolerancia en este ordenamiento, parécenos oportuno trasladar aquí el artículo undécimo: «Que ninguna cristiana, dice, casada o soltera o amiga o mujer pública non sea osada de entrar dentro en el círculo donde los dichos judíos moren de noche ni de día. E cualquier mujer cristiana que dentro entrare, si fuere casada, que peche por cada vegada que en el dicho círculo entrare, cient maravedís; e si fuere soltera o amiga que pierda la ropa que llevare vestida; e si fuere mujer pública que le den cient azotes por justicia e sea echada de la cibdad, villa o logar donde viviere.»⁶⁴

No podía, en efecto, llevarse más adelante el empeño de incomunicar a un pueblo que por tantos siglos había vivido en el seno del castellano, bien que separado de él por las creencias religiosas. Pero el excesivo rigor de la ley, haciendo imposible de todo punto su cumplimiento, ponía a salvo de la misma al pueblo contra quien se dictaba, lo cual aparece probado al considerar que en el año de 1414, era de nuevo promulgada por don Fernando de Antequera, aunque con pocas más probabilidades de que fuese tan exactamente cumplida como debió ser acatada. El entusiasmo religioso que exaltaba el espíritu de la muchedumbre, con los visibles adelantos de la civilización, si no se había amortiguado en un ápice, pretendía tomar al menos una forma más noble y elevada; una forma que emanando del Evangelio, se conformara esencialmente con sus santas doctrinas, lo cual era motivo por otra parte de que tan rigurosas leyes no pudieran cumplirse.

San Vicente Ferrer, recorriendo multitud de poblaciones, con la fe en el corazón, con la persuasión en los labios, había logrado arrancar a las creencias judaicas crecido número de rabinos, que por su parte prestaron a la causa del cristianismo los más importantes servicios. Contábase el año de 1407, cuando habiendo pasado el santo referido a la primera metrópoli de España, alcanzó en un solo día la conversión de más de cuatro mil judíos toledanos; quedando desde entonces trasformada en iglesia su principal sinagoga y reducida a un corto número de incrédulos la judería que más importancia había tenido quizá en todos los dominios españoles.⁶⁵ Pero la predicación de San Vicente Ferrer, no admitiendo en manera alguna la discusión, inspirada, inflexible como la doctrina que difundía, no podía satisfacer a todos los que entre los hebreos se preciaban de *sabidores*, siendo necesario por esta causa que se descendiera de la cátedra del Espíritu Santo, para completar aquella sublime obra, tanto más grande y meritoria, cuanto eran mayores los beneficios que de ella recibían los judíos, social y religiosamente considerado tan interesante punto.

64 Esta ley era, no obstante su extremado rigor, una consecuencia necesaria de las que ya se habían establecido en los fueros de muchas poblaciones importantes, no sólo de Castilla, sino de Aragón y Navarra. En el artículo 76 del *Fuero de Sobrarbe* se llevaba tan adelante esta idea de apartamiento que se mandaban quemar vivos el judío y la cristiana, a quienes se probase el coito. En el título 71 del *Fuero de Sepúlveda* se decía: «Todo judío que con cristiana fallaren sea despennado y ella quemada: si lo negare que non fiso, probandogelo con dos cristianos e con un judío que lo sabe en verdat e lo vieron, sea cumplida la justicia.» Lo mismo se disponía en otros muchos fueros.

65 El número total de conversos משימדים en los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Sevilla y Barcelona, según la confesión de R. Ysahak Cardoso, excedió de quince mil: en las provincias de Castilla no fue menos feliz el éxito de su predicación, ascendiendo tal vez a igual suma. La aparición de S. Vicente Ferrer ante el pueblo hebreo había sido un hecho verdaderamente prodigioso. Había aparecido a su vista como un ángel salvador; y esta circunstancia no podía menos de ser muy favorable a su alta misión evangélica. Llenábanse las calles de Valencia en 8 de Junio de 1391 de sangre hebrea; ardían las tiendas y eran saqueadas las casas de la judería por una muchedumbre desenfrenada: corrían a las iglesias pidiendo el bautismo los miserables judíos y eran arrojados de todas partes, encontrando solo la muerte; cuando se presentó en medio del populacho San Vicente y levantando su voz inspirada, puso término a aquella horrenda carnicería. Calló la muchedumbre, y llamados los hebreos por aquel nuevo apóstol que más tarde se dio a sí mismo el nombre de *ángel del apocalipsis*, les dirigió la palabra divina, convirtiéndolos al cristianismo. Así San Vicente Ferrer alcanzaba una doble conquista, mereciendo la admiración de los cristianos menos fanáticos, y la gratitud de los judíos; todo lo cual contribuyó grandemente a los maravillosos resultados que su predicación produjo, llegando el número de conversos a una suma verdaderamente prodigiosa; pues que se le hace subir por algunos a 50.000 (*Breviario de Valencia*, edición de id. 1533.)

Había abjurado de los errores de aquella secta un rabino natural de Lorca, llamado Jehosuah por unos y Josué Halorqui por otros, y llegando la fama de su ciencia a oídos de don Pedro de Luna, conocido entre los sucesores de San Pedro con el nombre de Benedicto XIII, eligióle por su médico. Jehosuah, que antes de abrazar la religión cristiana había ocupado entre los judíos un elevado puesto, siendo reputado como uno de los más sabios doctores y *talmudistas*, con la convicción más profunda y con el entusiasmo que pudiera experimentar un ciego a quien se restituía la luz, intentó seguir el ejemplo de San Vicente, aguijoneado por otra parte del deseo de dar a su pueblo la salud del alma y la tranquilidad, de que en vida carecía. Iniciado en todos los misterios y arcanos de la teología judaica, poseedor ya de la verdad, no temió abrir un palenque académico, en donde se discutieran todos los principios, en donde todas las proposiciones que constituyen la diferencia entre la religión cristiana y la de Moisés, se comparasen y dilucidasen con la mayor imparcialidad y parsimonia. Rogó, pues, Jehosuah al sumo pontífice que le permitiera convocar a los judíos más sabios de toda España, para argüir un congreso con ellos a su presencia, esperando demostrarles con el examen de su *mismo Talmud que ya era venido el verdadero Mesías*.⁶⁶

Satisfecho Benedicto XIII de la sabiduría de Jerónimo de Santa Fe, que este era ya el nombre del converso rabino, consintió gustoso en su demanda, y señaló la ciudad de Tortosa para celebrar aquella especie de concilio, en donde hasta cierto punto se iban a poner en tela de juicio muchas y muy importantes verdades de la religión cristiana. Nadie podía, sin embargo, con más probabilidad de brillante éxito que Jehosuah acometer aquella ardua empresa: nadie conocía como él los libros sagrados de los hebreos, cuyo profundo estudio le ponía en una posición ventajosa, y nadie tenía, como hemos indicado, un empeño tan decidido en que abrazasen la fe de Cristo sus compatriotas, pues que al abrazarla, lavaban la mancha que había caído sobre aquella raza, y expiaban el pecado de la incredulidad que los traía errantes, *sin patria, sin hogar y sin templo*.

Tal vez entonces, y aun ahora llamará la atención de ciertas personas el que en vez de hacerse cargo los doctores cristianos de la defensa de su religión, se concediese esta honra a un judío converso, enmudeciendo a su presencia todos los grandes teólogos y cardenales que seguían la corte de don Pedro de Luna. A esta observación fundada y juiciosa, satisfaremos por nuestra parte con otras dos que explican hasta cierto punto el hecho de que vamos tratando. Primera: esta controversia había sido solicitada por Jerónimo de Santa Fe, llevado del entusiasmo religioso que había inoculado en su alma la voz inspirada de San Vicente Ferrer. Segunda: el poco roce de los teólogos cristianos con los talmudistas hebreos, la intolerancia de los primeros y la manera distinta de argüir de los segundos, mas acostumbrados a esta clase de lides, hubieran creado multitud de obstáculos, haciendo imposible la disputa y poniendo a riesgo de ser envueltos en especiosos sofismas a nuestros doctores. Este paso no solamente hubiera sido, por tanto, imprudente e impolítico, cuando en años anteriores se había predicado en la cátedra santa del Evangelio el exterminio y la desolación de los hebreos: hubiera acaso comprometido la quietud de la cristiandad, obligando al pontífice romano y a los mismos reyes a cortar un nudo, cuya solución se hubiese hecho tal vez imposible de otro modo.

Así pues, el pensamiento de abrir semejante palenque y el sostenimiento de tan arriesgada liza debieron ser lógicos: Benedicto XIII pudo no haber provocado ni consentido dicha contienda: pero resuelto ya a entrar en aquel terreno, necesario era que además de la firmeza de convencimiento que le animaba por la causa del cristianismo, causa cuyo triunfo y engrandecimiento le estaban encomendados, como a pretendida cabeza visible de los fieles, apelase a los medios mas hábiles de obtener la victoria. Los resultados justificaron plenamente el acierto de la elección, llenando tal vez con usura los deseos del mismo pontífice y sobre todo los del converso rabino, cuya inmensa erudición, cuya sublime fe brillaron en tan respetable asamblea, eclipsando la gloria literaria de otros muchos doctores del judaísmo.

66 R. Salomón Ben Virga en su *Historia judaica* traducida del latín en 1551. Ed. de Amsterdam.

Se ha disentido entre los historiadores sobre el sitio en donde hubieron de celebrarse estas famosas conferencias, afirmando algunos historiadores hebreos, tales como R. Salomón Ben Virga y R. Gedaliat, aquel en su *Historia judaica* y éste en su *Cadena de la tradición*, que se verificaron en la corte romana. Sobre este punto, sobre los resultados que produjeron las disputas referidas, las proposiciones que se discutieron, los rabinos que tomaron parte en ellas, y finalmente sobre las medidas que adoptó Benedicto XIII contra los judíos incrédulos que persistieron en su ley, hablaremos en otro capítulo, suspendiendo aquí nuestra tarea.

V.

Los judíos someten a la discusión los principios fundamentales de su Ley. Triunfo del Evangelio sobre el Talmud.

(1413-1415)

Continúa el congreso teológico de Tortosa. Dudas sobre el lugar donde se celebró y autores hebreos que tratan de este punto. Códice del Escorial. Rabinos que arguyeron contra Jerónimo de Santa Fe. Apertura del referido congreso. Propositiones defendidas por el médico de Benedicto XIII. Efectos de la discusión. Conversión de todos los rabinos y obstinación de Rabbí Ferrer y Rabbí Joseph Albo. Determinación del pontífice y bula expedida en Valencia. Su examen. Sus resultados. Concilio de Basilea, Paulo IV y San Pío V. Conversión numerosa de los judíos de Alcañiz, Zaragoza, Calatayud, Daroca, Fraga, Barbastro y otros puntos de Aragón.

«Josué Lurqui, escribe Rabbí Salomón Ben Virga, pidió al papa (Benedicto XIII), convocase a los judíos más sabios, porque deseaba argüir con ellos a presencia de su Santidad y demostrarles por su mismo Talmud que ya era venido el verdadero Mesías. En efecto, llegaron a Roma a primero de enero los rabinos más doctos de todas las aljamas de España, especialmente los sabios de las de Aragón que Josué había nombrado. Luego que llegaron a Roma, prosigue después de referir los nombres de los judíos que tomaron parte en la contienda, eligieron por su orador para el congreso a Vidael Benveniste; porque era sujeto muy instruido en las ciencias y sabía con perfección la lengua latina; y habiéndose presentado al Papa los recibió éste con la mayor afabilidad, asegurándoles de que no les haría extorsión alguna; y los animó a que expusiesen con libertad y sin ningún recelo cuanto se les ofreciera responder a los argumentos que les propusiese Josué Halorqui, que era el que se había ofrecido a convencerlos por su mismo *Talmud*, de que ya había venido el verdadero Mesías.»

Rabbí Gedaliah, que floreció en el siglo XVI, se expresa de esta manera en la *Cadena de la tradición*, obra que ya citamos al terminar el anterior capítulo: «En el año 1413 Josué Halorqui, que se llamaba el maestro Jerónimo de Santa Fe, consiguió del Papa que convocase a los sabios de Israel para demostrarles que ya había sido la venida del Mesías, lo que ejecutó el Papa, haciendo pasar de España a los sabios y entre ellos a R. Todros, hijo de Jachia; y disputaron por muchos días en presencia del Papa y de muchos sujetos principales, como se dice en el *Cetro de Judá*.»

No tuvieron estos escritores presente el estado cismático de la iglesia en aquellos tiempos ni hubieron tampoco a las manos las obras que escribió en el siguiente año de la disputa Jerónimo de Santa Fe, en cuyos títulos se observa que siendo uno de sus mayores timbres, como cristiano, la victoria alcanzada contra los talmudistas, tenía especial cuidado de expresar que había acaecido aquella en Tortosa⁶⁷ y no en Roma.

Nuestro insigne historiador Jerónimo de Zurita, en sus *Anales de Aragón*⁶⁸ apuntó también dicha circunstancia en estos términos: «Como la obstinación de esta nación (de los judíos) era grande, procuróse usar de todos los medios posibles para convencerlos y reducirlos a la verdad evangélica, y por mandado del Papa se congregaron en la ciudad de Tortosa y estuvieron juntos todos los mayores doctores y rabinos que se hallaban en las aljamas del reino, para que públicamente en su presencia y de toda su corte fuesen amonestados que reconociesen el error y ceguedad en que andaba aquella gente.»

67 Don Nicolás Antonio hace mención en el libro X de su *Biblioteca española antigua* de un códice que tenía el siguiente título: *Hieronimi a Sancta Fide medicinæ magistri, disputatio contra judæos Dertosa habitæ, præsentæ papa Benedicto et ejus curia, convocatque majoribus Rabinis totius Hispaniæ: an. Salutis MCDXIII.*

68 Tomo III, lib. XLV, de la edición de Zaragoza, 1610.

Pero donde más claramente se prueba que la controversia de que hablamos se verificó en Tortosa, es en un códice existente en la Biblioteca del Escorial, escrito lujosamente en pergamino y digno de examinarse con el mayor detenimiento, como observa don José Rodríguez de Castro en su *Biblioteca rabínico-española*, al tratar de los escritores de aquella raza que más se distinguieron en el siglo XV, ya de los que no abjuraron los errores hebraicos, ya de los que por el contrario abrazaron el cristianismo.⁶⁹ En la introducción del primer discurso que pronunció Jerónimo de Santa Fe en lengua latina, único idioma de que se hizo uso en aquella especie de congreso, se expresa terminantemente el nombre de la ciudad referida, cuando después de haber mencionado el año, el día y mes en que empezaba el pontificado de don Pedro de Luna, añade: «Illustríssimo ac serenissimo rege Aragonum Dño Fernando sub anno primo sui domini principante in civitate Detuseñ, ejusdem regni, etc.» No cabe, pues, en nuestro concepto, la menor duda de que tan celebrado acontecimiento ocurrió en Tortosa y de que los historiadores hebreos que citamos arriba, padecieron error grave, al asegurar que la controversia de Jerónimo de Santa Fe se verificó en Roma.

Han dado también la mayor parte de los historiadores menos importancia de lo que realmente tuvo al hecho de que vamos hablando, sin convenir tampoco entre sí sobre el número y los nombres de los rabinos que sostuvieron la disputa, ni señalar las sesiones que se celebraron. El referido Jerónimo de Zurita, cuando da cuenta de la manera en que se llevó a cabo la controversia, dice solamente que fue la primera congregación a 7 del mes de febrero del año 1413, no sin indicar anteriormente que concurrieron a ella ocho judíos de las aljamas de Zaragoza, Gerona y Alcañiz. «En presencia del Papa y de su colegio, y de toda su corte, continúa, comenzaron a proponer las cuestiones y artículos que se habían de discutir y disputar; y asistió el Papa a otras congregaciones; y por su ausencia cometió sus veces y lugar para que presidiesen a ellas al ministro general de la orden de los predicadores y al maestro del sacro palacio.» Los demás cronistas y escritores que refieren este acontecimiento⁷⁰ no se manifiestan en verdad más explícitos: R. Salomón Ben Virga menciona seis rabinos españoles y uno romano, indicando únicamente ocho sesiones, en que bajo la presidencia del pontífice, tomaron parte aquellos en la discusión solemne que se había abierto para todo el mundo. Los rabinos que asistieron a tan reñida controversia, siguiendo el códice del Escorial, extractado por Rodríguez de Castro, fueron catorce y sus nombres los siguientes: R. Abuganda, R. Aoun, R. Benastruc Abenabed, R. Astruc el Leví, R. Joseph Albo, R. Josué Messie, R. Ferrer, R. Mathatias, R. Vidael Ben Benveniste, R. Todros, R. de Gerona, R. Saul Mime, R. Salomon Isahak y M. Zarachias Levita: no puede sin embargo afirmarse que fueran estos hebreos los únicos que contra Jerónimo de Santa Fe arguyeron.

Abrióse, pues, aquella teológica palestra en el día que expresa Zurita, durando hasta el siguiente mes de noviembre del próximo año de 1314, término en que se celebraron sesenta y nueve sesiones, discutiéndose diez y seis proposiciones capitales y resolviéndose las dudas de los libros sagrados de los hebreos de una manera victoriosa. Digno es de todo elogio el discurso latino que pronunció el mantenedor de aquella liza, después de haber abierto el sucesor de San Pedro el congreso con una breve oración, enderezada a manifestar las causas que le habían movido a consentir en la demanda de Jerónimo de Santa Fe; y si no temiéramos molestar a nuestros lectores, trasladaríamos aquí algunos trozos originales de tan interesante documento. Fundó su arenga el antiguo rabino en las palabras del capítulo I de Isaías: *venite nunc et disputabimus*, y derramo tanta doctrina y erudición al mismo tiempo, que no pudieron los maestros y talmudistas que se hallaban presentes dejar de manifestar su admiración, bien que igual ocasión ofreció a los teólogos y letrados cristianos R. Ferrer, encargado aquel día de replicar a los argumentos del médico de Benedicto XIII.

69 El título del Códice de que hablamos dice así: *Hieronimi de sancta Fide, medici Benedicti XIII, procesus rerum et tractatum et questionum 401 qui in conventu Hispaniæ et Europa Rabinorum ex una parte, ac catholicorum ex alia, ad convincendos judæos de adventu Messiæ, factus anno 1418. Codex originalis.*

70 Antonio Possevino en su *Aparatus Sacer. Bartoloccio Biblioteca rabinica*. Wolfio id., Alberto Mireo y otros.

Prolijos seríamos quizá si nos propusiéramos hacer una menuda reseña de todo lo que ocurrió en Tortosa, durante las sesenta y nueve sesiones de este congreso cristiano-rabínico, cuya importancia no puede oscurecerse aun a los que hayan solamente hojeado la historia de nuestra península. Para que la idea que nos hemos propuesto dar de él, no sea tan diminuta e imperfecta que pueda argüírsenos de ligereza, parécenos sin embargo oportuno, el trasladar aquí las cuestiones que se dilucidaron entonces, poniéndolas en castellano para su más fácil comprensión y lectura. El número total de dichas proposiciones, como dejamos indicado, es el de diez y seis, hallándose en esta forma concebidas:

1. De los puntos en que concuerdan los cristianos y los judíos respecto a la fe, y de aquellos en difieren.
2. De las XXIV condiciones atribuidas al Mesías.
3. De cómo los términos señalados para la venida del Mesías ha tiempo trascurrieron.
4. Sobre si en el tiempo de la destrucción de Jerusalén había nacido ya el Mesías.
5. Que cuando fue predicha la destrucción del templo de Jerusalén, no había nacido aun el Mesías, ni tampoco se había anunciado su venida.
6. Que el Mesías había venido ya al mundo en el año en que acaeció la pasión y muerte del Salvador, nuestro Señor Jesucristo.
7. Que las profecías que hablan de las obras del Mesías, así como de la reparación del templo y la reducción de Israel en un pueblo, y de felicitar a Jerusalén, deben entenderse moral y no materialmente.
8. De XII preguntas dirigidas a los judíos sobre los hechos del Mesías, durante su permanencia en la tierra.
9. Que la ley de Moisés ni es perfecta ni perpetua.
10. Del sagrado Sacramento de la Eucaristía.
11. Cuándo y por qué se inventó el tratado conocido con el nombre de *Talmud*.
12. Sobre si los judíos están obligados a creer todas las cosas contenidas en el *Talmud*, ya sean glosas de la ley, juicios, ceremonias, oraciones o anunciaciones, ya glosas o invenciones hechas sobre el referido *Talmud*, o si les es dado negar algo de aquello.
13. Lo que debe entenderse por artículo de la ley; probando que no es artículo de la ley hebrea el que no haya venido el Mesías.
14. Qué es fe, qué es escritura y qué es artículo.
15. Sobre las abominaciones, inmundas herejías y vanidades que contiene el libro titulado *Talmud*.
16. Que los judíos no se encuentran en el presente cautiverio, sino por el pecado del odio voluntario que abrigaron contra el verdadero Mesías, nuestro Señor Jesucristo.⁷¹

71 Las proposiciones originales estaban reducidas a los siguientes términos: «Primera. De hiis in quibus christiani et judei circa fidem concordant et in quibus discordant. Segunda. De viginti et quator conditionibus attributis Messie. Tercera. De terminis assignatis in adventu Messiae qui diu est transierunt. Cuarta. Quod in tempore destructionis Jerusalem erat natus Messias. Quinta. Quod quando fuit praedicta destructio templi, necdum natus erat Messias, quinimo venerat fueratque monstratus. Sexta. Quod Messias illo anno venturus in quo fuit passio Salvatoris nostri domini Jhesu-Christi. Séptima. Quod prophetiae de operibus loquentes Messia sicut de templi reparatione et reductione in unum Israel atque de felicitando Jerusalem, debent spiritualiter et non materialiter intelligi. Octava. De viginti interrogationibus judeis super actibus Messiae factis. Nona. Quod lex mosaica non est perfecta neque perpetua. Décima. De Sacro Eucharistiae Sacramento. Undécima. Quomodo et quare fuit inventio tractatus libri vocati Talmut. Duodécima. Quod judeus de necessitate tenetur credere omnia Talmuto contenta, sive sint glosae legis, judicia, ceremoniae, vel sermones aut anunciaciones, glosa, additiones, sive inventiones factae super dicto Talmuto, nec licet judeo aliquid negare de illo. Décima tercera. Quid est legis articulus, et probatur quod non venisse Messiam non est judaicae fidei articulus. Décima cuarta. Quid fides, quid scriptura et quid articulus sit. Décima quinta. Abominaciones, heresia, immunditiae et vanitates quae in libro Talmuto continentur. Décima sexta.

He aquí las cuestiones que se propuso defender Jerónimo de Santa Fe, proposiciones cuya solución no podía menos de proporcionar al cristianismo un señalado triunfo; no siendo fácil por otra parte que pudieran ser tratadas con probabilidad de buen éxito por quien no estuviera, como Jehosuah Halorqui, iniciado profundamente en el conocimiento de las leyes religiosas de los hebreos. Jerónimo de Santa Fe dirigió todos sus más fuertes ataques, como diestro argumentador, a destruir el origen y la causa existente de las preocupaciones y creencias que separaban a los judíos del cristianismo. Se hallaban aquellas consignadas en el libro titulado *Talmud*: de su estudio, de su interpretación y explicación se había hecho una ciencia y un magisterio. Combatir, pues, el origen y la aparición de semejante libro, era combatir la ciencia creada a su sombra y dar al traste con la profesión de talmudista, profesión santa y respetable entre los judíos, en la cual se habían distinguido excelentes rabinos, como más adelante manifestaremos a nuestros lectores. Así naturalmente descendía Jerónimo de Santa Fe a tratar de otras cuestiones no menos interesantes, no menos propias de la causa, cuya defensa había echado sobre sus hombros. Presentar las aberraciones en que habían caído los partidarios de aquella ley; señalar las herejías, los contrasentidos y vanidades que contenía el referido código teológico, debía ser otro de los puntos capitales, a donde se encaminasen los esfuerzos del fervoroso converso, que en la proposición décima quinta derramó todo el saber que atesoraba sobre este punto.

La discusión de las cuestiones que dejamos transcritas y su comparación con las santas verdades del Evangelio, no podía menos de arrojar luminosas consecuencias, las cuales no se oscurecieron de modo alguno a los rabinos que se hallaban presentes. El Evangelio era la piedra de toque, en donde Jerónimo de Santa Fe probaba todas las creencias, tradiciones y profecías que respetaban como otros tantos dogmas los proscritos hebreos, y del Evangelio no pudo dejar de resultar la verdad y la salud, el convencimiento y la fe. Los judíos más sabios de España, congregados en Tortosa para defender la ley de Moisés, sintieron nacer en sus corazones la duda, al escuchar el inspirado acento del sabio converso: después de la duda creyeron; pero creyeron ya en otros misterios, vieron cumplidas las profecías con la venida del Salvador y adoraron en el Mesías verdadero. De este modo se recogía el opimo fruto de la predicación de San Vicente Ferrer, cuyos inmensos servicios hechos a la civilización española, no se han considerado aun bajo su verdadero punto de vista: de este modo su inflexible y sublime doctrina, tomando una forma más humana, aunque no menos elevada, había llamado a las puertas del entendimiento y había entrado en una lucha contradictoria, en que debía sufrir todas las comparaciones, todos los análisis, para aparecer más esplendorosa, saliendo más fuerte, más acrisolada.

Sólo dos rabinos de los que asistieron al condos rabinos. greso de que vamos hablando, R. Ferrer y R. Joseph Albo, persistieron contumaces en sus errores, cosa que fue harto sensible, tanto a Jerónimo de Santa Fe, como al romano pontífice, por el saber profundo y el inmenso prestigio que entrambos alcanzaban. El triunfo del cristianismo no pudo ser sin embargo más completo: en la sesión sesenta y siete presentó Rabbi Astruc una cédula por la cual por sí y a nombre de todos los judíos se confesaba enteramente convencido de los errores del judaísmo; abrazando la religión que el Salvador del mundo había sellado en el Gólgota con su sangre. No nos parece que llevarán a mal nuestros lectores el que traslademos a este lugar, si bien vertido al castellano, el documento referido, cuya singularidad no puede menos de prestarle una importancia considerable. Dice así:

«Y yo Astruch Leví, con la debida humildad, sujeción y reverencia de la reverendísima paternidad y dominación del señor cardenal y de los demás reverendos padres y señores aquí presentes, respondo diciendo; que es lícito que las autoridades talmúdicas alegadas contra el Talmud, tanto por mi reverendísimo señor Limosnero⁷², como por el digno Jerónimo de Santa Fe,

Quod judei non sunt in captivitate presenti, nisi propter peccatum odium gratis quod habuerunt contra verum Messiam dominum nostrum Jhesu-Christum.» (Códice del Escorial, Est. J. S. Rodríguez de Castro, *Biblioteca española*, tom. I. páginas 214 y 215).

72 Parece que habla de Andrés Beltrán que ocupó después la silla de Barcelona, el cual asistió a la asamblea de Tortosa, como dice Jerónimo de Zurita del siguiente modo: «Hallóse en esta congregación de letrados un Garci

tales como constan literalmente, sean desechadas; ya porque en primer lugar aparecen como heréticas, ya porque ofenden las buenas costumbres, y ya en fin porque son erróneas; y cuanto por la tradición de mis maestros supiere, lo que ellos sepan o puedan saber en otro sentido, confieso que también lo ignoro. Por tanto ninguna fe presto a dichas autoridades ni a otra autoridad cualquiera, ni creo en ellas, ni trato de defenderlas; y revoco toda respuesta dada en este lugar por mí, que no se conforme con esta mi última respuesta y la tengo por no dicha en cuanto a esta declaración contradiga.»⁷³ Todos los judíos y rabinos de la congregación (a excepción no obstante de Rabbi Ferrer y Rabbi Joseph Albo) exclamaron y dijeron en altas voces: «Y nosotros estamos conformes con dicha cédula y nos adherimos a ella.»

Leída una confesión tan lata, genuina expresión del cambio que habían sufrido en sus ideas aquellos sabios, cuyo entusiasmo religioso maás que otra razón cualquiera, los había impulsado a tomar parte activa en tan famosa contienda, creyó el romano pontífice oportuno manifestar, antes de que se disolviese la asamblea, que si bien había querido ostentar su tolerancia, permitiendo que se pusieran en tela de juicio cosas que todo el orbe cristiano acataba como dogmas santos, no podría dejar de manifestarse airado contra los que cerrando los ojos a la luz, persistieran en los errores confesados, abjurados y condenados por cuantos se habían hallado presentes de la raza judaica.

Mandó leer en este propósito varios decretos contra los contumaces, expidiendo al siguiente año en la ciudad de Valencia, a 11 de mayo una Bula, cuya estricta observancia había de reducir al último extremo al pueblo proscrito. Contenía este documento once decretos: el primero prohibía la lectura del *Talmud* en público o en secreto, ordenando a los obispos y cabildos catedrales que en término de un mes recogiesen todos los ejemplares que se hubieran a las manos de dicho libro, así como sus glosas, apostillas, sumarios y otros cualquiera escritos que tuvieran la relación más leve con semejante doctrina. El segundo vedaba la circulación y uso de todo escrito que contradijese los dogmas o ritos de la religión cristiana. Por el tercero se ordenaba que no pudiesen hacer los judíos cruces, cálices ni vasos sagrados; ni encuadernar libros en que se hallase el nombre de Jesus, ni de su madre, imponiendo pena de excomunión al cristiano que a esta disposición contraviniese.

El cuarto se hallaba concebido en estos términos: «Que ningún judío pueda ejercer el oficio de juez ni aun en los pleitos que ocurrieren entre ellos». Disponíase por el quinto que se cerrasen las sinagogas erigidas o reparadas últimamente, dejando sólo una en cada población donde morasen judíos, si bien en el caso de averiguarse que había sido antes iglesia, quedaba también definitivamente cerrada la referida sinagoga. El sexto decreto u artículo se encaminaba a separar más y más al pueblo proscrito del cristiano. «Que ningún judío, dice, pueda ser médico, cirujano, tendero, droguero, proveedor ni casamentero; ni tener otro algún oficio público por el que su examen hayan de entender en los negocios de los cristianos; ni las judías ser parteras, ni tener amas de criar cristianas; ni los judíos servirse de cristianos, ni vender a estos, ni comprar de ellos algunas

Álvarez de Alarcón, muy enseñado en las lenguas hebrea, caldea y latina; y fue gran parte en convencer y reducir muchas de las más principales familias del reino, Andrés Beltrán, maestro en teología, *limosnero* del papa que era muy docto en las letras hebreas y caldeas, y *fue de aquella ley*, que era natural de Valencia; y después por su gran religión y mucha doctrina le proveyó el papa la iglesia de Barcelona; por cuya determinación y parecer se declaraban las dudas de lo que tocaba a las traslaciones de la Biblia que los rabinos torcían a su propósito.» (*Anales de Aragón*, tom. III. lib. XII, cap. 45 de la edición de Zaragoza, 1610).

73 El original de la cédula que acabamos de trasladar está concebido en estos términos: «Et ego Astruch Leví cum debita humilitate, subjectione et reverencia Reverendissimæ paternitatis et dominationis domini Cardinalis, aliorumque Reverendorum patrum et dominorum hic presentium respondeo, dicens: Quod licet auctoritates Thalmudico contra Thalmud, tam per Reverendissimum meum dominum Eleemosynarium quam per honorabilem Magistrum Hyeronimum allegatæ, sicut ad literam jacent, male sonent; partim quia prima facie videntur heretico, partim contra bonos mores, partim quia sunt erronea: et quamvis per traditionem meorum magistrorum habuerint, quod illi habeant, vel possint alium sensum habere; fateor tamen, illum me ignorare—Ideo dictis auctoritatibus nullam fidem adhibeo, nec auctoritatem aliqualem, nec illis credo, nec ea quidem defendere intendo; et quacumque responsionem per me superius datam huic mea ultimæ responsioni obviantem illam revoco, et pro non dicta habeo in eo solum in quo huic contradixit.» (Biblioteca del Escorial—código citado arriba).

viandas, ni concurrir con ellos a ningún banquete, ni bañarse en el mismo baño⁷⁴, ni tener mayordomos ni agentes de los cristianos, ni aprender en las escuelas de estos alguna ciencia, arte u oficio».

Algunas de estas disposiciones habían sido ya adoptadas en las leyes de Castilla, como habrán tenido ocasión de observar nuestros lectores; pero nunca se había llevado a tal extremo el deseo de arruinar para siempre a los descendientes de la tribu de David y de Judá. El rey don Alonso X, legislador el más lato respecto a los judíos, había prohibido en la ley VIII. del título XXIV de la *Setena partida* que se hiciese vida con ellos, y que se tomasen medicinas de su mano, *fuera de las recetas que hiciesen los sabidores, aparejadas por los cristianos*. No obstante, en las cortes de Soria y de Valladolid se habían hecho otras leyes, que tendían ya más visiblemente a ir reduciendo la influencia de los hebreos en la sociedad española. Pero nunca hasta entonces se había mandado que los judíos no pudieran dedicarse al estudio de la medicina, perteneciendo por el contrario a esta raza cuantos cultivaban en Castilla la ciencia de Esculapio con brillantez y aprovechamiento: nunca se había establecido como ley que no pudieran dedicarse a ciertos oficios, ni se habían rechazado tan desdeñosa y agriamente los auxilios que aquella parte de la humanidad prestaba en ciertos momentos a las familias cristianas, auxilios que por su naturaleza misma no podían ser condenados por las leyes, pues que se fundaban en la suprema de la necesidad, más imperiosa y perentoria que todos los ordenamientos y decretos que hubieran podido dar las cortes y los reyes.

Benedicto XIII y los que le aconsejaron la expedición del sexto decreto de la Bula de Valencia, habían puesto sin embargo, el dedo en la llaga: el pueblo israelita había comprendido en su cautiverio que no era el medio de mejorar su suerte el de acudir a la eventualidad de las armas, ni a la exposición de las conjuraciones. El único camino que les quedaba era el de dominar a sus señores, moralmente ya que sufrían su yugo físico; y como no podían aspirar al logro de su intento por medio de una religión falsa, máxime en unos tiempos en que todo lo era el elemento teocrático, apelaron al dominio de la inteligencia y se entregaron de lleno a todos los estudios que podían ser más necesarios para la vida, en el estado que la sociedad presentaba. La medicina y la cirugía fueron dos caminos anchos y expeditos, por donde podían llegar al término deseado en una época en que eran desconocidos los misterios de la primera ciencia por los españoles y en que todo se gobernaba a cuchilladas.

Los hebreos alcanzaron por estas vías, con su constancia y con su industria, el hacerse necesarios aun en mitad de un pueblo que los odiaba profundamente; y cuando Benedicto XIII les hubo arrancado por medio de la discusión sus más brillantes lumbreras, pensó naturalmente en los medios de hundirlos en la barbarie, despojándoles al par de los que hasta entonces les habían dado no poca importancia. El golpe de gracia, dado a los judíos de España, fue por tanto el decreto que examinamos. Aborrecidos de todos los cristianos, abandonados por sus más insignes doctores y apartados de la única senda hábil para abrirse paso por entre tantas calamidades, como padecían los descendientes de Judá, no tuvieron más recurso que reconcentrarse en sí mismos y devorar, sufriendo, su desolación y su desgracia. Pero las chispas de este secreto incendio hubieron de brotar más tarde, como tendremos ocasión de manifestar en el discurso de la reseña histórica que vamos haciendo.

74 Esta disposición de la Bula de Benedicto XIII no era nueva en España: hallábase establecida casi en la mayor parte de los fueros y cartas pueblas de las más importantes poblaciones de Castilla y Aragón, teniéndose en todas partes como cosa digna de castigo el asociarse con ningún hebreo para entrar en el baño. Así sucedía que en aquellas poblaciones en donde sólo había un lugar a propósito para este objeto, se fijaban horas distintas para los judíos, imponiendo severas penas a los almutacenes que les permitían bañarse fuera del término designado. En el libro primero, folio 2, del fuero de Albarracín, al tratar del baño y su derecho, se decía: «Los varones vayan al baño común en el día jueves y el día sábado. Et las mujeres el día lunes y el día miércoles vayan al baño antedicho. Mas los judíos y los moros vayan el día viernes y no en otro día, según fuero, por ninguna manera.» (Véanse también los fueros de Teruel, Cuenca etc.)

El séptimo decreto de la Bula de 1415 estaba reducido, continuando su examen, a recordar el cumplimiento de las leyes que obligaban a los judíos a vivir en barrios separados de los cristianos. Confesamos que al encontrar repetidas distintas veces y en diferentes épocas las disposiciones de los reyes y de las cortes sobre este punto, no podemos menos de observar que eran los judíos muy aficionados a infringirlas, lo cual había indispensablemente de producir contra ellos fatales consecuencias. Manifestaba esto por otra parte cierta tolerancia habida por los reyes respecto al pueblo proscripto, tolerancia que pagaban con usura los hebreos, cuando tomaban los castellanos por su mano la justicia y ensayaban en ellos sus sangrientos rencores. La octava disposición dictada por Benedicto XIII, obligaba a los judíos a llevar en sus vestidos cierta divisa de color encarnado y amarillo, los hombres en el pecho y las mujeres en la frente, viniendo con el tiempo a tomar aquella insignia el nombre de *aspa de San Andrés*, nombre que conservó hasta la total expulsión de aquella raza de la península ibérica. Este artículo de la Bula no hacía más que reproducir la ley XI^a del título XXIV de la última *partida*.

El noveno tenía en verdad mucho mayor interés e importancia. «Que ningún judío pueda comerciar ni hacer contrato alguno con los cristianos, para evitar de este modo los fraudes que a estos hacen y usuras que les llevan.» He aquí los términos en que estaba concebido. No contento don Pedro de Luna con despojar a los hebreos de la mezquina influencia que por medio de los estudios podían ejercer sobre el pueblo cristiano, intentó también romper los vínculos más inmediatos que entre unos y otros existían. ¿Cuál debía ser, pues, la suerte de una raza, que moraba en país extraño, en medio de sus naturales enemigos y a quien se quitaban todo género de comunicaciones? ¿De qué podía ya servirle su comercio? ¿Para qué había menester su industria? Si el pueblo hebreo se hubiese bastado a si mismo, aun pudiera comprenderse alguna esperanza de vida para él; pero ni su industria, ni su comercio ni sus ciencias eran más que medios de subsistir, vehículos que los acercaban a los cristianos, haciéndolos menos odiosos a su vista: sin ciencias, comercio, ni industria ya no quedaban más relaciones entre ambos pueblos que las que median entre el águila y su presa.

El décimo decreto, encaminado al fin común de los anteriores, trataba de los testamentos y aptitud de heredar los cristianos y conversos a los judíos, con el objeto de apartar de la masa general de sus riquezas cuantos caudales fuese posible; y el undécimo mandaba últimamente que se les predicasen cada año tres sermones, en los cuales se los disuadiera de los errores en que vivían. Estos fueron los decretos leídos en la penúltima sesión del célebre congreso de Tortosa, los cuales deberían observarse en todos los dominios de España, únicos que reconocían a la sazón a don Pedro de Luna como cabeza visible de la iglesia. El Concilio de Basilea en la sesión XIX, Paulo IV y más tarde San Pío V, no solamente aprobaron la Bula de Benedicto XIII, sino que mandó el último *se observasen con el mayor rigor sus decretos en todo el orbe cristiano*.⁷⁵

El ejemplo dado por los ilustres rabinos, que habían puesto en manos del pontífice la abjuración de sus errores, tuvo entretanto señalados imitadores que arrastraron tras sí a la muchedumbre. Oigamos sobre este punto a un historiador cristiano, cuyo nombre dejamos citado arriba.

«En el estío del año pasado (1413) se convirtieron de las sinagogas de Zaragoza, Calatayud y Alcañiz más de doscientos; y entre ellos se convirtió un judío de Zaragoza, llamado Todroz Benveniste, que era muy noble en su ley, con otros de su familia: y después sucesivamente en los meses de febrero, marzo, abril, mayo y junio de este año (1414), estando el Papa con su corte en aquella ciudad de Tortosa, muchos de los más enseñados judíos de las ciudades de Calatayud, Daroca, Fraga y Barbastro se convirtieron y se bautizaron hasta el número de ciento y veinte familias que eran en gran muchedumbre: y todas las aljamas de Alcañiz, Caspe y Maella se convirtieron a la fe en general, que fueron más de quinientas personas; y tras estos se convirtieron

75 Biblioteca rabínica de Rodríguez de Castro tomo I, lib. XIV, p. 224.

las aljamas de Lérida y los judíos de la villa de Tamarit y Alcolea y fueron en número de tres mil los que entonces se convirtieron en la corte del Papa y fuera de ella, según pareció, con puro corazón».

Así cuenta estos acontecimientos Jerónimo de Zurita. Según expresa el mismo escritor, no tuvo poca parte en la obra de la conversión un judío converso, llamado Garci Álvarez de Alarcón, que gozaba entre los cristianos de grande autoridad y nombradía por sus profundos conocimientos en la lengua santa. Jerónimo de Santa Fe componía entre tanto dos libros, titulados *El azote de los hebreos* (Hebræomastix), en los cuales se proponía refutar los errores del Talmud, como lo había hecho ya en la asamblea de Tortosa. Pero de estas obras daremos cuenta en nuestro segundo Ensayo, al tratar de la literatura rabínica española.

VI.

Los judíos bajo los reinados de Don Juan II y Enrique IV. 1413-1474

Concilio de Zamora contra los judíos. Sus constituciones. Don Juan II. Don Álvaro de Luna. Sacrilegio en Segovia. Conversión de muchos sabios rabinos. Aversión de estos a su misma raza. Enrique IV. Don Juan Pacheco y Don Beltrán de la Cueva. Atentado de Ávila. Reacción fanática de los hebreos contumaces. Pretensiones de los grandes de Castilla. Muerte de Gaon. Predicaciones en pro y en contra de los judíos. Crímenes de los mismos. Rabbi Salomon Picho. Persecuciones contra los conversos. Tumultos en Valladolid. Matanza de los hebreos en Andalucía. Córdoba. Jaén. Revueltas de Segovia y su mal éxito. Judíos de Sicilia. Muerte de Enrique IV.

Al mismo tiempo que en el reino de Aragón se celebraba en Tortosa el famoso Concilio de que hemos tratado anteriormente, ofrecíase en Castilla un espectáculo, que aunque se apartaba en las forma de aquel, tenía en la esencia grandes puntos de semejanza y de contacto. El 10 de enero de 1413 se abría en la ciudad de Zamora un Concilio, convocado por don Rodrigo, arzobispo de Santiago, al cual concurrían los obispos de Soria, Ciudad-Rodrigo, Plasencia y Ávila, con el objeto de poner enmienda en los desafueros que a cada paso se cometían, tanto por la raza judaica como por los cristianos, respecto a las materias religiosas. Los prelados allí reunidos, sin la tolerancia tal vez de Benedicto XIII, bien que con el mismo celo por el engrandecimiento de la religión católica, lejos de entrar en teológicas disputas, lejos de descender al terreno de la discusión, creyeron que debían dirigir todos sus esfuerzos a destruir a los descendientes de Judá, que permanecían *porfiosos* en sus doctrinas y creencias.

Formaron con este objeto (que no podía ser por otra parte más popular en un país en donde se habían dado tan tristes ejemplos de intolerancia) unas constituciones compuestas de trece artículos, los cuales guardaban muy estrecha analogía con los de la bula de Valencia, publicada dos años más adelante. El principal pensamiento que animaba al Concilio, era el de despojar a los hebreos de los privilegios e inmunidades que habían adquirido a fuerza de oro y cuando el Estado se había visto en grandes apuros, para que desprovistos ya de esta defensa, pudiera herírseles con toda impunidad y sin temor alguno de castigo. Así fue que esta idea, que tal vez sería la que animó al arzobispo de Santiago al congregar sus sufragáneos, resaltó grandemente en todos los acuerdos adoptados por estos, notándose principalmente en el preámbulo de las citadas constituciones, de que tomamos las siguientes líneas⁷⁶.

«Ordenamos sobresto (dice) aquello que se aquí contiene: primeramient, como don Clemente V, por la merced de Dios obispo de la Santa iglesia de Roma, entre las otras constituciones que fiizo en el Concilio de Viena, ordenó que los judíos non usasen de privillegios que tovesen ganados de reyes, nin de príncipes seglares, que non pudiesen ser vencidos en juicios en ningún tiempo por testimonio de cristianos, e amonesten a los dichos reyes et príncipes seglares que daqui adelant non otorguen privillegios nin guarden los otorgados. Et manda a Nos et a todos los prelados que se acercaron a aquel dicho Concilio, que también esta misma constitución, como las otras constituciones fechas contra los dichos judíos, para constreñir et vedar las sus malicias e las sus presunciones con que se avuelven contra los cristianos, etc.» No puede, pues, estar más patente el odio que aquella raza malhadada inspiraba a todos los pueblos y a todas las clases y jerarquías entre los cristianos. Pero si aun quedase alguna duda sobre este punto, bastaría el examen de las referidas constituciones para desvanecerla completamente.

⁷⁶ Las *Constituciones* de este concilio fueron escritas en latín por Fray Pascual Gardeen en la misma época y traducidas por Juan Alfonso Martínez, escribano de Medina del Campo, casi al mismo tiempo: existen MSS. en la Biblioteca nacional, el original y la traducción, que no puede ser más exacta en nuestro juicio.

En efecto, después de imponer como castigo la maldición de Dios y de decir que los hebreos debían ser *mantenidos solamente porque eran omes*, comienza el primer artículo reasumiendo cuanto en el preámbulo se expone, y derogando todos los privilegios que hasta entonces habían asegurado la libertad individual y la propiedad de los judíos. Prohibíase en el segundo que pudiesen aspirar a los cargos y dignidades que dispensaban tanto los eclesiásticos como los seglares; en el tercero se rehabilitaba el canon del célebre Concilio iliberitano, tantas veces glosado y repetido; vedábaseles en el cuarto que diesen testimonio contra los cristianos; se les apartaba por el quinto del trato con las cristianas, impidiendo al par que criasen éstas sus hijos; conminábaseles en el sexto para que no salieran de sus casas los *miércoles de tinieblas* y para que tuviesen el viernes santo cerradas sus *puertas e finiestras, porque non pudiesen facer escarnio de los cristianos que andaban doloridos* en aquel día; en el séptimo se recordaba que llevasen el distintivo señalado por las leyes de *partida*⁷⁷; el octavo les prohibía el ejercicio de la medicina; les estorbaba el noveno que pudieran convidar a los cristianos; el décimo les imponía nuevos diezmos sobre los arrendamientos de sus casas; estableciéndose finalmente por los tres restantes que las sinagogas levantadas en los últimos tiempos fuesen confiscadas; que no pudieran llevar interés alguno por los empréstitos que hacían a los cristianos, ni trabajar públicamente en los domingos y demás días festivos.

Tales en suma fueron las constituciones del Concilio zamorano, advirtiéndose por esta simple exposición que el pontífice don Pedro de Luna debió tenerlas presentes, al expedir la célebre bula de 1415. Sin embargo, aunque no fueron enteramente estériles los esfuerzos de los prelados de Castilla, no pudieron ofrecer los mismos resultados que el congreso de Tortosa, porque habían sido diferentes los medios empleados en una y otra parte. Pero pasemos a considerar cuál era el estado del último reino mencionado, en los tiempos que vamos recorriendo.

La minoridad de don Juan II comenzó en donde habían tenido término todas las minoridades de Castilla. Mientras el infante don Fernando rigió las riendas del Estado, viose la autoridad real temida y respetada, enfrenada la contumaz altivez de los magnates y puestos a raya todos los intereses y bastardas pasiones que de remotos tiempos traían revuelta la nación, pugnando por sobreponerse y destruirse mutuamente. En junio de 1412 era el infante de Antequera elegido por rey de Aragón, en 1418 fallecía la regenta doña Catalina, y en marzo del siguiente año subía al trono de sus mayores don Juan II, a quien habían sacado, para proclamarle, del encierro en que su madre le tenía, contando aun la tierna edad de catorce años. En Madrid se alzaron los pendones por el nuevo rey, y poco tiempo después pasó éste con su corte a Segovia, en donde empezaron a sentirse los efectos de la inexperiencia de don Juan y las demasías de sus allegados. «Levantóse de repente, dice el P. Juan de Mariana al narrar estos hechos, un alboroto de los del pueblo contra la gente del rey y de sus cortesanos. Estuvieron a pique de venir a las puñadas y la misma ciudad de ensangrentarse.» Eran estos los preludios de lo que había de suceder después y leves chispazos del fuego oculto que amenazaba abrasar todo el reino.

Aun no había pasado un año de ceñir la corona el hijo de Enrique III, cuando era en Tordesillas asaltado su palacio por el infante don Enrique de Aragón, que deseaba a toda costa apoderarse del rey, para disponer, en contraposición de su hermano don Juan, de la suerte del Estado. A fin de *sobresanar la llaga de Tordesillas, aprobando aquel insulto con solemnidades exteriores*⁷⁸, hizo don Enrique que se convocasen cortes para Ávila, lo cual irritando la natural altivez de su hermano, fue la declaración de guerra entre ambos. Los desmanes y desacatos que se cometieron entonces contra la autoridad real no habían tenido ejemplo, aun en medio de los más

77 Por este mismo tiempo se obligaba a los judíos de Navarra a obedecer la Bula de Alejandro IV, expedida en 1250, para que llevasen el traje y distintivo designado por el IV Concilio lateranense, como en otro lugar dejamos apuntado. Esto prueba, cuando menos, que los judíos no obedecían siempre con la misma exactitud los mandatos de los reyes o que eran estos a veces demasiado tolerantes. Sea como quiera, es notable que casi al mismo tiempo, se adoptasen en diferentes puntos de la península ibérica las mismas disposiciones contra los judíos, por iguales motivos y con los mismos fines.

78 *Historia de Segovia* de Colmenares, cap. XXVIII.

ensangrentados disturbios. Carecía el rey de voluntad; eran en todas partes desobedecidos sus mandatos y juguete miserable de las pasiones y de la codicia de los infantes y de sus ayudadores, apenas encontraba quien le conservase la fidelidad del juramento. Para dar a nuestros lectores una más completa idea del estado en que llegó a verse este desgraciado monarca, no creemos desacertado el trasladar a este sitio las siguientes líneas, tomadas de la *Historia de Segovia* de Diego de Colmenares:

«Resultaron de los tratos, dice, mayores discordias entre los hermanos sobre cuál había de señorear la persona del rey, que a pocos días se vio en el castillo de Montalván cercado de sus mismos vasallos, sin permitir que entrase más bastimento que un pan, una gallina y una pieza pequeña de vino cada día para la persona real. Los demás cercados llegaron a comer los caballos; y dicen que el primero fue del mismo rey por orden suya, mostrando ya coraje del desacato y previniendo se aderezasen los cueros para el servicio común.»

Vergüenza causa verdaderamente el hallar a cada paso en la historia de Castilla tan humillantes narraciones, que ponen de manifiesto por otra parte el grado a que había venido la anarquía feudal, tantas veces triunfante y reprimida tan pocas por los reyes.

En medio de semejante borrasca, que sin amparo alguno corría don Juan II, a merced de sus rebeldes magnates, divisó no obstante, una esperanza de salvación, asiéndose a ella con el mayor empeño. Don Álvaro de Luna, a quien no parecían bien tantos trastornos y desacatos, ofreció al rey su espada y su consejo; y como don Juan había menester de uno y otro, no titubeó en admitir los servicios de don Álvaro, siguiendo en un todo sus inspiraciones y fiando en él la suerte de Castilla. Sin imaginar el rey las consecuencias de aquel paso, sin sospechar siquiera que iba a encarnizar fuertemente la empezada lucha, puso a don Álvaro en el duro trance de triunfar o morir en ella, invistiéndole con la dignidad de Condestable, poniendo en sus manos las armas y haciéndole dueño de los tesoros públicos.

La guerra fue en efecto guerra a muerte, no concediéndose por una ni otra parte la más ligera tregua, el menor respiro: los infantes tenían a su favor la nobleza, un ascendiente sin límites sobre la turba soldadesca, y lo que tal vez era más considerable, inmensos tesoros. Don Álvaro contaba con la justicia de la causa que defendía, con la fidelidad de las ciudades reales y con un valor a toda prueba y una ambición de gloria que le impulsaba a arrostrar todos los peligros, a acometer todas las empresas difíciles. Frente a frente con sus enemigos, ningún riesgo, ningún lance esquivó, haciendo respetar más de una vez la autoridad del rey y derramando su propia sangre para conseguirlo. Pero ni habían llegado aun los días en que el poder monárquico debía regular todos los demás elementos sociales, ni la debilidad e indecisión de don Juan II eran tampoco a propósito para conseguir un triunfo completo. Así sucedió que don Álvaro sufrió destierros, cuando más necesitaba el apoyo del monarca; que éste se halló aprisionado y escarnecido por sus codiciosos primos y que hasta su esposa y su hijo, don Enrique, le volvieron la espalda, tomando parte en las conjuras y revueltas y reduciéndole al último extremo.

Don Álvaro recobró, sin embargo, su valimiento distintas veces, volviendo a la corte para reanimar al combatido rey, cuya dignidad era una sombra vana: don Álvaro logró aterrar a sus enemigos y acrecentar sus riquezas y su poderío, gobernando por espacio de más de treinta años el reino de Castilla⁷⁹, sin que el rey tuviera más voluntad que la suya, ni osase contradecirle en lo más leve. Pero engreído con sus victorias y fiado en el cariño constante del monarca, olvidó tal vez que la cualidad más sobresaliente de los grandes hombres de Estado está cifrada en saber retirarse a tiempo; y no pudo menos de sucumbir en una contienda que había costado la vida al rey don Pedro; bien que éste se hallaba investido con la púrpura real y el de Luna obraba en virtud de ajenos

79 «Por espacio de treinta años poco mas o menos estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacía sino por su voluntad, en tanto grado que ni el rey mudaba vestido, ni manjar, ni recibía criado, sino era por orden de don Álvaro y por su mano.» (Mariana, libro XXII, cap. XII de su [*Historia general de España*](#).)

derechos. El gran maestre de Santiago, el Condestable de Castilla, el amigo y amparador de don Juan II, era en fin decapitado en la plaza pública de Valladolid, *quedando su cuerpo por espacio de tres días sobre el cadalso con una bacia puesta allí junto para recoger limosna, con que enterrasen un hombre que poco antes se podía igualar con los reyes*.⁸⁰ El triunfo alcanzado por los magnates sobre don Álvaro era el triunfo de la anarquía, que había de atentar más tarde contra el mismo trono, arrojada ya la máscara del bien público con que se había hasta entonces cubierto. El rey don Juan II pasaba de esta vida en el siguiente año de la muerte de don Álvaro, en la misma ciudad de Valladolid y en el mismo mes de julio.

Durante los treinta y cinco años de su calamitoso reinado, que hemos tratado de bosquejar sumariamente, las incesantes tentativas de la nobleza y la guerra contra los moros, emprendida con tan buen éxito como desacordadamente abandonada, habían sido parte para que la raza judaica se viese algún tanto libre de las sangrientas persecuciones que sufría. Debe tenerse presente, sin embargo, para honra de don Juan II y de don Álvaro de Luna, que durante aquel periodo de luchas y sobresaltos, apareció un documento notable a favor de tan desventurado pueblo, objeto constante de la ojeriza de la muchedumbre. Hablamos de la *pragmática* dada en Arévalo a 6 de abril de 1443, por la cual ponía don Juan II bajo su guarda y seguro, *como cosa suya y de su cámara*, a los descendientes de Judá. Esta ley que revocaba una de las disposiciones adoptadas en el Concilio de Zamora y en el Congreso de Tortosa, formando un singular contraste con los *ordenamientos* de la reina doña Catalina y de don Fernando de Antequera, parecía ser una prueba de independencia española, al mismo tiempo que descubría el pensamiento de contrarrestar los desmanes de la anarquía en un terreno, donde siempre se ostentó triunfante.

Había Eugenio IV ratificado por medio de una bula, expedida en Roma al efecto, cuantas medidas opresoras se habían dictado contra los judíos, no pareciendo sino que la iglesia romana tenía también un formal empeño en su total exterminio; pero don Juan II reservándose recurrir al Santo Padre para suplicarle que fuesen aquellas limitadas, según cumplía *al servicio de Dios, al suyo y al bien de sus regnos*, pareció encontrar en dicha bula un ataque contra las regalías de la corona, no perdiendo de vista en la *guarda de su derecho*, que contribuiría a dar aliento a la poco sosegada nobleza y a concitar más y más los populares odios contra los judíos. Así, pues, ya fuese aconsejado de don Álvaro que es lo más verosímil, ya movido de sus propios instintos, creyó don Juan que debía oponerse a tan cruel sistema de opresión; aconsejando a sus vasallos que trataran a aquellos *humanamente, segunt que los derechos e leyes ordenaban*.

Para mejorar la condición de los judíos no bastaba, sin embargo, que el rey amonestase que fueran tratados buenamente: se les había vedado ejercer toda clase de oficios; se les había despojado de todos los medios de comercio; se les había encerrado en sus aljamas, incomunicándolos casi enteramente con los cristianos; y este sistema que no pudo tal vez llevarse a cabo por su excesiva dureza, había producido males sin cuento, aniquilando muchas poblaciones opulentas en otro tiempo, y robando millares de brazos al comercio y a la industria. La *pragmática* de don Juan II, sin contradecir abiertamente el espíritu del pueblo cristiano, sin dar a los judíos una importancia perjudicial al Estado, les abría no obstante, las antiguas sendas de prosperidad, dando pábulo a su laboriosidad y aprovechando sus conocimientos en las artes mecánicas. Permitíaseles en consecuencia ejercer multitud de oficios que expresamente les habían sido prohibidos desde el ordenamiento de doña Catalina; autorizábaseles para que pudieran emplearse en ciertos ramos de comercio; y dispensábaseles finalmente una protección inusitada, protegiéndolos contra los caprichos de los señores y de las municipalidades, a quienes bajo severas penas se amonestaba que no hiciesen ordenanzas algunas contra los judíos, como antes tenían por costumbre; y suspendiendo al par el cumplimiento de las que ya existían, hasta que fuesen revisadas oportunamente y resolviera el rey lo más conveniente sobre ellas.

80 Mariana id.

Pero todas estas disposiciones que tan favorables eran para los judíos, no pudieron producir los resultados que se apetecían, así como habían sido ineficaces las bulas y ordenamientos de que en su lugar hablamos. Ya lo hemos indicado y lo repetimos ahora: la primera cualidad de una ley es la de que sea realizable; y la pragmática de don Juan II no tenía esta condición, porque atendido el estado de la política de aquellos tiempos, no era posible llevar a cabo cuanto en ella se disponía. Débil don Juan por carácter, carecía también de la fuerza material cumplir sus mandatos y para dominar la anarquía feudal que amenazaba su trono. Así, pues, la pragmática que acabamos de examinar, sólo puede considerarse como un destello de la política de don Álvaro de Luna, quien combatiendo a la nobleza y siendo combatido por ella, feneció sus días sobre el cadalso. La raza judaica no experimentó por tanto los grandes beneficios que hubiera podido reportar de aquella ley, si bien se vio por algún tiempo más humanamente tratada.

En los primeros veinte años del siglo XV se habían operado sin embargo, cambios considerables, como llevamos arriba dicho, aumentando las predicaciones de san Vicente Ferrer el número de los cristianos de una manera prodigiosa. En Segovia habían sido por otra parte acusados de sacrilegio contra la religión cristiana los rabinos de una de las sinagogas de aquella ciudad, y sentenciados por el obispo don Juan de Tordesillas a ser arrastrados, ahorcados y descuartizados, confiscándoseles al par la sinagoga, que fue consagrada al culto católico bajo la advocación del Corpus-Christi. Deseando tomar venganza los judíos de aquella ofensa, intentaron envenenar al prelado, corrompiendo para conseguirlo al maestre-sala del mismo; pero no se mostró la suerte con ellos más propicia, siendo descubiertos y condenados al suplicio de la misma manera que los sacrílegos, y dando esto motivo para que la muchedumbre se irritase contra los hebreos, habiendo menester el ofendido pastor de todo su prestigio para contener la cólera de su católico rebaño, muy pronta a pasar a las vías de hecho.⁸¹

La conversión de Pablo de Santa María, obispo de Burgos, la de su hermano Alvar García y la de sus dos hijos Gonzalo García, Alonso y Pedro de Cartagena, comisionado el primero por Benedicto XIII para vigilar el cumplimiento de la bula de Valencia, y honrados los últimos con dignidades civiles y eclesiásticas; la de Juan Alonso de Baena, de Fray Alonso de Espina, de Juan el viejo, y de otros ilustres rabinos, acreditados por su saber y amor a las letras, daba grande impulso a la cultura española, olvidados ya felizmente los antiguos errores y preocupaciones y desechado el desdén con que los magnates habían mirado hasta entonces las ciencias. Mientras el reinado de don Juan II era, políticamente considerado, el espejo de todas las miserias y de todas las ambiciones y debilidades, presentaba bajo su aspecto literario una brillante perspectiva: desde el mismo rey hasta el último hidalgo de su corte, todos cultivaban las letras, todos ensayaban sus fuerzas en el arte encantador de la poesía, no cabiendo en verdad poca parte de esta gloria a los descendientes de Moisés, como demostraremos al examinar a los *judíos españoles* por sus obras literarias.

Acaso pudiera esperarse, al contemplar a los conversos rabinos ocupando tan distinguidos puestos, que tendiesen una mirada protectora sobre su abandonado pueblo, miserable rebaño, a quien despojaban de sus pastores, dejándole entregado a merced de sus torcidos instintos. Pero nada de esto sucedió: ya fuese porque al ver la luz del Evangelio concibieran los conversos un verdadero odio contra el judaísmo, ya porque intentaran atraerse la benevolencia pública, a fuerza de celo por la religión nuevamente abrazada, lo cierto es que en sus actos, en sus escritos, en su predicación manifestaron más intolerancia que los mismos cristianos, siendo quizá causa de que se renovasen las persecuciones, al canonizarlas con su ejemplo.

Ya en el capítulo anterior hemos hablado detenidamente de Jerónimo de Santa Fe, cuya aversión al judaísmo no podía ser más profunda: Pablo de Santa María, llamado el *burgense*, llegaba todavía más lejos, dando el título de santos a los perseguidores; y Fray Alonso de Espina reunía en un libro todos los desacatos cometidos por los hebreos contra la religión cristiana, para que permaneciesen siempre fijos en la memoria, y se aumentase también el odio contra el pueblo

81 Fray Alonso de Espina en su *Fortalitium fidei*. Colmenares, *Historia de Segovia*, cap. XXVIII, párrafo VIII.

proscrito. Esta conducta de los conversos, al paso que les aseguraba distinciones y mercedes, no podía menos de redundar en perjuicio de sus antiguos compatriotas. La situación a que se veían reducidos era la más triste, la más difícil: las leyes no les prestaban ya protección alguna; los tribunales estaban compuestos de enemigos declarados; sus hermanos les volvían la espalda y eran sus más terribles acusadores: el comercio y la industria habían perecido bajo el peso de los motines, y hasta los arrendamientos de las rentas reales se habían arrancado de sus manos el mismo año en que don Álvaro de Luna era decapitado para saciar la venganza de los nobles.⁸²

En tal estado se hallaba Castilla y tal era el aspecto que presentaba la nación hebrea, política y religiosamente considerada, cuando ascendió al trono de San Fernando un rey joven, inexperto y que entregado ya a las sugerencias del favoritismo, había atentado contra el poder real, alentando a los desinquietos señores y encenagándose en el lodo de las rebeliones y de las conjuras. Este rey era Enrique IV, a quien da la historia el título de *impotente*; el favorito era don Juan Pacheco, antigua hechura del gran Condestable don Álvaro, contra quien había esgrimido el arma de la intriga, no saciándose su ingratitud hasta lograr su perdición y completo aniquilamiento. ¿Qué podía, pues, esperarse de un rey, que acariciando los motines, había quebrantado todos los vínculos y faltado a los deberes que le imponían su sangre, el bienestar de la nación, la religión y la moral? ¿Qué de un valido que comenzaba su carrera vendiendo a quien le había favorecido y conspirando contra él hasta llevarle al cadalso?... Nebuloso era el porvenir de Castilla y grandes los males que la amenazaban, porque la Providencia no podía dejar de ser justa para semejante rey, ni el que una vez había faltado a las obligaciones de todo hombre bien nacido, de todo noble caballero, sujetarse tampoco a obrar siempre lealmente y en pro común del soberano y de sus pueblos.

Los acontecimientos que presenció España después, no pudieron estar más conformes con estos fatales precedentes. Don Enrique, a quien no podía oscurecerse el peligro en que él mismo se había puesto respecto a los magnates, trató de neutralizar la influencia de éstos, y contrarrestar su pujanza. «Para asegurarse de los nobles descontentos y mal seguros, escribe un respetable cronista, engrandecía pequeños, sin advertir que podía darles hacienda, pero no valor; y que multiplicaba sentimientos a los mal contentos.» Así sucedía en efecto: los próceres que tan trillada tenían la senda de la rebelión, comprendieron también por su parte que se atentaba contra sus intereses, y como lo habían verificado contra el rey don Juan, teniendo a don Enrique a la cabeza, se apellidaron contra éste desde el año 1460, para imponerle el yugo de sus caprichos, comenzando en aquel instante la tenaz lucha que tantas veces se había reproducido, barrenando y combatiendo desesperadamente la autoridad de los reyes. A don Juan Pacheco, marqués de Villena, cuyo valor, cuya astucia y cuya osadía para toda clase de empresas le hacían temible, había sustituido en la privanza don Beltrán de la Cueva, que fue honrado con el maestrazgo de Santiago: don Juan Pacheco no pudo menos de asociarse a los revoltosos, entre quienes figuraba en primer término, llevando el deseo de la venganza hasta el punto de tramar una horrible conjuración; en que su rival hubiera pagado con la vida las mercedes que recibió de don Enrique, en el palacio de este mismo soberano.

Mucho habríamos menester detenernos, si fuera nuestro propósito bosquejar aquí el cuadro que presentó Castilla por aquellos calamitosos tiempos: las confederaciones contra el rey, los peligros en que éste se vio, las insolencias de los magnates, cuya discordia atizaba sagazmente, con mengua del alto ministerio que ejercía, don Alonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo, son asuntos que requieren en verdad más extensión de la que permite el plan de estos Estudios.

Para formar, sin embargo, juicio del punto a que llegaron los desacatos cometidos contra la persona real y contra la sociedad entera por los desapoderados señores de Castilla, basta en nuestro

82 El rey, cobrada Escalona, villa de don Álvaro, vino a Ávila, donde llamó al obispo de Cuenca y al prior de Guadalupe, Fray Gonzalo de Illescas, determinado a nombrarlos gobernadores: determinóse que las ciudades se encargasen de recoger las rentas reales excusando la polilla infernal de los arrendadores y cobradores». (Colmenares, *Historia de Segovia*, cap. XXX.) Sin embargo, no fue posible desasir de los hebreos la recaudación y arrendamiento de las rentas reales, por el mismo estado de penuria en que la nación se hallaba.

concepto, traer a la memoria el escándalo que presencié la ciudad de Ávila el 5 de junio de 1463, que será bien traslademos de la *Historia general* de nuestro severo Mariana. «Los alborotados, refiere, en Ávila acordaron acometer una cosa memorable: tiemblan las carnes en pensar una afrenta tan grande de nuestra nación; pero bien será se relate para que los reyes por este ejemplo aprendan a gobernar primero a sí mismos, después a sus vasallos; y adviertan cuántas sean las fuerzas de la muchedumbre alterada; y que el resplandor del nombre real y su grandeza, más consiste en el respeto que se le tiene, que en fuerzas; ni el rey (si le miramos de cerca) ¿es otra cosa que un hombre con los deleites flaco? Sus arreos y la escarlata, ¿de qué sirven, sino de cubrir como parche las grandes llagas y graves congojas que le atormentan?... Si le quitan los criados, tanto más miserable: que con la ociosidad y deleites más sabe mandar que hacer, ni remediarse en sus necesidades. La cosa pasó de esta manera. Fuera de los muros de Ávila levantaron un cadalso de madera, en que pusieron la estatua del rey don Enrique con su vestidura real y las demás insignias de rey, trono, cetro y corona: juntáronse los señores, acudió una infinidad de pueblo. En esto un pregonero a grandes voces publicó una sentencia, que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables, que decían tenía cometidos. Leíase la sentencia y desnudaban la estatua poco a poco y a ciertos pasos de todas las insignias reales: últimamente con grandes baldones la echaron del tablado abajo.»

No podía en verdad ofrecerse un espectáculo más repugnante ni más digno por otra parte de una nobleza avezada a semejantes crímenes. Los que, al sacar el bastardo de Trastámara humeante la fraticida daga del costado del rey don Pedro, habían batido palmas con frenético entusiasmo; los que al rodar la cabeza del Condestable sobre el cadalso, habían prorrumpido en gritos de alegría, bien estaban ciertamente en un cuadro como el que trazado queda por nuestro insigne jesuita⁸³. Don Enrique expiaba en Ávila los desacatos y faltas de respeto que había cometido contra su padre: la Providencia aparecía justa.

¿Y cual era entre tanto la suerte del pueblo hebreo? Reducidos al último extremo, y privados de todos los medios que les habían hecho llevadera su precaria existencia, los descendientes de Judá experimentaron también por su parte una reacción terrible. El fanatismo religioso que les hacía sufrir tantas penalidades y les prestaba aliento en medio de sus fatigas y congojas, no pudo dejar de exaltarse, al reconcentrarse en sí mismos aquellos desgraciados; llevándoles al crimen y haciéndoles que se ensangrentaran contra víctimas inocentes, ya que les faltaba el valor para luchar frente a frente con los poderosos. Desde principios del reinado del impotente don Enrique, fueron los judíos el blanco de la saña de los revoltosos, no pareciendo sino que aquella infeliz raza estaba condenada a recibir todos los golpes, y a servir de yunque, en donde se desfogasen todas las iras. En 1460 imponían los magnates al hijo de don Juan II, como condición precisa para dejar las armas, la de que *echase de su servicio y aun de sus Estados, judíos y moros que manchaban la religión y corrompían las costumbres*.⁸⁴ Cosa peregrina era por cierto el que se mostrasen tan celosos de la religión y de las costumbres unos hombres que ofendían al mismo tiempo una y otras.

Pero esto era sólo un pretexto para oprimir a los descendientes de Judá más de lo que ya lo estaban, y para imponer la ley a don Enrique, lisonjeando las pasiones del pueblo. No aprovechaba éste por su parte las ocasiones de ofender a los que todo el mundo abandonaba. Olvidándose de lo que su padre dejó dispuesto respecto a los cobradores reales, había vuelto a ocupar a los judíos en la recaudación de las rentas de la corona. Lo mismo sucedía en Navarra. «En Tolosa, pueblo de

83 [Lib. XXIII. capítulo IX.](#)

84 No sólo se pretendía que fuesen echados de Castilla los judíos, si no que faltando a la moral evangélica se les obligaba violentamente a recibir las aguas del bautismo en medio de la desolación, de que eran víctimas. «En tiempo del rey don Enrique IV de este nombre (escribe el autor del rarísimo libro titulado *El Alborayque*) fijo del rey don Juan el II y hermano de la reina doña Ysabel, que haya santa gloria, hubo una destrucción y muerte en toda España en las aljamas de los judíos, que fueron metidos a espada y de los que quedaron vivos muchos se convirtieron y fueron bautizados mas por fuerza o miedo que de grado.» Estas escenas que se repitieron en todo el reinado de don Enrique, prueban que el espíritu religioso y fanático de aquel siglo, no consentía ya la presencia en España de la raza hebraica, como más adelante notaremos.

Guipúzcoa, el común del pueblo mató a seis de mayo un judío llamado Gaon. Fue la ocasión que por estar el rey cerca, entre tanto que se entretenía en Fuenterrabía, comenzó el judío a cobrar cierta imposición que llamaba el pedido, sobre que antiguamente hubo grandes alteraciones entre los de aquella nación, y al presente llevaban mal que se les quebrantasen sus privilegios y libertades». Esto escribe un historiador notable, refiriéndose al año 1461: el asesinato de Gaon quedó sin castigo y los cobradores judíos de Navarra y Castilla sufrieron una persecución sangrienta, que hubiera podido tenerse por dichosa, si caliente ya el populacho, se hubiera contentado con maltratar a los recaudadores.

Amontonábanse de este modo en toda España los combustibles, y preparábanse al par las escenas que más tarde había de ofrecer Castilla a la contemplación del mundo entero. En Segovia se encontraba el rey don Enrique, cuando en el mismo año, que acabamos de citar, se armó una acalorada reyerta entre dos frailes, sobre el trato que debería darse a los judíos, reyerta que apoderándose de la cátedra del Espíritu Santo, hubo de poner en consternación a la corte. Censuraba el uno con la mayor acritud y desenvoltura el *libre trato que con los de aquella nación se tenía*, profetizando males sin cuento a todo el reino que lo toleraba; mientras el otro predicaba y proclamaba las máximas del Evangelio, y escudado con los cánones y leyes de Castilla, defendía a aquella raza miserable. Más de una vez estuvieron para venir a las manos los ayudadores de una y otra religión; y hubiera logrado su intento el primero, a no hallarse de parte del segundo el rey⁸⁵ que ninguna medida adoptó sin embargo, para contener el fuego que se iba derramando por todos sus dominios.

Los judíos que hallaban tantas contradicciones, que veían donde quiera levantarse cruzadas para exterminarlos, impulsados por un torpe sentimiento de venganza y de fanatismo, apresuraban su perdición, cometiendo errores y crueldades que ofendían la humanidad y daban una cabal idea de su total envilecimiento. Habiáseles acusado distintas veces de cometer sacrilegios contra la religión cristiana y aun habían sufrido ejemplares castigos aquellos a quienes se había convencido de tan escandalosos delitos. Sospechábase de que inmolaban a su ofendido fanatismo niños y otras víctimas inocentes; pero esto no había podido probarse, quedando solamente en conjeturas más o menos verosímiles, hasta que un hecho cruel y digno solamente de almas desposeídas de elevados sentimientos, vino, según se cuenta, a esclarecer las sospechas, dando la señal terrible, que hacía algún tiempo era esperada por los enemigos del judaísmo.

Contábase, pues, el año de 1468 y celebrábase en toda la cristiandad la pasión del Salvador del mundo, cuando en la villa de Sepúlveda, aconsejados los judíos por Salomón Picho, rabino que era de su sinagoga, parece que se apoderaron de un niño y llevándole a un lugar retirado, cometieron en él toda clase de injurias, acabando por quitarle la vida en una cruz, a semejanza de la muerte que al Redentor dieron sus mayores. Éste es el hecho: verdad o pretexto, se divulgó en breve, apareciendo a los ojos de la muchedumbre, como un espantoso crimen. «Esta culpa, como otras muchas que están en las memorias del tiempo, se publicó y llegó a noticia del obispo don Juan Arias de Ávila, que como juez superior entonces en las causas de la fe, procedió en ésta; y averiguado el delito, mandó llevar a Segovia diez y seis judíos de los más culpados. Algunos murieron en el fuego: los restantes, arrastrados, fueron ahorcados.» Así refiere un famoso cronista este hecho memorable.

El castigo impuesto por el celoso obispo, no satisfizo sin embargo a los injuriados moradores de Sepúlveda, que temían por las vidas de sus tiernos hijos. Habían jurado el exterminio de aquellos fanáticos hebreos; y animados por el deseo de la venganza, dieron en ellos, al saber que el obispo don Juan Arias se contentaba con el escarmiento hecho; los maltrataron en sus propias casas e inmolaron la mayor parte a su furor, librándose el resto en la fuga. Los judíos corrieron a otras poblaciones, para encontrar asilo; pero la fama de su crimen, supuesto o verdadero, había dado fuerza a todas las sospechas; en todos los pueblos se había despertado alguna tradición semejante al

85 Mariana, lib. XXIII, cap. VI de su [Historia general](#).

atentado de Sepúlveda; todos los cristianos se creyeron obligados a renovar las escenas que un siglo antes habían inundado en sangre a Sevilla, Córdoba, Burgos, Valencia, Barcelona, Lérida, Tudela y otras ciudades de España.

Hasta entonces se habían dirigido, no obstante, todos los tiros contra los que permanecían contumaces en negar la venida del Mesías: aun en medio de las rebeliones y matanzas se habían respetado las vidas y las haciendas de los que abrazaban el cristianismo. La persecución presentaba ya otro aspecto: hasta entonces se había aborrecido al incrédulo: ya se odiaba al descendiente de Judá, por el mero hecho de serlo. Hasta entonces se habían prodigado honores y mercedes a los que abjuraban del judaísmo: ya se les miraba con recelo, se sospechaba de su sinceridad y se les armaban asechanzas. Este cambio fundamental en la opinión de los cristianos, no puede menos de ofrecerse como digno de un detenido examen, que será tanto más fácil a nuestros lectores, cuanto que en la narración de los hechos hemos tenido especial cuidado de exponer sus causas. Los cristianos no habían menester, en efecto, del auxilio del pueblo hebreo, como en siglos anteriores; sus conquistas dentro y fuera de España, el estudio y conocimiento de los escritores de la antigüedad y otras muchas causas habían contribuido a dar grande impulso a la civilización española, no pudiendo negarse, para ser imparciales, la influencia ejercida por los rabinos que habían recibido el bautismo, como dejamos arriba apuntado y veremos detenidamente en el siguiente *Ensayo*. A estas razones de conciencia se habían agregado los recientes odios. La suerte de los hebreos se había ya jugado en la península ibérica: sólo faltaba dar cumplimiento al terrible fallo que sobre ellos pesaba.

Las pretensiones a la corona de Castilla de la infanta doña Isabel, a quien la habían ofrecido los nobles repetidas veces, dieron la ocasión adversa en verdad para los judíos, comenzándose aquella especie de cruzada, que acabó por lanzarlos de toda España. Hallábase el rey don Enrique en Segovia, su ciudad favorita, cuando recibió una embajada de los judíos y conversos de Valladolid, que demandaban su amparo y protección contra las injurias que sufrían de los partidarios de la referida princesa, que por su parte había acudido también a poner enmienda en aquel alboroto, si bien faltó poco para que los revoltosos le perdiesen el respeto y la hiciesen algún desaguisado. La sangre había corrido, aunque no en mucha abundancia: se habían quebrantado las leyes y era necesario que la impunidad viniera a santificar aquellos desmanes. En efecto, don Enrique se contentó con que volviese a su poder la ciudad que estaba a devoción de doña Isabel y de don Fernando; y si bien logró apaciguar el tumulto, ninguna satisfacción ofreció a los conversos, que por las leyes gozaban de todos los derechos comunes de Castilla.

Dos años poco más trascurrieron desde este atentado, cuando la mayor parte de las ciudades de Andalucía tomaron las armas para acabar con todos los descendientes de Israel, ya hubiesen recibido el bautismo, ya permaneciesen constantes en la religión de sus mayores. Algunos historiógrafos, dignos a no dudar de toda estima, se afanan en buscar las causas de estos hechos, acabando por decir que la codicia y la superchería de los judíos fueron el motivo principal de la ojeriza que les tenían los cristianos. Nosotros creemos que no es necesario atormentarse en buscar otras causas que las apuntadas arriba. Siguiendo la ley natural de las cosas y no perdiendo de vista los sucesos, fácil nos parece adivinar lo que debía suceder y sucedió efectivamente. Para comprender hasta el punto a que llegó la saña de los perseguidores en esta época, no creemos inoportuno el copiar las siguientes líneas de un autor célebre: «Comenzóse, dice, esta tempestad en Córdoba. El pueblo furioso se embraveció contra aquella miserable gente, sin miedo alguno del castigo. Las personas prudentes echaban esto y decían era castigo de Dios, por causa que muchos de ellos (los conversos) desampararon y apostataron de la religión cristiana que antes mostraron abrazar. A Córdoba imitaron otros pueblos y ciudades de Andalucía: lo más recio de esta tempestad cayó sobre Jaén. El Condestable Iránzu pretendió amparar aquella gente, para que no se les hiciese allí agravio, y hacer rostro al pueblo furioso. Esto fue causa que el odio y envidia de la muchedumbre se volviese contra él, de tal guisa, que con cierta conjuración que hicieron un día, le mataron en una iglesia, en que oía misa». El vértigo que se había apoderado de los cristianos no era

por cierto tan fácil de contener, como han asentado algunos escritores extranjeros de la presente época: nada perdonaba su furor: nada respetaba su sed de venganza. Ni las leyes hubieran hecho más que aumentar los conflictos, ni la protección dispensada ya a los hebreos otra cosa que multiplicar las víctimas.

El movimiento de los andaluces fue en breve seguido por los castellanos, aprovechándose los mal contentos y desinquietos magnates de este nuevo pretexto, para lograr sus eternas pretensiones. Entre los hechos que más llaman la atención sobre este punto, debe citarse indudablemente el acaecido en Segovia en 1474. Convenía a las miras de don Juan Pacheco, que a fuerza de intrigas pensaba recuperar su antiguo valimiento con el rey don Enrique, el arrojar del alcázar de Segovia a su alcaide, Andrés de Cabrera, esposo de doña Beatriz de Bobadilla, dama de la princesa doña Isabel, con quien alcanzaba grande confianza. Para conseguir su intento, sedujo no pocas personas distinguidas de aquella ciudad, concertando con ellas que so pretexto de secundar el ejemplo de los que perseguían a los judíos conversos, se apellidasen y armasen, y *movida la zalagarda*, caería sobre don Andrés de Cabrera el maestre, aprisionándole y apoderándose del alcázar, como deseaba, y aun quizá del rey mismo. Súpose acaso este proyecto pocas horas antes de verificarse, que debía ser un domingo a 16 de mayo; y apenas tuvo Cabrera tiempo para prepararse y acudir a la defensa de los conversos y de la ciudad. Estalló al cabo la rebelión, y viose toda Segovia llena de gente armada, que cayendo sobre las casas de los conversos, todo lo destruían, dando muerte a cuantos desdichados hallaban a su paso. Grande hubiera sido la matanza ejecutada en aquella miserable raza, si el alcaide del alcázar no hubiese acudido con buen golpe de soldados a contener tanto estrago y escarmentar a los alborotadores. Llegaron, pues, a las manos los de una y otra bandería, quedando las calles sembradas de cadáveres y apareciendo por muchas horas indeciso el triunfo, si bien los soldados del rey peleaban con mayor concierto, haciendo espantosa carnicería. Desbarataron, finalmente, el motín donde quiera que osaban hacer cara los conjurados; y por esta vez la sangre vertida de los descendientes de Judá fue algún tanto vindicada, si bien no mejoró su situación un solo punto. Tal es en resumen lo que sucedió con don Juan Pacheco, el cual no recibió, sin embargo, castigo alguno por semejante atentado.

El pueblo cristiano con sus instintos de odio y de venganza respecto a los hebreos, se había ensangrentado en ellos, porque eran enemigos de su fe y de su religión, y porque exaltado aquel elevado sentimiento por los continuos riesgos en la lucha constante con los sarracenos, concebía sospechas de los que no adoraban al mismo Dios que habían venerado sus padres. En esto es preciso confesar que obraba imperiosamente el fanatismo; pero tampoco debe perderse de vista que había algo de santo y patriótico; no cayendo por otra parte toda la responsabilidad sobre la muchedumbre. Lo que no se concibe es que a mediados del siglo XV, siglo del marqués de Santillana y de Juan de Mena, de Jorge Manrique y de don Enrique de Aragón, hubiese un grande de Castilla que para llevar a cabo un frío cálculo de su ambición y su política, estuviese pronto a inmolar multitud de familias, que vivían bajo la salvaguardia de las leyes, y que separados del gremio judaico por medio de una abjuración completa de sus errores, no podían nunca esperar ataques de aquella especie. Este hecho explica el miserable estado a que habían venido en aquella era todas las cosas: insistir más en su examen, sería acaso desvirtuar el efecto que produce.⁸⁶

No tenían mejor suerte los judíos que moraban en los dominios españoles, lejanos de la península. «Fue este año (1474) memorable particularmente en Sicilia, escribe el P. Mariana, por el estrago grande que en las ciudades y pueblos se hizo de los judíos. La muchedumbre del pueblo, sin saberse la causa, como furiosos tomaban las armas, sin tener cuenta ni respeto a los mandatos del virrey don Lope de Urrea, ni aun enfrenallos la justicia que hizo de algunos de los culpados.

86 La conducta de don Juan Pacheco contra los conversos es tanto más notable, cuanto que corría en sus venas sangre hebrea. Doña María Fernández Tavira que contrajo matrimonio con Lope Fernández Pacheco, fundador de aquel linaje, era descendiente del judío Rui Capón, de quien habla el conde don Pedro de Portugal: don Juan era nieto de doña María, y por lo tanto, no tan lejano de la raza judaica que pueda en manera alguna disculparse, bajo este aspecto, tan feroz atentado. (Véase el *Tizón de España*.)

Mataron muchos de aquella gente miserable y les saquearon y robaron sus casas.»⁸⁷ Cuando ni las leyes ni las autoridades podían servir de dique a tan sangrientas inundaciones, fácil era el adivinar lo que estaba preparado a los que descendían del pueblo de Israel.

La muerte de don Enrique, acaecida en el mismo año que acabamos de citar, cambió enteramente el aspecto de Castilla. Pero bien será que consideremos en el siguiente capítulo el reinado feliz de los Reyes Católicos, acercándonos de este modo al término de nuestra reseña histórica.

⁸⁷ *Historia general*, lib. XXIV, cap. III.

VII.

Reinado de los Reyes Católicos. Sus conquistas. Su política. 1474-1492

Repartimiento hecho a los judíos en 1474. Su examen. Resumen del mismo. Proclamación de doña Isabel I. Planes de gobierno de los Reyes Católicos. Unión de las coronas de Aragón y Castilla. Creación de los consejos de Castilla, de Estado, de Hacienda y de Aragón. Establecimiento del Santo Oficio. Principios de la conquista de Granada. Toma de Zahara. Rompimiento de la guerra. Sorpresa de Alhama. Batallas de Lucena y de Lopera. Cerco de Málaga. Judíos quemados y cautivos. Contratistas hebreos. Asedio y toma de Granada. Decreto de expulsión de los judíos.

Antes de que pasemos a considerar el reinado de los reyes don Fernando y doña Isabel, parécenos conveniente examinar un documento curioso e importante, que da a conocer el estado en que los judíos se hallaban a mediados del siglo XV. Hablamos del *repartimiento hecho a las aljamas de la corona de Castilla del servicio y medio servicio* que habían de pagar en el año de 1474, en que pasó de esta vida el rey don Enrique. La primera observación que salta a la vista, al tomar en las manos el referido documento, no puede menos de parecer contradictoria, recordando las repetidas disposiciones de las cortes y de los reyes, y no olvidando la bula de Benedicto XIII, que analizamos en nuestro penúltimo capítulo. Las cortes de Valladolid habían dispuesto que se aboliesen los almojarifazgos; don Pedro de Luna había prohibido que los judíos tuviesen cargos públicos, reproduciendo las leyes de *Partida*; don Juan II de Castilla había ordenado que las ciudades se encargasen de la recaudación de todas las rentas públicas; y sin embargo el repartimiento, de que tratamos, se halla encabezado en estos términos: «Señores contadores mayores del rey nuestro señor: el repartimiento que yo Rabí Jacó Aben Nuñez, físico del rey nuestro señor, e su juez mayor e repartidor de los servicios e medios servicios, que las aljamas de los judíos de sus reinos e señoríos han de dar a su señorío en cada un año, fago de cuatrocientos e cincuenta mil maravedís que las dichas aljamas han de dar a su alteza del servicio e medio servicio este año de mil e cuatrocientos e sententa e cuatro años.»

¿Cómo, pues, contraviniendo a las leyes y anteriores decretos, no sólo eran *recaudadores* y *recogedores* del rey los hebreos, sino que se intitulaban sus *jueces mayores* y repartidores de los servicios ordinarios? Estos hechos que aparecen en abierta contradicción con el espíritu que animaba a la masa común de los cristianos, no dejan duda alguna del miserable estado a que las cosas habían venido por aquellos tiempos. Ni la certeza de que faltaba a las leyes, ni las amenazas de los confederados próceres, fueron parte para que don Enrique IV se deshiciese de los repartidores y recaudadores judíos, bien que el pueblo castellano protestase de todo con las matanzas ejecutadas en aquella raza proscrita. Y ¿era acaso que los hebreos tuviesen más integridad o manifestasen más exactitud en las cobranzas de los impuestos? No puede afirmarse lo primero, sin hacer una grave ofensa a nuestros mayores, ofensa que tal vez rayaría en calumnia. Lo segundo nos parece más probable: los judíos apegados a la ganancia pasiva, por decirlo así; más avezados a sufrir los insultos y a arrostrar la odiosidad de semejantes oficios, debían ofrecer al Estado resultados más satisfactorios que los cobradores de las ciudades, cuando aun no se había establecido otro sistema en la administración de la hacienda pública que el introducido por ellos en siglos anteriores, cosa en que debió necesariamente haberse pensado, antes de expedirse las leyes y decretos de que acabamos de hablar, por los reyes y las cortes de Castilla. La administración de los judíos era hasta cierto punto una necesidad en el siglo XV, como lo había sido en los precedentes; y don Enrique IV, a pesar de sus debilidades, a pesar de su natural indolencia, ni pudo desentenderse del estado de las

rentas públicas, ni pensar en la creación de un nuevo sistema, cuando ni tiempo había tenido siquiera para esquivar las persecuciones de sus magnates.

Otras razones que no podían desatenderse en manera alguna, existían también para que fuesen de nación hebrea los que repartían a las aljamas las contribuciones: no era posible que hubiese en los cristianos toda la imparcialidad debida, (cosa que se había ya previsto prohibiendo que fueran testigos en las causas y juicios de los hebreos⁸⁸), para hacer a estos un equitativo y legal repartimiento. Esto hubiera sido destruir de un solo golpe la raza proscrita y privarse el Estado de las riquezas, con que contribuía a su sostén y engrandecimiento. Así, pues, era una medida que unía la justicia a la conveniencia; y estas dos circunstancias debían ser de gran peso en el ánimo de los reyes, bien que las revueltas y trastornos les obligasen a faltar alguna vez al derecho de gentes, dejando impunes las matanzas de los judíos. *Juez mayor* se llama en el documento, de que tratamos, Rabbi Jahacob Aben Núñez; y en verdad que este título no puede menos de excitar la curiosidad vivamente: en la bula de Valencia de 1415 habrán notado nuestros lectores que por el artículo 4.º se imposibilitaba a los descendientes de Israel de *ejercer el oficio de jueces*, aun en los pleitos que pudieran ocurrir entre ellos, lo cual equivalía a entregarlos de lleno al poder de sus hereditarios enemigos. ¿Por qué causa se encuentra, después de cincuenta y nueve años, un juez mayor al lado de un rey de Castilla?... Benedicto XIII había tenido especial cuidado en nombrar personas que en aquel reino hiciesen cumplir sus decretos: sin embargo, el que dejamos citado o había ya caído en desuso o no se había puesto en ejecución, por razones análogas a las que obligaban a los reyes a tener repartidores hebreos. Todo en suma era hijo de unos tiempos en que reinaba la mayor confusión, en que los hechos no se avenían con las doctrinas y contradecían al contrario las leyes admitidas y juradas por el reino.

Viniendo ya al examen del *repartimiento*, debe observarse por punto general que los judíos pechaban a los reyes por el referido *servicio y medio servicio* la cantidad anual de cuarenta y cinco maravedís por cada vecino o cabeza de familia. Esta contribución, que en siglos anteriores había producido al tesoro público grandes sumas y que era por otra parte la más segura, porque no se hallaba sujeta a las votaciones de las cortes, ni a los vaivenes de una política absurda y contradictoria las más veces, ni a las calamidades eventuales del país, aparecía ya en el año de 1474 mucho más reducida, merced a las persecuciones frecuentes y a la ruina que habían sufrido multitud de célebres juderías. Es, en efecto, harto notable el observar en el documento que tenemos a la vista, que las aljamas de Toledo, Córdoba, Sevilla, Burgos y otras capitales importantes en aquella época, satisficiesen al erario cantidades insignificantes hasta cierto punto, cuando otras poblaciones pagaban crecidas sumas, siendo de más reducido vecindario y teniendo apenas significación en la península. Pero al recordar los estragos de 1391 y 1392, en que la sangre y el fuego yermaron tan famosas ciudades; al traer a la memoria la prodigiosa predicación de san Vicente Ferrer que redujo en alguna de ellas al gremio de la iglesia millares de israelitas, y al volver en fin, la vista al cuadro que acababa de presenciar gran parte de España, fácilmente se conocerá que las riquezas de que

88 Es notable lo que sobre este punto se había dispuesto en los *fueros municipales* de la mayor parte de nuestras antiguas poblaciones. Según algunas de estas leyes parciales que variaban como el interés de la localidad lo exigía, tenían los judíos jueces en un todo independientes de los cristianos, para sus pleitos y para las causas criminales que entre ellos acaecían. No concedían otros fueros esta independencia absoluta a los judíos, sometiéndolos a jueces, adelantados o alcaldes cristianos; si bien les dejaban la libertad de pleitear con testigos de su raza y ley, no permitiendo a los cristianos entrometerse en sus contiendas y juicios. También se determina en los fueros y cartas pueblas la forma en que debía procederse en las discordias ocurridas entre judíos y cristianos; señalándose los derechos mutuos de entrambos pueblos. En unas partes era necesario que para contrarrestar el dicho de un cristiano se reuniesen dos judíos. En otras se requería el testimonio de tres para tener crédito legal contra un cristiano, y en otras finalmente exigía la ley el juramento de cinco, para completar la prueba en derecho. Esta diversidad de garantías era en los tiempos medios indispensable de todo punto: las municipalidades acogían y trataban a los judíos, no sólo en razón de los servicios que podían recibir de ellos, sino también en razón de los que ya habían recibido. Esto hacía que, como en otro lugar de este *Ensayo* demostramos, hubiera poblaciones en donde gozaban de iguales preeminencias que los hijosdalgo. (*Fueros de Albarracín, Segovia, Nájera, Sobrarbe, Sepúlveda, Cuenca, etc.*)

gozaban los hebreos en aquellas capitales, debían haber desaparecido casi enteramente, a pesar de la constancia que en las adversidades había desplegado la raza proscrita; yendo acaso a enriquecer ignorados pueblos con su comercio y su industria.

A juzgar por el *repartimiento en cuestión*, contaba entonces la corona de Castilla, próximamente el número de doscientas diez y siete aljamas: entre los moradores de los pueblos en que existían, debía distribuirse la suma total de cuatrocientos cincuenta mil maravedís, pedidos para el *servicio y medio servicio* del ya citado año. Ateniéndonos a la regla arriba mencionada, sobre el pecho con que acudían al monarca los hebreos, y teniendo presente que cada maravedí valía entonces seis dineros, puede, pues, calcularse fundadamente que al comenzar el último tercio del siglo XV, sólo se contaban en los obispados de Castilla doce mil vecinos judíos o lo que es lo mismo, sobre sesenta mil almas. La distribución hecha por Rabbi Jahacob Aben Núñez es la que arroja el siguiente resumen:

	<u>Maravedises</u>
Las aljamas del obispado de Burgos	30.800
La del de Calahorra	30.100
Las del de Palencia	54.500
Las del de Osma	19.600
Las del de Sigüenza	15.500
Las del de Segovia	19.750
Las del de Avila	39.950
La del de Salamanca y Ciudad-Rodrigo	12.700
Las del de Zamora	9.600
Las del de León y Astorga	37.100
Las del arzobispado de Toledo	64.300
Las del obispado de Plasencia	57.300
Las del Andalucía ⁸⁹	59.800
<u>Total</u>	<u>451.000</u> ⁹⁰

89 Bajo este epígrafe comprendió Rabbi Jabacob todas las aljamas de *Extremadura baja*, advirtiéndose que las de Andalucía eran pocas y poco caudalosas, por causas que conocen ya nuestros lectores.

90 Los mil maravedises, que resultan de más en este resumen, serían tal vez derechos del repartidor Rabbi Jalacob, o de su escribiente. Compárese este resultado con el que ofrece el repartimiento de 1290 que en su lugar extractamos, y se vendrá en conocimiento de la decadencia a que había venido la población judaica y el quebranto que habían sufrido las rentas de la corona, de las iglesias y de los magnates, con las frecuentes y sangrientas persecuciones ejecutadas en los judíos. El comercio, antes próspero y poderoso, era ya insignificante de todo punto, viéndose las más preciosas mercaderías reducidas a los más ínfimos precios. Si hemos de dar crédito al testimonio de algunos escritores, llegó la vara de paño de Bruselas a venderse a cincuenta maravedís viejos, valiendo la de Lombay cuarenta y ocho y cincuenta y dos, y la de Echillon sesenta maravedís nuevos; y expendiéndose a sesenta viejos los ricos paños de Montpellier, Londres y Valencia. La escarlata de Gante no se tenía por cierto en mayor estima. Todo era, pues, resultado de la intolerancia de los cristianos, que desde el siglo anterior habían manifestado el formal empeño de acabar con la raza proscrita, sin ver que secaban al par las fuentes de la prosperidad pública. Así, no sólo se aminoró considerablemente el número de familias hebraicas en Castilla, a fuerza de matanzas y persecuciones, sino que se despoblaron muchas ciudades, en donde las juderías eran muy numerosas. Esta intolerancia de los castellanos contrastaba entretanto con los esfuerzos que, desde la mortandad de 1391, hacían los reyes de Navarra para poblar de nuevo las incendiadas aijamas. No solamente se habían perdonado en diferentes ocasiones los impuestos, sino que desde 1430 en adelante dispensó Carlos III directamente su protección a los judíos, merced a la mediación de su médico Rabbi Joseph Orebuena, juez mayor de las aljamas de Navarra. Sus esfuerzos para restablecer el comercio de los judíos fueron no obstante de todo punto infructuosos; y lo mismo sucedió en 1469 a la reina doña Leonor, la cual ofrecía a los judíos *foragidos* de Castilla todo género de garantías y seguridades. El ejemplo de los funestos desafueros de que habían sido víctimas, y el temor de que se repitiesen, los tenían atemorizados; yendo unos a buscar el sosiego de que carecían en extrañas naciones, y escondiendo otros en el centro de la tierra sus tesoros, para ponerlos de esta manera a salvo de la codicia y rapacidad de la muchedumbre. Esto no pudo menos de producir una carestía asombrosa en la moneda, carestía que obligó al descuidado don Enrique a aumentar el valor de la plata. «Y en tiempo de este señor rey don Enrique (escribe González de Castro en su *Declaración del valor de la plata etc*) aumentó al parecer el marco de plata 1250 maravedís de los de la su

He aquí, pues, en la forma que contribuían los descendientes del pueblo de Moisés a llevar las cargas del Estado en tiempos ordinarios, cuando la guerra con los sarracenos exigía nuevas derramas. No puede negarse que aun en épocas pacíficas eran considerables estas contribuciones, cuantiosas verdaderamente en anteriores reinados. Cuando las guerras con los moros ponían a los reyes en el caso de acudir a las cortes para demandar nuevos impuestos, las juderías que habían tenido su riqueza siempre a la vista, si bien ocultaban al par los grandes capitales, no eran ciertamente las menos recargadas. El repartimiento de que tratamos termina finalmente en esta forma: «Que son cumplidos los dichos cuatrocientos cincuenta y un mil maravedises que las dichas aljamas de los dichos judíos, así han de dar al dicho señor rey del dicho servicio e medio servicio de este dicho año de mil cuatrocientos e sesenta e cuatro años en la manera que dicha es: el cual va escripto en cuatro fojas de este pliego de papel, escriptas de amas partes con esta plana comenzada en que firmé mi nombre. Fecho fue este repartimiento en la ciudad de Segovia.—*Rabi Jacó Aben-Nuñez.*» En este documento no se incluyeron los derechos e impuestos con que los judíos acudían a los prelados y cabildos, en la forma que conocen ya nuestros lectores.

Muerto don Enrique IV, levantáronse en casi todos los castillos y ciudades de la corona los estandartes reales por su hermana doña Isabel, a quien había elegido la Providencia para curar las heridas que afligían a Castilla. De poco éxito fueron, pues, las pretensiones del rey de Portugal y poca fortuna alcanzaron sus armas, al defender los derechos de doña Juana, la Beltraneja, cuyo debilitado partido hubo al cabo de someterse a la ley de la fuerza, no sin protestar de la usurpación que hacía la esposa del príncipe don Fernando. La batalla de Toro y el buen gobierno de los nuevos soberanos aseguraron la paz a Castilla y a Isabel I la tranquila posesión de la corona, a la cual se unió en breve, con la muerte de don Juan de Aragón, aquella monarquía que había llevado ya la fama de su nombre a los más lejanos países, y conquistado un reino en el centro de Europa.

La reunión de Aragón y Castilla no pudo menos de producir los efectos más favorables al engrandecimiento de España y a la dignidad real, hasta entonces burlada y escarnecida. Dotada doña Isabel de un corazón magnánimo y de un claro talento; poseedor don Fernando de una energía sin límites y de una sagacidad que rayaba en astucia; amaestrados ambos en la escuela del gobierno con el ejemplo de los trastornos y revueltas pasadas, comprendieron cuál era la más apremiante necesidad del Estado, si había éste de verse libre de tiranuelos; y encaminaron todos sus pasos al término propuesto. Al asentarse en el trono de San Fernando, se había visto la reina católica obligada a halagar la ambición de no pocos magnates con honores y donaciones, a fin de fortalecer su partido y asegurar su triunfo. Éste era un obstáculo contra el cual no se podía luchar frente a frente, sin contradecirse; obstáculo que impedía al mismo tiempo el dar cima al pensamiento unitario, que al verse fortalecida y poderosa había debido concebir la potestad real. Era por otra parte indispensable echar las zanjias a las grandes reformas que el estado de la civilización en general exigía y reclamaba imperiosamente el de la nación española. La administración civil yacía en un caos espantoso: se carecía, como dejamos demostrado, de un sistema de hacienda: el consejo de los reyes había sido hasta entonces una cosa informe, de tan poca influencia como importancia en los negocios públicos: finalmente, nada había firme y estable; todo se hallaba sujeto a los cambios y vaivenes producidos por una ambiciosa y desinquieta oligarquía feudal, que como observan respetables historiadores, nada acataba, teniendo reducida a la impotencia la corona. En la liza que se abría ante los Reyes Católicos, habían sucumbido ya ágiles combatientes; aun humeaba

moneda, mandando valiese 2250 maravedís; de que sale cada real por treinta y cuatro maravedises, y el dicho marco de plata por 66 rs. y 6 mrs.; y cada maravedí de ellos era algo más que un maravedí.» (Edición de Madrid 1658.) Todo prueba hasta la evidencia el estado de penuria pública que experimentó Castilla por aquellos tiempos; lo cual se confirma plenamente, al leer en la petición vigésima de las cortes de Madrigal de 1476 el interés con que se solicitaba de los Reyes Católicos la prohibición de toda extracción de moneda; manifestándoles que con la impunidad *sacarían de sus reynos esa poca de moneda de oro y plata e vellón que en ellos ha quedado, e quedarán del todo pobres*. Los Reyes Católicos no pudieron menos de otorgar lo que las cortes pedían. (*Cuadernos de cortes* publicados por la real Academia de la Historia.—*Colección de documentos para la Historia monetaria de España*, por don Juan Bautista Barthe, Madrid 1843.)

la sangre de don Álvaro de Luna y ardía en Ávila la estatua de Enrique IV; pero estaba decretado que el siglo de los grandes crímenes y desacatos debía ser también el siglo de la expiación y de las reparaciones; y doña Isabel I y don Fernando V, fueron llamados a llevar a cabo aquel justo decreto de la Providencia.

La impetuosidad de unos reyes y la debilidad de otros habían asegurado siempre el triunfo de los magnates de Castilla: doña Isabel tenía el valor suficiente para arrostrar los peligros de aquella contienda; don Fernando poseía la reserva y la maña indispensables para ocultar sus planes políticos, no careciendo además de la constancia necesaria para desarrollarlos cumplidamente. Se habían juntado para entrar en la lucha dos atletas formidables de gigantescas fuerzas: separados, tal vez hubieran caído, peleando como buenos: reunidos, era imposible vencerlos y humillarlos. Así fue que desde sus primeros actos, comprendiendo que la necesidad suprema era la de organizar el país, dieron ya inequívocas muestras de aquella política previsora, constante e inflexible, que debía someter al elemento monárquico todos los elementos sociales que habían hasta entonces existido en completo divorcio, levantando la nación española sobre las demás naciones de Europa, y haciendo volar sus estandartes victoriosos en el distante suelo de dos mundos.

Seis años llevaban de regir los destinos de Castilla, y uno de llamarse reyes de Aragón, cuando pusieron la piedra angular de aquel soberbio edificio: la creación de los consejos de Castilla, de Hacienda, de Estado y de Aragón, dictada en 1480, deslindando las atribuciones de la administración en general, y dando vida a un nuevo orden de cosas, debía producir los más satisfactorios resultados. Inútil nos parece el detenernos aquí a apuntar los beneficios que se obtuvieron desde luego con la instalación de las dos primeras corporaciones; el consejo de Hacienda, acabando de una vez con la plaga de los *recogedores* y *cobradores* judíos, abriendo las puertas a un sistema más racional, y que se hallaba al par más conforme con los instintos e inclinaciones de la muchedumbre, por el mero hecho de ser cristiano, debía sin embargo ser el que más bienes produjera, evitando innumerables abusos. Todo se sometió desde entonces a reglas fijas y determinadas: los reyes supieron a lo que las rentas públicas ascendían en todos sus dominios, y los pueblos no se vieron afligidos ya con impuestos excesivos e innecesarios, bendiciendo a los soberanos que les aliviaban de semejante peso.

Pero al paso que tanto celo desplegaban los reyes de Castilla y Aragón, al paso que se encaminaban todos sus esfuerzos a labrar la felicidad de sus vasallos, no olvidaban por una parte el deber heredado de sus mayores, respecto a los mahometanos, ni perdían de vista por otra cuanto importaba a la quietud de sus reinos el que no se repitieran los atentados de Córdoba, Valladolid y otras poblaciones contra la raza judaica. Los frecuentes excesos que, exasperada ésta por las persecuciones, cometía, y la exaltación del fanatismo religioso de ambos pueblos, exigían que se pensara en la creación de un tribunal que, reasumiendo las facultades de los obispos, únicas autoridades que habían entendido hasta entonces en las causas de fe, evitara al mismo tiempo los escándalos de Sepúlveda y de Segovia, (y el que por los años que vamos refiriendo se consumó en la Guardia, crucificando los judíos a un niño y sacándole el corazón por el costado, cuando alentaba todavía)⁹¹, y defendiese aquel pueblo descreído de los desmanes e injurias de los cristianos.

Este pensamiento era justo, era imparcial y conveniente a la prosperidad de España: así lo comprendieron los Reyes Católicos, y el *tribunal de la Inquisición* fue creado al mismo tiempo que los consejos supremos, mencionados arriba. Muchos enemigos ha tenido y tiene aun aquel tribunal, condenándose por unos su creación, mientras que por otros se juzga como el único medio de llegar al fin que podían y debían proponerse los reyes de Aragón y Castilla. De buen grado nos detendríamos aquí nosotros a exponer lo que sobre esto pensamos; pero el deseo de trazar el cuadro completo del reinado de aquellos príncipes de feliz memoria, nos mueve a dejar esta importante cuestión, enlazada estrechamente con la de la expulsión de los judíos, para otro capítulo.

91 El martirio del niño de la Guardia es una de las primeras causas que instruyó el tribunal de Toledo; el resultado del proceso fue quemar vivos a los judíos y colocar en los altares al inocente mártir.

«En el año de 1478 llegó a las puertas de Granada un caballero español, de orgulloso porte y muy noble presencia, que venía como embajador de los Reyes Católicos, para reclamar los atrasos del tributo⁹². Llamábase don Juan de Vera, y era un devoto y celoso caballero, lleno de ardor por la fe y de lealtad por la corona: venía perfectamente montado y armado de todas piezas, y le seguía una comitiva corta, pero bien apercibida. Miraban los habitantes moros a esta pequeña, pero lucida muestra de la nobleza castellana, con una mezcla de curiosidad y de ceño, al verla entrar por la famosa puerta de Elvira, con aquella gravedad y señorío que distingue a los caballeros españoles.

»Y mirando el gentil continente y fuerte contextura física de don Juan, que le hacían apto para las más arduas empresas militares, se figuraban que vendrían para ganar renombre y fama, compitiendo con los caballeros granadinos en los torneos o en los juegos de caña, por los cuales eran tan celebrados; pues en los intervalos de la guerra solían todavía los guerreros de ambas naciones entretenerse juntos en estos ejercicios caballerescos. Pero cuando entendieron que su venida era para pedir el tributo tan odiado de su fogoso monarca, dijeron que bien era menester un caballero de tanto valor y esfuerzo, como éste manifestaba, para venir con una embajada semejante.

»Sentado bajo un dosel magnífico, y rodeado de los grandes del reino, recibió Muley Aben Hacen a don Juan de Vera en el salón de embajadores, uno de los más suntuosos de la Alhambra. Expuso el castellano el objeto de su venida, y habiendo concluido, le dijo el soberbio monarca con semblante airado y tono desdeñoso: *Id, y decid a vuestros reyes que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo a los cristianos; y que en Granada no se labran sino alfanjes e hierros de lanza contra nuestros enemigos*. Con esta respuesta, mensajera de una guerra cruel, volvió el embajador castellano a la presencia de su monarca».

De esta manera refiere un historiador anglo-americano, Washington Irving, el principio de la conquista de Granada, fuente inagotable de recuerdos para el pueblo cristiano, y maravillosa epopeya de los tiempos modernos, en que se pusieron en lucha dos diferentes civilizaciones; rica y floreciente la una, aunque enervada ya por los deleites y goces sensuales; en estado de desarrollo y de engrandecimiento la otra, admitida la influencia de extraños países y reducidos casi enteramente a un centro común los elementos que hasta entonces habían girado en diferentes y apartadas órbitas. A aquella declaración temeraria del rey de Granada, hubieran respondido los Reyes Católicos con el estruendo de las armas, a no verse empeñados entonces en la guerra de Portugal y en acallar las pretensiones de sus magnates. Pero libres ya de estos peligros y sosegada la nobleza, volvieron la vista hacia aquel bello rincón de España, proponiéndose, según la expresión del mismo rey Fernando, *sacar uno a uno los granos de aquella codiciada Granada*.

La toma de Zahara por el rey Hacen vino en 1481 a ofrecer a los soberanos de Castilla la ocasión que tanto deseaban para emprender la guerra, sin faltar a las treguas que entre ambos imperios existían. El marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, a quien los escritores coetáneos llaman *espejo de la caballería*, fue el primero que tuvo la gloria de dar a los mahometanos testimonio del enojo de los Reyes Católicos, apoderándose de la villa de Alhama, fortaleza asentada en el centro de la morisma.

A esta victoria siguieron otras muchas proezas y conquistas: todos los grandes de la Corte de Isabel y de Fernando tomaron por suya la ofensa de Zahara, y cayó sobre el imperio de los árabes andaluces una nube de ejércitos que hubieron en breve de refundirse en uno solo, a cuyo frente se puso el rey Fernando. Así la nobleza castellana, tal vez sin pensar en las consecuencias que habían de seguirse, impulsada por el sentimiento y la sed de la gloria, contribuía a fortalecer el poder real que antes había desesperadamente combatido: así se cumplían también las leyes del progreso

92 El tributo, a que se alude aquí, consistía en dos mil doblas de oro anuales que pagaban los reyes de Granada a los de León y Castilla, entregándoles al par seiscientos cautivos cristianos, o en defecto de estos, igual número de moros en calidad de esclavos. Hasta la época referida se había cumplido exactamente con las estipulaciones asentadas. Al subir Muley-Hacen en 1465 al trono de sus padres, se había negado a pagar este tributo, y esta era la pretensión de los Reyes Católicos. (Garibay comp. lib. IV, cap. 25.)

humano y triunfaba la unidad, pensamiento político que tantas víctimas había costado en los siglos anteriores.

A la sorpresa de Alhama hubieron de seguir algunos acontecimientos más o menos favorables que exaltando el entusiasmo bélico de los campeones castellanos, los empeñaron más vivamente en la comenzada contienda. La malograda expedición de Loja, la desastrosa batalla de la Axarquía, fueron bien pronto vengadas con la batalla de Lucena, en que cayó prisionero el rey de Granada, Boabdélí, que había sucedido a su padre Hacen; con la de Lopera en que vengó el marqués de Cádiz la muerte de sus hermanos; con la toma de Zahara, asaltada por el mismo, y con otras victorias no menos importantes. Coin, Cartama, Ronda, Cambil, Alhabar y Zalea, todas plazas fuertes de la más alta importancia, cayeron bajo el imperio de la cruz en el año de 1485: en los siguientes sufrían igual suerte Loja, Íllora, Moclín, Vélez-Málaga y Málaga, con otros muchos castillos fortalezas: por todas partes aparecían los estandartes castellanos triunfantes sobre la media luna: donde quiera resonaban los himnos de victoria, y respondían a tan alegres acentos las bendiciones de los que, roto su triste cautiverio, corrían a estrechar entre sus brazos a sus hermanos y a sus padres, a quienes saludaban con el título de libertadores⁹³.

Pero no siempre estos patéticos y tiernos espectáculos aparecieron sin mezcla de quebrantos y castigos: al apoderarse don Fernando de la última ciudad que hemos mencionado, tuvo el sentimiento de encontrar entre la muchedumbre mahometana algunos cristianos que abandonando su fe y desertando de sus banderas, habían peleado con rabioso empeño en defensa de los muros: otros halló también que después de abjurar el judaísmo en los dominios de Castilla, habían vuelto a abrazar sus antiguos errores: los primeros fueron sentenciados a morir acañaverados; los segundos perecieron en el fuego.

«Cuatrocientos y cincuenta judíos moriscos que se hallaron en la ciudad, fueron rescatados por otro judío, rico contratista de Castilla, que pagó por ellos veinte mil doblas de oro, y se los llevó en dos galeras armadas». Esto dice un historiador respetable al narrar la conquista de Málaga, y esto pudiera decirse de otras muchas ciudades sarracenas, en donde moraban muchos hebreos que pasaron a aumentar el número de los vasallos de Castilla.

¿Cuál era entre tanto la suerte de los judíos que habitaban entre los cristianos? A merced de la guerra que había conmovido todos los cimientos de la sociedad española, absorbiendo la atención general y empeñando fuertemente a grandes y pequeños, había mejorado considerablemente la posición de los descendientes de Judá. Los ejércitos, más numerosos y permanentes que lo habían sido hasta entonces, habían menester de abastecedores, cuyos capitales se empleasen con grande adelanto en la compra de las vituallas: en el género de especulación que hacían los judíos constantemente, entraba esta clase de comercio; y sus tesoros se derramaron por todas partes para adquirir bastimentos, no sin recoger en cambio de estos sacrificios exorbitantes ganancias.

De esta manera la cooperación de los judíos era necesaria y conveniente al logro de las esperanzas de los Reyes Católicos, y de la nación entera; alcanzando, ya que era imposible el que los mirasen los cristianos con afecto, que suspendieran al menos sus rencores. Los judíos, pues, siguiendo constantemente los ejércitos cristianos, acudiendo a sus necesidades, merced al celo e ilustrada previsión de la reina Católica, prestaron a la causa del cristianismo importantes servicios,

93 Gran número de las cadenas que arrastraban en el cautiverio los cristianos, se contemplan en el exterior de San Juan de los Reyes de Toledo, habiendo sido profanadas en los últimos años por quien debiera haber cuidado de su conservación con el mayor esmero. (*Toledo Pintoresca*, 1815.)

bien llevados siempre del cebo de la usura.⁹⁴ ¿Podía ser esta situación duradera? He aquí lo que nosotros negamos, y lo que más tarde demostraron los hechos.

Dueños ya los Reyes Católicos de Baza, sometido el Zagal, uno de los más terribles enemigos de los cristianos, y arrancados grano a grano los de aquella Granada tan querida de los árabes, sólo restaba hacer el último esfuerzo para lanzar de España a la acorralada morisma. En Baza nada había faltado al ejército de Castilla, durante su largo y porfiado asedio. «Ni eran solamente las cosas necesarias para la vida las que abundaban en el real, sino las de comodidad y lujo», dice un célebre cronista. «Bajo la protección de las escoltas y atraídos por su interés, continúa, los comerciantes y artífices acudieron de todas partes a este gran mercado militar, donde en breve se establecieron almacenes de toda clase de géneros, y talleres en diversos ramos; armeros que labraban aquellos suntuosos cascos y corazas, que eran gala de los caballeros cristianos; silleros y guarnicioneros con arreos de montar relucientes de oro y plata; y mercaderes, en cuyas tiendas había abundancia de preciosas telas, brocados, lienzo finos y tapicería: en fin, cuanto podía halagar el gusto de una juventud afecta a la magnificencia». Así habían servido los judíos la causa de los Reyes Católicos: a la vista de la metrópoli agarena no era probable que se manifestasen menos celosos, en gracia de sus propios intereses.

Más de un año duró aquel porfiado cerco, en donde cada día se arrostraban nuevos peligros, dando cada uno por resultado una hazaña, enardecida la juventud de Castilla por el entusiasmo religioso, y animada con la presencia de ambos reyes. Ninguna escasez se experimentó en los reales: los convoyes iban y venían en sus plazos señalados; el precio de los comestibles y aun el de los artículos de lujo permaneció inalterable, echándose los cimientos a una nueva ciudad en mitad de la Vega, para establecer más cómodamente las tiendas y moradas. En todo esto, necesario es confesar que los judíos españoles, tuvieron una parte activa: tal vez a no existir ellos en España, se hubieran dedicado a semejantes faenas los mismos cristianos, que sólo pensaban en tomar parte en la gloria de las batallas; pero el hecho es que por ésta u otras razones análogas no sucedió así, enriqueciéndose más y más multitud de hebreos, y haciéndose por tanto más incompatibles todavía con el pueblo cristiano.

Al cabo, el día 2 de enero de 1492 sucumbía en España el último baluarte de un imperio, que había durado setecientos setenta y ocho años. La ambición, el bello ideal de Isabel y de Fernando se habían cumplido respecto a los sarracenos: quedábales todavía algo que hacer para lograr sus planes políticos, y nunca mejor que entonces podían dar cabo a sus proyectos. Aquella conquista les rodeaba de un prestigio inmenso: nadie había que pudiese contradecir su voluntad, nadie que osase oponerse a sus designios. Tres meses había apenas que volaban sobre el palacio de la Alhambra los leones de Castilla y las barras de Aragón, cuando tomaron los Reyes Católicos una de aquellas resoluciones que sin la firmeza de carácter de ambos, hubiera bastado para asustar e otros monarcas. En el alcázar de los reyes moros firmaban Isabel y Fernando aquel terrible decreto que condenaba a la expatriación a ciento setenta mil familias⁹⁵, que según algunos historiadores moraban en todos los dominios cristianos: dándoles el solo plazo de cuatro meses para salir de España, u obligándolos en

94 Entre los judíos que más se distinguieron en estas especulaciones se cuentan don Abraham Senior y don Isahak Abarvanel, los cuales gozaban entre los hebreos de grande autoridad, no solamente por sus riquezas, sino también por sus grandes conocimientos, especialmente el último, de quien en el siguiente Ensayo daremos algunas noticias. Ambos judíos, según el testimonio de Imanuel Aboab, autor de la *Nomologia*, tuvieron sobre sí la masa de las rentas reales, dándoles esta circunstancia motivo para tener estrecho contacto con Reyes Católicos y consiguiendo por algún tiempo su confianza. Los medios de que se valieron para aumentar su ya crecida hacienda y lo ilícito de sus tratos que ni aun de los reyes recataban, les hicieron al cabo perder la gracia de aquellos soberanos; no faltando algunos escritores que atribuyan a las maldades de estos judíos y sobre todo de don Isahak Abarvanel la causa de la expulsión decretada en 1492. Bien creemos nosotros que las usuras de los judíos serían vistas con aversión por los Reyes Católicos; pero no podemos convenir en que fuera ésta la causa exclusiva de una resolución de tal magnitud y trascendencia. Sobre esta cuestión diremos en su lugar cuanto alcanzamos.

95 Más adelante haremos algunas observaciones sobre este punto, no pudiendo menos de apuntar aquí que este número es exorbitante.

otro caso a recibir el bautismo. Este decreto llenó de consternación a los que poco antes juzgaban que había pasado ya la época de las persecuciones y fue reprobado en secreto por muchos cristianos, en quienes el sentimiento religioso no había degenerado en fanatismo. La muchedumbre lo aplaudió, sin embargo, con el entusiasmo más vivo, no recibiendo los Reyes Católicos menos bendiciones por semejante medida que por la conquista de Granada.

VIII.

Los Reyes Católicos introducen el elemento real en los Tribunales privativos de Fe (1480)

Establecimiento de la Inquisición. Distintas opiniones sobre el mismo, referidas por el padre Juan de Mariana. Si fue o no útil al engrandecimiento de la nación española. Examen de esta cuestión. Juan de Wiclef. Juan de Hus. Jerónimo de Praga, predecesores de Lutero. Único medio para constituir la unidad religiosa, como garantía indispensable de la política. Elemento llamado a formar tribunal semejante. Desafueros de los primeros inquisidores. Torquemada. Instrucciones publicadas por el mismo. Efectos del Santo Oficio. Resumen de las doctrinas expuestas. Daños causados a España por la duración del Santo Oficio, como medio de gobierno. Carlos V. Los tres Felipes. Carlos II, el hechizado.

«Mejor suerte y más venturosa para España fue el establecimiento que por este tiempo se hizo en Castilla de un nuevo y santo tribunal de jueces severos y graves, a propósito de inquirir y castigar la herética pravedad y apostasía, diversos de los obispos a cuyo cargo y autoridad incumbía antiguamente este oficio. Para esto les dieron poder y comisión los pontífices romanos y se dio orden que los príncipes con su favor y brazo los ayudasen. Llamáronse estos jueces inquisidores, por el oficio que ejercitaban de pesquisar e inquirir: costumbre ya muy recibida en otras provincias, como en Italia, Francia, Alemania y el mismo reino de Aragón. El principal autor e instrumento de este acuerdo muy saludable, fue el cardenal de España, por ver que a causa de la grande libertad de los años pasados y por andar moros y judíos mezclados con los cristianos en todo género de conversación y trato, muchas cosas andaban en el reino estragadas. Era forzoso que con aquella libertad algunos cristianos quedasen inficionados: muchos más, dejada la religión cristiana, que de su voluntad abrazaran convertidos del judaísmo, de nuevo apostataban y se tornaban a su antigua superstición... Traza que la experiencia ha demostrado ser muy saludable, maguer que al principio pareció muy pesada a los naturales. Lo que sobre todo extrañaban era que los hijos pagasen los delitos de los padres. Que no se supiese, ni manifestase el que acusaba, ni le confrontasen con el reo, ni oviese publicación de testigos: todo contrario a lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. Demás desto les parecía cosa nueva que semejantes pecados se castigasen con pena de muerte, y lo más grave que por aquellas pesquisas secretas les quitaban la libertad de oír y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas personas a propósito para dar aviso de lo que pasaba, cosa que algunos tenían en figura de una servidumbre gravísima y a par de muerte... Algunos sentían que a los tales delincuentes no se debía dar pena de muerte; pero fuera desto, confesaban era justo fuesen castigados con cualquier género de pena. Entre otros fue de este parecer Hernando del Pulgar, persona de agudo y elegante ingenio, cuya historia anda impresa de las cosas y vida del rey don Fernando: otros, cuyo parecer era mejor y más acertado, juzgaban que no eran dignos de la vida los que se atrevían a violar la religión y mudar las ceremonias santísimas de los padres.»

De esta manera refiere el padre Juan de Mariana el establecimiento del santo oficio (de que nos propusimos hablar en este capítulo), dando al mismo tiempo una idea de las distintas opiniones, a que dio margen su creación, al paso que manifiesta también la suya en materia tan importante. Desde aquella época hasta nuestros días, en que ha sido abolido tribunal tan funestamente famoso, es indudable que habrán existido los mismos pareceres, si bien no ha sido posible en todos tiempos emitirlos con igual seguridad y lisura. En nuestros días, sin embargo, ha sido necesario combatir fuertemente las opiniones que aparecían como favorables a la Inquisición y a sus sostenedores, para obtener el triunfo completo y generalmente apetecido. Cuando las pasiones políticas removían

hondamente los cimientos de la sociedad, cuando todos los conatos, todos los deseos se dirigían a lograr la emancipación del pensamiento, aherrojado tristemente hasta entonces en los calabozos del Santo Oficio, natural parecía que no sólo se dirigiesen vigorosos ataques contra el tribunal, a cuya sombra se habían cometido tantos desmanes, sino que se envolviese también en el común anatema el pensamiento que le había dado vida; llegando a ser el blanco de la execración común ciertos nombres, respetables por infinitos títulos. Pero a la exaltación de las pasiones, derrotado ya aquel peligroso y colosal enemigo que para bien de España no volverá a asustarnos con sus terribles falanges, debe suceder la templanza y la imparcialidad de la crítica: el norte de ésta ha de ser la verdad, y a encontrarla deben también encaminarse los esfuerzos de cuantos comprendan la importancia de la historia y quieran tomar en *lo pasado* lecciones saludables para *lo futuro*.

¿Fue el establecimiento de la inquisición, contrario a los intereses de la monarquía española o cooperó por el contrario a formarla, estrechando en cuanto era posible los vínculos que acababan de unir las desacordes provincias?... ¿Fue este un pensamiento político de fecundos resultados o el triunfo del elemento teocrático sobre los demás elementos sociales?... He aquí como, en nuestro juicio, deben formularse unas cuestiones tan arduas, si ha de obtenerse de ellas alguna luz para la historia. Grande y dilatado es el campo que se ofrece a nuestra vista, y mucho habríamos menester detenernos, si nos propusiéramos dar toda la extensión, que acaso exige, al examen de ambas proposiciones. En la precisión de decir sumariamente cuanto sobre esto pensamos, para completar el estudio que vamos haciendo sobre las vicisitudes por donde pasaron en España los judíos, nos limitaremos a exponer nuestras observaciones con toda la imparcialidad posible.

Han asentado algunos escritores de nota que fray Tomas de Torquemada, confesor de Fernando V y primer inquisidor general, había arrancado a Isabel, la Católica, antes de su casamiento, la formal promesa de perseguir a todos los que no creyeran en Cristo, si subía al trono; y a la verdad que no sabemos en que han podido fundarse para pensar de este modo. Ni Isabel la Católica podía hacer semejantes promesas a un fraile oscuro, como era entonces Torquemada, ni en caso de haberlas hecho, juzgamos que se hubiera creído en la obligación de cumplirlas quien había tenido después motivos bastantes para lamentar las sangrientas escenas que llegó a presenciar Castilla. El origen del establecimiento de la Inquisición, siendo contradictorio con esta opinión inexacta, debe buscarse, a nuestro entender, en otra parte. La nación española, compuesta hasta el reinado de los Reyes Católicos de varios reinos independientes, reinos que tenían distintas leyes, distintas costumbres y aun creencias religiosas; reinos que por su situación geográfica difícilmente podían considerarse como partes integrantes de un mismo imperio, apareció a fines del siglo XV con una necesidad grande que no podía menos de satisfacer, para cumplir con la ley del progreso humano, para recoger el fruto de todos sus esfuerzos, de todos sus sacrificios. En el largo periodo de ocho siglos en que pelearon las provincias aisladamente, si bien animadas del mismo pensamiento, el elemento político había llegado a fundirse, por decirlo así, en el elemento religioso: los españoles, acrisolando más y más las creencias de sus mayores, defendidas con heroico valor en los campos de batalla, habían anegado en sangre infiel las villas y ciudades, aguijoneados por el grito de fanáticos sacerdotes; y los reyes apenas habían podido tomar enmienda de aquellos desacatos, cometidos contra la humanidad en nombre de la religión. Al asentarse, pues, Isabel y Fernando en el trono de Aragón y de Castilla, comprendieron que tenían que cumplir con un deber sagrado, asegurando al par la quietud de la nueva monarquía.

Nació el pensamiento de la unidad política de España y nació, como no podía menos de nacer, envuelto en el de la unidad religiosa de la misma. Para crear, para sostener la primera, era precisa condición la segunda: aquella no podía defenderse con las armas, que estaban llamadas a ensanchar los límites del imperio; porque donde no existe uniformidad de creencias, donde no hay identidad de intereses, se estrellan en lo imposible todos los esfuerzos humanos. Debía por lo tanto ser la segunda fiadora de la tranquilidad interior de la monarquía y el vínculo común de todos los intereses; llevando al seno de las conciencias timoratas la tranquilidad, la protección a los que la habían menester y el sosiego a todos, cicatrizando las heridas abiertas al comercio por la Bula de

Benedicto XIII. ¿Y podía lograrse por medio de un edicto, por medio de una ley votada en cortes el dar cima a este pensamiento, surgido naturalmente de la reunión de ambas coronas?... ¿Tenían los Reyes Católicos, cuando acababan apenas de sosegar pertinaces revueltas, la seguridad de que todos sus vasallos contribuyesen del mismo modo a desarrollarlo, y de que no vendrían de fuera a turbar la quietud de sus pueblos? Lo primero no era realizable, atendida la diversidad de caracteres, de usos y costumbres, y el gran número de judíos y sarracenos que a la sazón moraban entre los cristianos. Lo segundo vino muy pronto a demostrarlo la experiencia.

Desde que a mediados del siglo XIV turbaron la paz del catolicismo las predicaciones de Juan Wiclef en Inglaterra, proclamando que la iglesia romana no era cabeza de las demás; que no podía el clero poseer bienes temporales y que no debía gravarse al pueblo hasta que los bienes que aquel poseía se empleasen en las necesidades públicas; dando por nula la confesión y añadiendo otras proposiciones del mismo género⁹⁶; estas ideas que habían sido al parecer sofocadas por la autoridad de los reyes, germinaban sordamente, prometiendo quebrantar un día la unidad del dogma. Así fue que apoderándose Juan de Hus y Jerónimo de Praga, al poco tiempo de la muerte del heresiarca inglés, de sus doctrinas, lograron poner en consternación a la iglesia alemana, arrastrando con el incentivo de la libertad que predicaban a la muchedumbre, que acogió con el mismo frenesí que el pueblo inglés las novedades que bajo tan seductoras formas se le ofrecían. Verdad es que Juan de Hus fue quemado vivo en la plaza de Constancia en 1415, y que Jerónimo de Praga sufrió igual suplicio un año después, por sentencia del Concilio Constantino. Pero tampoco puede negarse que la semilla de su doctrina, lejos de ser ahogada por los acuerdos del Concilio y por los anatemas de la corte romana, echó más profundas raíces, y que, ya fuese siguiendo el orden natural de las cosas, ya por decreto de la Providencia, se cumplieron al fin las palabras del rector de Praga, pronunciadas al borde de la hoguera.⁹⁷

Atendiendo, pues, a la tranquilidad interior de la recién formada monarquía, y teniendo presentes los peligros que de fuera la amagaban, los Reyes Católicos no pudieron menos de pensar en elegir un medio que llenase cumplidamente sus deseos, respondiendo a la gran necesidad de la época en que vivían, y más aun del siglo que iba a inaugurarse muy luego. El poder monárquico, no bien fortalecido con los triunfos obtenidos últimamente sobre la orgullosa nobleza de Castilla, había menester por otra parte de un apoyo poderoso contra las alianzas frecuentes de los magnates. ¿Qué medio podía tenerse por más obvio y sencillo en la época en que se creaban los tribunales supremos, para proteger la libertad civil de todas las clases del Estado, que el de establecer uno que entendiera exclusivamente en poner éste a salvo de los peligros que le amenazaban con una disolución completa?

He aquí como se explica sin repugnancia el nacimiento del tribunal más odioso que ha tenido España y del cual recibió, en determinados momentos, servicios tal vez más importantes que de otro alguno. Dada la necesidad de un tribunal nuevo, de un tribunal que viniera a proteger y afirmar la *unidad religiosa* de la monarquía, ¿quiénes eran los que parecían llamados a constituirle? Los nobles, no; porque no podía entrar en el cálculo de la corona el devolverles el poder, a tanta costa arrancado de sus manos. Los legos, no; porque iban a debatirse las más altas cuestiones, y era

96 Las proposiciones más notables eran además que el papa, los arzobispos y obispos no tenían preeminencia alguna sobre otros clérigos; que cuando estos viven desordenadamente pierden todo su poder espiritual; que no tenían jurisdicción temporal de ningún género; que ningún obispo ni arzobispo podía obtener dignidades seculares; que J. C. ni descendía al pan de la consagración ni al vino real y verdaderamente, sino sólo en figura; y que desde Urbano VI en adelante no debía reconocerse la autoridad del Papa, viviendo a ejemplo de los griegos, según sus propias leyes. La manera de hacer esta especie de apostolado era ejemplar: Wiclef recorrió casi toda Inglaterra descalzo y haciendo una vida verdaderamente ascética: esto le atrajo muchedumbre de secuaces.

97 Los protestantes refieren que al ser arrojado Juan de Hus a la hoguera, exclamó: «Ahora me tuestan como a un pájaro; pero dentro de cien años renacerá de mis cenizas un cisne que sostendrá la verdad que yo he defendido.» Lutero que nació en 1515, tuvo por fundamento de sus protestas las doctrinas de Juan de Hus: todo el mundo sabe la historia de aquel célebre agustino que logró trastornar el orden de cosas existentes entonces, respecto a la iglesia romana.

necesario todo el saber de aquellos tiempos, para hacer frente a las circunstancias grandes y difíciles en que el país se encontraba. El único elemento que no aparecía como sospechoso a los Reyes Católicos era el religioso, y el elemento religioso fue, en efecto, llamado; siguiéndose al propio tiempo el espíritu de los cánones que sometían a su inspección exclusiva el examen de los delitos de fe, como habrán tenido ocasión de notar nuestros lectores en las palabras del P. Mariana que dejamos transcritas.⁹⁸

¿Pero produjo la existencia del tribunal referido los resultados que doña Isabel y don Fernando pretendían? He aquí una cuestión más difícil en nuestro concepto, que la anteriormente apuntada. Desde el momento de comenzar el Santo Oficio sus operaciones, desde el momento de darse a conocer a la faz de la nación con sus actos, dejó ver que el fanatismo religioso, que se ensangrentara tantas veces en la raza hebrea, había logrado tomar asiento en aquel tribunal, desde donde podía a mansalva dirigir todos los golpes, sin el temor de experimentar el más leve contratiempo. Fr. Tomas de Torquemada fue nombrado por bula de Sixto IV, fechada en once de febrero de 1482, inquisidor de una de las audiencias que se establecían, y más tarde presidente del consejo de la suprema. La falta de imparcialidad y la destemplanza más notables habían sido los caracteres distintivos de los primeros inquisidores, que habían traspasado grandemente los límites que los Reyes Católicos les habían prefijado. Su conducta intolerante era cada día más reprehensible: prendieron indistintamente toda clase de personas; condenaron a ser quemados vivos a muchos que parecían inocentes y sembraron (principalmente en Sevilla) el terror, llegando su encono hasta el punto de *sacar los huesos de las tumbas para quemarlos*, por sospechar que habían muerto sus dueños contaminados de la herejía.

Temblaron los Reyes Católicos al contemplar los estragos que producía un tribunal que en su juicio debía ser el modelo de la templanza; y no pudiendo retroceder en los pasos que habían dado con la corte romana, recurrieron al Santo Padre para poner la enmienda posible en aquellos desafueros. Estas gestiones dieron por resultado la formación de las leyes u ordenanzas que debían observarse por los nuevos jueces, cometiéndose a Torquemada la redacción de ellas. Para desempeñar este encargo asocióse el inquisidor general a varios letrados y otras personas respetables de aquella época, ocupándose desde luego en la creación de un código, que dio a luz con el título de *Instrucciones*; por los cuales se arreglaban y señalaban los términos de los procedimientos. Constan estas *Instrucciones* de veinte y ocho artículos a los cuales se añadieron en 1490 once, y quince en 1498, por donde venía a reducirse la defensa de los acusados al último extremo, viéndose en la precisión de confesar y abjurar de errores, que tal vez no padecían, para evitar la infamia y una espantosa muerte. El código que se había formado para estorbar las arbitrariedades de los inquisidores, no hizo otra cosa en resumen que apoyarlas y autorizarlas con la investidura de la legalidad; dejando inermes a los oprimidos. Para que nuestros lectores formen idea del espíritu que todo él respira, no creemos inoportuno el trasladar aquí algunos de sus artículos.

98 En el reino de Aragón existía desde mediados del siglo XIII el tribunal de la fe, aunque organizado de diferente forma que el Santo Oficio. En Castilla, como apunta Mariana y hemos notado ya por algunos hechos históricos que dejamos referidos, estuvo esta facultad encomendada a los obispos, quienes juzgaban, dentro de sus diócesis, los crímenes de fe, imponiendo el castigo que creían a propósito, a los delincuentes. Antes de reconocerse por los Reyes Católicos la necesidad de crear un tribunal supremo que entendiase en los delitos de fe, se habían castigado por los prelados los delitos religiosos con la mayor severidad, siendo vistos estos actos con el mayor respeto por el pueblo cristiano. Existían, por tanto, en los dominios de los Reyes Católicos los elementos que debían constituir el tribunal de que tratamos: lo que doña Isabel y don Fernando hicieron fue centralizar estos elementos de fuerza que en el país se hallaban diseminados y distantes de la corona, formando una jurisdicción privativa, con mengua del poder real; puesto que no sólo alcanzaba a los clérigos y demás miembros de la sociedad eclesiástica, sino que era extensible a todas las clases del Estado. Los Reyes Católicos, organizando el tribunal referido y reduciendo a un centro común las facultades y privilegios de los obispos, al paso que fortalecían la potestad real, invistiéndola con supremas atribuciones de que antes carecía, no hacían otra cosa que satisfacer una imperiosa necesidad de la época en que, para bien de España, florecieron. Nada sin embargo inventaron que no existiese ya en la península, por lo cual son hasta cierto punto gratuitas las acusaciones que con tanto calor les dirigen algunos escritores nacionales y extranjeros.

El sexto dice así: «Que por cuanto los herejes y apóstatas son infames por derecho, aunque se conviertan, se les ponga de penitencia la de no ejercer oficio público, no usar vestidos de oro, plata, seda, ni lana fina, corales, perlas, diamantes, ni otras piedras preciosas; no montar en caballo, ni llevar armas»; todo bajo la pena de que si quebrantaren esta penitencia, serán tenidos por relapsos en la herejía.

El vigésimo estaba concebido en estos términos: «Que si la Inquisición hubiese procesos, de los cuales resulte haber sido hereje algún difunto y fallecido en herejía, aun cuando hayan corrido treinta o cuarenta años después de la muerte, se mande al fiscal promover causa, para la cual se cite a los hijos, nietos, descendientes y herederos del difunto, y se proseguirá hasta la sentencia definitiva; y si resultare bien probada la acusación, se declara tal; *mandando desenterrar el cadáver*, destinándolo a lugar profano y declarando pertenecer al fisco real todos los bienes que quedaren del muerto, con los frutos y rentas posteriores, en cuya restitución serán condenados los herederos.»

Mentira parece que fueran tan adelante en sus odios que no esquivaran el aparecer como ministros de tan feroces venganzas los que debían ostentarse solamente como jueces de paz, profesando las doctrinas del Evangelio. La Inquisición, con tan señaladas muestras de crueldad, no pudo menos de ser vista como una hija desnaturalizada que se olvida muy pronto de su origen, para ensangrentar el seno que un tiempo la abrigara.

Torquemada entre tanto, sirviendo tal vez unas veces con demasiada fidelidad la sagaz política del rey don Fernando, y siguiendo las más sus propios instintos, organizaba en todas partes sus falanges; llegando su osadía hasta el punto de echar su pesado yugo sobre las más altas dignidades, procesando a los personajes más distinguidos del Estado⁹⁹. Suyo fue, según el sentir de algunos historiadores, el proyecto de lanzar de los dominios españoles a todos los judíos que permanecían fieles a la fe de sus padres, hecho de la más grande importancia que nos proponemos examinar después; suya fue la orden que condenó al fuego millares de biblias hebreas, como perjudiciales a las buenas doctrinas; excediéndose, al dictar esta medida, de lo mandado en 1415 por Benedicto XIII; y cuyas otras diversas disposiciones que manifiestan el profundo rencor que abrigaba contra la raza judaica.

La crueldad de Torquemada, crueldad que parecía haber inoculado en todos sus subordinados, llegando a ser común en todos la exaltación del fanatismo, le ocasionó al cabo una acusación grave ante la Santa Sede. Envío para que le defendiera uno de los más entendidos de sus consejeros; y ya fuese por las razones que éste alegó, ya por otras causas, el rayo que estaba pronto a lanzarse desde el Vaticano, fue suspendido; contentándose Alejandro VI, que gobernaba a la sazón la Iglesia católica, con obligar a los inquisidores generales a sujetarse al parecer y acuerdo del consejo supremo. En 1498 moría finalmente Fray Tomás de Torquemada, genio nacido para desvirtuar desde su cuna aquella institución, tan respetada y combatida a un tiempo, habiendo gobernado y dirigido los asuntos del Santo Oficio por el espacio de diez y seis años, periodo en que había desplegado una severidad de carácter y un vigor dignos de mejor empleo. En aquel mismo tiempo llegó el número de los que sufrieron el suplicio de la hoguera a ocho mil y ochocientos en propia persona, y a seis mil quinientos en estatua, siendo condenados a infamia, prisión perpetua y confiscación y privación de los cargos públicos noventa mil, según el cómputo de los más autorizados escritores.¹⁰⁰

La exposición de estos hechos, que no pueden ponerse en duda, habrá tal vez aparecido a nuestros lectores en contradicción con las doctrinas que llevamos sentadas en el presente capítulo. Pero examinada la cuestión con la madurez e imparcialidad debidas, lejos de ser contradictorios los referidos hechos, nos sirven hasta cierto punto de apoyo; por lo cual no hemos querido omitirlos ni despojarlos de su colorido verdadero. Dijimos arriba que para salvar la nación española de los

99 Véase a Llorente cuando en los *Anales de la Inquisición* refiere el asesinato de S. Pedro de Arbués, acaecido en Zaragoza.

100 Don Juan Antonio Llorente en sus *Anales de la Inquisición*.

grandes peligros que la amenazaban, era a fines del siglo XV una necesidad grande, una necesidad de que no podía prescindirse, el constituir la unidad política y que ésta no podía existir sin la religiosa en un país donde había el elemento teocrático llegado a ser un verdadero principio de gobierno. Dijimos que para lograr este pensamiento, había nacido naturalmente el del establecimiento de un tribunal, y que el carácter de este debía ser, para estar de acuerdo con aquella idea, absolutamente religioso. El pensamiento indicado, bajo este punto de vista, era digno de alabanza, porque aparecía como hijo de un sentimiento patriótico: los medios de realizarlo no parecían enteramente contrarios al bien estar de los españoles. ¿Se falsearon desde un principio las esperanzas de los Reyes Católicos? ¿Se les comprometió inconsideradamente y se cometieron en su nombre multitud de desmanes que escandalizan a la humanidad con su memoria?... Eso quiere decir que faltó prudencia y sobró intolerancia y fanatismo en las personas encargadas de dar cima a tan arriesgada empresa. Por eso la Inquisición, lejos de concitar la animadversión pública contra los que presentaba como objeto de sus anatemas, y contra los partidarios de las novedades religiosas, se atrajo pronto la enemistad de todo el mundo; por eso se repiten todavía entre nosotros ciertos nombres con indignación y terror al mismo tiempo, y es finalmente el primer inquisidor general el blanco de todos los odios y rencores.

Pero ¿se podrá decir que la Inquisición no cumplió enteramente con el grande encargo que se le había encomendado, porque hizo tan lastimero alarde de su fanático celo? He aquí lo que nosotros no nos atreveremos a decidir afirmativa ni negativamente. Sin embargo, en gracia de la imparcialidad, será bien observemos que el pensamiento de los Reyes Católicos se realizó, a pesar de los grandes obstáculos promovidos por los mismos que debían darle cima. La Inquisición en medio de sus horrores, aseguró la unidad religiosa de la península ibérica, coadyuvando eficazmente a constituir la monarquía que había de levantarse grande y poderosa bajo el cetro de don Carlos de Austria, para aspirar al imperio de Europa. La monarquía española, dirán algunos apartándose de lo que llevamos asentado, debió su existencia al gran talento del Cardenal Cisneros, que supo defender las prerrogativas del trono contra los ataques de la ambiciosa nobleza. Nosotros faltaríamos al buen sentido, si contradijésemos sólo un punto esta verdad histórica. Cisneros tuvo la gloria de entregar al nieto de Isabel I un reino tranquilo y respetado, cuando al morir Fernando V lo había recibido de sus manos quebrantado, revuelto y amenazado al menor movimiento de una disolución completa. Pero ¿hubiera podido consumir tamaña empresa, sin hallar preparado ya el terreno de las reformas? Esto es lo que no debe perderse de vista en cuestiones de tanta importancia. Cisneros contó, para obra tan prodigiosa de su corta regencia, con todos los elementos necesarios: su grande mérito estriba en haberlos sabido combinar hábil y oportunamente, sobreponiéndose a todas las pretensiones desmedidas.

Para poner término a estas observaciones, que se van extendiendo más de lo que creíamos, resumiremos brevemente cuanto llevamos expuesto.

Prescindiendo, pues, de los desmanes, cometidos por los primeros inquisidores, y ateniéndonos sólo a las cuestiones que formulamos al comenzar este capítulo, creemos que puede sostenerse con probabilidad de razonable éxito que la Inquisición cooperó, como pensamiento político y religioso, a constituir y fortificar la doble unidad de la monarquía española, estrechando en lo posible los vínculos débiles que unían entonces pueblos de distintas costumbres, de diversos hábitos y que hablaban diferentes idiomas, siendo regidos también por diferentes leyes y fueros: que a pesar de aparecer el tribunal mencionado con un carácter teocrático, no ofendió directamente los intereses del pueblo cristiano; que quitando el pretexto que hasta entonces había existido contra los judíos y conversos, evitó los tumultos en que la sangre de estos salpicaba las calles y el fuego consumía sus haciendas, y finalmente, salvó a España de las espantosas guerras de religión que ardieron más tarde en Alemania, Francia, Inglaterra y los Países-Bajos, inundando de sangre las más bellas ciudades y yermando sus campos.

No dejaremos, sin embargo, la pluma antes de consignar aquí otros hechos muy importantes: la Inquisición española, como todos los medios de gobierno exigidos por circunstancias dadas, debió desaparecer luego que aquellas dejaron de reclamar su existencia. La Inquisición sobrevivió, no obstante, a la necesidad que la había creado; y desde aquellos momentos comenzó a ser perjudicial a los intereses del Estado, ofreciéndose como un terrible embarazo a la marcha filosófica del espíritu humano y gravitando sobre el corazón de los españoles, como una horrible pesadilla. La monarquía española pasó de manos de Carlos V a Felipe II y de las de este gran monarca, tan hábil en la política, como en las apariencias fanático, a las de los dos Felipes que habían nacido para ver su lastimosa decadencia. Carlos II sucedió a Felipe IV, y mientras la nación era presa de todas las calamidades, se ostentaba la Inquisición sobre la cabeza del soberano, haciendo alarde de un poder sin límites y de una intolerancia que bastaría sola para dar a conocer el cuadro que presentaba aquella miserable época. He aquí a donde conducen los abusos: he aquí como todas las instituciones humanas se falsean y desnaturalizan, produciendo las más veces resultados contradictorios, de lo cual ofrecen a cada paso abundantes pruebas las historias de las naciones.

Esto es finalmente lo que ha hecho en nuestros días exclamar a un escritor respetable¹⁰¹ cuando al bosquejar el gobierno de Isabel y de Fernando, en los siguientes términos: «Al referir, escribe, las circunstancias que contribuyeron a formar el carácter nacional, sería imperdonable que omitiéramos el establecimiento de la Inquisición; establecimiento que llega a contrapesar en tan alto grado dos beneficios producidos por el gobierno de Isabel que más que ninguna otra cosa ha contribuido a paralizar los brillantes progresos de la razón humana; que aspirando a imponer por la fuerza la uniformidad de las creencias, vino a ser fuente fecunda de hipocresía y de superstición; que envenenó los dulces sentimientos de amor y de caridad en la vida humana y que pesando, cual mortífera niebla sobre los frondosos vergeles de aquel país (España), heló las flores del saber y de la civilización, donde se ostentaban ya enteramente lozanas. ¡Lástima que semejante desventura cayera sobre un pueblo tan noble y generoso! Lástima que sobre él la atrajera una reina dotada de sentimientos tan puros y de tanto patriotismo como Isabel!»

Prescott juzgaba esta cuestión por los últimos resultados que la Inquisición produjo; y desde este punto de vista, no le falta razón para lamentar los extravíos que causó la sobreexistencia del Santo Oficio al objeto que le dio vida. Sin embargo, Prescott no pudo menos de convenir en que aquel tribunal tenía por objeto *la uniformidad de las creencias*, es decir *la unidad religiosa*, prenda indispensable y segura en aquellos tiempos de la *unidad política* de la naciente monarquía española.

101 William Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, segunda parte, cap. XXVI.

IX.

Expulsión de los judíos de España (1492)

Examen del edicto de 31 de marzo de 1492, 5252 de la creación. Reflexiones sobre el pensamiento de los reyes, al dictarlo. Si tuvieron derecho para adoptar esta medida. Leyes que protegían la permanencia de los judíos en España. Necesidad de optar entre la expulsión y la prosecución de las matanzas de los hebreos. Cuestión económica. Dictamen de los historiadores. Mariana. Dicho de Bayeceto. Juicio del edicto, respecto a las ciencias y a las letras. Civilización italiana. Su influjo en la española. Si hubo ingratitud por parte de los Reyes Católicos para con los hebreos. Comparación sobre el edicto de Granada y el decreto de expulsión de los moriscos. Vindicación de los Reyes católicos, respecto a las acusaciones extranjeras.

Tócanos examinar en el presente capítulo el edicto de 31 de marzo expedido por los Reyes Católicos en la metrópoli del reino nuevamente conquistado. Para entrar en esta cuestión con mayor conocimiento de causa, hemos apreciado en el anterior las que, en nuestro concepto, influyeron en el establecimiento del Santo Oficio, causas que no hemos podido menos de considerar bajo un aspecto político, puesto que de esta manera nos es dado solamente explicarlas. Sentados ya estos precedentes, como premisas indispensables para proceder con algún acierto en nuestras tareas, parécenos más fácil dar nuestro fallo en las diferentes cuestiones que nos han de salir necesariamente al encuentro. La publicación del edicto en que se mandaba la expulsión de los judíos que moraban en la península ibérica, aparecía, pues, como una necesidad, emanada naturalmente de la creación del tribunal de la Inquisición. No se ocultó a los Reyes Católicos que era ésta la consecuencia precisa de aquel paso, que si bien no aprobaron todos sus vasallos, tampoco fue contradicho abiertamente por ninguno. Pero firme el rey don Fernando en llevar a cabo los planes de una política inflexible; resueltos entrambos soberanos a coronar por su cima la grande obra que habían echado sobre sus hombros, midieron el terreno, y cargando con la responsabilidad de los resultados, no creyeron justo ni conveniente al bienestar de la república el esquivar los escollos, con que habían de tropezar necesariamente en la ejecución de sus proyectos.

La hora de cumplir sus propósitos no había sonado aun, cuando en 1480 se creaba el tribunal del Santo Oficio. Era necesario que la potestad real se hallase más robusta y fortalecida: era necesario que se viese rodeada de todo el prestigio posible; que no hubiera en Castilla más voluntad ni más pensamiento que el suyo; en una palabra, que su triunfo fuese un hecho y no una esperanza. La conquista de Granada era el único medio que podía en semejante estado convenir a los intentos de Isabel y de Fernando: era un pensamiento altamente popular: era la realización de todas las ilusiones de los cristianos, ilusiones alimentadas con la guerra de ocho siglos; y grandes y pequeños, pecheros y magnates habían necesariamente de abrazar con el mayor entusiasmo, con la más honda fe tan grande y caballeresca empresa. Si la política de aquellos afortunados príncipes fue o no acertada, díganlo los numerosos combates que sostuvieron con tanta gloria nuestros antepasados en el territorio sarraceno: díganlo aquellos odios extinguidos a vista de los peligros de las cruces¹⁰²; díganlo, en fin, las mil torres de Granada, que presenciaron las más altas proezas.

Así fue que, dueños ya los Reyes Católicos de la opulenta metrópoli árabe-andaluza, creyeron que había llegado naturalmente el momento de realizar todos sus planes, como observamos al final

¹⁰² Todo el mundo conoce los odios hereditarios que existían entre los duques de Medina-Sidonia y los marqueses de Cádiz, odios que traían revuelta a toda Andalucía: en 1482 era el marqués de Cádiz cercado en Alhama por Muley Hacen, y don Juan de Guzmán volaba en su socorro, extinguiéndose para siempre tan encarnizados rencores. He aquí como los Reyes Católicos lograban exaltar todos los sentimientos nobles que abrigaban sus vasallos. (Washington Irving: *Crónica de la conquista de Granada*; en español.—Mariana, [Historia general de España](#).)

del penúltimo capítulo; y solos ochenta y nueve días transcurrieron desde la rendición de aquel último baluarte de la morisma hasta la promulgación del edicto contra los judíos. ¿Era posible que en tan corto periodo naciese aquel pensamiento, se desarrollara y pasase a constituirse en una ley?... Mezquina idea sería necesario tener de los Reyes Católicos para opinar afirmativamente; pues cuando no hubiera otras razones, bastaría recordar lo que ellos mismos dicen en el edicto mencionado, para convencerse de lo contrario. Después de usar las fórmulas acostumbradas, escriben:

«Sepades e saber debedes que por que nos fuimos informados que hay en nuestros reinos e avía algunos malos cristianos que judaizaban de nuestra sancta fe católica, de lo cual era mucha culpa la comunicación de los judíos con los cristianos; en las cortes que fecimos en la ciudad de Toledo en el año pasado de 1489 mandamos apartar los judíos en todas las ciudades, villas e lugares de los nuestros reinos e señoríos e dándoles juderías e lugares apartados en que viviesen en su pecado e que en su apartamiento se remorderían; e otrosi ovimos procurado e dado orden como se ficiese inquisición en los nuestros reinos e señoríos, la cual como sabeis ha mas de doce años que se ha fecho e face, e por ella se han fallado muchos culpantes, segun es notorio e según somos informados de los inquisidores e de otras muchas personas religiosas, eclesiásticas e seglares, e consta a parece ser tanto el daño que a los cristianos se sigue e ha seguido de la participación, conservación e comunicación que han tenido e tienen con los judíos, los cuales se precian que procuran siempre por cuantas vías e maneras pueden de subvertir de nuestra sancta fe católica a los fieles cristianos etc.»¹⁰³

Se deduce, pues, de estas cláusulas del decreto en cuestión que los inquisidores habían informado a doña Isabel y a don Fernando del resultado general que ofrecían los procesos abiertos y seguidos contra los judaizantes en toda España; que el conocimiento de éstos hechos les había convencido de que eran inevitables las consecuencias que debieron preverse, al crear el Santo Oficio e investirlo con una autoridad omnímoda en materias de fe; y últimamente que la exaltación del fanatismo de los hebreos los arrastraba cada vez más a una perdición segura.

Pero dada ya la existencia de aquel pensamiento político ¿tenían los Reyes Católicos derecho para lanzar del suelo nativo tantos millares de familias? ¿O debieron limitarse únicamente al cumplimiento de las leyes existentes en Castilla?... Cuestiones son éstas que no hemos visto tratadas por ninguno de los escritores que se han ocupado en el examen de tan notable y ruidoso acontecimiento, entrando nosotros en ellas por esta causa con la mayor circunspección y recelo. Desde los tiempos más remotos de la cristiandad se había tolerado en todas partes la existencia del pueblo hebreo, disperso ya y errante en medio de las naciones; porque en todas partes se había creído que se respetaba uno de los más grandes triunfos del cristianismo, al observar semejante conducta. Estaba escrito que el pueblo deicida se viese condenado a la proscripción eterna; que apurase todos los sinsabores y amarguras de la esclavitud, y que sin fe y sin creencias verdaderas arrastrase su frente por el lodo, siendo vanas sus expiaciones e ineficaces sus padecimientos. Estas

¹⁰³ El doctor Isahak Cardoso en sus *Excelencias de los hebreos*, al tratar de la *quinta columna* rechaza estas aserciones del edicto, apoyándose en los preceptos de su ley que vedan toda persuasión para hacer prosélitos. Sin embargo, el hecho no parece menos cierto, cuando se considera que desde la formación de las leyes de Partida se imponen grandes penas a los predicadores y catequizadores judíos. Esto prueba que había semejante abuso y la confesión de Isahak Cardoso, respecto a los moradores de Andalucía, que existía también en tiempo de los Reyes Católicos. Contra el dicho de Isahak Cardoso existe también un hecho histórico, que manifiesta la intemperancia y falta de prudencia de los judíos, respecto a este punto. Hablamos de las cortes celebradas en Tafalla en 1482, en las cuales se presentaron varias peticiones contra los judíos para evitar que éstos tratasen de hacer prosélitos, escarneciendo los misterios de la religión cristiana. Las cortes, tomando en consideración semejantes desacatos de los hebreos, adoptaron para todas las juderías de Navarra las mismas disposiciones que dos siglos antes había dictado don Alonso el sabio, respecto a las aljamas de Castilla. No solamente se ordenó en Tafalla que los judíos no pudieran predicar fuera de las juderías, sino que se les prohibió bajo severas penas el que saliesen los días festivos de ellas, para evitar que se burlasen de las ceremonias y ritos religiosos de los cristianos, concitando así los mal apagados rencores de la muchedumbre. Solamente se permitió a los médicos y cirujanos judíos transitar por las poblaciones los domingos y días solemnes siempre que fuesen a ejercer su profesión. (*Cortes de Tafalla*.)

doctrinas que habían pasado de los labios del profeta a ser para los israelitas un hecho terrible, fueron también recibidas por los cristianos como santas e inviolables. Al penetrar en España aquella raza, no tenía un acogimiento propicio; pero tampoco se le rechazaba con encono; y a no haber aspirado a ocupar un puesto que no le pertenecía, tal vez no hubieran lanzado contra ella sus anatemas los Concilios.

Hemos visto por la reseña que llevamos bosquejada, que los reyes de la segunda monarquía gótica, cediendo al influjo de las circunstancias y transigiendo hasta cierto punto con los rencores y los odios que abrigaban contra los judíos, no solamente dispensaron a estos su protección, sino que llegaron a asegurar su libertad individual, haciéndoles en el orden civil notables concesiones. Don Alonso VIII ponía en el *Fuero viejo de Castilla* a salvo de injustas agresiones sus propiedades; don Fernando III les concedía el privilegio de que fuesen juzgados por jueces propios, prohibiendo que los cristianos pudieran servir contra ellos de testigos; don Alonso el sabio, en la ley 1.^a del título XXIV en la *Setena partida*, ordenaba que se respetara y consintiera la existencia de los judíos entre los españoles, para que se cumplieran las santas escrituras; don Alonso XI expresaba terminantemente en el primer ordenamiento de los cuatro hechos en Alcalá el año de 1348, que deseando que los judíos no saliesen nunca de España y se convirtieran al cristianismo, al paso que les prohibía las usuras, les autorizaba para adquirir heredades en todos sus dominios, a excepción sólo de los abadengos y behetrías. Casi en todas las leyes hechas por las cortes, en todos los privilegios y cartas expedidas por los reyes respecto a los judíos, se dejaba notar el deseo de que morasen en España, lisonjeándose con la esperanza de que abjurando de sus errores, pudieran ser de grande utilidad al Estado. La experiencia había demostrado por otra parte que no eran escasos los frutos obtenidos de esta política, basada esencialmente sobre sentimientos en alto grado humanitarios.

¿Cómo, pues, los Reyes Católicos, desentendiéndose de las leyes existentes, lanzaron con una sola plumada de los hogares, en que vivían por tantos siglos a la sombra del trono, a los descendientes de Judá?... Traída la cuestión a este terreno, no creemos posible el dar una respuesta satisfactoria. Doña Isabel y don Fernando infringían las leyes del reino y carecían por tanto de *derecho*, para dar cumplimiento al edicto de Granada. ¿Pero era fácil en el estado a que habían llegado las cosas, respetar aquellas disposiciones, sin ponerse en contradicción abierta con el espíritu general del pueblo que gobernaban? Esto es lo que, en nuestro concepto, no puede probarse.

Las violentas persecuciones que habían sufrido los hebreos, como dejamos notado anteriormente, exaltando el sentimiento religioso de los cristianos y exasperando al par a aquellos, habían levantado entre uno y otro pueblo insuperables barreras, haciendo de todo punto imposible, no ya una reconciliación sincera y profunda, sino una avenencia pasajera. Ríos de sangre, en que sobrenadaban hereditarias y antiguas enemistades, los dividían: el fanatismo por ambas partes se aumentaba, tocando a su colmo y cometiendo los mayores excesos. Los débiles querían luchar contra los fuertes, sin presentarse erguidos en la pelea y apelando al crimen en su envilecimiento: los fuertes juraban el exterminio de los alevosos. En este estado hallaron los Reyes Católicos el reino para entretenir la furia de unos y poner coto en los delitos de otros, habíales bastado la persecución de los últimos, encomendada al Santo Oficio. ¿Mas no debía temerse que triunfantes ya de los sarracenos los descendientes de don Pelayo, convirtiesen sus armas victoriosas contra los judíos, enemigos como aquellos de la religión que habían defendido por tantos siglos y por la cual habían derramado tanta sangre?¹⁰⁴ No estaban ciertamente muy distantes las matanzas de Córdoba,

104 Este pensamiento había sido ya indicado de una manera harto significativa, aunque tumultuaria, al rey don Enrique IV por sus propios magnates, en 1460. Se le había impuesto como condición precisa para dejar las armas, que echase de su servicio y de sus Estados a los judíos, según en su lugar dijimos; y esta manifestación unánime de los grandes y prelados representaba más bien el voto universal de la nación que sus propios deseos. Los judíos contribuían, en efecto, a los prelados y a los magnates con tributos cuantiosos, y eran con frecuencia requeridos por ellos, para que les hiciesen considerables empréstitos. ¿Cómo, pues, ponían aquellos al rey como condición precisa de su obediencia la expulsión de los hebreos?... No hay que hacerse ilusiones sobre el estado de Castilla en esta época: los grandes que en 1460 avasallaron la voluntad del rey, imponiéndole el precepto de lanzar a los judíos,

Jaén y Valladolid para que no existiera temor alguno sobre este punto. Los Reyes Católicos se habían visto por otra parte obligados a adoptar serias medidas, para prevenir los desacatos que los judíos cometían a menudo, lo cual no podía menos de irritar a la muchedumbre.

En el mismo edicto de Granada llaman la atención las siguientes líneas. «Y como quiera que de esto (los esfuerzos que hacían los hebreos para hacer prosélitos) fuimos informados antes de ahora, y conocimos que el medio verdadero de todos estos daños e inconvenientes consiste en apartar del todo la comunicación de los dichos judíos con los cristianos, e echillos de todos los nuestros reinos e señoríos, que fuimos nos contentos con mandarlos salir de todas las ciudades, villas e logares del Andalucía, donde parece que habían fecho mayor daño, creyendo que aquello bastaría para que los de las otras ciudades e villas e logares de los nuestros reinos e Señoríos cesasen de hacer e cometer lo suso dicho; y porque somos informados desto que aquello ni las justicias que se han fecho en algunos de los dichos judíos que se han fallado muy culpantes en los dichos crímenes e delitos contra nuestra Santa fe católica, no bastó para entero remedio etc. » Se advierte, pues, que doña Isabel y don Fernando, antes de apelar a aquella medida extrema, habían usado de los medios posibles para alcanzar el objeto que se proponían. Pero sabidos los desacatos que incesantemente cometían los israelitas contra la religión cristiana ¿les era dado el mirarlos con indiferencia?... Y a haberlo hecho así ¿no hubiesen creado voluntariamente conflictos, en los cuales habrían tal vez perdido el trono y las vidas, entregando al par a la saña de los ofendidos cristianos el pueblo judío?

Los sentimientos religiosos de aquellos memorables príncipes y su seguridad misma, aconsejaban por una parte que pensarán en poner enmienda en aquellos desafueros, mientras la tranquilidad de sus vasallos, y los peligros a que se exponían los hebreos, con tanta falta de previsión como sobra de fanático celo, les presentaban por otra el deber de buscar un remedio eficaz y duradero a tan graves males. La elección no podía ser dudosa entre los dos extremos que se ofrecían a vista de los conquistadores y debeladores de los árabes. Basta echar una ojeada sobre todos los actos de los Reyes Católicos, para conocer que, siguiendo los planes de su previsora política, ni era conveniente ni posible otra medida más que la expulsión de los judíos, dictada en 1492, si bien indicada ya desde el año 1460, y desde la instalación del Santo Oficio y reconocida como indispensable en el momento en que se mandó salir de las ciudades de Andalucía a la raza proscrita. No hubiera sido por tanto fácil ni hacedero el dar cumplimiento a las leyes del reino; y aunque, considerada con arreglo a las mismas, la presente cuestión, no tenían los Reyes Católicos derecho para arrancar de sus moradas a tantos millares de familias, la fuerza imperiosa de las circunstancias y la necesidad de la propia conservación les autorizaban para llevar a cabo el edicto de 31 de marzo.

Otra de las cuestiones de más importancia que se ofrecen a la vista, al examinar este documento es la económica. ¿Afectó la expulsión de los judíos los intereses del Estado? Muchos de los coetáneos de los Reyes Católicos opinaron por la afirmativa, de lo cual dan testimonio los

cuando menos, de su servicio, halagaban de esta manera las pasiones de la muchedumbre, para adormecerla y ocultarle sus desmanes. Era, pues, un pensamiento verdaderamente popular el de la expulsión de los judíos, haciéndose de más bulto y tomando mayor incremento a medida que eran más gloriosos los triunfos de las armas cristianas. Lo que en los Reyes Católicos fue una medida previsora, hubiera sido en el pueblo español un acto de terrible venganza. Los hebreos, exaltado al más alto punto el fanatismo religioso de los cristianos, o hubieran sido arrojados de las poblaciones en que moraban, de una manera tumultuosa, o hubieran perecido al fuego y al hierro de los castellanos. Téngase esto bien presente, para desechar como cumple a la sana crítica, las acusaciones que inconsideradamente se lanzan contra los Reyes Católicos, sin advertir que el cúmulo de injurias que se les prodigan, no rebajan un ápice de su gloria. El mérito de los que dirigen la nave de los Estados, está en gobernar los pueblos conforme a sus creencias y a sus instintos: contrariarlos es lanzarlos en la anarquía y en el desorden. Éste es uno de los más brillantes timbres de los Reyes Católicos. Las mismas medidas se vieron obligados a adoptar algún tiempo después los reyes de Francia e Inglaterra, sin que como dice un historiador respetable, sea necesario buscar la causa de estos acontecimientos fuera del espíritu de superstición religiosa de aquellos tiempos. (William Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, parte 2. cap. XVII.—Semuel Usque, *Consolación de Israel*: נהם וישראל Ferrara 1553, 5313).

historiadores; otros y no por cierto los menos autorizados, asientan que no se disminuyeron las rentas públicas. El mayor número de los primeros son escritores extraños; casi la totalidad de los segundos españoles. Sin embargo, entre los últimos hay que contar con respetables plumas que si bien no han combatido abiertamente la expedición del edicto, han demostrado que su opinión no le era favorable, bajo el punto de vista económico.

El padre Juan de Mariana, por ejemplo, se expresa en los siguientes términos, al tratar cuestión tan importante: «El número, escribe, de los judíos que salieron de Castilla y Aragón no se sabe: los más autores dicen que fueron hasta en número de ciento y sesenta mil casas; y no falta quien diga que llegaron a ochocientas mil almas: gran muchedumbre sin duda, y que dio ocasión a muchos de reprender esta resolución que tomó el rey don Fernando en echar de sus tierras gente tan provechosa y hacendada y que sabe todas las veredas de allegar dinero; por lo menos el provecho de las provincias a donde pasaron fue grande, por llevar consigo gran parte de las riquezas de España, como oro, pedrería y otras preseas de mucho valor y estima.»

Aunque en estas líneas se demuestra que Mariana no desaprobaba el dictamen de los autores a que alude, no nos parece oportuno el pasar adelante, sin advertir que incurre en un error notable, manifestando haberse olvidado del edicto de Granada, al trazarlas. «E porque los dichos judíos e judías puedan durante el dicho tiempo fasta en fin del dicho mes de julio dar mejor disposición de sí e de sus bienes e hacienda, por la presente los tomamos e recibimos so el seguro amparo e defendimiento real, e los aseguramos a ellos e a sus bienes para que durante el dicho tiempo fasta el dicho día, fin del dicho mes de julio, puedan andar y estar seguros e puedan vender e trocar e enagenar todos sus bienes muebles e raices, e disponer libremente a su voluntad, e que durante el dicho tiempo no les sea fecho mal ni daño, nin desaguisado alguno en sus personas ni en sus bienes contra justicia, só las penas en que incurren los que quebrantan nuestro seguro real. E así mismo damos licencia e facultad a los dichos judíos e judías que puedan sacar fuera de todos los dichos nuestros reinos e Señoríos sus bienes e haciendas por mar e por tierra, *en tanto que non sean oro, ni plata, ni moneda amonedada, ni las otras cosas vedadas por las leyes* de nuestros reinos, salvo mercadurias que non sean cosas vedadas e encobiertas.»

En estas cláusulas, tomadas del referido edicto, notarán nuestros lectores, al paso que adviertan la inexactitud que comete Mariana, que los Reyes Católicos atendieron al adoptar tan ruidosa medida, a los cargos que podían hacérseles sobre los perjuicios que había aquella de acarrear a los intereses del Estado. Pero no debe tampoco perderse de vista por esto que el daño ocasionado no fue menos cierto, yendo las riquezas de España a engrandecer extranjeras naciones, al derramarse por el mundo los descendientes de Judá que por tantos siglos habían morado en la península ibérica. El emperador Bayaceto, que tenía formada una grande idea del talento del rey don Fernando, al abordar a sus dominios los expulsos hebreos, exclamaba: «¿Éste me llamáis el rey político, que empobrece su tierra y enriquece la nuestra?» No hay, pues, duda alguna en que a pesar de las prohibiciones del edicto, a pesar de la exquisita vigilancia que se observó en su cumplimiento, los judíos sacaron de España inmensos tesoros, que no han vuelto a formar parte de su riqueza pública.

Creíase generalmente en tiempo de los Reyes Católicos, y se ha creído también en épocas más cercanas, que el dinero y especialmente el oro y plata eran las únicas fuentes de la riqueza pública y del bienestar común, y esta errada creencia ha dado margen a no pocas medidas que ha desacreditado después la experiencia y repudiado el buen sentido. Por esta causa mientras dejaba don Fernando a los judíos en entera libertad de enajenar todos sus bienes, les imponía la condición de que no sacaran del reino el oro ni la plata, sin ver que con sus copiosas mercaderías se llevaban también la industria y el comercio¹⁰⁵. Verdad es que las rentas del erario habían crecido

¹⁰⁵ La mayor parte de los capitales salieron de España por medio de letras de cambio, no pudiendo menos de substraerse a la vigilancia de los encargados del fisco, mucho oro y plata amonedados, merced a la industria y astucia de los hebreos. (William H. Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos*.) Sobre esto es notable lo que se dice en una carta inserta en el *Centinela contra judíos*, que según opinión de diferentes escritores fue dirigida

considerablemente, hallando los reyes menos obstáculos para allegar dinero que en tiempos anteriores. ¿Pero consiste la riqueza de una nación en que sean menores las dificultades que existan comparativamente en el cobro de los impuestos?... He aquí lo que nosotros no creemos, juzgando por tanto digna de censura, bajo este aspecto, la conducta observada con los judíos por aquellos esclarecidos soberanos. Con la expulsión de los hebreos se echaban de los dominios españoles las verdaderas fuentes del bienestar de los pueblos: el comercio y la industria sufrieron, pues, un golpe mortal, bien que menos sensible para la segunda, que con la reciente conquista de Granada recibía para Castilla nuevos cultivadores. El comercio, por el contrario, cerraba las puertas a los pueblos vencidos, y perdía por el momento casi toda su vida, viniendo a reemplazar a los judíos otra raza de usureros que han sido apellidados por muchos años con el nombre de *ginoveses*.

La tercera observación que se desprende, en nuestro juicio, del examen del edicto de los Reyes Católicos, si bien no tiene un interés tan directo como las ya expresadas, no puede menos de llamar la atención, porque se refiere a uno de los elementos que más directamente influyen en la cultura de los pueblos. ¿Fue dañosa la expulsión de los judíos al completo desarrollo de las artes, las ciencias y las letras?... Aunque al considerar los adelantos que los hebreos españoles hicieron en estos ramos, nos sea preciso volver a tratar esta cuestión, dándole entonces más latitud, todavía nos parece oportuno el detenernos aquí a examinarla, bien que sumariamente, para que se puedan obtener todas las consecuencias legítimas del grande hecho que vamos analizando.

A primera vista no dejan de aparecer razones para condenar como nociva a las ciencias, las letras y las artes la conducta de Isabel y de Fernando. Infinitos habían sido los esfuerzos que los judíos por espacio de muchos siglos hicieron para adquirir con el saber lo que les era vedado alcanzar por otras vías: grandes habían sido los triunfos logrados por ellos en las ciencias y la literatura, no teniendo poca influencia en la civilización española el constante ejemplo de su estudio. Desde los autores de la antigüedad más remota, conservados por los ilustrados árabes, hasta los escritores mas recientes del último pueblo, habían sido consultados y estudiados por los rabinos y conversos. Crecido número de obras de todas las ciencias, ya arábicas ya hebreas, habían sido traducidas al castellano y las más veces al latín, lengua usada constantemente por los escritores doctos. Todo esto suponía una influencia bastante grande y directa, influencia que no puede quitarse cumplidamente, sino en vista de los documentos literarios. Sin embargo, luego que se recuerda cuáles fueron los conatos de los cristianos desde el momento en que empezaron a saborear los frutos de la civilización; luego que se aprecia justamente la conducta de Benedicto XIII en el congreso de Tortosa, y se reconoce la importancia de la conversión de Jerónimo de Santa Fe y de la muchedumbre de rabinos que le imitaron; luego que, finalmente, se considera el estado de abyección en que habían empezado a caer los judíos, y sobre todo se contempla el gran movimiento intelectual que se había desplegado en Italia principalmente, se viene en conocimiento de que no fue la expulsión de los judíos tan dañosa a las ciencias y a las letras, como generalmente se supone.

En efecto desde el siglo XIII había resonado en el suelo querido de las artes y de las letras el terrible acento del Dante, a quien precedieron otros muchos ingenios dignos de toda alabanza. Petrarca en el siguiente siglo, Boccaccio, Leonzio Pilato, Passavanti, Pandolfini y otros excelentes poetas, doctos filólogos y eruditos humanistas habían logrado dar a las letras un prodigioso impulso, no dejando a veces nada que envidiar a los escritores de la era de Augusto, como asientan respetables críticos de aquella nación. La misma suerte, si bien no florecieron en aquellas épocas tantos filósofos como escritores de otros géneros, alcanzó también a las ciencias, no siendo las artes sordas tampoco al llamamiento que se les hacía. El amor al estudio de la antigüedad llevó

por los hebreos que residían en Roma a los que, huyendo de España, se habían refugiado en Portugal. «Las personas que hubieren de venir, traigan consigo todo lo necesario para su sustento; y lo más deben traer en letras de cambio para León (Francia), Venecia, y otros lugares de Italia. Las letras se pongan sobre dos personas, las que más confianza tengáis, y cada una *in solidum* digan que pagará tantos cruzados de oro en oro, o tantos escudos de oro en oro; porque puesto que digan que pagarán tantos cruzados, son de moneda que no vale cada uno más que 336 maravedises; y él y los escudos tienen 330 y el cruzado de oro en oro vale 368 maravedises.»

naturalmente a los hombres doctos a remover las ruinas de los monumentos, debidos a las artes griegas y romanas: del estudio filosófico de las cosas, dirigido a encontrar el espíritu de la civilización derrocada por los bárbaros del Norte, se pasó insensiblemente a la admiración de las formas, renaciendo de los escombros de aquellos despedazados edificios las artes modernas.

Este movimiento que era cada vez más notable hubo de llamar necesariamente la atención de los españoles que habían llevado sus armas victoriosas a Italia. Los vasallos de Alfonso V de Aragón, (quien a principios del siglo XV se coronaba por rey de Nápoles) debieron experimentar un sentimiento de admiración más señalado que el experimentado anteriormente por sus mayores, al encontrar aquella civilización tan adelantada y distante de la suya. Su influencia no pudo menos de reconocerse desde luego en el reino lemosín, llevando sus saludables frutos al mismo centro de Castilla. Desde antes de la época de don Juan II eran conocidos ya los escritores más célebres del Lacio, intentándose traducir sus obras al idioma vulgar; y las creaciones del Dante eran vertidas e imitadas¹⁰⁶ por los poetas castellanos, como puede notarse al leer las *Trescientas* de Juan de Mena; y el erudito marqués de Santillana manifiesta en el prólogo de su *Comedieta de Ponza*. Se ve, pues, por estas indicaciones, que los cristianos, dando entrada al estudio y asimilando todos los elementos de civilización que habían estado a sus alcances, durante muchos años, se hallaban ya en un estado de independencia intelectual que hacía inútil hasta cierto grado la influencia de los escritores hebreos. Poco fue el daño que recibieron las ciencias y las letras con la expulsión del pueblo proscrito; debiendo observarse que con la conquista de Granada se compensaba grandemente la pérdida que pudieron sufrir las artes en general, o más propiamente dicho, la industria; pues no debe perderse de vista que los judíos carecieron de artes liberales por razones que dejamos en su lugar explanadas.

Dos cargos que no carecen en nuestro dictamen de fundamento, resultan además contra los Reyes Católicos del examen del edicto de 31 de marzo. El primero puede formularse de esta manera. ¿Era digno pago de los servicios prestados por los judíos, el arrojarlos de España precisamente cuando se acababan de obtener de aquellos los más plausibles resultados?... El segundo no es difícil reducirlo a estos términos. ¿La medida de la expulsión fue un precedente político que produjo consecuencias propicias o adversas a los intereses del Estado?... Para hacernos cargo de la justicia e injusticia de los Reyes Católicos respecto al primer punto, será bien recordemos, como ya dejamos apuntado, que a pesar de la aversión con que don Fernando vio desde luego a los judíos; a pesar de sus proyectos relativos a esta raza, ya fuese por una necesidad imperiosa, de que no era posible prescindir, ya por otras razones envueltas en el plan político que se propuso llevar a cabo, es lo cierto que admitió sus servicios.

La conquista de Granada, empeño el más constante y tal vez el más plausible del reinado de los Reyes Católicos, basta para demostrar al punto que llevaron los hebreos su celo o su sed inextinguible de oro. Pero, aunque sólo obrasen impulsados por el móvil de la usura, siendo para ellos igual el triunfo de los cristianos que el de los sarracenos, y aun dado caso que tuvieran más simpatías por los últimos, todavía existe el hecho de que abastecieron de víveres y vituallas abundantemente a los ejércitos conquistadores, cumpliendo con creces los deseos de la magnánima y previsora reina de Castilla. Reconocida, pues, la importancia de la parte que tuvieron en tan grandiosa empresa, no puede menos de convenirse en que don Fernando, al olvidar absolutamente semejantes beneficios, no mostró a los judíos tanta benevolencia como merecían estos por sus recientes servicios. Pudo el Rey Católico desechar los ofrecimientos que los contratistas hebreos le hacían: en esto no hubiera hecho otra cosa que usar de sus prerrogativas y seguir quizás los planes de gobierno que premeditaba. Mas admitiendo aquellos y obteniendo en consecuencia incalculables ventajas para la guerra y para el término feliz de la conquista, no hay quien absuelva al Rey Católico de la nota de ingratitud que contra él resulta, ni quien por el contrario intente, bajo este concepto, presentar su conducta como modelo digno de imitarse.

106 En nuestro siguiente *Ensayo* trataremos este asunto con mayor detenimiento.

El segundo cargo, aunque al primer golpe de vista parece tener más fuerza, es en nuestro sentir menos grave. Los argumentos que se presentan para justificarlo deslumbran más bien que convencen: se ha dicho que fue una consecuencia precisa del edicto de Granada la expulsión de los moriscos, decretada por Felipe III en 1610; y si bien no deja de existir entre uno y otro hecho cierta analogía, para apreciarlos como la crítica exige, es necesario llamar a juicio separadamente todas las causas que pudieron influir en ambas medidas.

Ya han tenido ocasión nuestros lectores de ver la imparcialidad con que nos hemos propuesto juzgar todas estas cuestiones: hemos censurado en la conducta de los Reyes Católicos aquellas cosas que debieron haber previsto (y que sin embargo olvidaron) para que su obra fuese completa. Reconocemos, a pesar del cargo que en el párrafo precedente queda formulado, que cuando altas razones políticas lo exigen, y la seguridad del Estado depende del sacrificio de los sentimientos particulares a la causa pública, los príncipes deben someterse a la imperiosa ley de las circunstancias, anteponiendo el bienestar común al logro de sus propias ideas, y al engrandecimiento de sus intereses. Nuestro dictamen, pues, no puede en este punto ser contradictorio: en el ingreso de este capítulo hemos dicho lo bastante para probar que el paso dado por los Reyes Católicos era hijo de los grandes deberes contraídos para con la nación entera y para consigo propios: en el anterior asentamos que siendo una de las más grandes necesidades de España en el siglo XV la de constituir su *unidad política*, lo cual no podía hacerse sin asegurar antes como vínculo general de las provincias la *unidad religiosa*, el establecimiento de un cuerpo que entendiera en dar cima a este pensamiento, parecía natural y lógico, no siendo posible que para crear la unidad religiosa se mantuviera por otra parte la libertad de cultos que existía en la península. Así, pues, los Reyes Católicos, estatuyendo la inquisición y aceptando después sus más inmediatas consecuencias, no solamente contribuyeron a desarrollar los planes que les había sugerido su experiencia, sino que satisfaciendo las necesidades anunciadas, y evitando que se desarrollasen los odios contra los hebreos, por medio de sangrientas escenas¹⁰⁷, abrieron la senda del

107 Para prueba de estas observaciones podríamos citar aquí algunos documentos, pertenecientes a esta época, en que se prodigan a los judíos toda clase de improperios: el temor de ser difusos nos obliga sin embargo a omitirlos, bien que sin renunciar a poner en este sitio otros testimonios no menos fehacientes y que agradará sin duda a nuestros lectores. Véanse, pues, las siguientes coplas tomadas del *Retablo de la vida de Christo*, poema debido a don Juan de Padilla, monje cartujo, que escribía en la época de la expulsión de los hebreos:

Perros crueles, que non me arrepiento,
 llamandovos perros en forma de humanos!...
 o Satanases, crueles tiranos!
 Y ¿cómo pensaste en tal pensamiento?...
 Pediste al crudo ladrón avariento,
 desollador de las carnes humanas,
 ¿y al rey de las cortes que son soberanas
 pedís para dalle pasión e tormento?
 ¡O pueblo de dura cerviz y maldito,
 merecedor de la horca de Haman!
 Diote la tierra del gran Canahan,
 sacóte del gran captiverio de Egipto;
 tus vestiduras por don gratuito
 non se rasgaron por años cuarenta
 y aqueste tu Dios pusiste en afrenta,
 afrenta de muerte, según es escripto.

El apóstrofe no puede ser ni más directo, ni más significativo, reflejando todo el odio que el pueblo cristiano profesaba al hebreo. En 1622 publicaba en Lisboa Vicente da Costa Mattos una obra titulada *Breve discurso contra la herética perfidia del judaísmo*, y en 1631 se traducía y daba a luz en Salamanca por fray Diego Gavilán Vela: este libro que es una peregrina urdimbre de supersticiones, consejos y hasta falsedades, tiene por objeto el exterminio de los descendientes de los judíos que habían quedado en España y habían abrazado la religión católica. Su autor va tan lejos en el fanatismo que no titubea en asegurar que ni aun debía guardarse el secreto de la confesión con los que, habiendo caído en los errores de sus padres, se arrepentían de ellos e imploraban la absolución, después de haber confesado. Si a tal punto conducía en el siglo XVII el ciego fanatismo a personas

gobierno; tanto más ardua entonces y espinosa, cuanto era mayor la anarquía que había existido en Castilla hasta su época.

¿Y militaban las mismas razones respecto a la expulsión de los moriscos? Suponemos que nuestros lectores sabrán apreciar las circunstancias que concurrieron en las sublevaciones de estos, y las causas que motivaron el famoso decreto de Felipe III, para no detenernos aquí a exponerlas. Todo dependía de un sistema opresor¹⁰⁸, observado por el gobierno contra un pueblo que después de someterse a la suerte de las armas, sacrificaba sus creencias religiosas a la paz de sus hogares y admitía la religión de los vencedores. Felipe III heredaba con la Inquisición el mismo sistema que había abrazado en mal hora su padre; pero débil de corazón y falto del talento prodigioso de Felipe II, no comprendió que para cohonestar el rigor, malamente usado, eran indispensables aquellas dotes, y se dejó arrastrar de los consejos del fanatismo y de la intolerancia, haciendo reprehensible uso del poder que tenía en sus manos.

¿Qué beneficios obtuvo, pues, la monarquía? ¿Cuál fue el pensamiento político que presidió a la expulsión de los moriscos, pensamiento de que no se pudiera prescindir absolutamente?... O nosotros padecemos una equivocación gravísima, o no hubo realmente ninguna de aquellas grandes necesidades que todo lo autorizan, todo lo santifican; porque de ellas depende la salud del Estado. Si Felipe III o sus ministros se propusieron pasar por imitadores de los Reyes Católicos, se equivocaron grandemente; ignorando que no todas las medidas son adaptables a todos los casos, ni es posible prevenir todos los inconvenientes del gobierno, proponiéndose imitar sin examen ni criterio a los grandes personajes, cuyos hechos nos recuerda la historia. Nosotros admitimos la teoría de que sin el estudio de lo pasado no hay, propiamente hablando, ciencia de gobierno; pero ponemos por condición a ese estudio ante todas cosas que sea racional, que sea filosófico; es decir, que aparte las verdades eternas de los principios que sólo pueden acomodarse a épocas determinadas; y esto es precisamente lo que perdió de vista Felipe III. No hay, pues, entre los dos hechos que se comparan más analogía que la de tratarse de la expulsión de dos pueblos que habían morado en España por largos siglos, con la diferencia de que don Fernando el católico absolvía de aquel anatema a los que abjurasen del judaísmo, y don Felipe condenaba a todos los que tenían en sus venas sangre árabe, bien que mezclada ya con la castellana y abrazada la religión católica.

Réstanos sólo rebatir una opinión que hemos visto muy generalizada entre los escritores extranjeros y aun nacionales. Se cree comúnmente que los Reyes Católicos tuvieron un fuerte empeño en dar impulso al fanatismo religioso, y bajo este supuesto se les dirigen terribles cargos. Esto no es exacto: el fanatismo no fue hijo de la política de ningún rey; fue sí el espíritu dominante

encargadas del ministerio del sacerdocio ¿qué hubiera sido de los judíos, al llegar aquel sentimiento a su más alto punto de exaltación con el triunfo decisivo de Granada? Dejamos la respuesta a la sensatez de los hombres entendidos; y para terminar esta nota, citaremos otro libro que muy a principios del siglo XVI se dio a la estampa con el título del *Alborayque*, el cual trata de las condiciones y malas propiedades de los conversos judaizantes, deduciendo que no eran estos ni judíos, ni moros ni cristianos, entregándolos por tanto al odio y execración pública y procurando su exterminio.

108 Para que los lectores no versados en los estudios históricos puedan formar idea de lo que aquí decimos, no creemos inútil el trasladar lo que escribe don Diego Hurtado de Mendoza en su *Historia de la guerra de Granada* sobre la rebelión que estalló entre los moriscos en 1568. «La inquisición, dice, los comenzó a apretar más de lo ordinario. El rey les mandó dejar el habla morisca y con ella el comercio y comunicación entre sí: quitósele el servicio de los esclavos negros, a quienes criaban con esperanzas de hijos, el hábito morisco, en que tenían empleado gran caudal; obligáronlos a vestir castellano con mucha costa; que las mujeres trujesen los rostros descubiertos; que las casas acostumbradas a estar cerradas, estuviesen abiertas; lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa. Hubo fama que les mandaban tomar los hijos y pasallos a Castilla. Vedáronles el uso de los baños que eran su limpieza y entretenimiento; primero les habían prohibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme a sus costumbres y cualesquier juntas de pasatiempo.» No puede en verdad concebirse una opresión tan tiránica contra un pueblo vencido y humillado: los moriscos no pudieron sufrirla y tomaron las armas; pero sucumbieron nuevamente y fueron la mayor parte diseminados por todas las provincias interiores de Castilla. La opresión siguió con más furia, abortando al cabo el decreto a que aludimos, a principios del siglo XVII, cuando los moriscos eran impotentes de todo punto.

de la edad media, el pensamiento que presidía a todos los actos y el sentimiento unánime de nuestros mayores. Hallóse naturalmente establecido, sin necesidad alguna de que la política contribuyera a entronizarlo, por el mero hecho de haberse convertido la religión en un poder político. Su influjo, aunque con diferentes caracteres, no pudo menos de sentirse en todas las naciones europeas, porque en todas se habían congregado iguales elementos, cuyo principal móvil era la religión católica. En España, como en los demás países del continente, no descendió el fanatismo religioso de los gobiernos a los pueblos, sino que subió desde estos hasta los tronos. «En España, escribe nuestro querido y respetable amigo don Alberto Lista, es evidente esta dirección. Antes de que los Reyes Católicos expeliesen los judíos, habían sido éstos perseguidos y degollados en muchas ciudades, durante los reinados de Enrique III, Juan II y Enrique IV. El poder lejos de favorecer este espíritu fanático, protegía a los perseguidos, enfrenaba a los perseguidores, tal vez los castigaba. Pero ningún pueblo puede ser gobernado contra el torrente de sus ideas, y los Reyes Católicos no hallaron otro medio de mantener la paz de la nación, sino quitarle de delante de los ojos a objetos tan aborrecidos.»¹⁰⁹

«La política en vez de inculcar el error, se vio obligada a seguirlo.»

Se ve, pues, por estas observaciones, cuya autoridad queda robustecida con el relato que llevamos hecho en los capítulos precedentes, que los escritores que acusan de fanáticos e intolerantes a los Reyes Católicos¹¹⁰, apartándose del verdadero terreno de la crítica, o no han comprendido la marcha de la civilización en los tiempos medios, o han tenido demasiada mala fe, cuando han dirigido a doña Isabel y a don Fernando semejantes ataques. Los mismos argumentos pudieran hacerse contra todos los más señalados reyes de Europa.

En el siguiente capítulo trataremos de narrar los hechos relativos a la expulsión de los judíos españoles.

109 *Ensayos literarios y críticos*, Sevilla 1814.

110 No solamente se han dirigido a los Reyes Católicos estas acusaciones que rechazan la verdad y el buen sentido. Desde que Llorente dio a luz los *Anales de la inquisición* se hizo moda entre los escritores franceses el inventar toda clase de imposturas contra aquellos esclarecidos soberanos, llegando a manchar los nombres de los más altos personajes que en tan feliz reinado florecieron. Pero esta moda que ha pasado ya casi enteramente en la nación vecina, cundió también entre nuestros compatriotas, no faltando escritores que hayan atribuido todos los grandes proyectos de Isabel y de Fernando a la *codicia de allegar dinero*, calificando la mayor parte de sus hechos de *supercherías* y *latrocinios*. Mentira parece que haya habido españoles que así se atrevan a manchar los mas brillantes timbres del nombre castellano. Para estos mal aconsejados Aristarcos todo cuanto los Reyes Católicos idearon y con tanta gloria llevaron a cabo era fruto de aquel pensamiento y de aquella *ambición bastarda e incalificable*. Ambición tenían los Reyes Católicos: es verdad. Pero era la noble ambición del que aspira a labrar la felicidad de sus semejantes; la heroica ambición del que anhela que sea su pueblo el primero del universo; la gloriosa ambición del que realiza estos colosales proyectos, consumando la grande obra de la restauración de España, obra que había costado ocho siglos de sacrificios y que se había amasado con la sangre de cien generaciones. Llevados del incalificable afán de ver en todos los actos de los Reyes Católicos *latrocinios* y *supercherías*, asientan también que la expulsión de los judíos tuvo únicamente origen en el deseo de despojar a la raza hebraica de sus riquezas. A los que así discurren, a los que ven por este tenebroso prisma cuanto tiene relación con los grandes acontecimientos que vamos examinando, nada hay que responder, nada hay que argüir. Su escuela histórica no es la nuestra: ni les ambicionamos la gloria que puedan acarrearles estas opiniones, ni nos juzgamos obligados a disputársela. Sin embargo, después de escritas las obras de Clemencín, Washington Irwings y Prescott, no podían ya esperarse ataques de este género contra los Reyes Católicos. Esta moda va ya vencida.

X.

Dispersión de los judíos españoles por el mundo.

Resumen general de este ensayo.

(1492)

Efecto del edicto en los judíos. Alternativa en que se vieron. Carta de las aljamas de España a las de Constantinopla. Respuesta. Edicto de Torquemada. Abatimiento de los hebreos. Opiniones sobre el número total que salieron de la península. Judíos de Portugal. Don Juan II los acoge. Persecuciones del rey don Manuel. Los judíos llevan el idioma español a todos los pueblos. Resumen general. Libertad civil y religiosa. Servidumbre política. Contradicciones entre las leyes, y privilegios de las cortes y de los monarcas.

Hemos expuesto en el capítulo anterior las cuestiones de más bulto que resaltan del examen del famoso edicto de Granada, manifestando al propio tiempo nuestra opinión sobre cada una de ellas, con la imparcialidad y circunspección que asunto de tanta importancia requiere. En el presente nos proponemos dar cuenta a nuestros lectores del modo como se llevó a cabo el referido edicto y del efecto que produjo en los hebreos.

Publicado, pues, el decreto de los Reyes Católicos, en que se fijaba el término fatal e improrrogable de cuatro meses, para que desalojasen la península ibérica, no pueden ponderarse el desconsuelo y la amargura que se apoderaron de aquellos miserables proscritos: todos los sentimientos que por tantos siglos habían permanecido en ellos como apagados por las persecuciones; que habían sofocado, por decirlo así, el despecho y la indiferencia, vinieron a brotar en sus corazones de repente, poniéndoles delante el inmenso sacrificio que se les exigía y las pérdidas incalculables con que se les amenazaba. De un lado los ligaban al suelo de España las tradiciones y los recuerdos de familia, exaltando vivamente el amor que abrigaban por el hogar en que habían pasado sus primeros años, por la ciudad en que se habían aumentado sus riquezas, y por el cielo apacible que los cobijaba. De otro hablaban a sus intereses los grandes tesoros, cuya exportación se les vedaba en parte, quedando reducidos individualmente al último extremo.

La alternativa era terrible: la situación de los judíos era de aquellas que no prometen un cambio favorable, de aquellas que amenazan al menor movimiento con una catástrofe espantosa. El decreto de los Reyes Católicos les obligaba a salir de España o a abjurar del judaísmo, de la religión por que habían sufrido tantas persecuciones y derramado sus padres tanta sangre. ¿Podían los hebreos acogerse a aquella esperanza de salvación, recibiendo el bautismo como un medio, para evitar el desastre que veían sobre sus cabezas?... Esto no era ya realizable en manera alguna fuera de las matanzas, que el pueblo castellano había ensayado en el siglo XV contra los conversos, existía el tribunal del Santo Oficio para inquirir la conducta de los que judaizaban y aplicarles los más severos castigos, lo cual ni se ocultaba a los proscritos hebreos, ni hubiera hecho otra cosa que emponzoñar de nuevo su desesperada suerte.

La alternativa estaba reducida a abrazar el catolicismo con toda la sinceridad que pudiera aparentarse constantemente, o dejar para siempre el suelo de la península. El desconcierto y la aflicción de los judíos no podían ser más lastimosos. ¿A dónde volverse en su conflicto? ¿Qué partido tomar para salvarse del mar furioso, cuyas olas iban a envolverlos?... Faltos de valor y de consejo, recurrieron en medio de su angustia, en opinión de algunos historiadores, a sus *hermanos* de Constantinopla, para rogarles que les ayudaran; escribiéndoles, según se supone, los doctores y rabinos de las aljamas de Castilla en esta forma:

«Como hermanos y personas de nuestra ley, a quienes igualmente nuestra desventura toca, os damos parte de lo que acá pasa, para saber vuestro parescer e con él determinarnos a lo que

hayamos de seguir; y es que el rey de España de poco acá ha dado en hacernos grandes fuerzas e violencias; especialmente nos profana nuestras sinagogas, mata nuestros hijos, toma nuestras haciendas y lo que peor es, manda que dentro de cuatro meses o seamos cristianos, o salgamos de sus reinos. Sobre esto en particular nos envid vuestro parescer en cada cosa, porque este seguiremos: la turbación que tenemos no nos deja determinar. El alto Dios Adonay sea con todos.»

A esta demanda contestaron los rabinos de las sinagogas de la antigua Bizancio en estos términos: «Recibimos vuestra carta y cuanto fue posible nos dolió e dio pena vuestro trabajo e desasosiego; y en cuanto toca al parescer que nos pedís, comunicado con los mas sabios rabís y hombres de buen ingenio desta sinagoga, nos parece que el mejor y postrer remedio con que todo lo acabáis es baptizar los cuerpos, quedando los ánimos firmes en lo que se debe a nuestra ley y con esto os podréis vengar de todos los agravios que os han hecho; porque si os han profanado vuestras sinagogas, haced vuestros hijos clérigos y profanaréis sus iglesias; si os han matado vuestros hijos, haced vuestros hijos médicos y mataréis los suyos; si os han tomado vuestras haciendas, tratantes sois, tratadlos de manera que presto sean vuestras las suyas y haciendo esto vengaréis hecho y por hacer. El alto Dios Adonay sea con vosotros.»¹¹¹

El consejo a ser tan cierto como algunos pretenden, no podía ser más siniestro; pero los judíos, rabbies y hombres de buen ingenio de Constantinopla ignoraban sin duda que era impracticable, merced a la previsión de los Reyes Católicos que habían asegurado la unidad religiosa, en la forma más adecuada a las circunstancias y a los tiempos, como largamente dejamos observado. Corrían entre tanto los meses de abril y mayo y aproximábase el plazo terrible, fijado en el edicto de Granada¹¹². Fray Tomás de Torquemada había armado también sus falanges contra los

111 Biblioteca de Madrid M. SS. *varios*, recogidos por el erudito Burriel. Estos documentos que tan cuidadosamente recogió el P. Andrés de Burriel, para formar la colección donada a la Biblioteca de Madrid por don Felipe V, son puestos en tela de juicio por algunos escritores, fundados en que se hallan redactadas estas mismas cartas de distinta manera. Sin que nosotros nos detengamos aquí a debatir esta cuestión, que de ningún provecho es para nuestro propósito, pues que no les damos entero crédito, nos parece oportuno el copiar las versiones de estas cartas, que han llegado a nuestras manos, para conocimiento y recreo de nuestros lectores: He aquí la que los judíos españoles dirigieron a los de Constantinopla.

«Judíos honrados: salud e gracia: Sepades que el rey de España por pregón público nos hace volver cristianos y nos quiere quitar las haciendas y nos quita las vidas y nos destruye vuestras sinagogas y nos hace otras vejaciones, las cuales nos tienen confusos e inciertos de lo que debemos hacer. Por la ley de Moysen os rogamos y suplicamos tengáis por bien de hacer ayuntamiento e inviarnos con toda brevedad la deliberación que en ello habéis fecho.—Chamorro, príncipe de los judíos de España.»

La respuesta se halla concebida en estos términos:

«Amados hermanos en Moysen: vuestra carta recibimos, en la cual nos significáis los trabajos e infortunios que padecéis de los cuales nos ha cabido tanta parte como a vosotros. El parescer de dos grandes sátrapas e rabies es el siguiente: a lo que decís que el rey de España os hace volver cristianos, que lo hagáis, pues no podéis hacer otro. A lo que decís que os manda quitar vuestras haciendas, haced vuestros hijos mercaderes para que les quiten las suyas y a lo que decís que os quitan la vida, haced vuestros hijos médicos e apotecarios para que les quiten las suyas; y a lo que decís que destruyen vuestras sinagogas, haced vuestros hijos clérigos para que les profanen y destruyan su religión y templo. A lo que decís que os facen otras vejaciones, procurad que vuestros hijos entren en oficios de república para que sujetándola, os podáis vengar dellos. Y no salgáis de esta orden que os damos, porque por experiencia veréis que de abatidos, vendréis a ser tenidos en algo.—Ussuf, príncipe de los judíos de Constantinopla.»

No falta quien diga que estas cartas fueron inventadas por el cardenal Silíceo, para que fuesen los judíos odiados por la muchedumbre y tener nuevos pretextos, para ensañarse en los judaizantes. Otros suponen que fueron encontradas por aquel inquisidor general en el archivo de la catedral de Toledo.

112 Tenemos a la vista el tomo I de la *Historia del reinado de los reyes católicos*, escrita por Williams H. Prescott y traducida por don Pedro Sabau y Larroya, en donde al tratar de este acontecimiento memorable, se dice que apelando los judíos a su constante política ofrecieron a los reyes treinta mil escudos, para que anularan el edicto. «El inquisidor general Torquemada, prosigue el historiador anglo-americano, entrando en el salón del palacio donde los reyes daban audiencia al comisionado judío y sacando un crucifijo de debajo de los hábitos, lo presentó exclamando: *Judas Iscariote vendió a su maestro por treinta dineros de plata; vuestras altezas le van a vender por treinta mil: aquí está, tomadle y vendedle.*» Sobre no parecernos verosímil esta anécdota, la creemos ofensiva a los Reyes Católicos, a quienes se juzga aquí tan débiles y miserables que por treinta mil escudos iban a cambiar el plan

proscritos: en el siguiente mes de abril publicaba otro edicto, prohibiendo a todos los fieles el trato y roce con los judíos, luego que expirasen los cuatro meses fijados, «sin que, como expresa Mariana, a ninguno fuese lícito de allí adelante dalles mantenimiento, ni otra cosa necesaria, so graves penas al que hiciese lo contrario.» Ya no quedaba a los descendientes de Judá esperanza alguna. Las leyes civiles y las eclesiásticas habían caído sobre ellos, para pulverizarlos: nadie podía acudir en su ayuda, y los pueblos que no había mucho tiempo habían pensado en su exterminio, ni tenían de ellos compasión, ni a haberla tenido hubieran tampoco podido moverse en su alivio, atrayendo sobre sí la ira del Santo Oficio y la indignación de sus reyes, que como hemos visto no hacían otra cosa que cumplir con la ley de la necesidad la más exigente e imperiosa.

Abandonados de todo el mundo, amenazados con la esclavitud y la muerte, los judíos de España comprendieron al fin que la expatriación que se les imponía, como precepto, era la única senda de salvación que les restaba; y en medio de aquel universal naufragio, solo atendieron a salvar en sus los hebreos. hombros los restos de su pasada opulencia, llevando sus profanados lares a otras naciones, en donde habían de ser nuevamente hollados y escarnecidos. Lástima causa verdaderamente el leer lo que sobre este punto refieren nuestros cronistas, si bien casi todos han tributado a los Reyes Católicos los mayores elogios por esta importante medida. La humanidad no puede, en efecto, menos de resentirse, al imaginarse a aquel miserable rebaño errante y desvalido, llevando sus miradas hacia los sitios en donde dejaba sus más gratos recuerdos, en donde descansaban los huesos de sus mayores, y lanzando profundos suspiros y lastimosas quejas contra sus perseguidores. Cuando en la *Historia de Segovia* de Diego de Colmenares encontramos que los infelices hebreos que habían morado en aquella ciudad hasta la expedición del célebre edicto de marzo, antes de resolverse a abandonar sus hogares, habían estado tres días en el cementerio de sus padres, regando las huesas con su llanto y enterneciendo con sus lamentos a cuantos acertaron a oírlos, confesamos que en el cumplimiento de las órdenes de Isabel y de Fernando hubo más crueldad de lo que hubiera debido esperarse y convenía tal vez al pensamiento político que había precedido a tan ruidosa medida.

Sea como quiera, hostigados por todas partes, abandonaron a España los judíos, embarcándose en diversos puertos y derramándose por las naciones. «Salieron en el año señalado (dice el analista Abarca) cuatrocientos mil según unos: otros doblan el número, ¿quién lo podría fijar? La cuenta de las casas y familias parecerá menos difícil; y muchos la suben a ciento setenta mil: de estas, las treinta se entraron en Portugal, otras en Navarra, de donde salieron para Alemania y varias provincias del Septentrión; pasó gran parte a África¹¹³, a Grecia y Asia. Muchos aportaron a Nápoles con peste, y sintió el reino la plaga por un año, y muchos no admitidos del mar, volvieron a España, en donde por el espanto y miedo se hicieron cristianos.»

Casi todos los historiadores convienen en la dirección que tomaron los judíos en sus diversas expediciones: no así en el número de los que fueron echados de la Península, apuntando unos que sólo ascendieron a ciento veinte y cuatro mil¹¹⁴ fijando otros la suma de noventa, y afirmando otros

de una política tan maduramente pensada, como conveniente al estado de la nación. Creemos que basta lo que dejamos manifestado para refutar éste que no pasará nunca de ser un cuento, más o menos flexible a los comentarios de los escritores que no traten estos puntos con entera imparcialidad y bajo el punto de vista más filosófico.

113 Lástima causa verdaderamente el leer la narración que hacen los historiadores de la expedición de los judíos al África: asaltados por las tribus feroces del desierto, cuando desde Ercilla se dirigían a Fez, no hubo género de insultos que no experimentaran. «Aquellos bárbaros sin ley y sin freno, dice Prescott, mezclando la brutal concupiscencia a la avaricia, se entregaron a excesos aun más espantosos (les habían robado) violando las esposas y las hijas de los indefensos judíos y degollando a sangre fría a los que oponían resistencia.» Los que escaparon de manos de los salvajes, parte perecieron de hambre y parte volvieron a Ercilla, recibiendo el agua del bautismo un crecido número, según refieren autorizados historiadores.

114 Fuentes.—*Diario histórico*, tomo III.—El Hakam Rabbi Isahak de Acosta en el capítulo XXV de la segunda parte de *Sus Conjeturas sagradas* dice, al comentar el *Libro de los Reyes* lo siguiente, respecto a este punto. «Allí (en España) opulentó nuestra nación por una especie de Providencia, y allí florecieron varones muy insignes y muy

finalmente, que llegaron a ciento cinco mil, en esta forma: de Andalucía salieron tres mil familias; de León veinte y siete mil; de Zaragoza treinta mil; de Ciudad Rodrigo y el Villar veinte mil; de Valencia de Alcántara y Malboan quince mil; de Badajoz y Yelves diez mil. La razón más segura fluctúa entre esta diversidad de opiniones, no siendo posible fijar un número que pueda tenerse por cierto. El [cura de los Palacios](#) rebaja notablemente estas sumas, reduciéndolas a treinta y cuatro mil familias.

Los que, perdida toda esperanza de volver a su querida patria, se alejaron más de ella, internándose en el norte de Europa, hubieron mejor fortuna que los que, acariciando la idea de ser restituidos al suelo que los vio nacer, se entretuvieron dentro de la península, pidiendo hospitalidad en Portugal. Cuenta el citado Abarca que habiendo enviado los judíos a este reino algunos exploradores, para que se informasen del estado del espíritu público, respecto a ellos, contestaron dichos enviados de este modo: «La tierra es buena, la gente es boba, el agua es nuestra: bien podéis venir que todo lo será». Animados los judíos con semejante vaticinio, corrieron en gran número a Portugal; pero allí encontraron nuevo pábulo a su desconsuelo. «Gran número de esta gente, escribe el padre Mariana, se quedó en Portugal, con licencia del rey don Juan el segundo, que les dio con condición que cada uno de ellos pagase ocho escudos de oro por el hospedaje y que dentro de cierto tiempo, que se les señaló, saliesen de aquel reino, con apercibimiento que pasado el dicho término, serían dados por esclavos, como muchos de ellos lo fueron dados adelante; y después por el rey don Manuel les fue restituida su libertad, luego al principio de su reinado».

El pretexto que tuvo el rey don Juan II de Portugal para observar esta conducta, no fue en verdad el más humanitario y justo. Habíase fijado el número de seiscientas familias en el permiso que dio el rey a los judíos, para que entrasen en aquel reino, y como excediesen de él los refugiados; tomóles los hijos y con una crueldad, digna de toda censura los envió a las islas desiertas, que entonces se descubrieron y apellidaron de los lagartos, conociéndose después con el de Santo Tomé, en donde habían de perecer infaliblemente. Declaró además como esclavos a los que no pagasen la imposición acordada; y cuando dejó el trono a su cuñado don Manuel, llegó a ser la posición de los judíos mucho más precaria y desastrosa. Decretó este rey en 1495 (5247 de la creación) que en el término de tres meses salieran todos de sus dominios o tomasen el agua del bautismo, ofreciéndoles la alternativa de quedar por esclavos y señalándoles los puertos en que deberían embarcarse. Concurrieron a ellos los desconsolados hebreos y ya fuese por el deseo de exterminarlos, ya por otras razones que se ignoran, no estuvieron los barcos dispuestos a darse a la vela para el día prefijado, y fueron aquellos dados por esclavos, separando a los padres de los hijos, con el objeto de lograr de este modo reducirlos a la religión cristiana.

Las persecuciones de los judíos habían, como hemos indicado ya, exaltado al más alto punto sus sentimientos religiosos: no era, pues, creíble que los que abandonaban los hogares de sus antepasados por no abjurar de su credo; los que se habían visto arruinar y matar en mitad de las calles, arrojados ya de su antigua patria de adopción, recibieran el bautismo en un país extraño, en donde no habían sufrido en verdad menores ofensas. Los judíos se negaron por tanto a admitir el

célebres academias, hasta el año de la creación de 5252, que corresponde al de 1492 de la cuenta cristiana, en que fueron expulsados por decreto de Fernando y de Isabel, reyes de España; lo cual se cumplió el día 9 de Ab. fatal por la destrucción de los dos templos, no siendo menos deplorable en su grado la que siguió de salir de una tierra, donde estuvieron habituados al pie de dos mil años, *trescientas mil personas*.» Sin embargo, el número de almas que señala Isahak de Acosta es muy superior al designado por varios de nuestros historiadores y al que se deduce del examen de algunos documentos coetáneos. Sobre esto es importantísimo el cálculo que se desprende de lo que dice el cura de los Palacios. Afirma este escritor que por confesión de un rabino o judío converso y bautizado por él mismo, ascendían al numero de treinta y cuatro mil familias los hebreos que salieron de España. Suponiendo que cada familia tuviese cinco individuos, lo cual no es excesivo, atendidas las costumbres judaicas, se obtiene el total de ciento setenta mil almas. Se ve, pues que aquel escritor rabínico exageró grandemente el número de los expulsados, a no ser que comprendiera en él a los judíos que en 1498 salieron de Navarra y en 1495 y 1506 fueron arrojados de Portugal. (Bernáldez, [Reyes Católicos](#). MS capítulo 110.—William H. Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, parte primera, cap. XVII.)

agua del bautismo; y esta conducta que debió respetar el rey de Portugal, atrajo sobre sus cabezas no menores anatemas. No bastando la persuasión, se echó mano de la fuerza y los proscritos hebreos, sin defensa alguna posible, fueron conducidos a millares a los templos católicos, en donde les arrojaron el agua encima, creyendo que esta profanación podía cohonertarse con declarar que se lograba de este modo su salvación eterna. Muchos judíos fueron víctimas en este atentado de su constancia o de su fanatismo: no pocos provocaron la ira de sus perseguidores hasta recibir la muerte, que veían como un faro de salvación en tan repetidas y sangrientas tribulaciones: gran número de ellos pusieron término a sus días con sus propias manos o se arrojaron en pozos y cisternas antes de abandonar la ley de sus mayores.¹¹⁵

Nuestro severo Mariana, al hablar del edicto de Sisebuto, reprueba con honrada entereza la determinación anti-evangélica de aquel monarca godo: el obispo don Jerónimo Osorio, cronista del mismo rey don Manuel, no se mostró, al narrar los hechos de que vamos tratando, menos noble y digno de su alto ministerio. En el primero de los doce libros que escribió con el título *De rebus Emmanuelis*, reprobando un proceder tan ajeno del nombre cristiano, llega al punto de decir «que fue aquella acción inicua e injusta, engaño y fuerza cometidos contra los judíos, contra las leyes y contra la religión misma.»¹¹⁶ Esta persecución, la más cruel y terrible de cuantas habían en España sufrido los hebreos, no pudo menos de llamar seriamente la atención de la Santa Sede. Gobernaba a la sazón la iglesia el pontífice Clemente VII y horrorizado, al escuchar la relación de estragos tan fieros, movióse a tender una mano protectora sobre aquella miserable grey, expidiendo una Bula, que aceptó plenamente el Consistorio, para que pudiesen pasar libremente a morar en sus dominios cuantos judíos hubieran abrazado por fuerza la religión cristiana. Declarábase en dicho documento que no se molestaría absolutamente a los que volviesen a profesar la ley de Moisés, ni se trataría de inquirir sus vidas; y confirmada la Bula por Paulo III y Julio III que sucedieron a Clemente, pasaron a Ancona multitud de judíos, hallando en el territorio de la Iglesia el puerto de salvación que en España se les había negado.

Don Juan III de Portugal y su hermano, el cardenal don Enrique, se opusieron, sin embargo, a la voluntad de los pontífices, haciendo pregonar en todo el reino un edicto por el cual se ordenaba que no saliese de él ningún hebreo so pena de la vida. Esto dio ocasión a serios altercados con la corte de Roma, tomando parte en tan importante cuestión jurisconsultos tan célebres como Alciato y el Cardenal Parisio, quienes probaron *de ratione et de jure* que no habían caído en censura alguna los judíos, puesto que bautizados violentamente, sólo habían reconocido el hecho de la fuerza. El resultado de estas controversias fue al cabo favorable a los judíos: los príncipes de Italia, el Gran duque de Toscana, Cosme de Médicis, Hércules el de Ferrara, y Emanuel el de Saboya, abrieron sus dominios al pueblo proscrito, encontrando en ellos seguridad y amparo.

Los que faltos de medios o apegados en demasía a la península ibérica, no pudieron emprender el viaje y guarecerse en Italia, continuaron sufriendo toda clase de vejaciones hasta que en 1506 (5266 de la creación) un fraile de la orden de Santo Domingo, excitando al populacho a la matanza con un crucifijo en la mano, renovó en Lisboa las sangrientas escenas de Sevilla en 1392. El rey don Manuel tomó de este atentado la enmienda que convenía a su decoro en desagravio de la humanidad, bárbaramente ofendida; y el fraile que capitaneaba los sediciosos fue quemado vivo, despojando a la capital del reino del título de *muy noble y muy leal* por el espacio de tres años, como asientan todos los cronistas de aquella época. Pero apartando la vista de estos horrores, volvámosla a nuestro principal asunto.

Al expirar, pues, el término fatal de los cuatro meses, veían los Reyes Católicos cumplidas sus soberanas disposiciones y contaba España gran número de almas de menos entre sus hijos. Pero el siglo XV, que era llamado a presenciar tan grandes acontecimientos, tan heroicas hazañas llevadas a

115 Abraham Usque, Isahak Abarvanel, Rabbi Jehudlá Hayat y Rabbi Abraham Zacuto refieren estos hechos, como testigos.

116 Facto quidem iniquam et injustam... Vis et dolus judæis illata, fuit quidem hoc neque ex lege, neque ex religione factum.

feliz término y remate por los hijos de Iberia, no preparaba consecuencias menos favorables para el XVI con la expulsión de los judíos, que con aquellas famosas empresas. Iba a levantarse grande, poderosa y temida entre todos los pueblos del mundo. América, descubierta por el sabio y magnánimo Cristóbal Colón en el mismo año de 1492, debía abrir sus vírgenes entrañas para ofrecerle sus tesoros; Italia se prevenía para presentarle el rico homenaje de sus ciencias, de sus artes y de su literatura; los pendones castellanos se preparaban para volar con sus leones desde el uno al otro confín de Europa; y por un inexplicable arcano de la providencia, los judíos se derramaban por el mundo, para pregonar su poder y llevar a todos los pueblos las tradiciones, las costumbres, la literatura y el idioma, que habían de inmortalizar después ingenios tan sublimes como Calderón y Cervantes.

Este fenómeno que no ha sido considerado hasta ahora por nadie, por que no ha sido hasta ahora bien reconocido, tiene una explicación más directa, más natural y completa de lo que a primera vista parece. Pero esta explicación es absolutamente literaria, pareciéndonos por esta causa inoportuno el traerla al terreno en que nos encontramos. Cuando hacina un pueblo brillantes conquistas y laureles del modo que lo hizo España en la era de Fernando V y de Carlos I; la gloria, el esplendor de las batallas se sobrepone y oscurece a los demás hechos dignos de examen, librándose lo porvenir sólo en la suerte de las armas. La crítica desapasionada, sin deslumbrarse con tanta grandeza, sin dejarse arrebatar por el torbellino de los aplausos, debe sin embargo pesar las cosas en otra balanza y deducir de ellas la verdad más pura, mejor quilatada. Pero proponiéndonos considerar más adelante la influencia que ejerció en España la raza proscrita, bajo el aspecto literario, permítasenos suspender aquí nuestra tarea, no sin reasumir antes los hechos de mayor bulto que hemos tocado en esta reseña histórico-política, a fin de presentar un resumen lógico y exacto de ellos.

Hemos visto, pues, en los tiempos de la monarquía goda reprimidas las pretensiones de los hebreos por los Concilios nacionales, anatematizados sus errores y ennoblecidos los que abjurando de ellos, abrían los ojos a la luz del Evangelio: la ingratitud y el deseo de la venganza empujaron en aquella época al pueblo de Ataúlfo y de Teodorico al principio, a donde los llevaban su corrupción y su molicie. Hermanados con los africanos, a cuyos golpes cayó el trono de don Rodrigo, recibían más tarde el yugo de los descendientes de don Pelayo, siendo víctimas de sus rencores e inmolados al fanatismo religioso, desposeído entonces de la tolerancia predicada por el Salvador del mundo. Las necesidades del pueblo cristiano eran después las medianeras que entre ambas razas aparecían, para reconciliarlas en lo posible, si bien quedaban vivos los odios hereditarios con la diferencia de la religión y de las costumbres. La industria, la constancia y la astucia de los hebreos les conquistaban, en fin, si no la benevolencia y el amor de los castellanos, la seguridad individual, la protección de sus propiedades, y más adelante cierta libertad civil, que no podía menos de formar un contraste sorprendente con el género de vida que llevaban los judíos, con los instintos del pueblo cristiano y con el espíritu de los tiempos, bien que solo a esta última causa debe atribuirse aquella especie de fenómeno.

El pueblo proscrito, como habrán podido deducir nuestros lectores de cuanto llevamos asentado, se hallaba constituido de diferente manera, se gobernaba por distintas leyes y tenía diversos jueces que el pueblo castellano. Ya provinieran su constitución y sus leyes de los privilegios que hemos mencionado; ya fuesen hijas de la separación que entre las dos naciones existía: ya en fin del odio que los cristianos profesaban a los descendientes del pueblo deicida, el hecho no es menos cierto ni menos digno de un estudio profundo. Existía la libertad civil respecto a los hebreos dentro de las murallas de las juderías, porque existía la independencia en los tribunales, porque eran respetados los fallos de éstos, y sólo la potestad real podía intervenir en los asuntos propios de ellos. La libertad religiosa no estaba menos garantizada por las leyes: únicamente en los casos de cometer los hebreos algún sacrilegio contra la religión católica, se sometían al juicio de los obispos, en cuyas diócesis moraban, resignándose entonces a sufrir los castigos impuestos por los cánones a esta clase de delitos. En el orden civil, en el orden criminal tenían sus *adelantados* y sus

rabbíes, sus alcaldes y sus porteros para la administración de justicia. Un código especial¹¹⁷, común a todas las *juderías*, era la norma a que los *adelantados* acomodaban sus sentencias, de las cuales podían apelar a los rabbíes, y de las de estos al rey, si alguna de las partes no se conformaba con el fallo de tribunales semejantes. En el orden criminal iban todavía más lejos: deseando los reyes de España respetar las antiguas tradiciones de los descendientes de la tribu de David y de Judá, les habían tolerado que gozaran el privilegio de pedir en un día determinado la vida de un hombre: los judíos se mantuvieron en la posesión de este privilegio hasta que en 1391 dieron muerte en Sevilla a don Yusaph Picho, motejándole del *malsín*, porque había conquistado el respeto y el cariño de los castellanos. El rey don Enrique II, para castigarlos por tan pérfida conducta, «les privó de poder ejecutar pena capital»,¹¹⁸ arrebatándoles al propio tiempo el privilegio referido.

A medida que el imperio castellano había ido ensanchando sus límites, habían ido también perdiendo los hebreos representación e inmunidades: en las cortes de Soria, celebradas en 1380, se disponía por el artículo segundo que sólo pudieran dictar sentencias los jueces hebreos «en los casos de muerte o perdimiento de miembros», sometiéndose los demás asuntos a los merinos y jueces de Castilla: en las de Valladolid habidas en 1385, se les limitaron aun más estos privilegios por las peticiones XV.^a y XVI.^a quitándoles los *porteros*, *entregadores* y *alcaldes*; en la bula de Benedicto XIII se les prohibió finalmente el que pudieran ser jueces en causas suyas o ajenas, vedándoseles, para término de opresión, en las constituciones del Concilio zamorano de 1413 el que pudieran servir de testigos. Así al principiar el siglo XV, perseguidos a mano armada, desamparados por las leyes, no formaban ya los judíos aquel pueblo que en los anteriores siglos aparecía opulento e independiente dentro de sí propio; sino un rebaño expuesto a la rapacidad de los que se habían teñido ya en su sangre; un rebaño abandonado por sus propios pastores, sin defensa, sin concierto, y sin esperanza alguna de recobrar su antiguo lustre.¹¹⁹

117 Este código formaba parte de su derecho religioso incluido en el *Talmud*; por el que tenían sus jueces supremos en toda España, dándoles el nombre de *nassis* o *gaones*.

118 Zúñiga, *Anales de Sevilla*.

119 A pesar de esta observación justificada por los hechos expuestos en los anteriores capítulos, todavía es digno de observarse que hasta pocos años antes de la publicación de la bula de Benedicto XIII y del concilio de Zamora, conservaban los judíos su libertad civil, como se advierte por varios documentos de aquella época. Entre otros debe llamar la atención de los que se dediquen a examinar estas importantes materias, el testamento público de un rico judío, vecino de la villa de Alba de Tormes, llamado D. Judá, otorgado en el año de 1410 y concebido en estos términos:

«Yacendo dolente en el primero punto de su postrimería; Yacendo en su lecho, y cabe él haciendo gran duelo doña Sol, su mujer, fija de Mosén Tuisillo; y junto a su Alfolla, doña Jamelica, niña de diez años andados de su infancia, y Sadoy y Benxamin sus hijos. Los ollos del honrado viejo puestos en ellos, dijo: Fago mi testamento en señal; fecho valga como cosa fecha en el mundo para el siglo que nos ha de tener.

»La muerte non la niego, pues tan cierta es. Mis consejos en mis postrimeros días tomaréis, y tomándolos mando: que entre vosotros no haya riñas ni maldichos, y vos mando que mantengades buena hermandad y parentesco no postizo, ca misijos sodes, si no dígalos la vuestra madre que lo bien sabe. A la cual se dé toda credulia como buena que ella es tal sea mi fin.

»Yo doy gracias al alto señor Adonay que fizo todo el mundo, que mos mantiene, e que no me fizo bruto y me ha mantenido hasta agora en sus manteneduras; que bueno es e noble el varón que en sus postrimerías e senetud muere para vivir: que así lo querrá el Dios, que la mi esperanza siempre fue en el su amor. E pues tierra soy e a la tierra me vuelvo, mando: que no sea llorado, e que no sea quebrantado. Por mí, vos doña Sol, non fagades malandanza por mí, ca yo vos tengo por tal, que aunque vos diera el libelo del repudio non le quisiérades y así me lo dijiste: *maguer me lo diesedes, non lo tomare, que el vuestro zapato es firme porfía de mi corazón*. E yo vos dije: *así lo quiero* e lo quiere el Dios: que marido e mujer somos, e tres veinte años ha que face agora que nos gozamos e yacemos en uno e muero en el tiempo agrado a todos.

»Mi cuerpo sea sepultado y puesto en mortaja e así me entierren en el campo dinado, do yacen mis antepasados que el Dios buen siglo dé en tierra tiesta ni tañida ni tocada. No me pongan ni de pie ni echado: será fecha en la fuesa una selleta firme donde asienten mi cuerpo y cara puestos a Oriente, inclinante al sol y su salida. Siéntase mi muerte por las tres Aljamas, Bonilla, Segovia, Alva: bien quisto fui de mi parentela, y así espero ser en el siglo venidero. Digan todos guay, guay, que ya murió el que bien facía.

Lleva el jabuli Namisanto y Moisen Juisillo y su fijo y a todos les ayudará Samuel, ca mis parientes son. Darles han sendas aljubas en señal que no se ha olvidado el parentesco; y cantarán el jamul en remembranza del

La organización religiosa de los judíos españoles, que influyó directamente en su engrandecimiento fue también causa de su decadencia, luego que el elemento religioso se trocó entre ellos en ciego fanatismo, merced a las persecuciones e injurias que recibían continuamente.

Dejamos observado en el discurso de la reseña, a cuyo término llegamos, que los hebreos contribuían del mismo modo al sostenimiento del Estado que al de la iglesia. Ya hemos examinado, en prueba de nuestro aserto, el repartimiento célebre de Huete: la carta dirigida por don Fernando IV a los judíos de Segovia en 1302 y el repartimiento hecho en 1474 por Jahacob Aben Núñez, nos ha suministrado también bastantes datos para saber en la manera que acudían a llenar el servicio ordinario; respecto al extraordinario, en que la necesidad del momento era la ley suprema, no eran en verdad los judíos los que llevaban la más pequeña parte; porque teniendo apenas riqueza territorial, y consistiendo sus capitales en géneros que no podían ocultarse fácilmente, se prestaban más pronto a los apuros públicos, pasando los tesoros de sus arcas a robustecer las del erario.

En el orden político sufrían por tanto todas las cargas sin ejercer ninguno de los derechos. Verdad es que compraban con el oro, como los pueblos de Castilla, los privilegios y las leyes; pero sólo recibían dichos fueros como un presente debido a la munificencia de los soberanos; cuando los pueblos demandaban las leyes en cambio de sus servicios, no como una gracia más o menos fácil de dispensar, más o menos fácil de adquirir; sino como un derecho conquistado por la sangre, como una garantía indispensable para la existencia del Estado. Los judíos, pues, no gozaron ni pudieron gozar de libertad política: a haberse verificado esto, no hubieran representado por cierto el papel de perseguidos, ni los estandartes cristianos volado al cabo sobre los minaretes y torres de Granada. La constitución de los hebreos, si tal puede llamarse la forma de vida que hicieron en España, fue y debió ser meramente civil, y por tanto incompleta; lo cual no deja de llamar la atención, cuando se considera que pudo guardarse aquella línea divisoria, especialmente en los siglos que precedieron al rey don Alonso, el Sabio, siglos en que el derecho era un caos, y en que nada se hallaba definido ni reducido a sus términos propios. Después de la aparición de las *Partidas*, código el más completo de la edad media, la empresa era mucho más fácil y hacedera.

Poniendo término a este resumen histórico-político, más compendioso tal vez de lo que exige la materia de que tratamos, observaremos finalmente que en el largo período de los contratiempos y persecuciones que experimentaron los judíos, en medio de las gracias y concesiones de los reyes, de las hostilidades y reclamaciones de las cortes; la historia del pueblo hebreo presenta un cúmulo de

Arca del Testamento de los hijos de Israel, porque no se ponga en dudanza que fueron sacados de la catividad terrible. Farán bien a todas las sinagogas y dirán dichos temerosos, tristes de tristeza y con gran gozo; y con gran duelo, a manera de los que dijeron los hijos y hijas de Israel de nuestra ley, que así muero en ella como bueno y honrado. Fago mejora a mi fija doña Jamelica de las manteneduras fasta otros siete años sobre los que ha. Quien lo tocare y dijere mal por sí lo vea! Ternanla sus hermanos toda honra, porque se vean honrados, fasta que la den marido de nuestra generación; el cual la señalará mayor pariente que sea hermano o primo y además de su herencia igualada con mis hijos, llevará de mejora en dote, como lo mandan los establecidos de las leyes, cincuenta mil maravedís de la moneda de nuestro rey don Juan que el Dios guarde; y mas las alfollas apodadas por los apodadores.

»E si el Dios no la diera hijos, no es mi intención que lo quiten a Sadoy, ca bueno y cómodo me fue. El cual se aventaje en ello, porque lo quiero yo, que lo merece: que le firieron en Toledo en una pierna con un cuchillo de carnicero e non se querelló de bueno. E quien pasa mal y derrama sangre, que le fagan bien, que pudiera morir e non murió, que el Dios le guardó para facer bien.

»Mis casas en que yo vivo con las albollas que en ella son, llevará mi mujer y más su dote que nada le falte de ello, y pues es suyo ello la valga.

»Hayan todos mis bienes Sadoy, Benxamin, e doña Jamelica, asegurados por personas de quien los han de tomar, sin reyerta ni engaño, que no es bien, ni el Dios lo quiera.

»Nos Juce, Acebi, Sevi, hacedores de esta escritura, le dijimos: el Dios vos lleve por buen camino don Judá, e vos dé de buena postrimería: que habéis hecho como bueno, y sin codicia agora lo dejáis y él dijo: si dego, que el mundo faga como mundo; y volvió la cara facia la pared con gran ansia, non lloró que esforzado era: el Dios lo haya en su guarda que muerto es. En el año de mil cuatrocientos y diez años, en la villa de Alva de Tormes. Testigos, Joide Galga, Lain Navi, Mosen Casa, Sozal Faya, vecinos del testador, y firmámosla con nuestra señal, Juce, Acebi, Sevi.»

contradicciones e inconsecuencias, dignas de ser detenidamente estudiadas para ser completamente entendidas. No puede por estas razones menos de excitar la curiosidad, el ver a cada paso habilitadas y refundidas por las asambleas nacionales, las mismas leyes que estaban vigentes y que no podía suponerse ni aun remotamente que habían caído en desuso: por estas razones llama la atención el hallar reproducidos los privilegios, cédulas, pragmáticas y cartas reales que favorecían a los hebreos, no pareciendo sino que los reyes de Castilla intentaban imitar a la ilustre esposa de Ulises, tejiendo y destejiendo aquella interminable tela.

Pero todo se resentía del estado en que la nación se encontraba entonces: la lucha sangrienta entre la nobleza y la potestad real del Estado, que tanto se había exasperado en tiempo del rey sabio, al dar a los pueblos los fueros municipales y a las ciudades el real, fueros que ponían a los primeros al abrigo de los desmanes de los magnates, y despojaban a las segundas de las cartas-pueblas; lucha que a cada momento se renovaba para satisfacer personales ambiciones y caprichos reprensibles, todo lo alteraba, todo lo confundía, echando por tierra mañana lo que hoy proclamaba como santo y bueno y arraigándose de esta manera los abusos en el mismo santuario de las leyes, frecuentemente profanado con repugnantes escenas. Así, pues, las relaciones que existían entre el pueblo castellano y la raza judaica, no podían tener aquel carácter circunspecto que tal vez debería exigirse de la marcha lógica de las cosas; habiendo por otra parte de reconocerse que los descendientes de David no influyeron poco con su falta de franqueza, con su astuto proceder, y con sus continuos desafueros a empeorar sus destinos, acabando, a fuerza de abusos, por legitimar el odio del pueblo, las restricciones de las cortes, la aversión del clero, y finalmente la conducta de Isabel y de Fernando, quienes ante todas cosas deseaban para su país paz y bienandanza, no esquivando ningún sacrificio para obtener tan apetecibles dones.

El estudio que llevamos hecho hasta aquí tiene por complemento natural el *examen de la literatura Literatura rabínica española*: tarea ardua es la que nos proponemos acometer al comenzar este trabajo; pero no tan difícil, como se piensa generalmente, sin reconocer las obras sobre que ha de recaer el juicio del historiador; y aunque nueva, no tanto que no podamos tener quien alguna vez nos sirva de guía.

ENSAYO SEGUNDO.

ESCRITORES RABÍNICO-ESPAÑOLES.

קחמוסר' ואל כסף: ודעת מחרוץ נבחר

Accipite disciplinam meam et non pecuniam: doctrinam magis quam aurum eligite.

Recibid mi enseñanza y no dinero; elegid la doctrina antes que el oro.

(Proverbios, cap. VIII, vers. 10.)

I.

Primera época. Siglo XI.

Los libros de Isaaque y las Cartas de R. Samuel Jehudi.-R. Samuel ben Cophni. R. Isahak Bar Baruq. R. Jehuda ben Barsili. R. Selomoh ben Gabirol. R. Isahak ben Reuben. R. Joseph bar Meir Haleví. R. Moseh Aben Hezra y otros escritores del mismo siglo.

«La época de los escritores rabinos españoles se fija por unos en el siglo IX y por otros en el XI de la iglesia. Los primeros se fundan en la autoridad de *R. Saadías Gaon* que dice haber sido el español *R. Menaschem ben Saruq* uno de los cuatro primeros gramáticos hebreos; y anterior por espacio de dos siglos a los *rabanim* o expositores de la ley; y los segundos en que los primeros rabinos españoles pertenecen a la edad de los primeros *rabanim*, que tuvo principio en el siglo XI de la iglesia.» De esta manera comienza don José Rodríguez de Castro el primer tomo de su *Biblioteca española*; dando a continuación noticia de los *tanayim* o doctrineros, *emorayim* o expositores, *rabanim* o maestros, y *quenoyim* o jueces de la Persia, y presentando interesantes datos biográficos sobre *R. Menaschem ben Saruq*, cuya obra mas señalada fue un Diccionario bíblico, titulado el *Libro de las raíces* (*Sepher hasseressem*). No cabe duda alguna en que los que fijan la época de los rabinos españoles, esto es, el tiempo en que empezaron a hacerse notables por sus estudios y su ciencia, en el siglo XI, apoyan su opinión en más fehacientes pruebas que los que se adhieren a la aserción contraria. Prescindiendo de que los hebreos, como en nuestra introducción dejamos asentado, no pudieron hacer más que seguir en el cultivo de las letras profanas el impulso de los árabes, cuya civilización había principiado a desarrollarse en la península en el mismo siglo en que se intenta fijar la época de la cultura judaica¹²⁰, debe tenerse presente que hasta principios del segundo tercio del siglo XI no se hace mención en la historia de ningún rabino que se haya distinguido por su saber, lo cual si no puede presentarse como una prueba concluyente, abona en gran manera las razones alegadas por los que defienden que hasta los años de 1034 no comenzaron los hebreos a dar muestras de vida literaria.

Sea de esto lo que quiera, y dejando ahora esta cuestión, cuya importancia no podemos menos de reconocer, debe observarse que desde los primeros pasos dados por los rabinos, o al menos desde que sus producciones son ya conocidas, aparecen abandonando su nativo idioma. En efecto, después

¹²⁰ «Desde el siglo IX de nuestra era empezó a centellar (en España) la luz de la literatura sarracena y por cinco o seis siglos conservó vivo y brillante su esplendor. Setenta bibliotecas públicas se veían abiertas en varias ciudades de España, para el uso del pueblo, cuando el resto de Europa, sin libros, ciencias ni cultura, estaba sumergido en la más vergonzosa ignorancia.» (El abate Andrés, *Historia de la literatura*.)

de los nombres de R. Samuel ben Cophni, R. Isahak Bar Baruq y Jehudad ben R. Leví Barsili, se hallan los de R. Samuel Jehudí, el judío, y R. Isahak, que florecieron a mediados del siglo XI, y que apartándose, especialmente el último, conocido en las crónicas con el nombre de *Isaaque*, de la senda seguida por sus predecesores, comenzaron a dar públicas muestras de sus estudios científicos. Llama verdaderamente la atención el ver cómo usaba el primero de la lengua árabe y cómo el segundo aspiraba a dotar a Castilla de un lenguaje propio para las ciencias, cuando el idioma vulgar, informe descomposición y mezcla de otras lenguas, se mostraba aun en su mayor rudeza y más inexperta infancia.

Pero lo que sobre todo excita la curiosidad vivamente, lo que es digno del más concienzudo examen, es el hallar ya en sus producciones aquel idioma formado enteramente: esta circunstancia que tal vez pasaría inapercibida, cuando careciésemos de términos de comparación, da motivo naturalmente a una cuestión filológica del mayor interés, que si pudiera resolverse a favor de las obras de Samuel Jehudí y R. Isahak, daría de través con todas las teorías que se han expuesto como probables, respecto a la antigüedad y nacimiento de la lengua castellana. No tenemos tanta presunción que supongamos en nosotros fuerzas suficientes para tratar esta materia con la profundidad que su importancia exige: empeñados, sin embargo, en este estudio, habremos de dar aquí nuestro dictamen, dejando a los eruditos en libertad de adoptar la opinión que mejor les pareciere.

Júzgase generalmente que es el *Poema del Cid* el más antiguo de cuantos se han escrito en las lenguas¹²¹ vivas, fijándose la época en que fue compuesto a mediados del siglo XII. Don Tomás Antonio Sánchez, colector de las *Poesías castellanas anteriores al siglo XV*, en la introducción al mencionado poema se expresa de este modo, al determinar dicha época. «Y si con cuidado se observan el lenguaje y estilo de este poema, sus voces, sus frases y la sencillez y venerable rusticidad con que se explicaba el poeta, también se hallarán en él indicios de mayor antigüedad que en las poesías de Berceo... Todo esto me hace conjeturar que el poema del Cid se compuso a la mitad, o poco más del siglo XII, acaso medio siglo después de la muerte del héroe, cuyas hazañas se celebran.» Esta opinión de Sánchez que parece avenirse enteramente a otras observaciones que después indicaremos, ha sido constantemente seguida por los literatos, determinando al par la fecha o época, de que data el primer monumento de la poesía española. El lenguaje en este poema se muestra aun en la infancia: la versificación, la rima, y en una palabra, cuanto tiene relación con el arte, aparece en él con tales caracteres que no deja duda alguna del estado de la civilización del pueblo y del siglo a que pertenece. Si fuera aquí nuestro objeto dar una idea cabal del poema, nos extenderíamos en reflexiones importantes sobre su mérito literario, juzgándolo acaso bajo un punto de vista desde el cual no ha sido aun considerado por ninguno de cuantos se han propuesto examinarle. Este poema, que hemos leído más de una vez con gusto, es en nuestro sentir, un rico arsenal, en donde se hallan depositados los materiales que deben formar la historia civil, política y religiosa del siglo XII. Nuestro propósito es ahora, no obstante, comparar su lenguaje con el de las obras atribuidas a los rabinos Isaaque y Samuel Jehudí; y determinada ya la época en que se escribió el poema, será bien observar que según los autores de las *Bibliotecas rabinicas* que hemos consultado, la producción más importante de Isaaque fue escrita en el año de 1070, es decir; casi un siglo antes que el *Poema del Cid*, como dejamos apuntado.

«Por los años de Cristo 1070, escribe Rodríguez de Castro, vivía en España un célebre judío médico, llamado Izchaq, autor de una obra de medicina en castellano que trata de varias especies de calenturas y de las tercianas y cuartanas; y he visto m. s. en un códice en folio de la biblioteca de San Lorenzo del Escorial.» No cabe duda alguna en que Rodríguez de Castro creyó positivamente en la autenticidad del códice, cuyo título es *Los libros de Isaaque*, sin que abrigara recelo alguno, al examinarlo, sobre el estado de adelantamiento en que aparece ya el idioma. Muy respetable es para

121 Se ha publicado últimamente en la vecina Francia un poema provenzal, que se supone anterior al siglo X. Para dar toda fe a las observaciones de M. Baynonard que le ha dado a luz, sería conveniente examinar el códice de donde lo ha tomado.

nosotros la opinión de tan laborioso escritor; y sin embargo no podemos menos de confesar, después de un examen detenido, que pensamos de diversa manera. Para que los lectores puedan formar por sí una idea de la justicia con que nosotros hemos dudado de la antigüedad que a la obra de Isaaque se atribuye, transcribiremos aquí las siguientes líneas, tomadas del prólogo que antecede a los cinco libros de que aquella consta, en donde explica largamente lo que es y debe entenderse por la facultad de la medicina.

«Conviene, dice, que tornemos aquello de que es nuestra entencion et que comenzemos a saber de la fiebre que es et qual et cómo et porque e donde nace e donde e como se cría. Ca en demandar de la fiebre si es, será gran sandez. Ca vemos e entendemos que fiebre es en muchas maneras; mas comenzemos a saber que es la su definición, sabremos la su natura e la su sustancia qual es, ca así se demuestra la sustancia cual es de las cosas.»

El lenguaje es en toda la obra tan nervioso, y correcto como en esta cita, apareciendo absolutamente formado y distante en gran manera del latín, tanto en la formación de las palabras como en su construcción sintáctica. Recordemos para que la comparación sea más exacta e inmediata, algún pasaje del *Poema del Cid*. De esta manera refiere, pues, cómo Martín Antolínez recibió de los judíos Rachel y Vidás los seiscientos marcos en que les dejó empeñadas las dos arcas que había llenado de arena, para engañarlos, por mandado del héroe:

«En medio del palacio tendieron mi almofalla¹²²,
Sobrella una sábana de ranzal e muy blanca.
Atod' el primer golpe trescientos marcos de plata echaron¹²³
Notólos don Martino, sin peso los tomaba,
Los otros trescientos en oro gelos pagaba.
Cinco escuderos tiene don Martino, a todos los cargaba.
Cuando esto ovo fecho, odredes lo que fablaba:
—Ya, don Rachel e Vidas en vuestras manos son las arcas:
yo que esto os gané, bien merecia calzas.
Entre Rachel e Vidas aparte yxieron amos:
démosle buen don, ca él nos lo ha buscado.
—Martin Antolinez, un burgales contado,
vos lo merecedes, darvos queremos buen dado,
de que fagades calzas e rica piel e buen manto.
Damosvos en don e vos treinta marchos,
Merecernos los hedes, ca esto es aguisado:
Atorgarnos hedes esto que avemos parado.»

Tal vez se objetará a la demostración que resulta, del examen de entrambos trozos que habiendo sido copiado repetidas veces el código de Isaaque, no ha podido menos de experimentar alteraciones importantes, debidas unas veces a la ignorancia de los escribientes y otras al deseo de dar mayor claridad al lenguaje, haciéndole al par de más fácil inteligencia. No puede negarse que estas observaciones tendrían bastante fundamento, sí no fueran también aplicables al *Poema del Cid*, que por ser una obra popular y altamente española; por prestarse al canto, como opinan respetables literatos, y finalmente por ser la única historia que del héroe de Vivar se conservaba en la edad media, debió de ser copiado muchas más veces que los *Libros de Isaaque*, obra puramente científica y que por lo tanto había de ser leída solamente por los eruditos. Las alteraciones han debido, pues, ser más numerosas y frecuentes en los traslados del Poema que en los de la obra

122 Hemos preferido este pasaje a otro alguno, por contener un rasgo característico del estado en que se hallaban los judíos en la época del Cid, aunque este hecho sea tradicional solamente.

123 No creemos que estuviera así el verso en el original: más probable es que dijera *echaron de plata*, guardando de este modo el asonante que se halla interrumpido: este defecto que es bastante común, debe atribuirse únicamente a los copistas.

rabínica; y sin embargo, necesario es convenir en que se advierte entre el lenguaje de una y otra producción una distancia razonable; necesario es confesar que los versos trasladados revelan mayor antigüedad que las líneas trascritas de los *Libros de Isaaque*.

Pero si existiese aun alguna duda sobre las razones con que nosotros rechazamos el hecho de que esta obra fue escrita por los años de 1070; si no bastasen las pruebas indicadas para poner de manifiesto el error de que se dejó llevar Rodríguez de Castro, cuando fijó aquel aserto; el examen de cualquiera de los documentos que existen aun del siglo XI, sería suficiente para que se desvanecieran los escrúpulos que pudiésemos abrigar sobre este punto. En prueba de ello, no nos parece inoportuno el poner en este sitio algunas cláusulas de la carta-puebla de Avilés publicada no ha mucho por don Rafael González Llanos¹²⁴.

«E la vila del rei non pot aver vasallo sino el rei, si de casa non fuer è de so manu posta; et nul homine qui dentro in villa saclamar a senior de fora, qui pobladore vecino de la villa, pectet LX solidos al merino. E homine qui pindres tenga de homine de fora, e sos peines sacar li quisier, per juro, per iudicio, o per fábula è pendrar per illo, non compla iudicio a medianero, mais venga ad illa villa et prenda iudicio sobre sos pindres e firme sobre ellos qui los tener e non esca fora per ellos et meanedo.—Hospes qui pausa in kasa, si so aver comendar ad ospet o a la óspeda, e en testigos poda haber de los vecinos de tanto qui li dan a condesar, tanto li torne; e si testigos non ada que li dar que vio a condesar, quando illos per le tornal su aver l'ospes algo il quisir sobreponer, salve don de casa per sua cabeza, qui mais non li deó daquello et parcasse el altre dél; et si quando in sua casa intra e so aver mete de intra e a l'osped non da e algo hi pierde e a l'osped sospecha, a e demándalo, o a él, o a sua criacion, per quantos si quier salvar lo dom de casa, jure per ellos que per él ne per illos, ne per sos consilios minos non a so aver e parcasse dellos» etc. etc...

Como la cuestión es únicamente filológica, hemos trasladado el trozo que primero nos ha salido al encuentro. El fuero de Avilés fue concedido por Alfonso VI, el conquistador de Toledo, a fines del siglo XI o en los primeros años del XII. ¿Qué puntos de contacto se encuentran, pues, entre el lenguaje usado en esta carta-puebla y el que ofrecen los *Libros de Isaaque*?... En el documento municipal de que hablamos, el idioma es lo que debía ser naturalmente, atendidos los elementos que habían entrado a componerle: las palabras, los giros se hallan aun indeterminados; degeneración informe de un idioma también degenerado, había admitido la influencia goda, la influencia hebrea y la influencia árabe, para cobrar nueva vida, para aspirar a una nacionalidad, fundada, por decirlo así, sobre las ruinas de extraños monumentos. El latín prepondera, sin embargo, en medio de tan diversas influencias; y es digno de observarse cómo sustituyendo a la declinación y a las desinencias de los nombres el uso de las preposiciones, aunque alterándolas y desnaturalizándolas al mismo tiempo, tiende ya a tomar un nuevo carácter, que acabe por darle también una índole distinta. ¿Y cuáles son las dotes que revela el pasaje que hemos copiado de los *Libros de Isaaque*? El lenguaje de esta producción, lo repetimos, aparece ya enteramente formado: la construcción de las frases es regular y correcta, habiendo desaparecido de ellas casi todos los rastros del hipérbaton latino, y hallándose ya las palabras formadas, tales como después se usaron por el espacio de varios siglos. Sin temor de equivocarnos, ni pasar la plaza de arrojados, tal vez pudiéramos sustentar con probabilidad de buen éxito que el lenguaje de la obra de Isahak se halla a la misma altura que el usado dos siglos después en la corte de don Alonso, el sabio. A fin de que no se crea que nos hemos aventurado a exponer esta opinión, sin dato alguno sobre tan interesante materia, no llevarán a mal nuestros lectores que copiemos aquí algunas líneas del libro que mandó traducir el referido monarca al célebre rabino toledano Jehudah Mosca, libro que trata de las propiedades de todas las piedras preciosas, y de que daremos noticias determinadas, al tratar de aquella importante época.

«Aristotil (dice) que foé mas complido que los otros filósofos, e el que mas naturalmiente mostró todas las cosas por razón verdadera e las fiso entender complidamente segund son; dixo que

124 *Revista de Madrid*, segunda época, números XXXI y XXXII.

todas las cosas que son só los cielos se mueven e enderezan por el movimiento de los cuerpos celestiales, por la virtud que han dellos, según lo ordenó Dios que es la primera virtud. Et donde la an todas las otras. Et mostró que todas las cosas del mundo son como travadas e resciben virtud unas dotras, las mas viles e las mas nobles.» etc. etc.

Vése, pues, cuán imperceptible es la diferencia, si existe alguna, entre uno y otro pasaje, respecto al lenguaje usado por R. Isaahak y R. Jehudah Mosca; no debiendo perderse de vista que según las fechas, establecidas por Rodríguez de Castro, median ciento ochenta años entre ambas producciones; largo período, en que la civilización castellana tomó un vuelo prodigioso, considerada bajo todos aspectos.

No nos parece tampoco que el autor de la *Biblioteca española*, de que tratamos, se mostró más acertado, cuando después de hablar de la carta que Samuel Jehudí, el marroquí, dirigió al presidente de la sinagoga de Marruecos en 1068 escrita en árabe, manifestándole las dudas que le ocurrieran sobre el cumplimiento de las escrituras y la venida del Mesías verdadero, se expresa en los siguientes términos: «De este R. Samuel es sin duda otra carta, dirigida igualmente a Rabbi Zag, dividida en 29 capítulos y escrita en castellano, con el propio fin que la antecedente; esto es, con el de proponer su autor al dicho Rabbi Zag, como duda sobre que le consultaba, las razones más sólidas con que los cristianos convencen la incredulidad de los judíos.» Da Rodríguez de Castro noticias circunstanciadas del códice en que se halla este monumento, conocido con el nombre de *Libro viridario* y traslada después el comienzo de la referida carta en esta forma:

«Hermano, guárdete Dios et mantengate fasta que encorde nuestro desterramiento et alumbre nuestros corazones, porque ajunte nuestra communidat et acerque nuestra esperanza et encinte nuestra vida en su gracia. Pues que yo sope que los sabios de nuestro tiempo fisieron por ti et los de nuestra ley se tienen con tu glosa, yo no puedo estar de te preguntar por algunas abtoridades de la ley et de profecía, por las cuales só caydo en dubda et tú, señor, fasme merced en darme rrespuesta en cada un capítulo dellos, después que lo obieres entendido en esta mi carta.»

Prolijo nos parece, después de lo que hemos dicho sobre los *Libros de Isaaque*, el insistir sobre esta Carta para demostrar que es imposible de todo punto el que fuese escrita en la época que Castro señala. Sin embargo, bueno será advertir que el mismo autor cae en una contradicción manifiesta cuando asienta que fue dirigida a Rabbi Zag en el siglo XI, siendo así que este rabino, conocido con el aditamento de *Sujurmenza*, no floreció hasta mediados del siglo XIII. Este error es tanto más notable cuanto que el encabezamiento de la mencionada carta no deja duda alguna sobre este punto. «Aquí (dice) comienza la carta que envió Samuel, judío de Fes, a Rabbi Zag de Sujurmenza, ante que se tornase christiano en la cibdat de Sevilla, de las cosas que sacó de la ley et de los dichos de los prophetas por lo afirmar en la santa fe, et enseñóle todas las cosas de verdat.» Pero el mismo Rodríguez de Castro parece querer enmendar su equivocación, cuando al tratar de los rabinos que florecieron en el reinado de don Alonso el Sabio, dice que era de discurrir fuese el rabino toledano de la familia de Rabbi Zag, el de Sevilla, que vivía por los años de 1068, conocido por el sobrenombre de Sujurmenza, añadiendo que la carta o tratado referido era una traducción castellana. Nosotros, sin embargo de esto, creemos que este Rabbí Zag de *Sujurmenza* fue un solo individuo, que vivió en la mencionada época de don Alonso X, tomando parte en los prodigiosos esfuerzos que hizo aquel gran rey en beneficio de la civilización de España. Lejos estamos de negar que a mediados del siglo XI existió otro rabino, que como este abjuró del judaísmo y tuvo por nombre Rabbi Zag; pero no nos parece razón plausible para fundar una teoría ni alterar un hecho histórico, la de suponer que ambos pudieron llamarse de *Sujurmenza*. Tal vez si tuviéramos a la vista otros documentos de que se carece por desgracia, quedaría esta cuestión absolutamente resuelta.

Queda, en nuestro concepto, demostrado que las dos primeras obras escritas en castellano por los hebreos no pueden tenerse por anteriores al siglo XIII, ni mucho menos por las primeras que se encuentran en el idioma vulgar. Esto resultaría infaliblemente de aceptar el hecho, tal como lo

presenta el autor de la *Biblioteca española*: entonces no sólo ofrecerían dichas producciones el fenómeno de preceder al poema del Cid en el espacio de un siglo, sino manifestarían además que el idioma había atrasado considerablemente en este periodo; dando esto al traste, como arriba insinuamos, con todos los estudios que se han hecho hasta ahora sobre el nacimiento y formación de la lengua castellana. Otro fenómeno no menos importante resultaría de la verdad de aquella suposición: se ha dicho, y no sin fundamento a nuestro modo de ver, que el poema del Cid fue compuesto algún tiempo después de su muerte por dos pajes o escuderos del mismo héroe¹²⁵; este poema es la primera obra literaria que ilustra los fastos de la historia de la civilización española. Si los *Libros de Isaaque* y la Carta de R. Samuel Jehudí fuesen anteriores al siglo XII, presentaría la literatura española el peregrino espectáculo de recibir de los dos pueblos, con quienes sostenía más encarnizados rencores, los más brillantes monumentos de su gloria. Esto que en otras naciones llegaría a ser absurdo, pudiera no obstante haber sucedido en España, atendido su particular estado y la forma en que eran habitadas las ciudades por los tres pueblos indistintamente, hablándose al par en ellos diversos idiomas. El estudio de la civilización española ofrece por estas razones el interés más vivo. Sin embargo, esto no puede suceder respecto a los hebreos en la época de que tratamos: en el siglo XI apenas habían tenido tiempo para iniciarse en las ciencias sagradas, no pudiéndose por tanto dedicar de lleno a otros estudios; si bien no debe olvidarse que la medicina fue siempre su más favorita ciencia.

Hasta aquí la cuestión filológica que hemos tratado de reducir cuanto nos ha sido posible. Ya que hemos hablado de los *Libros de Isaaque* y de la Carta de Jehudí, daremos sumariamente una idea de ambas obras. Consta la del primero de cinco libros que componen un número considerable de capítulos, en los cuales se propone Isahak dar a conocer las especies de fiebres que curaba y reconocía entonces la ciencia de la medicina. El libro primero trata de la fiebre efímera, que define diciendo, «es calentura contra natura que en el comienzo primeramente viene al corazón por la mitad de las arterias». Habla en el segundo de las insolaciones, de las fiebres producidas por el frío, por el baño, por el exceso en la comida, por el hambre, por la continuación inmoderada en el trabajo, por las vigiliass, por la saña y por el pesar; terminando con la *rúbrica de esta fiebre e la cura della* y observando en todos los demás casos el mismo método. El tercero contiene la explicación de la fiebre llamada *etipsy*, considerando los síntomas que preceden a su desarrollo y las complicaciones con que puede aparecer y proponiendo su cura en tiempo oportuno. El cuarto está dedicado a tratar de la fiebre llamada *causon*, analizándose los motivos que la producen, observando los trámites por qué pasa y la manera cómo se desenvuelve, y notando particularmente su *crysi*. Estúdianse en él también la *enfermedad llamada synoca que nasce en los vassos, la pleuresis, el sconon, la periplemonya, la sincopi, la ictericia*, terminándose este libro con el examen de las causas de las viruelas y tercianas, después de lo cual se encuentran estas palabras: «Acabado es el cuarto libro de Isaaque: bendito sea el Señor, amén, e daqui adelant comenzaremos el quinto libro que fabla en las podredumbres e donde nascen e son.» En efecto, el último tratado se halla reducido al estudio indicado, comenzando por determinar de *qual rraon nascen las pestilencias en*

125 Hemos visto, al examinar los críticos que han tratado del *Poema del Cid*, que sin desechar ni rebatir absolutamente esta opinión, le dan poca importancia. Sin pretender que nuestro dictamen sea decisivo, creemos que bien pudieron ser autores del Poema algunos de sus más allegados servidores: esta conjetura a que da consistencia el espíritu que reina en toda la obra, parece robustecerse en gran manera, cuando se observa que siempre que se nombra al Cid se le antepone el pronombre posesivo *mío*, cosa que no sucede con los demás personajes, ni se ve repetida en otros poemas de la época. La palabra *Cid* significa señor; de modo que cada vez que se dice en la leyenda *mío Cid* equivale a *mi señor*: natural parece que quien llama siempre señor suyo al héroe de Vivar, fuera en efecto su vasallo. A esto se dirá que el poema se escribió medio siglo después de la muerte de Rui Díaz, por donde no pudo ser fruto de sus parciales o servidores. Los pajes del Cid no debían ser por cierto de edad muy probecta; antes al contrario, bien jóvenes; por lo cual no es suposición aventurada la de creer que cuarenta años después de la muerte del Cid se escribiera el poema. El héroe de Vivar murió en 1109: añadiendo a esta fecha cuarenta años, resulta que la obra, de que hablamos, se compuso en 1149, es decir a mediados del siglo XII. La analogía de los versos usados entonces por los árabes con los del poema; la familiaridad que tenían con nuestro idioma, y el saberse que el Cid tuvo a su servicio escuderos y pajes sarracenos, dan también motivo para tener por fundada la opinión referida.

los cuatro tiempos del año; insistiendo en otros puntos tocados en los libros anteriores, y dando finalmente razón de otras enfermedades, tales como las conocidas con los nombres de *emitreo*, *tetrateo*, *liparios*, y de la complicación o *componimiento e quando se doblan las fiebres*. Por la nomenclatura que esta obra contiene se advierten desde luego las fuentes de donde los hebreos habían tomado la ciencia de curar: casi todos los nombres provienen del griego, conociéndose claramente que habían sido los árabes el vehículo, digámoslo así, por el cual logra poseer las ciencias del mundo antiguo.

La *Carta* de R. Samuel Jehudí fue escrita primeramente en lengua árábica, permaneciendo oculta hasta principios del segundo tercio del siglo XIV, en que la tradujo al latín fray Alfonso de Buen-Hombre. Dirigióla a Rabbí Isahak (no Zag), principal rabino de la Aljama de Marruecos; y consta de veinte y siete capítulos y no de veinte y nueve, como la castellana, de que hablamos arriba. Fue traducida también la versión de Buen-Hombre al castellano, debiendo llamar la atención su lenguaje, siempre que se tenga presente que se escribió por los años de 1338. Para que nuestros lectores juzguen por sí y vean cuanta razón hemos tenido para no creer que el tratado original castellano es del siglo XI, copiaremos aquí las líneas con que comienza dicha traducción.

«Yo señor, (dice) deseo ser por ti certificado por testimonio de la ley e de los prophetas: e de las otras scripturas: por que nosotros los judíos somos todos generalmente llagados por Dios en esta captividad: que se puede llamar perpetua e sin fin: ca hoy ha mil anyos e mas que siempre habemos estado encativados.»

Poca es la diferencia que se nota entre uno y otro lenguaje, y sin embargo, hay la distancia enorme de tres siglos.

El tratado castellano contiene multitud de cuestiones teológicas, cuyo examen sobre no ser de este lugar, daría motivo a largas digresiones. Baste saber que se nota, a la simple exposición de los capítulos, mucha erudición y conocimiento de las sagradas escrituras, viéndose al par desechadas las preocupaciones de los tulmudistas y expositores de la Misnáh.

Hemos mencionado al principio de este capítulo a los rabinos R. Samuel ben Chophni, R. Isahak bar Baruq, y Jehudah ben Barsili: estos doctores del judaísmo escribieron sobre materias puramente teológicas y en el idioma de sus mayores; si bien el primero trató también de asuntos civiles en su obra titulada *Compra y venta*, aunque sin apartarse de los cánones del Talmud, al debatir aquella cuestión. Las producciones más notables de Chophni, son las *Exposiciones a la ley* (Medrassim hal Hathorah) y las preguntas y respuestas: en el primer libro, escrito en 1047, comentó el Pentateuco y en el segundo se propuso hacer una especie de catecismo, en donde, según Rodríguez de Castro, se hallará acaso la impugnación que hizo a la doctrina de Haranac, respecto a la manera de contar los años. R. Isahak bar Baruq, cordobés también y nacido en 1035, se señaló por sus estudios filológicos, y compuso una obra de jurisprudencia con el título de *Gaveta de Mercaderes*, que es en suma una exposición del Talmud, y fue concluida por su hijo R. Baruq. Jehudah ben R. Leví Barsili, natural de Barcelona, que era tenido por el más docto jurista de su tiempo, escribió varias obras: las mas notables, citadas por Plantavicio, Buxtorfio y Castro, son *La descendencia de la carne* (Jegus Bascar), en que explica los derechos del bello sexo, el *Ordenamiento de los contratos* (Thiqun Setaroth) en que da razón de las maneras que han tenido los hebreos de contar los años y el *Arca del Testamento*, obra filosófica que se conserva inédita en la biblioteca de los Médicis.

Otros judíos florecieron también en el siglo XI, dignos de mencionarse: los que más se distinguieron, sin embargo, son R. Selomoh ben Gabirol, R. Isahak ben Reuben, R. Joseph ben Meir Halevi y R. Moseh Aben Hezra ben Isahak. Escribió Selomoh, el malagueño, sobre materias teológicas y filosóficas las obras siguientes: una exposición en verso de los preceptos de la ley de Moisés, titulada *Exhortaciones* (Azharoth); un poema con el nombre de *Corona del reino*, que consistía en varios cantos y oraciones para el rezo diario de los judíos; un libro apellidado *Fuente de las vidas*, en donde aclara los comentarios de Aben Hezra; otro con el título de *Corrección de las*

costumbres del alma (Thiqun Meddoth hannephes), en que se propone elogiar las virtudes y vituperar los vicios; una gramática hebrea en verso, *Composición de la meditación plantada en cuatrocientas casas*; una obra con el nombre de *Estaciones*, compuesta para señalar el sitio que en el templo tenía cada sacerdote, y finalmente una obra de filosofía moral, en lengua árabe, que fue traducida al hebreo por Jehudah ben Thibon, denominándola *Colección de Rubíes* (Mibgar hapenimin). Este célebre hebreo, que mereció en su tiempo el renombre de maestro de los cánticos, es reputado como el restaurador de la poesía moderna de los judíos, apellidándole Imanuel Aboab en su *Nomología*, obra que tenemos a la vista¹²⁶, *clarísimo poeta*. La última producción que hemos citado prueba la exactitud de las observaciones que llevamos hechas.

R. Isahak ben Reuben, que fue también distinguido por sus obras poéticas, nació en Barcelona en 1073: tradujo varios tratados del árabe, comentó la parte del Talmud que trata de las cartas de dote¹²⁷ y últimamente compuso varios poemas titulados *Exhortaciones*.

Debió R. Joseph Bar Meir Halevi su fama a sus comentarios del Talmud, en lo que se señaló al punto de decir de él Mosch Bar Mayemon que se quedarían atónitos cuantos leyeran con reflexión sus discursos. En la *Nomología* de Aboab se le tributan también las mayores alabanzas. Moseh aben Hezra escribió el *Libro del Gigante* (Sepher Hajanaq) obra poética de mucha estima; el *Patio del Aroma*¹²⁸, compendio de oraciones para las fiestas principales de las sinagogas; un tratado cuyo título es *Controversia*, en el cual se trata de las *obligaciones del hombre que sólo aspira a vivir según el espíritu*¹²⁹ y otras producciones en verso, dirigidas todas al engrandecimiento de la religión judaica. Algunos más escritores de este siglo se hicieron notables entre los descendientes de Judá por su erudición y talento. Pero su literatura, según hemos indicado anteriormente, no había podido aun tomar parte en el movimiento intelectual que comenzaba a desarrollarse en el pueblo cristiano. Sin embargo, no dejan de encontrarse en esta remota época ensayos, atribuidos a los rabinos: algunos tal vez puedan admitirse como auténticos; los más son para nosotros harto sospechosos.

126 Edición de Amsterdam, año 8187 de la creación, 1724.

127 Rodríguez de Castro Biblioteca rabínica. Imanuel Aboab. la *Nomología*.

128 R. David Ganz en su *Descendencia de David* (Simaj David).

129 Rodríguez de Castro *Biblioteca Rabínica*.

II.

Primera época. Siglo XII.

Rabbi Mosch, el converso. Maimónides. Thibon Marimon. R. Jonah ben Ganaj. R. Jehudah Leví ben Saul. R. Abraham ben Meir Aben Hezra. R. Abraham Haleví ben David ben Daor. R. Joseph ben Caspi. R. Jonah Megirondi. R. Jahacob ben Samson Antolí. Reflexiones generales sobre el carácter de esta primera época.

Hemos dicho en el precedente Ensayo que fueron de grande utilidad para la civilización española las distinciones que prodigaron los reyes cristianos a los conversos judíos, reconociéndose esta verdad desde los tiempos más remotos. Apenas comienza a dar muestras de vida intelectual el pueblo hebreo en nuestra península, cuando se ven en efecto abandonar sus errores a los más distinguidos rabinos, para fortalecer con su ciencia y con su ejemplo las banderas que no habían podido hollar las vencedoras falanges de Mahoma.

Contábase, pues, el año sexto del siglo XII, cuando R. Moseh, apartándose de la religión judaica, abrazó la cristiana, siendo su padrino, al recibir el católico sacramento, el rey don Alfonso VI de Castilla¹³⁰. Era este hebreo uno de los mas sabios *rabbies* de toda España y frisaba ya en los cuarenta y cuatro años, edad en que amortiguadas las pasiones de la juventud, brilla más pura la luz de la razón, siendo por tanto más profundo todo convencimiento. Alumbrado su espíritu con la antorcha del Evangelio, quiso que sus compatriotas reconociesen también sus errores; y para demostrárselos, escribió un tratado en forma de diálogo y en lengua latina, en el cual tomando el nombre de Moseh (que era el suyo antes de la conversión) y el de Pedro Alfonso¹³¹ (que fue el adoptado en el bautismo), hizo hablar a un cristiano y a un judío, refutando aquel los errores de los rabinos.

Dividió este tratado en doce capítulos, en donde trata de probar que los judíos, sobre entender carnal y falsamente las palabras de los profetas, desconociendo las causas de su cautiverio y abrigando absurdas supersticiones sobre la resurrección de los muertos, no observan sino parcialmente la ley de Moisés, siendo este culto desagradable al Hacedor supremo. Toca de paso la ley de Mahoma; refuta sus falsedades y aberraciones y pasa luego en el sexto capítulo y los siguientes a explicar la trinidad, la concepción de la virgen María, la encarnación del hijo de Dios que fue al mismo tiempo hombre, y el cumplimiento de las profecías con la venida de Jesús; abrazando en las tres últimas partes, las cuestiones de si fue Cristo crucificado por los judíos espontáneamente, de su resurrección y ascensión, y terminando su tratado con demostrar que la ley de los cristianos no es en modo alguno contraria a la de Moisés. Eran estas materias del exclusivo dominio de la teología, mostrándose tan docto en ellas el convertido Pedro Alfonso que mereció entonces los mayores aplausos y ha obtenido después de todos los escritores de *Bibliotecas* no pocos elogios. Según el testimonio de Tritemio en su obra de los *Escritores eclesiásticos*, compuso también R. Moseh un libro de filosofía y ciencias, que debe haberse extraviado, a no ser el que Rodríguez de Castro señala con el título de *Proverbiorum seu clericalis disciplinæ libri tres*, códice que se conserva en la Biblioteca del Escorial y el erudito Bayer menciona.

¹³⁰ En realidad, Alfonso I de Aragón. (Nota del editor digital.)

¹³¹ Desde los tiempos más remotos fue costumbre, constantemente seguida, el que los judíos conversos tomaran los apellidos de las personas que de padrinos les servían en el bautismo y usasen de su escudo de armas. De esto provino que se llegasen a enmarañar enteramente las familias, siendo difícil el averiguar las que se habían conservado puras de mezcla hebrea. El discurso titulado *Tizón de España* que escribió el cardenal Bobadilla, es la prueba más palmaria de estas observaciones. Véase también el tomo XVI de la *España sagrada* del Mro. Enrique Flórez, fol. 375.

Otros rabinos, insignes por sus estudios, florecieron también por este tiempo en los dominios cristianos: la mayor parte de los que han dejado sus obras a la posteridad son, sin embargo, cordobeses y como tales cultivadores de la literatura árabe, siempre que se emplearon en asuntos profanos. Los que más se distinguen por la universalidad de sus conocimientos, son R. Moseh ben Mayemon, llamado generalmente Maimónides el egipcio; R. Moseh ben Jehudah ben Thibon Marimon; R. Jonaj ben Ganah; R. Jehudah Leví ben Saul y los toledanos R. Abraham ben Meir Aben Hezra y R. Abraham Halevi ben David ben Daor. Del examen de las obras de estos celebrados hebreos se deducen, en nuestro concepto, tres observaciones capitales, para conocer su estado de cultura.

1.^a Que la mayor parte de sus estudios eran gramáticos y religiosos. 2.^a Que las bases de sus especulaciones científicas eran la astronomía y la astrología, lo cual se hizo extensivo después a los cristianos. Y 3.^a que en la medicina llegaron a rivalizar y aun oscurecer a los griegos, como afirman los escritores hebreos, cuando comparan a Maimonides con el famoso Hipócrates, reputado entre los antiguos pueblos por el padre de aquella benéfica ciencia. Mucho habríamos de detenernos en este sitio, si nos propusiéramos dar idea circunstanciada de las obras de cada uno de los rabinos mencionados, para demostrar la exactitud de estas indicaciones: oigamos, no obstante, algo de lo que escriben acerca de ellos respetables autores.

El mas celebrado de todos, el que en concepto de Scalígero, dejó de delirar, tratando de la ley de Moisés, el que tuvo un talento verdaderamente prodigioso fue Moseh ben Mayemon (Maimónides), de quien dicen muchos historiadores «que en sus primeros años fue de un ingenio tardo y tan poco inclinado al estudio que irritado su padre de su rudeza y desaplicación, le abandonó y echó de su casa.»¹³² Contaba aun muy corta edad, cuando perseguidos los judíos por Abd-el-mumen ben Ali Alkumi, se vio obligado a salir de España, encaminándose a tierra santa. «Mas informado el sultán del Cairo de su mucha sabiduría y partes loables, dice Imanuel Aboab en la II.^a parte de su *Nomología*, le entretuvo consigo con título de su protomédico y consejero.... Fue Moseh tan excelente y extremado en todas las ciencias, continúa, que justamente le podemos dar el título de príncipe y singular maestro en cada una de ellas, como las obras que dejó escritas lo muestran. Hállanse sus *aforismos medicinales*, que yo he visto traducidos en latín, y he oído a médicos excelentes y en particular a Hierónimo Mercurial, que no ceden a los de Hipócrates. También se hallan en latín las epístolas *De sanitate tuenda* que escribió al califa de Babilonia. Su lógica se halla traducida en latín por el Munstero: también presumo que el libro intitulado *Hortus sanitatis, de lapidibus et in terræ venis nascentibus* sea obra suya, por la invocación que hace en el principio al modo de los autores árabes y por los muchos pasos de la Escritura Sagrada que él alega. En la astronomía se ve que no tuvo igual, por lo que escribió en el tratado de *Hidushá Hodes* y por la epístola que escribió a los sabios de Marsella... En filosofía muestra bien su *Directorio* que merece el renombre de sumo e insigne filósofo que muchos autores le dan. En muchas otras profesiones ocultas hay obras manuscritas suyas, muy profundas; algunas de las cuales me comunicaron amigos y señores míos. Sobre todo aplicó su intelecto a la teología.» Imanuel Aboab ofrece algunos pormenores sobre las producciones teológicas de Maimónides y termina diciendo que falleció en 4964 de la creación (1204 de J. C.) a los 73 años de edad.

A estas noticias pueden agregarse las que da en su *Cadena de la tradición* R. Gedaliah, al hablar de sus escritos. «Si yo quisiera referirlos todos no me alcanzaría el tiempo; porque escribió muchísimos libros, *halacoth*, instituciones del derecho, controversias, cartas y comentarios, que por ser tan conocidos no hay para qué detenernos en mencionarlos; y aun nos son desconocidos otros muchos que escribió de teología, filosofía, lógica y medicina y en varias lenguas, esto es; en árabe, hebreo, caldeo y griego. Yo por mi parte puedo asegurar haber visto traducidos en lengua latina muchos de medicina que tenían su nombre y tengo oído decir por cosa cierta que en griego y árabe hay todavía un crecido número de ellos y que también existen las *Respuestas* que dio en Egipto a

132 Rodríguez de Castro, *Biblioteca Española*, tom. I, pág. 30, columna 2.

los sabios de Lunel y a los de otras partes, las cuales respuestas no han llegado a mis manos, ni los que las tienen han querido hasta ahora publicarlas. En la prefación a la *Misnáh* dice él mismo que comentó las tres partes de la *Gemara*; pero estos comentarios no existen ya.»

Se ve, pues, por el testimonio de estos escritores hebreos que apenas hubo un ramo de las ciencias, en que Maimónides no diese muestras de su profundo saber, ni un idioma que no cultivase con perfección. Alejado del suelo castellano, en donde el lenguaje se hallaba todavía en la más ruda infancia, como vimos en el capítulo anterior, no es extraño que aquella brillante lumbrera de la inteligencia humana no dejase obra alguna en semejante jerga o dialecto. Lo informe y grosero de éste, aunque lo hubiese conocido, habría tal vez repugnado a su buen gusto literario, apartándole naturalmente del referido propósito. Casi todas las obras que escribió se hallan, por tanto, en lengua árabe, lengua entonces muy usada, especialmente en las partes orientales, y más propia para las ciencias, pues que era cultivada con mayor esmero. Sólo la segunda exposición que en edad ya madura hizo de los libros de la *Misnáh*, fue escrita en idioma hebreo, cuya pureza había desaparecido en su tiempo casi absolutamente, según afirman no pocos autores coetáneos. Las producciones de Maimónides han merecido ser traducidas en diferentes épocas al latín, al hebreo y a otros idiomas, logrando siempre repetidos elogios, aun de los mismos cristianos y conversos que más saña han mostrado contra los judíos. Su obra titulada *Director de los que dudan*, escrita en árabe y vertida al latín por fray Agustín Justiniani, obispo de Nebis, arrancó a Pablo de Santa María y a fray Alonso de Espina los mayores encomios, siendo calificada del siguiente modo por el mencionado obispo: «Obra de una doctrina profunda y nada vulgar, en donde con razones filosóficas se ponen en claro muchas cosas y se traen muchísimas que conducen en gran manera a la inteligencia de los libros sagrados.» Si hubiéramos de ocuparnos más latamente en el estudio de las obras de Maimónides, haríamos este capítulo demasiado extenso: bastando lo dicho para nuestro propósito, pasaremos ya a dar a conocer a R. Moseh ben Jehudah ben Thibon Marimon, no menos digno de estima por sus celebrados escritos.

Nació este judío en la antigua Iliberis por los años de 1134 (4894 de la creación) y distinguióse desde sus primeros años por sus conocimientos filológicos, poseyendo especialmente la lengua arábiga al mayor grado de perfección, lo cual le conquistó entre los suyos el título de *padre de los traductores*. Dotado de estos estudios, quiso dar a conocer a sus compatriotas las obras más celebradas de los filósofos, jurisconsultos y médicos árabes, no olvidando tampoco las de los famosos astrólogos de Córdoba, cuya ciencia les hacía respetables en todo el mundo. Trasladó también al hebreo algunas de las producciones más importantes de Maimónides, entre ellas el *Director de los que dudan* (*More Nebocim*) y no olvidó en sus trabajos el recurrir a los antiguos filósofos griegos, para legar a los descendientes de David el tesoro inestimable de su ciencia. Aristóteles y Euclides fueron traducidos y comentados por los árabes: Moseh ben Jehudah interpretó los comentarios a las obras del primero, vertió al hebreo las del segundo. Otras muchas producciones tanto de escritores rabinos, como árabes, fueron ilustradas por Marimon con la misma solicitud y esmero. Sin embargo, también quiso aspirar a la gloria de autor, y no se mostró en este empeño menos erudito que en sus traducciones.

Escribió, pues, varias obras de filosofía, estudios a que más particularmente se inclinaba, bien que rindió al par el tributo de sus vigilias a las materias teológicas tan versadas en aquellos tiempos. Las producciones de más nota que se han conservado, según Plantavicio y Castro, son un tratado de física titulado *Fortaleza de la gracia* y otro de filosofía *Se juntarán las aguas*. La primera obra fue traducida al latín por Juan Isahak, e impresa en Colonia; la segunda se conserva manuscrita en la Biblioteca del Escorial, y es digna de examinarse por la profundidad que da en ella Thibon a la materia de que trata, resolviendo la cuestión de por qué no inundan las aguas y el mar la superficie de la tierra. Otros muchos trabajos debió la civilización española al celebrado judío granadino de que tratamos: en las materias religiosas hizo con buen éxito numerosos comentarios del *Talmud* y en todos sus estudios demostró extensos conocimientos. Los lectores para quienes no basten estas breves noticias, pueden consultar la *Cadena de la tradición* y la *Descendencia de David*, obras que

hemos citado antes de ahora, en las cuales hallarán más latamente tratadas estas materias. Sin embargo, el autor de la *Nomología* no hace mención particular de este insigne rabino.

Fue R. Jonah ben Ganaj natural de la ciudad de los Califas y muy apreciado por sus profundos conocimientos en la medicina. Conociéronle sus contemporáneos con los nombres de Abu Walid Marun ben Ganaj y en medio de las distinciones que obtuvo en la Corte musulmana, mereció también las alabanzas de Quingi y de Aben Hezra, quien le distinguió, llamándole «artífice sapientísimo de la lengua y maestro de todo discurso ingenioso.» Otros autores de más reciente época le han prodigado también los títulos de *príncipe de los gramáticos* y *médico perfectísimo*, aludiendo con estas denominaciones a los estudios a que se consagró más particularmente. Compuso, en efecto, una gramática dividida en dos partes, apellidando a la primera *Libro de las raíces* y a la segunda *Obra del recamo*: en aquella formó una especie de diccionario, todo lo más completo posible, y en esta trató de explicar las relaciones filosóficas de los términos del discurso en la construcción de las frases. Otra obra escribió también sobre el mismo asunto, intitulada *Libro de la guía y de la dirección*, en donde no mostró menor copia de conocimientos; pero de esta producción hace mérito únicamente Buxtorfio en el *Apéndice* de su *Biblioteca rabínica*, apuntando al mismo tiempo que fue traducida al hebreo por Jacobo Roman, pues que tanto esta producción como la anterior se hallaban escritas en idioma árabe. De varias versiones hechas en épocas distintas del *Libro de las raíces* y de la *Obra del recamo* habla Rodríguez de Castro, dando de ellas curiosas noticias, pero habiendo de tratar de algunos de los traductores más adelante, nos abstenemos aquí de hablar de las versiones referidas. R. Jonah ben Ganaj fue últimamente autor de otro libro sobre la *Excelencia y poder de la guerra*, obra que menciona don Miguel Casiri en su *Biblioteca arabico-Hispana*¹³³ y cita Ali ben Abd-el-Rhaman ben Hazíl en un libro que escribió sobre la misma materia y dedicó en 1565 (763 de la hégira) a Ismael ben Naser, rey de Granada. La obra de Ganaj estaba, como todas las que compuso, escrita en árabe.

Otro de los rabinos que más fama alcanzaron en la época de que vamos hablando, fue R. Jehudah Leví ben Saul, insigne poeta sagrado, nacido en Córdoba por los años de 1126. El docto Imanuel Aboab hace especial mención de él en su *Nomología*¹³⁴ del siguiente modo: «Fue Aben Hezra yerno y primo hermano, por parte de sus madres de Rabi Jehudah Ha Leví, varon sapientísimo y muy excelente poeta en nuestro idioma sagrado; y cierto que son sus obras tan extremadas que no se puede desear mayor melodía, ni dulzura, ni propiedad en el decir de lo que él usa: todos sus versos son en alabanza del Señor bendito: tenemos muchos en nuestras oraciones de Ros Há Saná y de Kipur que mueven el alma a grandísima devoción; y en particular la Kedusá de la Hamidá de la mañana en que va glosando aquellos tres versos de David en el salmo 103 que dicen: *Bendecid al señor sus ángeles, etc. Bendecid al señor sus ejércitos, etc. Bendecid al señor sus obras, etc.* Va este divino poeta, continúa Aboab, coligando el mundo supremo angélico con el celeste y con el elemental inferior y obligando a todos a loar y glorificar a su omnipotente criador, con artificio maravilloso. En suma, son todos sus versos de alta doctrina, de suavísimos conceptos y de rarísima excelencia.» Imanuel Aboab habla después de otros poetas y añade: «Mas a mi débil juicio, exceden a todos en perfección y en artificio, los (versos) de Rabi Jeudá ha Leví.» Volviendo a mencionar a este rabino, dice que compuso en árabe el *Libro de Cuzari*, en donde explica la conversión del rey de Cuzar al judaísmo y las disputas que tuvo antes con dos judíos, añadiendo que es obra de altísima doctrina, cuyo comento había hecho en tiempo del mismo Imanuel Rabbi León Moscato.

Grandes elogios han tributado también otros eruditos hebreos a R. Jehudah ha Leví ben Saul, cuyas obras han comparado algunos con las del celeberrimo Maimónides, diciendo que las palabras de este se acercan más a la verdad que a la falsedad y que las de Leví Saul todas son verdad; con lo que intentan probar su profunda sabiduría. *El libro de Cuzari* que escribió Saul en árabe, consta

133 Tomo II pág. 29.

134 Cap. XX ts. 299, 300 y 301. Edición de Amsterdam citada.

de cinco partes que tratan, como indica el diligente Rodríguez de Castro, «de Dios, de su ser divino, nombres y atributos; de la creación del mundo; de los ángeles; de los libros de la Sagrada Escritura; de la tradición o ley oral, su origen y extensión; de la providencia; del libre albedrío del hombre; de la resurrección y vida eterna; del culto que se debe dar a Dios; de la oración; de la idolatría; de las preeminencias de la nación judaica sobre las demás; de la sabiduría de los judíos y de su instrucción en todas las ciencias y facultades y en las artes liberales y mecánicas; de la excelencia de la tierra de Canaan; de la nobleza de la lengua hebrea; de la música y poesía sagrada; del alma y de su inmortalidad y potencias; de la profecía y de los profetas; con una declaración de los misterios de la Cábala, contenidos en el libro *Jezirah* (creación), compuesto por R. Hagiba.» Por esta exposición se comprende el cúmulo de materias de que trató Rabbi Jehudah ha Leví en su célebre libro; pero habiendo sido traducido al castellano en 1663 por R. Jacob Abendaña, daremos razón más detenida de él en el *Ensayo tercero* y último de la presente obra. La de Saul fue también trasladada al hebreo en 1167 y más modernamente al latín, acompañándola de los elogios que le han tributado los hebreos.

El toledano Abraham ben Meir Aben Hezra nació en 1119 y fue uno de los más famosos rabinos del siglo XII. Distinguióse en la filosofía, la astronomía, la medicina, la poesía, la gramática y en las ciencias sagradas; brillando en todos estos ramos del saber al punto de merecer en todos el renombre de sabio con que le designan sus compatriotas. En la astronomía sobre todo hizo tales progresos, que algunos autores le atribuyen la invención del *modo de dividir la esfera celeste por medio del ecuador en dos partes iguales*.

Fue muy docto Aben Hezra en el conocimiento de las lenguas y como la mayor parte de sus coetáneos, escribió casi todas sus obras en la arábica, preferible entonces a las demás por las razones que llevamos citadas. Imanuel Aboab, cuyo nombre conocen ya nuestros lectores, le consagra las siguientes líneas en su *Nomología*. «Floreció, entonces, en el siglo XII, el famoso Rabbi Abraham Aben Hezra, que comentó toda la sagrada escritura, y escribió muchos libros de astrología y oculta filosofía, de que algunos tradujo al latín el muy docto y nombrado Petro de Albano. A este excelentísimo varón loa por extremo nuestro Rabenu Moseh bar Mayemon en sus epístolas, y manda a su hijo Rabenu Abraham que estudie continuamente en sus obras, y dice por él que tenía alma amplia y llena de sabiduría, como el sancto Abraham, nuestro padre. Pasó a mejor vida en el año 4954 en día lunes primero de Adar, siendo de edad de 75 años, y diez antes que muriese su íntimo amigo el señor Rabenu Moseh Mayemon.»¹³⁵

La obra más notable de Aben Hezra es, en sentir de varios y doctos escritores, la que tituló *Comentario a todos los veinte y cuatro*, en donde expuso todos los libros sagrados: los comentarios de Abdías, Jonás y Sofonías fueron traducidos al latín, así como todos los restantes, y han sido publicados también en diversas épocas. *El libro de los secretos de la ley*, y los poemas intitulados *Viva el hijo que resucitó* חי בן מיצאי, *Cántico del alma*, *Del reino de los cielos*, *Libro del nombre* y *Fundamento del temor*, adquirieron a Aben Hezra una justa y grande reputación que acreditaron sus obras gramaticales y teológicas. Su *Casa de las costumbres* בית פירות y sus *Libros de la lógica* y de *Las luces* mostraron el grado en que poseyó la filosofía, así como sus *Libros del quebrado* y del *valor de los números* dieron a conocer su sabiduría en matemáticas. Su *Puerta de los cielos* y su *Libro de las suertes*, la primera obra astronómica y la segunda astrológica, probaron que Aben Hezra no reconocía rival respecto a aquella ciencia, mientras que poseía perfectamente las cábalas de ésta. Su *Libro de la astrología* (*Sepher Meaztagenuth*) obra más completa que la *de las suertes*, fue traducida en la misma época en lengua lemosina, conservándose dos ejemplares de esta traducción en la Biblioteca del Escorial: las dos traducciones empiezan de este modo: «En non de nostre senyor Jhesu-Christ e de la verge maria comensa lo libre dels juhins de las estelles, lo cual ha

135 No sabemos la causa de hallar alterado en Rodríguez de Castro el texto de Aboab, ni hallamos razones plausibles para verificarlo: al tomar este pasaje de la *Nomología* lo trascibimos por esta causa fielmente.

fet Abraham ha venazera Juhen, lo cual feu lany de nostre senyor 1198.» La obra se halla dividida en seis libros con diez capítulos cada uno, aunque no están en todos señalados.

Un poema sobre el *Juego del alxedrez* es finalmente otra de las producciones de Aben Hezra. Esta composición que ha sido objeto de los mayores elogios, por la belleza de su estilo y por el ingenioso artificio de la fábula que finge el poeta, se halla inserta y traducida en verso castellano en la *Biblioteca rabínica de Castro*. Sin embargo, las tareas de este curioso bibliógrafo no correspondieron en esta parte a sus buenos deseos; su traducción no da ni puede dar una idea del poema, ya relativamente a su versificación, ya respecto a su estilo. Esto ha sido, pues, causa de que nosotros hayamos probado también nuestras fuerzas, para dar a nuestros lectores la idea más exacta posible de este precioso documento literario en los siguientes trozos, que en la misma metrifricación y rima hemos traducido, sin apartarnos en lo más leve del original hebreo, de lo cual podrán juzgar los hombres entendidos en esta lengua. El poema comienza de este modo:

אשורר שיר ומלחמה עריכה
 קדומה מן ימי קדם נסוכה
 ערוכה מתי שכל ובינה
 קבעוה עלי טורים שמון
 ועל כל טור וטור בהם הקוקות
 גלי לוח שמונה מהלקות
 טורם מרב ים רצופים
 ושני המחנות נוטרים צפופים
 מלכים נצבה גם מחניהם
 להלהם והוא בין שניהם
 פני כלם להרהם נכונים
 והמה נוסעים תמיד וחננים
 ואין שולפים במלחמתם הרבות
 ומלחמתם מלחמת מחשבות

En cántico entono batalla ordenada
 De tiempos remotos antigua inventada:
 Prudentes y sabios hombres la ordenaron
 y en órdenes ocho su marcha trazaron.
 El orden en todo: que en ellos dispuestos
 se ven en la tabla, guardando sus puestos,
 con ocho distintas cuadradas secciones
 en dos campamentos osados varones.
 Sus fuertes reales los reyes colocan
 y a guerra segura sus faces provocan;
 y a veces continuo se ven caminando
 y firmes animan a veces su bando;
 mas en sus contiendas no sacan espadas,
 pues son lides de ellos lides figuradas.

ואדם יחזה אותם רגושים
 דמה כי אדומים הם וכושים
 וכושים בקרב פשטו ידיהם
 אדומים יצאו אל אחרהים
 והרוגלים יבואו בתחלה
 למלחמה לנוכח המסלה

Tal vez quien revueltos los dos campos
 que son idumeos y cuseos crea.
 Menear cuseos en guerra sus manos

y en pos idumeos se ostentan lozanos,
y van los infantes siempre a la cabeza:
que es guerra de frente, de hidalga nobleza.

והפיל בקרב הולך וקרב
והוא נצב עלי חצר כאורב
כמו פרו הליכתו אבל יש
לזה יתרון למה שהוא משלש
והסוס בקרב רגליו מאוד קל
יותהלך עלי דרך מעקל

Mas el elefante en guerra marchando
se acerca al costado astuto acechando,
y va como el Pherez (que es su primacía),
en tanto que aquel por tres puntos guía.
En lid el caballo con planta ligera
sigue, cual le place, camino cualquiera.

ותים יגברו כושים עליהם
וינסו אדומים מפניהם
וצחים כי אדום יגבר וכושים
ומלכים בקרב הם נחלשים

Ora prevalecen aquí los cuseos
y huyendo a su vista van los idumeos;
y ora Edom sobre ellos se mira triunfante,
sus reyes vencidos con pena humillante.

El Poema termina de este modo:

ויוסיפו להלחם שניה
יוש צוד לתרוגיאת תחיה

Mas de nuevo al punto la guerra encendida,
los ya degollados recobran la vida.

Nos hemos detenido a dar a conocer con la exposición de los preinsertos trozos este rarísimo e ingenioso poema, que se halla salpicado de pensamientos agradables y de admirables sales de estilo; porque estando metrificado en versos de arte mayor, tales como los que después se usaron entre nuestros poetas, puede servir para dar a conocer el influjo que los judíos tuvieron en nuestra literatura, punto de que trataremos mas adelante. Los libros de Aben Hezra que en su mayor parte se custodian en la *Biblioteca vaticana*, han sido finalmente muy estimados de los hombres sabios: Juan Pico de la Mirándula tuvo presente la obra astrológica que hemos citado, para escribir la suya *Contra los astrólogos* y Gil Strauch no titubea en llamarle el *inventor del método racional de la astrología*. La fama de Aben Hezra está, últimamente, tan extendida, que en todas partes se acata como a uno de los mas profundos escritores de la edad media.

R. Abraham Halevi ben David ben Daor, toledano como Aben Hezra y como él casi universal por sus conocimientos, vio la luz primera en 1120. Señalóse en especial por sus estudios históricos y escribió una obra titulada *Orden del mundo* סדיר עולם en la cual abrazó desde la creación hasta la época de los reyes de Judea, proponiéndose manifestar *cómo fue propagada la tradición de Moisés*, según el mismo Abraham indica en su citada historia. Escribió también varios tratados sobre diversas materias, siendo dignos de tenerse presentes la *Respuesta* que dio a Abú Alpharag, que cita Zacut con el título de *Fe excelsa* y la obra de *Astronomía* que compuso en 1180 con el título de *Sobre el peso* (על התכובה). R. Gedalihah y David Ganz hacen mencion de este insigne rabino, dándole el sobrenombre de *piadoso*. Immanuel Aboab confiesa en su *Nomologia* que tomó de él las noticias que da en su segunda parte, en esta forma. «También fue contemporáneo del señor Rabenu

Moseh el famoso Rabi ha Leví ben David, que llamamos por abreviatura Areabad, que compuso *El libro de la cábala*, ספר הקבלה en que trae la sucesión de la ley mental desde Moseh nuestro maestro, hasta los últimos tiempos; y de su libro sacamos lo que en estos últimos capítulos precedentes habemos tratado de la serie y sucesión de las catorce edades de *Tanaim*, ocho de *Talmudistas*, cinco de *Rabanim Seburae*, ocho de *Gueonim* y de los *Rabanim* hasta el Rab Joseph Halevi ben Megas, en quien él para y hace el fin de su libro, que dice haber escrito contra los que niegan la ley mental, para que vean la verdad della.»

Otro Abraham ben Dior Halevi floreció en Nápoles en este mismo tiempo, por lo cual dieron sus compatriotas al español el título de *primero*. Su obra del *Orden del mundo* ha sido traducida repetidas veces y con diversos nombres, especialmente al latín.

Estos son indudablemente los rabinos que mas nombre alcanzaron en España durante el siglo XII. Otros muchos florecieron sin embargo, en aquella apartada época, los cuales contribuyeron por su parte al cultivo de las ciencias, logrando distinguirse por su saber y amor al estudio. Si fuera nuestro ánimo seguir paso a paso todas sus huellas, necesitaríamos de muchos pliegos, para dar a conocer solamente sus principales producciones. Pero sobre bastar, en nuestro concepto, los escritores mencionados para apreciar el giro que tomaron los estudios científicos entre los hebreos, durante la primera época que hemos fijado arriba, creemos que cuando se trata de caracterizar un determinado período, ya sea respecto a las artes, ya respecto a las letras, no debe sólo atenderse al mayor o menor número de sus cultivadores, sino al valor de las obras de estos y a la excelencia de sus doctrinas. No olvidamos, por otra parte, que en todas las épocas, en todas las naciones han sido un corto numero de escritores los que han impreso un carácter dado a las ciencias y a la literatura de sus respectivos pueblos; y por esta razón juzgamos también que los nombres de los rabinos referidos y sus apreciables obras, al mismo tiempo que llenan el indicado objeto, son suficientes para poner a nuestros lectores en el caso de comprender fácilmente las deducciones naturales, que nos proponemos hacer en estos Estudios. Sin embargo, debemos observar que derramados por toda España los descendientes de Judá, si bien sometidos a las academias de Córdoba, florecieron en los dominios cristianos no pocos hombres eminentes, que segundando los esfuerzos de aquellos, iban preparando la época brillantísima que debía inaugurarse muy en breve.

Entrado ya el siglo XIII, se encuentran también abundantes escritores rabínicos; pero prontos a someterse al pensamiento que había de reducir todos sus esfuerzos a un punto común y no tan independientes que no rindieran el antiguo tributo, que habían ofrecido sus mayores a la literatura arábica. R. Joseph ben Caspi, eminente filólogo y docto gramático, R. Jonah Megirondi, celebrado jurisconsulto, y R. Jahacob ben Samson Antolí, profundo filósofo, florecieron en esta época intermedia, por decirlo así, entre la literatura arábigo judaica y la rabínico-española, reflejando el saber profundo de los Maimónides y Aben Hezra y preludiando la nueva y más duradera influencia que se preparaban a recibir las letras, cultivadas por el pueblo proscrito.

Hemos visto por el examen sumario que dejamos hecho, teniendo presentes los mas autorizados autores, que las observaciones que expusimos en la Introducción a estos Ensayos, respecto al influjo ejercido por los árabes en las academias rabínicas de Córdoba, no pueden ser más exactas. En el largo período de tres siglos la mayor parte de los escritores judíos, abandonando su lengua nativa, o al menos la que habían hablado sus mayores, llegaron a olvidarla casi enteramente y según la ingenua confesión de muchos de ellos, perdió aquella toda su elevación y pureza. El idioma de los árabes era el usado familiarmente, era el más correcto y elegante; y el idioma de los árabes se prestó, como debía prestarse, a los estudios literarios y a las especulaciones científicas. Y no podía ser de otro modo, por las razones que ya detenidamente explanamos en la Introducción citada. Sin independencia política, sin ninguno de aquellos poderosos estímulos que engendran y desarrollan la nacionalidad de los pueblos, no era por cierto posible que los hebreos aspirasen a otros fines; y por esta causa sus estudios, sus adelantamientos fueron lógicos y aparecieron conformes con el estado social en que se hallaron. ¿Y se observó la misma consecuencia, al pasar

las ciencias y la literatura árabe-hebreas al dominio de los castellanos? ¿Se operó esta transición de la misma manera, ya que produjo análogas consecuencias? He aquí lo que en el siguiente capítulo nos proponemos examinar con todo el esmero que nos sea dable. El hecho existe y no es posible dudar un momento de su existencia; pero falta ver del modo como llegó a ser una verdad histórica: falta conocer cómo el pueblo cristiano sin ciencias, sin literatura y sin una lengua enteramente formada, pudo asimilarse, por decirlo así, los esfuerzos de una raza con la cual no le unían estrechos vínculos, de una raza a quien cada momento amenazaba con el incendio o la muerte. Para llevar a cabo una empresa tan colosal, necesario es convenir en que eran también precisas fuerzas colosales, y en que esta obra si había de verificarse, estaba reservada solamente a un hombre del más elevado ingenio. La España del siglo XIII tuvo, en efecto, la fortuna de poseer este hombre privilegiado.

III. Segunda época. Siglo XIII.

Don Alonso el sabio. Su protección a los judíos que se consagraban al estudio. Sus empresas literarias. Las tablas alfonsinas. Rabi Zag de Sujurmenza. Sus obras. R. Jehudah Ha-Cohen. R. Moseh y el maestro Daspasso. El libro de la Esfera.

En la primera época de la literatura *rabinico-española*, cuyos principales escritores hemos tratado de dar a conocer en los dos precedentes capítulos, habrán tenido ocasión de observar nuestros lectores que casi todos los estudios, propiamente rabínicos, se habían encaminado al cultivo de los libros religiosos y especialmente a la interpretación de la Misnáh y del Talmud, dando las continuas exposiciones de dichos códigos origen a otras más extensas tareas. No habrán tampoco perdido de vista que gran número de rabinos se habían creído obligados a abandonar su idioma, para adoptar el de sus dominadores, cosa que ya dejamos observada al final del anterior capítulo. Es también muy notable la tendencia que se advertía, al principiar el siglo XIII, hacia otra clase de especulaciones, ensanchándose por tanto el círculo de los conocimientos que poseía la proscrita raza de Israel. Todo anunciaba una transformación próxima tanto en la esencia, como en la forma de aquellos laboriosos ensayos, reducidos hasta entonces a una estrecha órbita: todo presagiaba un porvenir diverso a aquellos escritores, porvenir que iban a trazar las armas castellanas.

Dejamos en el segundo capítulo del *Ensayo histórico-político* bosquejado el cuadro que presentó la civilización española, al inaugurarse el siglo XIII. Las prodigiosas victorias alcanzadas en sus dos primeros tercios, las rápidas conquistas de San Fernando y de su hijo don Alonso, añadiendo nuevas comarcas al suelo castellano, no pudieron menos de dar un grande impulso al estado intelectual del pueblo vencedor, que recogía el fruto de los adelantamientos de los pueblos vencidos. La constitución particular de la nobleza española, su índole altiva y desinquieta, inclinándola al ejercicio único de las armas y robusteciendo su agreste independencia, la habían alejado hasta entonces del cultivo de las ciencias y de las letras; siendo las últimas patrimonio del clero y de la clase ínfima de la sociedad, mientras que las primeras yacían sin culto y sin estimación, casi absolutamente. Esto había producido los naturales resultados que debían esperarse: el clero fiel a las tradiciones de la iglesia, se ocupaba con preferencia en los estudios teológicos, que eran el alma de aquella sociedad, en que tanta fuerza tenía el elemento teocrático; y cuando para satisfacer las pretensiones del siglo, descendía al terreno de las letras profanas, no le era permitido hablar el lenguaje del vulgo, temeroso de pasar por ignorante y perder todo el prestigio que por su saber alcanzaba. Así fue, que el idioma castellano, sobrepuesto por otra parte el espíritu municipal al interés común de la nación que se iba creando, sólo podía hacer aislados esfuerzos, estériles la mayor parte de las veces; solo podía obtener insignificantes triunfos. Pero el siglo XIII traía al mundo la misión de modificar todos los elementos existentes en los anteriores: el idioma del vulgo, despreciado hasta entonces, fue elevado por el rey santo a servir de vínculo entre los ciudadanos; siendo también autorizado para celebrar sus contratos y escrituras. Los privilegios, concedidos a los cabildos y a las ciudades, no se escribieron ya en el bárbaro dialecto que para escarnio de los antiguos romanos, llevaba el nombre de latino: los ensayos hechos por los poetas vulgares fueron segundados por hombres más doctos y eruditos, y en una palabra llegó a creerse, tal vez como consecuencia de los adelantos políticos, que el idioma de todos los pueblos sometidos a Castilla debía ser uno. Los progresos, que por efecto de tan saludable cambio hizo la lengua castellana, fueron incalculables. La corona de San Fernando pasó al fin a las sienes de don Alonso, honrado ya con el justo renombre de *Sabio*; y este joven monarca, tan mal juzgado por una posteridad poco amante de la crítica y de las investigaciones filosóficas, era el brazo escogido por la Providencia

para conquistar a la España cristiana sus más brillantes, aunque olvidados laureles, como en otro lugar oportunamente apuntamos.

Aquel rey que parecería mayor, a no haber sido tan grande, que hubiera estimado más nacer simple particular que carecer de ciencia¹³⁶, poseído de un amor sin límites hacia sus vasallos, solo pensó, halagado ya por la suerte de las armas, en proporcionarles el bienestar y la felicidad común. Dotado de un talento prodigioso, después de comprender las necesidades políticas y legales de su época; después de pensar seriamente en constituir o echar al menos los cimientos de una nacionalidad tenazmente combatida por encontrados elementos, valiéndose para conseguirlo de la historia; don Alonso entró triunfante en el inmenso campo de las ciencias y de las letras, para alentar a los desmayados, para dar ejemplo a los remisos, para destruir los reparos de los que abrigaban aun supersticiones, y finalmente para dirigir los trabajos de todos y prestarles el sello de su aprobación, imprimiéndoles al propio tiempo su carácter. El estado en que se hallaban en Castilla las ciencias, cultivadas por los cristianos, no podía en manera alguna satisfacer a quien entraba en la liza del saber humano con la bandera del innovador: don Alonso, que reconoció esta verdad, apeló para coronar sus deseos a las únicas fuentes de las ciencias que existían entonces en España; a las academias hebreas y a las obras de los famosos árabes que tanto lustre habían dado a la corte de los Califas. Pero el rey de Castilla no apellidaba en su auxilio a los árabes y a los hebreos para ajustarse ciegamente a sus lecciones: el nieto de la esclarecida doña Berengüela, los llamaba para someterlos al grande pensamiento que había él solo concebido. «Congregados en la metrópoli para la vasta empresa (de formar las tablas alfonsinas) él los presidía; él enmendaba sus trabajos; él mandaba hacer versiones del hebreo, del caldeo, del árabe; él era el censor, él los acompañaba a observar, para lo que los tenía junto a su persona, y él finalmente formó la primera sociedad que para el progreso de las matemáticas, o lo que es lo mismo, para bien del género humano, vio Europa.» De esta manera se expresa el erudito académico de la Historia don José de Vargas y Ponce en su *Elogio del rey don Alonso el sabio*, y solo de este modo se comprende cómo pudo Castilla en aquella era de hierro tener tan grande participación en el desarrollo de las ciencias y una influencia tan inmediata en la literatura de los judíos españoles.

Aun no había fallecido el rey don Fernando cuando, como insinuamos ya en la introducción de estos ensayos, colocado el príncipe don Alonso a la cabeza de los más celebrados ingenios árabes y judíos, que contaba en su seno la península ibérica, acometía las más grandes empresas científicas que puede concebir la inteligencia humana; no encontrando felizmente obstáculos que no venciera ni inconvenientes que no allanara con firme voluntad y ánimo resuelto. El primer año de su reinado se señalaba con la publicación de las *tablas alfonsinas*, en las cuales se arreglaron los movimientos lunares, apartándose de las observaciones de Ptolomeo, respetadas y seguidas ciegamente hasta aquel tiempo. Todas las ciencias, todos los conocimientos humanos fueron llamados a contribuir también a aquel prodigioso concierto, cuya alma era el sabio monarca¹³⁷. Las ciencias naturales como las filosóficas, la jurisprudencia como la historia, la poesía, y en fin, todos los ramos del saber recibieron el culto más profundo, acudiendo siempre el inteligente rey a buscar en donde quiera que existían los hombres y las obras que debían contribuir al completo desarrollo de sus grandiosas

136 *Elogio del rey don Alonso, el sabio*, premiado por la Real academia de la historia en 1782 y escrito por don José de Vargas y Ponce. (Madrid 1782.)

137 Para probar la exactitud de este aserto, trasladaremos lo que se dice en el prólogo de las citadas tablas. «Mandó el rey se junatasen Aben Raghel y Alquíbio, sus maestros, de Toledo; Aben Musio y Mahomat de Sevilla y Joseph Aben Ali y Jacobo Abvena de Córdoba; y otros más de cincuenta que trajo de Gascuña y de París con grandes salarios y mandóles traducir el Quadripartito de Ptolomeo y juntar libros de Montesam y Algazel. Diose este cuidado a Samuel y Jehudá el Conheso, alfaquí de Toledo, que se juntasen en el alcázar de Galiana, disputasen sobre el movimiento del firmamento y estrellas. Presidían, cuando allí no estaba el rey, Aben Raghel y Alquíbio. Tuvieron muchas disputas desde el año 1258 hasta el de 1262.» No es menos auténtico el testimonio que se halla en uno de los libros de la esfera, de que nos proponemos hablar en este capítulo. «E lo enderezó e mandó componer este rey sobre dicho e tolló las razones que entendió eran sobejanas e dobladas e que no eran en castellano derecho e puso las otras que entendió que cumplía e quanto en el lenguaje enderezólo él por sí.»

ideas. Parecía últimamente inaugurarse para España una época de esplendor y grandeza, semejante a la que habían ofrecido al mundo los ilustres califas del Cairo: la corte de don Alonso X no cedía en nada a la del grande Almamun, apellidado por varios historiadores el *Augusto de los árabes*.

Así, pues, se realizaba uno de los mas extraordinarios fenómenos que ofrece la historia de la civilización de los pueblos, fenómeno que es necesario considerar bajo un doble aspecto, si ha de comprenderse toda su magnitud e importancia. Por una parte aparecía el pueblo castellano con sus rudas costumbres, con sus preocupaciones y sus belicosos instintos apoderándose, sin apercibirse de ello, de las ciencias de dos pueblos muy adelantados en las especulaciones filosóficas: por otra el idioma vulgar, todavía en mantillas, todavía indeterminado y vago, era empleado en el lenguaje de las abstracciones metafísicas, poniéndose de esta manera al alcance de todo el mundo los misterios de las ciencias. Mentira parece ciertamente que el rey don Alonso pudiera llevar a tan alto punto sus patrióticas miras, y mas aun que obtuviera tan abundantes frutos de sus bien dirigidos esfuerzos. Su posteridad, mas incrédula de lo que a la gloria de España convenía o más ignorante tal vez de lo que debía esperarse, no supo comprender estos generosos sacrificios, y llevó su insensatez hasta el punto de escarnecerlos. Pero ya han pasado felizmente aquellos tiempos; y el imparcial examen de la crítica no puede menos de protestar contra tan descabelladas acusaciones: la vindicación debe ser completa, cuando las pruebas son tan claras y tan copiosas, cuando la justicia no titubea en inclinar su balanza al peso de la gloria y del patriotismo.

Muchos fueron los rabinos que bajo la protección de tan esclarecido príncipe acudieron a levantar aquel suntuoso templo de la prosperidad y del saber: y grandes volúmenes pudiéramos escribir, a proponernos examinar todas sus producciones. Sometidos estos trabajos al plan que en la Introducción expusimos, no será difícil a nuestros lectores el conocer que no es tan amplio nuestro propósito. Por esto nos contentaremos con citar las obras más notables, que por hallarse casi todas inéditas, no pueden dejar de ofrecer interés y novedad a un tiempo, trasladando también aquellos trozos que más contribuyan a dar una idea del estado progresivo del lenguaje y de las materias tratadas en las referidas obras. Pero antes de que pasemos a hacer este examen, copiaremos aquí las siguientes líneas, en que Rodríguez de Castro trata de bosquejar el movimiento literario que se advertía en la época del rey don Alonso. «En este tiempo —dice— había en Toledo varios judíos conversos matemáticos, tan sobresalientes en la astronomía que de ellos y de algunos cristianos se valió el rey don Alonso X para que tradujesen en castellano las obras arábicas mas especiales que se conocían de esta facultad y compusiesen otras de nuevo. A R. Jehudah Ha-Cohen, a R. Moseh y al maestro Juan Daspasso encargó la traducción del libro en que trata Acosta de la *Esfera celeste*. A Rabi Zag de Sujurmenza mandó que escribiese del *Astrolabio redondo* y de los usos que tiene: del *Astrolabio llano*, de las *Constelaciones* y de la *Lámina universal*. Al maestro Fernando de Toledo le encargó la traducción del libro arábigo de Azarquiel, en que se explica su *Azafeha* o *Lámina* y después hizo traducir este mismo libro en Burgos al maestre Bernando y a don Abraham. Al dicho Rabbí Zag le mandó también que tradujese el libro de las *Armellas* que escribió Ptolomeo, y que escribiese sobre la *Piedra de la sombra*, *Relox de agua*, de *Argente vivo*, o *azogue* y de la *Candela*.»

Se deduce, pues, de las observaciones de Castro, que Rabbí Zag de Sujurmenza, converso como los demás sabios mencionados por él, fue indudablemente uno de los más notables rabinos que florecieron al lado de rey don Alonso. Por esta razón, aunque alterando el orden en que se hallan los tratados que cita Castro, antepondremos nosotros las obras de este famoso judío a las demás de que daremos noticia. Las más importantes son sin duda los libros que dedica a la explicación y uso del *astrolabio* (llamado *redondo*) y al conocido con el título de *llano*. El astrolabio redondo consta de dos libros, divididos en capítulos, contando el primero veinte y cinco solamente y componiéndose el segundo de ciento treinta y cinco. Si no temiéramos extendernos demasiado, daríamos aquí noticia circunstanciada de todos ellos: para nuestro propósito basta sin embargo, saber que el libro de los veinte y cinco capítulos contiene las advertencias y avisos necesarios para la construcción y aplicación del astrolabio, mientras que en el segundo se eleva el autor a profundas consideraciones científicas, manifestando los grandes e inequívocos

conocimientos que poseía en las ciencias exactas. Averiguar la altura del sol en todas sus situaciones, señalar la de las estrellas, determinar el movimiento de los astros en general, fijar la duración del tiempo, designando al par sus alteraciones y las causas de estas, explicar la declinación de cualquiera de los signos del zodiaco y sus relaciones, indicar la manera de conocer las latitudes y las orientaciones, dar una norma para comprender las revoluciones de los años, medir la duración de un objeto dado comparativa y absolutamente; he aquí algunas de las cuestiones dilucidadas por Rabbí Zag con tanta copia de erudición como doctrina. Sus estudios sobre todos los sistemas astronómicos hasta entonces conocidos, sus observaciones propias y las advertencias de los demás sabios, con quienes consultaba sus trabajos, le ponían en la situación de dar a la ciencia astronómica un nuevo carácter, contribuyendo grandemente a su adelantamiento, aunque sin perder de vista los estudios de los sabios árabes, ya para seguir sus huellas, ya para contradecirlos, desvaneciendo sus errores¹³⁸.

El *Libro del astrolabio llano* no es en verdad menos importante y digno de estima. Compónese de veinte y cinco capítulos, en los cuales trata (después de explicar en el primero las causas por qué es conocido con el título de llano a diferencia del redondo) de fijar su uso y aplicación, determinando y resolviendo extensa y profundamente multitud de cuestiones del mayor interés para los que se dediquen a los estudios astronómicos, aun después de los colosales adelantamientos que ha hecho esta ciencia en los tiempos modernos. El segundo tratado del *astrolabio llano* que lleva este título: *Este es el libro de cómo deben obrar con el astrolabio*, tanto por la importancia de las materias que contiene, como por la copia de erudición que revela, contribuye a esclarecer el nombre de Rabbí Zag de Sujurmenza, dando al propio tiempo las mas favorables ideas sobre el reinado de don Alonso el Sabio. La circunstancia de contener la explicación de gran número de voces arábigas y la reducción de los meses de aquel ilustrado pueblo a la cuenta de los cristianos, es también parte para que se lean los capítulos de este libro con bastante agrado, bien que el idioma se encuentre en él todavía en su infancia. Sin embargo, como notamos ya en otro lugar, no deben pasar inapercibidos los pasos que había dado, adquiriendo mayor regularidad y fijeza, cobrando más nervio y energía y apartándose finalmente más y más del corrompido dialecto, a que debía sus principales elementos. Como prueba de estas observaciones y para que nuestros lectores conozcan el estilo del ilustre hebreo, de que vamos hablando, copiaremos aquí parte del prólogo del primer libro del *Astrolabio llano*.

«Porquell arte de abstrologia non se puede tanto entender e saber por otra cosa cuemo por catamiento e por vista: por ende avemos fablado primeramente de esphera, que es el primero estrumento, e mas noble, e mas complido que los otros et en que se mejor, e mas manifestamente se de» muestran las figuras que son en el cielo, e en que se mejor entienden, e con menos trabajo, e en que podrá home imaginar mas ayna porque es tal como la forma del cielo. Et por ende es cuemo madre de los otros estrumentos. Mas agora queremos desir del astrolabio que fue fecho primeramente redondo, cuemo la esphera. Et porque oro Ptolomeo que era estrumento muy grave de traer de un lugar a otro por la grandez dell et otrosi de faser de redondo que era tornó la llana en el lugar do eran los signos e las otras estrellas que eran cerca dellos. Et cuemo quier que nos oviesemos fablado en otro lugar del astrolabio, fablamos de las estrellas fixas que apartó Ptolomeo para poner en él.»

He aquí como explica la equivalencia de los meses arábigos y los cristianos en el capítulo VII del segundo tratado del *Astrolabio llano*, después de manifestar en el VI la manera de contar los últimos.

«Estas son (dice) las señales de los comenzamientos de los meses moriscos: a Almoharran non ponemos senñal por la rason mesma que avemos dicha de Yenero; la senñal de Safar es III, la

138 Es digno de notarse que Rabbi Zag adopta, generalmente hablando, la nomenclatura arábiga: esto parecía tanto más natural cuanto que, careciendo Castilla de lenguaje científico, era indispensable o importarlo o crearlo. Lo primero era más hacedero. En el capítulo CXXXV del libro II del astrolabio redondo contradice R. Zag las doctrinas de Ab-Nalasar.

de Rabed primero IIII, de Rabed segundo II, de Razab III, de Xahben V, de Ramadan VI, de Savel I, de Dequihda II, de Haja IIII°. Quando quisieres saber el comenzamiento de algunos destos meses sobre dichos, sepas primero qual día entra Almoharran en aquel anno, e annade sobrel la hima del mes que quisieres saber su comenzamiento, e comienza a contar del día que comenzó Almoharran en esse anno, assí «como le mostramos en los meses cristianos, ni mas ni menos; e do se acaba el cuento en esse día comienza el mes morisco que tu quisieres e en saber los comenzamientos de los meses moriscos; ni fas fuerza el anno visiesto, porque crescen el día de visiesto en la fin del anno.»

Creemos que bastan estas muestras para conocer el estado del idioma y el estilo de Rabbi Zag. En los tratados de la *Lámina universal* y en la traducción del *Libro de las Armellas* no se mostró menos entendido, como escritor castellano. El *Libro de la lámina* está dividido en cinco partes, componiéndose las dos primeras de sesenta y dos capítulos, de cincuenta y ocho la tercera, la cuarta de sesenta y cuatro y la quinta de doce. Todas abrazan no pocas de las cuestiones resueltas o discutidas ya en los tratados del *Astrolabio*. Las demás obras de Rabi Zag sobre la *Piedra de la sombra*, el *Relogio del Agua*, el del *Argent vivo* y el de la *Candela*, son de menos extensión, aunque no carecen de mérito.

La importancia que tomaron estos estudios en aquella época y el desdén con que han sido juzgados los trabajos de estos escritores, exigen ciertamente que se consagren algunas tareas, para conocerlos y apreciar las buenas doctrinas que contienen. Hija la ciencia astronómica de los judíos de la ciencia arábica, no podía en modo alguno verse libre de los extravíos que había ya sufrido aquella. «Todos los conocimientos positivos de los árabes —escribe un autor moderno— los corrompían por su inveterada inclinación a la ciencia mística y cabalística: consumían frecuentemente su salud y sus haciendas en inútiles investigaciones tras del elixir de vida y de la piedra filosofal: sus prescripciones medicinales se regían por el aspecto de las estrellas; su física se envilecía con la magia; su química degeneraba en alquimia; su astronomía en astrología.»¹³⁹ De estos mismos inconvenientes adolecieron, pues, las ciencias en manos de los judíos españoles, como indicamos en la introducción de los presentes *Ensayos*. ¿Pero deben por esta causa darse al olvido sus producciones, fruto de profundas tareas e hijas de una época en que el pueblo cristiano no había aun sacudido la ignorancia de los siglos anteriores? Esto es lo que nosotros negamos; mas nuestro estudio es únicamente literario, careciendo nosotros por otra parte de los conocimientos necesarios, para entrar de lleno a juzgar en cuestiones sobre una ciencia tan poco cultivada entre nosotros. A los que se consagren a tan difíciles tareas toca, en fin, decidir sobre la cuestión que dejamos propuesta.

Al mismo tiempo que florecía Rabbi Zag no se mostraban, como dejamos apuntado, menos dignos del aprecio del rey don Alonso otros estudiosos rabinos. R. Jehudah bar Moseh Ha-Cohen, R. Moseh y el maestro Daspaso recibían la orden de traducir al castellano, según expresa el erudito Castro, el tratado de la *Esfera celeste* del sabio árabe Acosta. El primero trasladaba además las obras astronómicas de Ali Aben Ragel, escribía un libro sobre *Las cuarenta y ocho constelaciones* y reducía al idioma docto, cultivado a la sazón con esmero aunque no con pureza, el tratado de Avicena de *Las mil y veinte y dos estrellas*, que eran en su tiempo conocidas. Para que puedan nuestros lectores formar un juicio exacto del estilo adoptado por Jehudah Ha-Cohen y sus compañeros, trasladaremos aquí algunos trozos del prólogo del mencionado *Libro de la Esfera*.

«Este libro —dice— es el dell Alcora que es dicha en latín Alcora, que compuso un sabio de Oriente que ovo nombre Costa. Et fabla de todo ell ordenamiento dell esfera a que disen en arábigo det Alcorey que quier tanto desir sobre la espera que está sobre la siella. E fiso este libro en arábigo, et después mandólo trasladar de arábigo en lenguaje castellano el rey don Alonso, fijo del muy noble rey don Hernando e de la reina doña Beatriz... en era de mill é dossientos et noventa e siete annos.» Más adelante continúa: «En esta Alcora paresce la forma e el estado del cielo e la diversidad de los movimientos del sol e de la luna e de los planetas e de las otras estrellas, segund las ladesas de las villas, e por qué rason mengua el día e cresce por todo lugar e por toda ladesa e

139 William Prescott, parte I, capítulo VIII de sus *Reyes Católicos*.

porqué rason es siempre egual en la linna equinoctial, do es siempre el día de doce horas e la noche otras doce horas, et porqué rason se fas en un logar todo el anno un día natural; que es un día e una noche. Ca todos los seis meses son un día e los otros seis una noche. Et en otros logares porqué acaesce que quatro meses son un día e quatro meses una noche et en otros dos meses son un día «e otros dos meses una noche, et en otros un mes un día e un mes una noche e mas destos que es dicho, e otros menos et en otros logares llega el mayor día a veinte e quatro horas e la mayor noche otros a veinte e quatro horas, e mas destos o menos destos, etc.»

Por esta explicación se comprende fácilmente cuál fue el objeto que se propuso el rey sabio, al mandar traducir tan importante obra. Hállase esta dividida en sesenta y nueve capítulos, a diferencia de la arábica que constaba sólo de sesenta y cinco; pero de esta innovación dan parte los traductores al final del prólogo de esta manera;

«Este libro era departido, segund Costa el sabio lo departiera, en LXV capítulos; mas nos fisiemos hí poner quatro capítulos demas que convienen mucho a esta rrason, ca son los primeros e todos los otros vienen depos destos e sin ellos non podria ser bien ordenado el libro: e por ende los poseimos desta guisa.»

Terminados los sesenta y nueve capítulos, mandó el rey don Alonso, para que fuese *esta obra de la espera mas complida*, que escribiese Jehudah Ha-Cohen otro capítulo en forma de apéndice, *para faser armiellas y para saber ell atazir egualar las casas, segund la oppinion de Hermes*.

En el siguiente capítulo trataremos de poner término al bosquejo que nos hemos propuesto hacer de esta época tan gloriosa para el nombre castellano, época que nuestro respetable amigo don Alberto Lista califica del siguiente modo, hablando de las *Siete partidas*: «Apareció en el siglo XIII el *Libro de las partidas* admirable en cuanto a la materia y al modo de tratarla, si se considera la época en que se escribió; más admirable aun en cuanto al lenguaje, superior en gracia y energía a todo lo que se publicó después hasta mediados del siglo XV.» Estas cortas líneas, que tanto honran la memoria del rey sabio, son también aplicables a los esfuerzos que bajo su protección hicieron los insignes rabinos, de que vamos hablando. Nunca se había visto movimiento intelectual más fecundo en la corte castellana; siendo necesario llegar hasta el reinado de don Juan II, para encontrar algo que pueda compararse a aquel magnífico y brillante período; si bien el siglo XIV no fue para las letras tan estéril, como generalmente se supone, sin examinar los monumentos sobre que debe recaer la crítica.

IV. Segunda época. Siglo XIII.

Don Alonso el sabio. R. Jehudah Mosca. Sus traducciones. Rabbi Moseh de Zaragua. R. Jahacoh ben Maiir ben Thibon. R. Mosch ben Migozi Sepharardi. R. Isahak ben Latiph. R. Selemoh Abraham ben Adereth. Rabenu Pérez Hariaf. Reflexiones sobre la decadencia de la literatura y las ciencias a principios del siglo XIV.

Cada vez que se medita mas profundamente sobre los grandes servicios hechos por el rey sabio a la civilización española, se encuentran nuevos motivos de gratitud y de alabanza. En efecto, mientras casi toda Europa yacía en un estado completo de barbarie, era de ver cómo aquel bondadoso monarca hacia los mayores sacrificios, para dar la ilustración y proporcionar la felicidad a sus vasallos. Ninguno de los resortes que podían producir tan prósperos resultados permanecieron ocultos a la superior inteligencia de don Alonso; ninguno de los esfuerzos que a tan anhelado término encaminaban, quedaron por intentarse en aquella afortunada corte. Ya han visto nuestros lectores en el precedente capítulo cómo supo asimilarse y hacer propia la ciencia de los más doctos hebreos: en el presente continuaremos, pues, el comenzado examen.

Entre los doctos rabinos de que llevamos hablado y cuyas obras permanecen inéditas, siendo desconocidas enteramente hasta la época del diligente Rodríguez de Castro, merecen especial mención Rabbi Jehudah Mosca, médico del rey don Alonso, y Moseh Azan de Zuragua, con otros no menos entendidos que en aquella era florecieron. R. Jehudah Mosca, llamado entre los suyos el *Qaton*, por la pequeñez de su cuerpo, se distinguió en el cultivo de las matemáticas, de la astronomía y de la medicina, no manifestando menores conocimientos en el estudio de las lenguas orientales, pues que poseía el griego, el hebreo y el árabe, hablando estos idiomas con toda corrección y pureza. Contábase el año 1250, época en que no había subido aun al trono de Castilla el rey sabio, cuando este rabino, acreditado ya por su saber y convertido al cristianismo, como todos los hebreos distinguidos de su siglo, recibió el especial encargo de traducir al castellano una obra arábiga que había adquirido a gran precio el infante, la cual trataba de la *Propiedad de las piedras*, título que el mismo Rabbi Jehudah Mosca puso a su traducción. Componíase dicha obra de tres partes o *Lapidarios*; tratándose en la primera de las trescientas sesenta piedras que forman aquel catálogo, si bien subdividiéndolas en otras doce partes con arreglo a los signos del zodiaco: la segunda parte estaba destinada a dar a conocer las virtudes de las mencionadas piedras, por la influencia del sol en las fases de los signos, extendiéndose a tratar de las figuras de las estrellas, del tiempo en que las piedras tienen más o menos virtud y finalmente del en que se trasforman o cambian de virtudes. Extendíase el autor en la tercera parte a demostrar las causas por qué truecan las piedras de virtud, según el estado de los planetas, y a explicar las figuras que hay en el ochavo cielo (frase de que usa Rabbi Mosca para significar el firmamento), determinando por último la influencia que aquellas ejercen en las mencionadas piedras. Ya hemos dado en el primer capítulo de este segundo *Ensayo* una muestra del estilo que empleó este insigne rabino en la obra de que tratamos para que nuestros lectores formen más cabal idea de ella, trasladaremos aquí, sin embargo, las siguientes líneas en que da el mismo Jehudah Mosca razón del autor del códice arábigo y del objeto que se propuso al escribirlo:

«Et entre los sabios que se mas desto trabajaron (habla de las piedras y de su influencia), fue uno que ovo nombre Abolays. Et como quier que el tenie la ley de los moros; era home que amaba mucho los gentiles e señaladamiente los de la tierra de Caldea, porque dalli fueran sus abuelos. Et porque el sabie hablar aquel lenguaje e leye la su letra; pagábase mucho de buscar los sus libros et de estudiar por ellos: porque oyera desir que en aquella tierra fueran los mayores sabios que en otras del mundo. Mas por las grandes guerras e las otras muchas ocasiones que hi acaecieron, muriera la

gente e fincaron los saberes como perdudos: así que muy poco se fallaba dello. Et este Abolays avie un su amigo quel buscaba estos libros e gelos fasie haber. Et entre aquellos quel buscó fallò este que fabla de trescientas e sesenta piedras, segund los grados de los signos que son en el *cielo ochavo*. Et dixo de cada una qual color, e qual nombre, e que virtud, e en qué logar es fallada, e de la estrella de la figura que es en el grado daquel signo, donde ella rescibe fuerza e virtud. Et esto segunt el sol corre en todo el año por los grados de las figuras de los dose signos que se fasen por todos tressientos e sesenta que son todos figurados de estrellas menudas e otras figuras muchas; que están en el ochavo cielo que son figuradas otrossi de estrellas; las unas a parte del septentrion que es a la estrella que llaman trasmontana: e las otras a parte de medio día, que son dellas dentro en los signos, e las otras de fuera dellos assi que se fasen por todas con los signos quarenta e ocho.»

Más adelante añade en el mismo prólogo refiriéndose al rey don Alonso:

«Et después quel murió (Abolays) fincó como perdido este libro muy grant tiempo, de guisa que los quel avien no le entendien, nin savien obrar del, assi como convinie, «asta que quiso Dios que viniese a manos del noble rey don Alfonso, fijo del muy noble rey don Fernando e de la reyna donna Beatriz et sennor de Castiella: est. et.... Et fallol en seyendo infante, en vida de su padre en el anno que gañó el reyno de Mursia. Et ovol en Toledo de un judío quel tenie abscondido y se non queria aprovechar del, nin que a otro oviese pró.»

Prolijos seríamos en demasía, si intentáramos examinar detenidamente el largo catálogo de las piedras, apreciando particularmente las circunstancias que nota el autor de los *Lapidarios*, respecto a cada una de ellas. Bien conocerán nuestros lectores que no es éste, por otra parte, el objeto de los presentes *Ensayos*, cuya principal tendencia es apreciar los adelantamientos que los hebreos hicieron en las letras, al cultivar el idioma de nuestros antepasados. No dejaremos, no obstante, de copiar, ya que hemos transcrito algunos trozos del prólogo, el capítulo IV del *Lapidario*, compuesto por Mahomat Abenquich en que hace la descripción de la piedra que tira el oro, con el objeto de dar a conocer el método adoptado por el autor en la explicación de cada piedra. Dice así:

«Del quinceno grado del signo de áries, es la piedra que tira el oro. Et es de su natura caliente et seca. Et de color amariella que tira ya quanto a parda e quando la home toma en la mano, siéntela lesne e como blanda. Esta tira el oro e fasle quel obedesca; bien como la ayman tira al fierro. Et si limareu el oro et mesclaren las limaduras dél con tierra e tanxiese la piedra a ello, apartarse ha el oro de las otras cosas con que estuvier mesclado e apegarse ha todo a ella. E desta piedra usan mucho los orebres o aquellos que quieren el oro apurar. E si la queman, assi como la que diximos que tira el fierro, habrá mayor poder de quemar quella. Et aun há esta piedra otra virtud: que da muy gran alegría al corazón... Et la estrella mediana de las tres que son en el espacio del retornamiento del ryo ha poder sobresta piedra e della rescibe su virtud. Et quando esta estrella fuera en el ascendente, muestra esta piedra mas manifiestamente sus obras.»

Con este tratado de Mahomad Abenquich completa Jehudah Mosca su importante traducción de las trescientas sesenta piedras de Abolays. Por su estilo, por la multitud de conocimientos que requería semejante empresa y por la época en que se acometió y llevó a cabo, es esta obra digna del mayor aprecio, pareciéndonos que aun en los tiempos que alcanzamos y tan adelantadas ya las ciencias naturales, no debe ser del todo inútil su lectura a los que a ellas se dedican. Sólo cumple a nuestro propósito el juzgarla bajo su aspecto literario; y bien puede decirse, en este concepto, que la traducción de Jehudah Mosca es altamente digna del siglo y del reinado en que se hizo, viéndose ya en ella tan adelantado el lenguaje, (cuando no más) como en los libros de Rabbi Zag de Sujurmenza.

Otras obras escribió también y tradujo el distinguido médico del rey sabio, que no le conquistaron menos fama y estimación entre los doctores que ilustraban la corte de don Alonso. Pocas noticias se han conservado desgraciadamente respecto a sus producciones originales: la obra más importante que tradujo, después del tratado de la *Propiedad de las piedras*, versa sobre *Astrología judiciaria*. Era esta debida al árabe Alí Aben Ragel ben Abreschi, astrónomo muy

celebrado entre los suyos, tanto por los estudios que hizo de las antiguas doctrinas de los sabios, como por sus propias especulaciones. Componíase de ocho tratados, divididos en trescientos treinta y ocho cortos capítulos. En las dos primeras partes hablaba de los signos y de sus naturalezas, de los planetas y de sus cualidades y de las cosas que habían de saberse, como rudimentos indispensables del estudio formal de la astrología. Ocupábase en los tratados tercero, cuarto y quinto en explicar los conocimientos, poniendo en el sexto las *natividades* o *nacimientos*; y trataba en el séptimo de las *revoluciones de los años*, invirtiendo el octavo y último en señalar las del *mundo*, estudio en que desplegaba grande erudición y no pequeña copia de conocimientos especulativos.

Dos traducciones latinas se hicieron en la época del rey don Alonso de esta obra de Ali Aben Ragel, vertida al castellano por Rabbi Jehudah Mosca. Una debida a Pedro del Real y a Gil de Tebaldos y otra a un criado del rey sabio, llamado Álvaro. Ambas se hicieron por mandado de aquel esclarecido monarca y ambas se conservan felizmente M. SS. en dos distintos códices de la Biblioteca del Escorial. El código que encierra la primera, contiene ademas de la obra de Aben Ragel, otra que parece ser debida al mismo autor, la cual versa sobre el *Astrolabio*; un tratado intitulado *Índice de los capítulos de Almanzor* y unas *Advertencias* para el mejor uso de la ciencia astrológica. La segunda traducción se halla precedida de tres diferentes prólogos: el que puso Aben Ragel al original, el que escribió Jehudah Mosca, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, y otro latino, compuesto por el expresado Álvaro: este último contenía solamente los elogios a que era acreedor el rey don Alonso, por la protección que dispensaba a las ciencias y a las letras y por la parte que tomaba en las tareas de los sabios que había congregado en su corte. Si no temiéramos extendernos demasiado, daríamos aquí algunas muestras de estas versiones latinas, ya que la obra de Ragel y la traducción de Jehudah Mosca parecen haberse perdido: los lectores que desearan tener más pormenores, pueden consultar los expresados códices, señalados con los números 10 y 12 en la Biblioteca del Escorial, o ver al menos las muestras que de ellos ofrece Rodríguez de Castro¹⁴⁰ en la obra que arriba dejamos citada.

Rabbi Moseh de Zaragoza, judío catalán muy respetado entre los suyos por su grande saber, floreció también en Castilla por esta época. A imitación de Aben Hezra y de R. Jedahiah Hapenini, que habían compuesto varias obras y poemas sobre el juego del ajedrez, escribió en su idioma nativo un tratado en verso sobre el mismo juego, designado por Jedahiah con el nombre de *Delicias del Rey* (Mojadanne Melec). Este poema, en donde se repetían con mucha elegancia las reglas dadas por los autores citados, era en extremo apreciable, por la sana moral que respiraba: trataba en su introducción de la creación del mundo y extendíase después a encarecer la obligación que todos los hombres tienen de reverenciar y acatar al Hacedor Supremo, ejercitándose en las virtudes. Condenaba los demás juegos como perniciosos, y ensañábase especialmente contra los de naipes, ponderando los estragos que causaba el entregarse a ellos, lo cual no deja de llamar la atención en una época en que las costumbres debían ser más sencillas y más severas al propio tiempo. Por los años de 1350, 4737 de la creación, fue este poema traducido al castellano por un escritor, cuyo nombre no se ha conservado desgraciadamente. El código de la traducción se guarda, sin embargo, en el Escorial, encerrando también otros escritos no menos estimables. Para que puedan los que lean estos *Estudios* formar concepto de esta obra, trasladamos aquí los versos con que principia:

En el nombre de Dios poderoso que es
e fue en ante que cosa que fues
e será postrimero otro que sin
et non ovo empiezo nin nunca avrá fin;
el que fiso el mundo todo de la nada
e sobre los abismos tierra firme fundada;
et non avie hi ninguna criatura,
e la tierra era cubierta de agua e oscura

¹⁴⁰ Biblioteca rabínica española, ps. 114 y 115.

e el primero día crió lus e resplandor
 por tal que es de todo mejor.
 E apartó Dios por su grant bondat
 la grant escuresa de la claridat
 e plugot quel mundo fuese por tal via
 e que fuese apartada la noche del día.

La circunstancia de estar hecha esta traducción, aunque imperfectamente, en el mismo metro usado por los hebreos, guardándose también en la rima el mismo orden que se halla en los poemas debidos a los más celebrados rabbíes, nos hace sospechar que esta traducción fue obra de algún judío o converso, a pesar de la duda que sobre el nombre de su autor arriba hemos manifestado. Otros trabajos hizo también Rabbi Moseh Azan de Zaragoza dignos del mayor aprecio, a juzgar por el voto de sus coetáneos: ninguno ha logrado, no obstante, tanta reputación como el poema referido, sin que por otra parte se hayan conservado los códices que contenían dichos escritos.

Mucho habríamos de extendernos, si nos propusiéramos dar más menuda cuenta de los rabinos que con su saber y estudios ilustraron la corte de don Alonso X. El examen hecho hasta aquí y las empresas literarias de que hemos hablado, bastan en nuestro juicio, para justificar cuanto llevamos dicho sobre esta brillante época de la civilización española. Sin embargo, no pasaremos adelante sin apuntar que en tanto que los escritores citados contribuían con tan laudables esfuerzos a llevar a cabo los proyectos de ilustración del rey sabio, cultivando el naciente idioma castellano que iba de cada día adquiriendo más preciosas dotes, florecieron también muchos rabinos, que celosos de su religión y de sus antiguos hábitos y costumbres, se dedicaron al cultivo de su literatura, continuando la inacabable tarea de comentar el *Talmud* y los demás libros sagrados. Entre los que mas se distinguieron en estos trabajos y otros análogos, deben, en nuestro juicio, mencionarse R. Jahacob ben Macir ben Thibon, judío sevillano, comentador del *Pentateuco*, traductor de Averroes y autor de varios libros de astronomía; R. Moseh ben Migozi Sepharardi. natural de Toledo, gran predicador y talmudista; R. Isahak Aben Latiph, gran teólogo, insigne filósofo, médico, astrónomo y geógrafo, autor de la *Puerta de los cielos* (Sahar ha-Samayim), del *Libro de los tesoros del rey* (Sepher Guize ha-Melec), de la *Figura del mundo* (Zurath Hajolam) y otros muchos tratados talmúdicos y filosóficos que le dieron mucha nombradía; R. Selemoh ben Abraham ben Adereth, señalado jurisconsulto y filósofo catalán, y uno de los maestros (*rabanim*) de la ley, que a fines del siglo XIII lo fue universal de todas las sinagogas de España¹⁴¹; Rabenu Pérez Hacoheh, llaman Hariaf por abreviatura y mencionado por Imanuel Aboab en su *Nomologia*, autor del *Ordenamiento de la divinidad* (Mehareceth Ethauth); y finalmente otros muchos que con no menos amor a las ciencias, se entregaron a su cultivo.

No fueron, no obstante, los adelantos que hicieron tan notables, como tal vez había razón para esperar, atendido el estado en que se hallaban aquellas en el siglo precedente: las ciencias de los hebreos, presididas por el elemento teocrático que los dominaba, fueron un árbol cuya flor seca el ábrego, cuando aparece con mayor belleza y lozanía, siguiendo la misma suerte que les ha cabido en los demás pueblos, luego que el sentimiento religioso ha llegado a trocarse en ciego fanatismo.

Los escándalos de don Sancho el bravo, y las revueltas que siguieron a su temprana muerte, fueron causa por otra parte, como ya dejamos notado en el capítulo III de nuestro primer *Ensayo*, de que se refrescasen los odios no apagados, y las persecuciones que los judíos sufrían con demasiada frecuencia. Ya fuese en odio del rey don Alonso, a quien tanto habían ayudado en su colosal empresa de ilustrar la nación española, ya por aversión natural, es lo cierto que los sabios rabinos de Toledo se vieron obligados a abandonar sus tareas, comenzando para ellos y para los estudios que cultivaban una verdadera época de decadencia.

141 El docto Imanuel Aboah hace en su *Nomología* mención de este rabino del siguiente modo: «La séptima edad de los rabaním hizo célebre el excelentísimo sabio Rabenu Selemoh ben Adered, que por abreviatura llamamos Areab, discípulo y sucesor del señor Rabenu Moseh bar Nehman. Compuso muchos consultos maravillosos y otras obras de granadísima doctrina; y floreció en Barcelona en los años cinco mil y cuarenta, a donde vivió largos años.»

Sin embargo, la literatura española, merced a los esfuerzos del rey sabio y al ejemplo de Berceo y Astorga¹⁴², había hecho ya notables adelantos. El lenguaje usado por aquellos poetas, aunque tosco y rudo todavía, distaba ya mucho del que se hallaba en el *Poema del Cid*; la metrificación y la rima se habían regularizado mas convenientemente, y si hemos de creer en las obras de este género que al rey don Alonso se atribuyen, no sólo habían ganado el lenguaje, la metrificación y la rima, sino que las armonías y el colorido poéticos aparecían ya clara y distintamente en aquellas composiciones, en donde se usaba casi siempre de un tono digno y adecuado al asunto. En prueba de la exactitud de este aserto, trasladaremos aquí las estrofas con que comienzan el *Libro de las querellas* y el *Libro del tesoro*, versos de todo el mundo conocidos. He aquí el principio de las *querellas*:

A ti, Diego Pérez Sarmiento leal,
Cormano e amigo e firme vasallo
Lo que a míos homes de cuita les callo
Entiendo decir, plañendo mi mal:
A ti que quitaste la tierra et cabdal
Por las mis haciendas en Roma y allende,
Mi péndola vuela, escóchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.

Así comienza el *Tesoro*:

Llegó, pues, la fama a los mis oídos
que en tierra de Egipto un sabio vivía,
e con su saber oí que hacía
notos los casos ca no son venidos:
los astros juzgaba, e aquestos movidos
por disposición del cielo, fallaba
los casos que el tiempo futuro ocultaba,
bien fuesen antes por este entendidos.

Es ciertamente un fenómeno digno del mayor estudio, el hallar a fines del siglo XIII tan adelantada ya el arte poética, tan formado el idioma y dotada de tan señalados y genuinos caracteres la literatura, cuando a principios del siguiente siglo se hallaba todo revuelto e indeterminado, no pareciendo sino que se había operado una reacción espantosa. Pero así era en efecto: las letras que en el reinado del rey sabio habían comenzado a salir de la estrechez de los claustros, para aspirar a una independencia justa de las antiguas tradiciones monacales, tuvieron que acogerse de nuevo a aquellos sagrados recintos, únicos que respetaba la saña de los poderosos y que perdonaba la venganza de los fanáticos. Las tradiciones poéticas de los claustros fueron, pues, las fuentes que dieron vida a la amena literatura de aquellos azarosos tiempos, llevando su influencia hasta mediados del siglo XIV.¹⁴³

¹⁴² Poetas del siglo XIII, mencionados por Sánchez en su apreciable Colección, dada a luz en- 1778.

¹⁴³ A estas razones puede añadirse una observación que es en nuestro juicio de suma importancia. Los estudios hechos por don Alonso, el sabio, encaminados exclusivamente al desarrollo de las ciencias, si bien habían dado un nuevo carácter al lenguaje y un prodigioso impulso a la literatura, por su propia naturaleza se hallaban reducidos al círculo de las personas que se emplearon, bajo su dirección, en llevar a cabo las obras que concibió tan célebre monarca. Desdeñadas y olvidadas de todo punto aquellas utilísimas tareas, cuando no habían podido hacerse aun generales los conocimientos de los sabios hebreos y entendidos árabes que a ellas estaban dedicados; desconocidos aun de la muchedumbre los adelantos hechos en el lenguaje, tanto respecto a las obras puramente científicas como a las legislativas y literarias que cayeron también en entero desprecio, no fue posible que fueran de todos aceptadas las innovaciones introducidas en la lengua, quedando reducidas a los muros de Toledo las nuevas galas con que había sido ésta investida. Así ni en los poetas, ni en los cronistas, ni en otro documento alguno de nuestra civilización, se encuentra después de la muerte del rey sabio el más ligero vestigio por donde se venga en conocimiento de tantas y tan gloriosas empresas literarias, llevadas a cabo felizmente por el rey don Alonso, ni se descubre tampoco huella alguna de los agigantados pasos que dio la lengua castellana al ser cultivada por los doctos

Cuando todos los elementos sociales experimentaban los más crueles sacudimientos, cuando casi llegaban a olvidarse las leyes, y la anarquía triunfaba en todas partes, no era posible que brillase la luz de las ciencias y de las letras, ni que un pueblo esclavo, que vivía bajo el capricho de infinitos señores, pudiera dedicarse al cultivo de aquellas. Así fue que el pueblo hebreo experimentó, al bajar a la tumba el rey don Alonso, la misma reacción que el pueblo castellano: las persecuciones le alejaron de los perseguidores al más alto punto, y retrayéndoles del estudio de las ciencias que podrían prestar alguna utilidad a la causa de la civilización española, los encerraron nuevamente en el círculo de su extraviada teología. Las antiguas tradiciones de la *Misnáh* y del *Talmud* volvieron, pues, a formar toda su ciencia; bien que el espíritu investigador, que había siempre animado a los descendientes de Judá, les impulsara a seguir los pasos de la civilización arábica, traduciendo y comentando las producciones de los más entendidos sarracenos.

rabinos y conversos, de que tienen ya noticia nuestros lectores. Los esfuerzos de don Alonso el sabio no produjeron por tanto sus naturales resultados, hasta que aplacadas las revueltas que a su fallecimiento siguieron, se pudieron reconocer y quilatar tranquilamente por los hombres dedicados al estudio. La muchedumbre no participó de aquellos adelantos.

V. Segunda época. Siglo XIV.

Decreto de los rabinos prohibiendo el estudio de la filosofía hasta la edad de veinte y cinco años. Rabbi Abner, el converso. El libro de las batallas de Dios. El libro de las tres gracias. Rabbi don Santo de Carrión. Sus poesías. La danza general en que entran todos los estados de gentes. Su análisis.

El siglo XIV, siglo de revueltas y de crueles pruebas para la nación española, debía también ser el azote del pueblo hebreo, como oportunamente notamos en el precedente *Ensayo*, al bosquejar ligeramente los trastornos de las minoridades de Fernando IV y Alfonso XI, en que apareció la reina doña María de Molina, tan grande gobernadora de Castilla, como cruel perseguidora del pueblo proscrito. Juguete de los vencedores y de los vencidos en medio de aquellos trastornos, objeto constante del odio común, ninguna participación tuvieron los sabios rabinos, en el progresivo desarrollo de la civilización española, decadente entonces y descarriada: su teología y su mística legislación, como dejamos indicado al final del anterior capítulo, volvieron a ser su patrimonio científico y literario; llevando también la aversión que experimentaban a fuerza de persecuciones, hasta el punto de abjurar de los estudios que tanta influencia les habían dado durante el siglo XIII en la corte de Castilla, y poniendo nuevas trabas a los mismos estudios teológicos y cabalísticos que habían vuelto a constituir su favorita ciencia. Así fue que en los primeros años del siglo XIV (1304 de la era cristiana y 5064 de la creación) expidió R. Aser, maestro y juez principal de todos los judíos españoles, un decreto firmado también de los mas insignes rabinos, por el cual se vedaba severamente el estudio de la filosofía hasta la edad de veinte y cinco años. Intentábase con este decreto, que fue acogido por todos los doctores de la ley judaica con la veneración más profunda, renovar la prohibición del capítulo décimo de la *Misnáh*, por el cual se mandaba que ningún judío pudiera consagrarse a otro estudio que no fuese encaminado al de los expositores de la Sagrada Escritura, y tenía por único y principal objeto el atraer a los que las ciencias cultivaban al terreno de las especulaciones talmúdicas, que sobre ser ya infructuosas, sólo podían contribuir a exaltar entre ellos el elemento teocrático, algún tanto enflaquecido con las frecuentes conversiones de los más sabios filósofos.

Pero este decreto que no puede ahora menos de considerarse como un efecto del fanatismo y como una consecuencia precisa de las persecuciones que cayeron, al espirar el rey don Alonso el sabio, sobre el pueblo de Moisés, hubo bien pronto de modificarse, disponiendo los doctores y doctrineros que pudiesen estudiar los judíos toda clase de ciencias desde la edad de veinte y dos años¹⁴⁴. El impulso estaba dado en efecto; y ni las revueltas de Castilla, ni el encarnizamiento contra los judíos, ni el visible conato de estos por encerrarse con sus ciencias y su cultura en sus aljamas y sinagogas, podían ser barrera poderosa a contrarrestar las leyes que había dictado ya la Providencia. Lo que sucedió fue lo que no podía menos de acaecer: el pueblo hebreo siguió la misma suerte que el pueblo castellano; y así como la literatura española permaneció estacionaria por algún tiempo, experimentando igual fortuna los demás ramos del saber, así también las ciencias cultivadas por los hebreos, cayeron en notable abandono, amortiguándose la saludable influencia que ejercían en la cultura de sus dominadores.

Sin embargo, acalladas ya algún tanto las ambiciones de los próceres de Castilla, restablecido el prestigio del trono, al ceñir la corona don Alonso XI, y respetadas al fin las leyes que o habían caído en desuso, o habían sido escarnecidas; la civilización española apareció animada de un nuevo y vigoroso aliento; y aquel pueblo, condenado a trabajar en medio de la proscripción, para provecho de sus perseguidores, volvió otra vez a tomar parte activa en la obra, cuyos cimientos había

¹⁴⁴ Ugolonio, *Tesoro*, lib. XXI. Jorge Ursimo, *Antiquitates Hebraicæ Scholastico Academiae*, capítulo X.

contribuido a levantar; abrazando la religión cristiana no pocos de los rabinos más esclarecidos, por el prestigio de que gozaban con su ciencia. Entre los más señalados que a principios del siglo XIV florecieron, debe indudablemente citarse Rabbi Abner, judío natural de Burgos, que en el año de 1295 abjuró los errores del judaísmo, escribiendo en hebreo y traduciendo al castellano, según el testimonio del docto Ambrosio de Morales, que tuvo ocasión de examinar el precioso códice que la contenía, una obra contra R. Quingi, intitulada *El libro de las batallas de Dios*, dirigida a desvanecer los errores en que cayó aquel célebre rabino, al escribir su tratado de las *Guerras del Señor* (Miljamot Hacem), en el cual se ensañaba contra los cristianos.-No conocemos nosotros desgraciadamente esta producción de Rabbi Abner, que en tiempo del insigne historiador que dejamos citado, existía manuscrita en el archivo de los benedictinos de Valladolid; pero a juzgar por su título, conservado en el *Viage sacro* de Morales, en la *Biblioteca antigua* de don Nicolas Antonio, y en la de *Rabínica* de Rodríguez de Castro, no puede negarse que este erudito converso llegó a poseer el idioma castellano con toda la perfección de que era entonces susceptible.-Para que nuestros lectores puedan formar mas cabal juicio, parécenos conveniente el trasladarlo a este sitio.

«Este es el libro (dice) de las batallas de Dios, que compuso el maestro Alphonso Converso, que solía haber nombre Rabbí Abner, cuando era judío. Y trasladólo del hebraico en lengua castiellana por mandato de la infanta doña Blanca, Señora del Monasterio de los Huelgas de Burgos.»

Sostuvo este judío diferentes disputas con los más doctos rabinos sobre los puntos en que más diferían aquellos del cristianismo, y logró reducir algunos a la verdad, mereciendo en cambio no pocos honores y distinciones por parte de los cristianos. En este empeño y deseando dejar una inequívoca muestra de la sinceridad con que había recibido las aguas del bautismo, compuso también otro tratado con el título de *Libro de las tres gracias*, en donde se propuso explicar las palabras del Credo, desplegando una erudición bíblica digna de la mayor alabanza, y dando a conocer que poseía con grande perfección el idioma de los castellanos, aun no formado enteramente. No citan D. José Rodríguez de Castro, ni los demás bibliógrafos que hemos consultado esta importante obra, cuyo códice posee en el mejor estado de conservación la Biblioteca nacional; y esta circunstancia, algún tanto favorable para nosotros, nos mueve a dar aquí una idea, aunque sumaria, del expresado *Libro de las tres Gracias*. El fin moral que el autor se propuso, al escribirlo, no puede desconocerse desde que se lee la primera página.

«Conviene saber (dice) quales son los ssabios e quales devemos creer; ca los que se llaman ssabios de los judíos facen creer e los judíos de una manera; e los que se dicen sabios de los cristianos a los cristianos de otra manera. Pero quanto es en un punto todos conciertan en uno, ca todos otorgan que Dios es uno e de aquí adelant desvarian e son contrarios en su fe unos de otros; cá los sabios de los cristianos, que fueron los doce apóstoles, discípulos de Jhu Xpo, su señor, fizieron e fazen creer a sus cristianos esta creencia que llaman credo en que ay doce viessos, que dijo cada uno el suyo.»

Más adelante añade:

«E esta fe e esta creencia dexaron ellos escripta en su vida e esta predicaron, dieron e demostraron por santa e por verdadera; e por ensalzar esta creencia pusieron las cabezas.»

Y después prosigue:

«E sobre esta razón digo yo maestre Alfonso de Valladolid, que ante avia nombre Rabi Amer de Burgos, quando era en la ley de syn salvacion, que todo aquel que algún debdo o alguna demanda quiera a otro demandar etc.»

Se ve, pues, por estas palabras que no solamente tenía por objeto Rabbi Abner o Amer ensalzar en este libro la religión que había abrazado, sino probar también que era la más santa y verdadera. Para conseguirlo, apeló a los profetas del pueblo de Israel y con sus propias palabras demostró que estaba predicho por ellos cuanto los apóstoles consignaron en el Credo; siendo el *Libro de las tres gracias*, una paráfrasis completa del mismo, si bien explica después el autor los

Sacramentos y se detiene a rebatir las objeciones que los doctores rabinos hacían en su tiempo a los misterios de la religión cristiana. Acabamos de trasladar algunas líneas de este preciado códice, por las cuales pueden juzgar nuestros lectores del mérito literario del *Libro de las tres gracias*, tanto respecto al lenguaje como a la claridad con que se hallaban las ideas expresadas. Para que tengan también una prueba de la manera de argumentar de Rabbi Abner, trasladaremos a este lugar el pasaje en que trata de desvanecer las dudas de los judíos sobre las circunstancias que ocurrieron en la muerte del Salvador, no creyendo aquellos que la recibiera por los pecadores.

«Lo primero que dezimos que por cuál razón querie Dios tomar muerte, respondo e digo que por que nos prometió en una sentencia que dixo Isaias por mandado dél, en que dixo. Saldrá de mi boca palabra derechurera: yol fiz el ome, yol crie, yol redemiré; pues conviene que lo cumpliese e si non sus palabras e su ley non serien verdaderas. Pues sabedes que dize en la ley que Dios nunca mintio nin mentirá e por esto lo cumplió. E pruebo más con otra razón que sabedes que vos prometió Dios en la ley justicia e misericordia: justicia quiere dezir cosa derecha; pagar debda por debda e pena por pena. E que esto sea verdat así nos los envió dezir nuestro Señor con Moisen en el libro de los juizios que pidiese ome muerte por muerte, cabeza por cabeza, oro por oro, miembro por miembro. E misericordia es pagar la debda e pedir la pena un amigo por otro. E por nos mostrar nuestro Señor Jhu Xpo, que vos ya probé que fizo el ome por que fiziese servicio a Dios padre e a el mismo que gelo fizo e a el sprito Santo que son tres personas e un Dios; por nos mostrar que en el mundo non podie ser amigo que más ficiese por otro, nin señor que más fiziese por sus fijos, quiso él por la su mucha e por la su grant misericordia venyr a pagar por nos las nuestras debdas e rescebir por lo que nos merescimos por nuestros merescimientos e las debdas quel vino a pagar por nos fueron los mandamientos de la ley que nos Dios padre envió con Moysen e con los sus profietas santos quel guardesemos e quel pagasemos. E nos ¡mal pecado! guardámosle e pagámosle muy mal, e oy día fazemos. E por este debdo que non pagamos como deviemos, e que quebrantamos los mandamientos de Dios, quel mas e quel menos, merescemos penas cada uno segunt su merescimiento; en guisa que los unos merescien ser encarcelados e los otros azotados e los otros muertos. E por esto quiso nuestro Señor venyr, como dixe, a pagar por nos las dichas debdas e padecer por nos las dichas penas. E por estas razones susodichas e por que avie mandado profetizar a sus profietas, segunt vos lo ya prové con veinte e cinco pruebas de vuestra ley e vos probarie aun muchas mas, sinon por no alongar el sermon. E por todas estas razones vino a tomar la muerte.»

Siendo nuestro propósito, al trasladar estas líneas, el dar a conocer principalmente el estado del lenguaje y la influencia que los judíos ejercieron en su desenvolvimiento, nos abstenemos de analizar con mayor detenimiento el *Libro de las tres gracias*, asegurando sin embargo a nuestros lectores que en todos sus capítulos resaltan grandemente el buen juicio de Rabbi Abner, la sinceridad con que defendía la religión cristiana, y una erudición sazónada y oportuna que facilita y ameniza la lectura. Rabbi Abner que como él mismo expresa y han tenido ocasión de ver nuestros lectores, era conocido después de su conversión con el nombre de Alfonso de Valladolid, pasó de esta vida por los años de 1349, habiendo nacido en 1270. Además de las obras referidas compuso un tratado que intituló *Concordia de las leyes*, y escribió otro libro en que glosaba el *Comentario* de R. Abraham Aben Hezra a los *Diez preceptos de la ley*. Ejerció finalmente la medicina con mucho aplauso, y fue por largos años sacristán de la catedral de Valladolid, según afirma Fray Alonso de Espina en su *Fortalitium fidei*, al dar una ligera noticia de sus escritos.

Al mismo tiempo que este docto converso hacia tan señalados esfuerzos para reducir a la religión cristiana a los maestros y principales de su ley, contribuyendo al desarrollo de los elementos de cultura que existían en Castilla, florecían también otros distinguidos y ardientes cultivadores de las ciencias y de las letras. Al paso que el príncipe don Juan Manuel, el Arcipreste de Hita, Pero López de Ayala y otros muchos hacían, como escritores cristianos, los mayores esfuerzos para sacar al idioma y a la poesía del estado a que habían lastimosamente venido con la muerte del rey sabio, un pobre judío, nacido en Carrión de los Condes, se levantaba entre los vates castellanos para aspirar a la gloria del genio y a la palma, a la inmortalidad consagrada. Era, al

parecer, Rabbi don Santo de Carrión¹⁴⁵ el primer escritor hebreo que rendía el homenaje de su talento a las musas castellanas, y no sin justicia fue respetado por sus coetáneos, como uno de los más insignes poetas del siglo XIV. Ya el célebre marqués de Santillana en su famosa *Carta* dirigida al condestable de Portugal sobre el origen de la poesía, le dedicó en el siglo XV las siguientes líneas: «Concurrió, dice, en estos tiempos un judío que se llamó Rabi Santo, e escribió muy buenas cosas e entre ellas *Probervios morales* de asaz, en verdad, comendables sentencias. Púsele en cuento de tan nobles gentes (los poetas más señalados del siglo XIV), por gran trovador: que así como él dice,

Non vale el azor menos
por nascer en vil nío,
Nin los exiemplos buenos,
por los desir judío.»

Mengua hubiera sido, en efecto, para varón tan esclarecido como el marqués de Santillana, don Íñigo López de Mendoza, el participar de las preocupaciones del vulgo de sus tiempos, que no contento con ensañarse en los que profesaban el judaísmo, comenzaba ya, rotos los frenos de las leyes y con menosprecio de la humanidad, a perseguir y molestar a los que abjuraban sus doctrinas. Rabbi don Santo de Carrión, como poeta agudo y versificador apreciable, reclamaba en la historia de la poesía castellana un lugar señalado; y el ilustre autor de la citada *Carta* fue el primero que le colocó en el puesto que merecía.

Don Tomás Antonio Sánchez, en su *Colección de poesías castellanas, anteriores al siglo XV*, don José Rodríguez de Castro en su *Biblioteca*, y don Leandro Fernández Moratín en el catálogo adjunto a sus *Orígenes del teatro* han hecho mención, con otros críticos, de este rabino; manifestando diferentes opiniones respecto a las obras que se le atribuyen con mayor o menor fundamento. Asienta don Tomás Antonio en el tomo primero de la *Colección* citada que son producciones suyas *Los consejos y documentos al don Pedro, la Doctrina cristiana rey y la Danza general en que entran todos los estados de gentes*¹⁴⁶, insertando algunas estrofas de cada una de ellas, para dar a conocer el mérito de aquel poeta. Pero en el tomo IV de la misma *Colección*, parece arrepentirse de haber atribuido a un hebreo *La Doctrina cristiana* y la *Danza general*, afirmando que no tienen estas composiciones más parte con Rabbi don Santo que el estar encuadradas en un mismo tomo con los *Consejos y documentos*. Esta opinión, que no parece fundarse en razones, tales que no dejen resquicio alguno a la duda, siguió indudablemente Moratín en las notas arriba citadas. «Esta obra, dice, hablando de la *Danza general*, existe en la biblioteca del Escorial manuscrita de letra antigua en un tomo en cuarto. Se creyó que el autor de ella fuese Rabi don Santo, judío que floreció en tiempo del rey don Pedro de Castilla: pero examinando el código con mayor atención, se ha visto que no es composición del citado Rabí. El que escribió la *Danza general* es absolutamente desconocido y sólo puede inferirse que vivió a mediados del siglo XIV.» Cualquiera que haya leído el prólogo del tomo IV de la *Colección* de Sánchez, conocerá que Moratín no hizo en este punto más que repetir las razones alegadas por aquel, copiando las coplas que trasladó el mismo en las notas a la carta del marqués de Santillana, inserta en el mencionado tomo primero. Por esta causa no

145 Ponemos el nombre de este poeta tal como ha sido usado por los que hasta ahora han escrito de crítica literaria. Sin embargo, debemos advertir que en el código de los Consejos y documentos al rey don Pedro que tenemos a la vista, se halla escrito en esta forma: *Rab don Sem Tob* que en hebreo es רב אדם טוב *maestro don Buen-nombre*. La corrupción de este nombre verdaderamente hebreo produjo indudablemente el de Rabbi don Santo.

146 Tenemos entendido que un curioso bibliógrafo de Barcelona tiene en su poder un poema limosín, debido al célebre cronista Carbonell, titulado la *Danza de la mort*. Según nos asegura una persona erudita que ha tenido ocasión de examinarle, aunque el poseedor lo guarda más de lo que cumple a las glorias literarias del principado, es la idea de este poema igual en el fondo a la de Rabbi don Santo; siendo de notar que Carbonell la tomó de otro poema escrito en francés por Juan de Llimoges, canciller de París. Esto no deberá extrañar ciertamente a los eruditos: durante un largo periodo de la edad media fue aquel pensamiento favorito de poetas y pintores, habiendo apenas nación en Europa que no tenga su *Danza de la muerte* pintada o descrita. Mucho sentimos que el amor que tiene el bibliógrafo, a quien aludimos, a la *Danza limosina*, nos prive del gusto de dar en este sitio mayores noticias de ella.

es el juicio de Moratín sobre esta cuestión tan digno de respeto como debiera, recayendo toda la responsabilidad de él en don Tomás Antonio Sánchez, quien no anduvo, en nuestro concepto, tan atinado y sesudo, al hablar de Rabbi don Santo, como en lo restante de sus eruditas notas. Las principales razones en que se funda este entendido bibliógrafo, consisten en repugnarle que un judío judaizante hablase cristianamente, como sucede en la *Doctrina Cristiana* y en la *Danza general*, teniendo por cosa demostrada que Rabbi don Santo no abjuró del judaísmo. Para probarlo, cita la cuarteta que traslada el marqués, y transcribe otra de la misma composición de los Consejos y documentos, reducida a indicar el autor que era digno de alguna recompensa, diciendo:

Ca non só para menos
que otros de mi ley,
que ovieron mucho buenos
donadios del rey.

Don Tomás Antonio supone que Rabbi don Santo aludía en este pasaje a los *empleos lucrosos y honoríficos que en aquellos reinados solían darse a los judíos, aun con preferencia a los cristianos y escándalo de los fieles*. ¿Y no podría aludir por el contrario a las donaciones y beneficios que recibían de los reyes cuantos abjuraban del judaísmo? ¿Tan escasos eran los ejemplos en aquella época, que no pudiera apelar a ellos un hebreo tan distinguido por su talento como Rabbi don Santo, al separarse del gremio de los incrédulos? ¿Tan desconocidas eran de don Tomás Antonio las obras de los rabinos que en el reinado de don Alonso el sabio, florecieron y de los que ilustraron la corte de don Juan II...? Confesamos que por más que hemos pensado sobre esta importante cuestión, no hemos podido comprender cómo las razones de Sánchez *son tan poderosas que no dejan lugar ni aun para la duda*, expresión de que usa en el ya referido prólogo. No las debió tener don José Rodríguez de Castro, cuando en su *Biblioteca* se expresaba en estos términos: «R. don Santo de Carrión, llamado así por que fue natural de Carrión de los Condes, villa de Castilla la vieja, nació a fines del siglo XIII o principios del XIV: fue insigne filósofo moralista y uno de los trovadores más célebres de su tiempo: abjuró el judaísmo y dio muestras de que fue un buen cristiano, como consta de las obras que escribió en el reinado del rey don Pedro I, esto es, por los años de Cristo de 1360, siendo él ya de edad avanzada.» Se ve, pues, que Sánchez, (tan inclinado a mudar de dictamen, como se advierte en la nota del tomo primero de su *Colección* y en el prólogo del cuarto), sobre perder de vista las razones indicadas, no reparó en que el entendido hebreo de que tratamos, pudo también escribir los *Consejos y documentos* antes de su conversión, y la *Doctrina cristiana* y la *Danza general* después de recibidas las aguas del bautismo.

Sea, sin embargo, como quiera (que para todo hay razones) lo que está fuera de toda duda es que Rabbi don Santo fue uno de los más señalados poetas de su tiempo, siendo generalmente reconocida por todos los literatos como obra suya la *Danza general*, sin que para esto sea obstáculo el haber dicho don Tomás Antonio y repetido Moratín que el carácter de la letra en que estaba escrita difería del que presentaba la de los *Consejos y documentos*; porque bien pudieron hacerse las copias en diferentes épocas y pertenecer, no obstante, los originales al mismo autor, cosa que a cada momento se encuentra confirmada en nuestros antiguos códices. Don Tomás Antonio y don Leandro Fernández Moratín convienen, a pesar de todo, en que como dice el marqués de Santillana, se escribió esta interesante composición a mediados del siglo XIV, lo cual, añadido a las observaciones que dejamos indicadas, nos mueve a dar aquí una idea lo más exacta que el plan de los presentes *Ensayos* nos permita, de una obra tan elogiada por todos y de tan pocos conocida¹⁴⁷.

La *Danza general* es una especie de pieza dramática, compuesta de setenta y nueve coplas de arte mayor o de cuatro cadencias, en la cual toman parte todos los *estados del mundo*, a quienes *la muerte llama e requiere que vengan de su buen grado o contra su voluntad*; apareciendo en escena sucesivamente, según la jerarquía que cada cual ocupa. Así es que sólo se presentan a la vista del

147 Sólo se han publicado de esta producción, (que nosotros hayamos averiguado) cuatro estrofas, y no por cierto las mejores.

espectador dos interlocutores, excepto en el coro final que se pone en boca de *los que han de pasar por la muerte*, dando a conocer esta sencillez de la distribución el estado del arte en aquella época. Ábrese la escena manifestando la Muerte la pequeñez e inestabilidad de las cosas humanas y acusando al hombre de la locura con que vive, en esta forma:

¿O piensas por ser mancebo valiente
o niño de días que a lueñe estaré,
o fasta que llegues a viejo impotente
en la mi venida me detardaré?
Avísate bien, que yo liegaré
a ty a dessora; que non he cuydado
que tu seas mancebo e viejo cansado;
que qual te falláre, tal te levaré.

Hace después el poeta que amoneste un predicador a los que han de entrar en la danza para que se arrepientan de sus culpas y pecados y convoca la Muerte a todos los nacidos, comenzando por las doncellas, las cuales no toman sin embargo parte en la representación, bien que reciben el título de esposa que les da la Muerte; diciendo también de ellas:

A estas y a todos por las aposturas
daré fealdad, la vida partida,
e desnudedad por las vestiduras,
por siempre jamas muy triste aborrida.
E por los palacios daré por medida
sepulcros oscuros, de dentro fedientes,
e por los manjares gusanos royentes
que coman de dentro su carne podrida.

No puede ser mas terrible esta pintura. El primer personaje que entra en la *Danza* es el Padre Santo, quien exclama lleno de congoja:

¡Ay de mi triste!.. ¡qué cosa tan fuerte
a yo que tractaba tan grant prelescía !..
¡haber de pasar agora la muerte
e non me valer lo que dar solía!..
Beneficios e honras e gran señoría
tobe en el mundo, pensando vevir;
pues de ti, muerte, non puedo fuyr,
valme, Jesuchristo, e la vírgen María.

Sucesivamente van acudiendo al llamamiento de la muerte el emperador, el cardenal, el rey, el patriarca, el duque, el arzobispo, el condestable, el obispo, el caballero, el abad etc., hasta contarse treinta y cinco personajes que como dejamos indicado, representan todas las clases de la sociedad o al menos las más notables en que esta se dividía, cuando se escribió dicha obra. Entre los llamados se encuentran también un rabbí y un alfaquí, para denotar sin duda a los judíos y mudéjares que habitaban entre los cristianos. He aquí las estrofas que recitan estos personajes:

Dice el Rabbi:

¡Heloim!. ¡Heloim, e Dios de Abraham!
que prometiste la redempcion,
non sé que me faga con tan grand afan,
mándanme que danze, non entiendo el son.
No ha ome en el mundo de cuantos hí sson
que pueda fuyr de su mandamiento;
veladme, dayanes, que mi entendimiento
se pierde del todo con grand afliccion.

Dice la Muerte:

Don Rabbi barbudo, que siempre estudiastes
 en el Talmud e en sus doctores,
 e de la verdad jamas non curastes
 por lo qual habredes penas e dolores;
 llegad vos acá con los danzadores
 e diredes por cantos vuestra *berahá*:
 dar vos han posada con Rabbi Azá;
 venit, alfaquí, dejad los sabores.

Dice el Alfaquí:

Sy allahá me valá que es fuerte cosa
 esto que me mandas agora facer;
 yo tengo mugier discreta, graciosa
 de que he gazajado e usar a placer:
 todo quanto tengo yo quiero perder;
 déxame con ella solamiente estar:
 de que fuere viejo mándame levar
 e a ella con migo, sy a ty pluguiér.

La Danza general por su forma, y más que todo, por el espíritu que reina en toda ella es uno de los más notables documentos históricos del siglo XIV: propúsose su autor presentar en esta obra un bosquejo del estado de relajación en que se hallaban todas las clases de la sociedad española, criticando los vicios de que adolescían; y dotado de un talento claro y agudo, logró dar a sus cuadros el mismo colorido que otros poetas cristianos de aquella época prestaron a sus producciones. Fácilmente se comprenderá que aludimos aquí a don Pero López de Ayala en su *Rimado de Palacio* y al Arcipreste de Hita en su *Pelea de don Carnal e doña Quaresma* y en otras de sus apreciables producciones. Más severo López de Ayala, aunque no más cáustico que el Arcipreste, llega en el citado poema al más alto punto de indignación; exclamando después de manifestar que la nave de san Pedro se hallaba en gran perdición, por los vicios y crímenes de los sacerdotes de su tiempo, en esta manera:

Non saben las palabras de la consagracion,
 nin curan de saber, nin lo han a corazón.
 Si puede haber tres perros, un galgo y un furon,
 clérigo de la aldea tiene que es infanzon.
 Luego los feligreses le catan casamiento
 d'alguna su vecina (¡mal pecado!) non miento;
 et nunca por tal fecho resciben escarmiento,
 ca el señor obispo ferido es de tal viento.

.

Si estos son ministros, sónlo de Satanás,
 ca nunca buenas obras tú facerles verás:
 gran cabaña de fijos siempre les fallarás
 derredor de su fuego; que nunca hí cabrás.

.

Perlados sus eglesias debían gobernar:
 Per cobdicia del mundo allí quieren morar,
 et ayudan revolver el regno a mas andar,
 como revuelven tordos el pobre palomar.

Rabbi don Santo que al volver la vista en su alrededor encontraba los mismos vicios, después de ensañarse contra los emperadores, reyes, duques y cardenales, llamaba a su presencia a los

arzobispos, obispos, deanes, abades, canónigos y curas, para reprender a unos su ambición, su gula a otros, y a otros sus deseos carnales, manifestando respecto a todos la impureza de costumbres y el desorden en que vivían. Notables son bajo este aspecto las coplas en que la Muerte responde al abad y al deán; no juzgándolas menos dignas de este sitio que los versos arriba insertos de Pero López de Ayala: he aquí la primera:

Don Abad bendito, folgado, vicioso,
qué poco curaste de vestir celicio,
abrazadme agora, seredes mi esposo,
pues que deseaste placeres e vicio.
Ca yo só bien presta a vuestro servicio,
habedme por vuestra, quitad de vos saña;
que mucho me place la vuestra compañía, etc.

He aquí la segunda en que el deán dice:

Qué es aquesto que yo de mi seso salgo?..
pensé de fuyre, e non fallo carrera:
gran renta tenía e buen deanasgo
e mucho trigo en la mi panera.
Allende de aquesto estaba en espera
de ser provehido de algund obispado:
agora la muerte envióme mandado:
mala señal veo, pues facen la cera.

Dice la Muerte:

Don rico avariento, dean muy ufano,
que vuestros dineros trocastes en oro,
a pobres e a viudas cerrastes la mano,
e mal despendistes el vuestro tesoro.
non quiero que estedes ya mas en el coro,
salid luego fuera, sin otra peresa:
yo vos mostraré venir a pobreza.... etc.

Es, pues, digno de notarse que todos los poetas del siglo XIV, cuyos nombres han llegado a la posteridad, han consagrado algunas páginas a lamentar la corrupción de las costumbres, que había también contagiado al clero, sin respetar las mas santas máximas del Evangelio; mérito que no puede menos de reconocerse en el autor de la *Danza general*, si bien su lenguaje no es tan enérgico como el de López de Ayala, lo cual podría tal vez provenir de la diferente posición que uno y otro ocupaban. Pero Rabbi don Santo no censura solamente los defectos del clero: como arriba apuntamos, hace comparecer ante la Muerte otras muchas clases del Estado, a las cuales increpa quizá con mayor brío, como puede verse en la siguiente estrofa, que dirige a los usureros:

Traidor usurario, de mala concencia,
agora veredes lo que faser suelo:
en fuego infernal sin mas detenencia
porné la vuestra alma, cubierta de duelo.
Allá estaredes do está vuestro abuelo,
que quiso usar segund vos usastes;
por poca ganancia mal siglo ganastes... etc:

La *Danza general*, que tan apreciable es bajo este punto de vista filosófico, no ofrece menos interés literariamente considerada. Por las muestras que llevamos trascritas habrán formado ya nuestros lectores una idea de su mérito, pudiendo decirse que quien tan notables versos hacía a mediados del siglo XIV, levantándose sobre cuanto le rodeaba, y tan diestramente manejaba el lenguaje, bien merece el título de poeta. Toda la obra se halla en efecto salpicada de pensamientos y

de frases extremadamente poéticas, rivalizando su autor con todos sus contemporáneos en la sencillez y fuerza de la dicción, que muy rara vez llega a ser trivial y que nunca aparece afectada. Es también digno de notarse que cuando el Arcipreste de Hita y otros trovadores de aquel tiempo usaban en muchas de sus producciones los versos alejandrinos de Berceo y Juan Lorenzo de Astorga, Rabbi don Santo de Carrión empleaba los de arte mayor, tan poco cultivados desde la época de don Alonso el sabio; bien que como dejamos indicado, no faltan autores (y entre ellos el respetable don Leandro Fernández Moratín) que opinan que los libros de las *Querellas* y del *Tesoro* son dos siglos posteriores al reinado de tan esclarecido monarca. Pero si esta opinión tuviese tanto fundamento, como se supone, sería indudablemente mayor el mérito del autor de la *Danza general*, a quien, escribiendo en 1360, habría que atribuir, si no la gloria de la invención, al menos la de ser uno de los primeros que cultivaron el género de rima conocido con el nombre de *maestría mayor*¹⁴⁸

148 Esta es una suposición que hacemos para que resalte más el error en que se ha caído por algunos críticos al afirmar que ninguno de los contemporáneos del Arcipreste de Hita usó de esta metrifricación, no empleada tampoco por Juan Ruíz, a pesar de haberse este propuesto escribir en todos los metros que entonces se conocían. Los que así han escrito no han examinado un documento literario del siglo XIV, que por su importancia y la categoría de su autor, es suficiente para que desaparezca toda duda sobre este punto: hablamos del *Rimado de Palacio*, obra debida al canciller Pero López de Ayala y escrita en parte durante su prisión en Inglaterra, a mediados del siglo XIV. En este raro poema, en que se propuso Ayala censurar las depravadas costumbres de su tiempo, se encuentra, entre otros metros, empleado el de doce sílabas, sin que pueda creerse que fuera éste invención del canciller, ni una metrifricación peregrina entre los trovadores de aquella época. Para que nuestros lectores tengan una prueba de esta verdad, copiaremos aquí las estrofas en que aludiendo al cisma que aquejaba a la iglesia, (y téngase presente que Pero López de Ayala vivió muchos años) la describe del siguiente modo, figurándola como una nave:

Veo grandes olas e onda espantosa,
el piélago grande, el maste fendido:
seguro non falla el puerto do pasa,
el su gobernalle está en flaqueza (a)
de los marineros e puesto en olvido.
Las anclas mu fuertes non tienen provecho:
sus tablas por fuerza quebrantan de fecho,
falléscente cables, paresce perdido.
La nao de la iglesia de orden tan sancta
el su gobernalle es nuestro perlado,
el maste fendido que a todos espanta
es el colegio muy noble e honrado
de los cardinales que está devisado
por nuestros pecados et nuestros desmanos:
las áncoras son los reyes cristianos
que la sostenian et la han dejado.

Prescindiendo del mérito de estos versos, no puede negarse que con su lectura viene por tierra la opinión de los que han asegurado que las obras que a don Alonso el sabio se atribuyen, no son suyas, por el mero hecho de no haberse conocido versos de doce sílabas contemporáneos del Arcipreste de Hita. Los versos de Pero López de Ayala, los de Rabbi don Santo destruyen enteramente este aserto aventurado, sin que por esto deduzcamos nosotros que las poesías tenidas por del rey sabio sean realmente suyas. Nos limitamos a exponer el hecho histórico, que puede contribuir a ilustrar la verdad y esto basta para nuestro objeto. Sin embargo, bueno será dejar aquí asentado que el mismo Pero López de Ayala da el nombre de *versetes de antiquo rimar* a los versos alejandrinos que emplea en una *requesta* sostenida contra fray Diego de Valencia, poeta del siglo XIV, y que lo hace en versos de arte o *maestría mayor*, empleados también por Valencia, en esta forma:

Dexando este estilo casy comenzado
quierovos, amigo, de mi confesar
que quand vuestro escripto me fue presentado,
leyera en un libro do fuera a fallar
versetes algunos de *antiquo rimar*,
de los cuales luego mucho me pagué;
e si rudos son, a vos rogaré
que con paciencia vos plega escuchar.

Los versetes, a que alude, principian de este modo:

Desirte he una cosa, de que tengo grande espanto:

tan diestramente empleado en dicha obra, como se deja ver por los trozos citados y se advierte con más claridad en la siguiente estrofa, puesta en boca del obispo:

Mis manos aprieto, de mis ojos lloro,
 porque soy venido a tanta tristura:
 yo era abastado de plata e de oro,
 de nobles palacios e mucha folgura.
 Agora la muerte con su mano dura
 tráHEME en su danza medrosa sobejo:
 parientes, amigos, ponedme consejo,
 que pueda salir de tal angostura.

Si como dice nuestro respetable amigo don Alberto Lista, (lo que en el final del capítulo III del presente *Ensayo* expresamos) es necesario llegar hasta mediados del siglo XV, para encontrar en la literatura española alguna obra que pueda compararse en la gracia y energía del lenguaje a las *Siete partidas*, bien podemos nosotros asegurar que hasta llegar a Juan de Mena no se encuentra en la poesía castellana ningún trozo que aventaje en fluidez, armonía y soltura a esta estrofa ni a otras muchas de la *Danza general* que omitimos, por habernos extendido tal vez demasiado en su examen, impulsados por el deseo de dar a conocer completamente esta inestimable joya de nuestro Parnaso.

Para terminar, pues, su análisis observaremos que no es posible en la actualidad, el determinar si los personajes que toman parte en esta pieza, recitaban solo los versos de que se compone o los cantaban también, acompañados de algunos instrumentos. Sin embargo, si ha de juzgarse por algunas frases que se encuentran en las estrofas que dice la Muerte, no parece quedar duda de que debieron cantarse: en la copla dedicada a reprender a los mercaderes, se halla el siguiente verso, último de la misma para llamar a los personajes que van entrando en la escena:

e vos arcediano, venid al tañer.

En la copla con que responde la Muerte al cura, se leen también estos versos:

Yo vos mostraré un remifasol
 que agora compuse de canto muy fino.

Al llamar al santero, dice no obstante:

passad vos, santero; veré que diredes.

Lo que nos parece innegable es que debía alternar en la representación con el canto o el recitado el baile, al son de la música. Esto se desprende naturalmente del contexto de la mayor parte de las estrofas y aun del mismo título de la composición, por lo cual no nos detendremos a demostrarlo. Creemos finalmente que la *Danza general*, ya se considere como obra de ingenio, ya como documento histórico, relativamente a la poesía o a la civilización castellana, es una obra digna de la mayor estimación y estudio y por lo tanto no podemos menos de recomendarla a los lectores. En el siguiente capítulo proseguiremos el examen de las producciones de Rabbi don Santo de Carrión.

los juicios de Dios alto ¿quién podría saber quanto
 son oscuros de pensar? sin saber dellos un tanto?...
 quien cuydamos que vá mal, después nos parece santo.

No cabe, pues, duda en que llamando Pero López de Ayala versos antiguos a los alejandrinos, deberían estos ser poco usados ya en su tiempo, lo cual si no es una prueba concluyente de que a fines del siglo XII se empleaban con frecuencia los versos de arte mayor, lo es sí de que a principios o cuando menos, a mediados del siglo XIV, lo eran tan generalmente que ya se iban a buscar en los libros (códices) los usados por Berceo y Astorga, que son también los que se hallan en el *Poema del Cid*.

(a) Este verso ha debido alterarse por el copiante del código, pues que no concierne con ningún otro de la estrofa.

VI. Segunda época. Siglo XIV.

Continúa el examen de las obras de Rabbi don Santo de Carrión. La profecía o visión del ermitaño. Los consejos y documentos al rey don Pedro. La Doctrina cristiana. R. Joseh Metotitolah. R. Jehudah bar Aser. R. Qresdras Sidal de Quislad. R. David Gadaliah Ben Jachia. R. David ben Abudraham. R. Isahak Qanpanton.

«Concluida esta obra —dice Rodríguez de Castro después de insertar en su Biblioteca las estrofas de la *Danza general* que cita don Tomás Antonio— en el folio 129 (del mismo códice) se lee otra también moral en veinte y cinco octavas; y aunque sin nombre de autor, por su estilo, por su relación con la antecedente y por estar escrita en la misma especie de versos, es verosímil sea obra del mismo Carrión.» Don Tomás Antonio que en 1786, según expresa en el prólogo del tomo IV de su *Colección*, examinó el códice que contiene las poesías de Rabbi don Santo no menciona, sin embargo, esta composición, creyéndola tal vez parte de la *Danza general*: tampoco don José Rodríguez de Castro da de ella una idea muy exacta, ni ofrece muestra alguna, por donde pueda conocerse su mérito. Esta circunstancia que presta mayor interés a la producción de que tratamos, nos mueve, pues, a detenernos algún tanto en su examen.

Es ésta una especie de *Visión o sueño*, acaecido a un ermitaño, después de hacer oración hasta la media noche, en la cual figura el poeta que se le aparece un cuerpo muerto, hediondo ya y comido de gusanos, revolando en su alrededor un ave blanca, que simboliza el alma. Maldice e impreca al cuerpo, causa de que se vea condenada a los eternos tormentos del infierno, por haberse fácilmente prestado a complacerle en vida, y responde el cuerpo a sus maldiciones con no menos terribles quejas, echándole en cara el no haber tenido bastante fuerza para apartarle de los placeres y de los vicios, por lo cual se veía entregado a los mismos padecimientos. Después del diálogo que media entre el alma y el cuerpo, introduce el autor un diablo que viene a llevarse a la primera, la cual, al verse libertada de sus garras y tenazas por un ángel, se querella de la fragilidad de las cosas humanas, acusando al mundo de sus devaneos, de sus falsedades y de sus crímenes. Esta ficción poética, donde, como en la *Danza general*, se muestra el autor inclinado a adoptar la forma dramática; escrita con la misma sencillez, fuerza de colorido y copia de brillantes imágenes, revela el mismo ingenio, la misma extensión de miras religiosas y el mismo empeño por corregir las costumbres, harto depravadas por cierto en el siglo XIV, que la referida Danza retrata: el pensamiento, sobre todo, es el mismo en el fondo; y el estilo y la metrifricación, es decir, los instrumentos empleados por el poeta, no pueden ser más idénticos. Observaciones son estas las cuales nos han inducido a creer que la *Visión* de que tratamos, como afirma Rodríguez de Castro, no puede ser de otro que del autor de la *Danza general*; pareciéndonos conveniente el insertar aquí algunas estrofas de esta apreciable composición, para que puedan juzgar nuestros lectores de su mérito, seguros de que, por ser obra de que ningún fragmento se ha publicado, las acogerán con mayor beneplácito. He aquí como el alma reprende al cuerpo:

O cuerpo maldito, e vil enconado,
lleno de fodor e de grant calabrina,
metiéronte en foyo, cobriéronte ayna,
dexáronte dentro a mal de tu grado.
Por ende tu piensas que has ya librado;
primero serás delante el derecho
donde darás cuenta de todo tu fecho
que en el mundo feziste do poco has durado.

El cuerpo le replica:

¿Porqué, sennora, mas enojar
me quieres agora en esta sazón?..
que en cuanto dexiste non tienes rason;
vete en buena hora e dexesme estar.
Pues el Sennor nos ha de juzgar
e dará a cada uno su merescimiento,
mas bien me parece que eres cimientto,
pues por tus malos fechos has de penar.

Así exclama el alma, al verse libertada por el ángel:

Dixo; mundo falso, de grand mesquindad,
e vil, revoltoso, de poca valía,
juzgo por loco quien mucho en ti fía,
nin faz su thesoro de tu vanidad.
Que en caso que pongas en gran potestad
a algunos, en punto trastornas tu rueda:
non ha tan discreta lengua que pueda
dezir tus locuras e gran falsedad.

.

Segund mi juicio, son ignorantes
aquellos que siguen la tu falsa vía
e tienen fianzas en ti cada día,
en tu ximonias muy poco durantes.
Que puesto que sean asaz abastantes
de mucha rriqueza e gran sennorio,
todo es niebla, viento e rocío
que pasa e corre por sus temporantes.

A cuervos, milanos, mochuelos cuitados¹⁴⁹
en alto trevol veo que los subes
con tan firmes alas fasta las nubes
jamas, nunca cesan subir sus estados.
Nobles gerifaltes, bayles e sarados
derribas e abajas en mar muy profundo:
los tales juicios de ti, falso mundo,
¿quién los judgará por bien hordenados?..

.

Veo que reyes, e emperadores,
papas, maestros, e cardenales
sus magnificencias e pontificales
todos fenescen en vanos sabores.
E condes e duques, obispos, priores,
segund obraren ansy gozarán,
e los letrados entonces verán
los malos juicios tornar en sudores.

El alma prosigue manifestando las flaquezas y miserias de la carne y recordando la pasión y muerte de Jesús, termina dirigiéndose a los pecadores en esta forma:

Aquellas palabras debes noctar
que su sancta eglesia te dice e atiza:

¹⁴⁹ El poeta alude en este verso a las almas envilecidas ya en el vicio, siguiendo la ficción de personificarlas en aves, como hace con la que va hablando.

reconócete, hermano, que eres ceniza
 e en ceniza pura te has de tornar.
 Ca non sabes el día que te ha de llamar
 que vayas dar cuenta de quanto feziste
 e si condepnado ser mereciste,
 Chino nin Bartotolo non cabe alegar.

Tal es el *sueño o visión* del ermitaño: réstanos dar a conocer los *Consejos y documentos* y la *Doctrina cristiana*, producciones escritas ambas en versos cortos, aunque con diferentes combinaciones en el número y la rima, las cuales anteceden en el código del Escorial a las que dejamos ya brevemente examinadas. Ni don Tomás Antonio Sánchez ni otro alguno de los críticos que después de él han florecido, dudan de que los *Consejos y documentos* sean obra de Rabbi don Santo: verdad es que no podía ser de otro modo, cuando tuvo el mismo autor especial cuidado en poner su nombre al frente de dicha obra y en la primera estrofa del prólogo, en estos términos:

Señor Rey, noble alto¹⁵⁰,
 oid este sermon
 que vos dice don Santo,
 judío de Carrión.

No sucede lo mismo con la *Doctrina cristiana* que como la *Danza general* atribuyó Sánchez a un poeta cristiano, no judaizante. Pero si respecto a la última obra no se mostró este erudito bibliólogo tan circunspecto, como hubiera sido de desear, no anduvo más atinado, al afirmar tan absolutamente como lo hace, que la *Doctrina cristiana* no podía ser fruto de Rabbi don Santo. Cualquiera que lea los *Consejos y documentos* y los compare después con la expresada *Doctrina*, comprenderá sin dificultad alguna que por el estilo, por el lenguaje, por los pensamientos y por las demás dotes poéticas que en una y otra obra resaltan, bien pueden atribuirse a un mismo autor, sin que sean para ello obstáculo de gran peso las observaciones de don Tomás Antonio, de que hicimos mérito en el anterior capítulo. Pero aun hay más: si al frente de los *Consejos y documentos* expresó Rabbi don Santo que era esta composición obra suya y que la dirigía al rey don Pedro, en la *Doctrina cristiana* manifestó el poeta que dedicaba también esta producción al mismo monarca, circunstancia que no puede menos de tomarse en cuenta, cuando se trata de un escritor que perteneciendo a una raza proscrita, adoptó para sus obras la lengua de sus dominadores y apeló a la protección de un rey cristiano, para libertarlas del desprecio. La estrofa a que aludimos, que es la última de todo el poema, dice así:

Malos vicios de mi arriedro
 e con todo esto non medro,
 sy non este nombre Pedro.

¿Quién era, pues, este poeta que apartando de sí los malos vicios, medraba solamente al invocar el nombre de Pedro, nombre que llevaba a la sazón el monarca de Castilla? En nuestro juicio, no hay repugnancia alguna en creer que este trovador fue el mismo que dirigía al expresado soberano los *Consejos y documentos*, debiendo notarse (lo cual parece olvidar Sánchez) que tanto en el prólogo de la *Doctrina* como en los versos citados se muestre el autor grandemente arrepentido de sus pecados, y deseoso de hacer completa penitencia.

Demostrado ya que no es violento ni inverosímil el suponer que sea también obra de Rabbi don Santo la *Doctrina cristiana*, parécenos oportuno el dar aquí una breve idea de las dos referidas producciones, comenzando por los *Consejos y documentos* al rey don Pedro. Es este una especie de poema, compuesto de cuatrocientos setenta y seis estrofas, de cuatro versos cada una, precedidas de un prólogo que contiene treinta y cuatro, en donde se manifiesta desde luego el objeto que Rabbi don Santo se propuso, al escribir esta obra. Abunda toda ella en pensamientos morales de la más sana filosofía, revelándose desde las primeras estrofas que si bien el autor pertenecía a una raza

150 Así está escrito este verso en el código de la Biblioteca Nacional.

proscrita y deicida, sus principios religiosos no podían ser más puros, ni estar más en armonía con los que profesaban los castellanos, lo cual favorece la opinión de Rodríguez de Castro y las observaciones que dejamos hechas arriba, respecto a las demás producciones que a este poeta se atribuyen. Sin que pasemos del prólogo de los *Consejos y documentos*, hallaremos palmarias pruebas de este aserto, bastando en nuestra opinión las dos siguientes cuartetas que tomamos del mismo:

Ome torpe e sin seso,
sería a Dios baldon
la tu maldad en peso
poner con su perdon.

El te fiso nascer:
vives en merced suya
¿cómo podría vencer
a su obra la tuya?...

Toda la de Rabbi don Santo se halla sembrada de pensamientos religiosos, políticos y morales de igual consideración e importancia. El poeta dirigía su voz a un rey, en quien veía las más brillantes prendas para gobernar a Castilla; y a vueltas de reverentes consejos y advertencias saludables, encaminadas a que siga los pasos de su padre don Alonso XI, no titubea en recordarle la pequeñez de las cosas humanas, la vanidad de las riquezas y de los placeres, insistiendo largamente en manifestar los peligros que rodean a los que son presa de la ambición y de la codicia. Este poema, si tal puede llamarse por su forma, no presenta, sin embargo, un plan razonado y constante, en el que se desarrolle convenientemente el pensamiento del poeta: así es, que se repiten con frecuencia las mismas ideas y que no se encuentra una estrecha conexión entre todas sus partes, notándose finalmente una tendencia especial a las ampliaciones; lo cual revela hasta cierto punto que el autor había hecho sus primeros estudios en los libros sagrados de la Biblia y que no se había podido desasir de la influencia de los escritores propiamente rabínicos, dados en extremo a toda clase de ampliaciones. Rabbi don Santo de Carrión se hallaba, a pesar de esto, dotado de excelentes dotes poéticas, como dejamos ya indicado; y tal vez en ninguna de sus composiciones las ostentó con mayor abundancia como en los *Consejos y documentos*. Pero antes de que ofrezcamos a nuestros lectores varias muestras de esta verdad, parécenos conveniente el trasladar aquí algunos trozos, por donde se venga en conocimiento del estilo y del lenguaje, empleados en la producción de que tratamos. Así comienza el cuerpo del poema:

Pues trabajo me mengua
de donde pueda aver
pró, diré de mi lengua
algo de mi saber.

Cuando non es lo que quiero
quiera yo lo que es:
si pesar he primero
plaser habré después.

Mas pues aquella rueda
del cielo una hora
jamás non está queda,
mejora e peora;

Aun aqueste laso
renovará el esprito;
este pandero manso
aun el su retinto

Sonará y verná día
que avra su libra tal
prescio, como solia
valer el su quintal.

Y mas adelante prosigue:

Al ome entendido
por ser muy vergoñoso,
hanle por encogido,
para poco y astroso.

E si viese sazón,
mejor e mas apuesta
diria su razón
que aquel que lo denuesta.

Quiero decir del mundo
e de las sus maneras
que apenas dél fundo
palabras muy certeras.

Que non sé tomar tiento
nin faser pleitesía:
de acuerdos mas de ciento
me torno cada día.

Lo que uno denuesta
veo a otro loallo:
lo que este apuesta
veo a otro afeallo.

La vara que menguada
la dis el comprador,
esta mesma sobrada
la dis el vendedor¹⁵¹.

151 Juzgamos oportuno manifestar a nuestros lectores que entre los dos códices que hemos consultado de los *Consejos y Documentos*, existentes uno en la Biblioteca nacional y otro en la del Escorial, se notan diferencias de la mayor importancia. Además de las variantes, que son harto frecuentes, hay estrofas enteras y aun trozos que faltan en uno y que se hallan en el otro, manifestando la inexactitud de una de las dos copias o de entrambas al par: como prueba de lo notables que son las variantes, copiaremos aquí la estrofa que cita el marqués de Santillana, tan conocida ya de todo el mundo:

Códice del Escorial:

Non vale el azor menos
porque en vil nido siga,
ni los enxemplos buenos
por que judio los diga.

Códice de Madrid:

Non val el azor menos
por nascer de mal nido,
ni los enxemplos buenos
por los desyr judío.

Por este ejemplo y por otros muchos que pudiéramos poner, se demuestra que los versos de Rabbi don Santo han llegado a nuestras manos, aun estando los códices de que hablamos escritos en el siglo XV, muy adulterados. En la necesidad de seguir uno de los dos textos, nos hemos atenido, no obstante, al código de Madrid, que hemos podido examinar y tener en nuestro poder por más tiempo.

Creemos basten estos dos trozos para el objeto que nos propusimos al citarlos: veamos algunos ejemplos de las sentencias y dichos morales de que Rabbi don Santo salpica los *Consejos y documentos*:

Siembra cordura tanto
que non nasca peresa
é berguensa en cuanto
non la llamen torpesa

.

Non se puede coger rosa
sin pisar las espinas;
la miel es dulce cosa,
mas tiene agras vesinas.

La pas non se alcanza
sinon con guerrear:
non se gana folganza
sinon con el lasrar.

.

Non puede ome tomar
en la codicia tiento:
es profunda mar
sin orilla e sin puerto.

Cuando lo poco viene
cobdicia de mas cresce:
cuanto mas ome tiene
tanto mas le fallesce.

Pudiéramos multiplicar estas citas al infinito; puesto que todo el poema no es en suma más que una colección de sentencias morales, expresadas con cierta fuerza epigramática que les presta mucha viveza y gracia al mismo tiempo. Pero el temor de hacer estos *Ensayos* demasiado voluminosos nos mueve a contraernos a los expuestos, pasando a examinar aunque sumariamente la *Doctrina cristiana*. El objeto que el poeta se propuso al escribir esta obra, no podía ser más laudable:

Esto pensé ordenar
para el niño administrar;

dice en la tercera estrofa de la *Introduccion* que sigue a un prólogo, escrito en prosa, en donde se manifiesta arrepentido de sus pecados y da a conocer también el pensamiento que le había impulsado a rimar la *Doctrina*, *adolesciéndose de sus próximos y descubriendo los lazos en que él había caído*, para que cuerdamente los evitasen. La primera composición que se halla en esta obra es el *Credo*, advirtiéndose que el deseo de grabar profundamente en la memoria de los niños los dogmas católicos que contiene, le hizo dar a la versificación cierta monotonía que prestándose con facilidad a la recitación, rebaja no obstante el efecto poético. Para que nuestros lectores puedan formar una idea completa de la forma, de la estructura, de la índole y del lenguaje de estas poesías, trasladaremos íntegra la producción citada, concebida en los siguientes términos:

Dixo Sant Pedro:

Creo en un Dios maravilloso,
padre et todo poderoso,
en cielo e tierra virtuoso
criador.

Dixo Sant Johan evagénista:

Creo en Jesu-Christo;
 en forma de pan es visto
 eternal fijo e misto
 con el padre.

Dixo Sanctiago, fijo de Zebedeo:

De esprito sancto concebido,
 e de la vírgen nascido
 este nos fue prometido
 de abenicio.

Dixo Sancti Andres:

Este fue crucificado,
 muerto e sepultado,
 de Pilato otorgado
 la sentencia.

Dixo Sant Felipe:

Al infierno descendió
 e sus puertas quebrantó;
 los santos padres libró
 que le esperaban.

Dixo Santo Thomas:

Padesció como cordero;
 después al día tercero
 Dios e ome verdadero
 resurgió.

Dixo Sant Bartolomé:

Por otro padre profundo
 subió al cielo deste mundo;
 en Trenidad es segundo
 a la diestra.

Dixo Sant Mateo:

Este grand señor potente
 en un día ciertamente,
 juzgará bien diligente
 vivos e muertos.

Dixo Sanctiago, fijo de Alfeo e Sant Ximon:

En el sante espírtu creo
 e en la eglesia, por quien veo
 ser cathólico deseo
 de los santos.

Dixo Sant Bernabé:

Yo creo la remision
 que Dios fará por su pasion
 a los que darán rason
 è penitencia.

Dixo Santo Mathia:

Todos resucitaremos
 en las carnes que hoy tenemos

e por cuenta pasaremos
muy estrecha.

Dios mostrará su vitoria,
a los buenos dando gloria
e a los malos por memoria
pena siempre.

A esta composición siguen los diez mandamientos, las virtudes así teologales como cardinales, las obras de misericordia, los pecados capitales, los cinco sentidos corporales y los sacramentos, terminando con los trabajos mundanos, en donde da los singulares consejos para vivir cristianamente, siendo ésta la más larga producción de cuantas componen la *Doctrina cristiana*, la cual consta toda de ciento cincuenta y siete estrofas de cuatro versos, rimados en la misma manera que el credo. Para dar una idea completa a nuestros lectores del mérito de este tratado, título que le aplica el mismo autor, insertaremos aquí finalmente algunas estrofas de los trabajos, notables por la filosofía cristiana que en ellas resalta:

De la muerte, gran señora,
pecador e pecadora
teme siempre aquella hora
espantable.

Miémbrate que has de morir,
e piensa lo porvenir:
así podrás bien regir
la tu vida.

.

Quando tuvieres poder
non sigas el mal querer;
sy non, podrias aver
mal por ello.

Para mientes lo que digo:
si tovieres buen amigo
guárdale, é del enemigo
te velarás.

Nunca creas de ligero:
aborresce al lisonjero;
para el día postremero
le guarnesce.

.

Toma el bien cuando viniere;
sy tu mengua lo perdiere,
despues que se te entendiere,
llora en vano.

.

El que en ruyn mundo quiso
honras, riquezas e riso,
de heredar el paraíso
se despida.¹⁵²

152 D. José Rodríguez de Castro al trasladar la introducción de la *Doctrina cristiana* omitió los versos quebrados de cada estrofa y don Tomás Antonio Sánchez los colocó mal: nosotros los copiamos como están en el código.

Pudiéramos seguir copiando, sin temor de que las estrofas restantes desmerezcan de las trascritas. Al leer estas, no hemos podido menos de traer a la memoria las célebres endechas de Jorge Manrique, compuestas un siglo después por tan insigne poeta castellano: en las coplas de la *Doctrina* aparece el arte menos formado y luchando con los inconvenientes de la versificación y de una rima insegura y falta de ejemplos: en los de Jorge Manrique se ostenta ya la poesía revestida de todas sus galas, y sin embargo no podrá negársenos que tanto por el tono, como por la sencillez y fuerza de los pensamientos existen muchos puntos de contacto entre unas y otras composiciones, y en especial entre las endechas que Manrique dedicó a llorar la muerte de su padre y los *trabajos mundanos* con que, como dijimos ya, da fin la *Doctrina cristiana*, atribuida a Rabbi don Santo de Carrión.

Acabamos de examinar con la brevedad posible, las obras poéticas que a este insigne hebreo no sin algún fundamento se han apropiado, bien que por falta de auténticos testimonios, no ha faltado quien dude de que sean todas ellas parto de su imaginación y de su talento. No insistiremos nosotros en demostrar que esta creencia se halla más o menos provista de pruebas: las dotes poéticas que las avaloran, el lenguaje empleado en ellas, la profundidad de los pensamientos y la fuerza con que se hallan todos expresados, dan sin embargo motivo para opinar afirmativamente o para fluctuar al menos entre ambas opiniones. Nuestros lectores podrán, pues, adoptar la que más verosímil les parezca, quedando nosotros satisfechos con haber sacado de la oscuridad estas composiciones, dignas por cierto del estudio de nuestros literatos, sean o no debidas a Rabbi don Santo de Carrión todas las que dejamos analizadas.

Mientras este insigne poeta cultivaba con tanto éxito las musas castellanas, no faltaban tampoco escritores rabínicos que se dedicasen al estudio de su lengua nativa; empleándola en tratar del nunca acabado tema de la teología y de la cábala. Entre los mas señalados se distinguieron los toledanos R. Joseph Metotitolah, jurista y expositor respetable entre los hebreos, que compuso un ritual intitulado Gobernador del mundo (מנהיג צולם) y R. Jedudah bar Aser, autor de los *Estatutos de la ley* (הקוֹת התוֹה) y de los *Estatutos de los cielos* (הקוֹת שמים). Florecieron también en este tiempo R. Quesdras Vidal de Quislad, traductor de la célebre obra de medicina de Villanueva, a la cual dio el nombre de *Régimen de la sanidad*; R. David Gedaliah Ben Jachia, docto jurista, que escribió una especie de comentario o exposición a la Gemara, denominándola *Composición de los juicios*; R. David ben Abudraham, filósofo e insigne astrónomo, que en su *Comentario de las oraciones de todo el año*, en su *Explicación de la festividad de la Pascua*, en sus *Tablas para la astronomía* (לוחות על התכובה), en su *Tratado de los Solsticios y Equinocios* dejó abundantes pruebas de su erudición histórica y bíblica, manifestando sobre todo sus grandes conocimientos en la astronomía, estudios ya dominantes por mucho tiempo entre los judíos.

Pero el que más preferente lugar ha merecido entre todos los rabinos que en este período se consagraron a las ciencias, es R. Isahak Qanpanton, llamado generalmente el *Gaon de Castilla*, a quien elogia en gran manera Imanuel Aboab¹⁵³ señalándole como el fundador de la novena edad de los *rabanim* españoles. Vivió este hebreo que alcanzó la dignidad de maestro universal, llevando el nombre de *Rabbi* por excelencia, el largo espacio de 103 años; y fue maestro de R. Isahak Aboab quien heredó su autoridad y su ciencia, y de R. Isahak de León, no menos celebrado entre los de su ley. La obra que más fama adquirió a R. Isahak Qanpanton fue una especie de clave universal para interpretar más fácilmente el estilo del *Talmud*, intitlada: *Libro de los caminos del Talmud* (ספר דרכי התלמוד).

153 *Nomologia*, cap. XXV, página 306. Edición de Amsterdam.

VII.

Tercera época. Siglos XIV y XV.

D. Pablo de Santa María (Selemob Halevi). Sus obras teológicas. Sus poesías. Historia universal en verso. (Jehosuah Halorqui.) Jerónimo de Santa Fe. Sus discursos. Sus obras. Códice de Segovia. R. Vidal ben Leví. R. Ysahak Natham.

Con la muerte del rey don Pedro sufrieron los judíos una pérdida tanto más irreparable cuanto mas señalada había sido la protección que les dispensó aquel monarca. Al espirar el rey don Alfonso el sabio, víctima de la ambición y altanería de los magnates castellanos, se había asentado en el trono de San Fernando un hijo de aquel desafortunado monarca en brazos de la rebeldía y del parricidio: las obras colosales consumadas por tan esclarecido soberano fueron vistas con entero desdén y menosprecio; y sus protegidos entregados a la ignorante saña de una turba de mal regidos próceres que se declararon sus más desapiadados perseguidores. Sin embargo la luz de las ciencias y de las letras había brillado con tan vivo esplendor que aun en medio de los largos trastornos y revueltas que aquejaron a Castilla, no se apagaron enteramente sus destellos: el ejemplo dado por el rey sabio, germen fecundo de prosperidad en un pueblo de mansas costumbres e ilustrados instintos, no pudo menos de producir, aun en aquella edad de hierro, plausibles resultados. Al sucumbir el rey don Pedro al golpe de la daga fratricida, una hambrienta banda de aventureros rodeaba el trono, para exigirle el premio de su deslealtad; y el manto de Alfonso XI era desgarrado para saciar tan lisonjeadas ambiciones. Don Pedro de Castilla había protegido a los judíos; pero su protección no había participado del ejemplo, siendo efecto más bien de las necesidades que le avasallaron que de una predilección especial, respecto a sus ciencias. Así fue que la persecución experimentada por los descendientes de Judá, al mediar el siglo XIV, no podía menos de ser más violenta que la sufrida a fines del XIII, como mas detenidamente expusimos en el anterior *Ensayo*. A los que profesaban la religión de Moisés, no quedó ya otro recurso que el de abjurar de ella, o renunciar al cultivo de las ciencias, buscando en la obscuridad la salvación que en balde apetecían.

Entre los doctores rabínicos que siguieron el primer camino, deben llamar nuestra atención, por su saber, por su talento, y por la brillante posición que alcanzaron, dos judíos nacidos a mediados del siglo XIV, de los cuales hicimos ya mención oportunamente. Era el primero natural de Burgos y muy estimado de los hebreos por la nobleza de su linaje, pues que descendía de la famosa tribu de Leví; siendo entre los mismos conocido con el nombre de R. Selemoh Haleví, que lo confirmaba. El segundo, más conocido por las célebres conferencias de Tortosa, si bien no menos erudito, había nacido en Lorca y gozaba entre los maestros de la ley de una autoridad sin límites: llamábase R. Jehosuah Halorqui y fue desde su conversión apellidado por los judíos el *Blasfemador*, por el grande entusiasmo con que abrazó la religión cristiana y combatió los errores del judaísmo.

Contaba ya el primero la edad de cuarenta años, cuando en 1390 recibió las aguas del bautismo, tomando el nombre de *Pablo de Santa María*, si bien fue quizá más conocido con el aditamento de el *Burgense*, de la ciudad en que naciera. Deseoso, pues, de dar una prueba solemne de la sinceridad con que abrazaba el cristianismo, recibió en París el grado de maestro en sagrada Teología; y entrando en la carrera eclesiástica, logró primero el arcedianado de Treviño, fue después electo obispo de Cartagena y mereció últimamente ser trasladado a la silla de Burgos, siendo nombrado Canciller mayor de los reinos de León y de Castilla. Convirtiéronse con su ejemplo al cristianismo sus más allegados parientes, y señaláronse, entre todos, sus hermanos y sus hijos, de quienes tendremos ocasión de hablar más adelante. Pero no contento con estas señales de adhesión a la causa nuevamente abrazada, o ya movido por un ardiente entusiasmo religioso, don Pablo de Cartagena escribió una obra titulada *Scrutinium Scripturarum*, en la cual se propuso combatir y

desvanecer los sofismas de que se valían los rabinos, para impugnar los dogmas cristianos, llegando este empeño hasta el punto de canonizar el fanatismo religioso de estos, fanatismo que se había ensangrentado ya más de una vez en los judíos, llenando de luto las más populosas ciudades del reino. Compuso también en lengua latina otros diferentes tratados sobre materias teológicas y escribió varios discursos sobre la *Cena del Señor* y la *Generación del Cristo*, de que dan noticias el Maestro Gil González Dávila en su *Teatro eclesiástico*¹⁵⁴ y Fernán Pérez de Guzmán en sus *Generaciones y semblanzas*¹⁵⁵. No podemos nosotros juzgar de estas producciones, por no haber llegado a nuestras manos los códices que las contienen, ni haberse, según creemos, dado a la estampa. Adicionó igualmente don Pablo de Santa María algunas obras importantes y puso extensas apostillas a Nicolao de Lira, mereciendo por todos sus escritos y especialmente por el *Scrutinium Scripturarum* las alabanzas de muchos y muy eruditos autores, entre los cuales se encuentran los nombres respetables del español Luis Vives, Juan Morino, Casaubon, Titenmann y nuestro Mariana, quien en el libro XIX de su *Historia General de España* le consagró no pocas páginas. También el diligente Esteban de Girabay¹⁵⁶ le dedicó algunas líneas, bosquejando su carácter del siguiente modo: «Fue (dice) excelente prelado, grande filósofo y teólogo y singular predicador y de gran consejo y maravilloso silencio y prudencia. Escribió muchas obras, en especial el libro que se llama *Escrutinio de las escrituras* que es de gran volumen y las adiciones a la *Postilla de Nicolao de Lira* sobre la Biblia y un tratado de la *Cena del Señor* y otro de la *Generación de Jesucristo*, con otras obras. Este notable prelado don Pablo —prosigue Garibay—, por haber sido obispo de Burgos, es llamado entre los teólogos el *burgense*, el cual converso aconsejó al rey don Enrique (el III) por causas notables que a ello le debieron mover, que a ningún judío, ni converso no recibiese en el servicio de su casa real, ni en el consejo, ni en otros oficios públicos reales de sus reinos, ni en la administración del patrimonio real. Cosa notable que con ser dellos el mismo sapientísimo prelado fuese de este parecer contra los de su nación.»

Se ve, pues, que don Pablo de Santa María no sólo llegó a ocupar por su talento y sus virtudes un puesto eminente durante su vida, sino que su posteridad le ha tributado el homenaje de la admiración por el saber que resalta en todas sus obras. No menciona ninguno de los autores que hemos habido a las manos sus composiciones poéticas, ni indican siquiera que este docto escritor se ocupara en el cultivo de las musas; y no obstante existen todavía algunas de sus producciones, debiendo llamar la atención de los que se consagren al estudio de nuestra historia literaria y siendo bajo más de un concepto dignas de figurar en nuestro parnaso. No conocemos nosotros desgraciadamente todas ellas: la *Historia universal* que compuso en verso de arte mayor, aunque inferior a las producciones de otros ingenios de su tiempo, nos servirá sin embargo, para dar a conocer a nuestros lectores el mérito de don Pablo de Santa María en este bello ramo del saber humano. Constaba la expresada obra de trescientas veinte y dos octavas y contiene *todas cosas que ovo e acaescieron en el mundo desde que Adam foé formado fasta el rey don Juan el segundo*, de donde se deduce que debió Pablo de Santa María escribirla pocos años antes de su muerte, acaecida en 1432, o terminarla al menos después de ascender al trono de Castilla el hijo de Enrique III¹⁵⁷.

154 Tomo III, pág. 76.

155 Cap. XXVI.

156 *Compendio historial de las Crónicas y universal historia de todos los reinos de España*, lib. XV, cap. XLVIII.

157 Después de escrito el presente capítulo ha llegado a nuestras manos la preciosa Colección de poesías antiguas publicada en París el año de 1844 por nuestro entendido amigo don Eugenio de Ochoa. Tiene el referido libro el título de *Rimas inéditas de don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, de Fernán Pérez de Guzmán y de otros poetas del siglo XV*, y contiene este poema, atribuyéndole el colector al referido marqués de Santillana. Apóyase el señor Ochoa en las noticias que da don Tomás Antonio Sánchez de un poema escrito por don Íñigo López de Mendoza sobre la creación del mundo, y apartándose no obstante del dictamen de aquel diligente bibliólogo, respecto a la época en que el marqués lo compuso, dice: «En 1426 el marqués tenía 28 años y el rey don Juan 22. En efecto de la incorrección y rudeza de esta obra debe inferirse que su autor la compuso siendo aun muy joven y cuando todavía no estaba formado su gusto; y como el contexto del prólogo indica que *la escribió para instrucción del rey don Juan* es de suponer que éste sería aun bastante mozo, cuando se la dirigió el marqués... Que el marqués no escribió su obra en los dos o tres últimos años de su vida, como apunta Sánchez, resulta

Manifestábase el célebre obispo de Burgos en todo el poema dotado de grandes conocimientos históricos y demostraba que no se había apagado aun en él aquella imaginación oriental, patrimonio del pueblo hebreo que tanto enriquecía y animaba las descripciones poéticas, aunque la forma de sus pensamientos era algo ruda e incorrecta. Todos los acontecimientos más notables, todos los hechos de mayor importancia en la historia eran presentados en efecto, por el docto Canciller, ostentando a veces un lenguaje más escogido y probando que no desconocía el arte poética, tal como era cultivada a fines del siglo XIV y principios el XV. Para que nuestros lectores puedan juzgar más fácilmente de cuanto vamos diciendo, trasladaremos a este lugar las estrofas con que da principio el poema, que son las siguientes:

A tiempo que fue del Sennior ordenado
por nos el su fijo enviar a nacer,
sin otro consejo ninguno tener
los cielos e tierra crió por mandado.
Lo qual como todo estoviese ayuntado,
antes que por partes fuese repartido,
era por encima las aguas traido
un viento por boca de Dios espirado.

Despues que la luz en el día primero
formó por a nos alumbrar en el mundo,
los cielos crió en el día segundo
et mar et la tierra en el día tercero.
En el cuarto fizo un grand candelero;
el sol que d'el cielo en el día alumbrasse
et en pos la luna que sennoriasse
la noche y estrellas con todo lucero.

En el cuarto día mandó que criassen
las aguas en si diversos pescados,
segunt sus simientes cada uno engendrados;
la tierra eso mesmo aves que volassen.
En el sexto día cosas que rastrassen
mandó que la tierra engendrasse, los quales

evidentemente del mero hecho de estar dirigido este prólogo al rey don Juan II, que en dichos últimos años ya no existía.» Se ve, pues, por estas observaciones que Sánchez no examinó cuidadosamente el poema que atribuyó al marqués de Santillana, o por lo menos que no se detuvo a meditar lo conveniente sobre la época en que debió escribirlo. Respecto a la suposición que hace el señor Ochoa, como ésta descansa en el dicho de Sánchez, según el mismo tiene el buen sentido de expresar, sólo observaremos que admitidas las edades de don Juan II y don Íñigo López de Mendoza, siempre resultará que el último sólo contaba seis años más que el rey, edad que teniendo presentes las costumbres guerreras de aquellos tiempos, no le autorizaba por cierto para dirigirse a su soberano en tono magistral, como en el prólogo de esta obra se hace. Tampoco nos parece verosímil el que fuese tan entendido en las historias sagradas, a la edad de 28 años, un caballero que tenía que dedicar mucho tiempo al ejercicio de las armas, principalmente cuando tanto en el poema como en el prólogo, se manifiesta muy dado al estudio de la *Sagrada escritura* y sigue el *orden hebraico* en la narración y exposición de muchos acontecimientos. A estas observaciones naturales pueden añadirse las siguientes: primera: que habiendo escrito don Pablo de Santa María una historia en verso desde Adán hasta don Juan II y dirigidola a este mismo rey, sólo hay noticias de que sea está la que se le atribuye; 2.^a Que tanto al final de la *Suma de las Crónicas de Aragón* que existe en la Biblioteca nacional, como en el código de *Rubricæ Coroniquarum Regnorum Aragoniæ y Comitum Barchinonensium*, se pone este poema con el nombre de don Pablo de Santa María, como notarán después nuestros lectores; 3.^a Que habiendo fallecido en 1458 el gran Canciller, pudo escribir en 1426 esta obra, según el cómputo que hace el señor Ochoa, sin que aparezca infundado, en este caso, el dictamen del erudito Sánchez que debió estribar en la autoridad con que el poema se escribía; y 4.^a Que siendo Santa María tan versado en las sagradas letras, pudo interpretar muchos pasajes con arreglo al texto hebreo, traduciendo de la manera más natural, diciendo *Sea luz et fue luz*; cosa que no hubiera podido decir quien no fuese entendido, como él, en la lengua hebrea. Por estas razones creemos que dicho poema pertenece a don Pablo de Santa María y no a don Íñigo López de Mendoza.

en uno con otro muchos animales
mandó que cresciesen et multiplicassen.

Luego en este día nuestro Criador
desque ovo acabado todas estas cosas,
veyendo ser buenas è tanto fermosas,
quiso que tuviesen todas un Sennior.
Seyendo movido con un grand amor
por su boca dixo luego sin tardanza:
«Fagamos el ome a nuestra semblanza,
a quien todas ellas hayan por Senior.»

El poeta refiere después cómo hizo Dios al primer hombre, descansando al séptimo día y santificándolo y prosigue de esta manera:

Criado fue el one porque non pecasse
del limo de tierra como el Sennior quiso,
e púsole luego dentro el paraíso,
para lo labrar et que lo guardasse.
E dióle de fructas assaz que tomasse,
sinon d'aquel árbol de sabiduría,
del qual si comiesse, luego en esse día
juró que de muerte jamas escapasse.

En tanto que así constante estuviera
en él non moraba engannio nin dolo
et dixo: «no es bien que el ome esté solo,
mas que le fagamos una companniera.»
El luego el Sennior gran suennio pusiera
en Adam, el ome primero engendrado,
e tomò costiella d'el un su costado,
de la qual formó la mugier primera.

Despues que mugier así fue formada
de aquella costiella que Dios le tomó,
delante de Adam el Sennior la llamó
ver como queria que fuesse llamada.
E dixo: por ser de mi hueso sacada
e de la mi carne fecha tal por pago
sea el su nombre llamado *virago*,
porque de varon ella fue tomada.

Más adelante continua don Pablo de Santa María:

Aquella serpiente, grande Lucifer,
veyéndolos tanto bien perseverar,
con muy grant desseo de los enganniar
ella se fuè luego para la mugier.
E diz:-Si vosotros quereis bien saber,
así como ángeles, de bien et de mal;
comet d'aquel árbol, del fructo del qual
vuestro sennor Dios vos vedò comer.

Luego la mugier, como es cobdiciosa
de saber aquello que no ha conocido.
fuesse muy apriesa para su marido
con grant alegría non menos gozosa,

E dixo: Sennior, oidme una cosa;
 comet un bocado d'aquella manzana;
 que vos nunca vistes cosa mas lozana:
 nin otra ninguna seer mas fermosa.

Quando estas palabras el buen ome oyó,
 creyó todo aquello que ella le decia,
 e solo por ver el sabor que tenía
 en ella un bocado muy grande mordió.
 E luego que así de comer acabò
 aquella que había del fructo tomado,
 sintió como avia muy grave pecado
 contra el Sennior e se arrepintió.

Despues que peccara de Dios fue llamado
 et dixol: ¿dó estás?. ¿por qué te escondiste?
 Respondió: Sennior, mugier que me diste
 me fizo que fuera contra tu mandado:
 e como del todo me vi despojado
 e oí la tu voz, la qual me espantara,
 por esto, Sennior, me escondí de tu cara,
 desnudo, con miedo, muy avergonzado.

¿Qué fue, dixo Dios, porque tú temiesses
 de estar en logar que yo te mandé?...
 ¿Qué después, al tiempo que yo te llamé,
 buscaste corriendo donde te scondiesses?...
 ¿Quién te dixo que desnudo stuviesses
 o quién te mostró estar despojado
 sinon que comistes del fruto vedado,
 del cual yo mandé que nunca comiesses?...

Por ende sabrás que maldita será
 delante de ti tierra que labrares
 e que quando quier de pan la sembrares,
 spinas e cardos ella te dará.
 Por siempre jamas esto durará
 fasta en aquel tiempo que sías tornado
 a la mesma tierra do fuiste tomado,
 en la cual tu carne se resolverá.

Hemos copiado este pasaje íntegro, porque su lectura contribuirá, mas tal vez que nuestras observaciones, a dar a conocer a don Pablo de Santa María, como poeta castellano. Versificación un tanto armoniosa y fácil, soltura y naturalidad a veces en la narración, verdad no pocas en el colorido y en las imágenes, fuerza en la dicción que es con frecuencia sencilla; estas son las prendas que encontrarán los inteligentes en el poema de que vamos hablando, si bien se hallan en él con frecuencia palabras y frases demasiado triviales y rastreras, fruto quizá de no haberse formado todavía un dialecto poético que se apartara lo conveniente del lenguaje vulgar, empleado en las demás obras que entonces se escribían. Debemos advertir, sin embargo, que pocos de los poetas que florecieron en el siglo XIV, aventajaron en esta dote a don Pablo de Santa María; de lo cual pueden haber juzgado ya nuestros lectores, en vista de los pasajes que de citar acabamos. Tal vez podrá decirse que no todo el poema está escrito de la misma manera, notándose en efecto en todo él mucha desigualdad, lo cual es sin duda hijo de la extensión que dio el Canciller a esta obra. No era posible en verdad que narrando hechos históricos, que no todos se prestaban a la descripción

poética, se conservase siempre la misma entonación y se empleara el mismo lenguaje. La verdad histórica no es por otra parte la verdad poética, ni admite la historia los adornos de la epopeya. Así fue que no proponiéndose don Pablo de Santa María escribir un poema épico y sí únicamente un compendio de *Historia universal*, ni el plan de su obra pudo tener la regularidad, a aquella clase de producciones exigida, ni ostentar todo el lujo de imaginación que hubiera requerido una ficción poética. La manera de enlazar los hechos y de exponerlos demuestra, no obstante, que el obispo de Burgos, a haber sido otro su propósito, hubiera logrado sin duda dar mayor interés y realce a su poema.

Al final de este puso una *relación cronológica de los señores que ovo en España desde que Noé salió del arca fasta don Juan el II*, relación que copió don Juan Pedro Pellicer de Ossau en la traducción que hizo de la *Suma de las crónicas de Aragón* de Mossé Pere Tomich, cuyo códice se conserva en la Biblioteca nacional de esta corte. La poca exactitud de Pellicer o, lo que parece más probable, la ignorancia del copiante es causa de que las ochenta y cinco octavas de arte mayor que forman la relación citada, adolezcan de considerables defectos: a veces se halla alterado el consonante en una misma copla, siendo esto suficiente para truncar el sentido y desfigurarlos: a veces se encuentran los versos enteramente desquiciados, apareciendo la rima en el centro de ellos y discordando por lo tanto al final, con notable perjuicio de la versificación y de la cadencia: a veces finalmente faltan dos o mas sílabas o sobran por el contrario, todo lo cual no puede menos de producir grande disgusto en la lectura. Pero a pesar de semejantes descuidos, que hubieran sido imperdonables en el poeta, y que eran muy comunes antes de la invención de la imprenta, resaltan no pocas dotes poéticas en la relación citada: en prueba de ello, trasladaremos aquí las coplas en que habla de las amazonas. Después de explicar las causas por qué estas famosas mujeres vivieron solas, prosigue de este modo:

Porque convenia a quien acatassen
entre sí ficieron reynas que rigiessen,
para que después, luego que muriessen,
unas de las otras el regno heredassen.
Las quales también assi mesmo tomassen
de salir el cargo luego a pelear;
porque desta guissa podrian enojar
a todos aquellos que las enojassen.

Aquella que el regno en comienzo tomó
luego fue Lampeta la primera dellas
e después Marsipa, Sinope tras ellas
a la qual Erdica después sucedió.
Por cuyo fin luego en el regno quedó
la Pantasilea que yendo ayudar
a Etor, oyendo su fama sonar,
por le socorrer en Troya murió.

Menciona en la siguiente estrofa a la reina Tamaris, vencedora de Ciro, y añade:

Así que ya fueron tan acrescentadas
en esta manera que quando querian
yban a sus omnes, con quienes dormian;
pero todas eran muy luego tornadas.
E quando después que estaban prennadas,
si fijos parian, luego los enviaban
a sus padres dellos, allá donde estaban.
è las fembras eran entre ellas criadas.

También juzgamos dignas de citarse las siguientes, en que habiendo ya enumerado todos los reyes godos que reinaron en España hasta Recesvinto, dice:

En tiempo de aqueste dio la vestidura
a santo Illefonso la virgen María,
porque en sus oficios siempre la servia,
seyendo arzobispo, con castidad pura.
Mas porque abreviemos aquesta scriptura
del otro rey noble tras este diremos,
del qual por las buenas leyes que tenemos
su noble memoria en el regno dura.

Refiere las buenas obras que hizo el rey Wamba y continúa mas adelante:

Mas en fin de todo como se moviera
Hervigio por causa de le suceder,
dióle en manjares yervas a beber
de guissa que luego la fabla perdiera.
El qual en Pampliega después estoviera
en el monasterio de los del Cistel
siete años, fasta que regnó después dél
este que las yerbas primero le diera.
El qual ya después que acabó de regnar,
Egica, su yerno, luego sucedió,
tras quien el malvado Vetiza regnó,
que todas las armas fizo desatar
e los muros de las villas derribar;
mas otro que después dél ovo regnado
los ojos le ovo por fuerza sacado,
como él a su padre fiziera sacar.

En toda esta *relación*, así como en lo demás de la obra, guardó el obispo de Burgos la más exacta cronología, manifestando tener buen criterio histórico, si bien la brevedad con que refiere los hechos no le deja tiempo para exponer con mayor fijeza sus doctrinas. Para terminar, pues, el examen que vamos haciendo de esta rara producción, copiaremos las coplas en que habla de san Fernando y del rey don Alonso el sabio, en las cuales muestra el mismo buen sentido:

Este sancto rey desque ya poscía
en pas e sosiego el regno de Castilla,
ganó de los moros la noble Sevilla
con toda la tierra del Andalusia.
E nunca después, como antes solia,
regnó mas de uno en Castifla e León,
porque este juntó los regnos por accion
e grandes derechos que en ellos avia.

El fijo fue deste en discordia elegido
para que fuesse emperador de Alemaña,
aquel don Alfonso que por guerra extraña
el regno de Mursia le fue sometido.
Et después que todo fue dél poseydo,
facer mandó en Lorca la torre alfonsí
e Siete partidas de ley otrosí,
por donde su regno fue bien regido.

Quando de la yda que este rey fiziera,
pensando en aver el imperio, tornó
falló que don Sancho, su fijo, se alzó
con todo su rregno por sana que oviera.
E después que el padre en Sevilla muriera,
e él ovo el regno, regund dicho es,
la villa ganó de Tarifa después
por muchos combates grandes que le diera.

Don Pablo de Santa María pone término a su historia de este modo, aludiendo a don Juan II:

Aqui concluyendo, finco la rodilla,
besando la tierra como natural,
delante su grande poderío real
de aqueste alto rey de León y Castilla.

Hemos expuesto ya algunas observaciones sobre los defectos y las bellezas que resaltan en esta obra, considerándola únicamente bajo su aspecto poético: a las que dejamos indicadas pueden añadirse otras no menos importantes respecto al estado del arte métrica, las cuales no solamente habrían de aplicarse a don Pablo de Santa María, sino también a los poetas que antes de él escribieron versos de maestría mayor y aun a los que le sucedieron, tanto entre los de raza judaica, como entre los cristianos; como tendremos ocasión de notar en los siguientes capítulos. Adviértese, pues, con bastante frecuencia que carecen algunos versos de armonía, si bien constan de las doce sílabas que la metrificación exige; y esta falta de cadencia que a primera vista pudiera atribuirse al poeta, tachándole de inarmónico, proviene indudablemente de la mensura que se daba entonces a esta clase de versos. Los estudios que en la época de que tratamos, se hacían en Castilla de los poetas clásicos y la inclinación natural a imitarlos, habían hecho que la poesía docta que nunca había podido desasirse de la influencia latina, adquiriese un carácter derivado, no sólo en cuanto al lenguaje, sino también en cuanto a las formas: así era, que la metrificación latina se veía a menudo imitada y que los versos castellanos recibían su denominación de los usados por los poetas de la corte de Augusto¹⁵⁸; aspirando nuestros versificadores a darles las mismas cesuras o deseando al menos acomodarse a ellas en lo posible, lo cual contradecía visiblemente la prosodia de nuestra lengua. De aquí resulta el que en muchos versos del poema del Canciller, no hallemos ahora armonía alguna, siendo indudable que quien hizo los trasladados arriba, no carecía de semejante prenda: el siguiente verso no puede en verdad ser más inarmónico:

E los muros de las villas derribar.

Y lo mismo sucede a éste:

Siete años fasta que regnó después dél.

Pero luego que la acentuación se dispone del modo Pablo de Santa María debió hacerlo, aparecen ya los versos con la cadencia que tienen los demás, haciéndose más ostensibles las observaciones ya indicadas. Léanse en prueba de esto los dos versos citados, de esta manera;

E lós muros délas-villás derribar.
Sieteaños fastáque-regnó despues dél.

158 En prueba de esta verdad citaremos aquí lo que Juan de Lucena pone en su *Tratado de vita beata* en boca de Juan de Mena y de Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, cuyas obras examinaremos después: invitados ambos por el marqués de Santillana a entrar en el campo de los filósofos, dice Juan de Mena: «Si quereis pero que riñamos esta quistion por metros heróicos o coriàmbicos versos: quando querreis armemos sendos problemas en esta manera: el uno retórico y el otro gran orador e yo con mi poesía seremos quasi a la iguala.—*El Obispo*.—No cabe dudar, Juan de Mena, si contigo nos envolvemos, iremos bien motejados: mas dexando las burlas y hablando de veras, ni entremos en puntas diamantinas como él quiere, ni como tú dices, por versos trocaydos, ni saphiricos metros; mas hablemos a la llana por nuestro romance y el señor marques, pues movió la quistion, la mantenga.» Se ve, pues, que los versos usados por estos insignes escritores pudieron recibir su nombre de la lengua latina.

No cabe, pues, duda en que las faltas que aparecen ahora en la versificación de la época de que vamos hablando, eran hijas del visible conato de imitar la metrificación latina¹⁵⁹, llevando este empeño a nuestros poetas al punto de desnaturalizar en cierto modo el lenguaje, trastornando las leyes de la prosodia y renunciando en parte a la armónica flexibilidad de un idioma que se prestaba ya a todas las modificaciones y que podía producir todos los tonos de la poesía. Era, sin embargo, condición expresa de la literatura docta la imitación; y a esta ley impuesta por el espíritu de adelanto y progreso que entonces se desenvolvía, no era posible que se opusiera ninguno de los escritores de los siglos XIV y XV, quienes llevaron el religioso respeto que profesaban a la antigüedad romana hasta el extremo de adoptar en sus obras escritas en prosa, multitud de giros enteramente latinos, perdiendo de vista la índole propia de nuestra lengua y ensayando una sintaxis que repugnaba ya al estado de la misma, como observaremos en otro capítulo. Para ser tan exactos, como deseamos, conviene decir, no obstante, que no es don Pablo de Santa María uno de los autores

159 Aunque no puede negarse una grande influencia a la literatura latina en los estudios que se hacían en Castilla a fines del siglo XIV y principios del XV no debe tampoco perderse de vista que debió ser también grande la que tuvieron en ellos los conocimientos de los rabinos. Contrayéndonos a las observaciones que dejamos hechas, es conveniente notar que la metrificación empleada por don Pablo de Santa María y antes por Rabbi don Santo, es probablemente de origen hebraico. En efecto, cualquiera que tenga nociones de la lengua hebrea y examine cuantos poemas se escribieron en la edad media por los más famosos rabinos, encontrará en sus versos la misma estructura y cadencia que se hallan en los de *maestría mayor*, usados por nuestros poetas. Véanse en prueba de este aserto los que tomamos del célebre poema del *Juego de Ajedrez*, debido a Rabbi Abraham Aben Hezra, quien al principiar la descripción del movimiento de las piezas, figura como ya notamos oportunamente, que aparecen en el tablero dos campos enemigos de cuseos e idumeos:

מהידי וטשפ ברקב מישוכו
מהירחא לא ואצי מימודא

Cuya lectura es:

W-cusim-baqquerab-pastu-ydehém
hedomin-yetsjhu-hel-haearehém

Pero lo que más llama la atención, al examinar la estrecha analogía que hay entre estos versos y los de nuestra *maestría mayor*, es el encontrarse ya formada esta metrificación desde los más remotos tiempos del hebraísmo. Todo el que se haya consagrado al estudio de esta lengua, habrá leído en el capítulo IV del Génesis la revelación que hace Lamec a sus mujeres de los crímenes que ha cometido, siendo esta revelación el primer vestigio de poesía que se halla de los antiguos tiempos. Lamec dice:

ילוק נעמש הלצו הדע
יתרמא הנזאה רמל ישנ

La lectura de estos versos es la siguiente:

Jadah w-Tsillah smajam qoli
ensé Leméc, hahazenna himratí.

Para quien únicamente se propusiera formar una teoría, no hay duda que este raro ejemplo bastaría a dar motivo a extensas investigaciones pero sobre no ser ahora nuestro propósito el detenernos aquí más de lo que conviene a nuestro plan, parécenos lo dicho suficiente para demostrar que la poesía cultivada por los rabbies, pudo y aun debió tener mucha influencia en la castellana, del mismo modo que en la época de que hablamos, no puede ya negarse a la latina. No faltan tampoco escritores de nota que atribuyan a la poesía árabe igual influjo en la castellana y aun que asienten que los versos de arte mayor fueron imitados por nuestros poetas de los que con igual metro hacían los mahometanos. De esta opinión parece ser el entendido Gonzalo Argote de Molina, cuando en su *Discurso sobre la poesía castellana* decía, al hablar de los versos de cuatro cadencias: «Desta cantidad son algunos cantares lastimeros que oímos cantar a los moriscos del reino de Granada, y comienzan:

«Alhambra hannina gualcozor taphqui
Alamayarali ia Muley Buabdeli:
Ati ni farasi quadargati albayda
Vix nanci nicatar guanahod Alhambra.»

que en castellano dice así:

¡Alhambra hermosa!... tus castillos lloran
de ti abandonados, o Muley Buabdeli:
dadme mi caballo y mi adarga blanca,
para que yo pelee y libre la Alhambra.

(Edición de Sevilla por Hernando Diaz.—1575.)

que incurrieron más a menudo en el defecto que dejamos notado; si es que vistas las razones que acabamos de emitir, puede tacharse como defecto lo que entonces no se tenía por tal y era natural producto del sistema de estudios generalmente adoptados. Otras observaciones pudiéramos exponer, aunque de menor bulto, respecto a las poesías de este docto converso; pero proponiéndonos sólo en la presente obra ofrecer un resumen de las escritas por autores judíos y habiéndonos ya detenido a dar a conocer el poema del obispo de Burgos con alguna especialidad, nos creemos obligados a omitirlas en gracia de la brevedad y para ser consecuentes con el plan que adoptamos desde el principio. Don Pablo de Santa María escribió, finalmente, un discurso sobre el origen y nobleza de su linaje, cuyo códice se conserva cuidadosamente en la Biblioteca nacional, manifestando en esta producción la misma profundidad de conocimientos que se advierte en las demás obras que compuso.

Jerónimo de Santa Fe, que como dijimos en el capítulo V de nuestro primer *Ensayo*, fue uno de los conversos que más influencia tuvieron en el desarrollo de la civilización española; triunfante en la célebre disputa de Tortosa de los más doctos rabinos que a tan ruidosa controversia acudieron, acariciado por la corte del pontífice don Pedro de Luna, y movido por un sentimiento de gratitud, se propuso exterminar a sus incrédulos compatriotas; y para conseguirlo, escribió una obra a la cual dio el título de *Hebræomastix* (azote de los Hebreos.) Compónese ésta de dos libros o tratados, divididos el primero en doce y el segundo en seis capítulos. Proponíase tratar en el primero, que tenía por objeto convencer a los judíos de su perfidia (*convincendam perfidiam judeorum*), de los puntos en que convienen y difieren de las doctrinas de los católicos, extendiéndose a explicar los misterios del cristianismo con tal erudición y claridad que no deja duda alguna de la sinceridad de su conversión, ni del estudio profundo que había hecho de los libros sagrados y del Talmud especialmente. El segundo libro que según confesión del mismo autor, había sido escrito apresuradamente, en cumplimiento de las órdenes de Benedicto XIII, y como para servir de muestra de la necesidad de desvanecer los errores de los hebreos, se enderezaba más particularmente a combatir el código moral y religioso respetado por los rabinos y comentado hasta la saciedad en todas épocas.

Explicar, pues, las excelencias del cristianismo y poner de manifiesto las *aberraciones y absurdos del Talmud*, fueron los puntos principales que Jerónimo de Santa Fe se propuso, al componer estos dos tratados, consiguiendo una y otra cosa a tal extremo que con su lectura *ultra quinque millia judæorum conversi sunt ad fidem Christi*. Si no temiéramos extendernos demasiado trasladaríamos aquí algunos pasajes de estos libros, que por haber producido tan maravilloso efecto no dejan de llamar la atención. Sin embargo, escritos en un latín poco elegante y puro y dedicados exclusivamente a las materias indicadas, no pueden presentarse como acabados modelos, bien que siempre revelan el estado de cultivo en que se hallaba en España, el idioma del Lacio a principios del siglo XV.

Deseando Jerónimo de Santa Fe que fuesen estos libros leídos de todo el mundo, los tradujo también al castellano, en especial el primero, cuyo códice se ha logrado felizmente salvar de la borrasca corrida por esta clase de preciosidades en los últimos años, conservándose en la Biblioteca provincial de Segovia, formada por su celosa Comision de monumentos históricos y artísticos. Consta este códice de los doce capítulos que citados dejamos, precediéndolos una especie de prólogo o proemio en que se manifiestan las causas que impulsaron a su autor a escribirlo. Conocidas ya por nuestros lectores las materias de que trata, nos contentaremos con trasladar aquí las siguientes líneas, tomadas del capítulo primero, por donde podrán deducirse los estudios hizo también aquel autor de nuestra lengua.

«E que los principios otorgados por todos e las cosas en que todos somos concordes, de lo cual facemos pie e fundamento principal son tres. Lo primero por autoridad e plenaria fe a todas las profecías así de los cinco libros de Moisen, como de todos los otros profetas, en tanto que cualquier cristiano o judío que nada de aquello niegue, es dado por herege. El segundo principio es creer que

Dios había de enviar Mesías para salvar, porque aqueste es uno de los diez y ocho artículos puestos entre los judíos según que los escribe Rabbi Moisen de Egipto e otros muchos entre los cristianos que non vale decir, porque toda la Santa fe Católica es fundada sobre aquellos. El tercero principio es que el dicho rey Mesías había de ser del linaje del rey David en esto tampoco non vale alegar: que manifiesto es e otorgado por todos. Propuestas las cosas en que somos concordantes conviene ver aquellas en que somos discordantes, por las cuales se sigue la gran diversidad e tan esquivada separación entre nosotros e ellos.»

Mas inspirado Jerónimo de Santa Fe, y tal vez más erudito, en los discursos pronunciados en el congreso de Tortosa, que en los libros que acabamos de examinar, se expresaba del siguiente modo en su oración primera, después de invocar la protección del sumo pontífice, de sus cardenales y prelados.

«Ocurrunt michi (decia) verba ipsa primo capítulo. scripta: «Venite et arguite me, dicit Dominus. Si fuerint peccata vestra ut coccinum quasi nix dealbabuntur, et si fuerint rubra, quasi verniculus velut lana alba erunt. Si volueritis et audieritis me, bona terræ comeditis, sed si nolueritis et me ad iracundiam provocaveritis, gladius devorabit vos.» Quod os domini locutum est. Cuncti sacræ scripturæ doctores tan catholici quam rabini hebraici concorditer proclamant verba de Deo per prophetas dicta, necdum sensum litteralem, verum etiam allegoricum indubitanter habere, quod secundum catholicos claret. Fidei autem catholicæ est fundamentum vetus testamentum esse figuram, seu speculum ubi omnia post Messiae adventum sequentia eminent, vel relucunt. Hebraici vero idem scribentes textus prophéticos plures habere sensus; unum hebraice pessat quod sensus literalis, alium vero continet *midras*, quod moralis interpretatur; appellant concorditer dicentes sensum moralem contineri litteralem quod Rabbi Abraham Aben Hezra exponens, »>ait sensum litteralem sicut corpus, sensum vero moralem, velut indumentum existire. Sed erravit non leviter in similitudine. Quum veritas est litteralem sicut corpus, moralem velut animam, fore quemadmodum enim anima excellentior est corpore, sic moralis literali sensu. Ad hoc notabilis apud vos fulget auctoritas Rabini Moysi de Egipto in prologo cujusdam libri vocati *More Sapientis* verba. parabol. CXXX.º capitulo declarantis, mala aurea in lectis argenti, sic inquit: Sic sunt verba profecia sicut pomum aureum insertum reti argenteæ, quod cum homo viderit iudicio primo, totum videtur argenteum et reputat optimum magnique precii fore. Cum autem plus aproximatur eidem, efficaciusque per foramina intuetur preciosius latere ab intus considerat.»¹⁶⁰

Por este pasaje que hemos trasladado con toda la fidelidad posible, conocerán nuestros lectores el género de argumentos que sostuvo el médico predilecto de don Pedro de Luna, reconociendo al par la profundidad y sutileza de su talento, la extensión de sus estudios y el grado en que poseía el idioma del Lacio. Sin temor de que se nos tache de exagerados, creemos puede

160 «He encontrado las mismas palabras escritas en el primer capítulo: «Ven y repréndeme, dice el Señor. Si tus pecados son como la grana, serán blancos como la nieve; y si son rojos como el carmesí, serán blancos como la lana.» Si queréis escucharme, comeréis de lo mejor de la tierra; pero si no queréis seguirme, la espada os devorará. Esto es lo que la boca del Señor ha dicho. Todos los maestros de las Sagradas Escrituras, tanto católicos como rabinos hebreos, proclaman unánimemente que las palabras pronunciadas sobre Dios a través de los profetas no sólo tienen un sentido literal, sino también alegórico, lo cual es claro para los católicos. Pero el fundamento de la fe católica es que el Antiguo Testamento es una figura, o un espejo donde todo lo que sigue tras la venida del Mesías resaltará o brillará. Pero los hebreos, al escribir los mismos textos proféticos, tienen varios significados: uno en hebreo es *pessat*, que es el sentido literal, y otro está contenido en *midrás*, que se interpreta como moral. Unánimemente llaman al sentido moral contenido en el sentido literal, que el rabino Abraham Aben Hezra, al explicar, dice que el sentido literal existe como un cuerpo, pero el sentido moral existe como una prenda. Pero no erró un ápice en la analogía. Dado que la verdad es literal como un cuerpo, moral como un alma, pues así como el alma es más excelente que el cuerpo, el sentido moral es más excelente que el sentido literal. A este respecto, la notable autoridad del rabino Moisés de Egipto brilla entre vosotros en el prólogo de cierto libro llamado *Más las Palabras Sabias*. Parábolas, capítulo 130, declarando: «Manzanas de oro en lechos de plata», diciendo así: «Así son las palabras de la profecía como una manzana de oro insertada en una red de plata, que cuando un hombre la ve con un juicio inicial, todo parece plata y la considera la mejor y de gran valor. Pero cuando se acerca más, mira con mayor eficacia a través de los agujeros y considera el lado más precioso desde dentro.» (Clásicos de Historia)

asegurarse que poseyeron muy pocos de sus contemporáneos tan bien como él la elocuencia, en su acepción propia, bien que el instrumento que usó en sus discursos, es decir, la lengua latina, a pesar del esmero con que era cultivada, aparecía aun en un estado de corrupción notable.

Diferentes rabinos escribieron contra Jerónimo de Santa Fe, tanto para refutar las doctrinas emitidas por él en la asamblea de Tortosa, como para neutralizar el efecto que produjo su tratado conocido con el título de *Azote de los Hebreos* (Hebraomastix.) Entre los que más se distinguieron citan don Nicolás Antonio y Rodríguez de Castro a R. Vidal Ben Leví y R. Isahak Natham. El primero compuso una obra en hebreo, intitulada *Santo de los Santos* (Qados Qadaschim); el segundo escribió un tratado, también en lengua hebraica, compuesto de varias epístolas, denominándolo el *Libro del oprobio*, o según Hottingero *Refutacion del seductor* (Thocajat y Tethahah); pero no siendo nuestro propósito el dar a conocer la literatura puramente hebrea, no nos detendremos aquí a examinar estas producciones, remitiendo a los que intenten conocerlos a los autores referidos.

VIII.

Tercera época. Siglo XV.

Observaciones generales sobre el estado de la literatura a principios del mismo. Su carácter. Alvar García de Santa María. Sus crónicas. Don Gonzalo García de Santa María. Sus producciones.

Dijimos en el capítulo VI de nuestro primer *Ensayo* que mientras la corte de don Juan II de Castilla era, políticamente considerada, como el espejo de todas las miserias, de todas las ambiciones y de todas las debilidades, ofrecía bajo su aspecto literario una brillante perspectiva. En efecto, nunca se habían reunido tantos elementos de cultura como los que encerraba la España cristiana, al asentarse en el trono de Castilla don Juan II y al empuñar en Aragón las riendas del Estado don Fernando de Antequera. Los esfuerzos del Arcipreste de Hita, de Pero López de Ayala, del infante don Juan Manuel, de Rabbi don Santo de Carrión, de don Pablo de Santa María, de Jerónimo de Santa Fe y de tantos otros como se habían consagrado al cultivo de las letras durante el siglo XIV, no podían menos de producir los más saludables resultados. La predicación de San Vicente Ferrer y la prodigiosa conversión de los más sabios hebreos, acontecimientos simultáneos que se verificaron en los primeros años del siglo XV, eran por otra parte causas que influían poderosamente en aquel brillante desarrollo de las letras, no pareciendo sino que el expresado siglo estaba destinado a recoger en parte el fruto de las penosas tareas de los anteriores, alboreando la grande época del renacimiento, cuyos resplandores lucían ya vivamente en el suelo de Italia, libre de las barreras que se habían opuesto en España a toda clase de adelantamientos. Los estudios clásicos que hasta aquella época se habían reducido a descoloridos y singulares ensayos, tomaban una extensión inusitada: no solamente se estudiaban ya los más distinguidos escritores del siglo de Augusto: sus producciones eran traducidas con esmero y comentadas con suma erudición, siendo muy sensible la influencia de estos ensayos en todas las obras que entonces se escribían. Dotados los rabinos que abrazaban la religión cristiana de tan favoritos estudios e iniciados en el conocimiento de las lenguas orientales; estimulados por el aguijón de los honores y de las distinciones y llevados finalmente del impulso común, no podían menos de tomar parte en tan grandioso movimiento. Así fue, que a los esfuerzos del marqués de Villena, de Hernán Pérez de Guzmán, de Fernán Gómez de Cibdareal, correspondieron los de Alvar García de Santa María, Alonso de Cartagena, Gonzalo de Santa María, Juan el viejo, fray Alonso de Espina y otros muchos; mezclándose a los poéticos acentos del marqués de Santillana, Juan de Mena y Jorge Manrique, los de tan esclarecidos conversos, cuyas huellas siguieron Juan Alonso de Baena, Mosseh Zurgiano, Francisco de Baena y otros menos notables, cuyos nombres omitimos.

Pero tanto los poetas cristianos como los de raza judaica, mirando con entero menosprecio la literatura popular y dando una decidida preferencia a la docta, que se había enteramente apoderado de los alcázares de los reyes y de los magnates, olvidado ya el desdén de siglos anteriores; aparecieron más bien como serviles imitadores de las bellezas clásicas (que difícilmente comprendían y que no podían sentir en manera alguna), que como fieles partidarios de las verdaderas musas castellanas. De aquí provino necesariamente que la literatura cultivada en la corte de don Juan II, y con más especialidad la poesía, no pudiera tampoco hallarse de acuerdo con cuanto en aquel siglo la rodeaba. Por una parte se veía en contradicción manifiesta con el estado político de Castilla: por otra disentía del estado en que la misma corte se encontraba: don Juan II, débil por carácter, apocado e irresoluto por educación, ni tenía valor para llevar adelante la conquista, empezada y proseguida por sus mayores; ni alcanzaba entre sus grandes bastante poder para ser respetado; ni gozaba en su propia casa del prestigio de esposo, ni de la autoridad de padre. Así era que negociaba la paz con los sarracenos, anudando treguas a treguas y conciertos a

conciertos, de los cuales no salía siempre lo mejor librado el nombre castellano; que sus próceres le contradecían con frecuencia y le movían guerra; y finalmente, que ya en brazos del favoritismo, ya agobiado por los golpes de la anarquía feudal, se hallaba siempre fuera del puesto en que le había colocado la Providencia. Y sin embargo, don Juan II profesaba un amor sin límites a las letras y a la poesía, apareciendo continuamente su palacio como una docta academia; y sin embargo, don Álvaro de Luna se ensayaba también en aquella arte encantadora, siguiendo sus huellas los cortesanos que reconocían su omnímodo poder y doblaban el cuello en su presencia, y aun los que odiaban y combatían su privanza.

Aquel movimiento, en donde el estado social aparecía en completo divorcio con el estado intelectual y con las tendencias de este, no podía producir una literatura, ni una poesía que reflejase la situación verdadera de Castilla; no siendo tampoco posible que los hombres sensatos que la reconocían tuvieran bastante valor para revelar todas sus miserias, ni que los que vivían a favor de ella, abrigaran bastante abnegación para renunciar las ventajas que a su sombra alcanzaban. La literatura, pues, nacida de una imitación, tal vez no bien sazónada, obligada a hacer antesalas y a inclinarse ante un trono poco respetado, si bien envuelto en brillantes púrpuras no pudo menos de cubrirse con la máscara de una felicidad fingida; pudiendo decirse que la poesía castellana se ostentaba con un colorido enteramente falso, cuando mayores esfuerzos se hacían para llevarla a su apogeo, apartándose más y más de las fuentes, en donde había bebido la inspiración, a que debía su existencia.

Tal vez se nos presentará, para combatir las observaciones que acabamos de hacer, un hecho, que a primera vista no deja de aparecer fundado, si bien en realidad sólo puede admitirse como una prueba más de cuanto llevamos dicho. Hablamos de las endechas de Jorge Manrique *A la muerte de su padre*, tan elogiadas por todos los críticos y tan dignas de la celebridad de que gozan. Pero al examinar esta composición, que tanta ternura y tan entrañable tristeza respira, necesario es tener en cuenta sobre todo la posición particular del poeta. Jorge Manrique respondía en ella a un sentimiento profundo, a un sentimiento el mas arraigado en el corazón del hombre: lloraba la pérdida de un padre y de un padre ilustre, valiente y generoso. Por eso su situación no era la misma que la de los demás poetas coetáneos suyos; por eso los acentos que exhaló de su pecho fueron verdaderos, patéticos e inspirados por el amor filial, sentimiento independiente en todos los siglos de las causas que contribuyen a imprimir a estos un carácter determinado. Jorge Manrique que tan brillantes dotes poéticas ostentó en las endechas *A la muerte de su padre*, participó sin embargo en las demás producciones debidas a su pluma que han llegado hasta nosotros, de todos los resabios que se advierten en sus contemporáneos; apareciendo a veces pálido y descolorido, y echándose siempre de menos en él aquella ternura y aquella dulce tristeza que tanto nos encanta en las referidas coplas. El hecho, pues, que pudiera objetársenos, por ser tan parcial, por ser único y por hallarse en contradicción aun con las obras del mismo Jorge Manrique, lejos de disminuir la fuerza de nuestras observaciones, contribuye grandemente a robustecerlas.

Todos los esfuerzos verificados para dar mayor impulso a la literatura, llevaban y era preciso que llevasen, atendido el estado de Castilla, la dirección que dejamos notada. Pero no solamente se imitaban y traducían las obras de los escritores clásicos de la antigüedad, sino que tal vez con más provecho de nuestras letras, se hacía lo mismo respecto de los poetas italianos, y muy especialmente respecto del Petrarca y del Dante, cuyas obras eran traducidas y copiadas con grande empeño. Juan de Mena, imitaba acaso con demasiada nimiedad la *Divina Comedia* en su *Laberinto*; el marqués de Villena traducía aquella obra inmortal con todo esmero; don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, la tenía presente en su *Comedieta de Ponza*; siendo muy pocas las producciones que entonces se escribieron, en las cuales no se pagará igual tributo al suelo de Italia, si bien estas imitaciones, tanto en el fondo como en las formas, quedaban siempre a una enorme distancia de aquellos grandes modelos. Tal era, pues, el carácter y la tendencia de la literatura docta a principios y a mediados del siglo XV, época que vamos bosquejando: los escritores rabínicos que en este tiempo florecieron, al abrazar la religión católica y afiliarse bajo las banderas literarias de la corte

de don Juan II, no podían seguir otras sendas, sin atraer sobre sí el menosprecio de los que pasaban por entendidos y privarse de los medios de alcanzar las distinciones que apetecían. Así fue, que las filas de los imitadores de los latinos y de los italianos se engrosaron con notables refuerzos, hallando la literatura y la poesía de los salones en los hebreos que arriba dejamos mencionados, decididos cultivadores y ardientes partidarios.

Trazado ya este ligero cuadro que basta, en nuestro juicio, para dar a conocer a nuestros lectores las causas que influyeron más poderosamente en el carácter que recibió la poesía docta desde principios del reinado de don Juan II; parécenos conveniente demostrar con el examen de las obras, hasta qué punto contribuyeron a esta empresa los judíos, que por su situación especial entre los cristianos y por la condición ambigua en que vivían, se hallaban obligados a consagrar todas sus tareas intelectuales en obsequio de la literatura erudita, cultivada ya por los magnates de Castilla. En el capítulo anterior hablamos de las obras de don Pablo de Santa María, y sacamos del polvo de los archivos sus olvidadas producciones poéticas: veamos en el presente de juzgar las obras de su hermano y de sus hijos.

Háse creído generalmente que Alvar García de Santa María lo era del celebrado obispo de Burgos que tanta autoridad alcanzó entre los cristianos. A esta opinión ha dado motivo entre otros escritores el diligente Esteban de Garibay, que al hablar en su *Compendio Historial* de don Pablo de Santa María, se expresa del siguiente modo acerca de sus referidos hijos. «No sólo él mismo fue grande letrado; pero en tiempo que en el judaísmo fue casado, tuvo tres hijos, grandes letrados¹⁶¹, de los cuales el más señalado fue don Alonso de Cartagena, deán de Segovia, que siguiendo en el obispado inmediatamente al padre, fue obispo de Burgos, y fue el que escribió en lengua latina la *Genealogía de los reyes de Castilla y León*... El otro hijo fue don Gonzalo, obispo de Palencia, prelado de muchas letras y erudición. El tercero fue Alvar García de Santa María, que refieren haber escrito la *Crónica del rey don Enrique*, la cual hasta agora yo no he visto, y parte de la *Crónica* de su hijo don Juan el segundo.»

Alvar García de Santa María, en concepto de otros autores no menos dignos de respeto, entre los cuales se halla el P. Juan de Mariana¹⁶², era, como dejamos insinuado, hermano del célebre Canciller de Castilla. Pero quien más detenidamente ha dilucidado este punto, no dejando resquicio alguno a la duda¹⁶³, ha sido entre todos el erudito don Rafael de Floranes, señor de Tavaneros, en la *Vida y obras M. S. del doctor don Lorenzo Galindez de Carvajal*; pareciéndonos oportuno el copiar

161 El maestro Enrique Flórez, en el tomo XXVI de su *España sagrada* da noticias de cuatro hijos de Pablo el Burgense a saber: don Gonzalo, don Alonso, don Pedro y don Alvar Sánchez, siendo el nombre del último (que no se señaló en el cultivo de las letras) tal vez causa de que se halla caído en la equivocación de que tratamos.

162 Libro XIX capítulo VIII de la *Historia general*.

163 Escritas teníamos ya estas líneas, cuando han llegado a nuestras manos tres informaciones hechas por los descendientes de don Pablo de Santa María, para acreditar su nobleza, las cuales no dejan duda sobre la familia de don Pablo. En la primera, hecha en la ciudad de Burgos a instancia de don Juan de Velasco, arcediano de Valpuesta, el año de 1594, se presentaron como testigos don Pero Fernández de Villegas, abad de Cervatos, fray Cristóbal de Sanctotis, de la orden de san Agustín, Antonio de Salazar, regidor de Burgos, Antonio de León, medio racionero de la santa iglesia de la misma ciudad, Pedro de las Torres Ortes, Gabriel Meléndez, fray Lorenzo de Gauna, de la orden de predicadores, Francisco de Cuevas, correo mayor de Burgos, Francisco Martínez de Lerma y su hermano Juan, Pedro de la Torre, regidor de la ciudad referida, Agustín de Torquemada y fray Andrés de Medina, de la orden de Santo Domingo. De todas las declaraciones de estos testigos resulta que don Pablo de Santa María tuvo por hijos solamente a don Gonzalo, a don Alonso y a don Pedro, de quien descendía el arcediano de Valpuesta. Para que nuestros lectores queden enteramente persuadidos de la exactitud de cuanto aquí decimos, copiaremos la cláusula, en que fray Cristóbal de Sanctotis, que escribió la vida del obispo don Pablo, hace mención de los hijos de éste. «Y el dicho Patriarca (declara) tuvo por hijos legítimos a don Gonzalo, e a don Alonso de Santa María e Cartagena e a Pedro de Cartagena; de los cuales el dicho don Gonzalo fue arcediano, etc.» Sanctotis se extiende largamente en la relación de las dignidades que obtuvieron los tres hermanos, de que tienen ya noticia los lectores. Las otras dos informaciones fueron hechas en Valladolid y en Madrid; la primera el año de 1691 y la segunda los de 1624 y 1625. En una y otra figuran don Pedro de Osorio y sus hijos, como interesados, habiendo obtenido que se declarase *no obstar los estatutos de pureza de sangre a la nobleza de los descendientes de don Pablo de Santa María*. La primera información se imprimió, al parecer, en el mismo año de 1594; las dos restantes se hallan M. SS.

aquí algunas de las líneas que consagra a este asunto, las cuales son en nuestro dictamen suficientes a demostrar que Garibay y los que le siguen, o carecieron de los datos necesarios o dieron poca importancia a esta cuestión, que si bien no es de grande bulto respecto a la parte puramente literaria, no deja de afectar la exactitud histórica. Hablando de la *Crónica de don Juan II*, que dio a luz en Logroño el año de 1517 Arnao Guillén de Brócar, dice, pues, el citado Floranes: «Alvar García de Santa María, hermano, no hijo, del neófito don Pablo de Cartagena, obispo de Burgos, y él así bien converso, a quien el rey don Juan el II, por privilegio del año 1410 hizo noble ciudadano de Burgos, su registrador escribano de cámara y de su consejo con otros encargos honrosos, etc. Cita después los testamentos de los dos hermanos, documento que se ha conservado hasta nuestros días en el monasterio de San Juan de Burgos, y da otras noticias no menos curiosas, que por hacer relación a las obras escritas por Alvar García, merecen ser trasladadas a este sitio.

«Este (prosigue) escribió los veinte y ocho primeros años de su reinado (de don Juan II) y además la última enfermedad de su padre don Enrique III, para hacer desde allí la introducción; y así desde diciembre de 1406 en cuyo día de navidad murió hasta el de 1434 inclusive, en dos tomos gruesos agujereados los pliegos, como registro o estilo de contaduría, que el primero comprendía largamente los sucesos hasta el año 1419 inclusive, y el segundo con no menos extensión los siguientes quince años, hasta el de 1434 en que levantó la mano y dio lugar a que entrase la de otro a la continuación, y él se trasladó a escribir la historia de don Álvaro de Luna, ya dos veces publicada, que es ciertamente de este mismo Alvar García, aunque hasta ahora se ha ignorado su autor; sin que sepamos el misterio de este trueque, sino como a la sazón todo lo mandaba el mismo don Álvaro de Luna y el Alvar García era caballero de su casa, que llevaba su acostamiento y le servía como al fin de su propia crónica se dice, y además él era del talento y seso que pocos de aquella edad, quiso para sí lo mejor y dijo que el rey se ingeniase como pudiese, o bien proveyó a ello de otro modo. Lo cierto es que ello no fue por enfermedad larga ni muerte de Alvar García, porque él continuó en la corte y vivió después hasta el año 1460, en cuyo día 21 de marzo murió, como consta de la apertura de su testamento último, que había hecho en el mismo día y se conserva en el monasterio de San Juan¹⁶⁴, no del orden de San Agustín, como escribió Ustarroz, sino de San Benito, como expresamente lo dice el P. Guardiola¹⁶⁵, a quien cita para lo contrario y pudiera haber visto en Yepes¹⁶⁶.

»De estos dos volúmenes de Alvar García dice Zurita vio el segundo original que estaba en la expresada forma de registro, en el archivo de Simancas, de donde se llevó con otros manuscritos a la Real Biblioteca del Escorial, y que de ambos halló también un traslado completo en la librería del monasterio de las Cuevas de Sevilla, a quien le donó el marqués de Tarifa, el viejo, por cuyos »tres tomos arregló la copia, que él sacó y tuvo presente para escribir sus *Anales de Aragón*, en la que dejó puestas notas de su mano, que lo advertían así, como atestigua el posterior cronista de aquel reino Ustarroz, que las vio e imprimió en la noticia de libros manuscritos al fin de su edición de las *Coronaciones de Aragón* de Jerónimo Blancas, donde podrá verse.»

De las observaciones preinsertas resulta que Alvar García de Santa María no sólo escribió la crónica de don Juan II, que confiesa no haber visto Garibay, sino que compuso también la de don Álvaro de Luna, a quien servía y cuyo acostamiento llevaba; no habiendo puesto fin a la del rey, por dedicarse a formar la de aquel célebre privado. Dedúcese igualmente que Alvar García de Santa María debió morir en edad muy avanzada, pues que sobrevivió a su hermano don Pablo veinte y ocho años, pareciendo probable que fuera bastante menor que él y que alcanzara los reinados de don Enrique III y de don Juan II, el cual falleció seis años antes de la muerte de este erudito hebreo. Han dudado algunos escritores, siguiendo a Galíndez de Carvajal de si los últimos quince años de la crónica de don Juan II, hasta el de 1434, son o no debidos a Alvar García de Santa María, tal vez

164 Burgos.

165 *Nobleza española*, cap. 7. fo 115 v.

166 *Crón. de S. Benito* tom. VI, p. 420 v. y 424. *Sanctotis in vito Pauli Burgensis*.

apoyándose en la siguiente indicación que el P. Mariana en el capítulo arriba citado de su *Historia general*, hace respecto de este punto. «Este Álvaro, dice, piensan que fue el que escribió la crónica de don Juan el segundo de Castilla, asaz larga, de traza estilo agradable; no toda, sino una buena parte. La verdad es que Alvar García de Santa María, el coronista, no fue hijo de Paulo Burgense, sino su hermano. En lo demás desta corónica otros pusieron la mano y en especial Hernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, la llevó a cabo.» Don Rafael de Floranes no pareció ser de la misma opinión cuando, después de los párrafos que dejamos tratados, añadía: «Y hago tan individual expresión de ellas (las crónicas), porque el señor Galíndez no conoció que estos últimos quince años del tomo segundo fueron escritos por Alvar García, ni parece se sabía en su tiempo por los que él pudo consultar acerca de esta duda; antes bien por falta de la noticia del verdadero autor, firmes en que el primero era suyo, porque como primero le tocó llevar su nombre, el cual no puede repetirse en el segundo; en cuanto a este otro hijo de padre desconocido, se dieron a cavilar, si sería del célebre poeta de aquel tiempo Juan Fernández de Mena, cordobés (que este fue su nombre); gobernándose a mi ver por dos principios; uno que él fue adictísimo en extremo y hasta la misma superstición a las cosas del condestable don Álvaro de Luna, según que ya en sus coplas lo dio con demasiada a entender, y tal se representaba también, o no mucho menos, el autor de este tomo y sus quince años después. Otro, contar en efecto, ya por testimonio del cronista particular de don Álvaro de Luna en el capítulo 95, ya por las noticias que le enviaba de sucesos en la corte el bachiller Cibda-Real, médico de cámara del rey por los años 1429, 30 y 55, que él estaba nombrado cronista y tenía encargo por dicho condestable de escribir la historia del rey y reino. Véanse las cartas de dicho Bachiller 23, 47 y 67 que son las mismas relaciones de noticias que le dirigía en esos años. Con que, no era temerario el juicio del señor Galíndez y de su tiempo. Pero hoy cesa la duda con el posterior descubrimiento de Zurita que allana ser uno y otro volumen, unos y otros años continuadamente hasta el 35 inclusive de Alvar García de Santa María. Los ejemplares que a varias partes se distribuyen de un mismo original, suelen llevar diversos signos característicos, y así son también diversos los juicios que de ellos forman los venideros. A Galíndez le tocó ver uno del tomo segundo que no tenía el nombre de su autor. A Zurita, no copia, sino el original, como salió de mano del autor y con el nombre de éste; así también la copia que se derivó a Sevilla, que en uno y otro volumen le apuntaba.»

Es indudable, pues, que la parte de la expresada crónica, escrita por Alvar García, comprende hasta el año 1434 inclusive, siendo los restantes capítulos fruto de uno de los principales ingenios de la corte de don Juan II, no pudiendo en nuestro concepto, fijarse con la seguridad debida el nombre del indicado autor, bien que tampoco es ahora esta averiguación de nuestro propósito. La referida obra de Alvar García, así como la *Crónica de don Álvaro de Luna*, colocan a aquel erudito converso entre los primeros escritores de su tiempo. Más filósofo, sin embargo, de lo que convenia tal vez al mero oficio de cronista, se apartó algunas veces de la exactitud histórica, viéndose no pocas obligado a quemar innecesario incienso ante la flaqueza del rey y el omnímodo poder del valido, lo cual puede y debe sin duda atribuirse a la misma condición en que se hallaba. No carece Alvar García, a pesar de todo, de independencia al calificar y describir ciertos hechos, ni le falta tampoco energía, para reprender algunos de los vicios que mas plagaron a los personajes y a la sociedad de su tiempo. Pero las dotes que más resaltan en sus escritos son enteramente literarias: al buen orden y excelente método de la narración, a la acertada distribución de las partes que componen el discurso histórico, reúne Alvar García un lenguaje, casi siempre pintoresco, y un estilo natural y a veces elegante, notándose con frecuencia que sus primeros estudios eran debidos a la literatura rabínica, por los hebraísmos que siembra en sus producciones. Para que los que lean estas líneas puedan formar cabal concepto de cuanto dejamos indicado, trasladaremos a este sitio el discurso que don Fernando de Antequera dirigió a la reina doña Catalina, a los grandes y a los procuradores de las ciudades y villas en las cortes que se celebraron en Segovia a principios del año de 1407, con motivo de la guerra contra los moros. Dice de esta forma:

«Muy poderosa señora, e vos los perlados, condes, e ricos homes, procuradores, caballeros y escuderos que aquí estais: días ha que sabeis como ante del fallecimiento del rey mi señor e mi hermano, yo estaba en propósito de le servir con mi persona y estado en esta guerra, como la razón e lealtad y debdo me obliga: e agora non está menos, antes mucho más, porque me parece ser agora más necesario que en la vida suya, e ya vedes como el verano se viene, e seria razón que yo estuviese ya en el Andalucía: por ende a vos, señora, suplico e pido por merced que dedes orden como yo me pueda partir: e todos vosotros, así perlabos, como caballeros, llameis vuestras gentes e trabajéis como los maravedís que se han de coger, ansi de las rentas del rey, mi señor, como del pedido e moneda, se cobren con muy grant diligencia, porque la gente que a la guerra fuere, sea bien pagada e no haya falta alguna en las cosas necesarias, para que la guerra se faga, como debe, a servicio de Dios e del rey, mi señor, e a bien de los sus regnos. E ninguno sea osado de turbar nin estorbar que lo debido al rey, mi señor, se deje de pagar en los tiempos que ordenado está; porque quien quiera que el contrario ficiere, seria digno de muy graves penas: las cuales sea cierto quien quiera que tal yerro ficiere, gelas mandaremos dar muy crudamente la reina, mi señora, yo, como tutores e regidores de estos regnos. Y esto sea lo más justo que ser podrá, porque con la bendicion de nuestro Señor, podamos partir en tal manera que la guerra se faga con la diligencia que debe.»

Este pasaje que tomamos del capítulo VI de la *Crónica de don Juan el II*, impresa en Logroño en 1517 por Arnao Guillen de Brócar¹⁶⁷, pone de manifiesto la exactitud de las observaciones que arriba apuntamos, respecto al lenguaje empleado por Alvar García de Santa María. No nos parece menos digno de citarse el siguiente de la *Crónica de don Álvaro de Luna*, en que el autor describe la persona de tan célebre valido¹⁶⁸:

«Descirte puedo yo (escribe) que el nuestro maestre fue muy animoso e esforzado e digote verdad: que era cosa maravillosa el grand tiento con que apoderaba el caballo en que cavalgaba e la manera cómo tomaba la lanza e cómo se ponía el espada en la mano, quando havia de ferir, e cómo le estaban las armas, e qué ayre e continencia de caballero levaba con ellas. Esto ¿quién también te lo sabrá descir como él lo sabía faser? ¿Nin cómo podrás tú considerar quanta abtoridad tenía el maestre quando estaba assentado e quanta gracia quando estaba levantado e qué continencia, quando se passeaba, si tú non le ovieses visto? Cá en todo esto parescia que la naturaleza le había dado alguna virtud e perficion sobre los otros homes. Nin porque te diga yo que el maestre era muy humano e gracioso ¿cómo podrás tú comprender el su donaire en los tiempos de burlas? ¿El la su gravedad en los tiempos de los grandes fechos? ¿E el su reposo e mansedumbre, quando estaba posado? ¿E el su muy temido acatamiento quando estaba sañoso? Pues ¿cómo te puedo por escriptura mostrar, nin bien significar la virtuosa vida de aquel que fablando pronunciaba sabiduría e callando denotaba prudencia, e en todos tiempos e en todos sus actos daba de sí a todos doctrina muy virtuosa? Tomad ejemplo en el nuestro maestre e muy magnífico condestable los que ovieredes grand privanza e cercanía con los reyes o príncipes.»

Con dificultad podrá hallarse entre los escritores de aquella época otro que más cuidado empleara en el estilo de sus obras. Esto ha dado motivo para que algunos críticos observen que prefirió la limpieza, armonía y elegancia del lenguaje a las principales dotes de historiador, siendo la *Crónica de don Álvaro de Luna* tal vez la más notable de las obras históricas que en la época de don Juan II se escribieron, respecto a su mérito literario¹⁶⁹, y mereciendo la del referido monarca ser tenida por *la más puntual y la más segura de cuantas se conservan antiguas*, según el dicho del diligente marqués de Mondéjar.

167 Tenemos también a la vista la edición de Valencia, corregida, enmendada y adicionada sobre el texto de la de Logroño por el doctor don Lorenzo Galíndez de Carvajal, a quien dejamos ya citado.

168 Tomamos esta descripción de la página 386 de la expresada *Crónica*, publicada en Madrid en 1781 por don José Miguel de Flores, siendo en verdad digna de compararse con la que hace del mismo don Álvaro en sus *Generaciones y semblanzas* Fernán Pérez de Guzmán al capítulo XXXIV de las mismas. (Edición de Madrid 1798.)

169 William Prescott. *Historia del reinado de los Reyes Católicos*. Parte I, cap. X.

Cultivó también Alvar García de Santa María, siguiendo el espíritu de su época, el arte de la poesía y manifestóse en este terreno tan hábil y entendido, como en el de la historia. Sin embargo, ninguna de sus obras poéticas ha llegado desgraciadamente a nuestras manos, habiendo sólo podido averiguar que en la biblioteca del marqués de Montealegre (que hoy posee el de la Romana), situada en Mallorca, existió¹⁷⁰ un volumen en folio, MS., el cual contenía, entre otras poesías de Hernán Pérez de Guzmán y del marqués de Santillana, algunas composiciones de aquel erudito converso.¹⁷¹ Pero si no es posible reconocer el mérito de Alvar García de Santa María, como poeta, por el examen de sus producciones, los elogios de sus coetáneos el respeto con que a él se refieren, al considerarle como trovador, dan motivo a creer, según dejamos insinuado, que ocupó entre los de su tiempo un lugar distinguido. Entre todos los que de él han hecho mención, señalóse sin duda el citado Hernán Pérez de Guzmán, dedicándole su *Tratado de vicios y virtudes*, y dándole los títulos de sabio, magnífico y virtuoso. Para que puedan nuestros lectores hacerse cargo del concepto en que Alvar García era tenido, copiaremos algunas estrofas de la expresada dedicatoria, inserta como todo el *Tratado*, en el *Romancero de Ramón de Llavía*, dedicado a doña Francisquina de Bardagi e impreso en Zaragoza por Juan Hurus en 1489. Así principia la dedicatoria:

Amigo sabio y discreto,
pues la buena condición
precede a la discrecion
en público y en secreto;
mas claro nombre y mas neto
es bueno que sabidor
del cual muy merescedor
vos juzgo por mi discreto.

Aunque bueno solo Dios
es dicho por excelencia,
segund aquesta sentencia,
ninguno es bueno entre nos.
Yo haciendo *ubert lo clós*
llamo a Dios summa bondat
et quanto a la humanitat
oso decir bueno a vos.

Concluyendo en esta manera:

Et porque sin compañía
no hay alegre posesion,
pensé comunicacion
haber en esta obra mia
con busco, de quien confia
mi corazón no engañado

170 Índice impreso de la librería del marqués de Montealegre, folio 109.

171 Animados del deseo y de la esperanza de poder dar a luz en la presente obra alguna de estas producciones, escribimos hace ya más de un año a los señores don Joaquín María Bover y don Francisco Manuel de los Herreros, personas de grande afición a las letras y de mucho prestigio en aquellas islas, a fin de que tuvieran la bondad de facilitarnos copias de ellas Ambos señores, con quienes ya antes nos ligaban los lazos de la amistad, han hecho los mayores esfuerzos para complacernos pero han sido de todo punto inútiles sus investigaciones. Después de haber revuelto mas de veinte y cinco mil volúmenes, nos han manifestado que no existe ya el referido código, expresándose don Joaquín María Bover en estos términos: «Tengo, amigo mío, el sentimiento de manifestar a V. que el código de Alvar García de Santa María no se encuentra entre los 25.000 volúmenes que llevamos ya registrados. Me complacía la idea de que pudiéramos proporcionar a V. la gloria de ser el primero que diese a luz las obras poéticas de aquel ilustre rabino; pero mal nuestro grado, nos vemos privados de este placer y V. del justo galardón que esperaba. Siempre nos servirá de consuelo el que V, sepa que no hemos omitido diligencia alguna por complacerle y por contribuir a la más completa ilustración de su apreciable obra.» (Palma 28 de agosto de 1847.)

que sea certificado
si es tibia, caliente o fría.

Rescibit, pues, muy buen ombre,
las coplas que vos presento;
et aceptad el renombre
del qual bien digno vos sientio.
Si vedes que azoto el viento
con sones desacordados,
luego sean condenados
al fuego por escarmiento.

¡Tal era el prestigio de que gozaba Alvar García, que el ilustre autor de las *Generaciones y semblanzas* no titubeó en elegirle por juez árbitro en una de sus más señaladas obras poéticas!...

Casi al mismo tiempo que Alvar García floreció su sobrino don Gonzalo, hijo mayor de Pablo de Santa María, y no menos digno de elogio que entrambos por su saber, ni menos conocido en la historia de España por las dignidades que alcanzó y los cargos especiales que obtuvo. «Don Gonzalo, (dice don Pero Hernández de Villegas, abad de Cervatos, en la información hecha en Burgos por don Juan de Velasco, arcediano de Valpuesta) fue arcediano de Briviesca, dignidad en la santa iglesia de Burgos, e después fue obispo de Astorga y Plasencia y Sigüenza, y auditor apóstolico y embajador en los Concilios de Constancia y de Basilea y en Roma al pontífice por los reyes de Aragón e provincia de Santiago, e fue del consejo del rey, e le fue concedido por el papa Benedicto décimo tercio el castigo de los judíos que contraviniesen a los estatutos de su santidad; y fue hombre de mucha autoridad y estima y de muchas letras y que ocupó grandes lugares y graves cargos y encomiendas de los reyes de su tiempo.»

En efecto, don Gonzalo García de Santa María manifestó tanto por sus acciones, como por sus escritos, que era acreedor a la estimación de sus contemporáneos y al aprecio de su posteridad. Las obras que compuso y han llegado hasta nuestros días son todas históricas y dan a conocer que aquel erudito converso consagró la mayor parte de sus tareas a bosquejar la historia del reino de Aragón, en cuya capital residió por mucho tiempo. Sus principales producciones son: la *Historia o vida de don Juan II*; la obra latina que escribió con el título de *Aragoniae regni historia*, de que hace mención Jerónimo de Zurita en el libro XII, capítulo LV de sus *Anales*; y la traducción al castellano de la *Crónica de fray Gemberto Fabricio de Bagad*¹⁷², citada por el diligente Dormer en sus *Progresos de la Historia de Aragón*, obra útil en extremo y no tan apreciada como por su importancia merece. Las producciones de Gonzalo García de Santa María manifiestan que este erudito escritor se había dedicado más que su padre y su tío, a los estudios clásicos de la antigüedad latina, no sin perder de vista a los escritores rabínicos. *La vida de don Juan II de Aragón*¹⁷³, cuyo códice, de letra del siglo XV, existe en la Biblioteca nacional de esta corte, es una prueba palmaria de esta observación que caracteriza principalmente las obras de don Gonzalo. Veamos, pues, como

172 Esta traducción fue impresa en Zaragoza el año de 1499 en folio con el siguiente título: *La esclarecida crhónica de los muy altos y muy poderosos príncipes y reyes cristianos, de los siempre constantes y fidelísimos reinos de Sobrarve, de Aragón, de Valencia y otros.*

173 Este códice, que es un tomo en folio encuadernado en pasta, tiene por titulo: *Vida de don Juan II de Aragón, por Gonzalo de Santa María, vecino de la ciudad de Zaragoza.* Consta de 69 fojas, careciendo de principio y de fin; bien que sólo faltan en nuestro juicio, algunas páginas del prólogo, pues que se encuentra integro desde el libro primero en adelante, terminando en el libro cuarto, del cual faltan también algunas fojas. He aquí como principia el dicho códice, tal como ahora se encuentra: «Por embajadores a paz conducido, rendida Navarra a la obediencia del padre, los pies e manos de aquel besó etc.» y concluye en la foja 69 del siguiente modo: «La fortuna, usando de su imperio, movió todo lo que firme estaba; nuestras riquezas en pobredades, las honras en oprobios, las libertades en injusticias, nuestras piensas ofuscadas etc.» Este precioso documento, desconocido hasta ahora en la historia de nuestra literatura, es verdaderamente digno de llamar la atención de nuestros literatos y bibliólogos, por lo cual no hemos querido renunciar aquí a dar de él las preinsertas noticias.

principia el libro primero de la expresada crónica, en que trata de la prisión del príncipe de Viana y de la guerra de los catalanes.

«Partió el rey de Barcelona por cosas generales a los aragoneses en Fraga facer. Otras en Lérida a los catalanes asignó; a los cuales de un predestinado fin conducido, vino el príncipe de Viana. Súbitamente palabras de grandes sospechas al rey fueron dichas; juicios e crueles tratados descubiertos, el ánimo del qual por las cosas pasadas cayó en nuevos pensamientos. Era la triste ora llegada, los cielos dispuestos a toda desolación. El rey con ánimo conturbado, solos, en su palacio retraídos dixo: “Conviene a mi usar de justicia, príncipe y fijo mio, segun las cosas a mi referidas, ca los padres, mayormente los reyes, así facerlo acostumbran. La honra con la vida dejar e ante de fenescer mis días no presunción mayor de mi ser. Aquello que la natura me ha encomendado, con su orden me place dejar. Mis actos no se mueven, salvo vencidos de razón.” Y ordenado que detenido fuese, el príncipe los ojos al cielo volviendo: “Venidos son los últimos e afortunados días en los cuales nin de la justicia nin de la misericordia es de haber esperanza”, con lágrimas tristes respondió. La tristeza del pueblo, puesto que muy grande, no menos aquella de la regna con sus damas fue. Toda la noche en lágrimas pasaron pronosticando el fin de la tal prisión doloroso ser. Egualmente todos la liberación suya deseaban. Don Juan de Beamunte por esto al príncipe por amor e sangre muy caro e de las cosas pasadas principalmente consegero. El rey de Aytona el príncipe a Miravete queriendo levar: a suplicas de los aragoneses en la Aljafería lo metió. Eran los ánimos de los militares catalanes a nuevos deseos aparejados, los pueblos e ciudadanos a insultos e malignas cogitaciones dispuestos. Llegado el tiempo por ellos deseado, con sombra de libertades, puesto que sus fines a otros respectos tirasen. Quince principales embajadores e grandes ficieron, uno de ellos mas venerable por dignidad, arzobispo de Tarragona, en público a ver al rey ansi fabló, se dice. “Si la justicia constrenye, excelentísimo Señor, padecer deba tu hijo príncipe de Viana, no deliberamos siendo tu padre, suplicar de misericordia; mas acerca de nosotros es la razón que la piedad. El a la noticia nuestra es pervenido, por el conocimiento tuyo toda observancia, toda fidelitat que a ti se debe, es primera. Lo que a nosotros mueve es la su honra que de ti procede. Deseamos saber cual causa movió a tus manos usar contra ti mesmo. De obras de tanta admiracion, por cierto bien es cosa de maravillar, menguar de clemencia de tu propia sangre. Aquellas cosas son admirables que sobre natura son vistas. Así como es fuerte danyar, así mesmo es suave perdonar la culpa de sus yerros. Nosotros tememos lo porvenir. Nuestros pensamientos pronostican cosas de mucho dolor. Los ánimos tristes de lamentar no se farten, y no fallamos la propia causa de nuestra desventura. Una voz egualmente entre pueblos e regnos anda. Sin culpa padesce el fijo, Carlos príncipe de Viana: sabemos perdonaste lo pasado: ignoramos que te movió a facer lo presente. Oh Señor, quieraste suplicamos en unidad conservar aquellos regnos, que los tuyos en paz te dejaron.»

No juzgamos conveniente seguir copiando para dar a conocer el carácter de las obras que escribió en idioma vulgar, Gonzalo García de Santa María. Bastan las anteriores líneas para apreciar y comprender tanto el estilo y lenguaje de este autor como la escuela que siguió en sus obras. Era Tito Livio uno de los historiadores latinos más generalmente conocido y estudiado, por los que en la corte de don Juan II se dedicaban al cultivo de las letras. Siguió, pues, don Gonzalo de Santa María las huellas de este escritor romano, y si bien dio a entender que le era también familiar la lectura de Tácito, tanto en sus narraciones, como en los discursos que puso en boca de los personajes históricos, dejó ver que no se apartaba de aquel modelo. Su obra latina titulada *Aragoniae regni historia* es el más seguro comprobante de este aserto, que justifican igualmente, como habrán observado nuestros eruditos lectores, las que escribió en castellano. En el siguiente capítulo haremos una breve reseña de las obras de don Alonso de Cartagena, hermano del ilustre obispo de Sigüenza.

IX.

Tercera época. Siglo XV.

Don Alonso de Cartagena. Sus obras. Sus traducciones. Sus poesías.

Hijo segundo de don Pablo de Santa María fue don Alonso de Cartagena, el cual no alcanzó entre los cristianos menos autoridad, ni gozó de menos fama por sus obras y sus virtudes. Nació según se deduce de su epitafio, conservado en la capilla de la Visitación de la catedral de Burgos, por los años de 1385; y convertido a la religión cristiana al mismo tiempo que su padre, se dedicó al cultivo de las ciencias con el mayor empeño, dando inequívocas pruebas de singular talento en el estudio de la filosofía, del derecho civil y de los cánones, lo cual le hizo adquirir en breve el deanato de Segovia, que trocó más tarde por el de Santiago.

Distinguido por su talento y por la rectitud de su carácter, atrajo desde luego sobre sí la atención de la corte, y el deán de Santiago fue llamado para mediar entre las discordias civiles de Castilla, mereciendo después ser enviado a Portugal para ajustar y concluir la paz con el monarca de aquel reino. La importancia política de don Alonso de Cartagena fue desde entonces creciendo en Castilla a tal punto que, muerto en el Concilio de Basilea, que a la sazón se celebraba, don Alonso Carrillo, obispo de Sigüenza, no titubeó el rey en enviarle a aquella respetable asamblea, en donde había de conquistar tanta honra para su patria, como gloria para su nombre. Ventilábanse en el referido Concilio las más importantes cuestiones, tanto respecto a las herejías de Juan de Hus y sus sectarios, como al orden y disciplina de la iglesia: don Alonso de Cartagena que con la fe de un neófito y con el ardor de un cristiano, tomó parte en aquellas memorables sesiones, se manifestó tan profundo y elocuente en sus discursos que logró alcanzar los envidiables títulos de *Delicias de la religión* y *único espejo de sabiduría*; siendo además distinguido por el pontífice Pío II con las poéticas frases de *alegría de las Españas* y *honor de los prelados*.

Pero al mismo tiempo que Cartagena adquiría tan brillantes laureles con su edificación cristiana, se hacía también acreedor al reconocimiento de Castilla por su entusiasmo patriótico: sucitóse en el Concilio de Basilea una acalorada disputa sobre la preferencia de la silla real de Castilla a la de Inglaterra; y mientras que los embajadores británicos defendían con tesón la pretendida supremacía de su rey, el obispo de Burgos (que ya había alcanzado esta dignidad por renuncia de su padre) sostuvo los derechos de Castilla con tanta dignidad y con tan poderosas razones que el Concilio, antes perplejo entre uno y otro partido, no pudo menos de pronunciar su fallo en favor de España «Defendió —dice el P. Mariana¹⁷⁴— en Basilea, con valor, delante de los prelados y el Concilio, la dignidad de Castilla contra los embajadores ingleses que pretendían ser preferidos y tener mejor asiento que Castilla. Hizo una información sobre el caso y púsola por escrito, la cual presentada que fue a los prelados, quebrantó y abajó el orgullo de los ingleses.»

Y no eran éstas las únicas honras que debía alcanzar don Alonso fuera de su patria: desde Basilea partió a la corte del emperador Alberto, que protegiendo el cisma que ya se difundía, hostigaba los estados de Polonia con repetidos desmanes. La llegada del obispo de Burgos a la corte de Alberto, cambió la enemistad de este príncipe en estrecha unión con la iglesia, restituyendo al soberano pontífice la tranquilidad que tanto deseaba, para gobernar la nave de San Pedro, y dando paz a aquellas combatidas comarcas. En 1440 volvía don Alonso de Cartagena a España, rodeado de la aureola del saber y de la virtud, para recibir en Castilla nuevas distinciones. Debía doña Blanca, princesa de Navarra, pasar a aquel reino para contraer matrimonio con don Enrique, príncipe de Asturias; y el obispo de Burgos mereció la honra de presidir la comitiva de grandes y señores que habían de salir hasta Logroño para recibirla, rivalizando con todos en esplendor, discreción y galantería. Deseaba don Juan II asentar las paces con el rey de Navarra de una manera estable y

¹⁷⁴ [*Historia general de España*](#), lib. XXI, cap. VI.

decorosa, y echados ya los cimientos con los desposorios de los príncipes, creyó que era llegada la ocasión oportuna de lograr su propósito, enviando al efecto al obispo de Burgos a la corte de Navarra, con tan buen acuerdo, que alcanzó en breve cuanto de su prudencia y saber se prometía.

Fue esta la última vez que don Alonso de Cartagena intervino en los asuntos políticos de Castilla, dedicándose después con el mayor celo al cumplimiento de sus deberes, sin que por esto olvidase el cultivo de las ciencias y en especial el de la literatura. Don Alonso *confesaba, predicaba, usaba en su diócesis de aquellas cosas que perlado es obligado de facer, era limosnero*, y en los momentos de ocio se consagraba de lleno a los ejercicios literarios, tomando parte en las justas poéticas de la corte; traduciendo y comentando los autores del siglo de Augusto, dando reglas de gentileza y cortesía y defendiendo, en fin, los derechos de Castilla con un tesón y una energía dignos de todo elogio. Fruto de estas agradables tareas fueron el *Doctrinal de caballeros*, el *Libro de mujeres ilustres* que escribió por especial encargo de la reina doña María, esposa de don Juan II, el *Memorial de virtudes*, la traducción del *Libro de Senectute de Marco Tulio*¹⁷⁵, la *Genealogía de todos los Reyes de España* y otras muchas obras, ya teológicas, ya filosóficas que prueban su profunda erudición; no debiendo entre todas perderse de vista la *Versión de los cinco libros de Séneca*, impresa en Sevilla el año de 1491 por Bernardo Ungut Alimano y Estanislao Polono, con muy oportunos comentarios.

Mucho habríamos menester detenernos si, después de los breves apuntes que acabamos de hacer de la vida de don Alonso de Cartagena, nos propusiéramos analizar detenidamente cada una de sus producciones. Pero sobre no ser este el objeto de los presentes *Ensayos*, ni todas las producciones que hemos citado se prestan a un sabroso análisis, ni la diversidad de materias que aquellas comprenden nos permite tampoco dar un acertado dictamen sobre todas. Así, pues, bastará hacer algunas observaciones generales sobre el carácter de este escritor, apuntando al mismo tiempo las ventajas y adelantos que respecto al lenguaje, usado por él, notamos; comparándole con los demás escritores sus coetáneos.

Pensador profundo y rígido moralista, aparece don Alonso más digno de elogio, cuando disertase sobre materias abstractas que cuando discurre sobre hechos históricos: sus estudios sobre la historia, aunque nada comunes, no se hallan, en efecto, subordinados a un pensamiento fecundo, ni sometidos a una severa crítica que dé por resultado el conocimiento de la verdad. Así, pues, sólo se encuentra en sus obras históricas una aglomeración de hechos y noticias, ordenados con más o menos exactitud cronológica, sin que se advierta la trabazón natural de los acontecimientos, quedando por explicar en consecuencia los grandes fenómenos morales que se operan en el gran teatro del mundo. Pero estos defectos que bien pudieran atribuirse no sólo a los historiadores y cronistas del tiempo de Cartagena, sino a casi todos los que le sucedieron en el siguiente siglo, se hallan en parte compensados por la sencillez con que expone y narra los hechos, bien que no deja de intentar alguna vez el seguir a los historiadores latinos, que tan a fondo conocía; y la misma sencillez que ostenta le lleva en no pocas ocasiones a dar crédito a irrealizables invenciones y consejos que no puede menos de repudiar la sana crítica.

Su *Doctrinal de caballeros*, su *Memorial de virtudes* y sus *Versiones de Cicerón y de Séneca*, dan a conocer que si no pudo don Alonso sobreponerse a la credulidad de su tiempo, separando con recta razón el oro puro de la vil escoria, respecto de sus ensayos históricos, tenía bastante caudal de conocimientos y sobre todo bastantes luces para señalar el camino de la hidalguía y de la virtud en

175 Algunas de estas producciones que no fueron impresas, habrán sido ya pasto del polvo y la polilla: entre ellas pueden sin duda citarse la traducción del *Libro de Senectute* que hemos visto citada en el *Nobiliario vero* de Fernán Arias Mexía, impreso en Sevilla en 1492, y el *Libro de mujeres ilustres*, de que hace mención Floranes en el MS. de que en el anterior capítulo hablamos. Entre los trabajos teológicos y filosóficos de don Alonso de Cartagena se pueden contar el *Defensorium fidei*, el *Conflatorium*, la *Apología del salmo Judicame Deus*, las *Escrituras diversas*, las *Declinaciones sobre la traslación de las Éticas*, el *Oracional* y otras varias obras que omitimos, por no ser de tanta nota. Su discurso sobre el *Derecho de Castilla a la conquista de Canarias y de África*, es notable por mas de un concepto.

sus primeros tratados; mientras en los segundos probaba con extensos comentarios que le eran muy familiares todos los más selectos autores del siglo de oro de Roma. Su educación literaria había sido enteramente clásica: sus viajes y su permanencia en Italia habían acabado de formar su gusto, cabiéndole en verdad no poca gloria a su vuelta a Castilla en el desarrollo que tomaba ya la literatura docta.

Pero a pesar del visible empeño que se advierte en las obras de Cartagena, escritas en prosa, por manifestar sus conocimientos en la literatura clásica, es digno de observarse que su lenguaje es más sencillo y corriente que el empleado por su hermano don Gonzalo, pudiendo decirse también que muy pocos de sus coetáneos dieron a la frase tanta precisión, elegancia y soltura. Para que nuestros lectores formen sobre este punto la más cabal idea, parécenos bien trasladar a este sitio algún pasaje de las obras en prosa del obispo converso. Veamos, pues, como principia el prólogo que puso al Memorial de virtudes: en él manifiesta las causas que le impulsaron a escribir la referida obra:

«Este otro día, glorioso príncipe (dice), como en la cámara real del tu muy claro padre a veces fablásemos e mas algund tanto la fabla se extendiese, ocurrió la materia de las virtudes, las cuales mucho sabiamente¹⁷⁶ e sutil recontabas. E como en los exercicios de las letras non ovieses leído, resta que piense haberlas tú aprendido en tu propio cuerpo. Mas como yo, algunas cosas que me acordé haber leído en estas fablas truxiese, con oreja benigna las escuchabas, lo qual dixe es grande señal de virtuoso apetito; porque quien cuidadosamente quiere hablar e oír las virtudes, de virtudes propone usar.»

Cartagena sigue dando las razones que tuvo para formar el *Memorial de virtudes* y cita los autores que consultó para conseguirlo, lo cual por no ser de nuestro propósito en este momento, no trasladamos a este sitio. Las líneas copiadas bastan sin embargo para conocer su estilo, si bien con el objeto de probar las observaciones que llevamos hechas trasladaremos otro pasaje de la traducción de los Libros de Séneca, pudiendo verse además por él la exactitud de la versión:

«¿Qué maravilla es que no suban del todo en lo alto (dice en el cap. XIX del *Libro I de la vida bienaventurada*) estos que prueban las cosas altas e que acatan è otean las virtudes, aunque no las alcancen del todo? Ca cosa noble y fidalga es probar las cosas grandes è acatar, no a sus fuerzas propias, mas a la fuerza de la natura. E cometer e esforzarse hombre a subir en lo alto e pesar en su voluntad siempre las cosas mayores e contemplar en si mesmo como el varon guarnido de grand corazón podría decir así: Yo con ese mesmo rostro oiré de la muerte que la veré; yo sufriré qualesquier trabajos que me vengán por grandes que sean y esforzaré mi cuerpo con mi corazón: yo igualmente menospreciaré las riquezas, quier sean presentes, quier venideras: ni me contristaré, aunque las vea estar en casa agena, ni me ensobervesceré aunque estén en derredor de mí: yo no faré mencion ni sentiré la fortuna, si llegáre a mí, ni curaré si se partiere: yo otearé todas las tierras, como si fueren mias; y otearé las mias, como si fueren de todos: yo viviré de tal manera, como aquel que sabe que es nascido para los otros e dará muchas gracias por esto a la natura de todas las cosas: ¿Ca qué cosa mas bien puede facer la natura que darme a todos y darse todos a mí? Cualquier cosa que tenga ni la guardaré escasamente ni la esparciré desordenadamente.»

Estos dos trozos bastan, en nuestro juicio, para apreciar a Cartagena como prosador y para justificar nuestras observaciones, respecto de su estilo y lenguaje. Aun nos falta examinarle como poeta; y al verificarlo, tendremos ocasión de notar la influencia que tuvo entre los de su tiempo, completando el bosquejo que nos propusimos hacer de sus obras.

Causa verdaderamente admiración el contemplar a un personaje tan respetado como Cartagena, a un prelado que tantas veces había sido medianero entre reyes, y que por otra parte era un modelo de virtudes, entregado a las justas y solaces poéticos, en que era el amor único ídolo;

176 Mucho sabiamente es un superlativo enteramente hebreo זכמות מאוד, siendo digno de notarse que tanto en este pasaje como en el siguiente de la traducción de los libros de Séneca abundan las maneras de decir rabínicas y los hebraísmos.

llegando al extremo de merecer el nombre de rendido amator y durando esta fama hasta el siguiente siglo, en que le adjudicó la palma de entendido en amores el festivo Castillejo. Pero esta contradicción entre el estado social y el carácter de las poesías de Cartagena, entre la dignidad de que se hallaba revestido, las austeras virtudes que le adornaban y el espíritu de casi todas sus composiciones, viene a ser una prueba irrecusable de cuantas observaciones hicimos en la introducción del anterior capítulo, respecto al carácter general de la literatura y de la poesía del siglo XV. No era en verdad el obispo de Burgos el único que caía en la contradicción lamentable de pedir a su lira sonos que estaban en completo desacuerdo con su particular ministerio, con su época y hasta con sus deberes: fue achaque común de aquella corte afeminada y caprichosa aparentar una felicidad que no poseía; y fuerza era también someterse a esta ley arbitraria, para merecer el aplauso de la muchedumbre.

Así, pues, cuando después de haber examinado las obras en prosa de Cartagena, oyéndole unas veces hablar el lenguaje de la verdad, y ostentar otras el sencillo tono de la virtud y de la ciencia, juzgando que sus poesías han de participar de iguales caracteres, no puede dejar de causarnos sorpresa el verle entregado a los mismos desvaríos amorosos que parecían formar el idealismo de esta pasión en aquellos tiempos. Cartagena en sus poesías no es el converso que abraza la religión cristiana, para consagrarse exclusivamente a su servicio: es el caballero castellano de la corte de don Juan II, para quien todo lo es el amor; y como el comendador Escribá, el marqués de Santillana, Hernán Pérez de Guzmán, Garci Sánchez de Badajoz y tantos otros como en aquella era florecieron, escribe diálogos, villancicos, y toda clase de composiciones, en que el amor ejecuta el papel principal, sin que del estudio de todas sus poesías, a excepción de la que consagra a su padre, se desprenda que el autor fuese tan cumplido prelado, como demuestran los siguientes versos de Hernán Pérez de Guzmán, escritos después de su muerte:

La iglesia, nuestra madre,
hoy perdió un noble pastor:
las religiones un padre
y la fe un gran defensor.

Desconocidas casi enteramente las composiciones poéticas del obispo de Burgos, por no haberse publicado¹⁷⁷ más que en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, (colección digna de todo aprecio, tanto por su riqueza, como por la escasez de ejemplares que han llegado hasta nuestros días); no llevarán a mal nuestros lectores que apreciada ya la índole de ellas, nos detengamos algún tanto, a darlas a conocer, transcribiendo a este sitio los pasajes que nos parezcan más oportunos, para conseguirlo. Todo el mundo ha leído las estrofas de arte mayor, tan célebres en el siglo XV a causa de haber sido glosadas por Francisco Hernández Coronel y otros poetas no menos entendidos: la glosa de Cartagena comienza del modo siguiente:

La fuerza del fuego que enciende, que quema
las tristes entrañas rompidas de acero,
es fuerza terrible d'amor que s'extrema
en mí, porque viven las ansias que muero.
Este es un fuego tan disimulado
que claro se siente y oscuro se vee,
por donde cualquiera que dél es llagado,
su fuerza le pone en mal tan doblado
cuanto es sencillo el bien que posee.

Que alumbra, que ciega, que ciega que alumbra
al triste constante que amar le es forzoso,

¹⁷⁷ El señor Böhl de Faber en su *Floresta española* inserta algunas composiciones cortas que si bien sirven para enriquecer esta apreciable colección, no son suficientes para dar a conocer a Cartagena: todas las poesías que inserta son, sin embargo, amorosas.

que agora le abaxa y luego le encumbra
y agora le alegra y hace lloroso.
Alumbra al desseo que siempre desseó,
alumbra y conforma mi firme aficcion,
ciega mis ojos, por donde no veo
do halle remedio del mal que poseo
que es verme libre de tanta ocasión.

Mi alma, mi cuerpo sufriendo tal pena
han ya concertado partirse de en uno,
sintiendo el engaño que amor les ordena,
hallando, ni viendo remedio ninguno.
Pues ven, ven ya, muerte; serás bien venida
y consolarás al desconsolado
que entrambos la piden aquesta partida
el alma por verse del cuerpo salida
y el cuerpo por verse de amores librado,

Mi muerte, mi vida la piden sin duda
passiones tan crudas, por ver en sí moran
y ella cruel, por serme mas cruda,
me niega cegar mis ojos qué lloran.
Al tiempo que tuve de gloria esperanza
temí a la hora sentir su ferida;
agora que hizo fortuna mudanza
alarga mi vida con cruda tardanza,
magüer que bien veo no ser gradescida.

Cartagena prosigue en esta metafísica amorosa, manifestando los mismos extremos y la misma pasión, sin que en las catorce estrofas restantes logre pulsar las verdaderas cuerdas del sentimiento. Su amor era fingido, y por lo tanto no podía ser expresado con el colorido de la verdad, lo cual le inducía frecuentemente a buscar los más ingeniosos artificios, como se ve en las siguientes coplas, que forman un diálogo entre el corazón y la lengua:

El cor. No sé quien pueda valerme
de mi secreta fatiga;
pues tú, mi lengua enemiga,
hecha para obedecerme,
no has curado
del oficio que te es dado,
con que puedes socorrerme.

Si viesses que mis porfias
fingidas podian ser,
en callar y enmudescer
digo que razon tenias.
Mas bien sabes
que aunque hables y no acabes,
no dirás las ansias mias.

¿Quién quitó tu atrevimiento?
pues claro se está y de suyo
no ser del oficio tuyo
sino decir lo que siento.
¿Cómo agora

delante de esta señora
se turba tu sentimiento?
¿De quién me debo quejar
sino de tu encogimiento?
que mientras mas pena siento
mas te precias de callar?

La leng. Habeis dicho:
sabed que pone entredicho
el dolor en el hablar.

El cor. ¿Quién puede pensar de ti
qu'en aquel tiempo mas callas,
quando mas que decir hallas?
Nunca tal contrario vi.

La leng. Cata, cata:
agora sabes que ata
la mucha pasión a mi?

El cor. Nunca podré perdonallo,
pues que mis congojas cresces,
porque siempre t'enmudesces
cuando en mas pena me hallo.

La leng. ¡Cómo, cómo!
sabed que los males tomo
tan en grueso que los callo.

El cor. Bien paresce qu'es ageno
y de ti mi mal extraño.
¿Puede ser mas claro engaño
que callar, cuando yo peno?

La leng. No es cautela:
que lo que a vos es espuela
aquello me es a mi freno.

Otro diálogo, no menos ingenioso, y mucho más largo, escribió Cartagena, introduciendo en él al Dios de amor y a un Enamorado que es el mismo autor: finge éste que se le aparece en sueños el amor y al verle, dijo para sí:

Mi lengua tornada muda,
dixe entre mí con temor:
el que dicen Dios de Amor
este debe ser sin duda.
Este es cierto quien ordena
que tengamos por muy buena
la vida mala y cruel;
este debe ser aquel
por quien hay gloria en la pena.

Este es quien hace y deshace
todo nuestro bien y mal;
este es el rico caudal
que el deseo ssatisface.
Por quien es bien empleado
qualquier penoso cuidado

que nuestro sentido pruebe,
 porque en su gloria s'embebe
 lo que nos ha sido dado.

Despues de esta descripción, en donde se advierte no poca agudeza, se entabla el referido diálogo, prorrumpiendo el *Amor* en esta forma:

Yo soy quien a la fortuna
 truxe y traigo a mi mandar;
 yo soy quien puedo tornar
 dos voluntades en una.
 Yo soy aquel que podré
 galardonar quien querré
 y pagar a los que yerran;
 y sabe que en mí se encierran
 deseo, esperanza y fe.

Todo lo restante de esta composición, en la cual se encuentran bastante pronunciadas las formas dramáticas, siendo posible que se hiciera para ser recitada, se halla reducido a ponderar la esquivez de la dama, a quien consagraba sus pensamientos, dándole el nombre poético de Oriana. Por más ingeniosas que sean estas composiciones, cuyo tema obligado es siempre la dureza e ingratitud de la dama a quien se dirigen, por más brillantes que aparezcan en ellas las bellezas poéticas y de estilo, necesario es convenir en que adolecen todas de cierta monotonía, hija sin duda de la falta de fe en el poeta. Cuando al leer estas producciones, tan llenas al parecer de pasión, recordamos que son debidas a un prelado que pasaba la mayor parte del tiempo consagrado a la meditación y dedicado a los deberes que le imponía su ministerio, no podemos menos de reconocer que Cartagena seguía en esto el espíritu de la moda, pagando así tributo a la corte en que vivía. Sin embargo, no puede negarse (y esto hace todavía más sensible cuanto llevamos indicado, respecto al carácter de la literatura a principios y mediados del siglo XV), que se encuentran entre las composiciones poéticas del obispo de Burgos, pensamientos expresados con suma ligereza y gracia: sírvanos de ejemplo el siguiente villancico:

Partir quiero yo,
 mas no del querer:
 que no puede ser.

El triste que quiere
 partir y se va,
 a donde estuviere
 sin sí vivirá.

D'aqueste partir
 la vida procede;
 partiendo morir
 la vida bien puede.

Mas no que no quede
 con vos el querer:
 que no puede ser.

Hemos indicado arriba que el obispo don Alonso de Santa María se ejercitaba también en las justas poéticas que servían de grato solaz a la corte de don Juan II; y si no nos aquejara el temor de extendernos demasiado, haríamos aquí una descripción algún tanto circunstanciada de esta especie de juegos florales, tan comunes entonces en Castilla y en que tomaban parte cuantos de entendidos se preciaban. No podemos, sin embargo, pasar en silencio, ya que tratamos de don Alonso de Cartagena, que este personaje tan respetado de grandes y pequeños, solía representar en semejantes justas un papel distinguido, no tanto por la dignidad que alcanzaba, cuanto por el prestigio que le

daba su saber entre los más sutiles trovadores. Para demostrar al punto en que don Alonso era considerado, respecto de estas materias, parécenos oportuno el copiar aquí la introducción de una de dichas justas, que inserta Castillo en el *Cancionero general* que arriba dejamos citado:

«Comienzan (dice) las invenciones y letras de los justadores, y también lo que Cartagena dixo a algunos dellos, declarando su parescer:

»Sacó el rey, nuestro señor, una red de cárcel y la letra:

Qualquier prision e dolor
que se sufra es justa cosa;
pues se sufre por amor
de la mayor y mejor
del mundo, y la mas hermosa.

»Dice Cartagena sobre ésta:

La red de cárcel primera
de nuestro señor, el rey,
bien parece darnos ley
en sentencia verdadera.

»Don Enrique (tal vez el marqués de Villena o el infante de Aragón) sacó una casa con canados y dixo:

Si de mis secretos fueran
los canados,
no pudieran ser quebrados.

»Dice Cartagena:

La casa de los canados
del segundo justador
no me paresce primor
de los bien enamorados.
Que muestra tener trabados
tales secretos con quien
debieran, mirando bien,
no avisar los no avisados.

»El conde de Ureña sacó unos cántaros, de los cuales sacaban dos niños suertes y dice la letra:

Bien amando sin mudanza,
fue mi suerte como vedes,
do salieron las mercedes
en blanco, sin esperanza.

»Dice Cartagena:

Este que en blanco decia
ser su suerte por las plazas,
nadador con calabazas
digo yo que parecia.
Mas pues su tema le guia
a ser bien enamorado;
debe ser galardonado
quien tal cimera traia.

»Don Álvaro de Luna sacó una fuente y dixo:

Fue entendido mi querer,
antes que yo lo dixese,
en mardarme que os sirviese.

»Dice Cartagena:

Dígase mi sentenciar
de la fuente do manó
frialdad, la cual templó
el día para justar.
Y es mi determinar,
pues su vergüenza procura,
la joya le deben dar,
pues grano de oro figura.»

Estas justas literarias en que cada cual sacaba por empresa un pensamiento ingenioso, cosa que acontecía también en los torneos donde se hacía gala de otra especie de fuerzas, se reducían por lo general a proponer unos justadores a otros cuestiones de diferentes géneros, cuya solución debía darse en verso, del mismo modo que se hacía la pregunta. Entre los muchos enigmas descifrados por los poetas de la corte de don Juan II en esta clase de ejercicios, se encuentra la siguiente pregunta de Cartagena, dirigida a Garci Sánchez de Badajoz:

¿Quál nueva al preso llegó
con que mayor placer haya
que soltalle y que se vaya
a las tierras dó salió?...
Pues nuestra alma está en cadena
desterrada en tierra ajena,
decidme ¿por cuál razón
siente tanta turbación,
al tiempo que Dios ordena
que salga de la prisión?...

Y Garci Sánchez le replica de este modo:

El ciego que nunca vio,
como no sabe que es ver,
no vive tan sin placer
como el que después cegó.
Y así el alma en morir pena
porque tiene por muy buena
la vida que es la pasión,
y aun porque va en condición
si se salva o se condena,
si habrá pena o galardón.

Nos hemos detenido tal vez demasiado, al examinar las obras poéticas del obispo de Burgos, bien que pudieran servirnos de disculpa dos razones, que no dejan de ser de algún peso en esta clase de trabajos. Las poesías de este insigne converso son generalmente poco conocidas y su importancia en la historia de la literatura española, es tal que bastan para justificar cuantas observaciones llevamos hechas sobre el estado de la misma, durante el reinado de don Juan II.

Ya lo hemos apuntado: parece increíble que en aquella brillante época, en que todo el mundo rendía culto a las letras, en que tan poderosos estímulos encontraba la imaginación, hallando continuo pábulo a sus fantásticos vuelos, apenas se escuche un acento verdaderamente inspirado. Sólo Jorge Manrique había sabido llorar sobre la tumba de su padre, interrumpiendo aquel eterno concierto de fingidos y cortesanos pesares, que debía reproducirse un siglo después en medio de las

florestas y de las selvas. También don Alonso de Cartagena quiso dirigir la voz a don Pablo de Santa María, su padre; siendo esta quizá la única vez en que no trató de amores en sus versos. Sin embargo, esta composición en donde resalta un pensamiento filosófico, pues que se dirige a aconsejar al célebre Canciller que se aparte de los negocios del mundo y repose en lo ganado, no se halla empapada en aquella dulce filosofía y ternura que caracterizan las coplas citadas de Jorge Manrique. Pero a pesar de ello, puede decirse que si no la más digna de aprecio, es al menos la más importante y grave de cuantas nos ha dejado Cartagena. Después de comparar el hombre afortunado al navegante que escapa felizmente del naufragio, dice:

Pues vemos, yerro segundo,
que el primero no atajemos;
con mi poco saber fundo
que dest'arte naveguemos
en el mar y mal del mundo,
Con esta carne robusta,
para bien o mal pasalle
Dios nos dio manera justa:
la libertad es la fusta,
la razón el gobernalle.

En estas barcas traemos
nuestras almas y passamos:
si a la fusta obedecemos,
es forzado que perdamos
lo que nunca cobraremos.
Y pues la vida es pasaje
que tan presto pasa y vá
aunque nadie no lo atage,
passar bien este viage
en el gobernalle está.

Detiénese a manifestar que el hombre obra siempre por su libre albedrío. Y añade:

Palabras son muy sabidas
que tenemos los mortales
en nuestras manos metidas
nuestras muertes, nuestras vidas,
nuestras culpas, nuestros males.

Y más adelante prosigue:

Ser hijo y consejador,
si al revés os paresciere,
mirad primero, señor,
que aquel os sirve mejor
que mejor consejo os diere.

Terminando de esta manera:

Quien de tan buena carrera
la mitad andado tiene,
mudar su vida y manera
para este mundo conviene,
quanto mas para el que espera.
Y aun por fama sostener
de vuestra discrecion tanta
y no la dejar caer;

pues la gloria del saber
al fin de gloria se canta.

Tal es el carácter de las poesías de don Alonso de Cartagena, siendo digno de lamentarse el que no aplicara su talento a otra clase de composiciones, más en armonía con la dignidad de que se hallaba revestido y con la índole de sus principales estudios. El obispo de Burgos, o no tuvo bastante fortaleza de ánimo para sobreponerse al espíritu de su época, o arrastrado por la común corriente, se contentó solo con unir su voz al concierto que entonaban sus coetáneos¹⁷⁸, perdiendo de vista que su ejemplo debía ser perjudicial a las letras y a las costumbres. Apenas puede esto concebirse, al recordar que era Cartagena el mismo prelado que tan alta reputación había adquirido en el Concilio de Basilea, logrando que Eugenio IV exclamase, al saber que se dirigía a la capital del mundo cristiano: «Por cierto que si el obispo de Burgos en nuestra corte viene, con gran vergüenza nos asentaremos en la silla de San Pedro.»¹⁷⁹

178 Para comprender perfectamente cuál era el espíritu que animaba la poesía docta (que bien pudiera también llamarse cortesana) en la época de que tratamos, nos parece oportuno poner aquí los títulos de las obras que más fama alcanzaron entonces. Garci Sánchez de Badajoz escribió el *Infierno de amor*, las *Lecciones de Job apropiadas a sus pasiones de amor* y las *Fantasías de amor*; don Diego López de Haro compuso *El Testamento de amores*; Luis de Vivero la *Guerra de amor*; Juan Rodríguez del Padrón los *Siete gozos de amor* y los *Diez mandamientos*; don Jorge Manrique dio a luz tres producciones tituladas la *Profesión*, la *Escala* y el *Castillo de amor*; Guivara escribió el *Sepulcro de amor* y el *Infierno de amores*; Álvarez Gato el *Desafío de amor*; Barba el *Combate de amor*; el comendador Escrivá el *Juicio de amor*, en prosa y verso; Vázquez el *Dechado de amor*; Nicolás Núñez las *Horas de amor* o los *Rezos de amor*; Salazar el *Pater noster de las mujeres*; pudiendo asegurarse que muy pocas composiciones escribieron (al menos que nosotros sepamos) estos autores, las cuales no tengan por asunto la hermosura o el desdén de alguna bella cortesana.

179 El P. Mariana, [*Historia general*](#), libro XXI cap. VI.—*Crónica de don Juan II* (Logroño 1519.)

X.

Tercera época. Siglo XV.

Johan Alfonso de Baena. Su Cancionero.

Goza de grande reputación entre los literatos el *Cancionero de Baena*; pero no todos los que han hecho apuntes para la historia de nuestra poesía han podido estudiarlo, ni menos darlo a conocer con la extensión debida. Estas circunstancias, hijas sin duda de no haberse dado a la estampa el referido Cancionero, al paso que han dejado en el olvido, cuando se ha escrito de nuestra literatura, a multitud de poetas dignos por cierto de figurar en nuestro parnaso, han sido también causa de que nada o muy poco sepamos ahora de la vida de aquel diligente judío que con tan noble afán consagró la mayor parte de sus días a reunir en un libro gran número de producciones de los más señalados poetas de su tiempo y aun de siglos anteriores. Y no han sido estos los únicos perjuicios que ha acarreado a la literatura española la apatía que hasta el siglo pasado dominó a nuestros eruditos, dejando desaparecer entre el polvo de los archivos los más preciosos tesoros. El *Cancionero de Baena*, apenas conocido de algunos curiosos, como otras muchas joyas inestimables de nuestra historia y de nuestra literatura, ha pasado al cabo los Pirineos para no volver más a la península, necesitando ahora mendigar al extranjero alguna incorrecta copia, si hemos de examinarlo y de apreciar las muchas bellezas que contiene¹⁸⁰.

Juan Alfonso de Baena, que merece ocupar un puesto distinguido en la historia literaria, dejó sin embargo en el prólogo que puso al *Cancionero* algunas noticias de su persona; siendo probable que fuese natural de Baena, villa populosa y rica de la provincia de Córdoba, fronteriza entonces del reino de Granada. En efecto; era costumbre de los tiempos medios y aun de los últimos siglos, hasta fijarse los apellidos, el adoptar tanto los nobles como los plebeyos, el nombre del pueblo en que nacían, siempre que se hallaban distantes de él o se hacían insignes por algún concepto; dando esto origen a no pocos ilustres apellidos que han honrado nuestra España. Así, pues, no parece aventurada la suposición de dar a Juan Alfonso de Baena por patria dicha villa, cuando milita a favor de esta creencia una costumbre tan autorizada y vemos al mismo Juan Alfonso tomar el nombre de *baenensis* en el prólogo del referido *Cancionero*. En el mismo dice, hablando de esta *Colección inestimable*:

«En el cual libro generalmente son escriptas e puestas et asentadas todas las cantigas muy dulces e graciosamente assonadas, de muchas e diversas artes. E todas las preguntas de muy sotiles invenciones, fundadas e respondidas; e todos los otros muy gentiles desires muy limados e bien escandidos e todos los otros muy agradables e fundados procesos e requestas que en todos los tiempos pasados fasta aquí ficieron e ordenaron e composieron e metrificaron el muy esmerado e famoso poeta, maestro e patron de la dicha arte, Alfon Alvares de Villasandino e todos los otros poetas, frailes e religiosos, maestros en Theologia e caballeros e escuderos e otras muchas e diversas personas sotiles que fueron y son muy grandes desidores e homes muy discretos e bien entendidos en la dicha graciosa arte; de los quales poetas e desidores aquí adelante por su orden en este dicho libro serán declarados sus nombres de todos ellos¹⁸¹ e relatadas sus obras de cada uno

180 Tenemos entendido que M. Michel, profesor de literatura española en el Colegio de Bordeaux, trata de publicar o ha publicado ya algunos pliegos de este precioso MS. Le damos la enhorabuena por tan acertado pensamiento y le invitamos a continuar dicha publicación hasta terminarla. El apreciable escritor don Eugenio de Ochoa posee también una copia del *Cancionero* que nosotros hemos examinado: mucho ganarían las letras si lo diese a luz en España, según ofreció en el prólogo que puso a las *Poesías inéditas del marqués de Santillana*, etc., publicadas en París en 1814.

181 Juan Alfonso de Baena comprendió en su *Cancionero* además de algunos de los poetas que mencionamos en el artículo anterior, otros muchos, cuyas obras son desconocidas e ignorados sus nombres en la historia de la literatura, sin que para esto haya otro motivo que el no haber salido a luz aquellas. Entre estos se cuentan indudablemente

bien por estenso; el cual dicho libro con la gracia e ayuda e bendiciones e esfuerzo del muy soberano bien, que es Dios nuestro señor, fiso e ordenó e compuso e acopiló el Judino Johan Alfonso de Baena, escribano e servidor del muy alto e muy noble rey de Castilla, don Johan nuestro señor, con muy grandes afanes e trabajos e con mucha diligencia e affection e grand deseo de agradar e complaser e alegrar e servir a la su gran Realesa e muy alta Señoría.»

Dedúcese de estas líneas que Juan Alfonso de Baena, escribiente o secretario de don Juan II, empleó mucho tiempo en recopilar las poesías que incluyó en el *Cancionero*, llevado del deseo de conquistar el cariño de aquel príncipe que por haberse declarado protector universal de los poetas de su tiempo, no dejaría de acoger gustoso la ofrenda del diligente rabino. Nótese también en ellas que Alfonso de Baena tenía formada la más alta idea del arte poética, y que aspirando el mismo al título de trovador, codiciaba la gloria de aquellos que con muy *dulces y gentiles desires* atraían sobre sí la admiración general de una corte que, como dejamos dicho en los anteriores capítulos, se hallaba entregada a los más extraños desvaríos, lisonjeando su pequeñez presente con fantásticos sueños de una felicidad que estaba muy lejos de ser verdadera. Colocado Baena en medio de aquel concierto, comprendía, sin embargo, que no era el lenguaje usado por sus coetáneos el lenguaje propio de la poesía, dando a ésta más importancia de la que realmente tenía en las antecámaras de los príncipes y magnates, y exigiendo a los que llevaban el nombre de poetas el *mens divini*, tan inculcado por el célebre preceptor de los Pisones. Oigamos, pues, la definición que hace de la poesía y veamos las cualidades que necesita, en su juicio, quien haya de cultivarla:

«El arte de la poetría e gaya sciencia es una escriptura e composicion muy sutil e bien graciosa. E es dulce e muy agradable a todos los oponentes e respondientes della e componedores e oyentes. La qual sciencia e avisacion e dotrina que della depende, es avida e rescebida e alcanzada por gracia infusa del Señor Dios que la da e la envia e influye en aquel o aquellos que bien e sabia e sutil e derechamente la saben facer e ordenar e componer e limar e escandir e medir por sus pies e pausas e por sus consonantes e sílabas e acentos e por artes sotiles e de muy diversas e singulares nombranzas. E aun assi mesmo es arte de tan elevado entendimiento e de tan sutil engennio que la non puede aprender nin haber, nin alcanzar, nin saber bien, nin como debe, salvo todo ome que sea de muy altas e sotiles invenciones, de muy elevada e pura discreción, e de muy sano e derecho juyzio, e tal que baya visto e oido e leydo muchos e diversos libros e escripturas e sepa de todos lenguages e aun que haya cursado cortes de reyes e con grandes señores e que haya visto e platicado muchos fechos del mundo. E finalmente que sea noble, fidalgo e cortes e mesurado e gentil e gracioso e polido e donoso e que tenga miel e azúcar e sal e aire e donaire en su razonar.»

Con dificultad podrá hallarse en la mayor parte de las *Artes poéticas*, escritas desde la innovación de Garcilaso hasta nuestros días, una definición más ingeniosa y comprensiva, ni un retrato más gracioso y exacto que el que ofrecen las preinsertas líneas. Cualidades exigía Juan Alfonso de Baena a los que hubieran de cultivar la poesía que si en nuestros tiempos fuesen de algún precio, a buen seguro que asediaran nuestro parnaso tantos copleros, desposeídos de toda instrucción y exentos por cierto de las demás prendas que menciona. Baena vivía, sin embargo, en el siglo XV y era un pobre judío. Pero volvamos a su *Cancionero*.

Hemos visto ya, por declaración del mismo Juan Alfonso de Baena, que se propuso este diligente converso recoger en un libro cuantos decires y cantigas *en todos los tiempos pasados* habían hecho los trovadores de Castilla, logrando de esta manera salvar del olvido no pocas

Alfonso Álvarez Villasandino, a quien con justicia llama *maestro e patrón de la poesía*, Ferrant Manuel del Lando, Diego Martínez de Medina, Suero de Ribera, Alonso de Moraña, Pedro González de Mendoza, Ferrant Pérez de Illescas, Ruiz Páez de Ribera, Gonzalo de Quadros, Juan de Viena, Ferrant Sánchez Calavera, el mariscal Pero García, Álvaro Ruiz de Toro, Garci Fernández de Jerena, Alonso Álvarez, Pedro Ferrús, don Gutierre de Toledo, don Juan de Tordesillas y otros varios que da a conocer Baena en su *acopilación*. El número total de los trovadores, de quienes este judío inserta composiciones en el *Cancionero*, es el de cincuenta y cinco; habiendo no pocos del siglo XIV, por donde viene a desvanecerse el error en que hasta ahora se ha vivido de que en dicho siglo tuvo la poesía pocos cultivadores dignos de estimarse.

producciones dignas por cierto de ser conocidas y estudiadas por nuestros críticos y nuestros literatos. También hemos manifestado en su correspondiente nota el número de trovadores, comprendidos en el *Cancionero*; y al apuntar sus nombres, habrán podido observar nuestros lectores que son la mayor parte de ellos poetas castellanos; por donde se acredita, como apunta el único historiador que ha examinado hasta ahora esta colección copiosísima, «la afición de los españoles de aquel siglo y de los anteriores a esta clase de poesía. Diez y ocho son los poetas que preceden en el *Cancionero* a Juan Alfonso de Baena, quien como apasionado a tan encantadora arte, quiso también dejar en aquel precioso libro varios testimonios de sus estudios poéticos. Las obras principales que compuso e insertó en él son, según el mismo las titula: *Las requestas de Johan Alfonso de Baena, los desires generales del dicho Johan Alfonso y los desires de los reyes que fiso el dicho Johan Alfonso*.

A la verdad, ofrecen la mayor parte de las composiciones de dichos poetas tanto interés que de buen grado nos detendríamos aquí a darlas a conocer individualmente, si el plan de los presentes *Ensayos* lo consintiera. Pero ya que no nos sea dable el satisfacer este natural deseo, por temor de traspasar los límites fijados, no creemos fuera de propósito el apuntar que muchas de las composiciones indicadas tienen algún interés histórico, refiriéndose unas a los personajes que más brillaron en la corte de don Enrique II, don Juan I, don Enrique III y don Juan II, y formando otras una especie de corona fúnebre de los tres primeros soberanos. La mayor parte de las poesías que contiene el *Cancionero* se reducen, no obstante, a celebrar la hermosura de algunas damas de la corte (y este es ciertamente el menor número), a descifrar toda clase de cuestiones, que con el nombre de *requestas* se proponían mutuamente aquellos trovadores y a solicitar en fin la protección de los magnates, de los infantes, del condestable don Álvaro de Luna, y aun del mismo rey don Juan II. Juan Alfonso de Baena aparece en todos estos terrenos, siendo verdaderamente uno de los más osados y firmes paladines de la poesía, y tal vez el que más triunfos alcanzara en aquel género de desafíos, donde se ponía a prueba cuanta sutileza era imaginable, valiéndose los contendientes de toda clase de argucias para sostener sus demandas. Pero antes de que ofrezcamos a nuestros lectores algunas muestras de estas composiciones, parécenos bien trasladar aquí algunos trozos de la que con el título de *desir*, dedicó Baena a la muerte del rey don Enrique III, acaecida en Toledo el año de 1407. Dicha composición, que en el *Cancionero* se halla acompañada de otras varias al mismo objeto, comienza de este modo:

El sol inocente con mucho quebranto
dexó a la luna con sus dos estrellas;
a muchos señores dueñas e doncellas
por ser fallecido los puso en espanto.
Por ende, señores, haciendo grant llanto,
en altos clamores, de densas querellas
a Dios e a la Virgen, lanzando centellas,
con grandes gemidos, fagamos su planto.

La reina muy alta, planiendo sus ojos
de lágrimas cubra su noble regazo;
las otras doncellas se fagan retazo
los rostros e manos e tomen e enojos.
Las sus vias sean por sendas dabrojos,
vestida con luto de roto pedazo,
las dueñas ancianas la tomen de brazo
e lloren con ella de preces e hinojos.

El poeta excita al infante, al condestable y a los próceres de Castilla a que se entreguen al dolor, y prosigue:

Los nobles maestros en Andalucía
fagan su llanto muy fuerte, sobejo,
e digan: «amigos sabet que el espejo
de toda Castilla que bien relucia
e tantas mercedes a todos facia
vos es fallecido», e tomen consejo,
juntando comunes de cada concejo,
e llore con ellos la grand clerecia.

Los otros señores asaz de Castilla,
llorando muy fuerte, se llamen cuitados:
vasallos, fidalgos, obispos letrados,
doctores, alcaldes con pura mancilla
aquestos con otros llamando mesylla;
e guayen donceles sus lindos criados,
pues quedan amargos, de lloro bastados:
con mucha tristeza irá esta cuadrilla.

Fagan grant llanto los sus contadores:
con ellos consientan los sus tesoreros,
porteros e guardas e sus despenseros
con estos reclamen sus recabdadores,
maestres de sala y aposentadores
e otrosi lloren los sus camareros;
también eso mesmo los sus reposteros
de estrados e plata, e sus tañedores.

En fin de razones, con poco consuelo
todos los dichos farán su devisa
de gergas e sogas, también de otra sisa
cabellos e barbas lanzar por el suelo
alzando clamores, cobiertos de duelo,
por ser mal logrado, segunt la pesquisa,
el rey virtuoso de muy alta guisa,
los llores e llantos traspasen el cielo.

Por las preinsertas estrofas habrán podido notar nuestros lectores que no eran el sentimiento 'y la ternura las dotes características de Juan Alfonso de Baena, así como no lo fueron tampoco de los demas poetas de su tiempo. El lenguaje, empleado en esta composición, carece por tanto del tono verdadero de la elegía, viéndose el poeta obligado a hacer vanas y triviales relaciones, ajenas de la situación y del asunto, para dar algún interés a sus versos. Pero esta falta de verdad poética no debe echarse en cara solamente al secretario de don Juan II: era común a todos los trovadores de aquella corte, que ejercitados con preferencia en las empresas amorosas y en las justas poéticas, de que hemos hablado anteriormente, cuidaban poco de dar a sus obras mas sencillo colorido y estilo mas conforme con los sentimientos que trataban de expresar en ellas. Sometido Baena a ley tan general, muy pocas veces logró producir el efecto que tanto codiciaba su campo natural era, sin embargo, la discusión; y como esta tenía ya determinados cánones, hubo de obedecerlos con tanta exactitud que entre los mas celebrados ingenios, llegó a alcanzar señaladas victorias. Una de estas contiendas fue sostenida contra el poeta sevillano Ferrand Manuel de Lando y contra Ferrand Pérez de Illescas, que no alcanzaban en la corte de don Juan II menos fama de sutiles trovadores. Baena, se dirige al rey antes de entrar en la palestra, en esta forma:

Señor alto, rey de España,
pues Illescas, viejo e cano,

e Manuel, el sevillano,
 amos tienen de mi saña;
 con mi lengua de guadaña,
 magüer tengo fea vista
 e non só gran coronista,
 juro a Dios que yo los vista
 de paño de tiritaña
 e veamos quién regaña.

Después, variando de metro, ya en otra composición, habla al conde don Fadrique y a don Álvaro de Luna, a quienes habían elegido por jueces los contendientes, en los siguientes términos, apareciendo el nombre de Villasandino en lugar del de Illescas:

Señores discretos a grant maravilla
 el muy noblescido conde don Fadrique,
 primo del muy alto, el rey don Enrique
 que yace en Toledo en rica capilla.
 E vos muy leal, sin otra mansilla,
 lindo e fidalgo, Álvaro de Luna,
 fecho e crianza sin dubda ninguna
 del rey poderoso de muy alta silla.

.

Señores; sostiene quistion e rensilla
 el muy sabio grande de Villasandino,
 también el fidalgo poeta muy dino
 Ferrand Manuel, gentil de Sevilla,
 conmigo Baena, persona chiquilla;
 por ende vos nobles, graciosos cortesés
 seredes los jueces daquestos pleiteses,
 oyendo sus metros en esta grant villa.

La cuestión entre Baena y Ferrant Manuel de Lando se reduce a declarar cuál es el mejor y el preferible de los sentidos corporales, decidiéndose por el tribunal que era la *vista el seso mas necesario* y adjudicándose a Baena una *quirlanda de muy lindas flores*, al propio tiempo que se absolvía de las *costas a la parte adversa, por haber tenido razón en la contienda*. La sostenida contra Villasandino presenta un asunto análogo, no pareciendo quedar satisfecho Baena del resultado de entrambas lides, pues que terminadas estas, rogaba al rey y al Condestable que se sacaran copias de sus versos y de los de sus contrarios, a fin de que el mismo rey fuese juez arbitro entre ellos y *declarase quién de los tres era el más sotil poeta*. Otras muchas contiendas entabló Juan Alfonso de Baena, fiado en la sutileza de su ingenio y en su práctica en el arte de metrificar, llevándole esta confianza hasta el punto de replicar a Juan García de Ria, despensero del rey, que le incitaba a contender con él, en esta forma:

Pues mi lengua es barrena
 que cercena
 cuanto falla, según vedes,
 mal facedes
 en picar así en mi vena.

Los mas famosos desafíos poéticos fueron, sin embargo, los que hizo Baena a los mariscales Pero García y Diego de Estúñiga, en los cuales hubo de mediar el mismo rey, nombrando por juez arbitro a Pezo López de Ayala. Para hacer más pública la contienda emplazó el laborioso converso a todos los trovadores de la corte, invitándoles a oír la sentencia de Ayala, que tal vez no sería tan favorable a Baena, como él se había prometido, cuando no la inserta en su *Cancionero*. Otras

muchas *requestas* escribió el secretario de don Juan II, para probar su habilidad en el arte de la *poetría*: entre las más notables controversias, propuestas a diferentes trovadores, merecen llamar la atención las que dirige a don Juan de Guzmán y a Álvaro de Cañizares: la primera se reduce a discutir sobre cuál es más poderosa, si la voluntad o la razón; la segunda a resolver si un hombre que tuviese tres cualidades buenas y tres malas, podría ser reconocido por las mismas. A fin de que comprendan nuestros lectores el carácter y la forma de estas discusiones, verdaderamente escolásticas, trasladaremos a este lugar la primera. Juan de Baena dice:

Señor Valentino, diz que el papagayo
es mas generoso que non gavilan;
así vos el noble e lindo don Juan
sois mas gracioso que flore de mayo.
Alegre vivades sin otro desmayo
e siempre vos guarde la virgen María,
para que floresca la nuestra alegría
con alta excelencia de muy alto rayo.

Señor, yo leyendo en mi Clementina
fallé una dubda de grant sotilesa:
por ende soplico a vuestra noblesa
que la remiredes por ser pelegrina.
E que leyendo la grant Pastolina,
me dedes notable, famosa respuesta
a una cuestión de yusso propuesta,
guardando las causa de vuestra Ambrosina.

Finida.

Señor, yo demando pregunta fermosa
¿cuál es mayor e mas poderosa
voluntad o rasson? solucion famosa;
vos pido respuesta por lengua ladina.

He aquí la contestación de D. Juan de Guzmán:

Invencion dilecta a guisa de gayo
veo que se fase, según don Tristan
en la grant floresta del noble rey Wan,
poniendo los fechos según Guimen Cayo.
Diré retratando del salmista ayo
que fuistes igual en sabiduria
vos, noble amigo, de grant poetria
ca vuestra voz suena en grant desacayo.

Amigo discreto, estimando en digna
palabra muy buena de gran profundesa,
fallé una diction que por ylidesa
declaraba en sí respuesta muy fina.
De vuestra pregunta muy clara e aina,
según la palabra de como esta puesta,
luego vos digo sin otra compuesta,
poniendo mis fechos en alta regina.

Finida.

Amigo, respondo a la vuestra prosa
que mas, es potente voluntat raigosa

que non la rason buena o dubdosa,
según que lo fallo en diction benigna.

Juan de Baena que usó de multitud de metros en sus composiciones, decía a Alvar Ruiz de Toro, respondiendo a un *discor* de éste.

Muy alto, benigno,
pues este cohino
está muy canino
e busca requesta,
senor, determino,
si anda el malino,
que el mi torbellino.
le dé mala fiesta.

Ca él se confiesa
en lo que procesa
por arte confesa
de las de Abravalla
que lo pon en priesa,
e mal lo remesa
mi lengua profesa
por arte de talla.

Pues juro sin arte
al rey Lisuarte
que luego lo encarte
en pocos renglones;
e digo al picarte
que yo le descarte.

.
.

Ca tengo despecho
del vil contra-fecho
que non guard derecho
en eso que resa.
Por ende del fecho,
sin otro cohecho,
al mango rehecho,
pues ora se besa.

.

Señor mas diria
de su astrosia
e vil poetría
en cuanto rasona;
mas yo non quería
con esta ave fria
poner en valia
mi rica atahona.

No puede ser mas agria la censura.

Uno de los poetas cuyas obras menciona Baena en su Cancionero, es el judío Rabbi Mosséh, cirujano del rey don Enrique III: ninguna otra circunstancia de su vida se deduce, al examinar la colección expresada; siendo probable que fuera este desciente de Judá comprendido en la desgracia

que acarrió a don Mayr, médico del mismo rey, la temprana muerte de don Enrique. Sea como quiera de esto, parece indudable que Rabbi Mosséh gozó de algún favor en el palacio del rey de Castilla, cuando en 1405 nació en la ciudad de Toro el príncipe don Juan; pues que al mismo tiempo que Micer Francisco Imperial, Diego de Valencia, Bartolome García de Córdoba y otros ingenios celebraban aquel acontecimiento, consagró sus versos a festejar el nacimiento del indicado príncipe. Rabbi Mosséh se expresaba en estos términos:

Una estrella es nacida
en Castilla, reluciente:
con placer toda la gente
roguemos por la su vida.

De Dios fue muy venturoso
aquel día, sin dubdanza,
en cobrar tal alegranza,
deste rey tan poderoso.

Por merced del pavoroso
este señor que cobraste,
Castilla, que descaste
noble rey e generoso.

De reyes de tal natura
ciento en toda partida
de realesa complida
non nació tal criatura.

Con beldat fermosura
non es visto en lo poblado,
nin tan bien aventurado:
Dios le dé buena ventura.

A Aragón e Catalueña
tenderá la su espada
con la su real mesnada:
Navarra con la Gascueña
tremerá con gran vergüeña;
el regno de Portugal
e Granada otro que tal,
fasta allende la Cerdeña.

Despues, variando de metro, prosigue:

Salga el leon que estaba encogido
en la cueva pobre de la gran llanura:
mire florestas, vergeles, verdura;
muestre su gesto muy esclarecido:
abra su boca et dé gran bramido
asy que se espanten cuantos oyrán
la vos temerosa del alto Soldan
e goze del trono de que es proveido.

El águila estraña trasmude su nido
e pase los puertos de la grant friura,
del valle rompiendo la grant espesura
asiente en la casa del fuego escondido:
visite el grant poyo enfortalecido,

pueble los campos e selvas del pan,
coma en la mesa dó comen e están
millares de bocas, sin cuento sabido.

En las siguientes estrofas continuaba explanando esta metáfora muy propia por cierto del gusto literario de su tiempo y que por otra parte da a conocer la índole de sus primitivos estudios. Toda la composición de Mosséh Zurgiano, que así se le denomina en el *Cancionero*, respira cierto orientalismo, hijo sin duda de la poesía arábiga y de la poesía hebraica, que tanta influencia tenían en la castellana. Los versos de *maestría mayor* nos parecen, sin embargo, de mayor mérito que los octosílabos; lo cual puede atribuirse sin duda a que se hallaba aquella metrificacón más puesta en uso y a que guardaba más analogía que otra alguna con la empleada por los escritores rabínicos en todas sus poemas, como en otro lugar dejamos ya observado.

Entre las demás producciones que el *Cancionero de Baena* contiene, debe llamar la atención la *Respuesta* que dieron los *rabbíes* de Alcalá a la cantiga de Pero Ferrus, probando que eran aquellos entendidos en el arte poética y que poseían la lengua castellana con la misma perfección que los demás trovadores de la época de don Juan II. Para que puedan nuestros lectores juzgar de esta composición, parécenos oportuno trasladarla a este lugar, copiando también la cantiga de Ferrus, concebida en estos términos:

Con tristeza e con enojos
que tengo de mi fortuna,
non pueden dormir los ojos,
de veinte noches la una.
Mas desque a Alcalá llegué,
luego dormi et ffolgué,
como los niños en cuna.

Entre las signogas amas
estó bien aposentado,
dó me dan muy buenas camas
e plaser e gasajado.
Pero cuando vyene el alva
un rabbi de una grant barba
oygolo al mi diestro lado.

Mucho en antes que todos
vyene un grant judío tuerto
que en medio daquesos lodos
el diablo lo oviese muerto;
que con sus grandes bramidos
ya querrían mis oydos
estar allende del puerto.

Rabbi Jehudah el tercero,
do posa Tello, mi fijo,
los puntos de su gargüero
mas menudos son que mijo.
E tengo que los baludos
de todos tres ayuntados
derribaryen un cortijo.

La respuesta de los rabíes es como sigue:

Los rabíes nos juntamos,
Per Ferrus, a responder;
e la respuesta que damos,

queredla bien entender.
 E desimos que es probado
 que non dura en un estado
 riqueza nin menester.

Pues alegrad vuestra cara
 e parad de vos tristessa:
 a vuestra lengua juglara
 non le dedes tal probessa.
 E aun creed en Adonay:
 quel vos sacará de ay
 e vos dará grant riqueza.

El pueblo e los hasanes,
 que nos aquí ayuntamos,
 con todos nuestros afanes
 en el Dios siempre esperamos
 con muy buena devocion
 que nos lleve a remission,
 porque seguros vivamos.

Venimos de madrugada
 yuntados en grant tropel
 a faser la matinada
 al Dios Santo de Israel,
 en tal son, como vos vedes,
 que jamas non oyredes
 ruyseñores en vergel.

Inserta también Juan Alonso de Baena en su precioso *Cancionero* varias composiciones poéticas, que si bien son debidas a trovadores cristianos, tienen estrecha analogía con los descendientes de Judá. Las más notables son los *desires* que hizo Alfonso Álvarez de Villasando contra Alfonso Fernández Semuel, judío que a los cuarenta años abjuró de sus creencias y fue *el más donoso loco que ovo en el mundo*. También fray Diego Valencia de León, maestro en sagrada teología, escribió dos *desires*, dirigidos, el primero al converso Juan de España, y el segundo a don Simuel Dios-ayuda, judío rico de Astorga, llamado García Álvarez Delcon, después de abrazada por él la religión cristiana. El erudito don José Rodríguez de Castro copia en su *Biblioteca española* el *desir* en que Villasandino hace el testamento de Fernández Semuel, el cual principia de este modo:

Amigos, cuantos ovistes
 plaser con Alfon en vida,
 de su muerte tan plañida
 sed agora un poco tristes;
 o reid, como reistes
 siempre de su desatento,
 oyendo su testamento,
 quizá cual nunca lo oistes.

Testamento et codecillo
 ordenó como cristiano
 e mandó Juego de mano
 mandas de muy grant cabdillo.

Que le fagan un lusillo,
 en que sea debujada

toda su vida lastrada,
sus correncias e omecillo.

Y termina, después de disponer burlescamente de todos los bienes que le supone, del siguiente modo.

Face su testamentario,
para cumplir todo aquesto,
un judío de buen gesto
que llaman Jacob Zidario;
al cual deja su sudario
en señal de cedaqua¹⁸²,
porque reze tefilá¹⁸³,
cuando sea en su fonsario.

El decir que dirigió F. Diego de Valencia de León al converso Juan de España, es notable, por contener una sátira bastante picante contra los casados. Dice así:

Johan de España, muy gran saña
fue aquesta de Adonay¹⁸⁴,
pues la aljama se derrama
por culpa de Barcelay¹⁸⁵.

Todos fuemos espantados¹⁸⁶
maestros, rabies, cohenim¹⁸⁷
ca les fueron sus pecados
de este sofar ahenim¹⁸⁸.

Pues quien non tiene becim¹⁸⁹,
quiso infinita faser,
hora finque por mansel¹⁹⁰,
pues tan mal pertrecho tray.

E los sabios del Talmud,
a que llaman cedaquim¹⁹¹,
disen que non ha salud
el que non tiene becim.

Antes tienen por royn
el que non trae milá¹⁹²:
quien non puede babelá¹⁹³
non le cumple matanay¹⁹⁴.

182 Santidad.

183 Oración.

184 Dios.

185 El Demonio.

186 Según se deduce de estos dos versos, fray Diego de Valencia era también converso.

187 Doctores, sacerdotes.

188 Desde el sabio hasta los necios.

189 Puede traducirse *virilidad*.

190 Pechero.

191 Santos o piadosos.

192 Abundancia.

193 Casarse.

194 Arra.

Fallamos en el pellim¹⁹⁵
 por pezuquen¹⁹⁶ e por glosa,
 el que non tiene becim
 non tome mujer fermosa.

E pues vos en esta cosa,
 non quisistes el caham¹⁹⁷
 yredes con el quehynam¹⁹⁸
 con la ira de Saday.¹⁹⁹

Barcelay²⁰⁰ en este fecho
 contra vos fue el magual²⁰¹,
 e non corría por derecho
 la rueda de guygal²⁰².

Sofar²⁰³ fino, natural
 nos dirán, e conadat²⁰⁴
 pues se fiso mi somat²⁰⁵
 vuestra mujer por tanay²⁰⁶.

De mayor mérito es el *desir* en que el mismo fray Diego Valencia pide *ayuda e limosna a don Simuel Dios-ayuda*, conocido entre los cristianos con el nombre de Garci Álvarez; pareciéndonos conveniente el trasladar aquí algunas estrofas, ya que hemos insertado los versos anteriores y que este poeta puede indudablemente reputarse como de raza hebraica:

Loar vos querria en arte de trobas,
 señor don Simuel, por vuestra nobleza
 e non con malisia nin por sotileza,
 por que vos me dedes reales, nin doblas;
 sinon solamente por las vuestras obras
 que son cimentadas en grant cortesia
 et contra natura de la judería,
 en todos los fechos llevades sozobras.

.

Creo que naciste en signo de leon,
 e Júpiter era el su ascendente,
 cuando concebido fuestes en el vientre,
 contados los puntos de la conjuncion.
 Synifica esto vuestra condición,
 pues sodes muy franco dador, sin dubdanza;
 e Mars ovo parte en vuestra juntanza,
 pues sodes ardido, de grant corazón.

195 Libro admirable de juicios.

196 Versistas.

197 Levantar, subsistir.

198 El Diablo.

199 Del Dios inmenso.

200 El Demonio.

201 La podadera.

202 El orbe.

203 Sabio.

204 Agudeza.

205 Postura.

206 Merced.

Si fue por natura o por accidentes,
 sabed, don Simuel, en toda manera
 que sy mas seguides por esta carrera,
 que nunca fue tal en vuestros parientes,
 pueden vos llamar con razón las gentes
 de Dios demandado, segunt Simuel,
 o Fanec llamado de los de Israel
 Juzaf, salvador de muchos pedientes.

Muchos son llamados por un solo nombre
 que su buen-andanza non es sola una
 cá son desyguales en toda fortuna,
 pues uno es vil, el otro es muy noble.
 Non fas la ventura ser rico nin pobre
 sinon solamente las buenas costumbres;
 vileza fue causa de las servidumbres
 nobleza demuestra fidalgo-rico-hombre.

Es indudable que fray Diego Valencia de León aparece más digno de elogio en los versos de *maestría mayor*, si bien entrambas composiciones ofrecen bastante interés para nuestro propósito, pues que dan a conocer las estrechas relaciones que existían entre judíos y cristianos, poniendo al par de manifiesto el mérito de las obras poéticas que el *Cancionero de Baena* contiene. Habiéndonos extendido en el presente capítulo algún tanto con este objeto, expondremos en el siguiente nuestro juicio respecto a esta *Colección* preciosa.

XI.

Tercera época. Siglo XV.

Continúa el examen de los escritores del reinado de D. Juan II. Juan, el viejo. Fray Alonso de Espina. Remon Vidal de Besaduchen. Mosseh Zarfati. D. Jahacob Zadique de Uclés.

Consagramos el anterior capítulo a dar a conocer las poesías que el *Cancionero de Johan Alfonso de Baena* contiene, ya relativas al proscrito pueblo hebreo, ya debidas a los judíos que más distinciones gozaban en la corte de don Juan II. Del examen detenido de aquellas composiciones poéticas se desprenden, en nuestro concepto, las más palmarias pruebas de cuanto llevamos observado respecto de la literatura del siglo XV. Presentan algunas veces brillantes y naturales gracias; reflejan otras no poca riqueza de colorido y ostentan casi siempre gran variedad de metros, manifestando los adelantamientos que había hecho ya el arte poética. Pero no son producto de la espontaneidad del sentimiento ni dan en su conjunto, para valernos de la expresión de un escritor contemporáneo, la más alta idea del gusto, ni del talento poético de sus autores.

«Los felices ingenios de aquella época (prosigue William Prescott al bosquejar el cuadro que presentaba la civilización española por aquellos tiempos) erraron el camino de la inmortalidad. Desdeñando la natural sencillez de sus mayores, pensaron excederles ostentando erudición y procurando formar una lengua más clásica. Lo último lo consiguieron: mejoraron mucho las formas exteriores de la poesía, ofreciendo sus obras un alto grado de perfección literaria, comparadas con las precedentes. Pero sus conceptos más felices están por lo común envueltos en una nube de metáforas que los hace ininteligibles.»

Este juicio, tan conforme con las observaciones que en la introducción al capítulo IX del presente Ensayo expusimos, se adapta grandemente a las producciones poéticas, en el *Cancionero de Baena* comprendidas. Ni era posible que las obras recopiladas por aquel erudito converso se sustrajesen a la ley común que entonces dominaba a las letras, cultivadas por una corte dada a un excesivo y descaminado fausto para olvidar la desnudez y falta de virilidad en que vivía. Sin embargo, como insertó también el secretario de don Juan II en su precioso *Cancionero* obras debidas a no pocos poetas del siglo anterior, bueno será advertir en este sitio que muchas de las producciones que contiene, se hallan fuera de las observaciones referidas y del juicio de William H. Prescott, quien no se detuvo, por el carácter propio de sus tareas, a notar esta importante diferencia. El *Cancionero de Baena* es por estas razones doblemente digno del examen y aprecio de los eruditos; debiendo ser considerado como uno de los mas estimables monumentos de nuestra historia literaria. Juan Alfonso de Baena merece, en fin, las alabanzas de su posteridad, no tanto por haberse consagrado con el más vivo entusiasmo al culto de las musas castellanas, cuanto por haber tenido la feliz idea de reunir en un solo volumen tan apreciables obras poéticas. Lástima es que para estudiarlas ahora en su original, sea necesario el pasar a extrañas tierras y mendigar el beneplácito de los que sin escrúpulo alguno las arrebataron, con otras muchas preciosidades, de nuestro suelo.

Entre los escritores de la época de don Juan II, deben también distinguirse dos conversos que dedicados a estudios más graves se manifestaron no menos doctos que los hijos de don Pablo de Santa María, de quienes nuestros lectores tienen ya abundantes noticias. Era el uno Juan el Viejo, autor que citan Pérez Bayer y don Nicolás Antonio, sin dar cabal idea de sus producciones; y llamábase el otro fray Alonso de Espina, personaje bastante conocido en la historia de España, por haber acompañado al suplicio a don Álvaro de Luna. Nació el primero en Villamartín a mediados sin duda del siglo XIV, y convencido de los errores del judaísmo, abrazó la religión cristiana, al escuchar la inspirada voz de S. Vicente Ferrer, dedicando sus esfuerzos desde entonces en defensa de la verdad evangélica. Había este converso sido uno de los más señalados doctores de la ley mosaica, distinguiéndose entre los rabinos toledanos por la severidad de sus doctrinas y la

austeridad de sus costumbres. Cristiano ya, hízose notable por su ardiente celo, y escribió un libro intitulado *Memorial de los misterios de Christo*, para dar prueba a los católicos de su acendrada fe y para mostrar a los judíos la necesidad de abjurar los errores en que vivían.-Este libro, que fue escrito según el mismo Juan el Viejo afirma, el año de 1416 en la ciudad de Toledo, cuando era ya de edad avanzada, se divide en diez y siete capítulos de corta extensión, en los cuales resalta mucha y sazónada doctrina. Escribió también Juan el viejo otro tratado con el título de *Declaración del Salmo LXXII del Salterio*, obra en donde se mostró tan erudito y versado en el estudio de los libros sagrados de la Biblia que no deja, con su lectura, duda de ningún género de haber sido uno de los más doctos rabbíes de su tiempo. Juan el Viejo reúne a estas dotes mucha fuerza de lógica en la manera de presentar las cuestiones; y como avezado ya a las disputas y contiendas talmúdicas, se ostenta a veces como diestro argumentante. Para que nuestros lectores puedan apreciar el mérito de las obras que dejamos citadas, copiaremos aquí el capítulo VI del *Memorial de los misterios de Christo*, en que habla de Isaías y de los demás profetas que trataron de la Virgen. Dice así:

«Los christianos alumbrados del Senyor, nuestro Salvador, fallan todas las profecias cumplidas en el nuestro Senyor Christo; e los judíos non tienen otra esperanza, nin otra consolacion, salvó verná el Mesyas e él los librará; e los moros dicen cá fijo de María es fijo de Dios. Otrosy dicen los moros que en el día del juicio, él ha de juzgar los vivos e los muertos; e pues árboles que dio fruto que todos los nascidos tienen su esperanza en él, e salvo que el christiano come cada día dél e goza con él, e el judío espera comer dél, e el moro tañe en el fruto e non come, cá non tiene la fe e creencia, salvo que conosce que era Mesyas; razón es de alabar e dar gloria e amar a tan santo árbol que es esperanza de los vivos e de los muertos; e con razón dice David en el su salmo LXXXVII: gloriosas cosas son dichas de ti, cibdat de Dios. Bien podemos decir a la madre de Dios cibdat de Dios; e yo antes que comenzase a declarar la profecia que es dicha della, quise adelantar algo de su alabanza, la qual lengua non puede fablar, ni corazón pensar quanto debemos decir e alabar a la Virgen gloriosa Santa María que es árbol de vida e consolación a los vivos e a los muertos, e dar muchas gracias a mi Señor Jesucristo, su hijo bendicho, que me llegó en mi vejez a tiempo que fablase en su alabanza, seyendo criado en tiniebra, comiendo en el árbol de Eva, e pido a la Santidad, que ella que es madre de piedad e Reyna de los angeles, sea mi abogada ante su glorioso fijo Jesucristo, fijo de Dios vivo, que me querrá recibir en el su santo reyno, partiendo de este siglo, segunt mi edad de aquí a poco tiempo. Vengamos al propósito, fallará que las profecias, así como profetizaron del fruto glorioso, así profetizaron del santo árbol que lo trajo, e profetizó Esaías de la Virgen gloriosa, segunt le dijo el ángel a Joseph, quando le apareció e le dixo: sepas Joseph, que María tu esposa, ha concebido de Espíritu santo, e parirá fijo, e llamará su nombre Jhs, que quiere decir salvador, ca él salvará su pueblo de sus pecados, porque se cumpla lo que es escrito de parte de Dios por el profeta; e que la virgen parirá fijo, e será llamado su nombre *Jimmanuel* que quiere decir *Dios con nosotros*. E dice luego el verso siguiente: *manteca e miel comerá por su saber, e aborrecerá el mal, e escogerá el bien*; e el comer se toma aquí por doctryna, así como fallamos que dice Salomon en el libro de los probervios: *andat comed de mi pan, e bebet de mi vino*; que lo dize por deprender su doctrina; e otrosy *manteca e miel comerá*, quiere decir que su doctrina es manteca, e miel toda caridad, e toda piedat e toda misericordia que ovo en el señor. Dize después *por su saber aborrescerá el mal e escojerá el bien*: dixo el profeta por su saber para dar a entender por su saber, como Dios, e no enseñado de otro segunt se dirá en su título. Otrosi entendiesen manteca e miel, el qual ha de cumplir la vieja ley, e la nueva ca ley es comparada a miel e manteca. Dicelo Davit Salmo XIX; otro si Salomon en el *Cantico canticorum*.»

Así explica el segundo verso del Salterio en la *declaración del Salmo LXXII*:

«Juzgará el tu pueblo con justicia e los tus pobres con juicio. Justicia es una virtud general, que es dar a cada uno segunt meresse galardón al bueno e pena al malo; e aquí profetizó Davit que el nuestro Salvador Jesuchristo ha de juzgar el día del juicio a quantos nasceren, vivos e muertos, según lo dice el profeta Joel capítulo IV: *yo ayuntaré todas las gentes* en el val de Josaphat, *e hi las juzgaré*. Otrosy el profeta Sofonias, capítulo III, decia del pueblo: *enmendatvos antes que venga el*

día del juicio, que ayuntaré las gentes e todos los reynados e daré a cada uno, según sus obras. E otrosy podemos decir que en estos dos versos primero que dixo: *Senyor, los tus juicios da al rey* e el segundo que dice: *juzgará el tu pueblo con justicia*, profetizó Davit de lo que dixo nuestro Senyor Jesu-Christo a sus apóstoles: *dado es a mi poder en el cielo e en la tierra*; ca dio la divinidad a la humanitat poder de juzgar los vivos e los muertos, ca es Dios e ome.»

No creemos necesario el trasladar otros pasages, para dar a conocer el espíritu que animó a Juan el Viejo, al escribir los dos tratados que dejamos citados y los conocimientos que le adornaban. El lenguaje empleado por este fervoroso converso, aunque no es tan elegante como el de las obras de Alvar García y Alonso de Cartagena, que florecían a la sazón, iguala en sencillez y en pureza al usado por otros escritores del mismo tiempo. El código²⁰⁷ que contiene los referidos libros, es por esta causa un precioso documento de nuestra historia literaria y merece la estimación de los que se consagren a examinar los progresos hechos por la lengua castellana en el siglo XV. Juan el Viejo, que tanto calor mostró en defensa del cristianismo, acabó sus días, en medio de las distinciones y los honores que dispensaron a su mérito los prelados de Castilla.

Más nombrado y acariciado por el clero y aun por la corte de don Juan II, fue fray Alonso de Espina, religioso del orden de menores observantes, que antes de convertirse al cristianismo, era uno de los más doctos rabbíes de su tiempo. Abrazada la religión católica, llegó a ser rector de la Universidad de Salamanca, honra reservada entonces al más alto mérito; y cuando contaba ya una edad avanzada, fue nombrado para una de las plazas de la tabla del Consejo supremo de la Inquisición, merced al odio que desplegó contra el pueblo hebreo, combatiendo, ya por medio del púlpito en que gozaba de gran prestigio y nombradía, ya por medio de sus escritos, los errores de la religión judaica. Con este propósito compuso una obra latina que terminó, según expresa el mismo, en 1458; dándole por título *Fortalitium fidei*, en la cual al mismo tiempo que acreditó una erudición extraordinaria, dio a conocer que no perdonaba medio alguno para confundir y exterminar a la grey a que debía su existencia. El laborioso don José Rodríguez de Castro, da en su *Biblioteca española* los siguientes pormenores acerca de este libro, que anda bastante estimado²⁰⁸ por la escasez de ejemplares en manos de los eruditos y bibliógrafos. Dice del siguiente modo:

«Esta obra, cuyo objeto es impugnar el judaísmo, descubriendo las astucias y perversos ardides, de que se valen los judíos contra los cristianos, se compone de doce consideraciones, repartidas en cinco partes o libros. El primero trata de las armas espirituales que tienen los cristianos contra los judíos, de las cuales deben usar los predicadores evangélicos; del mejor modo de predicar la palabra divina; de la nobleza y excelencia de la fe católica; y del cumplimiento de las profecías antiguas acerca del Mesías, en nuestro Señor Jesu-Christo. En el segundo habla del origen, naturaleza y progresos de cada una de las catorce herejías que se conocían en su tiempo; y trata largamente de la confesión sacramental y de la absolución de los pecados. En el tercero trae los argumentos de los judíos contra los cristianos en materia de religión; refiere varias insulseces de los mismos judíos; cuenta las calamidades que han padecido; la ruina de Jerusalén; los destierros de los judíos de los países de los cristianos; sus castigos; su futura conversión y la venida del Anti-Christo.

207 Este curioso documento era por los años de 1780 propiedad del colegio de Madre de Dios de teólogos de la universidad de Alcalá de Henares. En el citado año lo copió con suma diligencia y esmero el ilustrado sacerdote don Francisco de la Cuerda, habiendo llegado a poder del erudito bibliólogo don Benito Maestre, quien antes de su fallecimiento nos lo facilitó para su examen. El código original habrá ido probablemente a engalanar alguna biblioteca extranjera.

208 Sin embargo de ser ya demasiado rara, se han hecho de esta obra varias ediciones: la más antigua, que tenemos a la vista, es del año 1485 hecha a expensas de Antonio Koberger: imprimióse después en Nuremberg en 1494, y más adelante se volvió a publicar en León de Francia, bajo la dirección de fray Guillermo Totano, del orden de predicadores, el año de 1511. En 1525 volvió nuevamente a darse a la estampa en la misma ciudad. Citan el *Fortalitium fidei* en su *Historia de España* el P. Juan de Mariana; en su *Biblioteca de los escritores religiosos observantes* fray Lucas Wandingo; en su *Apparatus sacer*, en su *Biblioteca hebrea* Wolfiio; en su *Historia literaria de los escritores ectasiásticos* Guillermo Cave, haciendo también mención de ella los celebrados escritores Bartoloccio, Ricardo Simon y Juan Enrique Mayo, el hijo.

En el cuarto pone la vida de Mahoma; describe su secta; impugna su doctrina; expone los dogmas de la religión cristiana; y refiere las guerras que ha habido entre los cristianos y los moros desde el tiempo de Mahoma. En el quinto trata de la existencia de los demonios, su orden, diferencia, régimen, odio que tienen a los cristianos, tormentos que padecen y lugar que habitan.»

Fray Alonso de Espina, a pesar del empeño que muestra en poner de manifiesto las aberraciones de los judíos, en lo cual se ostentó a veces como hábil ergotista, es más apreciable cuando narra los hechos que cuando combate las doctrinas. Así merecen, en nuestro juicio, la preferencia sobre los demás libros el tercero y cuarto del *Fortalitium fidei*, en los cuales, como indica Rodríguez de Castro, cuenta las vicisitudes sufridas hasta su época por el pueblo hebreo y da a conocer la vida de Mahoma y los progresos que hizo su secta hasta extenderse por todo el mundo e inundar nuestra España. En el libro tercero que se divide en doce consideraciones²⁰⁹, son notables la séptima, novena, décima y undécima bajo el aspecto que dejamos indicado. Considera Espina al hablar de *estatu judeorum in Castella*, las leyes que se habían dictado para tener a raya a la raza proscrita; y con este motivo inserta el ordenamiento de la reina Catalina y de don Fernando, el de Antequera, de que ya tienen noticia nuestros lectores, y prosigue manifestando que a pesar de la severidad de esta y otras disposiciones de los reyes y prelados, en ninguna o en pocas cosas se veían aquellas cumplidas. Trata de probar que los judíos de España recibían mayores consideraciones por parte de los cristianos que los de otros reinos, en especial los de Francia e Inglaterra, en donde hacían vida de cautivos, por lo cual merecían el título de ingratos; y para dar a conocer completamente el estado y condición de los judíos de Castilla, dice de este modo:

«In hoc ergo regno judeorum non gravatur captivitas, cum ipsi terræ pinguedinem edant et bona: non laborant terram, nec eam defendunt. Sed malitiis et astutiis suis labores christianorum devorant et eorum sunt bonorum heredes, sicut de eis scriptum est (Jeremiæ cap. 5.º vers. 27): *Sicut decipula plena avibus, sic domus eorum plena dolo: ideo magnificati sunt et ditati. Incrassati sunt et impinguati*. Sic ergo prodities et mala judeorum, ut dictum est, transeunt sine pena et peccatis exigentibus sæpe in regno isto aliqui ipsorum nimis valent cum regibus, et ea quæ ad reges pertinent, pertractant; et talibus se immiscent quod habent sub iugo et dominio christianos. Et ideo in regno isto temporibus fere omnibus obtinent privilegia juxta velle, sæpe etiam in domo regia, et unus magnus miles vel plures qui eorum est advocatus et defensor a quocumque accusante. Et sic cæci judei cocos efficiunt christianos regni istius. Et inde accidit proverbium antiquorum: *vidistes hic cæcum qui videntem excæcavit*. Cum tamen scriptum sit, Proverb. 19: *Non decent stultum divitiæ, nec servum dominari principibus*.»²¹⁰

No creemos necesario seguir copiando, para que puedan formar juicio nuestros lectores del espíritu que guió la pluma de fray Alonso de la Espina, al escribir su *Fortalitium fidei*. Cuanto

209 Estas consideraciones son: primera sobre la ceguera de los judíos; segunda, de su parentela, según el *Talmud*; tercera, de sus creencias; cuarta, quinta y sexta de la guerra que hacen los judíos a la fe cristiana; séptima de la crueldad de los judíos; octava de la fatuidad y orgullo de los mismos; novena de las cuatro veces que habían sido desterrados ya de la tierra Santa, ya de Francia, ya de Inglaterra y ya de España; décima de las cosas más notables de los judíos; undécima de su estado en el reino de Castilla; y duodécima de su perversión hasta la consumación de los siglos.

210 En este reino, por lo tanto, los judíos no están agobiados por el cautiverio, ya que ellos mismos comen de la abundancia y de los bienes de la tierra, aunque no la cultivan ni la defienden. Pero con su malicia y astucia devoran las labores de los cristianos y son herederos de sus bienes, como está escrito de ellos (Jeremías capítulo 5 versículo 27): «Como una jaula llena de pájaros, así está su casa llena de engaño; por eso son engrandecidos y enriquecidos. Se vuelven pingües y grasos». Así pues, la traición y las maldades de los judíos, como se ha dicho, pasan sin castigo aunque sus pecados lo requirieran a menudo. En este reino algunos de ellos son demasiado poderosos ante los reyes, y se ocupan de los asuntos que corresponden a los reyes; y se mezclan con aquellos que tienen a los cristianos bajo su yugo y dominio. Y por lo tanto en este reino casi siempre obtienen privilegios según su voluntad, a menudo incluso en la casa real, y uno o varios grandes guerreros son sus abogados y defensores contra cualquier acusador. Y así, los judíos ciegos convierten a los cristianos de este reino en sus sirvientes. De ahí surgió el proverbio de los antiguos: «Viste a un ciego que cegó a un vidente». Sin embargo, está escrito en Proverbios 19: «No conviene al necio tener riquezas, ni al siervo gobernar a los príncipes». (Clásicos de Historia)

llevamos dicho prueba la exactitud de las observaciones que en nuestro primer *Ensayo* hicimos, respecto del objeto y tendencia de esta obra, cuyo mérito literario no puede menos de reconocerse en el trozo que dejamos copiado. El P. Juan de Mariana en el capítulo XIII del libro XXII de su [*Historia general*](#) la califica del siguiente modo, al narrar la muerte de don Álvaro de Luna: «Acompañó, dice, a don Álvaro por el camino y hasta el lugar en que le justificaron Alonso de Espina, fraile de San Francisco, aquel que compuso un libro llamado *Fortalitium fidei*, magnífico título, bien que poco elegante. Obra erudita y excelente por el conocimiento que da y muestra de las cosas divinas y de la sagrada Escritura.» El juicio del P. Mariana nos parece digno de todo respeto. Sin embargo, como indicamos ya arriba, la obra de Alonso de Espina es preferible en la parte histórica, en donde su lenguaje aparece más suelto y sencillo, bien que en toda ella manifiesta grandes conocimientos y excelentes dotes de escritor. Ninguna obra en castellano ha llegado (que nosotros hayamos averiguado) a nuestros días, debida al converso Espina: es probable que encerrado en el claustro y desdeñando enteramente la literatura y la lengua vulgares, tampoco escribiera este docto franciscano ninguna producción en aquel idioma.

Pertenecen también a esta tercera época que vamos bosquejando otros esclarecidos conversos que dieron no pocas pruebas de su amor a las letras, dedicándose con todo esmero a su estudio y cultivo. Merecen entre ellos singularmente mencionarse Remon Vidal de Vesaduchen, don Mosséh Zarfati y don Jahacob Zadique de Uclés, insignes filósofos de aquellos tiempos. Distinguióse, no obstante, el primero como entendido preceptista y hábil poeta, siendo harto sensible para nosotros el no poder dar aquí una muestra de sus poesías, por haber sido de todo punto infructuosas cuantas investigaciones y diligencias hemos hecho para conseguirlo. Solamente consta por el testimonio del marqués de Santillana, cuyos juicios literarios merecen todo respeto, que escribió Remon Vidal de Vesaduchen un arte poética, titulada *Reglas del bien trovar*, tan digna por cierto de estima que, según el referido don Íñigo López de Mendoza manifestaba en la carta con que dirigió sus *Proverbios* al príncipe don Enrique, tuvo presentes las reglas que en ella se establecían, para la versificación de la mencionada obra. Lástima es verdaderamente que este código, tan apreciado en la época del erudito marqués, no se haya todavía encontrado por nuestros bibliógrafos; dando esto motivo para sospechar que pueda haber sido ya devorado por la polilla en los archivos, o por las llamas, alimentadas por la ignorancia que en todas partes ha cundido, para destruir los más preciosos documentos de nuestra cultura. Aunque no tenemos nosotros la fortuna de dar a conocer el precitado libro, no hemos tampoco querido dejar de mencionarlo, para despertar en nuestros literatos el deseo de buscarle, a fin de que pueda algún día enriquecerse la historia de la literatura española con joya tan apreciable.

Don Mosséh Zarfati, cuyo nombre es apenas conocido en la república de las letras, pues que ni Wolfio, ni Bartoloccio, ni otro alguno de cuantos han tratado de los escritores rabínicos hace mención de él, a excepción de Rodríguez de Castro; se distinguió principalmente por sus estudios sobre la jurisprudencia, escribiendo un tratado con el título de *Flores de derecho*, que se conserva afortunadamente en la famosa colección del Escorial. Es atribuido este código a otro judío, llamado *Jacobo de las leyes*, por verse en la portada escrito este nombre, adjudicándosele la gloria de haber recopilado las referidas *Flores de derecho*. Pero luego que se lee la primera dedicatoria, que precede al tratado, no queda ya duda de que fue don Mosséh Zarfati el autor del mismo, hallándose en la expresada dedicatoria estas palabras:

«Muy magnífico señor, habiendo acatamiento así al motivo dicho de vuestra merced, como al deseo mio, cerca de vos servir, aunque yo vuestro vasallo Mossé Zarfati sea el menor de los siervos vuestros, la presente escriptura fise sacar en el volumen que aquí paresce, suplicando a vuestra señoría que non acatando la poquedad de la obra, mas la entencion, pues aquella es desear vuestro servicio, le plega sea rescebida con la voluntad que se fase.»

Dirigia don Mosséh Zarfati esta dedicatoria al maestro Jacobo, el cual había recibido encargo de escribir la compilación de las *Flores de derecho*, para recreamiento e para enseñanza de don

Alfonso Fernández Niño; y no atreviéndose sin duda a confesar a este magnate que se había visto obligado a valerse de don Mosséh Zarfati, le presentó las Flores de derecho, como obra suya, yendo en este propósito tan adelante que se expresó en esta forma al dedicársela:

«Señor, yo pensé en las palabras que me dixistes que vos plasía que escogiese algunas *Flores de derecho* brevemente; porque pudiéssedes haber alguna carrera ordenada para entender e librar los pleitos, segund las leyes de los sabios. E porque las vuestras palabras son a mi expreso mandamiento e he grant voluntad de vos faser servicio en todas las cosas, e maneras que yo supiesse e pudiesse; e copilé e ayunté estas leyes que son mas ancianas, en esta manera; que eran puestas e departidas por muchos libros de los sabidores, e esto fiz yo con grand estudio e con gran diligencia.»

No puede a la verdad comprenderse como osaba el maestro Jacobo atribuirse con tanta seguridad una obra que había sido por otro trabajada. Pero el hecho no es menos cierto; creyendo nosotros con el erudito Rodríguez de Castro, que las *Flores de derecho* son debidas a don Mosséh Zarfati, sin haber tenido en ellas más parte el maestro Jacobo que el hacerlas copiar para presentarlas y el quitar la dedicatoria o introducción escrita por el referido judío, sustituyéndola con la suya. No calculó, sin embargo, que Zarfati podría conservar otra copia y andando los tiempos sería fácil reunir entrambas dedicatorias en un mismo códice, desvaneciéndose por tanto su usurpada gloria. He aquí, pues, lo que ha sucedido.

Las *Flores de derecho* se hallan divididas en tres libros, componiéndose el primero de quince títulos, de nueve el segundo y de cuatro el tercero. Trata en el libro primero de los jueces, los voceros (abogados) y los personeros (procuradores), dando a conocer el curso que deben seguir los pleitos y demás juicios, en lo cual se invierten sólo cuatro títulos, viéndose los restantes consagrados a definir las relaciones del hombre en sociedad y a fijar el carácter y aun la forma de los procedimientos. Ampliáanse en el segundo libro estas materias, señalándose la manera con que deben los jueces admitir las confesiones y pruebas en los pleitos criminales; y abraza el tercero finalmente cuanto hace relación al modo de pronunciar las sentencias y de cumplirlas, sin olvidar las apelaciones (alzadas), permitidas por la ley y la costumbre a los partes contendientes. Por este brevísimo análisis comprenderán nuestros lectores la importancia de esta obra en una época, en que se habían olvidado en la práctica todos los derechos e imperaba sólo el capricho de los poderosos, viéndose la potestad real, única garantía del derecho común, tan frecuentemente hollada y escarnecida.

Don Mosséh Zarfati derramó en su obra todas las flores que tan laboriosamente había recogido en la inteligente lectura de los autores que más nombradía alcanzaban en su tiempo, sin perder de vista el famoso código de las *Siete partidas*, cuyas doctrinas en muchas partes reproduce. Sin embargo, no parece que logró hacer gran mella en los ánimos de los revoltosos magnates, únicos que podían leer las *Flores de derecho* por la misma dificultad de multiplicar las copias; continuando más encarnizada la lucha entre la razón y la fuerza, y creciendo de día en día los desmanes y desacatos contra la justicia. No era dado a un pobre judío el contener y refrenar las pasiones ni era aun llegada la hora de poner enmienda a tanto desafuero. Para que sea más completo el juicio que formen nuestros lectores de la obra de don Mosséh Zarfati, copiaremos aquí el título IV del libro primero, que puede también servir de muestra respecto del lenguaje: Dice así:

«Quando el hermano quisiere aplazar o acusar a otro su hermano sobre tal fecho que si le fuese probado debe perder la cabeza e la tierra, e todo el haber, vos non lo debedes oyr, nin faserle aplazar sobre tal rason. Mas este que acusa su hermano sobre tal rason, como sobre dicho es, debe ser echado de la tierra, si non si le quisier acusar de fecho que fuese en daño de persona del rey, o de sus fijos, o de la su mujer o de todo el regno comunmente, ca en talas fechos bien debe ser oido.»

«Si el hermano fuere en muerte de otro su hermano, non se puede defender de qual quier acusacion que contra él fecha, por rason de la su hermandat, pues que fue en consejo de su muerte. Mas si otros pleytos acaescieren entre hermanos que non son criminales, así como sobre heredades

o sobre haber u otra cosa semejante, pueda cualquier dellos demandar al otro, e vos debedes lo faser aplazar e complir lo de derecho.»

Don Jahacob Zadique de Uclés, coetáneo de Mosséh Zarfatí y como él converso, nació en la villa de Uclés en el segundo tercio del siglo XIV y vivió muchos años, dedicándose con especialidad a la medicina y a las ciencias morales y filosóficas. Distinguido entre sus contemporáneos por su pericia en el arte de Esculapio, mereció la honra de que el insigne maestre de Santiago, don Lorenzo Suárez de Figueroa, le eligiese su médico, alcanzando no pocas distinciones bajo la protección de tan esclarecido magnate. Encargóle el maestre que pusiese en lengua castellana una obra de filosofía moral, escrita en idioma lemosín, y el erudito converso llevó a cabo el mandato de don Lorenzo Suárez de Figueroa, traduciendo la expresada obra con este título: *Libro de dichos de sabios e philósofos e de otros exemplos e doctrinas muy buenas*. Era el objeto de esta obra formar el corazón de los jóvenes y dictar las reglas con que debían gobernarse en el mundo cuantos aspirasen a la perfección. Fundábase en las máximas de los libros sagrados y en los dichos y sentencias de los profetas y santos padres, tanto de la iglesia latina como de la griega, sin olvidar las autoridades de Boecio, Aristóteles, Séneca, Aurelio, Cicerón y otros escritores de la antigüedad romana. Dividió don Jahacob Zadique, apartándose del orden establecido por el autor, el *Libro de dichos de sabios e philósofos* en siete capítulos, a los cuales dio el nombre de *Partidas*, según el mismo manifiesta al fin del prólogo con las siguientes palabras:

«Mandó a mí don Jacob Zadique de Uclés, su criado e físico, que lo romanzase en nuestro lenguaje castellano, et al su señorío e mandado con la reverencia debida obedesciendo, romancélo en la manera siguiente, el qual parti en siete partidas.»

Aunque no puede atribuirse a don Jacob la gloria de los pensamientos, no dejan de reconocerse en su versión apreciables dotes, consistiendo su mayor mérito en la sencillez y soltura del lenguaje manejado en toda la obra con mucha facilidad, atendido el estado en que todavía se hallaba. Así principia el capítulo primero que sigue al prólogo ya citado:

«El comienzo del saber es el themor de Dios; dice nuestro señor Jesu-Christo que sin Dios non podemos facer cosa, nin cosa que ficiésemos duraria, nin podria haber buena fin. Por esto decía Boecio que ninguno non puede començar cosa que pueda ser firme, si el fundamento non face con Dios. Dice Daniel, profeta, que en aquel punto que Baltasar, el gran rey, pensaba ser mas seguro e mas fuerte e mas poderoso en sus fechos, cayó en poder de sus enemigos. Dice Geremias, profeta, que todo ome es assi como loco por desfallecimiento de buen saber; et es escripto en el Libro de la sabiduría que todos los omes que son vanos e mesquinos, en los quales non es la ciencia de Dios.»

Don Jalacob continúa citando nuevas autoridades para demostrar la exactitud de su aserto y añade:

«Dice el sabio quel regno o la cibdat, donde es abondamiento de ciencia, non puede ser sin grandes bienes: decia Séneca que señal es quel príncipe se fase tirano, quando non se maneja de omes sabios e entendidos e non les es favorable: dice Sant Gerónimo que tan grand diferencia es del ome sabio al non sabio, como de la luz a las tinieblas.»

No hay duda en que la obra traducida²¹¹ por don Jahacob Zadique debía ser de suma importancia en la época en que fue escrita. Esta manera de presentar los pensamientos con aplicaciones a un principio generalmente admitido, no solo contribuía a esclarecerlo, sino que ayudaba a la memoria para retenerlo mas fácilmente. Esta especie de catecismo merece por tanto ser examinado por los eruditos y apreciado por los literatos, como un testimonio que da a conocer el estado de la lengua, al ser comparado con las demás obras que llevamos analizadas.

211 En la Biblioteca del Escorial existen dos ejemplares de esta obra, ambos acompañados de otros dos tratados que componen uno y otro códice el título del primero es: *Epístolas de San Bernardo al papa Eugenio, cardenales y obispos de la corte de Roma*; el del segundo: *Libro que fizo fray Bernal Oliver de la orden de San Agustín, que tracta del levantamiento de la voluntad de Dios*. La obra de don Jahacob se terminó en 8 de julio de 1402 en la villa de Vélez, que era propia del maestrazgo de Santiago.

Durante la época, a cuyo término vamos llegando, florecieron también algunos judíos que alcanzaron con sus producciones grande nombradía, tanto entre los cristianos, como entre los mismos rabinos. Habiéndonos detenido algún tanto en el estudio de las obras que escribieron los conversos de este largo período, nos contentaremos con indicar que entre los judíos que más fama alcanzaron, se distinguieron David ben Selemoh ben David ben Jachía y don Isahak Abarbanel, si bien este último corresponde más bien al reinado de los Reyes Católicos, por lo cual hablaremos de él en el siguiente capítulo. David ben Selemoh escribió varias obras, siendo las más notables una especie de gramática y poética titulada לשון למזדים (Lengua de los eruditos) y su comentario del *Talmud*, con el nombre de תהלה לדוד (Alabanza de David). Una y otra obra fueron tan bien recibidas que conquistaron a su autor el renombre de *maestro perfecto* entre los más entendidos hebreos.

XII.

Tercera época. Siglo XV.

Decadencia de las letras durante el reinado de Enrique IV. Esfuerzos de la reina doña Isabel para restablecerlas. Sus resultados. Estudios clásicos. Carácter de estos estudios. Alfonso de Zamora. Paulo Coronel. Alonso de Alcalá. Paulo de Heredia. Pedro de Cartagena. Don Isahak Abarbanel y don Isahak Aboab, último Gaon de Castilla.

Con la muerte de don Álvaro de Luna y don Juan II, quedó triunfante en Castilla la altanera y desinquieta nobleza; se reprodujeron nuevamente los escándalos y desmanes y viose el reino envuelto en la mas cruda y tormentosa anarquía. Don Enrique IV que durante su juventud había alentado, como en el capítulo VI de nuestro primer *Ensayo* observamos, las conjuraciones y los motines, desobedeciendo los mandatos de su padre, debía expiar al subir al trono este torcido comportamiento, siendo víctima de la ambición de los mismos, a quienes tan inconsideradamente había ayudado en sus trastornadores proyectos. No hubo, pues, género de desacato que no sufriera, mal su grado; no hubo magnate que no se creyera obligado a desafiar su burlado poder, llegando la insolencia y el escándalo hasta el extremo que en el capítulo arriba citado referimos²¹². Entre tanto desorden y disturbio, y cuando solo el estruendo de las discordias civiles resonaba en los campos y en las ciudades de Castilla, no era posible en manera alguna que las letras, hijas de la paz y de la abundancia, prosperasen. Carecía el impotente don Enrique de fuerzas bastantes para refrenar la mal regida muchedumbre de tiranuelos que infestaban sus estados y faltábanle al par la elevación de alma y la sensibilidad indispensables para saborear los placeres de las artes, sin que sus sórdidas y aviesas inclinaciones le dejaran levantar su espíritu a las regiones del idealismo. Las musas castellanas que en la corte de don Juan II habían encontrado tan ardientes cultivadores, sosegada merced a los esfuerzos de don Álvaro de Luna, la anarquía feudal; huyeron despavoridas de los palacios de los magnates y prelados y desampararon el amancillado recinto del alcázar regio, en donde habían recibido tantas adoraciones. Cesaron las ingeniosas y brillantes justas poéticas: enmudecieron los trovadores; abandonáronse toda clase de estudios, y, como observa un historiador, se entregó la corte a una desenfrenada licencia y cayó toda la nación en un profundo letargo mental, de que solamente la sacaban los tumultos y el estrépito de las civiles discordias. «En tan deplorable estado de cosas, prosigue el autor referido, las pocas flores que habían comenzado a brotar en el campo de la literatura, bajo la benigna influencia del precedente reinado, fueron bien pronto marchitadas y holladas por inmundas plantas, desapareciendo rápidamente del país todos los vestigios de la anterior cultura.»²¹³

Tal fue el estado de espantosa decadencia a que llegaron las letras, al subir al trono don Enrique IV. No parecía sino que este desatentado monarca había nacido para hundir de un golpe y echar por tierra toda la obra de la civilización española, amasada con los sudores de Alfonso VIII, Fernando III y Alfonso X y con la sangre del rey don Pedro y de don Álvaro de Luna. Pero

212 Es notable la carta que dirigió Fernán Pérez de Guzmán en 1478 al obispo don Alonso Carrillo y Acuña que representó en el atentado de Ávila el principal papel. En el referido documento se encuentran estas memorables palabras: «Considerad asimesmo, dice, los pensamientos de vuestra ánima, e fallareis que en tiempo del rey don Enrique vuestra casa receptáculo fue de caballeros airados e descontentos, inventora de ligas e conjuraciones contra el ceptro real, favorecedora de desobedientes e de escándalos del reino; e siempre vos avemos visto gozar en armas e ayuntamiento de gentes, muy agenos de vuestra profesion, enemigos de la quietud del pueblo. E dexando de recontar los escándalos pasados que con el pan de los diezmos habeis sostenido, el año de sesenta y cuatro contra el rey don Enrique se fizo aquel ayuntamiento de gente que todos vimos ser el primero acto de inobediencia clara que vuestra señoría segundo cabeza e guiador, sus naturales le osaron mostrar.» (Carta III. Edición de Madrid 1789.)

213 William Prescott. *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, parte I, cap. XIX.

afortunadamente fue corto su reinado, empuñando el cetro de Castilla una mujer, a quien reservaba la Providencia toda clase de prosperidad y bienandanza.

No se habían aplacado aun los disturbios civiles que aquejaron los primeros días del reinado de Isabel, la Católica, y ya esta magnánima reina que sabía, por convencimiento propio, que el cultivo de las letras y de las ciencias era el único medio de apartar a los grandes y magnates de su corte de los peligros que corrían en sus interminables ocios; se consagró con todas sus fuerzas a restablecer el amortiguado gusto de las letras, dando ella misma vivo ejemplo del entusiasmo con que abrazaba tan saludable empresa²¹⁴. La ilustre matrona que había subido al trono para restaurar el desautorizado poder de los reyes, alcanzó también la alta e inmaculada aureola de restauradora de las letras. A sus instancias vinieron a la península ibérica los más doctos humanistas de Italia: los dos hermanos Antonio y Alejandro Geraldino, [Pedro Mártir de Angleria](#), [Luis Marineo Sículo](#) y otros excelentes literatos, que amamantados en el estudio de los más célebres autores griegos y romanos, gozaban ya en su patria de grande reputación y estima, volaron a España, para segundar los nobles esfuerzos de Isabel, echando así las semillas a una nueva era de cultura. Para alentar a los descarriados magnates, para obligarlos a emprender una tarea que repugnaban todavía, a pesar de los insignes ejemplos que habían tenido en los marqueses de Villena y de Santillana y de otros muchos nobles, entre los cuales ocupa un puesto señalado el erudito Fernán Pérez de Guzmán, creyó la reina Católica unir a su ejemplo el de su familia y con este propósito, encomendó la educación de sus hijos a los dos Geraldinos y a Pedro Mártir de Angleria. El resultado de este pensamiento no pudo en verdad ser más satisfactorio: la juventud castellana que sólo se había consagrado hasta entonces al ejercicio de las armas, consumiendo todo el tiempo de paz en inútiles y aun perjudiciales devaneos, se consagró a los estudios con el mayor empeño; viéndose la casa del erudito Pedro Mártir llena siempre de jóvenes principales, que alejados, según la expresión de aquel célebre humanista²¹⁵ de otros objetos innobles y atraídos de las letras, se hallaban ya convencidos de que lejos de ser estas un obstáculo para la profesión de las armas les servían más bien de auxilio y complemento. Los duques de Villahermosa y de Guimarens, el hijo del duque de Alba, don Gutierre de Toledo, don Pedro Fernández de Velasco, después condestable de Castilla, don Alfonso de Manrique, hijo del conde de Paredes y otros muchos jóvenes de la mas ilustre prosapia, se distinguían entre la multitud de alumnos y admiradores de Pedro Mártir y Marineo Sículo; llegando su amor a las letras y sus excelentes disposiciones para cultivarlas hasta el punto de desempeñar los tres últimos en las Universidades de Salamanca y Alcalá diferentes cátedras, ya de literatura latina, ya de lengua griega. El entusiasmo que la reina Isabel había inoculado en los jóvenes magnates de su corte, cundió también a las damas de más ilustre alcurnia y más celebrada hermosura: distinguieron entre todas dos hijas del insigne conde de Tendilla y no merecieron menores aplausos doña Lucía de Medrano, doña Francisca de Lebrija y doña Beatriz de Galindo que había enseñado el latín a la reina Católica y por sus muchos conocimientos en la lengua de Horacio y de Virgilio llegó a merecer el renombre de *la Latina*. Doña Lucía de Medrano y doña Francisca de Lebrija fueron tan adelante en el amor con que cultivaron las letras que no hallaron reparo alguno en leer públicamente, la primera en Salamanca sobre los clásicos latinos, y en Alcalá la segunda sobre la retórica y poética.

Increíble parecía en verdad que hubiera bastado solamente la voluntad de la reina doña Isabel, para dar tan opuesto giro a las inclinaciones de la nobleza de Castilla, antes soberbia, desinquieta e ignorante, dócil ya, comedida e ilustrada. Pero no era felizmente menos cierto: la obra de Isabel debía ser completa, y para serlo, sólo faltaba derramar la luz de las ciencias sobre todas las clases

214 Dignas de notarse son las siguientes líneas que tomamos de la carta que en 1432 dirigió a la Reina Fernán Pérez del Pulgar. Dicen así: «Mucho deseo saber como va Vuestra Alteza con el latín que aprendéis: dígolo señora, porque hay algún latín tan zahareño que no se dexa tomar de los que tienen muchos negocios; aunque yo confío tanto en el ingenio de Vuestra Alteza, que si lo tomáis entre manos, por soberbio que sea, lo amansaréis, como habéis fecho con otros lenguajes.» (Edición de Madrid de 1789 por Ibarra, letra XI.)

215 Pedro Mártir *Opus epistolarum*, epist. 115.

del estado. No solamente era necesario domeñar a la revuelta grandeza; era menester también ilustrarla; y este fue indudablemente uno de los más señalados beneficios que debió España a la reina Católica.

Este movimiento general que es uno de los hechos más notables que caracterizan el reinado de Isabel, ensanchando naturalmente el círculo de los conocimientos humanos, no pudo menos de imprimir una determinada fisonomía a aquellos estudios, preparando visiblemente la nueva era literaria que había de brillar en España, al amanecer el siglo XVI. El carácter, pues de estos estudios, como en la *Introducción* de los presentes *Ensayos* advertimos, fue enteramente clásico. Con el conocimiento y auxilio de las lenguas antiguas, llegaron a hacerse más familiares los autores de las épocas de Pericles y de Augusto; y como una consecuencia natural e inevitable perdieron, al verificarse esta revolución casi increíble, grande importancia los judíos y conversos que tanta estimación y tan altas honras habían adquirido con sus estudios. En efecto, desechadas ya las antiguas preocupaciones de los nobles; honrados más bien por su saber que por la hidalguía de su cuna, y cerrados al fin los caminos de medrar a favor de estruendos y asonadas (pues que el poder real era bastante fuerte para reprimirlos), viéronse obligados a aspirar al pacífico brillo de las carreras literarias, ocupando al par los elevados puestos con que había brindado la iglesia a los que hasta entonces cultivaron las ciencias en Castilla.

Así, durante el reinado de los Reyes Católicos, si bien fue considerable el número de los hebreos que abjuraron el judaísmo, no florecieron entre ellos tantos cultivadores de las letras como en los anteriores reinados. Sin embargo, preciso es tener presente que en medio del universal movimiento, todavía se distinguieron al lado de los Nebrija y de los Arias Barbosa algunos doctos conversos, entre los cuales merecen singular mención, por la profundidad de sus conocimientos en las lenguas orientales y en la literatura clásica, Alfonso de Zamora, Paulo Coronel, Alonso de Alcalá y Paulo de Heredia. Fue Zamora el primer catedrático de lengua hebreo que tuvo la Universidad de Salamanca, emporio a la sazón de las ciencias y de las letras, y poseyó con tanta perfección los idiomas griego, latino y caldeo, que no titubeó el inmortal Cisneros en dispensarle toda su protección, encargándole la corrección del texto hebreo en la edición que hizo, poco antes de su muerte, de la Biblia apellidada *complutense*, y poniendo al mismo tiempo a su cuidado la versión a la lengua latina de la *Paráfrasis caldea*. Alfonso de Zamora, que tan singular protección recibía de Cisneros, quiso dar una prueba de la veracidad de su conversión, escribiendo contra los errores del judaísmo un tratado con el título de אנדר (Epístola), en el cual defendía con notable acierto los misterios de la religión cristiana, probando al par que se había ya consumado la venida del Mesías²¹⁶. Compuso también una gramática hebrea en lengua vulgar, con el objeto de que sirviera para la enseñanza de los españoles²¹⁷, y explicó con suma erudición las antiguas gramáticas de Rabbi Mosséh y Rabbi Quingi, obra que se conserva MS. en la célebre colección del Escorial, traduciendo al castellano la Exposición que hizo el citado Rabbi Quingi de los primeros cincuenta y nueve salmos, cuyo código existe igualmente en la biblioteca de San Lorenzo.

Otras obras escribió también Alfonso de Zamora, no menos apreciables que las citadas: entre ellas se cuentan el *Libro de la sabiduría de Dios*, obra hebrea que puede considerarse como una apología de la religión cristiana y se conserva en la Biblioteca del Escorial, bien que abriga Rodríguez de Castro alguna duda, al hacer mención del referido tratado, sobre su autor verdadero. Alfonso de Zamora se distinguió sobre todo en la enseñanza de la lengua hebrea, teniendo la gloria de contar entre sus discípulos los más doctos humanistas de su tiempo.

Fue Paulo Coronel natural de Segovia y uno de los más distinguidos *rabbies* de su época. Convertido al cristianismo en 1492, se consagró al estudio de la sagrada teología y escritura, mostrándose tan profundo en estas materias que fue en breve condecorado con la cátedra de la

216 Esta gramática se imprimió en Alcalá de Henares en un tomo en octava a costa de Miguel de Guía, en su propia imprenta el año de 1526.

217 Este tratado se insertó en el tomo VI de la *Biblia complutense*.

última asignatura en la Universidad de Salamanca. Designado por los doctores de aquella celeberrima escuela, como uno de los más hábiles orientalistas que había a la sazón en España, y reconocido su mérito por el Cardenal Cisneros, fue elegido por este grande hombre, para que en unión con Alfonso de Alcalá llevase a cabo la traducción latina de los libros del Viejo testamento, publicados en la *Polyglota*. El maestro Alvar Gómez en la *Vida del Cardenal fray Francisco Ximenez de Cisneros* hace de este docto converso un señalado elogio, y el respetable fray José de Sigüenza cita en varios pasajes²¹⁸ de la *Vida de San Jerónimo* la obra latina que escribió aquel bajo el título de *Additiones ad Librum Nicolai Lirani de defferentiis traslationum*, la cual, según parece, no llegó a darse a la estampa. Mencionan también con singular aplauso a este escritor don Nicolás Antonio²¹⁹, Paulo Colomesia²²⁰, Santiago le Long²²¹, Wolfio²²², y Diego de Colmenares²²³, insertando el último el sencillo y modesto epitafio siguiente, que se contempla todavía en la iglesia del monasterio del Parral, edificada por don Juan Pacheco en las inmediaciones de Segovia:

*Aqui: yace: el: maestro: Paulo: Coronel:
Clérigo: Catedrático: en: Salamanca: falleció:
postrero: de setiembre: de MDXXXIV.*

Alfonso de Alcalá, catedrático también de la Universidad de Salamanca, fue natural de Alcalá la Real en el reino de Jaén, y abjuró del judaísmo en 1492, no resolviéndose acaso a salir de España, o movido tal vez de verdadero arrepentimiento. Como Zamora y Coronel mereció, por su erudición en las lenguas hebrea, griega y latina, ser designado por Cisneros para dar cima al grandioso pensamiento de la Biblia complutense. Alcalá, que antes de su conversión se había distinguido como docto médico y jurista, se dedicó como cristiano al estudio de la sagrada teología. Sin embargo, conservó durante su vida la cátedra de medicina que había obtenido en la Universidad de Salamanca: y dio en ella inequívocas pruebas de su saber en esta ciencia.

Siguiendo Paulo de Heredia los pasos del Burgense, Espina, Cartagena y otros conversos, escribió una obra latina intitulada: *De misteriis fidei*, con el objeto de impugnar las doctrinas del *Talmud* y de sus comentadores, en la cual pone de manifiesto y rechaza con notable destreza los errores del judaísmo. Con este mismo propósito tradujo también al latín la *Carta de los secretos*, אנדרת הזודות dirigida por Rabbi-Neumías a su hijo Rabbi-Haccana, en la cual recogió aquel docto hebreo los dichos y secretos que reveló al emperador Antonino Jehudah Ha-Nasi, conocido entre los suyos con el nombre de Rabenu Haqados (nuestro maestro el santo.) La referida *Carta* se componía de ocho preguntas o cuestiones, que ilustró Heredia con eruditas y oportunas notas y apostillas, en donde, como expresa un escritor de respeto, al explicar los principales misterios del cristianismo, manifiesta sus grandes conocimientos, su copiosa lectura de los libros sagrados y de los autores rabínicos y talmudistas célebres. Otro pequeño tratado tradujo también Paulo de Heredia, debido a Rabbi Haccana, cuyo objeto era ensalzar las virtudes de la Virgen María; refiriendo sus desposorios, el nacimiento y vida de Jesus, su pasión, muerte y resurrección, a fin de bosquejar las situaciones dolorosas de la Madre del salvador del mundo. Dos obras originales escribió, finalmente, para llevar a cabo su propósito de rebatir y pulverizar los errores del Judaísmo: intitulóse la una *Ensis Pauli* y distinguióse la otra con el nombre de *Corona Regia*. En la primera tuvo por único objeto el manifestar a los rabbies, sus antiguos hermanos, el odio que abrigaba en su corazón contra la contumaz y perseverante ceguedad de los mismos; en la segunda, que dedicó al pontífice Inocencio VIII, aspiró a defender la inmaculada concepción de la virgen, dividiendo su tratado en cuatro partes. Paulo de Heredia probó en todas estas producciones que sus estudios literarios no eran menos apreciables que los teológicos, pues que su lenguaje es muchas veces elegante y casi siempre

218 Lib. IV. Diser. VI y lib. V. Diser. III.

219 Biblioteca nueva española tomo II parte 127.

220 *España oriental*.

221 Disertaciones sobre las ediciones de las Biblias Polyglotas.

222 Biblioteca hebraica.

223 *Vidas y escritos de escritores segovianos. Historia de Segovia*. (Madrid 1640.)

propio, cualidad por cierto poco común entre los que escribían el latín *zahareño* de aquellos tiempos.

Floreecía en la corte de los Reyes Católicos otro ilustre converso, que perteneciendo a una distinguida familia de escritores, no pudo menos de alimentar en su corazón el noble estímulo que había enaltecido a su padre y a sus hermanos. Era este Pedro de Cartagena, tercero y último hijo de don Pablo de Santa María, quien dedicado a la carrera de las armas, había sido en su juventud guarda del cuerpo del rey don Juan II, llegando después a distinguirse, como valeroso caudillo, en la toma del castillo de Lara, y en otros muchos encuentros y batallas, y manifestando singular ánimo y valor en varios desafíos que sostuvo, llevado del espíritu caballeresco de su época. Fue honrado después Pedro de Cartagena con una plaza en el consejo de don Enrique IV, quien a pesar de su poco tino, no pudo menos de reconocer en él las más recomendables prendas, lo cual confirmaron los Reyes Católicos, conservándole entre sus consejeros²²⁴.

Pedro de Cartagena que tan bizarro se había mostrado en defensa de aquellos soberanos, admirador profundo de las virtudes de la reina Isabel, quiso también unir su voz a la de los escritores y poetas que las celebraban; y con este objeto escribió una composición poética, llena de entusiasmo y concebida en estos términos:

De otras reinas diferente,
princesa, reina y señora,
¿qué esmalte porné que asiente
en la grandeza excelente
que con su mano Dios dora?

Que querer yo comparar
vuestras grandezas reales
a las cosas temporales,
es como la fe fundar
por razones naturales.

Cuando mas se ensoberbece
el rio, en la mar no mella:
que echen agua no la acrece,
ni tampoco la descrece
el que saquen agua della.

Pues si hombre humano quiere
vuestra grandeza loar
non la puede acrecentar:
si lo contrario ficiere,
tampoco puede apocar.

En historias hay famadas
reinas de la nación nuestra;
mas al cotejar llegadas,
las corónicas pasadas
serán sombra de la vuestra.

224 En la *Información* que dejamos citada en el capítulo VIII de este *Ensayo* se lee al folio 6 vuelto lo que sigue: «Dicho Pedro de Cartagena, hijo del dicho patriarca, fue casado primera vez con doña María Sarabia y segunda vez con doña María de Rojas; el cual fue del consejo de los reyes don Enrique, el cuarto, e don Fernádo, el Chathólico; y fue nombrado por guarda del cuerpo del rey don Juan, el II; e fue persona de mucho valor y esfuerzo, como lo mostró en las batallas en que se halló que fueron muchas y en desafíos singulares; y ganó la fortaleza de Lara que en aquellos tiempos era cosa de mucha estima e importancia; e por señal quedó la dicha alcaldía en Gonzalo Pérez de Cartagena, su hijo, y en Hernando de Cartagena, su nieto.»

Usaron con grand prudencia
de las virtudes morales
¡oh notoria diferencia!..
que éstas a vuestra excelencia
todas vienen naturales.

Que loaros, a mi ver,
en vuestra y agena patria
silencio debeis poner:
que daros a conocer
hace la gente idolatria.

Mas en mi lengua bien cabe;
por que el peligro en que toco
nascera, quando os alabe
persona que mucho sabe,
y no en mi que alcanzo poco.

Cartagena explica las seis letras del nombre de la reina, manifestándose en esta parte contagiado del gusto de su época, y prosigue:

El mirar a vuestra Alteza
da perpetua honestidad.

Tan alta materia es esta
que non sé como me atreva:
que si a la tierra se acuesta
no me alcanza la ballesta
y si al cielo; sobrelleva.

Mas carrera verdadera
que sin defecto se funda,
es que sois mujer entera:
en la tierra la primera
y en el cielo la segunda.

Una cosa es de notar
que mucho tarde acontece:
hacer que temer y amar
estén juntos sin rifar;
por que esto a Dios pertenece.

¡Miren cuán alto primor
fuera de natural quicio!..
en la gente que ha bullicio
el que tiene mas temor,
mas ama vuestro servicio.

Por que se concluya y cierre
vuestra empresa comenzada,
Dios querrá, sin que se yerre,
que remateis vos la *R*
en el nombre de Granada.²²⁵

²²⁵ Esta composición, que tomamos del Romancero de Castilla, se escribió, a no dudarlo, poco antes de la toma de Granada; observación que no hemos querido dejar de apuntar aquí para prevenir las dudas de los que puedan atribuirle al obispo don Alonso de Cartagena. Este respetable escritor, a quien juzgamos en el capítulo IX del presente Ensayo, pasó de esta vida en el año 1456, como se lee en su epitafio, conservado en la capilla de la Visitación de la catedral de Burgos del cual copiamos la siguiente cláusula, que no deja duda de nuestro aserto: «In

Viendo ser causa por quien
llevan fin los fechos tales,
no estareis contenta bien
hasta que en Hierusalem
pinten las armas reales.

Así termina Cartagena su composición:

Lo que alcanzo y lo que sé,
lo que me paresce y veo,
lo que tengo como fe
lo que espero y lo que creo,
es lo que agora diré.

Que si Dios sella y segura
lo que con firmo y asiento
y que el mundo entre en el cuento,
será pequeña ventura,
segund su merescimiento.

En esta composición se encuentran brillantes pinceladas que revelan el genio poético de su autor; pero al mismo tiempo se nota cierta falta de buen gusto que contribuye a rebajar su mérito desvirtuando la energía con que toda la producción está escrita.

Mencionamos en el anterior capítulo a don Isahak Abarbanel y hemos puesto a la cabeza del presente el nombre de Rabbí Isahak Aboab, último Gaon que tuvieron los judíos en Castilla. Fueron ambos judíos personas de grande reputación entre los suyos y ambos salieron de España, en virtud del decreto de 1492. Abarbanel ha merecido los elogios de muchos escritores: don Nicolás Antonio no titubeaba en decir de él que era ingeniosísimo y docto; Constantino l'Empereur afirma que excedió en erudición a todos los escritores hebreos; Inmanuel Aboab le da el título de sabio e ilustre sobre todos, haciendo mención de sus obras con singular aplauso en esta forma.²²⁶

«En Portugal hizo el libro intitulado *Mirchebeth-ha Misné* que es comento sobre el Deuteronomio; en Castilla comentó el libro de Ieshosuah, el de los jueces y todos los de los Reyes; en el reino de Nápoles hizo el libro que llamó *Sacrificio de Pesah*; el *Comento de los Apotegmas* o sentencias de nuestros antiguos sabios que llamó *Nabalat Abot*; el libro intitulado *Ros ha-Maná*, en que trata de los artículos, que por ley debe creer el judío; y también compuso el libro que llamó *Fuentes de Salvación* sobre Daniel. En Corfú escribió sobre el profeta Jesayaluh. En Venecia sobre los demás profetas y sobre los cuatro primeros libros de la ley. Compuso un famoso libro que llamó מַצְמִיחַ מֵאֲמֵיחַ *Matsmiah Iesua*j, en que trae todas las profecías que no se pueden declarar espiritualmente, ni tampoco por instauración de la causa segunda. Hizo también (prosigue Aboad,) otro a que llamó *Salvaciones de su Ungido* en que declara todos los discursos que el *Talmud* hace sobre el Mesiah.»

Se ve, pues, por la exposición que hace este docto rabino de las obras de don Isahak Abarbanel que todas versaron sobre materias teológicas y talmúdicas, siendo muy notable su constancia en el judaísmo y hasta el odio que profesaba a los cristianos, lo cual hizo prorrumpir al docto don Nicolás Antonio en estas palabras: «Idem tamen Christiani nominis, si quis alius infestissimus hostis ac pervertissimus veri calumniator.»

fine dierum suorum Sanctum Jacobum anno Jubilei visitavit et in diocesim rediens, spiritum Altissimi reddidit in oppido de Villasendino XXII Julii, anno Domini MCCCCLVI, etatis vero suæ anno LXXI.» D. Alonso murió, pues, mucho antes de subir al trono doña Isabel; y la conquista de Granada que ya se ve próxima en la composición que hemos insertado casi integra, se consumó en 1492. Los hijos de don Pedro, habidos en su segunda mujer, no podían entonces tener edad bastante para apreciar lo que la reina Isabel valía, como en la composición de Cartagena se verifica.

226 Don Nicolas Antonio, *Biblioteca nova* tomo I; L'Empreur, *Exposición del Middoth*; Imanuel Aboab, *Nomología*, segunda parte.

Rabbi Isahak Aboab fue grande amigo de don Isahak Abarbanel, según afirma el autor de la *Nomología* en el lugar que dejamos citado; era Aboab tenido por consumado teólogo y célebre jurista, filósofo y expositor, por lo cual le consultaban y oían todos los rabinos con honda veneración y respeto. Según expresa Imanuel Aboab escribió los siguientes tratados: 1.º el *Río de Pison*; 2.º el *Candelero de la luz, Menorat Ha-mmaor*²²⁷; 3.º el *Arca del testamento*; y 4.º *Mesa de proposición, Sulham ha-Panim*. Imanuel Aboab menciona también unas observaciones sobre el Pentateuco, comentado por Mosseh Bar Nahman y añade: «Ansi mismo he visto manuscritos algunos *Sitot* o declaraciones que hizo del Talmud. En su senectud comenzó la famosa obra de comentar y declarar los cuatro libros o *turim* que escribió Rabenu Jahacob; mas murió antes de acabarlos.»

Dedicáronse también al estudio de las sagradas escrituras otros doctos hebreos, que como Isahak Aboad y Abanbanel desampararon el suelo de España en 1492. Sus obras puramente teológicas no alcanzaron tanta fama como las que escribieron aquellos celebrados judíos; y sin embargo, preciso es confesar que entre los que sufrieron el destierro, decretado por los Reyes Católicos, se contaban no pocos escritores de claro ingenio y de erudición profunda, como manifestaron después en los países a donde los llevó su desgracia. De algunos de estos trataremos en el siguiente *Ensayo*, dando a conocer sus producciones.

²²⁷ Tenemos a la vista una traducción castellana de esta célebre obra que llegó a tomar entre los hebreos tanta estimación que se leía públicamente en las escuelas. Dicha traducción fue debida al *hakam* Jahacob Hages que la dio a luz en Amsterdam el año de la creación de 5468, 1718 de la era cristiana. Cuando lleguemos a tratar de los escritores del siglo XVII, daremos alguna noticia de ella.

ENSAYO TERCERO.

ESCRITORES JUDÍOS

POSTERIORES A SU EXPULSIÓN DE ESPAÑA

וְהוּא יַפְדֶּה אֶל-יִשְׂרָאֵל מִכָּל צוֹנוֹתָיו

Et ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus ejus.

Y redimirá a Israel de todas sus iniquidades.

(Salmo CXXIX vulg. § XXX heb. vers. 8.º)

I.

Siglos XVI y XVII.

Dispersión de los judíos que salieron de España. Diferentes direcciones de su peregrinación. Costas de Levante. Costas del Norte. Restablecen sus antiguas academias. Se valen de la imprenta para sus comunicaciones. Amsterdam. Establecimientos tipográficos en esta ciudad. Creación de los Parnassim religiosos y de una Iesibah. Protección que logran los judíos en Suecia. La reina Cristina les confía cargos públicos. Sus recuerdos de España. Causas de cultivar la literatura y lengua española. Su estado de abatimiento y abandono actual sobre este punto.

Manifestamos en el capítulo X de nuestro primer *Ensayo* que por un inexplicable arcano de la Providencia, se derramaban los judíos por el mundo para pregonar el poder de España y llevar a todos los pueblos las costumbres, la literatura y el idioma que habían de inmortalizar después tan sublimes ingenios como Calderón y Cervantes. He aquí pues lo que en el presente *Ensayo* pensamos demostrar, con el examen de las producciones que escribieron en castellano y dieron a luz fuera de España los judíos españoles. Pero antes de que entremos en el análisis de estas obras, parécenos conveniente hacer una breve reseña de las peregrinaciones que los judíos hicieron, desde que por el decreto de 31 de marzo, fueron arrojados de la península ibérica. Apreciaremos así, como la crítica exige, las dificultades y escollos con que lucharon en medio de tan terrible destierro, reconociendo al par los esfuerzos que han hecho desde aquella época para conservar el idioma de sus mayores, dando en esto una prueba de cariño respecto del país, de donde eran tan despiadadamente expulsados.

Ya en su lugar referimos cómo recibieron los judíos el célebre decreto de expulsión, indicando aunque sumariamente, los estragos y miserias que padecieron al abandonar para siempre la tierra que había alimentado por tantos siglos a sus abuelos. Faltos de esperanza y de ánimo, sólo aspiraron a salvar sus vidas y haciendas; y para alcanzarlo, o se vieron en la precisión de recibir las aguas del bautismo, o tuvieron necesidad de implorar la misericordia extranjera. La muchedumbre de los que prefirieron el destierro a la conversión, siendo un obstáculo de gran monta para que saliesen de España en el término que se les había fijado, les obligaba a tomar distintas direcciones. Así, aquel pueblo, que por tan largo espacio se había regido por unas mismas leyes; que había estado sujeto a unos mismos príncipes o *Gaones*, y que descendía de una misma tribu, sin consejo, sin orden ni

concierto, se derramaba por todo el mundo para arrastrar de nuevo una existencia mísera y precaria y para someterse a las mas extrañas y opuestas leyes.

Los que moraban en las regiones meridionales buscaron asilo en las costas y países de Levante; los que habitaban en el centro de Castilla y en el litoral del Océano corrieron a implorar la clemencia de los pueblos del Norte, pidiéndoles amparo y hospedaje. Francia, Italia, las Islas del Archipiélago y los dominios de Constantinopla se llenaron de familias judaicas, que por entre calamidades sin cuento lograban al cabo salvar de aquella gran tormenta sus perseguidos penates.²²⁸ Reponíanse en Marsella, Tolón, León y Perpiñán, los restos de su destruido comercio; Génova les abría sus puertos; Saboya, Florencia y Roma los acogían en sus recintos; Ferrara y Venecia, les brindaban con su protección y amparo; Ragusa, Salónica y Corfú le daban amigable tránsito para Constantinopla y el Cairo. Y a todas estas regiones, a todos estos pueblos y ciudades, llevaron los judíos españoles las costumbres y la lengua castellana, como recuerdan respetables historiadores²²⁹ y nos proponemos demostrar más adelante.

Igual fenómeno se operaba a la sazón en la otra parte del continente: Bayona, Burdeos y Nantes en Francia; Douvres, Londres y York en Inglaterra; Bruselas, Aquisgrán, Leyden y Amsterdam en los Países Bajos; Upsal, Halmstad y Copenhague en Suecia y Dinamarca; Hamburgo, Nuremberg, Leipzig y Berlín en Alemania, recogían con otras muchas ciudades, los despojos de tan lamentable naufragio, enriqueciendo su industria y su comercio con las especulaciones y la constante práctica de aquellos desterrados. El pueblo hebreo que se había abrigado durante la edad media en la península ibérica, dejó pues de existir con las condiciones que en tan extenso periodo le habían dado vida. Abrumado bajo el peso de la maldición eterna, diseminado por el viento de la desgracia, como la mies disipada en las eras por el huracán, mendigaba por todas partes benévola acogida y en todas partes presentaba, como títulos a la compasión universal su ejemplar sufrimiento, su laboriosidad y su ciencia.

Tal había sido el precio a que compró en los tiempos medios la tolerancia de los cristianos y tal debía ser también la garantía de su existencia entre los nuevos señores, cuya protección imploraban. Los judíos españoles fueron sin embargo acogidos más favorablemente de lo que podía prometerles la magnitud de su desgracia. Clemente VII, Paulo III y Julio III, como ya hemos asentado, les permitieron en los Estados pontificios el libre ejercicio de su religión, dando con este humanitario ejemplo motivo para seguir igual conducta a casi todos los príncipes de Italia; Bayaceto II los recibía y agasajaba en sus dominios; Luis XII les permitía establecerse en las más importantes poblaciones del medio día de Francia; y en Londres y en la mayor parte de las ciudades hanseáticas establecieron sinagogas, congregando en ellas a sus dispersos rabbies y tradicioneros, para conservar y transmitir a sus hijos la memoria de tan tremenda catástrofe, con la religión que heredaban de sus mayores.

«No se quitará de tu boca el libro de la ley de día ni de noche» había cantado David en el primero de sus Salmos; y este precepto que fue por muchos siglos causa del profundo estudio de las santas Escrituras, dando origen a los numerosos comentarios que hicieron los más doctos rabinos de todos los libros de la Biblia; les impulsó también, al verse en tierra extraña, a dedicarse a su estudio, reparados ya algún tanto de la pasada borrasca. Recogiendo, pues, sus despedazadas tradiciones y anudando el roto hilo de su historia, viéronse fundar por los judíos españoles nuevas academias en

228 Además de los autores que en el capítulo X del primer *Ensayo* citamos respecto al rumbo que los judíos tomaron en su peregrinación, mencionaremos aquí a [Gonzalo de Illescas](#), quien en su *Historia Pontifical*, impresa el año de 1602 en Barcelona, escribe de este modo; «Fuéronse muchos de ellos a Portugal, de donde después acá los han echado. Otros se fueron a Francia, Italia, Flandes y Alemania; y aun yo conocí en Roma alguno que había sido vecino de Toledo. Pasáronse muy muchos a Constantinopla, Salónica o Tesalónica, el Cairo y Berbería.»

229 Gonzalo de Illescas en la obra expresada dice sobre este punto: «Llevaron de acá nuestra lengua y todavía la guardan y usan della de buena gana; y es cierto que en las ciudades de Salónica, Constantinopla, Alejandría y el Cairo y en otras ciudades de contratación y en Venecia no compran ni venden ni negocian en otra lengua sino en español. Y yo conocí en Venecia hartos judíos de Salónica que hablaban castellano, con ser bien mozos, tan bien o mejor que yo.»

algunas de las ciudades, donde habían fijado su asiento²³⁰, consagrando todas sus fuerzas al restablecimiento de sus antiguas *Jesibot* de Persia, Córdoba y Toledo. El prodigioso descubrimiento de Wuttemberg, acontecimiento que vino a causar en el mundo una revolución inaudita, debía también derramar sobre el la imprenta proscrito pueblo de Moisés su benéfico influjo. Se habían puesto entre los hijos de una misma tribu millares de leguas: los separaban naciones enteras, cuyos idiomas eran de todo punto desemejantes; y para conservar la unidad del dogma, para no perder el espíritu de fraternidad que hasta entonces los había unido, acudieron también a la imprenta, y hallaron en este magnífico antídoto de la desgracia el consuelo que habían menester, en mitad de su desolación y de su ruina. Los judíos españoles siguiendo por otra parte el espíritu de especulación de los alemanes, establecieron desde mitad del siglo XVI en varias ciudades numerosas imprentas y aspiraron con el tiempo a un comercio, tanto más importante entre ellos, cuanto mayores habían sido las pérdidas de códices y de libros que en sus peregrinaciones sufrieron²³¹. Así, estimulados por la imperiosa necesidad de hacer tolerable su existencia en los países donde se habían esparcido y en donde no dejaban de sufrir persecuciones; obligados por el precepto de la ley a consagrarse al estudio, y repuestos poco a poco de sus lastimosos a desastres; fueron en algún tanto desechando el abatimiento en que habían caído, llegando a figurar por medio de su industria y su cultura entre los pueblos, a donde los había llevado el viento de su desgracia.

Pero donde más distinciones y mayor riqueza alcanzaron los judíos españoles, fue en las regiones del Norte. Ya desde la época de la expulsión se habían establecido en Amsterdam, Amberes y Bruselas multitud de familias, las más distinguidas en Portugal y en España, y eran notables en aquellas ciudades por sus crecidas haciendas, por la exactitud en sus contratos y por su extremada afabilidad, llamando al mismo tiempo la atención por la claridad de sus ingenios. Estas cualidades que hacían resaltar más su estado de postración y las calamidades que experimentaban, les fueron de día en día conquistando la benevolencia de los naturales, dándoles no poca influencia en el comercio. Posesionados ya de los ánimos, y seguros de lo porvenir, fundaron en aquellas ciudades aljamas y sinagogas, distinguiéndose sobre todas la de Amsterdam, que recibió el nombre poético de *Los Siete montes sagrados*, atendidas su magnitud y la pintoresca situación que ocupaba. Excedía también Amsterdam en el número de familias judaicas a todas las demás poblaciones de aquellos países, y aventajábase del mismo modo en el de ilustres rabinos, quienes dedicados al estudio de las ciencias y de las letras, manifestaban que no se había apagado aun en sus corazones el fuego que en España los había animado.

Por estas sendas vino a ser Amsterdam el centro del judaísmo en aquellas regiones, a lo cual contribuían también en gran manera su posición geográfica, ventajosa y propia para todo género de relaciones. Los judíos que no hallaban próspera fortuna en otras ciudades, corrían a Amsterdam, para mejorarla; los que en mitad de los mares veían desaparecer, a impulso de las olas, sus costosas riquezas, en Amsterdam buscaban puerto de salvación y refugio; los que en la península ibérica se veían perseguidos por la saña de los inquisidores, volaban últimamente a Amsterdam, donde encontraban seguro éxito y amplia libertad para profesar la religión de sus mayores.

Muchas fueron, pues, las imprentas que en esta ciudad se establecieron, a fin de sostener el comercio de libros con los judíos de Levante, que dedicados más exclusivamente a otras tareas, no podían consagrarse a esta clase de trabajos con tanta asiduidad y empeño. Durante los siglos XVI y XVII se distinguían entre todos los establecimientos tipográficos de los hebreos de Amsterdam las

230 Véase nuestra Introducción en la parte relativa a las edades de los hebreos.

231 Ponderando Imanuel Aboab en la segunda parte de su *Nomología*, capítulo XIX, la carestía de los códices dice: «En España había muchos libros manuscritos de rarísima perfección, porque se pagaba por una Biblia correcta y de buena letra cien escudos de oro y a veces más.» Y añade: «Después que los reyes don Fernando de Castilla y don Manuel de Portugal nos desterraron de sus Estados, todos los libros que había se esparcieron, según que sus dueños fueron a habitar por diversas partes del mundo. Mas particularmente entiendo que en la ciudad de Fez en África y en la de Salónica en la Grecia y así en tierra Santa, se hallan aun hoy algunos libros muy perfectos de los escritos en España.»

casas de Mosseh Díaz, David de Castro Tartaz, Joseph Atias, Semuel ben Israël Soeiro, Menasseh ben Joseph ben Israël, Baltasar Vivien; Tomás Van Geel, Jahacob Álvarez Sotto, Mosseh ben Hiacar Brandon, Isahah ben Selemoh, Refael Jehuda León, y Benjamin Joungh; siendo digno de notarse el gran número de ediciones castellanas que salieron de estas oficinas, obras escritas las más por judíos, cuyo saber era generalmente reconocido²³².

Semejante grado de prosperidad no podía dejar de señalarse, en un pueblo adicto en gran manera a las academias, con la creación de una *Iesibah*, a imitación de las que dejamos citadas. Así fue en efecto: tras la fundación de los *parnasim religiosos*²³³ de *Los Siete montes sagrados*, hubo de nacer una academia, donde se tratasen toda clase de asuntos científicos, bien que sirviendo siempre de fundamento a aquellos estudios el sagrado precepto del salmista. Para que nuestros lectores formen idea cabal del carácter de estas corporaciones hebráicas, trasladaremos aquí las palabras que dirige en la dedicatoria de su *Tercera parte del Conciliador* Menasseh ben Israel a los *haberim*²³⁴ de la *Jesibah* de Amsterdam, a cuya creación aludimos. Dice así, Menasseh después de recordar la obligación en que estaban de consagrarse al estudio de la ley:

«Por lo cual, siendo todo esto, muy magníficos señores, manifiesto a vuestras mercedes, deseando como personas de tanta calidad de esta nuestra nobilísima Kehilá (iglesia), entre los grandiosos e importantes negocios, dedicar parte del día a obra de tanto merecimiento, instituyeron vuestras mercedes con grande aplauso una *Iesibah*, en la cual explico cada día un capítulo del sagrado texto, sobre el cual después cuestionan y discurren vuestras mercedes, con tanto ingenio y prudencia que bien se echa de ver tiene aun más fuerza para la doctrina el oído que la vista, pues en breve tiempo se han hecho vuestras mercedes en muchísimas cosas capacísimos. Con que cumplen a tanta obligación y no con pequeño fruto; acomodándose unos tan al natural de otros que como hermanos se ven, y como amigos es una sola voluntad en todos.»

Sucedía esto por los años de 1630 (5408), época en que no alcanzaban los judíos españoles menor bienandanza en los reinos de Dinamarca y de Suecia; siendo agasajados especialmente en el último por el gobierno y distinguidos por los reyes. Desde que la reina Cristina, saliendo de su minoridad, ascendió al trono de Suecia, recibieron en aquel reino una singular protección las ciencias y las letras: convocó aquella insigne mujer a su corte todos los sabios de extrañas naciones y prometiéndoles honores y riquezas, logró en poco tiempo dar un grande impulso a la cultura de su país, promoviendo cuerdamente todos los ramos de la instrucción pública. Señalándose los judíos españoles, que en aquella corte moraban, por su grande amor a las ciencias, quiso también aquella admirable reina darles pruebas de aprecio; y a pesar de su celo por la religión cristiana, que la llevó hasta el punto de abdicar la corona para abrazar más libremente el catolicismo, dispensó a los judíos todo género de honras y distinciones, confiándoles los destinos públicos de mayor consideración e importancia. Así, se la vio nombrar su Gentil-hombre de Cámara y su Secretario a Isahak Vossio, (cuyo padre había sido expulsado de la península ibérica en 1492), y designar a Isahak Senior Teixeira para que la representase en la populosa ciudad de Hamburgo, como su ministro residente. Iguales distinciones recibieron también otros judíos, conquistando esta liberalidad y decidida

232 No creemos fuera de propósito el apuntar aquí que se dedicaron también no pocos judíos al arte de grabado en madera, para exornar con viñetas y figuras las obras que daban a la estampa, según lo exigía la inteligencia del texto y a la usanza de aquellos tiempos. Entre todos se distinguieron R. Salom, Jahacob ben Isahak Méndez, Joseph López de Pinna y Abraham López de Oliveira, el cual ilustró muchas publicaciones y fue muy famoso en la invención y ejecución de los jeroglíficos.

233 Los nombres de los judíos que en esta época constituían el *parnasim* o *sandrim* de Amsterdam, son: Abraham Enríquez de Granada, David Abendaña, don Isahak Orobio de Castro, Jahacob Franco de Silva, Isahak Prado, Aharon Copadosse y Jahacob Herguas Enríquez. Estos eran los que concedían permiso para imprimir los libros que trataban del dogma, encargando su examen a los sabios *hakmim* de la ley, en la misma forma que se hacía a la sazón en España.

234 Los judíos que componían esta Academia eran: Abraham de Vega, David Abraham Telles, Isahak Ergas, Isahak Israel de Faro, Jahacob Bueno de Mezquida, Daniel Yesurun Lobo, Joseph Bueno de Mesquida, Isahak Belmonte, Abraham de Chaves, Abraham Nuñez Enríquez y otros, no menos ilustres por su saber y talento.

protección de la reina Cristina el cariño de aquella raza proscrita, como manifestó el docto Menasseh ben Israel en su *Oración panegírica a su majestad la reina de Suecia*.²³⁵

Los judíos, pues, ayudados de su industria y escudados con su ciencia, se vieron en aquellas tierras honrados y enriquecidos, pareciendo natural que tan próspera fortuna les hiciese olvidar el suelo de España. Pero no fue así: la incansable suspicacia de los inquisidores les enviaba sin cesar nuevos prófugos, que les llevaban con el recuerdo de sus grandezas pasadas abundante materia para renovar sus lamentos, tanto por las persecuciones de que eran objeto los que en secreto judaizaban, como por la amargura que inundaba sus corazones, al escuchar la descripción de las risueñas comarcas, de que habían sido desposeídos sus padres. Estos frecuentes recuerdos contribuían por una parte a mantener viva en los judíos la memoria de España, y eran por otra causa de que los rabinos y los demás hebreos que al cultivo de las letras se consagraban, resfrescasen el estudio del idioma, admitiendo nuevos giros y palabras, y se pusieran también al corriente de los adelantos que iba haciendo la literatura nacional. De esta manera se explica únicamente el que admitieran los judíos la innovación métrica, intentada por Boscán²³⁶ y llevada felizmente a cabo por Garcilaso, hallándose no pocas obras poéticas, como en su lugar notaremos, escritas en versos éndeca y heptasílabos por diferentes judíos; cuando al ejecutarse el decreto de los Reyes Católicos, y aun algunos años después, se usaban solamente los versos de maestría mayor y las demás metrificaciones castellanas; habiendo sostenido Cristóbal de Castillejo una reñida contienda con los innovadores, a quienes daba el nombre de petrarquistas, lo cual prueba el cariño con que los poetas españoles veían la versificación empleada por sus padres.

Estas observaciones que bien pueden aplicarse, por iguales razones, a los demás judíos que habían seguido en su desgracia diferente rumbo, no excluyen de modo alguno la posible suposición de que imitasen en sus obras los que habían tomado carta de naturaleza en Italia, las de los poetas de aquel país, a quienes tomaron por modelos en el siglo XVI los vates españoles. Pero es muy aventurado y contrario de todo punto al hecho universalmente reconocido, el suponer que los judíos avecindados en Italia hicieran versos endecasílabos antes de la innovación de Boscán y Garcilaso: aun cuando esto pudiera probarse (que no es posible), todavía debe tenerse presente que toda la gloria de la innovación pertenece a Garcilaso, pues que sin su brillante ejemplo y autoridad no se hubiera verificado ciertamente la reforma. Esta no fue conocida de los judíos, sino por el conducto que dejamos indicado, siendo digno de observarse que aquel pueblo que por tantos siglos había recibido sus inspiraciones del castellano, no pudiese, aun después de la expulsión, desasirse de su influencia. Parece sin embargo conveniente el apuntar aquí, como observación general, que a pesar de este palpable influjo, el lenguaje usado por los judíos españoles fuera de la península ibérica, no pudo menos de admitir extraños elementos que en parte contribuían a desfigurarlos, siendo muy notable también el que se conservasen frases y palabras propias de la época de la expulsión y desterradas del lenguaje en el siguiente siglo. Esto daba a los escritos de los judíos cierto carácter de arcaísmo, que hubiera sido afectación en los escritores nacionales y que era entre los de aquella raza una condición precisa de su existencia. Aun hoy, en que se ha apagado ya enteramente el espíritu

235 No solamente lograron en Suecia estas distinciones los desterrados hebreos: en Venecia y otros Estados de Italia desempeñaban por estos tiempos algunos cargos públicos, viéndose a R. Jahacob Lumbroso presidir el Consejo supremo del gran duque de Toscana y mereciendo en la vecina Francia Isahak Orobio de Castro, de quien en su lugar hablaremos, y Baltasar Orobio, su hijo, ser nombrados consejeros del rey, sin que fuera obstáculo para ello el que profesasen el judaísmo.

236 Al expresarnos de este modo no perdemos de vista que antes de Boscán se habían hecho en Castilla diversos ensayos para aclimatar la metrificación italiana. En el *Conde Lucanor*, obra escrita a mediados del siglo XIV, se encuentran ya visibles conatos de introducir en el parnaso español los versos de once sílabas; pero donde ya se ve realizado este proyecto es en los apreciables sonetos que el marqués de Santillana remitió a doña Violante de Pradas adjuntas a su *Comedieta de Ponza* y a sus *Cien proverbios*. En la dedicatoria que le dirige decía: «Envíoslá, señora, (la *Comedieta*) con Palomar, assi mesmo los *Cien proverbios* míos y algunos otros sonetos que agora nuevamente he fechos al itálico modo.» Se ve que el ensayo del marqués no era fortuito. Sin embargo, la innovación hubo menester de Garcilaso, para levantarse con el imperio de la poesía española. (*Rimas inéditas de don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana* etc. París 1844, Colección de don Eugenio Ochoa.)

que en los siglos XVI y XVII animaba a los proscriptos hebreos, se observa en las ciudades, donde no ha caducado enteramente el uso del idioma castellano, que se emplean y pronuncian muchas voces del mismo modo que en el siglo XV, tales como *fincamiento*, *aflito*, *fijo*, *facer*, *fablar*, etc.²³⁷

Resumiendo, pues, cuanto llevamos dicho, manifestaremos, que el proscrito pueblo de Moisés, al ser expulsado de España por los Reyes Católicos, corrió los mayores riesgos y penalidades hasta lograr que los pueblos, a donde se acogieron, viesan a sus hijos sin desconfianza y les tendieran una mano protectora. En medio de aquella borrasca y cuando el peligro y las calamidades arreciaban, cada aljama, cada familia tomó la dirección y el camino que más fácil salvación le ofrecía. Así, según dejamos indicado, los judíos españoles se derramaron por una y otra parte de Europa, extendiéndose por las costas del Oriente y del Norte e internándose después en el continente, hasta penetrar en muchas ciudades de la mayor importancia. En todas partes, a donde los llevó su mala estrella, manifestaron que el destierro que sufrían era para ellos la más grande calamidad, recordando con amargura el suelo de donde se les arrancaba y conservando el idioma, aprendido en España por sus padres. Con el trascurso de los años, si no se hallan apagados enteramente en sus corazones los deseos de volver a esta tierra tan querida, carecen ya de la afición con que cultivaron la lengua española durante los siglos XVI y XVII, siguiendo las huellas de nuestros escritores y enriqueciendo con sus obras el parnaso español. Los judíos de la presente época, más dedicados a las operaciones mercantiles que a los estudios científicos, sólo aspiran por medio del comercio, a conquistar en los países donde habitan, una representación política, perjudicial en alto grado a su propia existencia, como pueblo; dando al olvido las glorias alcanzadas por sus abuelos, en la península ibérica durante la edad media, glorias que sostuvieron sus padres hasta principios del siglo XVIII. Y sin embargo, todavía usan y ostentan con orgullo los apellidos que sacaron de España²³⁸; todavía se precian de ser oriundos de nuestras antiguas villas y ciudades.

237 Nuestra querido amigo don J. Heriberto García de Quevedo en unos apreciables artículos sobre su *Viaje a Oriente*, hace relación de los judíos de Smyrna, manifestando que hablan un castellano harto corrompido, en el cual se conservan todavía no pocos giros y frases de la época de la expulsión. Lo mismo sucede en Constantinopla y en casi todas las costas de Levante, según el testimonio de muchos ilustres viajeros.

238 Ya en otro lugar hemos explicado las causas de tomar los judíos los más ilustres apellidos de Castilla, al abjurar del judaísmo. Cuando salieron de España, ya fuese porque temieran que les incomodasen en los puertos y fronteras, ya por hacer ostentación de ilustre prosapia, se vio a muchos apellidarse con los más distinguidos y famosos nombres. Otros (y estos no fueron ciertamente los menos) después de bautizarse y recibir el apellido de sus padrinos, se tornaron nuevamente al judaísmo, alentados por la ilustrada bula de Clemente VII; y conservaron para sí y para sus descendientes los nombres que ya habían tomado. Como prueba de que los judíos, al salir de España y de Portugal, se invistieron con los más ilustres apellidos de ambos reinos, citaremos aquí las octavas en que Sylveira, poeta converso, hace relación de las más nobles casas de Portugal. Casi todos los apellidos que cita eran en su época usados por los judíos de Amsterdam, Hamburgo, Leyden, Bruselas, Amberes etc. He aquí las referidas octavas que tomamos del libro XV del Macabeo:

Aquí acrisola el sol en propias llamas
la nobleza que escribe por los astros,
troncos ilustres de floridas ramas,
Braganzas, Portugales, Alencastros;
Meneses, Silvas, Moras, Faros, Gamas,
Mazcareñas, Pereiras, Losas, Castros,
Noroñas, Ataidés, Vasconcelos,
Alburquerque, Rollins, Tavoras, Melos.

De Coutiños, Cabrais, Castelobrancos,
el nombre el Evo en láminas escribe,
y a los Saas, de la ley del tiempo francos,
la fama en sus anales los recibe.
A Silveiras, en voz de cisnes blancos,
la eternidad memorias apercibe,
a Almeidas, Limas y otros, donde mana
el lustre de la patria lusitana.

Terminando estas observaciones, parécenos conveniente el notar aquí, para completar en lo posible este estudio importante, que precisados por una parte los judíos a procurar su existencia y rechazados a veces aun de las regiones en que se habían prometido mas feliz acogida, no les fue posible consagrarse durante la primera mitad del siglo XVI al cultivo de las ciencias y de las letras con el esmero que en siglos anteriores; siendo por estas causas muy pocas las producciones que en aquel período dieron a la estampa. Mucho habríamos menester extendernos, si en este lugar nos propusiéramos dar una idea de las causas que a esto contribuyeron, antes de llegar los judíos al grado de prosperidad que dejamos indicado. En 1492 y 93 salía de España y Portugal aquella mísera raza; en los mismos años era rechazada de Nápoles y perseguida en Berbería. Abriánsele después las puertas de Constantinopla, Salónica y Pésaro; recibían en Bohemia e Italia benéfica acogida; y las calles de la antigua Bizancio se matizaban en 1542 con la sangre de los judíos; eran en Salónica despojados en 1545 de sus bienes; se veían en Pésaro amenazados de una general matanza en 1553, y Bohemia e Italia se agitaban en 1546 y 1551 contra el pueblo de Israel, por todas partes perseguido, por todas partes humillado.

En medio de tantos conflictos es verdaderamente admirable el verle llegar, a fuerza de constancia de sufrimiento, a los puestos que a fines del siglo XVI y en todo el XVII ocuparon los judíos españoles en diferentes cortes de Europa, como dejamos arriba demostrado. Necesario era en verdad el tesón y la firmeza más heroicos, para conquistar la confianza y benevolencia de sus más tibios protectores; y a pesar de todo, fuerza es convenir en que amaestrados los judíos en la escuela de las adversidades, no omitieron medio alguno para alcanzar el fin que se proponían, sino por medio de las letras (lo cual no era posible entre la agitación y la angustia en que vivían), por medio sí, de la industria y el comercio que eran ya en aquella época los principales elementos de la prosperidad de los pueblos y los vínculos más estrechos de sus alianzas.

No hay, pues, duda alguna en que o las principales casas de Portugal son judaicas, o en que los judíos tomaron de ellas los apellidos; que es lo cierto y lo que sucedió también con los que salieron de España.

II. Siglo XVI.

Duarte Pinel y Abraham Usque. Biblia de Ferrara. Francisco de Frellon. Retratos o tablas del Testamento Viejo. Samuel Usque. Consolación de Israel. R. Jehudah Lerma. Paulo de Dina. R. Israel ben Nagara. R. Joel ben Soheb. R. Reuben Sephardi.

Destruído el imperio de los visigodos en España y apoderados de ella los sectarios de Mahoma, fue tanta la oscuridad e ignorancia que se apoderaron de los vencidos, que olvidada enteramente la lengua latina, se vio obligado Juan, obispo a la sazón de Sevilla, a poner en lengua árabe la sagrada Biblia, «con intento de ayudar a los cristianos y a los moros, a causa que la lengua árábica se usaba mucho y comúnmente entre todos.»²³⁹ Este hecho que manifiesta por sí solo el abatimiento a que en tan breve término llegaron los españoles, al caer bajo el yugo del Islam, debía más tarde reproducirse, cuando vencidos los mahometanos en el último baluarte de su grandeza, sucumbía Granada al poder de los Reyes Católicos. La solicitud y el noble celo de Hernando de Talavera, primer arzobispo de aquella gran metrópoli, le impulsaban a procurar la justa conversión de los moriscos: para conseguirlo, hacía traducir a la lengua árabe los libros de las sagradas escrituras. Y casi al mismo tiempo que esto se verificaba, había menester otro pueblo vencido y proscrito, que se tradujesen al idioma castellano los referidos libros, para que no se perdiera en medio de sus calamidades y peregrinaciones la memoria de la ley venerada por sus padres. Este pensamiento, hijo de la idea de propia conservación engendrado en mitad de tanta borrasca, debía producir los más saludables resultados para la raza hebrea, siendo un título de cariño universal, para los que intentasen llevarlo a cabo.

Dos fueron los judíos que al mismo tiempo le concibieron: Duarte Pinel y Abraham Usque, naturales ambos de Lisboa y ambos establecidos en Ferrara, bajo la protección del Duque Hércules de Este. Convencidos estos rabinos de la necesidad de que no cayera su pueblo en la ignorancia respecto de las Escrituras, único fundamento y norma de su religión, acometieron la empresa de poner la Biblia al alcance e inteligencia de todos, y consagraron a este objeto largas tareas, consumiendo en su realización dilatados años. Parece sin embargo que por convenio entre los dos habido, publicaron los trabajos, que se habían verificado juntos, bajo diferentes auspicios; sometiéndose Abraham Usque a la censura de la Inquisición, lo cual verificó también su paisano, según se advierte en las portadas de ambas ediciones. Dedicó Duarte Pinel su versión al duque Hércules de Este, segundo de aquel nombre, y dirigió su Biblia Abraham Usque a la muy magnífica señora doña Gracia Naci, manifestando los dos que se había hecho la versión *palabra por palabra de la verdad hebrea por muy excelentes letrados*. Ambas ediciones se hicieron en el año 1353 (5313), siendo notables las observaciones que hace el erudito Rodríguez de Castro sobre la identidad de una y otra Biblia.

«Esta edición de Abraham Usque y la de Duarte Pinel (escribe) son tan unas entre sí en lo material y en lo formal que una y otra tienen un mismo título y un mismo prólogo: en ambas hay un mismo orden del número y nombres de los libros de la Biblia, según los hebreos y latinos; un mismo catálogo de los jueces y reyes de Israel; y una misma tabla de los *Haphtaroth* para todo el año: ambas tienen una misma foliación; en ambas hay una misma división de libros y capítulos; unos mismos claros y espacios; unas mismas palabras; una misma forma de letra, que es gótica; y

²³⁹ El P. Juan de Mariana, *Historia general de España*, Lib. III, cap. II. El arzobispo don Rodrigo de Rada refiere este hecho del siguiente modo: «In isto fuit apud Hispalim gloriosus et sapientissimus Joannes, episcopus qui... magna scientia in lingua arábica claruit multis miraculorum operationibus gloriosus effulsit, qui etiam sacras scripturas catholicis expositionibus declaravit, quas ad informationem posterorum arabice conscriptas reliquit. (Edición de Granada 1545.)

unos mismos adornos en las portadas y en cada una de las letras iniciales que hay en todo el tomo; sin otra diferencia que la de estar dedicada la una por Jerónimo de Vargas y Duarte Pinel al duque de Ferrara, con la fecha al fin del tomo por los años de Cristo en esta forma: *en primero de marzo de 1553*, y la otra a doña Gracia Naci por Jom Tob Atias y Abraham Usque y con la fecha también al final del tomo, por los años del mundo, de esta manera: *en 14 de marzo de 5313*.»

Por esta breve y exacta explicación de Castro se viene en conocimiento de que las versiones de Pinel y de Usque deben reputarse como una sola obra; habiendo dado motivo la diferencia de las dedicatorias y de la manera de expresar la fecha a graves errores por parte de los más distinguidos bibliógrafos. Pero sobre no ser de nuestro propósito el dilucidar esta estéril cuestión, indicaremos que basta sólo el comparar una y otra Biblia para reconocer la exactitud de las observaciones de Castro. Ambas versiones merecen, pues, el mayor aprecio, habiendo tenido sus autores presentes cuantas se habían hecho al castellano hasta entonces, según se manifiesta en el prólogo que Jerónimo de Vargas y Duarte Pinel pusieron a su edición.

«Y como en todas las provincias de Europa o de las más (dice) la lengua española es la más copiosa y tenida en mayor precio, así procurée que esta nuestra Biblia, por ser en lengua castellana fuese la más llegada a la verdad hebraica..., aunque para esta no faltaron todas las traslaciones antiguas y modernas y de las hebraicas las más antiguas que de mano se pudieron hallar.»

Y más adelante:

«Fue forzado de seguir el lenguaje que los antiguos hebreos españoles usaron.»

La versión de Ferrara era, por tanto, la más conforme al texto hebreo, recogiendo en ella el fruto de las observaciones de cuantos rabinos se habían antes consagrado a estos trabajos: era además la menos sospechosa, pues que no habían rehusado sus autores el examen, nada blando por cierto, de la Inquisición, sometiendo a su censura. Así, esta Biblia adquiría grande autoridad entre los cristianos, mientras era vista por los judíos con honda veneración y respeto. Sin embargo, será bien advertir que en muchos puntos se aparta de la Vulgata, aunque muy rara vez es opuesto el sentido de sus frases a las de este brillante monumento del cristianismo. El afán de que no hubiese palabra más ni menos, contribuyendo por una parte a hacer oscuros muchos pasajes de los sagrados libros, fue causa por otra de que el lenguaje apareciera lleno de arcaísmos, respirando un aire de antigüedad que no se avenía ya en modo alguno al estado en que se hallaba el idioma español en el siglo XVI. Reconocieron esta verdad los traductores, y para disculpar esta falta, decían en el prólogo ya citado.

«Y aunque a algunos parezca el lenguaje della bárbaro y extraño y muy diferente del polido que en nuestros tiempo se usa; no se pudo hacer otro, porque queriendo seguir verbo a verbo declarar un vocablo por dos, lo que es muy dificultoso, ni anteponer, ni posponer uno a otro, fue forzado seguir el lenguaje que los antiguos hebreos españoles usaron: que aunque en algo extraña, bien considerado, hallarán tener la propiedad del vocablo hebraico; y allá tiene su antigüedad que la antigüedad suele tener.»²⁴⁰

El intento, pues, de ambos rabinos fue dirigido no solamente a conservar por medio de esta versión la integridad y pureza del dogma, sino a perpetuar las interpretaciones que de la ley habían hecho los más sabios de su secta.

Por estas razones, teniendo la *Biblia de Ferrara* un doble significado y siendo una de las primeras obras que los judíos españoles sacaron a luz en país extranjero, nos ha parecido oportuno dar de ella las preinsertas noticias, no creyendo fuera de sazón el poner aquí la siguiente muestra de

²⁴⁰ Esto mismo fue reconocido por R. Isahak de Acosta en el prólogo de sus *Conjeturas sagradas*, dadas a luz en Leyden el año de 1619 (5482) «Su traductor (dice aludiendo a la Biblia de Ferrara) de demasiado exacto tradujo tan en rigor a la letra que además del escabroso estilo que causa la imperfección de algunos adverbios y términos de una lengua con otra, escurece de tal modo el sentido en algunas partes que o no puede entenderse la oración o se entiende muy diferente.» Este mismo resultado produce el detenido examen y comparación entre la Biblia de Ferrara y la hebraica que tenemos a la vista.

su lenguaje, tomada del capítulo sexto del libro I *de los Reyes*. Principia la descripción del templo de Salomón:

«Y la casa que edificó el rey Selemoh para A... sesenta cobdos su longura y veinte su anchura, y treinta su altura²⁴¹. Y el portal sobre faces de palacio de la casa veinte cobdos su longura sobre faces de anchura de la casa: diez con cobdo su anchura sobre faces de la casa. Y hizo a la casa ventanas, miraderos cerrados. Y edificó cerca muro de la casa corredor a derredor, a paredes de la casa derredor al templo y al *debir* (Sancto Sanctorum) y hizo lados derredor. El corredor el de abaxo cinco cobdos su anchura; y el de medio seis con cobdo su anchura y el tercero siete con cobdo su anchura, porque diminuciones dio a la casa derredor de fuera, por no travar en paredes de la casa. Y la casa en su ser fraguada, de piedra entera de movimiento fue edificada; y priones y destal; ningún instrumento de hierro no fue oído en la casa en su seer edificada. Puerta del lado del medio al lado de la casa el derecho y por caracoles subían sobre la del medio y de la del medio a la tercera, etc.»

Tal es el estilo y lenguaje de la *Biblia de Ferrara* que se tuvo después presente en otras muchas ediciones castellanas, hechas en diferentes puntos de Europa²⁴².

Diez años antes de darse a la estampa la Biblia ferraresa, se imprimía en León de Francia una obra enteramente religiosa y que se encaminaba al mismo objeto de Pinel y de Usque. Tenía por título: *Retratos o tablas de las historias del Testamento Viejo*²⁴³ y era en suma una especie de epítome de la Historia Sagrada, escrito en versos castellanos, con el manifiesto propósito de hacer más general el conocimiento de la ley, conservándola en la memoria de la proscrita raza. Es probable que estos *Retratos*, que bien pueden ponerse en manos de la juventud sin temor alguno, fueran escritos algunos años antes de imprimirse: muévenos a formar esta opinión, el que cuando se había consumado ya la innovación de Boscan, siguiere su autor empleando los versos de cuatro cadencias y los de ocho sílabas, sin dar en toda la obra muestra alguna de haberse ejercitado en metrificar a la usanza italiana. Despierta también la curiosidad el que dirija el autor el prólogo, con que principia la obra, al cristiano lector, cuando la época y la ciudad en donde se imprimía, el espíritu y tendencia de la publicación, todo induce a sospechar que esta producción pertenece a uno de los expulsos hebreos. Pero así como Abraham Usque y Duarte Pinel acudían al patrocinio de magnates cristianos para dar a luz la *Biblia ferraresa*, sometiéndose al par a la censura de la Inquisición, así también Francisco de Frellon, tal vez uno de los judíos que después de recibir las aguas del bautismo, habían vuelto al ejercicio de la religión judaica, apeló a la edificación cristiana, para dar a sus *Retratos* esta especie de salvo conducto.

Sea como quiera, es lo cierto que la obra de Frellon anduvo siempre en manos de los judíos, sirviéndoles de catecismo en sus escuelas y siendo tenida por ellos en grande estima. No carece por cierto de mérito considerada bajo su aspecto literario. Fuera del prólogo que está escrito en coplas de arte mayor de nueve versos cada una, se compone toda la obra de quintillas sueltas y sonoras que dan idea ventajosa del talento poético de su autor. En el referido prólogo expone así el objeto de los *Retratos*:

Aquí los exemplos, hazañas, historias,
de los patriarchas y santos profetas:
aquí las visiones y claras memorias,
aquí los triünphos, miraglos, vitorias

241 En el capítulo XII de las *Conjeturas sagradas* de Rabbi Isahak de Acosta, perteneciente al libro *de los Reyes* se lee: «Advierte que los cobdos que aquí se tratan son de dos pies geométricos.» No hemos querido omitir esta curiosa noticia, que contribuye a formar idea de la magnitud del templo de Salomón.

242 Las ediciones más notables que se hicieron, son la de Casiodoro de Reina en 1559 que se dio a luz después en 1586 y 1622; la de Cipriano de Valera, publicada en 1682; la segunda de Ferrara en 5390; 1630; la de Joseph Athias en 1661, 5421; la de Menaseh ben Israel, en 5490, 1650; la de G. Iest en 5300; 1600, y otras varias que por evitar prolijidad no mencionamos.

243 Esta edición, única según Castro, se hizo en Lyon de Francia sólo *el escudo de Colonia* en 1543. (Un tomo en octavo menor.)

de los que tuvieron las vidas perfetas.
 Y las figuras ocultas, secretas
 que el Testamento ya Viejo contiene,
 este tapiz tan breve las tiene,
 como del vivo sacadas muy netas.

.

De tapicerías de extrañas pinturas
 desnuden sus salas los paños de Flandes,
 y vayan afuera profanas figuras,
 ninfas, Cupidos, Junones y horrruras
 Philis y Didos, pequeños y grandes.
 Ingenio sótil, ya no te desmandes
 en fábulas vanas, perdiendo tu trama,
 que incitan los ojos y soplan la llama,
 aunque muy cauto y solícito andes.

Sean tus paños de historias tegidos
 de santos exemplos que aquí verás puestos,
 tus salas y quadras, palacios bruñidos
 de paños de castas historias, vestidos.
 Conviden los ojos a santos propuestos
 y assi gozarán placeres honestos,
 ellos mirando y hablando sin mengua,
 no temas tropiece, ni caiga la lengua
 en cuentos de dioses assi deshonestos.

He aquí como cuenta el pecado de nuestros primeros padres:

Por la serpiente inducida
 la madre Eva a Adam convierte,
 a que del árbol de vida
 de la fruta prohibida
 gusten, y gusten la muerte.

Confusos de su pecado
 van huyendo con aviso:
 un Cherubim esforzado
 con un estoque inflamado
 les defiende el paraíso.

Ara y cava Adám la tierra
 de su trabajo viviendo:
 Eva que causó tal guerra,
 subjeta al varon se atierra,
 en pena y dolor pariendo.

Así refiere la cautividad, y el paso del mar Rojo:

Joseph muerto y sepultado,
 el buen pueblo de Israel
 vive opreso y maltratado:
 Pharaon queda engañado
 de aquel edicto cruel.

Dios se muestra por vision
 al buen pastor Moyses,

y a domar el corazón
del tirano Pharaon
le envia el Señor después.

Cuanto mas Moyses y Aaron
trabajan por ablandar
al pertinaz Pharaon,
tanto en mayor confusion
hace al triste pueblo estar.

Pharaon con mal consejo
persigue los israelitas,
y abriéndose el mar bermejo
ellos pasan, y el mal viejo
muere y sus gentes malditas,

.

Junto a Sinay no menos
el pueblo sus tiendas para
y en sus encumbrados senos
en relámpagos y truenos
el Señor se les declara.

De este modo cuenta el reinado de David:

A David nueva llegó
que el rey Saul muerto era;
y al que se vanaglorió
diciendo que le mató,
él manda que luego muera.

A los philisteos fieros
el buen David los venció;
y aunque eran buenos guerreros,
poniendo leyes y fueros,
tributarios los dejó.

A Urías manda traer
del egército David:
después lo hace volver
con carta que manda hacer
que lo maten en la lid.

Nathan a David reprende
con dichos de semejanza:
David luego que lo entiende
en grande dolor se enciende,
viendo con razón lo alcanza.

.

A David, rey de Jordan
que temblaba de vejez,
Abisay, doncella, dan
porque le alivie el afan
del frio con su niñez.

El libro de Job se halla compendiado en las siguientes quintillas:

Sathan, Dios así queriendo,
a Job mil males vá dando,
la hacienda destruyendo,
los hijos de muerte hiriendo;
Job alaba a Dios, penando.

De sabio y justo varon
Eliphaz a Job arguye:
cuéntale la maldicion
de los malos; sin razón
esa misma le atribuye.

Dios habla a Job y le arguye
por un modo no entendido:
su justicia le concluye
y después le restituye
doblado de lo perdido.

Hace el poeta mención de los libros de Ester y de Judeh, presenta un brevísimo extracto de los salmos y del *Cantar de los Cantares*, y da a conocer los profetas, expresando con sumo acierto la índole particular de cada uno. En esta forma alude a Isaías:

Por pecados de Israel
Isaías a Dios llama;
porque era siervo tan fiel,
que viendo ofender a él,
muchas lágrimas derrama.

Vió la gloria del Señor
Isaías viejo honrado,
y luego con gran dolor
conoció ser pecador
y de Dios fue perdonado.

De este modo habla de Daniel:

Por no querer adorar
la estatua soberviosa,
mandan los niños echar
en la fornaz a quemar;
pero no les daña cosa.

Vision de cuatro animales
a Daniel fue mostrada,
la figura de los cuales
fue de cuatro principales
partes del mundo notadas.

.

Los reyes le son mostrados,
que Egipto y Grecia ternía
y Siria y le son nombrados;
y los bandos declarados
que con persianos habría.

Susana con falsedad
de dos viejos fue acusada:
Daniel vista la maldad

convéncelos con verdad
y dales la pena dada.

Porque provehido fuese
en el lago de leones
Daniel y no muriese,
Dios quiso el ángel tragese
a Abacub con provisiones.

Los *Retratos o tablas de las historia del Testamento Viejo*, terminan de esta manera:

Cuando otra vez conquistar
queria a Egipto Antíoco,
por Hierusalem pasar
vieron cosas de espantar,
que aun el pensallas no es poco.

Fuera o no converso Francisco Frellon, al publicar estos *Retratos*, cosa que puede muy bien ser controvertida, no hemos querido omitir los precitados pasajes, pues que de todas maneras corresponderían a la raza hebraica, siendo por otra parte muy poco conocidos de los literatos. Su mérito principal estriba en la concisión y exactitud de las sentencias, no desmereciendo el lenguaje del que entonces se usaba, si bien como observamos arriba, hay razones para sospechar que fueron estos *Retratos* escritos algunos años antes de darse a la estampa.

En el mismo año de 1553 (5313) publicaba en Ferrara Samuel Usque, judío portugués tal vez pariente de Abrahan, una obra histórica donde revelándose el desconsuelo y la amargura de que el pueblo de Israel se hallaba poseído, al verse arrojado de España y Portugal, se hacían en tono profético los más ardientes votos por su ulterior ventura. Intitulábase este libro *Consolación de Israel* y dividíase en tres diálogos, escritos en idioma portugués, en los cuales introduce el autor a Jacob y a los profetas Nahum y Zacarías, bajo los nombres de Icabo, Numeo y Zicareo. Mas interesante esta obra por su importancia histórica y política y por el fin que Samuel Usque se proponía, que por su mérito literario, no deja sin embargo de llamar la atención de los literatos la disposición de los expresados diálogos y la facilidad y soltura del lenguaje. Trátase en el diálogo primero de las *cousas da sagrada escritura*, hasta la pérdida de la primera casa de Israel; reduciéndose el segundo a la reedificación del templo hasta ser destruido por Tito, y dándose en el tercero cuenta de las *tribulaciones* padecidas por el pueblo de Moisés hasta la expulsión de 1492, decretada por los reyes Católicos, y a su ejemplo ordenada por los príncipes de Portugal desde 1493 a 1506.

Era el ánimo de Samuel Usque, al escribir su *Consolacion de Israel*, mitigar en parte sus penas, y fortificar en medio de las adversidades a sus proscritos hermanos, poniéndoles delante con este intento las persecuciones y cautiverios que habían padecido sus padres desde los primeros tiempos. Llevado de este pensamiento, que viene a reasumir en el diálogo tercero, refiere cronológicamente los sucesos de que fueron víctimas los hebreos en todo el mundo, desde la expulsión de Sisebuto hasta la que en 1553, cuando escribía Usque su obra, sufría en Pésaro aquella miserable raza. Veinte y tres son, según este erudito hebreo, las sangrientas persecuciones que el pueblo de Israel experimentó en aquel periodo, siendo notable que aun después de expulsados de España, les cupiese igual suerte en otras naciones y ciudades, donde habían sido al parecer benévola y recibidos como en el capítulo anterior apuntamos.

La obra de Samuel Usque, viene a ser por estas razones un importante testimonio de la historia hebraica; siendo muy digno de notarse que las tres primeras obras que se daban a luz por los judíos, después de su expulsión, se encaminasen por tan distintas vías a un mismo objeto. La *Biblia de Ferrara* debía asegurar entre la raza proscrita la universalidad del dogma; los *Retratos o tablas de las his torias del testamento viejo* generalizaban entre la juventud y facilitaban su enseñanza; la *Consolación de Israel*, ponderando las pasadas calamidades, mitigaba las desgracias presentes e

infundía aliento nuevo para lo porvenir. Todo tendía, en una palabra, a reparar la despedazada nave de aquella nación infortunada, cuya frente agobiaba el dedo de la Providencia; todo se enderezaba a mantener vivo el espíritu de aquel pueblo incrédulo, que permanecía ciego a la luz de la verdad evangélica, a pesar de tantos desastres como habían caído sobre él, desde el cruento sacrificio del Gólgota.

En medio del universal naufragio, no faltaron celosos cultivadores de las ciencias talmúdicas, los cuales contribuían también por su parte a mantener el espíritu de la proscrita nación hebrea: distinguieronse entre todos R. Jehudah Lerma, Paulo de Dillamado también Robel Jesurun, R. Israel-ben Nagara, R. Joel ben Soheb, R. Reuben Sephardi (el español) y otros que más adelante mencionaremos. Escribió Lerma dos obras ambas talmúdicas y tituladas, la primera *Pan de Judá* y la segunda *Reliquias de la casa de Judá*, manifestando en una y otra que le eran familiares los expositores antiguos y modernos de la Misnáh y del Talmud. Distinguióse Paulo de Dina, por varios tratados, escritos en portugués, sobre las mismas materias; y adquirió grande nombradía Nagara con sus *Canciones de Israel*, obra dispuesta en verso hebraico, para el uso de las sinagogas. R. Joel ben Soheb compuso e imprimió en Salónica el año de 1569 (5529) un comentario de los salmos intitulado: *Terrible en alabanzas*, y en 1577 dio a luz en Venecia otro libro, con el título de *Holocausto del sábado* obteniendo grande reputación entre los judíos por ambas obras. R. Reuben Sephardi escribió finalmente, un tratado que denominó *Libro de la Mesa*, obra impresa en Mantua el año de 1562 (5322) y citada por Wolfio y Bartoloccio en sus *Bibliotecas rabínicas*.

Los escritores rabínicos de esta época, a pesar de sus grandes esfuerzos por aspirar al lauro que habían adquirido los de las célebres academias de Córdoba y Toledo, ni tenían la elevación que aquellas lumbreras del judaísmo, para valernos de la expresión de un escritor respetable, ni podían tampoco alcanzar en sus obras la originalidad que distinguió a Aben Hezra, Quingi y otros.

III. Siglo XVI.

Moseh Pinto Delgado. Sus obras poéticas. Poemas de la Reina Ester. Lamentaciones del profeta Jeremias. Historia de Rut, mohabita. R. Joseph ben Virga. Selemoh ben Melec. Joseph ben Jehosuah. Isahak León. Rodrigo de Castro. Abraham Tsahalon. Joseph Semah Arias.

Florece a fines del siglo XVI en el vecino reino de Francia un judío español que después de haber recibido las aguas del bautismo, había vuelto a abrazar la religión de sus mayores, viéndose por esta causa precisado a dejar la España, ya temeroso de las pesquisas de la Inquisición, ya perseguido realmente por las falanges que a su devoción tenía el Santo Oficio. Llamábase este desvalido hebreo Moseh Pinto Delgado, habiéndose distinguido entre los cristianos con el nombre de Juan.²⁴⁴ Acosado por sus desgracias y viéndose en extraña tierra sin abrigo ni esperanza alguna de volver al suelo nativo, buscó en el estudio de los sagrados libros el consuelo que había menester, para calmar sus penas; y dotado de una sensibilidad exquisita y de un talento claro y elevado, no pudo menos de prorrumpir en tristes y melancólicos cantos. Lamentóse Delgado de la aflicción que le aquejaba, mitigó algún tanto sus pesares con el llanto que brotó de sus ojos, y consolado ya y sosegada su tristeza, quiso recordar los gloriosos días de su pueblo, apelando a la historia de Ester y de Rut, para divertir sus presentes sinsabores. Lloró con Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén; lamentó su destierro y el de sus hermanos; y sus acentos fueron inspirados y patéticos.

Sus poesías eran hijas de un sentimiento verdadero y profundo: gemía por la patria perdida y gemía sin esperanza. Así las producciones de este desconocido poeta se hallan empapadas en una indefinible melancolía, que halaga y cautiva al mismo tiempo, sin que se revele en sus versos el más leve indicio de la desesperación en que cayeron otros escritores de su raza, al verse combatidos por las calamidades que derramaba sobre ellos la Providencia. Moseh Pinto Delgado, lejos de prorrumpir en amargas quejas contra los perseguidores de su grey, se volvía al Hacedor Supremo, para pedirle su salvación, exclamando en esta forma:

En este fiero Egipto
de mi pecado, donde el alma mía
padece la tirana servidumbre,
del tesoro infinito
de tu divina lumbre
a mi noche, Señor, un rayo envía.
Sea tu santa inspiración mi guía;
que, entre la luz del amoroso fuego,
me llame en el desierto, no cursado
de mundana memoria:
allí desnudo, por tu causa, el ciego
velo de error, el hábito pasado,
dichoso suba a contemplar tu gloria:
donde mi ser por milagroso efeto,
en sí transforme el soberano objeto.

Tal vez al decir el hábito pasado, aludía Pinto al bautismo que había recibido en su niñez.

²⁴⁴ Daniel Leví Barrios en su *Relacion de los poetas castellanos*, hace mención de este poeta del siguiente modo:

Del poema de Ester en sacro coro
Mosch Delgado da esplendor sonoro
y corren con su voz en ricas plantas
de Jeremias las endechas santas.

En las *Lamentaciones de Jeremías* que escribió en sonoras, fáciles y elegantes quintillas, dando a conocer que le era familiar este género de versificación, no se ostentó Delgado menos tierno y patético. Tampoco en el *Poema de la Reina Ester* se mostró indigno del objeto que cantaba, manifestando por el contrario en los armoniosos sextetos que empleó en esta producción, que no esquivaba su musa los asuntos heroicos, por más que la habitual tristeza de su espíritu le indujera a exhalar con harta frecuencia apasionadas canciones. Mas humilde en la *Historia de Rut*, usó Mosseh Pinto la artificiosa redondilla, al paso que empleaba en sus odas y canciones las majestuosas estanzas italianas que acababan de tomar en España carta de naturaleza, como han tenido ya ocasión de notar nuestros lectores. Para que puedan estos formar cumplido concepto del mérito de Moseh Pinto Delgado, como poeta, y quilatar las muchas bellezas que derramó en todas sus composiciones, creemos acertado el trasladar a este sitio algunos trozos de las que hemos citado, bastando, en nuestro juicio, la canción que dejamos inserta, para conocer la índole y carácter de las demás, debidas a su musa. Veamos, pues, cómo comienza el *Poema de la Reina Ester*, que es la producción más extensa de este docto judío:

Señor, que obraste en milagroso espanto
altos designios de tu santa idea,
a ti levanta, como tuyo, el canto
porque a tu gloria el instrumento sea,
y aunque atrevida, en su labor presuma,
será trompeta de tu voz mi pluma.

El alma mia en éxtasis resuelve
que con tu fuente refrigere el labio,
o con la brasa de tu ardor que vuelve
justo el inmundo, el ignorante sabio:
confiado diré de alto sujeto,
en mi nuevo loor, tu antiguo efeto.

Que si tu llama en mi tibieza reina,
si anima el corazón tu voz sagrada,
será mi canto la piadosa Reina
que a Jacob libertó de fiera espada,
cuando al volver de sus benignos ojos
legó su sangre al mundo por despojos.

Después de esta invocación, da principio el Poema del siguiente modo:

En Suram, la metrópoli, reinaba
el monarca Assüeros, cuya silla
heredera de Cyro, gobernaba
climas diversos que su scetro humilla;
y dellos el tributo en larga copia
desde la India ofrece la Etiopia.

Describe en seguida la extensión del imperio de Asuero, desde que sujetó Nabucodonosor al pueblo de Israel, dando a las llamas el templo santo; y prosigue pintando el poderío y la opulencia de aquel rey y el banquete a que llamó a la reina Vasty, de esta manera:

Adorna el oro en cuadros diferentes
de exquisita labor altos donceles;
pintados jaspes, mármoles lucientes
el pórfido remata en chapiteles,
y en los extremos dos el arco sube,
cual no formó para él señal la nube.

Rugen las puertas, donde el artificio
 rubio metal en láminas describe;
 grabadas armas muestra el frontispicio
 que con el mundo en la memoria vive:
 las ventanas, do el sol su luz dilata
 cristales son, en círculos de plata.

Incorruptible cedro ornando el techo,
 la obra enreda lazo artificioso:
 granadas de oro y de marfil su pecho
 son a la vista objeto deleitoso,
 y los racimos que el deseo incitan
 con dulce engaño el mismo fruto imitan.

Labrada plata enlosa el pavimento
 que bordado tapiz cubriendo ofende;
 entre columnas sube el alto asiento
 y en cielo de zafiros se suspende;
 en trono de marfil, con arte obradas,
 varias se miran piedras engastadas.

.

Ave no sulca el aire con su vuelo
 ni exquisito animal la tierra cría,
 ni fruto ofrece el más templado cielo,
 ni suave licor la caña envía,
 que no sirva en despojo a su grandesa
 tributo alegre de abundante mesa.²⁴⁵

En nubes de humo suben los olores
 que produce Sabá, que Arabia ofrece
 y el denso cuerpo niega en sus vapores
 la luz al sol, que el rayo le oscurece;
 y entre las brasas, donde aliento exhala,
 lo esparce al viento, sacudiendo el ala.

Hiere las cuerdas la maestra mano
 que al cielo imita en vueltas de su esfera,
 y en armónico labio el cisne humano
 tal vez sigue el compás, tal vez le espera:
 y el son, que roba el alma a los oyentes
 uno se escucha en voces diferentes.

Las estrofas que dejamos citadas son en nuestro juicio suficientes para probar que Mosseh Pinto Delgado describía y pintaba como poeta, dando a sus versos la entonación conveniente. Lástima es que se adviertan ya algunos ligeros resabios de mal gusto en sus locuciones, lo cual no acontece ciertamente en las *Lamentaciones de Jeremías*. Esta bellísima composición que de buen grado trasladaríamos íntegra, a no temer extendernos demasiado, se halla precedida de una invocación compuesta de cinco redondillas, en que Pinto Delgado implora la protección divina, en esta forma:

Señor, mi voz imperfecta
 nacida del corazón,

²⁴⁵ Entre los escritores y poetas judíos que escribieron después de la expulsión, es muy frecuente escribir todas las voces españolas en que se emplea la z con s, como en el siglo XV se hacía entre nuestros escritores. Este es uno de los caracteres que distingue aun hoy el lenguaje que hablan los judíos que descienden de los expulsados de España.

que a vano error se sujeta,
 hoy siga con tu propheta
 el llanto de tu Sion.

Si del polvo a las estrellas,
 del mundo en lo más remoto
 mostró sus vivas centellas,
 el menos y el más devoto
 llore conmigo y con ellas.

Concede de alto tesoro
 tu luz a mi ciega vista,
 tu sciencia en lo que ignoro,
 porque en ageno mi lloro
 a propias culpas resista.

Si veo en el llanto mío
 la parte de humor que encierra
 tu fuente inmensa, confío
 que será como el rocío
 que fertiliza la tierra.

Y aunque sin alas me atrevo
 a tanto vuelo, y me espante
 el ver que mis labios muevo,
 inspira en mi canto nuevo
 porque en mis lágrimas cante.

Terminada esta invocación, empiezan las *Lamentaciones* del siguiente modo:

¿Cuál desventura, o ciudad,
 ha vuelto en tan triste estado
 tu grandeza y majestad?
 ¿y aquel palacio sagrado
 en estrago y soledad?

¿Quién a mirarte se inclina
 y a tus muros, derrocados
 por la justicia divina;
 que no vea en tus pecados
 la causa de tu ruina?

¿Quién te podrá contemplar,
 viendo tu gloria perdida
 que no desee que un mar
 de llanto sea su vida,
 para poderte llorar?

¿Cuál pecado pudo tanto
 que no te conozco agora?
 Mas no advirtiéndome espanto
 que tu fuiste pecadora
 y quien te ha juzgado, santo.

En ofenderle te empleas
 ya por antigua costumbre,
 y en errores te recreas;

y así no es mucho que veas
tus libres en servidumbre.

Pinta después la destrucción y soledad de Jerusalén y prosigue:

La causa porque caíste
y porque humilde bajaste
de la gloria en que te viste,
fue la verdad que dejaste,
la vanidad que seguiste.

Ya no eres la princesa
de todas otras naciones:
ya tu altivez es bajeza:
tu diadema y tu grandeza
se han vuelto en tristes prisiones.

Ya tu palacio real,
humilde, cubre la tierra
en exequia funeral:
la paz antigua es la guerra
y el bien antiguo es el mal.

.

No solo viste perder
la honra que te adornó,
mas tus hijos perecer;
que el Señor los entregó
al más tirano poder.

¿Cómo se puede alentar
tu pueblo entre su gemido,
llegando a considerar
lo que seguir ha querido,
lo que ha querido dejar?...

Llorando dice; ¡Ay de mí!...
¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo
o quién me ha traído aquí?
¡Tan cerca lo que poseo!
¡tan lejos lo que perdí!...

Lloren, al fin, entre tanto
que no descansa su mal
y obliguen al cielo santo;
que no puede ser el llanto
a sus delitos igual.

Apenas hemos podido contener la pluma, al copiar estas quintillas, que tanta ternura respiran, revelando el tono de la verdadera elegía. La *Historia de Rut* comienza también con una invocación dirigida al Hacedor Supremo, y compuesta de cinco redondillas, siendo de notar que las tres composiciones que vamos analizando principien del mismo modo. En la invocación referida se lee:

Señor, si en el mundo tantas
se miran tus maravillas,
cuando los montes humillas,
cuando los valles levantas;

.

Concede, Señor, que escriba
la que, abrazando tu ley,
fue su fruto un santo rey,
su memoria al mundo altiva.

Si de tu espíritu das,
al débil aliento mio,
mi canto, en tu ser confío,
que no se olvide jamás.

La narración es en este poema más sencilla que en el de la Reina Ester, y corre por tanto con más facilidad, si bien carece de la riqueza épica que en aquel se descubre. En cambio se halla sembrada de excelentes sentencias morales, sacadas de los libros sagrados, teniendo todo el poema un sabor bíblico que haciendo agradable su lectura, le presta sumo realce. Como prueba de esta observación que caracteriza la *Historia de Rut* en general, pondremos aquí las redondillas, con que principia, las cuales darán a conocer al mismo tiempo el mérito de esta obra. Helas aquí:

Al tiempo que era Israel
por jueces gobernado;
siendo su daño el pecado,
su llanto el refugio en él;

Después que pasó el Jordán
con segunda maravilla,
de nuevo heredó su silla
quien fue su nombre Abezan.

Faltando en el hombre el celo
que alcanza el eterno fruto,
el campo negó el tributo,
sus influencias el cielo.

Al centro le contradice
la espiga en lo que señala,
cual hombre a quien no se iguala
la obra con lo que dice.

Es heno que inculto y vano
en el tejado creció:
que el hombre en lo que juntó
no pudo cargar su mano.

Falta el gusto y sobra el daño:
que quien el sustento olvida
del alma, en su misma vida,
lo niega a la vida el año.

La tierra en su ingratitud
muestra el mal, si bien encierra:
que mal produce la tierra,
si muere en flor la virtud.

El verde honor que en el prado
en oro el tiempo resuelve,
piedras son, si en piedras vuelve
al corazón su pecado.

El labrador ve perder
su esperanza entre el espanto:

y pues no sembró con llanto,
siembra su llanto, al coger.

Nos hemos detenido tal vez más de lo que cumple a nuestro propósito en el examen de las poesías de este docto hebreo; y sin embargo debemos confesar aquí que todavía trasladaríamos algunos trozos más, si no bastasen los citados, para formar juicio de su talento poético. Llama verdaderamente la atención el contemplar a un hombre perseguido y que vivía en medio de las mayores privaciones y zozobras, cultivar en país extraño el idioma y la poesía nativos con tanta pureza el uno, como brillantes dotes la otra; cuando asomaba ya su cabeza la hidra del mal gusto en la literatura nacional, y talentos tan privilegiados, como Lope de Vega y Góngora, desnaturalizaban la lengua y llenaban de extravagancias nuestro parnaso. Por estas consideraciones es sin duda Mosseh Pinto Delgado digno de todo aprecio entre los poetas españoles que por aquellos tiempos florecieron, siendo verdaderamente sensible que sus erradas creencias le alejasen del suelo patrio, donde, siguiendo la religión cristiana, habría tal vez logrado colocarse entre el apasionado Fray Luis de León y el melancólico Rioja. Sus poesías, que componen un tomo en 8.º de 366 páginas, fueron impresas al parecer en París²⁴⁶ bajo los auspicios del famoso ministro de Luis XIII, Cardenal de Richelieu, a quien fueron dedicadas.

Mencionamos en el capítulo anterior algunos escritores puramente rabínicos, bien que oriundos de España, y apuntamos al mismo tiempo que volveríamos a tratar de estos cultivadores de las ciencias talmúdicas oportunamente. En efecto, a fines del siglo XVI, se distinguían entre los hebreos por su erudición teológica R. Joseph Ben Virga, R. Selemoh ben Melec y R. Joseph ben Jehosuah, dándose a conocer por diferentes producciones que merecieron el común aplauso de los doctores de la ley. Dio a luz R. Joseph-ben Virga una obra titulada *Residuo de Joseph*, en la cual comentó el libro de R. Jesuah Haleví sobre los *Caminos del Siglo* manifestando mucha erudición y talento. R. Selemoh ben Melec se distinguió, como gramático expositor y jurista: su obra más notable y que ha sido traducida al latín diferentes veces, es la que intituló *Perfección de la hermosura*, comentario completo de la Biblia, compuesto con la doctrina de los más célebres expositores judíos. Imprimióse esta importante obra por primera vez en Constantinopla el año de 1554 (5414 de la creación), y dióse nuevamente a la stampa en Salónica por los años de 1567, reimprimiéndose últimamente en Amsterdam en 1685. R. Joseh ben Jehosuah, si bien granjeó grande reputación entre los hebreos como talmudista, se dedicó más de lleno a los estudios históricos, componiendo una obra que encierra las guerras que sostuvieron los reyes de Francia con los turcos, extendiéndose después a enarrar las expediciones que hicieron los cristianos a la tierra Santa y refiriendo los destierros que experimentaron los judíos en Francia y en España desde principios del siglo VII hasta el año 1553. La obra de Joseph ben Jehosuah, designada con el título de *Palabras de los días de los reyes de Francia*, termina con una especie de cronicón o resumen de las crónicas, escritas desde los primeros tiempos hasta el año de 1554, en que se imprimió en Venecia.

Por estos mismos tiempos se hacían también notables R. Isahak León, padre de R. Jahacob, de quien en su lugar trataremos, Rodrigo de Castro, R. Abraham Tsahalon y Joseph Semah Arias, todos oriundos o naturales de España y todos dignos de mencionarse en los presentes *Estudios*. Escribió R. Isahak León distintas obras teológicas, siendo la más apreciada un comentario que hizo del libro de Ester, bajo el título de *Tratado de Ester*, la cual se dio a luz en Venecia en 1665, y se reimprimió en la misma ciudad el año de 1592. También compuso Isahak León otra obra en que exponía varias observaciones sobre el Talmud, a la cual dio el nombre de *Libro nuevo*. Rodrigo de Castro, doctor en medicina por la Universidad de Salamanca, parece que siguió el cristianismo hasta el año de 1596, en que dejando a España, se trasladó a Hamburgo, donde hallaban benévola acogida los expulsos judíos. Cultivó éste especialmente la lengua latina y escribió sobre la ciencia que

²⁴⁶ En el ejemplar que tenemos a la vista, que es sin duda el que consultó Rodríguez de Castro, no consta el año, ni el lugar de la impresión, lo cual sucede también con otras ediciones de aquella época. La dedicatoria está dirigida al Cardenal Richelieu, gran maestro, supremo, y superintendente general de la navegación y comercio de Francia.

profesaba dos obras que gozan todavía de no poca estima, siendo consultadas por los más distinguidos médicos: trata la primera *De universa morborum mulierum medicina*, y se halla la segunda dedicada a dilucidar las más arduas cuestiones de medicina legal con este título: *De officiis medico-politicis, sive de medico-político*. Ambas se imprimieron en Hamburgo: de la primera se hicieron cuatro ediciones; de la segunda dos solamente.

R. Abraham Tsahalon se distinguió como poeta, filósofo y jurista: escribió diferentes obras en hebreo mereciendo la preferencia entre todas el comentario del libro de Ester que se dio a la estampa en Venecia el año de 1621, con el título de *Salud de Dios*. R. Joseph Semah Arias que fue según el mismo dice, capitán antes de restituirse al judaísmo, tradujo al castellano la [*Respuesta de Josepho a Apion Alejandrino*](#), alterando arbitrariamente el orden de capítulos, establecido por el mismo autor, reduciendo dicha obra a más estrechos límites, y pasando los que debiera haber guardado, como traductor. Para que nuestros lectores formen juicio sobre el estilo de Arias, trasladaremos aquí las líneas con que comienza el libro I.

«Paréceme, virtuoso Epaphrodito (dice) que mostré claramente en la historia que escribí en lengua griega, lo que se pasó en espacio de muchos siglos y que consta por nuestras santas escrituras, que nuestra nación judaica es muy antigua y que no trae su origen de otro pueblo. Mas por que muchos dan crédito a las calumnias de algunos que niegan esta antigüedad, fundados en que los mas célebres historiadores griegos no hablaron de nosotros, me obliga a tomar la pluma para hacer conocer su malicia y desengañar a cuantos se han dejado llevar de quimeras, haciendo ver, lo más brevemente que pudiere, a las personas que aman la verdad cuál es la antigüedad de nuestra nación. Y traeré para autorizar lo que dijere los mas célebres y antiguos escritores griegos.»

Esta traducción se imprimió en Amsterdam en 1687, dedicándola David Tartaz al doctor Isahak Orobio de Castro, médico y consejero del rey de Francia.

IV. Siglos XVI y XVII.

Consideraciones sobre el influjo de la Inquisición durante estos siglos. Su espíritu de intolerancia. Sus persecuciones a los hombres más distinguidos en ciencias y en letras. Su indiferencia respecto de los escritores que ofendían la moral pública. Carácter de la literatura. Síntomas de su decadencia. Revolución de Góngora. El culteranismo. David Abenatar Melo. Traducción de los Salmos de David. Su examen. Salmos de Juan Le-Quesne.

Cuando en el capítulo VIII de nuestro primer *Ensayo* dijimos, después de considerar filosóficamente el establecimiento del Santo Oficio, que debió este desaparecer luego que cesaron las circunstancias que le habían dado vida; manifestando al par que en el mero hecho de haber sobrevivido a la grande necesidad de constituir la unidad política y religiosa de la península, fue perjudicial a los intereses del Estado, ofreciéndose como un terrible embarazo a la marcha filosófica del espíritu humano, nos reservamos presentar las pruebas de esta verdad y dilucidarla en el presente *Ensayo*. En efecto, el elemento teocrático que había ido creciendo en España durante la edad media, y que hasta la conquista de Granada había dirigido en parte sus fuerzas contra los sectarios de Mahoma, considerado ya como medio de gobierno y sobrepuesto hasta cierto punto al elemento político, todo lo había invadido, todo lo había sujetado a su carro triunfante, desde principios del siglo XVI. Era esta una época de grandes hechos y de elevadas ideas, en que se agitaba la humanidad entre la verdad y la duda, trayéndose a tela de juicio todos los principios, quebrantándose las antiguas prácticas, y combatiéndose la unidad del dogma. La religión había pedido sus armas a la política y esta había sido investida en cambio con la inviolabilidad de aquella. Entre tantos vaivenes los que confundían, o por ignorancia o por cálculo, los intereses de la tierra con los del cielo, quisieron aherrajar el pensamiento, que con denodado esfuerzo peleaba todavía para mantener su libertad y su independencia.

Felipe II que a mediados del siglo había heredado la corona de Carlos V; temeroso por una parte de que prendiera en España el fuego de la protesta, con las guerras de Flandes, y deseoso por otra de acrecentar el poderío que de su padre había recibido, conoció que era el elemento teocrático la más segura áncora de su gobierno, y llevado de esta idea, no omitió medio alguno para engrandecerlo y exaltarlo. La Inquisición fue en sus manos fácil instrumento a sus proyectos, coronando siempre sus deseos con usura. Pero no en balde se mostraba aquel tribunal tan solícito con el monarca: a medida que le hacía nuevos servicios, exigía de él nuevas inmunidades, extendiéndose de este modo más y más su terrible imperio. Se habían hasta entonces castigado las manifestaciones peligrosas, se habían perseguido los crímenes de sacrilegio y de fe con la mayor severidad y empeño. La Inquisición aspiró, al verse triunfante, al dominio de las conciencias: quiso tener la llave del entendimiento humano, y lanzó sus anatemas contra los que no doblaban la cerviz a sus preceptos, abriendo sus calabozos para cuantos osaban siquiera dudar de la legitimidad de su derecho. Así, en aquel siglo venturoso para el nombre español, mientras volaban las banderas castellanas de uno a otro confín de Europa; mientras las artes y las letras eran cultivadas por los más felices ingenios, emulando las glorias de Italia; apenas hubo un hombre ilustrado que no se viera hundido en las cárceles del Santo Oficio, que no fuese víctima de la envidia y de la ojeriza de los inquisidores.

Ábrase, en prueba de esto. nuestra historia literaria. ¿Cuál fue el galardón que por sus largos estudios, por sus inmortales obras recibieron aquellos insignes varones que ilustran con sus obras el siglo XVI? Dígalo el sapientísimo Pablo de Céspedes, encarcelado y perseguido por el mero hecho de ser amigo del virtuoso D. Fray Bartolomé Carranza, víctima de la calumnia; dígalo Fray Luis de León, honra de la iglesia, que sufrió cinco años en los calabozos del Santo Oficio la más estrecha

prisión, por haber traducido el *Cantar de los Cantares*; dígalos el consumado humanista Sánchez Brocense, cuyo único delito era la claridad de su nombre; dígalos el docto Benito Arias Montano, a quien no sirvió de escudo contra la saña de la Inquisición la amistad del mismo Felipe II; dígalos Pedro de Torregiano y fray Andrés de León, muertos ambos en el oscuro encierro a donde los habían llevado su dignidad y su talento; y díganlos en fin, tantos otros ilustres humanistas y literatos, como sucumbieron a la furia de sus perseguidores, o se vieron obligados a justificarse de culpas que no habían imaginado y de crímenes que no les permitía cometer su propio decoro.

Pero lo que forma un verdadero contraste con este lastimoso cuadro, lo que no puede humanamente explicarse, es que al paso que la Inquisición se ostentaba tan dura e inflexible con los hombres de saber y talento, llevando su celo al punto de cercenar muchas de las obras hasta entonces publicadas²⁴⁷, se manifestase tolerante con los más inmundos escritos, como mancharon entonces la imprenta, escritos que ofendían vivamente la moral pública y cuyos títulos no pueden citarse sin sonrojo. Sin embargo, esto era una consecuencia precisa de la marcha adoptada por el Santo Oficio: no eran los ingenios baladíes los que le inspiraban recelos, los que podían inquietarle en la posesión del omnimodo poder que alcanzaba: temía a los hombres de ciencia y contra ellos dirigía por tanto todos sus tiros. De esta manera la Inquisición gravaba sobre el corazón de los españoles como una horrible pesadilla; de esta manera ahogaba los progresos de las ciencias y de las letras, encerrando el espíritu humano en el círculo de una teología ergotista e intolerante y preparando la época de triste decadencia que había de producir el reinado de Carlos II. La Inquisición, pues, sobreviviendo al pensamiento que le había dado vida, no solamente fue un obstáculo de gran monta para las ciencias, sino que trató de apagar con todas sus fuerzas la antorcha del saber, descarriando los pasos del talento.

Bajo tan fatales auspicios ¿cuál podía ser la suerte de las letras? Desde que con la innovación de Garcilaso se sometieron de lleno los ingenios españoles al influjo de los modelos italianos, la literatura y más las letras, especialmente la poesía renunció a su nacionalidad e independencia y perdió por tanto la índole y carácter que durante la edad media había ostentado. No la animaban ya aquellos sentimientos caballerescos y apasionados, aquella noble fiereza, que distinguía las canciones de nuestros antiguos romanceros: había trocado la cota de malla por el pellico y la espada por el cayado; sustituyendo a la hidalga franqueza de aquellos bizarros caballeros, el lenguaje muelle de refinados e inverosímiles pastores. No pudiendo los poetas bosquejar la vida de las ciudades que los abrumaba, habían salido al campo, para coronarse de beleño y de adormideras; pero ni aun en el campo, ni en sus fingidas Arcadias les fue posible hallar y respirar el aire de que en todas partes carecían. Sus esfuerzos se agotaban en el estéril círculo de las imitaciones; y cansados al cabo de tanta servidumbre, quisieron conquistar la gloria de la creación, sin reparar que iban a ser nuevamente infructuosos todos sus desvelos.

No era ya posible en manera alguna volver a camino, de que se habían voluntariamente desviado: la antigua independencia del ingenio era mas bien un recuerdo lisonjero para los que abrigaban el sentimiento de la nacionalidad, que un hecho de fácil renovación; pues que estaban ya cerradas todas las vías que hubieran podido conducir a este feliz término. Esto en cuanto concierne a la parte que tenía íntima relación con los cultivadores de las letras, las cuales se veían precisamente obligadas a sufrir todas las consecuencias de haberse despojado de sus naturales galas y preceas, para ataviarse con prestadas y extrañas joyas. Respecto a la cuestión de fondo, es decir, respecto de la esencia de las ideas que debían constituir la poesía de aquellos tiempos, ni era permitido a los poetas el dar rienda suelta a su imaginación, ni podían tampoco introducir en sus producciones la luz de filosofía. El camino que debían seguir estaba ya trazado; encontrándose no

247 Cuando visitamos la Biblioteca de San Lorenzo del Escorial, fundada por Felipe II, a quien a pesar de todo, no puede negarse el título de rey ilustrado, encontramos en ella muchas ediciones de obras preciosas, impresas a fines del siglo XV y principios del XVI, impiamente mutiladas por la Inquisición. Entre otras nos causó no poco duelo la del *Cancionero* de Hernando del Castillo, tan torpemente tratada que da la más pobre idea de los que se entretenían en semejantes proezas. Lo mismo nos ha sucedido en otras bibliotecas.

obstante tan erizado de escollos y tan cubierto de espinas que no era fácil emprender una larga carrera, sin caer o sacar al menos las plantas ensangrentadas.

Despojados los ingenios españoles de los elementos que habían caracterizado la poesía propiamente nacional; reducidos al simple oficio de imitadores; cerrado ante su vista el camino de un porvenir brillante y amenazados siempre de incurrir en la desgracia del gran coloso que todo lo dominaba y dirigía ¿cuál debió, pues, ser el éxito de sus nuevos esfuerzos para dar a la poesía la elevación que le faltaba y la dignidad que había perdido?... La restauración no podía ser fundamental en modo alguno: restaba solamente alterar las formas del pensamiento y a este punto se encaminaron los innovadores. Góngora, genio osado y profundo talento, fue el primero que levantó la bandera de la reforma. En sus manos trocó la poesía sus pobres atavíos por ricos y deslumbrantes galas; la trivialidad y prosaísmo de los imitadores se convirtió en culta elevación y altisonante grandilocuencia. Perdió la frase, antes rastrera y por demás sencilla, su humilde estructura; desaparecieron del dialecto poético muchas voces, para ceder el puesto a otras más inusitadas, de más ilustre prosapia y de comprensión mas difícil; se multiplicaron las violentas transposiciones; se prodigaron las hipérboles y figuras; y se dio finalmente nuevo significado a multitud de palabras; produciendo todo esto un cambio tal en la poesía que no era ya posible reconocer en ella a la deidad tan profundamente acatada por Garcilaso. La innovación contradicha en sus primeros días, triunfaba al cabo, aun de sus mismos adversarios, y recogía los aplausos de la muchedumbre, alzándose con el imperio del parnaso castellano. He aquí, pues, el resultado que no podían menos de ofrecer las tentativas de los innovadores, cuando tantos y tan poderosos elementos se habían conjurado contra las musas españolas. La poesía antes solo imitadora, se hizo culta, hinchada y extravagante cuando quiso ser original; porque la opresión del ingenio le arrastra siempre a los mayores extravíos, al aspirar, sujeto aun entre cadenas, a su libertad e independencia; cayendo al fin postrado a impulso de sus febriles convulsiones.

Por este camino, el influjo del Santo-Oficio llegaba hasta el punto de imprimir a la literatura un carácter determinado al paso que como llevamos referido, dejaba caer su mano de plomo sobre las frentes de los mas esclarecidos varones. Pero si la simple sospecha, de que pudiera menoscabarse su terrible pujanza, la conducía al extremo de no respetar nombres tan ilustres como los de fray Luis de León, Arias Montano, Céspedes y Mariana, ¿cuál sería la suerte de los que tildados de judaizantes, se atrevían a tomar la pluma, para comunicar a los demás hombres sus pensamientos? Delito fue este que llevó a muchos desvalidos conversos a la hoguera y que contribuyó quizá a hundir en las cárceles de la Inquisición al apreciable y distinguido poeta, cuyo nombre hemos puesto al frente de este capítulo.

David Abenatar Melo, que había nacido a mediados del siglo XVI, recibiendo las aguas del bautismo, dotado de un claro ingenio y de una imaginación brillante; por inclinación natural más bien que por educación literaria, según el mismo expresa, se dedicó a la poesía. Tradujo al castellano algunos salmos de David y esta manifestación inofensiva de su talento poético, unida tal vez a las sospechas que sobre él abrigaba el Santo-Oficio, le condujo a los calabozos de éste, complicado sin duda en la causa de otros judaizantes. Allí estuvo algunos años, hasta que al fin, reconocida en 1611 su inocencia, fue absuelto y puesto en libertad, huyendo fuera de España y abrazando la religión judaica; porque como él mismo manifiesta en la dedicatoria de la traducción de los Salmos, «la Inquisición había sido para él escuela, a donde se le había enseñado el conocimiento de Dios» con la dureza del tormento. Tal era el fruto que el Santo Oficio obtenía de sus excesivos rigores.

David Abenatar Melo, libre ya de sus perseguidores, concibió el proyecto de hacer una traducción completa de los Salmos, manifestando en las advertencias de que se halla ésta precedida, la causa que a semejante empresa le movía, del siguiente modo: «Para que en nuestro estar y en nuestro andar los cantemos (dice), y los que sirven para llorar en el tiempo de nuestra aflicción y los que para consolación y alabanzas del Señor, continuo. Dejemos vanidades de otras escripturas

vanas; comedias y romances de gentes de extrañedad: apetezcamos lo que es propio nuestro; que a las veces en las píldoras y purgas amargas está la salud del enfermo. Y si estos versos que os presento, pareciere no tienen aquel dulce que los profanos, no os empalaguen: luego haced otros mejores, (vamos de fonsado a fonsado) que yo conozco que estos no pueden tener nombre de versos; que afirmo que aunque los hice no sé medirlos, ni si están con las sílabas que se requieren. Que los hice con un natural que tengo que a haberlo acompañado en mi mocedad con haber aprendido alguna sciencia que esta arte requería, creo que le valiera algo.» Así no sólo explicaba la causa de haber emprendido su obra²⁴⁸, sino que exponía el juicio que de ella había formado, juicio que está por cierto muy distante de corresponder al mérito de esta importante traducción. Aquejado y perseguido siempre por la idea del tormento; animado por el odio más profundo contra el Santo Oficio, no fue sin embargo tan exacto como debiera, salpicando multitud de salmos de amargas quejas y asemejando no pocos pasajes a sus padecimientos. Este espíritu de venganza que abrigaba en su corazón, le llevó al punto de ingerir en el Salmo XXX, que corresponde al XXIX de la Vulgata, la pintura de su tormento en los siguientes términos:

Nel infierno metido
de la Inquisicion dura
entre fieros leones de alvedrio,
de allí me has redimido,
dando a mis males cura,
solo porque me viste arrepentido.
Llamé, de ti fui oído,
enmienda prometiendo
si de allí me sacases:
mostrásteme tus fases
a mis apretadores destruyendo
Que ya cuasi rendido
estaba de ellos; tú los has vencido.
Cuando en duro tormento
me tenían atado
porque a mi hermano y pródigo matase;
helado, sin aliento,
en alto levantado,
mi lazo le pedí me desatase.
Que escribiese y notase,
que yo confesaría
mucho más que él quisiese:

248 En un Romance que precede a la traducción y que dirige Melo al Dios Benigno, se expresa, sobre este punto, en esta forma:

Con tu celo, mas sin sciencia,
por darles vergüenza a ellos*,
tomé en la mano la pluma,
mojada en mis descontentos.

Hice este pobre rasguño
en este lienzo pequeño,
encolado con mis males
que son de color de negro.

.

A ti, Señor, lo encamino
A ti, Señor, te lo ofrezco;
pues conoces que me incita
de tu amor ardiente celo.

* A los judíos que escribían sobre objetos profanos.

que hablase, que pidiese;
 que cuanto me pidieran les daría.
 Mas al suelo bajado,
 con un corazón nuevo te he llamado.
 Acuden los verdugos,
 pensando que tenían
 en mi red a la caza ya pescada;
 desátanme los yugos;
 palabras me decían
 y a todas, mudo yo, no decía nada.
 Con la voz alterada
 me gritaban dijese
 lo que había prometido;
 mas ya de ti vestido,
mentís les dije, sin que les temiese;
 y vuelto a atar de nuevo
 me deshicieron, como cera al fuego.

.

De aquella fuesa oscura
 con gloria me has subido
 vivificando el alma que me diste;
 y en gusto mi tristura,
 mi Dios, has convertido,
 mostrando bien la fuerza que en ti asiste.

Lleno de entusiasmo otras veces por sus nuevas creencias, prorrumpe en apóstrofes e imprecaciones llenas de fuego, pareciéndole que eran llegados los tiempos en que debía venir el Mesías sobre su pueblo, lo cual le movió a intercalar en el Salmo LXVIII los siguientes versos:

Sácanos de esta priesa;
 iremos a tu templo,
 a do con alzaciones
 y los reyes con dones
 te sirvan; que de aquí ya lo contemplo,
 Destruye la compañía
 que lanza empuña y contra ti se ensaña.
 Confirma en nuestros días
 esto que has prometido;
 perfecciona la obra que has obrado:
 envía tu Mesías,
 a tu David ungido
 y levanta tu templo desolado.

Así, los Salmos traducidos por David Abenatar Melo, no solamente encierran notables datos de su vida, sino que dan a conocer en multitud de pasajes el estado de la raza proscrita y revelan los más íntimos sentimientos del poeta. Su alma estaba llena de rencor y de amargura: de un lado tenía delante las calamidades sin cuento que llovían sobre su pueblo; de otro recordaba sus penalidades, teniendo siempre ante su vista la imagen del tormento. Por estas razones se dejaba arrebatar con frecuencia del más fogoso entusiasmo, siendo entonces verdaderamente original y apartándose de la senda trazada por el rey profeta. Sin embargo, necesario es confesar que traslada a veces con la mayor exactitud y valentía los más elevados pensamientos, no echándose de ver que carecía de la instrucción necesaria y que no tenía idea alguna del arte. Esto pueden ya haberlo comprendido

nuestros lectores por los trozos que dejamos citados: para que tengan una prueba de la enérgica entonación que dio David Abenatar a sus versos; trasladaremos parte del Salmo LVIII de la Biblia hebrea, que es el siguiente de la Vulgata:

Oíd, hijos del hombre, vuestra mengua,
los que en audiencias y congregaciones
hablando está justicia vuestra lengua.

Allí derecho dades a montones:
hablais, juzgais por mostraros derechos
y obraís tortura en vuestros corazones.

Vuestros ocultos ponzoñosos pechos
tienen la tierra llena de maldades:
que de tales varones, tales hechos.

Vuestras manos engaños, falsedades,
pesando están continuo, todo el día,
rehollando, aborreciendo las verdades.

Traen desde la vulva la falsia:
malos en ella gozan, y es su mira
cubierta con malvada hipocresía.

¡Erraron!... desde el vientre hablan mentira:
mas que culebros son envenenados:
que su veneno al bueno a matar tira.

A los áspides son asemejados;
que sus oídos cierran al encanto,
porque, si oyen, pueden ser cazados.

Ven al encantador, y ellos en tanto
que las palabras dice, con la cola
cierran su oído, por no oír su canto.

A estos tales, el Dios destruye, asola,
desmenuza los dientes en su boca:
vagan en tierra, como corcho en ola.

Sus colmillos de leones les derroca:
quíébraselos, señor, sean desleídos,
como el agua que baja de alta roca.

.

Derribalos, ¡oh Dios! de su alta cumbre:
vivos los arrebaté tu ira luego
en la tempésta de su ceguedumbre.

Se nota, pues, que Melo se colocaba a la altura conveniente para revelar la sublimidad del Salmista. En sus traducciones se hallan rasgos dignos de Herrera, siendo de advertir que jamás llega a ser oscuro ni hinchado, lo cual atribuimos nosotros a que no conoció la poesía culta de sus tiempos, según confiesa él mismo, como dejamos arriba demostrado. Pudiéramos multiplicar los trozos, para manifestar que David Abenatar Melo poseyó grandes dotes poéticas, siendo por esta causa sensible el que no se encontrara inscrito su nombre en nuestro parnaso, ni haya habido un solo crítico que examine sus obras hasta nuestros días. Esta consideración y el deseo de justificar nuestros asertos, nos mueven a copiar todavía algunos pasajes, seguros de que llamarán la atención de los inteligentes. Así comienza, pues, el Salmo CXIV, que tradujo antes de entrar preso en la Inquisición:

Ya la casa famosa
de Jahacob sin segundo
sale del enojoso cautiverio;
de tierra prodigiosa
y del poder inmundo
del fiero Egipto idólatra y su imperio.

Sale del vituperio
que el bárbaro nefando
con fuerza les hacia;
y llena de alegría
sus famosos pendones levantando;
y el capiten famoso
Moisen delante de él victorioso.

La gloria de la tierra,
morada del Dios vivo.
Jhudah, de santidad llena y colmada,
libre de tanta guerra,
en contento excesivo
se vé con tanto bien, rica, exaltada.

.

De ver tanta grandeza
el ancho mar ha huido;
atrás volvió el Yarden la su corriente:
montes de grande alteza
saltaron con gemido,
como barbeces²⁴⁹ siendo Dios presente .

En la traducción que hizo del mismo Salmo, después de salir de la Inquisición continúa:

Dime, la mar ¿qué viste
que en tu centro escondida,
a mas correr, huyendo, te enceraaste?...
¿tú, Yarden, por qué huiste?...
¿tenéis algún sentido
que para tal milagro hacer os baste,
al hombre avergonzando
que a Dios no loa y vos lo estáis loando?

¿Por qué, como barbeces,
montes, decid, saltásteis?
¿y vos, collados, cuál hijos de ovejas
una dos y tres veces,
cual ellos, retozásteis,
en hacerlo corriendo a sus parejas?
Decidme lo que visteis
que del ser natural todos salisteis?

249 La palabra *barbes* desusada en nuestros días, significa *cabrón* y no *carnero* como dice la Biblia hebraica מִלֵּיאֵךְ וְדָקֵר מִיִּרְהָה que traduce la Vulgata diciendo: *montes exultaverunt sicut arietes*. San Jerónimo le dio la misma interpretación escribiendo: *montes subsilierunt quasi arietes*. En la Biblia ferraresa que tuvo presente Melo se tradujo: *los montes saltaron como barbeces*: la palabra מִלֵּיאֵךְ significa *carneros*, no sabiendo nosotros cómo pudo equivocarse esto por los sabios judíos que hicieron dicha versión, llamando a aquellos *cabrones*. David Abenatar Melo siguió en esto la autoridad de Abraham Usque y de los que le ayudaron en su célebre publicación.

.

Delante del Dios vivo,
cual veis, hemos temblado:
que cielo y tierra tiemblan su presencia.
Y tú, linaje esquivo,
con la razón criado
lo tientes ordinario de paciencia,
pecando y más pecando
y de que has de morir no te acordando.

En los Salmos de David Abenatar Melo se encuentran del mismo modo rasgos de mucha energía, en los cuales se descubre que su alma estaba dotada de un temple superior, para la poesía: en el Salmo XVIII se leen los siguientes, hablando de Dios:

Y puso en arco de furor sus cejas.
Tembló la tierra, el cielo ha tempestado,
los montes desquiciaron sus cimientos
delante el Dios colérico y airado.
Humeó su nariz!!.. rayos violentos
salieron de su boca y abrasólos.

.

Sobre el Querub cabalga, y con presteza
vuela sobre las alas de los vientos,
para quebrar al impío la cabeza.

.

Delante dél por sol nubes llevaba
y a su enemigo fiero, endurecido,
debajo de sus plantas asolaba.

Fácil nos sería en verdad multiplicar los trozos, con que probar cuanto llevamos dicho. Melo no solamente es digno de elogio, como traductor, sino también como poeta. Al escribir los Salmos, empleó los tercetos, martirio de malos versificadores, y sueltas y elegantes *estanzas* de la silva, usando al par de las octavas reales y del romance de ocho sílabas; pero en estas combinaciones no fue por cierto tan afortunado (por más que se esforzó para conseguirlo) como lo había sido en las primeras. Sin embargo, preciso es convenir en que no carecen de bellezas los romances de David Abenatar Melo, pareciéndonos que la repugnancia con que son leídos proviene mas bien de no ser aquella la metrificación mas a propósito para la poesía sagrada, que de su poco o mucho mérito. Al final de los Salmos se encuentra la *barakáh*, o bendición de David y el *Cántico de Moisés*, después del paso del mar Rojo. En el *Cántico de Moisés* se encuentran trozos dignos de trasladarse a este sitio.

Las cuádrigas herradas
del bravo Pharaón y su fonsado²⁵⁰
fueron nel mar quebradas;
que ninguna ha escapado
de la mano de quien las ha guiado.

.

Tús levantantes bravos
por el suelo, Señor, los derrocaste,
tratando como esclavos:

250 Ejército, hueste.

hundiste y castigaste
y en tu ira y furor los abrasaste.

Como coscoja fueron
a quien el fuego furioso llega;
mucho mas se encendieron;
que su maldad los ciega
y a tu justicia recta los entrega.

Con el esprito santo
de tu nariz las aguas se pararon
en montes que fue espanto;
y en ellos se quedaron
las que antes destilando se mostraron.

.

Dentro del mar entrados
guiados de su fuerza y apetito,
fueron de ti asaltados:
soplando con tu esprito
cubrió la mar el fiero y bravo Egito.

Los *Salmos*²⁵¹ de este desgraciado judío, desconocido absolutamente de nuestros críticos y literatos, merecen por último ser estudiados con todo detenimiento. En ellos se encuentran alteradas algunas frases y palabras, conservándose otras antiguas, y desterradas ya del lenguaje, y admitiéndose, en fin, otras de diferentes idiomas y en especial del italiano. Estas observaciones que en parte quedan comprobadas en los trozos arriba transcritos, manifiestan el estado en que se hallaba la lengua española entre los hebreos, a principios del siglo XVII, bien que como en su lugar observaremos, no faltaron en este tiempo doctos cultivadores del habla castellana entre los escritores de aquella raza. Lllaman, no obstante, la atención el uso de ciertos verbos, olvidados ahora, que dan mucho vigor a la frase, prestando no poco nervio a las locuciones poéticas. Entre otros citaremos los siguientes: *soberviar*, por ensoberbecerse; *bizarrear*, por ser bizarro; *envoluntar* por tener aprecio; *aviltar*, por envilecer; *tempestear* por haber tempestad, etc., todo lo cual, contribuye en los Salmos de Melo a producir cierto movimiento en el lenguaje, que les infunde un carácter determinado.

Al terminar el examen de estas producciones, observaremos, 1.º: que las persecuciones del Santo Oficio, fueron tal vez causa de que este apreciable ingenio no se hubiese consagrado a la poesía cristiana, propiamente dicha; perdiéndose en este sentido y descarriándose su talento: 2.º que libre ya de la saña de sus enemigos, no adoleció de los defectos que plagaron a los que por aquel tiempo cultivaban las letras en España. Esto prueba palmariamente cuanto dejamos dicho sobre el espíritu que infundió en la literatura la política del Santo Oficio, reduciéndola al cabo a una miserable esclava, ya que no había tenido aliento para conservar su originalidad e independencia. He aquí, pues, las razones que nos han movido a explicar en este capítulo el estado de las musas castellanas a fines del siglo XVI y principios del XVII. David Abenatar Melo, con su natural

251 El título de esta obra es: *Los CL Psalmos de David; en lengua española, en varias rimas, compuestos por David Abenatar Melo: conforme a la verdadera traduccion ferraresca; con algunas alegorias del autor. Dedicados al D, R, y a la santa compañía de Israel y Jehudah, esparcida por el mundo en este largo cautiverio, y al cabo la Baraka del mismo David y Cántico de Moisés. En Franquaforte año de 5386 en el mes de Elul.* (Agosto de 1626). La edición es tan descuidada y está llena de tantos y tan groseros errores ortográficos que es necesario hacer un detenido estudio para comprender muchas palabras. Esto movió sin duda a su autor a decir en el prólogo, que se vio obligado a ir componiendo como el pintor que retrata, prosiguiendo: «Aun para esto es mi letra tan buena, para alabarme della que diré que lo que escribo apenas después lo sé leer: vean, pues, lo que podria hacer el pobre estampador, que te afirmo de cierto que muchas veces hube lástima de él.» No podía en verdad ser otra cosa, cuando se desconocía la lengua castellana por los impresores: las ediciones que en esta época se hacían en España, también se hallan plagadas de esta clase de defectos.

sencillez e independiente energía, forma un contraste digno del mayor estudio con los poetas culteranos que asediaban el Parnaso en la indicada época.

No terminaremos este capítulo sin apuntar que en la misma época en que florecía Melo, se publicó otra traducción de los *Salmos* hecha por Le-Quesne, «conforme a la versión verdadera del texto hebreo y sobre la misma música de los Salmos franceses.» Cualquiera conocerá a primera vista el objeto de esta obra, la cual se encabezaba con el precepto que había dado origen a los estudios teológicos de los judíos, y que conocen ya nuestros lectores. Para que estos formen juicio de los Salmos de Le-Quesne, copiaremos las dos primeras estrofas del primero de David:

Felice está ciertamente el varón
que no anduvo en consejo o razón
de impíos, ni fue senda de pecadores
ni asentó cerca de burladores:
antes en Dios su voluntad habrá
y día y noche en su ley pensará.

Y como árbol muy hermoso será
plantado junto arroyos, que da
siempre su fruto en su tiempo oportuno,
cuya hoja así no cae en día alguno
y todo lo que tal varón hará
florecerá siempre y prosperará.

Después de los Salmos puso Le-Quesne los *Mandamientos de Dios* y el *Cántico de Simeón*, metrificados en versos cortos. Es notable que esta traducción, en que se propuso Le-Quesne dotar a España de unos Salmos arreglados a la música francesa, carezca de año de edición, ignorándose el lugar donde fue impresa.

V. Siglos XVI y XVII.

Miguel de Silveyra. El Macabeo, poema heroico. Su examen. Menasseh ben Israel. Sus obras: sus poesías. Efraim Bueno, Jonás Abarbanel y otros poetas de Amsterdam. Diego Beltrán de Hidalgo. Sus poesías.

En nuestro anterior capítulo explicamos como vino a su decadencia la literatura española, manifestando que fue aquella principalmente debida por una parte al estado de abyección en que habían caído los ingenios castellanos, a fuerza de ser imitadores, y por otra al omnímodo influjo que ejercía sobre los espíritus el Santo Oficio, lanzando sus terribles anatemas contra los que osaban siquiera hacer uso de su talento, sin impetrar su protección o sin pedirle al menos su venia. Los que abrigando bastante amor a la poesía, para aspirar a la gloria de la creación, se apartaron de aquella trillada senda y acometieron la ardua tarea de refrescar, por decirlo así, el amortiguado arte de Garcilaso, de León y de Herrera, no pudieron ya conquistar la independencia que ambicionaban, ni les fue dado alcanzar el costoso lauro que para sus obras pretendían. La revolución era sólo posible en las formas del pensamiento, y no podía por tanto dejar de ser estéril, cuando no perjudicial a las letras. Desgraciadamente sucedió lo último; sin que sean enteramente responsables de este fatal resultado los que con osado corazón se empeñaron en tan arriesgada empresa, ni pueda tampoco acusárseles de poco doctos, según se ha hecho por algunos. Cuando tantos y tan contrarios elementos se juntan y congregan para desnaturalizar, para descarriar y oprimir el pensamiento, no hay que exigir a los hombres de ingenio que sigan siempre las sendas del buen gusto, no hay que echarles en cara sus extravíos: la causa del error no está en ellos: la causa del error existe en la sociedad que los rodea, y aquí es donde deben buscarla la filosofía y la crítica. Siendo, pues, la literatura el termómetro mas seguro del estado político e intelectual de los pueblos, necesario es convenir en que la revolución de Góngora, revolución inevitable en la postración a que habían llegado las musas castellanas, no pudo dejar de ser lo que fue realmente, alterando la forma poética del pensamiento, quebrantando todas las leyes del lenguaje y sustituyendo a la prosaica sencillez de sus coetáneos el excesivo lujo de hipérboles y metáforas violentas que forma el carácter especial del culteranismo. Góngora, sin embargo, había sido grande hasta en sus extravíos, y el triunfo de su escuela fue por lo mismo más rápido y decisivo.

Entre los que con mayor fortuna le siguieron puede contarse sin duda el doctor Miguel de Silveyra, judío converso de aventajado ingenio e instrucción profunda. Nació en Portugal a mediados del siglo XVI y habiendo estudiado en la universidad de Coímbra la filosofía, pasó después a Salamanca, donde aprendió la jurisprudencia, la medicina y las matemáticas, según expresa él mismo en el prólogo del poema, cuyo título hemos puesto al frente de estas líneas. «El amor de la patria —dice— me debe este cobarde atrevimiento (el de haber escrito el *Macabeo*): que pudiendo tener alguna confianza en estudios de cuarenta años continuos en las universidades de Coímbra y Salamanca, donde en mis principios estudié la filosofía, jurisprudencia, medicina y matemáticas; y habiéndolas leído veinte años en la corte de Su Majestad Católica, con noticias de las ciencias y poética, no me he atrevido a empezar esta acción, sin consulta de los más doctos hombres de España y aprobación de los de Italia, a quienes remití el argumento, antes de dar principio a la ejecución.» Adviértese, pues, que Miguel de Silveyra debía contar ya, cuando comenzó su poema, la edad de cuarenta años, suponiendo que comenzase sus estudios a los diez de su vida; pues que según afirma en el mismo prólogo invirtió veinte y dos años de *perseverantes estudios y censuras* en dar fin y remate al *Macabeo*, pudiendo tener al publicarlo sesenta y dos cumplidos.

Sobre el mérito de este poema hay diferentes y muy contrarias opiniones: los que desentendiéndose del estado de las letras en la época de Silveyra, no se han dignado leerlo, le condenan a un desprecio absoluto, *por lo hinchado y babilónico de su estilo*; los que siguieron las huellas de aquel poeta y contemplaron el éxito prodigioso que obtuvo el *Macabeo* en la república de las letras, se desvanecen en aplausos, contándole entre las mas célebres epopeyas y colocándole al lado de la *Iliada* y de la *Eneida*. Entre estos debe mencionarse Antonio Enríquez Gómez, judío también, que en el prólogo de su *Samson Nazareno*, poema que más adelante examinaremos, decía: «Es tan difícil ascender o llegar a la cumbre de un poema heroico, que entre tantos como los han escrito, sólo cinco gozaron el laurel. El primero fue Homero en su *Ulisea*, en griego; el segundo Virgilio con su *Eneida*, en latín; el tercero el Tasso con su *Jerusalén* toscana; Camoens el cuarto con su *Lusiada*, en portugués; y el doctor Silveyra el quinto con el *Machabeo*, en castellano. Estos varones ilustraron cinco idiomas, sin que tuviese ninguno en el suyo «quien le pudiese igualar: Homero fue divino; Virgilio eminente; Camoens admirable; el Tasso profundo, y Silveyra heróico; y tanto que ha sido el más vehemente espíritu que cantó acción heróica por tan levantado estilo.» Hasta aquí el panegírico y el vituperio: la crítica imparcial y desapasionada debe buscar en el *Macabeo* las bellezas (que son muchas) y los defectos (que no son pocos) para quilatar unas y otros; dando a Silveyra el puesto que por su ingenio y talento merece entre los poetas castellanos del siglo XVII.

Nosotros que profesamos la doctrina de que la epopeya es la poesía de la humanidad, no estamos muy distantes de conceder que el argumento elegido por Silveyra, llena en parte las condiciones del poema épico. «El asunto de este poema, escribe el mismo converso, es la restauración del templo de Jerusalén, hecha por el invicto capitán Judas Macabeo, acción la más ilustre y heroica que conocemos, así por lo misterioso, como por la excelencia y majestad de la historia, digna de ser celebrada por otros ingenios más superiores. Teníala elegida el Tasso para un poema; mas después le divirtieron de este intento particulares obligaciones. Concurren en esta materia todas las circunstancias convenientes, para la introducción de la forma poética, y es tan excelente el asunto que siendo la fábula de los poemas heroicos una imitación de una acción de persona ilustre, totalmente buena, gloriosa, cumplida, posible y de buen ejemplo; no como ha sucedido en *particular*, sino como podía suceder con la perfección de lo *universal*; es esta de este insigne varón en lo singular tan excelente y tan perfecta en todas sus circunstancias que excede a la posibilidad de las universales.»

En efecto, esta acción es una de las que más se prestan a la poesía épica, porque la lucha entre la independencia y la opresión extraña, será siempre objeto de grandes simpatías y fecundo semillero de sublimes y heroicos hechos. Aparecían frente a frente dos pueblos que profesaban diferentes creencias religiosas, que tenían distintos hábitos y costumbres; iban a chocar dos civilizaciones diversas, ostentando cada cual los inmensos recursos que tenían en sus manos para aspirar al triunfo. La elección de argumento, para escribir un poema épico, pareció ser por tanto acertada, lo cual no podía menos de esperarse, atendida la circunspección con que Silveyra había procedido, consultando, antes de emprender su tarea, a los hombres más entendidos de España y de Italia. Pero ¿fue la ejecución de este pensamiento tan feliz como su concepción lo había sido? Para resolver esta cuestión, es necesario considerar dos puntos. Primero: la marcha, contextura y distribución del poema. Segundo sus formas poéticas. Respecto del primer punto, fuerza es decir que Miguel de Silveyra se mostró digno del renombre que gozaba, pues que el *Macabeo* es uno de los poemas castellanos de plan más arreglado, si se exceptúan algunos episodios innecesarios y prolijos que entretienen inútilmente la acción, como sucede con el que introduce en el libro XV, para lisonjear el orgullo de don Ramón de Guzmán, virrey a la sazón de Nápoles, enumerando los timbres y blasones de su casa. La acción, que se distribuye en veinte libros, comienza entregando Dios a Jeremías una terrible espada, para que puesta en manos del Macabeo, sea terror de sus enemigos. Así, interviniendo en el poema desde luego las potestades celestes, se mueve la *máquina épica* de una manera conveniente, abundando lo maravilloso y lo sublime, sin que las más veces

sean violentamente empleados. Judas Macabeo, caudillo experto y valeroso, conduce a sus compatriotas, de victoria en victoria, contra los generales y príncipes de Antíoco, hasta que derrotados estos en diferentes batallas, es muerto Nicanor a manos del mismo Macabeo, salvándose Jerusalén de la opresión en que yacía, y restaurándose a su antigua grandeza el templo santo.

No merecen las formas poéticas ni el lenguaje adoptados por Miguel de Silveyra iguales consideraciones, por parte de la crítica; y sin embargo, bueno será advertir que sus mayores defectos son hijos del estado lastimoso de las letras. Silveyra, como otros poetas de su época, es excesivamente hiperbólico; hace lujosa ostentación de metáforas, muchas veces oscuras y violentas; emplea con frecuencia alegorías intrincadas e incomprensibles, y es finalmente culterano por excelencia, usando a menudo de revesadas transposiciones que hacen el lenguaje extravagante y difícil y desquiciando enteramente la frase, que de otro modo sería sencilla, clara y poética. Estos que ahora señala la crítica como defectos, fueron entonces otros tantos motivos de elogio.

«Cantó este prodigioso ingenio, (escribía por aquellos tiempos un apreciable literato) la acción de un varón heroico en veinte libros, sin que desmayase la pluma desde la primera octava hasta la postrera. Introduce la fábula maravillosamente: los episodios son graves, los versos limpios, profundos y llenos de infinitas ciencias; y sin alterar la historia, cumple con todos los preceptos, reglas y números que debe tener un poema heroico. Camoens en el espíritu excedió a los antiguos, cuanto más a los modernos; pero Silveyra, como más docto en las ciencias, aun se negó al comento de la mayor pluma, pues vemos en su admirable poema un espíritu tan elevado en lo heroico, que no le dejaba, cuando lo escribía, abajar el vuelo, aun en la más lírica acción de su héroe.»

A pesar, no obstante, de los grandes defectos que dejamos indicados, defectos comunes a los demás poetas de aquel siglo, no puede menos de reconocerse en el *Macabeo* que Miguel de Silveyra tenía grandes cualidades poéticas. Su versificación es siempre robusta y sonora; sus locuciones son ardientes, como lo era su imaginación, sembrando en sus versos, siempre que le dejaba libre el espíritu culterano, multitud de bellezas. Aunque nuestro juicio aparezca algún tanto aventurado, apuntaremos aquí que apenas hay en el poema de que tratamos una octava, en donde no tenga la crítica algo que admirar y que condenar al mismo tiempo. ¡Tanto resaltan las bellezas y los lunares y tan dignos de lástima son los ingenios que se vieron en esta época obligados a delirar, para aspirar a la originalidad que tanto ambicionaban! En prueba de cuanto llevamos expuesto, trasladaremos aquí algunos trozos de este poema que tan mal juzgado ha sido hasta ahora. Así describe en el libro I al ejército congregado por el héroe:

Muestra Gades con fuerzas peregrinas
en el sitio fatal, reseña breve,
vertiendo el corazón fuentes divinas
del fuego, donde el mismo Dios se bebe.
De regiones, al piélago vecinas,
donde el sacro Jordán tributos debe,
Segur a quien el Orto en luces baña.
mil guerreros ofrece a la campaña.

.

De los prados que el tiempo fertiliza
y Haroch con verde halago lisonjea
y Chison útilmente tiraniza,
dando tributo al mar de Galilea;
animando del pecho la ceniza,
que en nuevas llamas renacer desca,
bebe Azarias abrasado aliento
diez veces con el número de ciento.

Con mil se ofrece de ánimos valientes
 el fuerte Abesalom a la árdua empresa,
 de donde Ammá con líquidas serpientes
 de montes de Efraim las plantas besa.
 Del clima en que de rápidas corrientes
 Cedron, del mundo abraza la princesa,
 Socipatro, que ardiente honor respira.
 con nueve veces ciento al campo gira.

Insignias Doriteo arbola al viento,
 guiando apenas mil, gente escogida,
 de donde a Elías trujo el alimento
 el ave de nocturna piel vestida...

.

Zacheo que en el ánima atesora
 ilustrado valor de sus trofeos,
 mil conduce del sitio, donde dora
 primero el sol los montes Nabateos.
 Del valeroso Abnér el campo honora
 número igual de climas Nabateos,
 que beben a Maggedo en partes, donde
 en el golfo Siriaco se esconde.

.

De Ariclea beldad vio peregrina,
 de Amor, de Marte ejemplo soberano,
 en tiempo que cedió Salem divina
 los feudos al imperio del tirano.
 Suspenso a su belleza, el alma inclina:
 que la ciega deidad no falla en vano...

Decoro de las huestes, Eleazaro
 cual parto de Nemea parecía,
 en cuyo pecho engendra aliento raro,
 en fraguas del honor, la valentía.
 Si quita el yelmo, muestra el rostro claro
 del planeta que da la luz al día;
 si armado en la campaña se presenta,
 es de Venus horror, de Marte afrenta.

En el libro III pinta del siguiente modo la *Guerra* y la *Ira*, que moran en el Infierno:

La guerra en este piélago sucede,
 a quien lamiendo están sedientos lobos;
 a cuya duración el curso cede
 del que arrebatara los celestes globos.
 El hado por ministros la concede
 daños, insultos, latrocinios, robos:
 allí en quimera el alma se transforma
 que en varios cuerpos en un tiempo informa.

De furias la sobervia frente enrosca
 con las serpientes líbicas la Ira,
 en caterva mortal, fábrica tosca,
 ciega del humo que Plutón respira.

El sangriento dragón se desenrosca
 en medio de las llamas; la Mentira,
 mostrando en libertad su cautiverio,
 dilata el cetro a cavernoso imperio.

En el mismo libro describe la figura de Luzbel en esta forma:

Los orbes con soberbia frente toca
 corvo, que a sus espacios no se ajusta:
 forma blasfemias la sulfúrea boca,
 bañada en olas de la sangre adusta.
 Los ojos ira ardiente que provoca
 a sangriento furor de guerra injusta,
 y en la mano imperial por cetro libra
 fiero dragon que siete lenguas vibra.

Cien brazos la Venganza revestidos
 le dio de furias, con que insultos mueve;
 cien alas la Soberbia de encendidos
 monstruos con que escalar el cielo pruebe.
 La Obstencion proterva los oídos;
 la Envidia el pecho, que sus ansias bebe;
 La Lujuria, apetito de su engaño;
 la Gula el vientre, hidrópico del daño.

Veamos como presenta al héroe en el libro XVIII. exhortando su ejército a la pelea:

Con sereno semblante representa
 valor que en los objetos multiplica:
 breves falanges con la vista aumenta;
 dispone, ordena, ampara, fortifica;
 los celosos espíritus alienta,
 los helados alientos vivifica:
 todo lo rige ilustra y lo modera,
 cual sol que anima la estrellada esfera.

.

Varones, dice, en arma señalados,
 que reprimis las furias del profundo,
 y de celeste espíritu animados,
 os viene corto el ámbito del mundo;
 si con tantos ejércitos armados
 asombra el enemigo furibundo;
 si contra su poder el cielo vuelve,
 en polvo, en humo, en nada lo resuelve.

Ved de nuestros mayores el trofeo,
 cuando oprimieron al Egipto duro,
 cual les formaron ondas de Eritreo
 de movable cristal constante muro.
 De Galaatas mirad pomposo arreo,
 vestido de la muerte el velo oscuro;
 mas deo los ejemplos infinitos,
 si en vuestro pecho están con fuego escritos.

.

Mas yo soy capitán de un pueblo invito,
de una fe, que un poder inmenso adora,
con quien mi diestra en bélico conflicto
siempre obtuvo la palma triunfadora;
valor en la memoria tengo escrito
que en vuestros corazones se atesora:
de la lanza que al pecho el golpe libra
bien reconozco el brazo que la vibra.

¿De qué espada en la hueste macabea
no señaló la diestra que la esgrime?
¿qué flecha corta el aire que no vea
la corva luna que su vuelo imprime?
Conozco que el valor que en vos se emplea
a la cerviz del bárbaro reprime:
dejemos, pues, al orbe por ejemplo
santa restauración del sacro templo.

Estos trozos²⁵² que manifiestan claramente hasta el punto que era poeta Miguel de Silveyra, y a donde le llevaron los extravíos del gusto dominante en su época, son también la más fehaciente prueba de la inexactitud con que han juzgado el *Macabeo* los que le han visto con entero desprecio o le han prodigado inusitados elogios. Los errores de Silveyra son sin embargo, hijos de la escuela que se propuso seguir, más bien que de su talento poético: así es, que al lado de metáforas o de alegorías extravagantes se hallan a menudo imágenes e ideas delicadamente expresadas, abundando los rasgos verdaderamente poéticos y propios de la epopeya. En el libro I describe así el efecto que produjo la palabra de Dios:

Rompió la voz, vibrando el son profundo
los ejes de la fábrica del mundo.

En el II pinta así la refrenada ira del Macabeo:

Mas como al fiero mar ata el arena
la regia majestad su ardor refrena.

En el XVIII pone en boca de Jerusalén, a la cual personifica, este rasgo de melancólica tristeza, tomado oportunamente de Jeremías:

¡Mirad, cuantos pasáis la inculta vía,
si puede haber dolor como mi pena!

Inútil sería multiplicar las citas. El poema del doctor Miguel de Silveyra, a pesar de los graves defectos que hoy encuentra en él la crítica desapasionada; a pesar de no representar las costumbres de los dos pueblos que en él aparecen, con la fidelidad que exige la verdad poética; a pesar de no estar tan bien trazados como debieran los caracteres de sus principales personajes, todavía es una obra digna de estudio y de aprecio, que deben examinar con detenimiento cuantos aspiren a conocer nuestra historia literaria. Para condenar una producción al menosprecio o para tributarle elogios, es necesario ver lo que tiene de bueno y de malo y apreciarlo cumplidamente. Este es el oficio de la crítica.

Al mismo tiempo que Miguel de Silveyra, siguiendo el movimiento de las letras españolas, daba a luz el *Macabeo*, florecía en Amsterdam un judío de extremado talento que dedicado al cultivo de las ciencias y de la literatura, gozó entre los suyos de grande y merecida nombradía, siendo conocido en sus academias con el honroso título de *hakam*, sabio. Llamábase este Rabbi Menaseh ben Israel y era natural de Lisboa, en donde había sido perseguido por la Inquisición

252 La edición que nosotros tenemos a la vista de este poema es de Nápoles, y fue hecha por Egidio Longo, estampador real, en el año de 1638. (*El Macabeo, poema heroico de Miguel de Silveyra*. Philip. IV munificentia.)

distintas veces, hasta que escalando la cárcel donde le tenían, se fugó de España, encontrando en Amsterdam el puerto de salvación que buscaba para su familia. Dedicóse en aquella ciudad al estudio de las lenguas e hizo tan rápidos progresos que no titubeó en asegurar en el prólogo de su *Tesoro de los Dinim*, (Juicios) que tenía conocimiento de diez leguas, lo cual no era fácil encontrar en otro alguno. Ayudado de estos poderosos auxiliares, emprendió Menaseh toda clase de estudios y pudo en pocos años escribir y dar a luz en una imprenta que estableció al efecto, muchas producciones en diversos idiomas; habiéndonos conservado en la obra que publicó con el título de *אבן יקדה* *Piedra gloriosa, o de la estatua de Nebuchadnesar* un largo catálogo de ellas²⁵³. No es de este lugar el detenernos a examinar menudamente cada una de estas producciones, no solamente por ser la mayor parte teológicas, sino porque necesitaríamos para semejante tarea mucho espacio. A nuestro propósito cumple solamente manifestar que Menaseh se mostró docto en todo género de literatura, remitiendo a los que deseen saber algunos más pormenores de sus obras a la *Biblioteca Rabinica de Rodríguez de Castro*, por ser el de este judío uno de los mejores artículos insertos en la misma. Mucho hemos deseado haber a las manos su *Biblioteca rabínica* y su *Traducción de Phocidides*, obras que nos darían sin duda a conocer su mérito como crítico y como poeta: nuestras diligencias han sido desgraciadamente infructuosas, por lo cual habremos de contentarnos con trasladar a este sitio, para que nuestros lectores puedan formar idea de su estilo, como escritor castellano, algún pasaje de las demás producciones. Veamos, pues, del modo que explica en el *Humas* la armonía mosaica del primer libro de la Biblia:

«El primero, dice, que vulgarmente llaman Génesis, deriva el nombre del primer vocablo *בראשית* *en principio*, crió Dios, etc, palabra que admiró a muchos, por contraria a la opinión común y que Aristóteles pudiera con razones demostrar, a no querer hacer a Platón oposición en todo. Bien dijo Mosséh y aun lo probó a los ojos de Pharó con tantos portentos y milagros, para que sepas, dice, *que á Adonay la tierra*; porque estos peripatéticos no dan a la omnipotencia divina ni aun alargar la ala de un mosquito: el mundo, dicen, corre con su natural costumbre. De este exordio, pues, tanto se pagó Onquelos, sobrino del emperador Adriano, que osó decirle haber entrado en el gremio judaico, considerando que hasta los niños de las escuelas sabían lo que Dios había criado en el día primero, segundo, tercero, etc., misterio tan grandiloco, que esto solo bastaba para levantar los ánimos a reconocer una causa de todas las causas y reducirse a obedecer aquel señor, a quien la vida y el ser se debe.»

El lenguaje de Menaseh ben Israel se diferencia muy poco del usado a principios del siglo XVII por nuestros escritores, siendo indudablemente más castizo y elegante que el empleado por los de raza hebraica, en aquellas regiones. A juzgar por la siguiente paráfrasis latina que hace Menaseh del Salmo CXXVI, *In convertendo Dominus captivitatem Sion*, no puede negársele el nombre de poeta, ni el galardón de entendido latinista. Dice así:

²⁵³ Este catálogo contiene las obras siguientes: En hebráico: *Nismat hayim*, 4 libros sobre la inmortalidad del alma; *Pene Raba*, o declaración de los versos de la S. S. comprendidos en el *Rabot*. En español: *La primera parte del conciliador en el Pentateuco*; *segunda en los profetas primeros*; *tercera en los profetas postreros*; *cuarta, en los libros hagiographos* y resto de la Biblia. *El Humas*, con los preceptos afirmativos y negativos; *La Biblia española*; *El Tesoro de los Dinim*; *La económica y Dinim de las mujeres*; *Piedra preciosa*; *De la fragilidad humana y auxilio divino*; *Esperanza de Israel* acerca de las diez tribus; *de la Resurrección de los muertos y día del juicio*, libros tres; *Oración panegírica* a S. M. la reina de Suecia; *Oración gratulatoria* al excelsísimo príncipe de Orange; *Phocidides*, poeta griego, traducido en verso español con notas; *De la Divinidad y autoridad de la ley de Moseh*; *Biblioteca rabinica* con los argumentos, ediciones y particular juicio de cada libro; *Filosofía rabinica*; *La historia judaica* o continuación de Flavio Josepho hasta nuestros tiempos; *De la ciencia de los talmudistas* en todas las facultades y libros que se han de leer en cada una; *Nomenclator arábigo y hebraico*; La fuerza de la necesaria tradición de los preceptos y finalmente una gramática hebraica, *sapha Berura*, con nuevas observaciones suyas. En latín escribió su *Problemata de creatione* y sus obras *De termino vitæ*, traduciendo a esta lengua sabia algunas de las referidas producciones. Además de las ya citadas que eran las compuestas en el año 1655, de edad ya avanzada, compuso más de doscientas epístolas dirigidas a personas doctas. Algunas de estas producciones están escritas en portugués, siendo posible que no todas vieran la luz pública. Tenemos a la vista algunas de las más interesantes, recogidas en Londres por nuestro querido amigo don Pascual Gayangos.

Quum pater omnipotens captam remeare Sionem
 Dulcemque jussit patriam revisere,
 Attoniti stupuere animi, nec opiciaque secum
 Metum librant inter et spem gaudia.
 Vix sibi credunt: veluti qui noctis opacæ
 Sopore pulso, mané versat somnia.
 Pro lacrymis redeunt risus; sua gaudia quisque
 Sermone celebrat, patrium laudans Deum.
 Nec minus attonito stetit ad miracula vultu
 Sic barbarum turba secum mussitans,
 En pater ille Deum quod signa ostendit amoris!
 Hujus saluti gentis usque ut proficit!
 Nec falso, nam signa Deus monstravit amoris
 Præclara, nostræ dum saluti prospicit.
 Ergo alacres læto testamur gaudia plausu.
 Aut tu benigne fac parens ut cæteri
 Iam redeant, plenisque viis sic agmen inundet,
 Ut cestuosi quum flat austri spiritus,
 Indignata suis cohiberi flumina ripis,
 Vaga per agros murmurant licentia,
 Qui malé secundæ commisit semina terræ,
 Et corde tristis multa voluit anxio,
 Si venit uberior seges imbribus aucta benignis
 Exultat hilari cor merentis gaudio.
 Nos quoque longa fuge post tædia, post labores
 Læti arva dulcis patriæ revisimus.
 Te patrium canimusque Deum, semperque canemus
 Agimusque memores atque agemus gratias.

Al mismo tiempo que Menaseh ben Israel cultivaba con tan decidido empeño las ciencias y las letras, florecían en Amsterdam otros judíos que no manifestaban en verdad menos entusiasmo por las musas. Entre todos se distinguían Joseph Bueno, Abraham Pinto, Himanuel Nehemiah, Daniel Abudiente, Mosch de Pinto, David Senior Enríquez, Efraim Bueno, Refael Leví y Jonás Abarbanel, descendiente del célebre Isahak, expulsado de España por los Reyes Católicos.- Publicaron estos escritores algunas obras de no escaso mérito, y mostráronse en especial Efraim Bueno y Jonás Abarbanel, muy entendidos en la traducción que hicieron de los *Salmos de David*²⁵⁴ al idioma castellano, manifestando sus grandes conocimientos en la lengua hebrea. Están estos salmos escritos en prosa, y aunque su estilo es bastante sencillo y a veces demasiado natural, no dejan de ser estimables para los bibliólogos. Quiso Abarbanel dejar en esta obra una muestra de su numen en una composición que puso al final de ella, elogiando a David y aludiendo a la cautividad que el pueblo de Moisés padecía. La expresada producción es como sigue:

Canto David sacros himnos
 dictados de un sacro Genio
 y su profético ingenio
 sacó números divinos.
 Tus hijos por peregrinos²⁵⁵
 viven en duras cadenas;

254 El título de esta traducción es *Psalterio de David, en hebraico dicho thebilim, trasladado con toda fidelidad verbo de verbo del hebraico y repartido, como se debe leer en cada hora del mes, según uso de los antiguos. Amsterdam. Estampado por Joh. por el doctor Efraim Bueno y Jonah Abarbanel. Anno 5410 (1650).*

255 Alude indudablemente al nombre hebreo הַצִּיּוֹרִי que significa el peregrino.

con tantos males y penas,
de la patria desterrados
¿cómo los cantos sagrados
cantarán en las ajenas?

Sobre ríos de Babel
las arpas dejan colgadas:
que las canciones sagradas
pide el bárbaro cruel:
entre Edom y entre Ismael
que se reputan por santos,
ya no nos piden tus cantos:
mas almas piden por pechas²⁵⁶
donde el canto son endechas,
la armónica voz son llantos.

Que a ser en justas razones
es a mi estado indecente
de Sion viviendo ausente
cantar alegres canciones.
Y aunque libre de aflicciones
y de la prisión estrecha,
tan solo para mí hecha,
jamás te pondré en olvido;
y cuando lo hiciere, pido
que se olvide mi derecha.

Fraga, la ciudad materna
tu santuario edifica:
tu maravilla publica
que tu palabra es eterna.
tus corderillos gobierna
con pastor al pátrio nido,
y allí tu pueblo escogido,
cumplidas sus esperanzas,
cantará tus alabanzas
con los Salmos de tu Ungido.

Por estos tiempos vivía en España Diego Beltrán de Hidalgo, hijo de un judío murciano y muy dado al culto de la poesía. Distinguióse sobre todo como glosador de canciones populares e hízolo con tanta fortuna que no podemos abstenernos de copiar aquí la que formó sobre esta conocida redondilla.

¿O no mirar o morir
decís, pensamiento amando?
más vale morir mirando
que no mirando vivir.

Dicha glosa se halla concebida en los siguientes términos:

Dos extremos considero
en el bien por quien suspiro;
uno y otro lisonjero,
que no vivo, si lo miro,
y sino lo miro, muero.

256 Pechos, tributos: es voz anticuada.

Ojos, si habéis de elegir
 el uno para vivir,
 los dos os han de matar:
 o no vivir o mirar:
o no mirar o morir.

Compiten con fuerza y brío
 estos extremos de amor
 uno ardiente y otro frío
 en vos, cobarde temor,
 y en vos, pensamiento mío.
 El temor pronosticando
 mi muerte, dice temblando
 que viva, mire y no quiera
 y vos que no viva y muera
decís, pensamiento, amando.

Mirar que a gloria convida,
 aunque mate, es de tal suerte
 que infunde alientos de vida:
 no mirar es una muerte
 que el amor tiene escondida.
 Pues si tal gloria, espirando;
 se va con morir ganando,
 y con no mirar, viviendo,
 tanto bien se va perdiendo,
más vale morir mirando.

Si no mirar es perder
 la gloria, mire aunque espire,
 pues está el vivir en ver
 si al punto en que muera y mire
 vida y muerte he de tener.
 Si más gloria, con morir
 mirando, habéis de sentir,
 ojos, más bien os está
 el morir, pues tanto va
que, no mirado vivir.

Diego Beltrán de Hidalgo se manifestó en todas sus glosas tan hábil versificador, como en esta; siendo harto notable que, si bien se advierte en sus poesías el discreteo que se había apoderado ya de las musas castellanas y sobre todo del teatro, no adoleció su lenguaje de los vicios de la escuela culta, cuyos extravíos eran canonizados a la sazón por doctos e ignorantes.

VI. Siglo XVII.

Pedro Teixeira. Sus Reyes de Persia y de Harmuz. Su viaje desde la India a Italia. El código o libro llamado el Yasar. Su examen. Isahak Cardoso. Excelencias de los judíos. Imanuel Aboab. Su Nomologia. David Ha-Cohen de Lara. Su tratado del Temor divino. Noticia de varios poetas.

Animados por el espíritu de peregrinación, propio de la raza judaica, y llevados por el interés del comercio, habíanse extendido por todo el mundo los hebreos que salieron de Portugal y de España, no hallándose a fines del siglo XVI y principios del XVII una región, a donde no llevasen con las tradiciones de sus mayores, sus combatidos penates. Entre los judíos que en aquella época se dedicaron con mayor empeño al comercio con los pueblos orientales merece sin duda particular mención Pedro Teixeira, citado como insigne poeta por Daniel Leví Barrios en su *Relación de los poetas españoles*, y ligeramente mencionado por Rodríguez de Castro en su *Biblioteca*. Dedicado este entendido hebreo desde su juventud al estudio de la historia, había notado en las escritas por Procopio, Agathio, Genebrardo, Tornamira y otros autores de la antigüedad sobre las cosas de los persas y pueblos del Asia, el mayor desacuerdo; y aprovechando la ocasión de pasar a aquellas regiones, formó el proyecto de escribir una historia de todos los *Reyes de Persia y de Harmuz*, para lo cual no sólo tuvo presentes las tradiciones populares, sino que consultó las más antiguas y respetables crónicas.

«Comunicando (dice) mi deseo con algunos persas, hombres scientes y de lección no vulgar, después de largos discursos me aconsejaron que para quitarme de confusiones y embarazos, pues me daba gusto saber de sus reyes, me debía conformar con lo que dellos había escrito en sus Crónicas, cuyos autores como testigos más cercanos, referían las cosas menos confusas y con más certeza que las de otras naciones. No me desagradó el consejo, y queriéndome aprovechar de él, inquirí y supe que el libro para con ellos de más autoridad en la historia, era uno que ellos llaman *Tarik-Mirkond* que es la *Crónica de Mirkond*²⁵⁷: procurélo y húbelo, y empleándome en ello, aunque en lo tocante a la Persia y sus dependencias es muy difuso y universal, no quise de él más que lo que aquí te ofrezco del número y sucesión de los reyes de ella, dende el primero hasta el que hoy vive; que por ser cosa nueva y no traída a luz de otro alguno, me pareció digna de presentártela.»

Así explica Teixeira los medios de que se valió para escribir su obra, que por su objeto, por la curiosidad de las noticias que contiene tanto respecto de los reyes de aquellas regiones, como de las pintorescas costumbres de aquellos pueblos, despierta el mayor interés, recreando apaciblemente el ánimo de los lectores²⁵⁸. No menos sabrosa y entretenida es la relación del viaje desde la India oriental a Italia, abundando en curiosos datos y noticias de todo género, que arrojan no poca luz sobre la historia de aquellas regiones. Divídese la *Historia de los Reyes de Persia* en cincuenta y nueve capítulos, seguidos de un índice que contiene los nombres de los que señorearon el expresado

²⁵⁷ Es notable el error en que han caído algunos autores, suponiendo que la palabra *Tarik* era parte del nombre del cronista persa, citado por Teixeira: dicha palabra significa *historia* o *crónica*, no siendo posible que cometa el error a que aludimos ninguna persona que tenga conocimiento en lenguas orientales o haya siquiera leído el prólogo de Teixeira, de donde tomamos estas líneas.

²⁵⁸ El título de esta historia es: *Relaciones de Pedro Teixeira del origen, descendencia y sucesion de los reyes de Persia y de Harmuz, y de un viage hecho por el mismo autor dende la India oriental hasta Italia, por tierra*. En Amberes, en casa de Hieronimo Verdassen. M. H. X. Teixeira escribió la primera parte de esta obra en lengua portuguesa: después la puso en castellano, añadiendo la segunda. Ambas fueron traducidas al francés por C. Cotelendi en 1681, siendo impresas en París con el título de *Voyages de Teixeira ou l'histoire des Rois de Perse*: La edición castellana que dejamos citada, es la única que se ha hecho de esta curiosísima obra, por lo cual es muy estimada de nuestros bibliógrafos.

país hasta la conquista de los árabes, concluyendo esta parte de la obra de Teixeira con la *Relación de los Reyes de Harmuz*. El itinerario del citado viaje se compone de quince capítulos, dando en el primero noticia de otro que hizo desde la India a España, por las Islas Filipinas, y señalando en los siguientes el rumbo que siguió desde Goa a Venecia, en donde termina la relación, manifiesta del modo como pasó después a la ciudad de Amberes, en la cual compuso y dio a luz estas obras.

Mostróse en ellas Teixeira inteligente y erudito, y usó tan sencillo y apacible estilo que se diferencia grandemente en este punto de cuantos escritores ya de raza judaica, ya cristianos, florecieron desde principios del siglo XVII. Teixeira escribe, en efecto, aquella prosa vulgar que no pretendía remedar en su construcción a la lengua latina, conservando toda la frescura y lozanía de que llegaron a despojarla los escritores doctos. En prueba de estas observaciones, veamos como describe a los habitantes y el clima de Harmuz:

«De la gente harmuzy —dice—, la más es blanca y de buena disposición: los hombres caballeros y polidos; las mujeres bellas; hablan todos lengua persiana, aunque no muy usado. Son todos los naturales moros; mas unos Xyays que siguen a Aly, otros Sunys que siguen a Mahamed, y de ellos es el rey. Demás de estos hay muchos cristianos portugueses, armenios, georgianos, jacobitas y nestorianos: hay muchos gentiles, benacines, baugasalys y cambayatys y cosa de ciento y cincuenta casas de judíos. Y aunque la isla de suyo no tiene cosa alguna, se le trahe todo de fuera en mucha abundancia, y todo vale de buen precio y se vende a peso. El cielo y aire es saludable, y en verano raras veces hay enfermedades; porque el terrible calor, con copiosísimo sudor, consume todo el humor maligno; pero en el Otoño se pagan los desgobiernos del verano.»

Así refiere la manera que tenían los reyes de aquellas tierras de deshacerse de sus enemigos, quitándoles la vista:

«Costumbre ya de antes y después muy usada de los reyes de Persia y Harmuz, por asegurarse de aquellos, de quienes se podían temer, que comúnmente eran sus parientes. Y aun hoy se ven en Harmuz en un collado cerca de la ermita de Santa Lucía, a una milla poco más de la ciudad, las ruinas de unas torres, a do los reyes tenían depositados sus parientes ciegos por esta causa. El modo que tenían para quitarles la vista era este: tomaban un bacín de azófar y caliente al fuego cuanto era posible, lo pasaban dos o tres o más veces por delante los ojos del que querían cegar; y sin otra lesión dellos, perdían la vista, ofendidos los nervios ópticos del fuego, quedando los ojos tan limpios y claros como de antes.»

Entre las muchas curiosidades que refiere en el viaje de la India a Italia, se halla la siguiente anécdota, acaecida en Mexat-Aly.

«Hallándome este día, dice, mientras la cáfila reposaba en la cabeza de la laguna, en el rancho de una Xequé Alaby, grande amigo mío, se me quejó de que un camello en que él iba caballero, estaba muy mal tratado de una mano, y que por ser de buen paso sentiría mucho no le durara el viaje. Apenas acababa de decírmelo, cuando le trajeron el camello y con él uno de los pilotos árabes; y haciéndolo echar en tierra, el piloto le tomó la mano, por ver lo que tenía, y hallóle en su planta un grande y profundo agujero, de que mucho se sentía. Limpióselo con un hierro, sacándole de dentro cantidad de piedras menudas y tierra gruesa; y desde lo hubo bien limpio, hinchíolo muy bien de algodón y paños quemados. Hecho esto, tomó un pedazo de cuero, quanto bastó para cubrirle la mano, y se lo cosió en ella, dando un punto en la planta y otro en el cuero, por la parte de dentro; de la misma manera que se suele echar una planta en un chapín de mujer, con tanto artificio que me admiró; y de aqueste modo quedó, pudiendo andar y mejorar, sin recibir más daño.»

De la lectura de este viaje, así como de algunos pasajes de la *Historia de los Reyes de Persia y Harmuz*, se deduce que Pedro de Teixeira o había ya abjurado del judaísmo, cuando peregrinó por aquellas regiones o se apartó a su vuelta de la comunión judaica. Sus obras son, de cualquiera manera que esto sucediese, dignas del aprecio y examen de los eruditos, pudiendo asegurarse que en ningunas otras posteriores se encuentran tantos y tan curiosos datos relativos a los países de Oriente.

Por esta misma época se escribía en Nápoles un libro, que merced a la erudita diligencia del distinguido orientalista don Pascual Gayangos, ha llegado a nuestras manos, y que por su celebridad entre los hebreos y por no haberse dado a la estampa, así como por su mérito literario, merece particular estima. Intitúlase *Libro de las generaciones de Adam* y es conocido por los judíos con el nombre de *El Yasar* que significa *El Recto*; habiendo inventado sus autores una larga y maravillosa historia, para darle mayor importancia. Refieren, pues, que fue escrito por un sabio de los setenta que llamó Ptolomeo (Talmay) para que escribiesen el libro de la ley y que «después de este rey, tomaron amistad los israelitas con su hijo y buscaron modo para sacarle los setenta libros de sus tesoros y dejaron solamente éste... Y desde este tiempo —prosигuen—, se extendió este libro por toda la tierra, hasta que llegó a nuestra mano, en el cual hallamos escrito parte de reyes de Aram y de Italia y de África que reinaron en los días los estos.»²⁵⁹ El libro de las generaciones de Adam se compone de ochenta capítulos, terminando con la muerte de Josué (Jehosuah) y con las guerras de los cananeos (quenanitas.) Su estilo es enteramente hebraico, lo cual induce a creer que o es una traducción de esta lengua, o afectó su autor el lenguaje, para darle cierto aire de antigüedad, de que en realidad carece. Los giros, las construcciones son casi siempre hebraicas y muy semejantes a las de la Biblia de Ferrara: las palabras son corrientes y usuales, no presentando apenas vestigio de arcaísmo. Por esta causa creemos nosotros que *El Yasar* fue escrito en el siglo XVII, lo cual vemos indudablemente confirmado en las composiciones poéticas que se intercalan en algunos capítulos. En estas poesías se echa de ver que el autor no conocía tal vez por principios el arte de metrificar, pues que altera a su placer y mezcla los asonantes y los consonantes no pocas veces; pero en cambio no carecen sus versos de entusiasmo y de vigor, revelando no despreciables dotes poéticas. Así describe en el capítulo VII la fábrica de la torre de Babel:

Para que nuestro valor
se eternice, y nuestra fama
con el tiempo volador
por todo el mundo se esparza;
una ciudad fabriquemos
ancha mucho y dilatada,
con alta muralla y fuerte
por todas partes cercada.
Y en medio de esta ciudad
una torre encastillada,
tan alta que su cabeza
con el cielo sea tocada.
Y en habiendo conseguido
que del todo sea acabada,
el mundo sujetaremos
debajo de nuestras plantas.
.
Y no nos esparciremos
por miedo de las batallas
sobre faces de la tierra,
para haber de sujetarlas.
.
Y cuando ya la tenían
alta mucho y encumbrada,

²⁵⁹ Del códice que tenemos a la vista, que es de letra de principios del siglo XVII falta esta parte del original, que ha sido arrancada de una manera violenta. Sólo ha quedado una especie de división geográfica de Italia, España, Francia, Génova, Hungría, Polonia, Moscovia, Tracia, Alemania, Grecia, Isla de Creta, Asia y Persia. El códice no es, sin embargo, menos apreciable.

rebelaron contra Dios
y hacerle guerra pensaban.

.

Dijo el uno: Subiremos
a lo alto y con escalas
desde allí combatiremos
contra las esferas sacras.
El segundo también dijo:
Subiremos con gran maña
al cielo y colocaremos
a nuestro Dios en su estancia.

Dijo el tercero arrogante:
Subiremos sin tardanza
y contra Dios peharemos
con arcos, dardos y lanzas,

.

Y luego se dispusieron;
y muchas flechas disparan
contra el cielo, que caían
todas en sangre bañadas.

Es notable la historia que refiere en el capítulo XI, explicando el origen del nombre de Pharaon. Cuenta cómo fue a Egipto Rejayón, habitante de Sinar, que impuso violentamente a todos los que habían de enterrarse una contribución de plata y oro, llegando a reunir inmensas riquezas, y añade:

Luego Rejayon compró
gran cantidad de caballos;
y para haber de domallos
muchos hombres alquiló.

El pueblo se queja de la tiranía de Rejayón en esta forma:

Mucho, señor, nos maltrata
que no dejes enterrar
ningún muerto, sin pagar
gran cantidad de oro y plata.

Noticioso el rey de este desacato, manda comparecer a su tribunal al autor de tales violencias: Rejayón envía al monarca diez jóvenes con otros tantos caballos, ricamente ataviados, y

Tras ellos entró un presente
de plata y oro acendrados,
caballos enjaezados,
piedras preciosas de Oriente.

Y tras de él incontinente
Rejayón muy adornado,
de sus varones guardado,
ante el rey se presentó;
luego a tierra se humilló
y el rey se quedó admirado.

.

Preguntó el rey por sus hechos
y él con su mucha prudencia,

con su elegancia y su ciencia
dejó a todos satisfechos.

.

Tanta elegancia tenía
y agrado tan singular
que en oyéndole hablar
que encantaba parecía.
La ciencia y soberanía,
de que el tal era dotado,
bastó para ser amado
del rey con grande afición,
y en lugar de *Rejayón*
Pharón fue después llamado.

El libro de *El Yasar* es, finalmente, una obra de bastante mérito, considerada bajo su aspecto histórico, por el orden y exactitud con que se cuentan los acontecimientos.

Pertenecen también a la primera mitad del siglo XVII dos escritores, cuyos nombres dejamos en muchas partes de estos *Estudios* mencionados; habiendo tenido presentes sus obras, tanto respecto de la parte meramente histórica, como de la literaria. Fácilmente se comprenderá que hablamos de Rabbi Isahak Cardoso y de Rabbi Imanuel Aboab, autor el primero de las *Excelencias de los hebreos*, y el segundo de la *Nomología*²⁶⁰.

Fue Cardoso natural de Lisboa, y profesó la religión cristiana con el nombre de don Fernando: estudió medicina en la universidad de Salamanca, donde tomó el título de doctor, ejerciendo con aplauso aquella facultad en Valladolid y en la corte de España, hasta que, vuelto a los errores del judaísmo, pasó a Venecia, figurando allí entre los primeros sabios de la academia judaica. Escribió este docto hebreo varias obras de medicina y filosofía²⁶¹ en lengua latina, y dio a luz otras producciones históricas, siendo digna de mencionarse, entre todas, la que compuso con el título de *Excelencias de los hebreos*, como llevamos ya indicado. Tenía por objeto esta obra que dedica al *muy noble y muy magnifico señor Jahacob de Pinto*, vindicar a los judíos de las acusaciones que se les dirigían en su tiempo, manifestando para desvanecer aquellas, las virtudes que había abrigado siempre la proscripta raza.

Para lograr dicho intento, divide Cardoso su obra en dos partes: la primera es apellidada *Excelencias*, y la segunda *Calumnias*. Una y otra se componen de diez artículos o capítulos, en los cuales vierte este ilustre renegado toda la doctrina judaica, desplegando una erudición profunda y sazónada, respecto de la historia antigua y moderna, y sobre todo respecto de la escritura sagrada. Engólfase no obstante con demasiada frecuencia en cuestiones metafísicas, y cae en no pocos errores, hijos de su fanatismo religioso, desconociendo a veces el espíritu de los tiempos, y perdiendo de vista la verdad de los hechos que analiza. A pesar de todo, parécenos conveniente apuntar aquí que el libro de Rabbi Isahak Cardoso es de grande utilidad para el estudio y conocimiento de las costumbres hebraicas desde los más antiguos tiempos. Bajo este concepto, no cabe duda alguna en que debería ser conocido y consultado por nuestros teólogos, si bien con el juicio y circunspección debidos. Aunque en el trascurso de esta obra dejamos ya citados algunos

²⁶⁰ *Las Excelencias de los hebreos*, por el doctor Isahak Cardoso: impreso en Amsterdam en casa de David de Castro Tartas. En el 1699 (5439 de la creación). *Nomología: discursos legales, compuestos por el virtuoso hakam R. Imanuel Aboah, de buena memoria*, estampados a costa y expensa de sus herederos en el año de la creación 3389 (de J. C. 1620).

²⁶¹ Estas obras fueron: *De febris sincopali*, impresa en Madrid en cuarto, año de 1681; *Philosophia libera*, en cuya introducción hacía una breve reseña de la historia de la filosofía hasta su tiempo, impresa en Venecia en folio, 1633; un tratado en castellano sobre la utilidad del agua y de la nieve y de las virtudes del agua caliente y fría, dado a la estampa en la misma ciudad en 1637; y otra obra sobre el *Origen y restauración del mundo*, en la cual manifiesta grandes conocimientos cosmográficos, publicada en Madrid en 1633 (5102 de la creación.)

trozos que pudieran servir para formar juicio del estilo empleado por Cardoso en sus *Excelencias*, todavía trasladaremos a este sitio el siguiente pasaje tomado de la 7.^a, en que trata de los perfumes del templo:

«El zahumerio (dice) hacía el sacerdote dos veces al día, mañana y tarde: la materia constaba de once simples y se hacía una vez cada año: era de olor suavísimo y afirman los sabios que era tan excelente, que se sentía el olor en Iericho, buena distancia de Ierusalaim. Hacíase por magestad y veneración de la casa santa; digno de los palacios reales, suavísimo deleite del alma. Era el perfume y olor admirable; diferente de cuantos inventaron los hombres, materia ordenada por el Señor. Es perfume la cabeza y principal de los sacrificios: ataba y pintaba milagrosamente todos los servicios santos de acá bajo con las excelencias supremas, y por eso se llama *Ketoret* que en Caldeo quiere decir *atador*. Su virtud testifica su grandeza; porque este perfume detiene maravillosamente la mortandad y la destierra; como se vio en el caso de Korah, que viendo Mosch haber comenzado a picar la pestilencia, mandó a Aarón que hiciese el zahumerio, y hecho, cesó el mal; y su lectura se tiene por gran preservativo contra males contagiosos. Los Príncipes de las tribus en la dedicación del Tabernáculo hicieron del perfume fundamento; y como dice Selemoh: *Zahumerio y aceyte hacen alegrar el corazón. Que los sacerdotes bendigan a Isrrael.*»

Ya han tenido ocasión nuestros lectores de juzgar del mérito literario del Rabbí Imanuel Aboab, que mereció entre los suyos el título de sabio, por sus grandes estudios en las ciencia talmúdica. Por esta causa no juzgamos necesario el reproducir aquí nuevas muestras de estilo.

Distingúase también entre los judíos de Amsterdam y de Hamburgo David Cohen de Lara, hijo de Isahak, e individuo de la Iesibah de la segunda población, manifestando grandes conocimientos en el estudio de las lenguas y muy especialmente en el de la hebrea, harto desconocida ya de los judíos por aquellos tiempos. Tradujo Lara al castellano entre otras producciones²⁶² un tratado del *Temor Divino*, extratado del libro conocido entre los hebreos con el título de *Ressith Jocmah*, tratado que mereció las alabanzas de sus coetáneos, siendo elogiado por Rabbi Joseph Francés en el siguiente soneto:

Aquel reflejo, o rayo cristalino
del sol que os ilumina soberano,
con que en la noche del *galut* tirano
a luz de libertad abrís camino;

Aquí, como en retrato peregrino,
doctas le imprimen vuestra pluma y mano,
mostrando fácil el remedio humano,
en cognoscencia del *temor divino*.

Este en que el mismo amor campea tanto,
en años mozo, en ciencias dilatado,
gloria os hace a Israel y al mundo espanto.

Rico de vuestro ingenio, este tratado
como de erario de lenguaje santo,
si era sin precio, será máspreciado.

El tratado del *temor divino* está dividido en cuarenta y dos capítulos, siendo una obra puramente teológica. Para que puedan juzgar nuestros lectores de su mérito literario, pondremos aquí parte del capítulo XXXII, en que habla de la muerte. Dice de este modo:

262 Rabbi David Cohen de Lara escribió un *Comentario del Pentateuco* con el título de הקוני האוד o *Direcciones de la luz*; un Diccionario Talmudico llamado כתר כהונה *Corona de los Santos*; tradujo al castellano los *Cánones éticos de Maimónides*, obra que dio a luz en 1622 (5423) con el título de *Tratado de moralidad y regimiento de la vida de Rabenu Moseh de Egipto, por David Lara*, y puso en español el tratado sobre los artículos de la ley del mismo Maimónides, con otro sobre la Penitencia.

«A propósito de la muerte que tanto horror y miedo debe causar al pecador y la cuenta estrecha que en ella debe dar a su Criador, se leen unas palabras de muy sana doctrina y raro ejemplo y soberana reprehensión del famoso Rabbi Meir de gloriosa y pía memoria. Introduce un diálogo y coloquio que el Señor hace con su querido pueblo de Israel diciendo: ¿Es posible, hijos míos, que no bastaron los trabajos y persecuciones para enmendar vuestra vida y costumbres? ¿No aprovecharon las reprehensiones, protestas y exhortaciones para os dirigir y encaminar a mi servicio? ¿No hicieron impresión en vos los muchos pronósticos del mal futuro y amenazas de calamidades trasmigraciones y captividades? ¿No ha sido de fruto alguno para con vosotros el largo discurso de tiempo y la mucha paciencia y equanimidad con que me he tratado, preceptos ni preceptores, legados y mensageros que solicitaban con cuidado vuestra felicidad y mi servicio? ¿No pudieron reducirvos a él maldiciones y execraciones, anatemas y denuestos? ¿No bastaron para quebrantar la contumacia de vuestro ánimo los consuelos y faustos sucesos de vuestra prosperidad? ¿No os persuadieron a ello la vergüenza, ni miedo tuvo entrada en vuestros pechos, recelando de aquel tan horrible y espantoso día de la vida futura ni el terror de la cuenta que de vuestras obras por menudo se ha de tomar?... Pues sabed de cierto que aquel a quien ninguna de estas cosas le amedrenta, pierde el galardón de sus buenas obras, evita y priva a su persona de infinitos bienes, los años de su vida son muy pocos, la fama, nombre y predicamento suyo malo y abominable. »

David Cohen de Lara usa con frecuencia de giros y palabras anticuadas ya en la época en que escribía, tales como *espanamiento*, *fonsado*, *encomendanza*, *afermosiguar*, *tranzar*, etc. Esto produce cierto amaneramiento en su estilo, generalmente hablando, si bien no carece de vigor y sencillez su lenguaje, como demuestra el trozo que dejamos copiado.

También florecían en esta época otros escritores y poetas judíos dignos de ser aquí mencionados. Daniel Leví de Barrios en su *Relación de los poetas castellanos* cita a David Enríquez Pharo, autor de un poema en elogio de Rabbi Nuñez Bernal y hace lo mismo respecto de Isahak ben Polgar; Isahak de Silva que compuso un poema sobre la *Creación del mundo*; Jahacob Castillo; Jahacob Belmonte que hizo un poema contra la Inquisición y escribió en verso la Historia de Job; Elias Menchorro; Jahacob de Piña que dio a luz las *Chanzas del ingenio y dislates de la Musa*, en 1656; Joseph Rosales, distinguido médico y autor de un poema intitulado *Bocarro*; dando finalmente curiosas noticias de otros muchos que más adelante mencionaremos.

VII. Siglo XVII.

Antonio Enríquez Gómez. Sus obras. Sus poesías líricas. Sus academias morales y sus poemas. El Samson Nazareno. La Culpa del primer peregrino.

Habíase inaugurado el siglo XVII en medio de la revolución literaria, introducida por Lope de Vega en el teatro y de la innovación culterana proclamada por Góngora. Los restos de la literatura propiamente española se habían acogido bajo la bandera levantada por Lope, mientras que se inscribían entre los prosélitos del culteranismo los partidarios de la imitación italiana. Al cabo avasallaba Lope la escena: el drama caballeresco nacía, al ser evocados los antiguos recuerdos y tradiciones, y la literatura recobraba en parte su pasada independencia, amaneciendo nuevos días de gloria para el ingenio español. El teatro absorbió, pues, la atención de cuantos sentían en sí fuerzas suficientes para levantar el vuelo a otras regiones, en donde se respirase el aire puro de la libertad del pensamiento, siendo por esta causa tan considerable el número de poetas dramáticos que siguieron las huellas del gran Lope, cayendo como él en los errores culteranos. Entre estos se distinguieron sobre todos Tirso de Molina, Rojas, Ruiz de Alarcón, Moreto y el inmortal don Pedro Calderón de la Barca. No alcanzaron tanta gloria otros apreciables escritores, ya por que no tuviesen tan elevadas dotes dramáticas, ya porque el público, preocupado y subyugado por las bellezas de las obras de aquellos, veía con cierto desdén sus producciones; ya porque se viesan obligados a ocultar sus nombres, para obtener el aplauso de la muchedumbre; y ya en fin porque los impresores o libreros daban a luz sus obras con nombres ajenos, para lograr más fácil salida a esta peregrina mercadería. Esto ha sido causa con harta frecuencia de que hayan nuestros eruditos caído en notables errores, atribuyendo a un poeta comedias que no había pensado escribir sin duda; esto obligó ya en el siglo XVII al mismo Calderón a formar el catálogo de sus composiciones teatrales, rechazando no pequeño número de las que sin fundamento se le atribuían.

Entre las comedias que excluyó Calderón de su catálogo y corrían ya como suyas, se hallan algunas que tenemos a la vista, escritas por Antonio Enríquez Gómez, conocido en la corte de Castilla con el nombre de don Enrique Enríquez de Paz; quien habiendo profesado desde niño la religión cristiana, abrazó al cabo el judaísmo, perseguido por la Inquisición de Sevilla. Era Enríquez de Paz natural de Segovia e hijo de un converso portugués, llamado Diego Enríquez Villanueva: dedicado ya en su juventud a los estudios de las humanidades, apenas contaba veinte años cuando entró en la milicia, llegando a obtener una capitanía y el hábito de San Miguel en premio a sus servicios militares. No bastaron estos a ponerle a cubierto de los tiros del Santo Oficio: complicado en la causa de otros judaizantes, apenas tuvo tiempo para salir de España, peregrinando muchos años por varias naciones y dirigiéndose al fin a Amsterdam, centro común de perseguidos. Supo en esta ciudad que había sido quemado en estatua en la capital de Andalucía el 14 de abril de 1660, día en que fueron también castigados por judaizantes ochenta personas de ambos sexos.

Este destierro que hacía más insoportable la triste seguridad en que el capitán Enríquez de Paz estaba de no poder restituirse a su patria, dio a sus poesías, especialmente a las producciones líricas, un colorido y entonación hartamente notables, poniendo de manifiesto la amargura de que se hallaba su corazón poseído. Así es que en sus sonetos, odas y canciones recuerda a menudo y llora hondamente su desgracia; deduciéndose de algunos pasajes de sus *Academias morales* que se vio obligado a salir de España en 1636, como se advierte en los siguientes versos, tomados de una de las epístolas insertas en la *Academia cuarta*. Alude a las persecuciones de la Inquisición que sufrían los judíos:

Que anda ese mar sobervio alborotado
no me hace novedad, señor Leonido:
que no hay firmeza en el humano estado.

En seis años de ausencia es permitido
trocar esa lumbrera luminosa,
cuanto mas un compuesto dividido.

.

El siglo, como ves, langostas cria
y no es mucho que tale un falso amigo
espigas del honor con tiranía.

Yo no fié jamás del enemigo;
porque un malsín, en mi opinión, no es gente:
con justa causa este consejo sigo.

Las *Academias morales*, primera obra que dio a luz Enríquez en país extraño, fueron impresas en 1642. Llama también la atención el que a pesar de la amargura que respira en todos sus versos y principalmente en las *Epístolas a Job*, en las cartas ya citadas, y en la elegía a su peregrinación, inserta en la *primera academia*, no se ensañe contra sus perseguidores hasta el punto que lo hicieron otros judaizantes expatriados, ni prorrumpa, como ellos, en terribles apóstrofes contra el Santo Oficio, siendo en extremo embozadas las alusiones que hace al tribunal referido. Esto nos induce a creer que no había perdido Enríquez la esperanza de volver a España, lo cual resalta en los siguientes tercetos, sacados de la elegía mencionada:

Si con volver mi fama restaurara,
a la Libia cruel vuelta le diera:
que morir en mi patria me bastara.

Pero volver a dar venganza fiera
a mis émulo todos, fuera cosa
para que muerte yo propio me diera,

Ampáreme la mano poderosa:
que con ella seguramente vivo,
libre desta canalla maliciosa.

A pesar de sus vehementísimos deseos por volver al suelo de la península ibérica, parece fuera de duda que Antonio Enríquez Gómez, nombre con que es conocido en la república literaria, murió en tierra extraña. Es muy notable por cierto que desterrado y perseguido, conservase tanto afecto a la lengua española, escribiendo en ella todas sus obras. De estas da noticias el mismo Enríquez, diciendo en el prólogo de su poema heroico, intitulado *Samson nazareno*, de esta manera:

«Los libros que he sacado a luz, porque lo digamos todo, son las *Academias morales*; la *Culpa del primer peregrino*; la *Política angélica*, primera y segunda parte; *Luis dado de Dios*; la *Torre de Babilonia* y este poema de *Samson*. Hacen nueve volúmenes en prosa y verso, todos escritos desde el año de cuarenta al cuarenta y nueve: a libro por año, u a año por libro. Acomódalos como quisieres²⁶³. Prometo a mis amigos y aficionados, dándome Dios vida, la segunda parte de la *Torre de Babilonia*, *Aman* y *Mardocheo*, el *Caballero del Milagro*, *Josué*, poema heroico y *Los triunfos inmortales* en rimas; y este último será el que más presto daré a la estampa. Mucho prometo para tan flacas fuerzas; pero no puedo dejar de escribir, ni mis émulo de censurar.»

²⁶³ Estas obras se publicaron; *Las academias morales* en Madrid 1660 y en Barcelona 1701; *La culpa del primer peregrino*, en Roham 1644 y en Madrid 1735; *El siglo Pitagórico* en Roham 1647 y 1682; *La Política angélica* en Roham 1647; *Luis dado de Dios* en París 1645; *La torre de Babilonia* en Roham 1647 y en Madrid 1670, y el *El Samson Nazareno* en Roham 1656. Las demás producciones que promete a sus amigos, si se imprimieron, no han llegado a nuestras manos.

Sobre las obras dadas ya a luz, al escribir este prólogo, dice el mismo Enríquez Gómez lo siguiente: «Si entro en la *Torre de Babilonia* es para sacar documentos de confusión; si deseas verme filósofo moral, lee mis *Academias*; si político *La Política Angélica*; si teólogo mi *Peregrino*; si estadista *Luis dado de Dios*; si poeta este poema (el de *Samson*): si cómico mis *Comedias*; y si burlas y veras el *Siglo pitagórico* que por el capricho ha sido amado de los que le han leído, sin pasión o con ella.»

No puede en verdad hacerse un juicio más breve de estas producciones: tralúcese, no obstante, en demasía el concepto aventajado que Enríquez Gómez tenía formado de su propio talento.

Sea como quiera, no puede negársele que se distinguió por su saber entre los ingenios de la corte de Felipe IV, figurando también entre los poetas dramáticos que más brillaron en aquella época.

«En mi tiempo (escribe en el prólogo ya citado), dejando aparte el Adam de la comedia que fue Lope, hubo muchísimos poetas. D. Antonio de Mendoza, secretario de Apolo²⁶⁴ se llevó el palacio; el doctor Juan Pérez de Montalván entre muchas comedias que escribió, puso en las tablas la *De un castigo dos venganzas*, con que se vengó de sus émulos: notable ingenio fue este; don Pedro Calderón por las trazas se llevó el teatro; Villaizán, por lo conceptuoso los ingenios; el Doctor Godínez por las sentencias los doctos; Luis Vélez por lo heroico fue eminente. No olvido a D. Francisco de Rojas, ni a D. Pedro Rosete, Gaspar de Ávila, D. Antonio de Solís, D. Antonio Cuello y otros muchos que con acierto grande escribieron comedias. Las mías fueron veinte y dos, cuyos títulos pondré aquí, para que se conozcan por mías, pues todas ellas, o las más que se imprimen en Sevilla les dan los impresores el título que quieren y el dueño que se les antoja. *El Cardenal de Albornoz*, primera y segunda parte; *Engañar para reinar*; *Diego de Camas*; *El Capitán Chinchilla*; *Fernán Méndez Pinto*, primera y segunda parte; *Celos no ofenden al Sol*; *El Rayo de Palestina*; *Las sobervias de Nembrot*; *A lo que obligan los celos*; *Lo que pasa en media noche*; *El Caballero de Gracia*; *La prudente Abigail*; *A lo que obliga el honor*; *Contra el amor no hay engaños*; *Amor con vista y cordura*; *La fuerza del heredero*; *La Casa de Austria en España*; *El Sol parado*; y *El Trono de Salomón*, primera y segunda parte. Estas fueron hijas de mi ingenio y de breve se darán a la imprenta en dos volúmenes.»²⁶⁵

Se ve, pues, que este entendido judaizante quiso recorrer todos los campos de la literatura, aspirando a la gloria de filósofo, político, teólogo, estadista y poeta épico, cómico y lírico. No en todos estos terrenos nos parece tan digno de alabanza; pero sí demuestra en todos que se había consagrado al estudio con admirable laboriosidad, desplegando no poco ingenio en las obras meramente literarias. Como nuestro objeto sea examinar aquí el mérito de Enríquez, bajo este punto de vista, sólo consideraremos a este escritor como poeta lírico, épico y dramático, dándole también a conocer en el palenque de la sátira. En este ingenio, como en casi todos los de su época, se distinguen dos escritores: el poeta imitador de la literatura italiana y el poeta culto. En uno y otro concepto hay que lamentar la servidumbre y el extravío del ingenio. Enríquez, cuando sigue las brillantes huellas de Petrarca, no se deja avasallar sin embargo, por el espíritu de imitación hasta el punto de perder la originalidad de los pensamientos. Hay en sus poesías líricas algo más que la belleza de la forma: hay en ellas belleza de expresión y de sentimiento, lo cual contribuye a darles

264 Este es el nombre de una de las academias que en aquella época existían en Madrid. Otras eran conocidas con los títulos de *Minerva*, *Talía* etc. Góngora que de todo se burlaba, dio a alguna de estas corporaciones el apodo de Academia de la Mula, en uno de sus sonetos burlescos.

265 Enríquez Gómez se queja de la rapiña de los libreros de su tiempo con sobrada razón: entre las comedias atribuidas a Calderón y rechazadas por él mismo, según afirma Vera Tassis en su *Verdadera quinta parte*, se cuentan *La prudente Abigail*, *Engañar para reinar* y *Celos no ofenden al sol*. *A lo que obligan los celos* fue impresa con el nombre de don Fernando de Zárate, y otras varias se han atribuido a otros poetas, siendo muy pocas las que llevan el nombre de su autor. Entre estas se halla *La prudente Abigail*, impresa en Valencia en 1762 por la viuda de José Orga. También se ha impreso *A lo que obligan los celos* como producción de su verdadero dueño. En las Academias morales incluyó cuatro comedias tituladas: *A lo que obliga el honor*, *La prudente Abigail*, *Contra el amor no hay engaños* y *Amor con vista y cordura*.

cierta frescura que las hace no pocas veces interesantes. En prueba de estas observaciones, y para que nuestros lectores aprecien el mérito de Enríquez Gómez como poeta lírico, examinaremos algunas de las producciones insertas en las *Academias morales*. Veamos, pues, cómo canta la quietud y vida de la aldea y cabaña, en la introducción de la academia tercera:

Fabricio, si la vida
en la santa quietud está cifrada,
al pie de esta lucida
montaña, de altos cedros coronada,
la gozo más seguro
que en el Babel de ese confuso muro.

Mi albergue regalado
es solar de mi cándida cabaña;
y en este verde prado
pruebo la antigüedad de la montaña,
cuya nevada cumbre
gotea juicio y me reparte lumbre.

.

Cuando el sol amanece
me saluda con cítara suave
el ruiseñor que ofrece
a su consorte con afecto grave
no celos, armonía;
que toda la quietud es compañía.

.

Cuando su nieve es mucha
salgo a pescar con una débil caña
la salmonada trucha,
y traigo con quietud a mi cabaña
lo que el señor no gusta:
que todo su quietud cansa y disgusta

.

Cuando el enero helado
me coge en esta sierra, miro luego
el humo idolatrado
de mi santa cabaña, cuyo fuego
aun de lejos mirado
me sirve de consuelo y de sagrado.

En estas soledades
vivo contento, alegre y descansado,
no, como en las ciudades,
al bullicio sujeto del Estado;
pues no hay mayor desdicha
que, a costa de la vida, amar la dicha.

Sin ambición profana
el cielo me sustenta en esta choza:
sale aquí la mañana
mensajera del sol, y es su carroza
tan suave al oído

que de sola la luz siento el sonido²⁶⁶.

.

¡Oh albergue soberano,
emulación de cuantos chapiteles
el griego y el romano
fundaron, duplicando los Babels,
vuestra quietud dichosa
es cifra de la mano poderosa.

No hay mácula ninguna
en vuestra monarquía soberana,
ni tiene la fortuna
jurisdicción en vuestra edad anciana:
el que una vez os mira
tierno de amor, por vuestro amor suspira.

.

¿Tienes muchos criados?...
pues no te envidio, sin tener ninguno.
¿Tienes muchos ducados?
pues en mi choza no hallarás ni uno.
¿Tienes quietud?... Ninguna.
Pues búrlome por Dios de tu fortuna.

.

Las perlas, los diamantes
sin esta joya de mayor tesoro
son riquezas errantes.
Necio es el hombre que idolatra el oro:
que el sosiego del alma
es de esta vida victoriosa palma.

Viva en la corte ufano
el sobervio político, muriendo;
y en solio soberano
vivan con él los que le están vendiendo:
que yo sin esta muerte
contento vivo con mi humilde suerte.

Beba en taza dorada
el príncipe mayor; tenga su mesa
de siervos rodeada:
que yo, a quien de esta vanidad no pesa,
bebo en taza de hielo
el líquido cristal de un arroyuelo.

En algodón se acueste
rodeado de ricas colgaduras;
y su alcázar le preste
seguridad en dóricas figuras:
que yo sin tanto muro
duermo en mi choza mucho más seguro.

.

266 Este pensamiento es falso: la luz no tiene sonido de ningún género, por lo cual no puede sentirse.

Esta quietud adoro:
 esta vida pacífica poseo.
 No la riqueza lloro;
 la ambición ni la quiero ni deseo:
 que en mí las soledades
 son las siempre dichosas majestades.

Enríquez Gómez dedicó otras dos canciones a celebrar el sosiego de la vida del campo, derramando en ellas la misma copia de pensamientos filosóficos. Verdad es que todas sus poesías líricas abundan en bellezas de este género, lo cual aparece muy conforme con la situación en que se hallaba su alma, al escribirlas. Entre todas sus composiciones resalta sin embargo, por la melancolía en que está, por decirlo así, empapada, la elegía que dedica a llorar su destierro, la cual comienza de esta forma:

Cuando contemplo mi pasada gloria
 y me veo sin mí, duda mi estado
 si ha de morir conmigo mi memoria.

.

¡ Oh quién supiera , aun por camino injusto,
 donde la yerba de olvidar se cría,
 para morir tal vez con algún gusto!

.

Dejé mi albergue tierno y regalado
 y dejó con el alma mi albedrío,
 pues todo en tierra ajena me ha faltado.

Fuéseme, sin pensar, mi aliento y brío
 y si de alguna gala me adornaba,
 hoy del espejo con razón no fío.

Mi sencilla verdad con quien hablaba,
 si la quiero buscar, la hallo vendida:
 dexóme y fuése donde el alma estaba.

La imagen en el pecho tengo asida
 de aquel siglo dorado, donde estuve
 gozando el mayo de mi edad florida.

.

Hablaba el idioma siempre grave,
 adornado de nobles oradores,
 siendo su acento para mí suave.

Eran mis penas por mi bien menores:
 que la patria ¡divina compañía!...
 siempre vuelve los males en favores.

Gané la noche; si perdí mi día,
 no es mucho que en tinieblas sepultado
 esté quien vive en la Noruega fría.

Perdí lo mas preciso de mi estado;
 ¡perdí mi libertad!... con esto digo
 cuanto puede decir un desdichado.

.

No gime entre las selvas y cristales
la tórtola a su amada compañera,
como yo mis fortunas y mis males.

Ave mi patria fue ¿mas quién dijera
que el nido de mi alma le faltara
y que las alas de mi amor perdiera?...
.

Si pérdida tan grande se alcanzara
con suspiros, con lágrimas y penas,
con mi sangre otra vez la conquistara.
.

Si mi sepulcro labro con el llanto,
ofrézcase en las aras de su pira
tan continuo pesar y dolor tanto.
.

Mas ¡ay de mí! que en la extranjera llama
aun no soy mariposa, que muriendo
goza la luz de lo que adora y ama,

En diferente clima entré riyendo,
imaginando, como tierno infante,
que era mi patria la que estaba viendo.

No es posible negar al caballero de san Miguel que así se duele de la pérdida de su libertad y de su patria, el título de poeta, y de poeta de altas dotes. En los trozos que dejamos copiados, resaltan la sencillez y la belleza de la dicción, siendo notable también la ternura y delicadeza de las imágenes. Iguales prendas brillan en otras muchas composiciones, y sobre todas en las epístolas a Job que dejamos mencionadas, en donde bosqueja su amarga situación²⁶⁷ del siguiente modo:

Si la delicia de la edad temprana
poseo con amor, me enfada luego;
y si me falta, halágola tirana.

Cánsame el aire, enójome del fuego,
piso la tierra, el agua me maltrata,
y un paso no camino con sosiego.

No sé quien soy, ignoro quien me mata,
sé por quien vivo y nunca lo agradezco,
preciada sí, mi voluntad de ingrata.

Aborrezco el castigo y le merezco,
no siento el fin y siento lo que vivo,
el bien me enfada y luego lo apetezco.

Obro de loco, cuando cuerdo escribo;
ando con luz y la virtud no veo...
.

Todas las poesías de Enríquez, propiamente líricas, respiran los mismos sentimientos: todas descansan sobre un fondo de filosofía admirable y todas abundan en tan saludables máximas. El poeta que de tal manera pulsaba la lira castellana, que tan dulce filosofía y tantas bellezas supo derramar en los trozos que dejamos transcritos, llevado del mal gusto de su tiempo, llegaba a caer en todos los errores de la escuela culterana. Pero si estos defectos afean no pocas veces sus producciones líricas, son de más bulto en el poema heroico, cuyo título conocen ya nuestros lectores. Enríquez, que tanta admiración había manifestado, al examinar el *Machabeo* de Miguel de

267 Epístola 1.^a

Silveyra, aspiró sin duda a seguir sus huellas: perdió de vista que se apartaba del lenguaje de la verdadera poesía, tomando un *estilo levantado*, impropio de la narración épica, por el extraordinario abuso de las metáforas e hipérboles, en que abundaba.

El poema de *Samson Nazareno* no es solamente una prueba de que Enríquez Gómez, al apartarse de su primera sencillez, pagaba el tributo exigido por su época al culteranismo: demuestra al mismo tiempo, lo cual se halla confirmado con el examen de otros muchos poemas sus coetáneos, en que se había perdido de vista enteramente el objeto de la epopeya, intentando reducirla a tan estrechos límites que no tenía ya espacio para desarrollarse. En esto no siguió Enríquez el ejemplo de Silveyra: el héroe de su poema no tiene más de épico que las cualidades físicas atribuidas por Homero a los personajes de sus inmortales creaciones: como el Hércules de la antigüedad, pudo dar motivo a una serie de fábulas en que lo maravilloso tuviera no pequeña parte. Pero ni el asunto era a propósito para la epopeya, pues que no reunía ninguna de las condiciones que caracterizan este género de poesía, el más difícil de cuantos cultiva el ingenio humano, ni el héroe aparece dotado de las grandes cualidades que se reconocen en los personajes propiamente épicos. Así es que, a pesar del visible empeño por elevarse a lo que se llamaba entonces *estilo heroico*; a pesar de la seguridad que parece tener en el mérito de su obra²⁶⁸ apenas hay en el *Samson Nazareno* un trozo que tenga verdadera entonación épica, si se exceptúa el libro XIV, que es el final, en donde se consuma la catástrofe, con la muerte del héroe, destrucción del templo y ruina de los filisteos.

En cambio no es posible hallar más resabios de mal gusto, ni mayor cúmulo de ideas falsas, de revesadas hipérboles y de extravagantes metáforas. Es muy frecuente en este poema el llamar a los ruseñores *delfines del aire*; a los arroyos *tiorbas de olorosas azucenas*; al amor *bajel de Venus*; al sol eterno *farol del cuarto cielo*; y prodigar en fin, cuantos despropósitos pudo inventar la desatinada secta de los comentadores y ciegos sectarios del culteranismo. Sin embargo, a Enríquez Gómez sucedía como a todos los poetas de su tiempo: parecidos al loco de Cervantes, siempre que llegaban a olvidar su hinchazón y estilo obligado; siempre que pulsaban las verdaderas cuerdas del sentimiento, manifestaban que no eran estériles para la poesía, y prorrumpan sin pretenderlo en elevados y patéticos tonos. En prueba de esta observación, si ya no tuviéramos conocimiento de las poesías líricas de Enríquez, bastaría el siguiente trozo, sacado del último libro de su poema, trozo en que olvidándose casi enteramente del culteranismo, se eleva a la verdadera entonación épica. Introducido ya Samson en el templo de los filisteos y colocado entre las dos columnas en que estribaba aquel,

Baja sobre el hebreo peregrino
del Señor el espíritu divino.

Dios de mis padres, dice, autor eterno
de los tres mundos, soberano Atlante,
incircunciso, santo, y abeterno;
Dios de Abraham, tu verdadero amante;
Dios de Isahak, cuyo altísimo gobierno
en la divina ley vive triunfante,
Dios de Jahacob, de bendiciones lleno,
oye a Samson, escucha al Nazareno.

Único Criador, incomprensible,
Señor de los ejércitos sagrado,
brazo de las batallas invencible,
por siglos de los siglos venerado;

268 «Yo he cantado en este Poema, dice Enríquez Gómez, las hazañas del admirable héroe y varón prodigioso Samson Nazareno; terror de filisteos y glorioso triunfo del pueblo de Dios. El demasiado amor que tuvo por Dalila, hermosa ingratitude de aquel siglo, y la demasiada confianza que tuvo della, fue causa que le engañó fácilmente. Si me hubiera engañado el amor de mi Talía, no quedara ciego, pues conozco no haber volado con alas de cera que no es poco favor de Apolo librar a un hijo suyo de ser Phaetonte.»

causa si, de las causas invisible
perfecto autor de todo lo criado,
pequé, señor, pequé: yo me condeno:
misericordia pide el Nazareno.

Restituye señor, la prodigiosa
fuerza de mis cabellos a su fuego:
alienta con tu mano poderosa
el valor que perdí, quedando ciego.
Tócame con tu llama luminosa,
pues a la muerte con valor me entrego:
dame aliento, señor, para vengarme,
y tu auxilio eficaz para salvarme.

Yo muero por la ley que tu escribiste,
por los preceptos santos que mandaste,
por el pueblo sagrado que escogiste,
y por los mandamientos que ordenaste:
yo muero por la patria que me diste
y por la gloria con que el pueblo honraste;
muero por Israel, y lo primero
por tu inefable nombre verdadero.

Yo me ofrezco a la muerte, por que sea
redimido mi pueblo en este día
de la dura potencia felisteá,
arbitrio de la misma tiranía:
sacuda el yugo la nación hebrea;
goce este triunfo con la sangre mía:
salva a Israel ¡Señor! sea mi vida
víctima santa y lámpara lucida.
Ea ¡Señor eterno! Agora... agora
es tiempo que tu espíritu divino
favorezca a esta mano vencedora
para que acabe el duro felestinio:
Muera esta gente idólatra que adora
un medio fauno de metal marino;
no quede dellos en el templo un hombre!
mueran los enemigos de tu nombre!

.

Dijo; y eslabonando pavoroso
los brazos de los ejes de diamante,
a pesar del cimienta ponderoso
y del soberbio alcázar arrogante;
a pesar del paflon artificioso
y la argamasa de betún ligante,
sudando sangre, el joven sin segundo
levantó las columnas del profundo.

Dio dos golpes con ellas, arrancando
los ángulos sin luz de la techumbre,
y la bóveda opaca rechinando,

se deslizó de su eminente cumbre.

.

De un golpe solo treinta mil gentiles
mató Samson, logrando victorioso
en vida y muerte sus cuarenta abriles,
todos ceñidos del laurel famoso.
Redimieron sus años juveniles
la casa de Israel y el poderoso
dominio de la gente felisteá
quedó sujeto a la potencia hebrea.

No juzgamos de todo punto necesario el copiar algún otro pasaje, para demostrar al grado que llevó Enríquez su extravío, siguiendo los errores del gran poeta de Córdoba. Sin embargo, a fin de que no se nos crea sólo por nuestra palabra, tomaremos al azar algunas octavas. Veamos, pues, cómo describe, en el libro primero, a la hermosa Dalestina:

Era la diosa oráculo sagrado
de cuanto Adonis veneró su estrella,
dulce beldad del niño Dios alado
y del cielo gentil la luz mas bella.
Cuanto la aurora cándida ha llorado
su sol resuelve en líquida centella;
pero al querer su rosicler beberla,
en su concha el amor concibe perla.

Orfeos ruseñores laureada
música dan al nuevo sol dormido:
solfa de contrapuntos ajustada
en el coro sagrado de Cupido,
Sobre cinco azucenas recostada
bebe de Delo el resplandor mentido,
temiendo el sol que abriendo sus dos soles
del cielo abraze antorchas y faroles.

De un delgado cendal, velo de nieve
la Venus de cristal se halló vestida,
cuyo armiño del Líbano se atreve
a ser aurora de su dulce vida:
el coral de su boca perlas bebe
viva rosa de nácar encendida,
cuyo clavel viviente en sus abriles,
trasciende con dos hojas los pensiles.

Necesario es confesar que Enríquez se dejó en estos versos atrás las *Soledades* y el *Polifemo*, cuyos poemas elogia en el prólogo del *Samson*, no olvidándose del *Phaetonte* del conde de Villamediana. Pero lo que llama la atención en este poeta es el uso excesivo de la mitología en un asunto puramente bíblico, siendo este defecto (tan común en todos los poetas cristianos) mucho más censurable en Enríquez Gómez, no sólo porque apenas hay una octava, en donde no aparezcan uno o dos dioses de la gentilidad, sino porque había condenado él mismo el uso de la fábula. «En mi opinión, decía hablando del asunto de su poema, todos los poetas que cantaron de Apolo, Daphne, de Phaetonte y de todos los dioses fabulosos de la gentilidad, no tocando en la pureza de sus escritos, que los hay maravillosos en lo literal, fue lo mismo que cantar del Caballero del Febo, del don Belianís de Grecia y otros desta clase.» Estas contradicciones entre la doctrina y el hecho

práctico, entre la escuela y el ingenio, prueban con evidencia que puesto este en la pendiente del despeñadero, se precipita infaliblemente al abismo.

No pudo Enríquez Gómez desasirse tampoco en las restantes producciones de esta fatal influencia, lo cual había sucedido también a Lope de Vega, enemigo declarado del culteranismo, y a cuantos ingenios florecieron en aquellos tiempos. Pero donde más lastimosa ostentación hizo de estos extraviados primores, fue indudablemente en la *Culpa del primer peregrino*, poema que por su concepción pudo dar a Enríquez no pequeña gloria, a no haberlo escrito en lenguaje culto. Sin embargo, a pesar de engolfarse a menudo en cuestiones teológicas, en que hace gala de sus estudios en las sagradas letras: a pesar de ser en muchos pasajes tan oscuro que no es posible comprender lo que escribe, todavía se hallan muchos trozos dignos de aprecio, que revelan al poeta no contagiado del mal gusto. Sirvan de ejemplo los siguientes tercetos, en que alude a la bienaventuranza:

Llama Dios a los justos escogidos,
no porque escoja entre el linaje humano
los nobles, los valientes y entendidos.

.

Aquellos que siguieron la delicia,
aunque llamados por derecho fueron,
no son para la gloria de codicia.

Los que por leyes santas anduvieron
son aquellos varones peregrinos
que nombres de escogidos merecieron.

.

El vaso de elección cándido y puro
con el licor o néctar soberano
en la inmortalidad vive seguro.

También creemos que son dignos de estima los siguientes versos puestos en boca de Eva, en los cuales recordó Enríquez muy oportunamente el capítulo V del *Cantar de los Cantares*:

Como de selva en selva
viene saltando el gamo,
así tu voz ha ido
al corazón llegando.

.

—Deidades luminosas,
habéis visto a mi amado?
—¿Quién es tu amado? dicen
los planetas sagrados.

—Es mi amado, respondo
en diez mil señalado,
rubio como el sol mismo,
y como el alba blanco.

Su cabeza es de oro
que Ofir dispara a rayos
y sus cabellos crespos
que tiran a topacio.

Sus dos hermosos ojos
son de paloma y tanto
que nadan sobre leche,
donde se están bañando.

Es rey de todo el orbe
y el paraíso sacro,
huerto de Hedem divino;
le sirve de palacio.

En el siguiente capítulo continuaremos el examen de las obras de este entendido judaizante.

VIII. Siglo XVII.

Continúa el examen de las obras de Antonio Enríquez Gómez. Sus comedias. El siglo pitagórico.

En el capítulo precedente dimos a conocer, como poeta lírico y épico, al desafortunado caballero de San Miguel y valeroso capitán Enríquez Gómez, apuntando al mismo tiempo y por confesión propia las obras dramáticas que compuso. «Los teatros de Madrid (escribe un autor de aquellos tiempos, aludiendo a las mismas) son el más seguro testimonio de su mérito, pues repetidamente se vieron llenos de víctores y alabanzas. Eran envidiadas, pero también eran aplaudidas. La del Cardenal Albornoz manifestó en su invención, disposición y conceptos que no envidiara a las de aquellos que censuran todo lo que no pueden igualar. Unió en ella el decoro debido a un príncipe, a los documentos de un ministro desinteresado, sin que las ternezas de amante mitigasen lo severo, ni lo maravilloso de lo escrito, le hiciesen olvidar las advertencias de maestro, sin salir de la obediencia respetuosa en medio de una corrección arriesgada. Los sucesos de *Fernán Méndez Pinto* admiraron no menos aquella corte, avara en la aprobación como en conocer superioridad; viendo que con sus coetáneos tanta felicidad trataba prodigios y dulzuras, amores y naufragios, pérdidas y divertimientos. Otras muchas que dejo de referir, por ser notorio, le han conseguido la misma estimación.»

Este juicio sobre las comedias de Enríquez Gómez tenía por complemento la siguiente frase: «Si tiene por objeto a Menandro y Plauto en lo cómico, no es inferior a Plauto, ni a Menandro.»²⁶⁹ Tal fue el éxito que obtuvieron, y así juzgaron los coetáneos de Enríquez de Paz las obras dramáticas que escribió éste, antes de su persecución y destierro. ¿Debe o no conformarse la crítica de nuestros días con este juicio? He aquí lo que nos proponemos examinar en el presente capítulo con la circunspección e imparcialidad debidas.

Cualquiera que sin prevención lea las producciones dramáticas de este desafortunado ingenio, advertirá que el juicio de sus coetáneos es no poco exagerado, respecto del carácter, la índole y el mérito de aquellas. Prescindiendo de la escasa semejanza que existe entre los dramas de Enríquez y las comedias de Plauto y de Menandro, tanto en lo que atañe a la esencia, como en lo que sólo a la forma concierne, debe todavía observarse que el arte de Enríquez Gómez no había llegado al alto grado de perfección a donde (casi en la misma época en que este poeta huía de su patria), le llevaron Calderón, Rojas y Moreto. Sus comedias que en la mayor parte corresponden al género heroico, carecen por esta causa de la trabazón necesaria para que la fábula sea siempre verosímil, apareciendo inmotivadas en ellas muchas escenas, atropellándose unas veces los acontecimientos por la rapidez con que son expuestos, y desliéndose otras no pocas situaciones verdaderamente dramáticas en dos o más escenas, que pierden por tanto su vigor y no tienen el conveniente colorido. Enríquez Gómez, generalmente hablando, concebía los planes de sus comedias con grande facilidad y los desenvolvía laboriosa y difícilmente. Es esto causa a menudo de que los caracteres por él descritos, sean más bien imperfectos bosquejos que acabados retratos, y de que no observe con la severidad debida las leyes de la armonía, no menos dignas de respeto que las demás reglas, impuestas por la razón y el buen sentido al arte dramática de todas las naciones y de todos los

²⁶⁹ Véase el prólogo de las *Academias morales* y la *Apología* de las mismas, escrita por el capitán Manuel Fernández de Villa-Real, grande amigo de Enríquez Gómez y como él perseguido por el Santo Oficio. Este judaizante, que también se dedicó al cultivo de las letras, aunque desconocido todavía en la república de las mismas, compuso varias obras elogiadas por sus contemporáneos. Entre sus producciones se mencionan con singular aplauso su *Política*, un poema intitulado *Color verde*, siendo grande el número de poesías que escribió a diversos asuntos, según asegura el mismo Enríquez Gómez. Sentimos no haber podido adquirir las obras de este ingenio, para ofrecer algunas muestras de ellas a nuestros lectores, sacándolas del olvido.

tiempos. Así los caballeros pintados por Enríquez Gómez no siempre son igualmente discretos y pundonorosos; no en todas ocasiones guardan con el mismo empeño, con la misma constancia los fueros de la hidalguía y se postran rendidos ante las aras del amor y de la belleza.

Quizá alguna vez quiso también imitar al maestro Tirso de Molina, presentando a sus damas dotadas de afectos poco nobles, lo cual acontece principalmente en sus comedias tituladas *A lo que obligan los celos* y *Contra el amor no hay engaños*; si bien disculpa siempre estos extravíos con el fuego de una pasión indomable. Tal vez pinta demasiado fáciles y celosas a estas mismas damas que atropellan las leyes del decoro, para lograr sus amorosos intentos y se ven al cabo obligadas a sufrir indignas humillaciones.

No debe, sin embargo, sospecharse que las obras dramáticas de este ingenio se hallen desprovistas de apreciables y brillantes dotes. ¿Cómo se explicaría en otro caso el éxito que obtuvieron en los teatros de la corte de España, donde recogían a la sazón esclarecidos laureles el gran Lope de Vega y sus celebrados discípulos?... Es innegable que sin entrañar, por decirlo así, en sus producciones dramáticas los sentimientos caballerescos de su época; sin reflejar las costumbres de aquella sociedad que había divinizado la lealtad y el honor, el amor y la amistad, no hubiera logrado el capitán Enríquez los repetidos *víctores* y *alabanzas* de la muchedumbre, ni excitado tampoco la envidia de los que miraban en secreto sus obras.

En estas hay efectivamente bellezas de distintos géneros las cuales justifican hasta cierto punto el fallo de los coetáneos del caballero de san Miguel y le recomiendan, y no poco, al aprecio de cuantos estudien profundamente la historia de nuestra literatura. Enríquez Gómez tenía mucha fuerza de inventiva, cualidad que como dejamos apuntado, le facilitaba la concepción de sus planes drámaticos; comprendía con viveza y expresaba con bastante calor las diferentes pasiones que conmueven y agitan el corazón humano; y dotado de una imaginación vigorosa y lozana, trazaba brillantes cuadros ya de la vida real, ya del mundo fantástico, creando al efecto personajes, países y reinos acaso desconocidos en la historia. Esto que era muy frecuente entre los poetas drámaticos de España en la época de Enríquez Gómez, y que fue exagerado después hasta la saciedad por los Zabalas y Comellas, ha sido causa de que los críticos modernos, en especial los extranjeros, hayan asentado que ni los poetas ni los espectadores del tiempo de Lope, Tirso, Calderón y Moreto conocieron la historia del norte de Europa; pues que los primeros fingían reyes a su placer en aquellos países, y los segundos admitían gustosos semejantes ficciones.

Mas a tal acusación responderemos lo que ya hemos dicho antes de ahora²⁷⁰: los poetas castellanos de aquel tiempo, cuando creaban un asunto original, creaban también un país a propósito en donde colocarlo. Y como en todas sus obras reinaba siempre el principio de caballeridad y galantería que ha caracterizado nuestra literatura, no creyeron que debían buscar otros países mas que aquellos en donde existía alguna relación con estos sentimientos. El sistema feudal, que engendró el espíritu caballeresco, asentó más principalmente su imperio en el norte de Europa que en lo restante del continente. Los sentimientos, pues, que debían desenvolver los poetas españoles, siguiendo el principio sobre que su literatura estribaba, exigían que el país y los argumentos de sus dramas tuviesen una relación recíproca, aunque fuesen estos puramente ideales. Sabían también los espectadores, que el país que tenían a su vista, era creado a placer por el poeta y que los reyes y príncipes de su dramas eran otros tantos personajes apócrifos.-Mas como en aquellas obras encontraban personificado el pensamiento que los dominaba, respirando en ellas y por ellas los sentimientos caballerescos de sus mayores, última ráfaga de la independencia ya perdida, no titubearon en concederles su aprobación, colmándoles de aplausos, en gracia de las muchas bellezas que en sus producciones sembraron, y perdonándoles un error geográfico que no era parte a oscurecer por cierto el brillo de aquellas. He aquí lo que aconteció a Enríquez Gómez en no pocas de sus composiciones.

270 Traducción, anotación y complemento de la *Historia de la literatura española*, escrita en francés por Mr. Sismonde de Sismondi. (Nota f. a la lección 11ª del tomo II. Sevilla 1842).

Divídense éstas en comedias heroicas, históricas y de capa y espada, perteneciendo al primer género las intituladas *Celos no ofenden al Sol*; *Engañar para reinar*²⁷¹; *A lo que obligan los celos*; *El rayo de Palestina* y otras. Corresponden al segundo *A lo que obliga el honor*; *Amor con vista y cordura*; *El cardenal Alborno*, *La casa de Austria en España*; y pueden clasificarse entre las comedias de intriga *Contra el amor no hay engaños*; *El capitán Chinchilla*; *Lo que pasa en media noche*; *Fernán Méndez Pinto* y otras, en donde todo el enredo dramático pende de un billete misterioso o de un manto, encubridor de una belleza enamorada y celosa. Mucho necesitaríamos detenernos para dar aquí exacta idea de estas producciones, aun limitándonos a elegir una de cada cual de los géneros en que las dividimos, para presentar de ellas un ligero análisis.

A fin de que nuestros lectores puedan, sin embargo, apreciar la exactitud de las observaciones generales que llevamos hechas, creemos conveniente examinar alguna de ellas, pareciéndonos a propósito la que lleva por título *A lo que obliga el honor*, comedia histórica, en que resaltan grandemente los sentimientos caballerescos que animaron a nuestros padres. Pero antes de que entremos en el análisis de este drama, juzgamos oportuno resolver una cuestión que nace espontáneamente de su lectura. El pensamiento, adoptado por el judaizante Enríquez para esta obra, es el mismo elegido por Calderón para el *Médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, *El Pintor de su deshonor*, y *el Tetrarca de Jerusalén*. Uno y otro pudieron tomar la idea de estos dramas del *Celoso prudente* de Tirso de Molina, pues que este celebrado poeta debió darlo al teatro antes que aquellos ciñeran a sus sienes el laurel escénico. Sin embargo, debe notarse que si hay alguna analogía entre las comedias de Calderón y de Enríquez comparadas con la citada de Tirso, existe una estrecha semejanza entre las debidas a los primeros, especialmente entre *A secreto agravio*, *El médico de su honra* y *A lo que obliga el honor*, hallándose muchas situaciones casi iguales, desarrollándose el argumento, y consumándose la catástrofe del mismo modo. ¿Quién de los dos poetas se aprovechó del pensamiento ajeno?... Nosotros creemos que no faltamos a la veneración que el nombre de Calderón exige, si asentamos que debió aprovecharse de la obra de Enríquez, al escribir las suyas. Para opinar en esta forma nos asisten varias razones que no carecen, en nuestro juicio, de peso. Primera: que no esquivó Calderón, cuando le pareció oportuno, el tomar de otros poetas los argumentos de sus dramas, lo cual es un hecho reconocido en la historia de nuestra literatura y comprueba entre otras producciones su comedia titulada *Para vencer a amor querer vencerle*, en que tuvo presente la *Hermosa fea* de Lope. Segunda: que teniendo el capitán Enríquez Gómez la nota de judaizante, debieron caer en olvido sus obras dramáticas, en odio al autor, como parece desprenderse de la apología del capitán Fernández de Villarreal, escrita en 1642, época en que habla ya del éxito de las comedias de Enríquez como de cosa lejana. Tercera: que el caballero de san Miguel, si bien dice el mismo que conoció en la corte los triunfos alcanzados por Calderón, era de más edad que este gran dramático, pues que en 1642 decía de sí mismo:

Conquisté el interés, surqué los mares,
amontoné tesoros a millares;
y halléme con la barba tan nevada,
como la misma plata conquistada.

Calderón nació en 1600: el capitán Enríquez de Paz salió de España en 1636.

Vengamos ya al examen de la comedia de este malhadado ingenio, innominada *A lo que obliga el honor*.

La acción de este drama pasa en Sevilla en uno de los últimos años del reinado de don Alfonso XI. Deseando este magnánimo monarca premiar dignamente los servicios de don Enrique de Saldaña, uno de sus más bizarros capitanes, le da por esposa a doña Elvira de Liarte, prodigio de hermosura y vástago de una ilustre familia. Servía en secreto a esta dama, que lo era de la reina, el príncipe don Pedro y pagaba doña Elvira este cariño con un amor tan tierno, como noble y

²⁷¹ Esta fue la primera producción dramática escrita por Enríquez, como se expresa al final en estos versos: «Y aquí el poeta da fin / a su comedia, notando / ser la primera que ha hecho.»

Enrique; no sin que éste lo advierta, al volver de palacio, donde le habían detenido largas horas los negocios de Estado. El valeroso caballero que había unido su diestra a la de doña Elvira sólo por complacer a su cariñoso amigo y benévolo soberano, lleno de sobresalto al ver puesta su honra en tanto riesgo, penetra en la habitación de su esposa, que apenas tiene tiempo para ocultar al príncipe, no sin rechazar antes con dignidad sus pretensiones, en esta forma:

No es tiempo, señor don Pedro,
de discursos amorosos:
ya acabaron las finezas,
los suspiros, los sollozos,
los amores, los regalos
de la mocedad y el ocio.

Lleno de prudencia don Enrique, hace que se retire su esposa de aquel aposento, y sacando al príncipe del sitio en que se oculta, le afea aquella acción y le ruega al par que salga de su casa, al escuchar sus protestas sobre la inocencia de doña Elvira, diciéndole:

Agradezco el juramento
y os agradeciera mas
no hallaros aquí escondido;
pero si obliga a callar
el respeto de los tres,
esta puerta viene a dar
al jardín; salid por ella:
que no es bien alborotar
los criados de mi casa.

Desea entre tanto averiguar la verdad de aquel suceso, y finge con este intento retirarse a su escritorio, ocultándose en el mismo aposento donde se había escondido don Pedro. Atribulada doña Elvira por el peligro de su honor, vuelve al saber que se ha retirado su esposo, a poner en salvo al príncipe, echándole en cara su loco atrevimiento, y amenazándole con decirlo al rey, si continuaba en sus temerarias pretensiones.

Si esto pasa adelante,
yo que soy de mi honor firme diamante,
iré a los pies del rey cuerda y honrada
y pediré justicia, declarada
contra un príncipe injusto,
que atropellar pretende por su gusto
con un amor tirano y atrevido
la paz que con mi esposo he merecido.

Recobra don Enrique la tranquilidad de su alma, al reconocer la virtud de su esposa, la cual sale a buscar luz, y al entrar de nuevo con una bujía, encuentra en vez del príncipe a su esposo, que la recibe en sus brazos rebotando en alegría y exclamando, para calmar su inquietud:

Yo vi, yo oí, yo vencí...
.
.
.
.
.
.
.
.
.
el oro al crisol se prueba.

Don Pedro sin embargo, insiste con mayor empeño en su propósito, persiguiendo a doña Elvira, y acusándola de ingrata, a tiempo en que el honrado conde de Carmona los sorprende, llegando a comprender que su honor peligraba, al escuchar que su esposa exclama:

Arde, corazón, arde:
que yo no os puedo valer.

y que el príncipe replica con terrible despecho:

César o nada que así
he de morir o vencer.

La deshonra es ya para don Enrique un hecho inevitable. Ahogado por la zozobra, medita sobre los medios de evitar su ruina, cuando le saca de aquel estupor la presencia del rey, que ha escuchado de su boca estas palabras llenas de amargura:

¡Quitóme el honor el rey
y entendió que me le daba!...

Esta escena en que lucha por una parte la ternura del soberano, y por otra la pasión de don Enrique; en que declara éste la causa de su tormento, no carece en verdad de mérito ni de efecto dramático. Cuando el rey sabe que es su hijo quien roba la tranquilidad a su valido, apenas da crédito a las palabras de éste, diciéndole para consolarle:

<i>Rey.</i>	Doña Elvira es tan prudente como noble y como honrada: no os ceguéis con un recelo.
<i>Don Enrique.</i>	Son muchos los que me agravian.
<i>Rey.</i>	Como esté libre el honor, los celos nunca matan.
<i>Don Enrique.</i>	Señor, la honra es espejo, a donde se mira el alma: si hoy un recelo lo turba otro le ofende mañana. El que quisiere tenerle cristalino, como el alba, o purifique las nieblas o rompa su luna blanca: que aguardar a que se eclipse. cuanto es locura, es infamia: que es la mujer un espejo que no consiente dos caras.

Esta declaración de don Enrique es terrible. El rey le aconseja, no obstante, que lleve a su esposa a una quinta, situada en Sierra Morena, a cinco leguas de Sevilla, consejo que pone luego por obra el desconsolado conde, saliendo de aquella ciudad en breves instantes. Pero no bien había llegado a aquel retiro, cuando se presenta don Pedro ante su vista, helándole nuevamente la sangre en las venas y arrebatándole toda esperanza de salvar su zozobante honor. Don Enrique disimula, sin embargo, como cuerdo, el dolor que le devora, y prepara, para festejar al hijo de su rey, una partida de caza, resuelto, no obstante, a lavar la mancha que anubla su frente. Para lograrlo, aprovecha el tumulto natural de la caza y llevando a Elvira a lo más alto de una roca, la precipita en el abismo, poniendo de este modo término a su horrenda pena y tormento, y restaurando su eclipsada honra.

Tal es la comedia que lleva por título *A lo que obliga el honor*, lema justificado con usura por el fin trágico de doña Elvira. Don Enrique de Saldaña, así como don Lope de Almeida en la obra de Calderón, denominada *A secreto agravio* etc., es la personificación brillante de los sentimientos y de las ideas que constituían, bajo la antigua monarquía española, el dogma caballeresco, basado como cuerdamente observa Montesquieu en su *Espíritu de las leyes*, sobre el honor, única fuente en aquellos tiempos de elevados pensamientos y de inauditas hazañas. En este drama enlaza Enríquez a la acción principal, como en episodio, los amores de doña María de Padilla, cuya firmeza de carácter contrasta singularmente con la ternura de doña Elvira. Doña María es en este drama la representación viva de aquellas damas pundonorosas, altivas y apasionadas, que retrató

magistralmente Calderón, siendo notable la respuesta que da al príncipe don Pedro, cuando este la requiere de amores, aun no olvidado de doña Elvira:

Y así, gran señor, tratad
de hacer el pecho crisol:
que no tiene voluntad
de alumbrarse de otro sol
la luz de mi claridad.

Porque soy doña María
de Padilla, tan señora
de gozar mi propio día,
que otra puede ser aurora;
mas no sol por vida mía.

Que quien a mí me ha de amar
tan libre y firme ha de ser
que ni al sol ha de mirar;
y si no busque mujer
que pueda su amor llevar:

Enríquez pintó también en sus dramas el apasionado y amoroso rendimiento de los caballeros españoles, llevándolo al más alto punto de idealismo y envolviéndole en torrentes de poesía. En prueba de esta observación, veamos como Iberio, que había abandonado la corona por consagrarse al amor de Elena, de quien se enamora en una partida de caza, se querella en la comedia titulada *Engañar para reinar*, de la ausencia de su amante:

Si el alba del cielo vi,
al punto se oscureció:
nube densa la cubrió;
mas fueron vanos enojos,
porque el alba de tus ojos
sobre el alba amaneció,
Los pájaros se asentaron,
trinando la voz al viento,
y en uno y otro elemento
tu grandeza contemplaron:
las rosas imaginaron
ser eternas en colores
y preguntando las flores:
¿quién tanta beldad nos dio?
un ruiseñor respondió:
la diosa de los amores.

Si era Venus o Diana
dijeron, y él amoroso
puliendo el pico gracioso
dijo: Elena soberana.

.

Contra el curso natural
un arroyo se detuvo,
y como el agua no anduvo,
fue para mí de cristal:
al trasparente raudal
le dijo un laurel constante:

¿por qué no pasa delante?...
y él entonces respondió:
¿cómo puedo pasar yo,
si soy de Elena diamante?

Es, sin embargo, notable la aversión que manifiesta este judaizante al matrimonio en casi todas sus producciones. En *Celos no ofenden al sol* pone en boca de Julio la siguiente sátira:

Quién no se muere de espanto
de entrar al anochecer
en su casa bueno y sano
y escuchar.—¿De dónde vienes?...
—¿Es tarde?—Las doce han dado.
—¿Las doce, siendo las nueve?..
—¡Qué breves las has pasado!..
—Ahora dieron las ocho.
—Dice bien.—¿Pues no cenamos?
—¿Cenar?—Sí.—Pues ¿para qué,
si se sabe que ha cenado?...
—Acabemos. Sientese:
sentado esté con mil diablos...
—¡Qué no sazone esta moza
eternamente un guisado!..
—Diga que gana no tiene
y no ponga culpa al plato.
—De beber.—Según él bebe,
parece comió salado.
—Mujer del demonio, calla
si quieres, que estoy cansado
de escucharte.—Yo de oírle:
—¿Quién es?—Yo soy.—Mi cuñado...
—Sí.—Entre usted.—Y la tía.
—Y el padre.—Vayan entrando.
Y entran cosa de cuarenta.
—¿De qué estás, Leonor, llorando?
—¿De qué ha de llorar?—¿De qué?
—De que no viene temprano.
—Tiene razón.—No la tiene.
—Sois un perdido!—Es engaño.
La madre:—No la crié
para semejantes tratos.
El padre:—Siempre yo dije
que erais hombre temerario.
—El cuñado:—Juro a Dios
que no sé quien ha ganado.
La tía:—No merecéis
ni aun descalzarla un zapato.
La mujer:—Ya alegremente
todo el dote me has gastado.
—¿Quién rabia?—El niño que llora,
—¿Quién grita?—Son los criados.
—Válgate el diablo la casa:

váyanse con treinta diablos.
 —Idos vos: que yo no quiero.
 —¡ Jesus! la daga ha arrancado!
 La moza.—¡Señor! señor!...
 El mozo:—Dése al cuñado,
 vuesa merced, si es servido.
 —¿No hay justicia?...—No hay vicario?...
 —Divorcio quiero pedir!...
 —Yo me doy por divorciado.

Esta burlesca descripción de la vida doméstica, escrita con la viveza y soltura que habrán notado nuestros lectores, revela la fuerza satírica que tenía Enríquez y empleó especialmente en el *Siglo pitagórico*. Este libro, en que ingirió parte de una novela picaresca, con el título de *Vida de don Gregorio Guadaña*, es una sátira de las costumbres del siglo XVII, en la cual se propuso ridiculizar los vicios que plagaban aquella sociedad, *moralizando el asunto y sacando de una opinión falsa una doctrina verdadera*. Compónese el *Siglo pitagórico* de catorce transfiguraciones, escritas en versos de siete y once sílabas, a excepción de la *Vida de don Gregorio* que está en prosa. En todas estas composiciones despliega Enríquez una admirable travesura, manifestando que hubiera obtenido brillantes resultados del cultivo de la novela picaresca que con tanto éxito había inaugurado Timoneda en su *Patrañuelo* y que se había desarrollado después en manos de Hurtado de Mendoza con el *Lazarillo de Tormes*.

Tanto en el *Siglo pitagórico*, como en las obras dramáticas adoleció Enrique de los mismos defectos que notamos en el anterior capítulo, respecto del lenguaje. Sin embargo, cuando en su comedia *Engañar para reinar* se lee, hablando del culteranismo:

Hable en nuestra lengua, hermano:
 ¿que haya gente
 que sólo por decir algo
 hablen lo que ellos no entienden?...

y se añade después :

¿Aun tenéis en la memoria
 aquella lengua del diablo,
 cuyo autor es ella propia
 pues ella sola se entiende?...

necesario es confesar que o cedió Enríquez a la moda, a sabiendas, o se dejó llevar del torrente del mal gusto, por carecer de la fe literaria que hubiera podido preservarle, como a Rioja y Pedro de Quirós, del general contagio. Para terminar este capítulo y el examen que nos propusimos hacer de las obras de este ingenio, observaremos aquí que, si el malogrado capitán y caballero de San Miguel, que tanta amargura experimentó al verse desterrado de su patria, no puede colocarse entre los primeros poetas dramáticos de España, merece al menos ocupar un puesto distinguido entre los de segundo orden, siendo acreedor, como poeta lírico, a más alto galardón, lo cual ha sido causa de que nosotros le hayamos considerado bajo uno y otro aspecto separadamente.

IX. Siglo XVII.

Daniel Leví de Barrios. Sus obras. Sus poesías. El coro de las Musas. Rabbi Jahacob Abendaña. El libro de Cuzary. Traductores célebres. Babbi Jahacob Hages, Rabbi Jehudah, León Hebreo. Jahacob Cansino. Cáceres. Almenara de la luz; Los Salmos de David; Grandezas de Constantinopla: Visión deleitable.

Capitán, como Enríquez Gómez, fue Daniel Leví de Barrios y como él perseguido, viéndose obligado a renunciar a su patria y a abjurar del cristianismo; si bien el diligente Rodríguez de Castro opina en su *Biblioteca* que se convirtió a la religión del Crucificado, olvidando sus errores. Pero por más digno de crédito que sea Castro, al tratar de otros puntos, nos parece que no anduvo cuando asentó esta opinión tan acertado como debiera; induciéndonos a creer que fue Daniel Leví primero cristiano y después judío, multitud de razones, en nuestro juicio, de notable bulto y consistencia. Había nacido Barrios a principios del siglo XVII en la ciudad de Montilla, asentada en el antiguo reino de Córdoba, según manifiesta él mismo en diferentes pasajes de sus producciones; y hubiera sido en verdad cosa harto rara que en la expresada época, cuando el Santo Oficio ejercía con mayor fuerza su poderío, se tolerase en Andalucía la religión judaica, siendo don Miguel de Barrios, que este fue su nombre cristiano, admitido en la carrera de las armas, en donde sólo ocupaban los puestos preferentes el valor extremado o la heredada hidalguía. Da a estas observaciones mayor fundamento el considerar que escribió Daniel Leví todas o casi todas sus obras de edad ya proveya, consagrando no pocas páginas de ellas a ensalzar las cosas de los judíos y mostrándose muy docto en la interpretación y exposición de los preceptos y leyes del *Talmud*, objeto constante de veneración entre los hebreos. Añádese también que tanto Daniel Leví, como su padre don Simón de Barrios, figuraron y no poco, entre los rabinos que componían las Academias de Amsterdam, encontrándose en diferentes obras, impresas en aquella ciudad a mediados y aun a fines del siglo XVII, composiciones poéticas escritas por este judaizante con el nombre de *Daniel Leví de Barrios*. Entre otras bastará que citemos el siguiente soneto, en que elogia la *Traducción de los Salmos de David*, hecha por Jahacob Jheudah León en el año de 1681, que equivale al de 5431 de la creación. Dice así:

Jahacob, varón perfecto, en la eminente
casa de Dios, inquieres la ley tanto
que por ti del Psalmista el dulce canto
más claro alumbra a *la escogida gente*.

Brillas, Jheudah León, signo elocuente
del sol divino que te enciende, en cuanto
por las líneas que hizo el pastor santo
la luz esparces de la empírea mente.

Debe a tu sciencia singular traslado
de Salomón el templo destruido
por un león, por otro edificado.

Bien tomaste del templo el apellido;
pues en ti el alto rey es mas loado
y de David el canto más subido.

Era imposible que un poeta cristiano se expresase en estos términos, llamando al pueblo proscrito *escogida gente*. Daniel Leví de Barrios fue converso; pero converso de la religión cristiana

al judaísmo, es decir, apóstata, como otros muchos de su raza, en lo cual es posible que tuvieran no pequeña parte los rigores de la Inquisición, cuya pujanza era tan grande como su fanatismo.

Hemos dicho que Barrios era natural de la ciudad de Montilla, y entre otras pruebas tenemos el soneto que en su *Musa panegírica* dedicó a celebrar la antigüedad y nobleza de aquella población, principiando del siguiente modo:

Mi gran patria Montilla, verde estrella
del cielo cordobés, agradó a Marte
con las bellezas de la diosa Astarte,
del fuego militar áurea centella.

Vengamos ya al examen de las obras debidas a Daniel Leví de Barrios. Distinguióse éste, como filósofo, historiador y poeta; y dio a luz en 1683 (5443) una obra con el título de *Triunfo del gobierno popular y antigüedad holandesa*, proponiéndose demostrar en ella filosóficamente que el pueblo hebreo conoció las formas de los gobiernos monárquico, aristocrático y democrático desde los más remotos tiempos, rigiéndose en la época de Barrios por los principios que servían de base al último. Compuso además una *Historia universal judaica*, en donde derramó grande erudición y doctrina; y publicó finalmente otras varias²⁷², entre las cuales debemos mencionar las intituladas *Luces y flores de la ley divina, en los caminos de salvación*, en que da noticia de no pocos escritores y poetas judíos que cultivaron en Amsterdam la lengua castellana; el *Triunfal carro de perfección*; la *Flor de Apolo*, en donde insertó diferentes comedias, debidas a su ingenio, y el *Coro de las Musas*, colección numerosa de toda clase de composiciones poéticas, que termina con la *Música de Apolo* y las *Perlas de Hipocrene*. Habríamos de extendernos más de lo que cuadra a nuestro propósito, si tratáramos de analizar aquí estas producciones con algún detenimiento. Siendo el *Coro de las Musas* tal vez la obra más importante de este poeta, juzgamos por tanto más conveniente el preferirla en nuestro examen, creyendo que bastará éste para dar a conocer su mérito.

El *Coro de las Musas* se divide en nueve partes, dedicada cada cual a una de las hijas de Apolo, y contiene poesías análogas al carácter y atributos de aquellas. Así es que a Urania, musa celeste, están consagradas las composiciones que tratan del mundo celeste y del mundo esférico; a Thersícore, musa geógrafa, corresponde la descripción de España y Portugal, desde los más remotos tiempos, con la genealogía de los reyes de ambas naciones; a Clío, musa panegírica, pertenecen los elogios que tributa a las diferentes clases sociales; a Erato, musa amorosa, se dedican las poesías propiamente eróticas; a Euterpe, musa pastoral, los cuadros de la vida campestre y patriarcal, con la fábula de Pan y Siringa y la bellísima historia de Jacob y Raquel; a Polimnia, musa lírica, toca el imperio de las poesías patéticas y sátiras; a Thalía el de los epitalamios; a Melpomene, musa fúnebre, el de las elegías; y a Caliope, musa moral, el de las producciones filosóficas. Tal es la forma y el objeto del *Coro de las Musas*.

Daniel Leví de Barrios que había sufrido sin duda los tiros de la envidia, y que veía desdeñada la poesía y sus cultivadores, manifestó en el prólogo de esta colección, al paso que se ostentaba docto en la literatura antigua, que no podían abrumarle sus detractores.

«A Hércules (escribía) con ser tan superior en fuerzas, hicieron guerra los pigmeos, viéndole dormido. Es menester más industria que fuerza para vencer los que, a modo de mosquitos, picando a la poesía, no la dejan sosegar, dándole tan molesta guerra que tal vez la hacen cubrir el rostro con el velo del temor. Pudo Alcides lograr las más arduas empresas y no pudo resistir la flaqueza de una frágil belleza. Suele el mayor ánimo afeminarse a vista de la torpe censura. No debe ponerse la

²⁷² Además de estas obras corren con el nombre de Barrios y le atribuye Wolfio en su *Biblioteca hebrea* las siguientes: *Descripción de las hermandades sagradas de la sinagoga española de Amsterdam*; *Imperio de Dios en la armonía del mundo*; *Atlas ánglico de la Gran Bretaña*; *Libre albedrío*; *Antigüedades judaicas*; y otras. Las comedias que compuso fueron: *Pedir favor al contrario*; *El canto junto al encanto*; y *El español en Orán*. Estas son las que incluyó en la *Flor de Apolo*: además escribió las denominadas: *Nubes no ofenden al sol* y *Contra la verdad no hay fuerza*. Wollio cita la fecha de la edición de estas obras: *La flor de Apolo* se imprimió en 1665; el *Coro de las Musas* en 1672.

camisa del centauro que abrasa, sino la piel del león que asombra. El que se siente acometer de los que forman el susurro de la censura, arrójese en la fuente del examen y verá que presto los moja la corriente del desengaño; verá que presto los echa del corcho de su encendida mordacidad, para decir con el real profeta: *Cercáronme, como abejas y fueron apagados como fuego de espinos.*»

Sin embargo de esta singular protesta contra la mordacidad, hubiera la sana crítica encontrado entonces como halla ahora, en las obras de Daniel Leví al lado de apreciables bellezas reprensibles defectos. Verdad es que estos provenían en gran parte del mismo estado de las letras y de la facilidad con que siguió Barrios la escuela culterana, imitando el lenguaje bombástico y excesivamente hiperbólico de los sectarios de Góngora. Pero este censurable afán, si bien deslustra no pocas bellezas de estilo, si bien desfigura muchas imágenes sencillas y, verdaderamente poéticas, no llega a oscurecer el ingenio de Barrios, el cual logra arrancar a su múltiple lira, ya acentos patéticos, ya rasgos propiamente épicos; ora tonos satíricos y ora en fin tiernas pulsaciones, que retratan la felicidad o bosquejan la apacible y sosegada vida del campo. Semejante generalidad es, no obstante, causa de que no en todos los terrenos sea este poeta igualmente apreciable. Quizá dedicado exclusivamente a los asuntos que tienen relación con la poesía épica, hubiera podido alcanzar señalados laureles en tan anchurosa y mal trillada senda; para esto, contaba sin duda con una imaginación fresca y lozana; tenía una facilidad notable para describir y manejaba, finalmente, los medios del arte con especial soltura. Barrios, como el mayor número de los escritores de su raza, no se contentó con los triunfos que podía ofrecerle un género determinado, y aspiró a cultivarlos todos; sin ver que de este modo enervaba sus fuerzas y consumía los tesoros de su imaginación inútilmente. Sin embargo en todas sus composiciones derramó igual erudición y en todas dejó huellas de su no escaso talento. En prueba de esta observación y de las demás que dejamos apuntadas, parécenos bien copiar aquí algunos pasajes de sus obras. Veamos, pues, como describe en la Musa geógrafa (Thersícore) a la península ibérica:

Toda vistosa la región se ostenta,
que por el rey Hispan se nombró España,
de ingenios doctos cátedra opulenta,
de fuertes héroes, militar campaña:
varias provincias conquistó sangrienta,
inculcó la del indio tierra extraña,
dándole siempre triunfos laureados
las armas y varones señalados.

Al mar mediterráneo corresponde
por la parte que el flavo Apolo viene,
y a los franceses límites por donde
viste de escarcha el Boreas a Pirene.
En esta banda y la que el sol esconde
toca el raudal de Atlante; y del Sur tiene
aquel mar que del tórrido africano
la aparta con el golfo gaditano.

De sus célebres ríos la recrea
el rojo Miño, el Duero caudaloso;
Ebro que en reinos ínclitos campea;
corriente Llobregat, Ter generoso:
Betis que a los Elísios lisonjea;
Tajo en Castilla y Portugal undoso;
Xúcar bravo en la tierra valenciana;
y con nativo puente Guadiana.

Fuerte si lucha, aguda si conversa,
 siempre asombró con potestad ferina:
 por cuanta la ocupó nación diversa,
 su riqueza ocasión fue a su ruina.
 Habló en lengua caldáica, egipcia, persa,
 hebrea, griega, arménica, latina,
 gótica y agarena; y hoy sus gentes
 mezclan todo en idiomas diferentes.

Así narra en el *metro IV* de la misma Musa el poderío de Julio César:

Y César por mirarse soberano,
 de su temida patria fue tirano.

La Citerior España rigió, cuando
 con juvenil y docta valentía,
 al robusto gallego sujetando,
 desbarató del lujo la osadía:
 De envidia en Cádiz suspiró mirando,
 la estatua de Alejandro, porque había
 con menos años conquistado el suelo,
 juzgando aun fácil el rendir al cielo.

Imitóle de suerte afortunado
 que hasta del gran Pompeyo victorioso,
 a sus plantas el mundo vio postrado,
 primer de Roma emperador famoso.

No puede negarse que en estos pasajes resalta la entonación épica, lo cual se advierte también en las siguientes octavas del *metro V* de la referida Musa. Pinta en ellas la pérdida de España:

Belígero monarca de la ardiente
 África el sabio Ulit, infestó a España
 con la que acaudilló bárbara gente
 el gran Tarif en militar campaña.
 El padre la guió de la imprudente
 Caba, incitado por la torpe hazaña
 qué a su rey fue traidor, con el vil Oppas,
 mitrado Galalón de falsas tropas.

.

... del Guadalete celebrado
 ensangrentó los campos animoso
 el infeliz Rodrigo, al denodado
 árabe acometiendo belicoso.
 Mas que su intrepidez pudo su hado,
 destinándole a estrago lastimoso
 en la prolija lid: que el feroz mauro
 le quitó la corona con el lauro.

En la *Musa amorosa* (Erato) se hallan composiciones ligeras que contienen mucha gracia y ternura. Sirva de ejemplo el madrigal que dedica a cantar la belleza de Cloris, dando más crédito a sus ojos que a su boca, el cual se halla concebido en estos términos:

Suspenso mi sentido,
 Cloris, entre la vista y el oído
 a cual crea no duda:

que de tus ojos la elocuencia muda
 imprime en tu semblante, a matar hecho,
 el oculto carácter de tu pecho.
 En vano, pues, procuras
 que tus labios atentos
 a seguir tus intentos,
 nieguen lo que aseguras,
 si de tu corazón se ven distintos
 los confusos enojos
 en los vivos espejos de tus ojos,
 y con gracia no poca,
 política tu boca
 dice y tus ojos bellos
 cuanto ella quiere y cuanto saben ellos.

El siguiente himno epitalámico, inserto en la *Musa cómica* (Thalia) dedicado a celebrar las bodas de las *cesáreas majestades* Leopoldo, Ignacio, y doña Margarita de Austria, no carece de movimiento lírico:

Aquella imperial águila
 que del sol más clarífico
 se remonta a lo fúlgido
 por mirarse en lo nítido.
 De la fama en los cánticos
 sube hasta el norte frígido,
 imán de cuanto hipérbole
 es de su elogio símbolo.

Por la estrella es más célebre:
 que de su Marte espíritu
 en brazos de lo bélico
 consigue lo pacífico.
 Unido a lo magnánimo
 ostenta lo magnífico,
 de su respeto idólatra,
 si de su afecto ídolo.

Las auroras que plácidas
 son en cielo flamígero,

 sirviéndola solícitas,
 hiriendo pechos ínclitos,
 a los deseos Tántalos
 ponen despeños Iscaros.

Más dignos de aprecio nos parecen los sonetos que encierra la *Música de Apolo* y entre todos el que dedica a la muerte de Raquel, notable por el pensamiento filosófico que encierra:

Llora Jacob de su Raquel querida
 la hermosura marchita en fin temprano
 que cortó poderosa y fuerte mano
 del árbol engañoso de la vida.

Ve la purpúrea rosa convertida
 en cárdeno color, en polvo vano

y la gala del cuerpo más lozano
postrada en tierra, a tierra reducida.

¡Ay! (dice) ¡gozo incierto! ¡gloria vana!
¡mentido gusto!, ¡estado nunca fijo!
¿Quien fía en tu verdor vida inconstante?

Pues cuando más robusta y más lozana,
un bien que me costó tiempo prolijo
me lo quitó la muerte en un instante.

También escribió Daniel Leví Barrios, según dejamos ya indicado, composiciones festivas y satíricas, dando a las primeras el título de *donaires*; en la *Musa lírica* (Polimnia) se lee la siguiente glosa o letrilla que no deja de tener gracia y chiste:

¿Hasta cuando, Inés,
por ese mirar
ha de dar
con antojos
de ojos
cualquiera que ves?...

Del amor el fuego
después que postrado
a tu agrado
los ojos te ha dado,
ha quedado ciego;
y pues sin sosiego
tu girasol es
hasta cuando Inés, etc.

El sol te da en cara
por ver que más claro
con reparo
sin costarle caro,
te sale a la cara:
ya que así declara
su dulce interés
hasta cuando, Inés, etc.

Ves del sol que alistas
el albor rosado
mejorado,
por que le han sacado
tus ojos a vistas,
y pues sus conquistas
están a tus pies
hasta cuando, Inés, etc.

No creemos necesario hacer más citas para dar a conocer a Daniel Leví de Barrios, como poeta castellano. Creemos que bastan los trozos que dejamos transcritos para que nuestras observaciones adquieran toda la fuerza necesaria. Este docto judaizante, como admirador entusiasta de Góngora, cuyas *Soledades* elogia en diferentes pasajes de sus poesías, siguió los errores de aquel gran poeta. Sin embargo, no debe confundirse entre la turba de infatuados copleros que asediaron desafortunadamente el parnaso español en el siglo XVII, y que sin talento ni imaginación, sólo glosar y parodiar supieron, hablando un extravagante dialecto que ni ellos mismos comprendían.

Dijimos en el capítulo segundo de nuestro anterior *Ensayo* que daríamos en el presente a conocer la traducción que hizo Rabbi Jahacob Abendaña del libro titulado *Cuzary*, escrito por R. Jehudah Levita en lengua árabe, y trasladado a la hebrea por R. Jehudah Aben Thibon. Manifestamos en el lugar indicado el objeto, forma y distribución de esta importante obra, cuyo argumento, valiéndonos de la expresión de Abendaña, es una larga disputa que tuvo con el rey Cuzar un sabio judío hasta convencerle de los errores del gentilismo. El *Cuzary* se halla escrito en un diálogo ingenioso, recordándonos su lectura otras dos producciones que si bien no guardan en el fondo de la doctrina estrecha analogía, en su forma y en sus tendencias morales tienen no pocos puntos de contacto. Tales son el famoso libro escrito en lengua árabe con el título de *Calila y Dina*²⁷³ y el *Conde Lucanor*, compuesto por el infante don Juan Manuel, en castellano. No es este el lugar de emitir nuestra opinión, respecto de la semejanza que existe entre las tres obras citadas, ni la comparación y análisis de ellas, es cosa tan breve que pueda hacerse, sin que nos excedamos de los límites que nos hemos propuesto guardar en estos *Ensayos*. Baste sólo tener presente que tanto las fábulas de *Calila y Dina*, como el libro de *Cuzary* pudieron servir al infante don Juan Manuel, si no de modelo, de recuerdo al menos al escribir la interesante obra del *Conde Lucanor*, tan justamente elogiada, así por la sana y profunda moral que respira, como por la gracia de los diálogos de que se compone.

Volviendo a la traducción de Abendaña, parécenos suficiente para darla a conocer el trasladar aquí algún pasaje de ella. Veamos la distinción que hace en el *discurso IV* entre el hombre religioso y el filósofo:

HABER. «Muy diferente es el que tiene religión que el filósofo; por cuanto el que profesa religión, busca a Dios a fin de grandes provechos, fuera de la utilidad de alcanzar su conocimiento; y el filósofo no pretende otra cosa sino saber que hay Dios, y decir de él la verdad. Ansí como pretende saber, por ejemplo, y mostrar que la tierra está en el centro de la *esfera grande*, y que no está en el centro de la esfera de las estrellas, y otras noticias de la verdad de las cosas. Y juzga que no es de daño la ignorancia en el conocimiento de la tierra; y entender que es extendida y rasa. Y no tiene por utilidad sino el conocimiento de la verdad de las cosas, para ser semejante al entendimiento agente, y convertirse con él en una misma cosa, sin reparar que sea justo o que sea epicúreo, como sea filósofo. Y los fundamentos de su creencia es que ellos dicen que Dios no hace bien ni hace mal; y creen que el mundo es *ab eterno*, y no admiten que el mundo fue totalmente nada antes que fuese criado; porque nunca dejó de ser, ni dejará de ser.»

Este pasaje revela los diferentes sistemas filosóficos que eran conocidos en el siglo XIII por los hebreos y por los árabes, y da a conocer las creencias y principios astronómicos de aquella época, poniendo al mismo tiempo de manifiesto el espíritu con que todo el libro de *Cuzary* se halla escrito. Considerado este trozo, como muestra de estilo y de lenguaje, manifiesta también que Rabbi Abendaña se sujetó tal vez más de lo conveniente al texto hebreo, respecto a la manera de formar los períodos. Abendaña, que publicó esta traducción en 1663, 5423 de la creación, dio también a luz otras producciones y entre ellas una traducción castellana de la *Misnah* con los comentarios de Maimónides y Bartenoras. Fue prefecto de la célebre sinagoga de Amsterdam, en donde imprimió sus obras a excepción de la Controversia con Antonio Hulsio, que se publicó en Leyden por los años de 1669 y 1683, en que pasó de esta vida.

Otros traductores hebreos florecieron en esta edad, señalándose entre ellos el hakam Rabbi Jahacob Hages, Jahacob Ihuda León Hebreo, Jahacob Cansino, y Francisco de Cáceres. Tradujo el primero la celebrada obra de Isahak Aboab, titulada *Candelero de la luz* מנורת המאור apellidándola

²⁷³ Esta obra fue traducida por mandado del rey sabio en el año de 1267, era de 1299; su título era: *Este libro es llamado de Calila e Dina el qual departe por enxemplos de omes e animalias*. Fue primero traducido al latín y después puesto en lengua vulgar en el mismo siglo XIII. Más adelante lo tradujo Juan de Capua de nuevo al latín; del latín se trasladó al italiano y de este idioma al español, imprimiéndose a fines del siglo XV con el título de *Egemplario de virtudes*.

Almenara de la luz y diola a la estampa por primera vez en Liorna²⁷⁴. El segundo puso en castellano, para provecho común de los hebreos, los salmos de David, intitulando a su traducción *Alabanzas de santidad*²⁷⁵ y ajustándose estrictamente a la frase y palabras del hebraico. El tercero, que fue intérprete de los españoles en las plazas sujetas al gobierno de Orán, vertió a nuestra lengua la obra que había compuesto para elogiar los *Extremos y grandezas de Constantinopla* Rabbí Moisen (Mosseh) Almosnino. El cuarto, que abjuró del judaísmo de edad ya provecta, trasladó del italiano la apreciable obra del docto caballero Doménico Delphino, dándole el título de *Visión deleitable y sumario de todas las ciencias*.

Bien comprenderán nuestros lectores que no es de nuestro propósito el examinar detenidamente estas traducciones, principalmente cuando la extensión que van tomando estos *Estudios*, nos obliga a ser más breves de lo que nosotros quisiéramos. Sin embargo, bueno será advertir que la *Almenara de la luz* consta de tres tratados, divididos en *siete luces*, en las cuales se tratan altas cuestiones filosóficas, y se despliega una erudición admirable. El estilo y el lenguaje empleados por Hages son bastante notables, no sólo por la construcción de la frase, sino por el uso de palabras bárbaras y el abuso de idiotismos y solecismos que se nota en toda la obra. Hállanse no obstante algunos trozos escritos con singular nervio y aun corrección, lo cual induce a creer que los defectos notados provienen en este hebreo que llevaba el renombre de sabio, más bien del estado de corrupción a que había llegado la lengua castellana entre los judíos que moraban en tan apartadas regiones, que de propia ignorancia.

Mucho más apreciable nos parece la versión de los Salmos de León Hebreo, a quien tributaron justas alabanzas por esta obra Daniel Leví Barrios, Isahak Orobio de Castro, Jahacob de Pinna, celebrado poeta de aquel tiempo, e Isahak Gómez de Sosa, docto en la lengua latina, y no menos distinguido poeta. Para que pueda apreciarse esta versión, como cumple a su mérito, trasladaremos aquí el siguiente trozo del Salmo XVIII.

«Rodeábanme cuerdas de muerte y dolores de *hombre de iniquidad* me conturbaban. Dolores de sepultura me cercaban y me anticipaban lazos de muerte. Entonces en la angustia llamaba a Adonay; y a mi Dios clamaba y él oía de su palacio mi voz y mi clamor delante de él entraba y en sus orejas. Y luego se movía y temblaba la tierra y cimientos de los montes se estremecían y se conmovían, porque crecía el furor de él. Con que subía humo en su nariz y fuego de su boca quemaba: brasas se encendían de él. Entonces inclinaba cielos y descendía a la tierra con niebla debajo de sus pies, y cabalgaba sobre un Querub y volaba, con que volaba sobre alas del viento en mi ayuda. Y ponía escuridad su encubrimiento, sus rededores su cabaña, escuridad de aguas de nubes de cielos. Del resplandor que enfrente dél vi sus nubes que pasaban con pedrisco y brasas de fuego. Y atronaba los cielos Adonay, y el Altísimo daba su voz con pedrisco y brasas de fuego. Juntamente enviaba sus saetas y esparcía los, y relámpagos arrojaba y los consumía. Con que se aparecían corrientes de agua, y se descubrían fundamentos del Universo de tu repreensión, Adonay, y por causa del aliento de espíritu de tu nariz.»

La versión no puede en verdad ser más exacta. León Hebreo tuvo el buen sentido de subrayar todas las palabras que añadió, para mayor inteligencia del texto, lo cual contribuye a hacer que resalte más el mérito de su obra, pues que puede compararse con el original hebreo que acompaña a la traducción. Las *Alabanzas de Santidad*, se imprimieron en 1681, que equivale al año de 5431 del cómputo judaico. León Hebreo escribió y publicó también en Amsterdam dos obras tituladas: *El Retrato del Tabernáculo* y *El templo de Salomón y todas sus circunstancias*.

Jahacob Cansino, que prestó a los reyes de España señalados servicios en las guerras de África, fue muy docto en las lenguas orientales, poseyendo sobre todas la árabiga, la hebrea, la

274 La segunda edición se hizo en Amsterdam en 1608 de J. C. 5468 del cómputo hebraico. R. Jahacob Hages escribió también un comento hebreo de la *Misnah* con el título de *Árbol de la vida*.

275 La traducción debió ser *Santidad de alabanzas* gramaticalmente hablando. León Hebreo alteró, sin embargo, la colocación y régimen de estas palabras, al ponerlas en castellano.

caldea y la cenetia, de que dio pruebas, traduciendo importantes documentos. Mostróse también entendido en la castellana con la versión de los *Extremos y grandezas de Constantinopla*, obra que se dio a la estampa en Madrid, bajo los auspicios del Conde-Duque, en 1638. El objeto de este curioso tratado es describir la antigua Bizancio, y manifestar sus ventajas e inconvenientes. Se halla dividido en diversos artículos, y al hablar de las moradas dice, que unas se hallan suntuosamente fabricadas, mientras otras son lóbregas y frías en el invierno, y muy calurosas en el verano.

«La causa es por ser corte; donde hay infinita gente y grandes señores (prosigue) vale un palmo de tierra a peso de oro, y mucho más el fabricarlo; y no pueden comprar ni obrar sino los muy ricos; y estos tales fabrican magníficamente, conforme a su poder. Y como el lugar es estrecho, no queda patio o corral que no se obre, y lo procuran hacer lo mejor del aposento en alto, abriendo ventanas a la tramontana, por ser saludable; y con esto queda lo bajo oscuro, sin respiradero a ninguna parte, porque por toda su vecindad está obrado, sin dejar espacio ocioso; y como el servicio de las casas se hace en lo bajo de ellas donde se echa también toda la inmundicia, quedan hediondas. La ciudad es muy húmeda, y cuanto baja lo es la tierra, congelándose la humedad, resfría más en invierno; y el verano no teniendo de donde le venga fresco, queda lo bajo cerrado de todas las partes, cálido en extremo, y con esto tan dañoso a la salud que es inhabitable.»

La traducción de Cansino, considerada bajo su aspecto literario, no puede ofrecerse como modelo, si bien se lee con gusto y aprovechamiento, por las raras noticias que contiene.

La *Visión deleitable*, libro escrito con suma erudición y profundidad de doctrina, se halla traducida en lenguaje corriente y castizo, que conserva (por ser versión del italiano) muchos más puntos de analogía con nuestra lengua que muchas de las obras citadas. Esta razón y la de ser también obra más conocida de nuestros literatos, nos retrae de poner aquí alguna muestra de ella.

X. Siglo XVII.

Daniel Israel López Laguna. Espejo fiel de vidas. Joseph de la Vega. Sus novelas. Rumbos peligrosos. Doña Isabel de Correa. El Pastor Fido. Joseph Salom. Sendero de Vidas. Joseph Franco Serrano. Los cinco libros. Rabbi Saul Mortera. Isahak Orobio de Castro.

Uno de los ingenios más notables que a mediados del siglo XVII produjo la raza hebrea-española, fue sin duda Daniel Israel López Laguna. Perseguido desde muy joven por el Santo Oficio y libre al cabo de sus calabozos, huyó de España a la isla de Jamaica. Al respirar allí el aire de la libertad, se resolvió a traducir los Salmos de David en lengua castellana y auxiliado con el estudio de las humanidades que durante su juventud había hecho, emprendió aquella ardua tarea con tal tesón y empeño que no perdonó trabajo alguno para llevarla a cumplido término. Nuevas vicisitudes vinieron en Jamaica a turbar la quietud de Daniel Israel, lo cual contribuyó, como observa Abraham Jahacob Enríquez Pimentel en el prefacio del *Espejo fiel de vidas*, a que invirtiera en los Salmos veinte y tres años de trabajo y otros tantos de desvelo, entre persecuciones de guerras, incendios y huracanes. Se advierte, pues, que López Laguna hubo de tardar sobre cuarenta años en la traducción de los Salmos que con el título indicado imprimió en Londres en 1720 de J. C., 5480 del cómputo hebreo. De sus estudios, de su persecución en España y del sitio en que compuso su obra, da noticias el mismo Daniel López en la siguiente décima:

A las musas inclinado
he sido desde mi infancia:
la adolescencia en la Francia
sagrada escuela me ha dado.
En España algo han limado.
las artes mi juventud:
ojos abriendo en virtud,
salí de la Inquisición;
hoy Jamaica en canción.
los Salmos da a mi laúd.

Después añade:

En mi prisión los deseos
cobré de hacer esta obra:
tuvo efecto en la zozobra
o afán de humanos empleos.

Es indudable que las persecuciones sufridas por Daniel López Laguna produjeron el mismo efecto en él que en David Abenatar Melo y que en otros muchos habían causado ya las iras del Santo Oficio. Aludiendo a estas consideraciones, escribía el citado Enríquez Pimentel de esta manera: «Le movió y le incitó el santo y pío celo de judío y el ver que todos nuestros hermanos los que vienen (a Londres) de España y Portugal, huyendo las persecuciones de tan tiranas y crueles tierras, a gozar en estas el reposo y quietud que allá no les es concedido, es forzoso que lean en lengua castellana, por no entender el sagrado idioma hebreo... El autor atendiendo a esta razón (prosigue haciendo el juicio de la obra) tomó el trabajo con mucho afán y desvelo para traducir esta divina obra del Psalterio de la lengua santa en este suave e inteligible lenguaje, en este delicado y dulce estilo y en este meloso y sonoro verso... Compuso el autor su libro en todas suertes de versos, los cuales se pueden aplicar a las tonadas hebraicas y españolas, para cantarlos en todas ocasiones.»

Después añada respecto a la exactitud de la traducción; dirigiéndose al lector: «Considera tú seguir lo literal del sagrado verso, para ponerlo en verso castellano, ciñéndose al mismo sentido y a las mismas palabras con tal rigor que habiéndolo traducido de la lengua santa en la vulgar y reducido de prosa a verso, no se halla que falte, disuene, ni acreciente una sílaba.» Tal fue el juicio que los más doctos judíos formaron del *Espejo fiel de vidas*, apresurándose muchos de ellos a rendir el tributo de su admiración a Daniel López Laguna, por haber llevado felizmente a cabo tan colosal empresa.²⁷⁶

Pero el juicio de los contemporáneos de Laguna es en nuestro concepto algún tanto exagerado. Hay en su obra no pocas bellezas de estilo: la versificación es en general suelta, fluida y sonora; el lenguaje tiene bastante dignidad y es a veces elegante y sencillo en extremo. Pero no siempre es este judío en la traducción tan exacto y fiel como debiera, ampliando y desliendo con frecuencia pensamientos y pasajes enteros, y dando al par entrada en los salmos a crecido número de ideas extrañas al texto hebreo. Este defecto provino en Daniel López Laguna, como en David Abenatar Melo, de la situación especial en que se hallaba, al escribir su obra. Había sufrido los anatemas del Santo Oficio, y sido al par lanzado del país natal por sus terribles iras; natural era por tanto que al verse libre de sus calabozos, prorrumbiese en amargas quejas contra tan intolerante tribunal, yendo tan lejos en el odio que llegó, no ya a aludir a sus persecuciones, sino a estampar en algunos salmos el nombre con que la Inquisición era apellidada. En el X ingiere el verso que subrayamos en la siguiente octava:

¿Por qué Señor te encubres a lo lejos
a nuestro ruego en horas de quebranto?...
piadosos nos alumbren tus reflejos
cuando soberbio el malo causa espanto
al pobre, *persiguiéndole en consejos*
del tribunal que infieles llaman santo:
presa sea el malsín que audaz se alaba,
pues aunque él se bendice, en mal se acaba.

En otros pasajes alude al estado en que se hallaba en su época el pueblo proscrito e implora la protección divina. Entre otras muchas citas que pudiéramos hacer, bastarán los cuatro primeros versos del salmo CXXIV que dicen así:

Si por nos el Señor no hubiera sido
diga agora Israel, pueblo esparcido,
si el alto Dios no hiciera por su nombre
en levantarse contra nos el hombre.

Las versiones de Daniel López Laguna tienen, sin embargo, y este es su carácter general, bastante energía y fuerza de colorido, hallándose en ellas a menudo trozos notablemente versificados, en los cuales resaltan al mismo tiempo todas las dotes de la poesía oriental. En prueba de estas observaciones, y a fin de que nuestros lectores juzguen por sí del mérito de este insigne judío, considerado como poeta castellano, copiaremos algunos trozos de diferentes salmos de su *Espejo fiel de vidas*. Así comienza el salmo LXXXVI:

Escucha, Dios supremo,
la voz de mis clamores y responde;

²⁷⁶ A la traducción de Laguna preceden multitud de composiciones escritas en latín, inglés, portugués y castellano que por una parte ponen de manifiesto el aplauso con que fue recibido el *Espejo fiel de vidas* y manifiestan por otra el entusiasmo con que los judíos cultivaban a fines del siglo XVII las letras. Los poetas que honraron a Daniel son: David Chaves, Abraham Gómez Silveyra, Jahacob Enríquez Pimentel, Abraham Pimentel, R. Mondéjar, Núñez de Almeida, Samson Guideon, Moseh Manuel Fonseca de Pina, Jahacob López Laguna (hijo), Abraham Bravo, y Jahacob de Sequeira Sumada. También escribieron en su elogio estas poetisas: doña Sarah de Fonseca Pinto y Pimentel, doña Manuela Núñez de Almeida, y doña Bienvenida Cohen Belmonte. La última composición es de Daniel López Laguna, hijo del traductor.

pues por ser pobre, temo,
que el bien al miserable se le esconde;
guarda mi alma por ser tuya y mía;
salva a tu siervo fiel que en ti confía.

 Apiádame, pues llamo
en tu nombre supremo todo el día:
corona, pues te amo,
el alma de tu siervo de alegría;
pues en ti espero cobre nuevo aliento,
cuando humilde en tus manos la presento.

Después sigue:

 De mi angustia en el día
te llamaré, esperando me respondas:
que a quien en ti confía
no es posible tu gracia se la escondas,
pues no hay Dios en los dioses que te iguale
y a tus obras su engaño no equivale.

.

 Muéstrame tu carrera,
andaré en tu verdad entre hijos de hombre,
pues firme persevera
mi corazón temiendo tu alto nombre,
y siempre te loará mi amor interno
aclamándote rey, único, eterno.

En el salmo X citado arriba describe así al malvado:

 Dijo en su corazón desvanecido:
«De mi grandeza resbalar no puedo
en ningunas edades, pues he sido
siempre el que a todos en virtud excede.»
De maldición su labio fementido
llenó con falsedad arte y denuedo,
siendo su lengua víbora que mata,
pues cuando más halaga, más maltrata.

 Acechador violento en las aldeas,
cual oso hambriento, enviste al inocente:
sus ojos sin temer que tú los veas,
atalayan, cual león de lo eminente
de su gruta a las mismas plebeas
gentes que asalta audaz cuanto inclemente;
pues lisonjeando hipócrita abatidos,
coge en su red rebaños de afligidos.

En el Salmo XXVII pinta de este modo la tribulación del justo, en medio de los malvados:

 Los que voraces más que toros fueron
con intrépido estruendo me rodean:
los fuertes de Bassan se embravecieron
y en cercarme tiránicos se emplean:
Como el hambriento león bramando abrieron
las trogloditas bocas que desean

quebrar mis huesos y en ardientes fraguas
mi sangre derramar como las aguas.

Daniel López Laguna emplea en su traducción las silvas, los tercetos, las estanzas, las redondillas, las décimas, los romances y las quintillas, conociéndose apenas combinación métrica y rítmica que no ensaye, casi siempre con soltura y conocimiento del arte y a veces con notable éxito. Si el plan de estos *Estudios* lo consintiera, pondríamos aquí algunas muestras de cada una de estas especies de versos. Sin embargo, habiéndonos llamado la atención el hallar tratados tan altos asuntos en décimas de pie quebrado o seguidillas, copiaremos parte del Salmo LXXXVII, para que nuestros lectores juzguen de estos raros ensayos:

Ama Dios más las puertas
de Sion, que todas
las moradas que el pueblo
de Jacob goza.
Nobleza
es cantar su grandeza:
que el que habla
en su séquito, entabla
su archivo
en ciudad del Dios vivo.

.

Cuenta el señor los pueblos
y sólo escribe
en su libro al perfecto
que en su ley vive.
Sabido
es que él allí ha nacido,
divina
goza luz que ilumina
morales
ciencias en sus portales.
Todos estos loores
en su alta esfera
logra el trono del alto
Dios en la tierra.
Cantores
sacros y tañedores
gloriosos
con himnos misteriosos
le canten
y conmigo le alaben.

Es notable que, cuando López Laguna llega a ser pueril en extremo, formando anagramas, acrósticos y logogrifos en las composiciones que preceden a los Salmos, apenas se encuentren en estos vestigios del mal gusto que devoraba en su época la literatura española. En cambio se hallan usadas con oportunidad muchas frases y palabras olvidadas ya por nuestros literatos del siglo XVII y no pocas en cuya formación se atuó visiblemente Daniel López Laguna a las analogías hebraicas. Todas estas circunstancias, con las demás que ya dejamos apuntadas, dan pues, al *Espejo fiel de vidas*, cierto interés e importancia, que le recomiendan muy especialmente al aprecio de los literatos españoles.

Contemporáneo de Laguna fue Joseph de la Vega, rico mercader de Amberes, quien según la expresión de su compatriota Baltasar Orobio, se distinguió desde sus primeros años «en elogios de altos príncipes de Italia, ya en célebres epitalamios, ya en fúnebres declamaciones», mostrando en toda clase de estudios singular talento. Con tan brillantes disposiciones escribió Joseph de la Vega diferentes obras históricas y filosóficas²⁷⁷ no olvidándose tampoco de cultivar el campo de las bellas letras, en donde recogió también notables alabanzas²⁷⁸. Compuso, pues, y dio a la estampa en la ciudad de Amberes, por los años de 1683, una colección de novelas, a las cuales puso el título de *Rumbos peligrosos*; mereciendo que el citado Baltasar Orobio, que gozaba entonces de grande autoridad, como crítico, se expresase en estos términos, al hablar de las referidas novelas.

«Dejando materias más graves, el insigne Vega discurre en esta que da a la estampa (o por divertir su ánimo o los de algunos que le persuadieron, a quienes no pudo decentemente negar este honesto divertimento) con el mayor acierto que en semejante asunto vio nuestro siglo.»

No creemos nosotros que el juicio de este judío deba ser en nuestra época de tanto peso como lo fue quizá en la de Vega. Este escritor, a quien no puede negarse erudición, talento, y sobre todo una imaginación verdaderamente creadora, se dejó arrastrar más de lo conveniente de la corrupción que a la sazón dominaba las letras, o como dice un escritor amigo suyo, «aspiró a dar a su estilo cierta elevada novedad, no imitando a ninguno, ni pudiendo ser tampoco fácilmente imitado.» Semejante deseo fue indudablemente causa de que no siempre sea Vega tan natural y sencillo como debiera; llegando por el contrario a ser con frecuencia notablemente oscuro e hiperbólico. Sus novelas están escritas, sin embargo, con notable ingenio; pudiendo decirse que tuvo por modelos a los novelistas italianos, sin perder de vista las obras de este género que se habían compuesto en lengua castellana desde la época de Lope de Vega. Guardan sobre todo especial analogía con las del doctor Juan Pérez de Montalván, tanto en la disposición de las fábulas, en las cuales entra en mucho lo maravilloso y extraordinario, como en la forma total, viéndose salpicadas de composiciones poéticas, en donde despliega admirable lujo de hipérboles y metáforas. Los títulos de estas producciones son: *Finezas de la Amistad y triunfos de la Inocencia*, *Retratos de la confusión y confusión de los Retratos*, y *Luchas de ingenio y desafíos de amor*. En la primera novela insertó, a pesar de lo que dejamos apuntado, algunos romances que no carecen de mérito. Feliberto, joven napolitano que es acusado de haber abandonado a su dama, después de gozar sus favores, prorrumpe para disculparse en estos versos que canta donde ella puede oírlos:

De Narciso Eco se queja,
sentida de su desprecio;
¿mas de qué, cuando Narciso
no le debe más que afecto?...

Una cosa es ser amante
y otra deudor, y es muy cierto
que ser amante no puede
quien de la deuda está exento.

Eneas huye de Elisa,
de Fedra el falso Teseo;
Jason de la hermosa Maga.
de Olimpia el infiel Vireno.

²⁷⁷ Las obras que dio a luz Joseph de la Vega son las siguientes: *Discursos académicos, morales, retóricos y sagrados*, Amsterdam 1685; *Confusión de confusiones*, id. 1688; *Retrato de la Providencia y Simulacro del valor*, id. 1690; *Ideas posibles de que se compone un ramillete de fragantes flores*, Amberes 1693; *Triunfos del águila y Eclipses de la luna*, Amsterdam 1683; en el prólogo de los *Rumbos peligrosos* menciona también estas obras: *Salmos Penitenciales*; *Filosofía moral*; *Vida de Faustina*; *Vida de Adam*; *Vida de Joseph* y *Doscientas cartas* a diferentes príncipes.

²⁷⁸ Los *Rumbos peligrosos* fueron elogiados por don Simón de Barrios, Antonio del Castillo, Daniel Leví de Barrios; Duarte López Roza, don Álvaro Díaz y Antonio Fernández, todos judaizantes y poetas castellanos.

Con razón Elisa llora,
Fedra suspira con celos,
Medea con ira brama,
Olimpia gime con ruegos.

De los cuatro se lamentan,
por que son de su honor deseos
y justamente procuran
venganzas de sus desprecios.

Mas ¿de qué se queja triste
quien falta al conocimiento
del que le debe el honor
por dicha y no por desvelo?

No gozó a Juno Ixion
por ser las nubes su velo
y otra Juno con sus sombras
a otro Ixion dio su lecho.

Cuando imaginó abrazar
a su esposa el dulce Orfeo,
abrazó su sombra, y otro
con la sombra el bien que pierdo!!!...

Esta colección que debió componerse de seis novelas, quedó reducida a las tres citadas, por haber perdido Vega a su padre, lo cual le movió a llorar tragedias verdaderas, más bien que a maquinar ideas fabulosas. Joseph de la Vega parece que fue natural u oriundo de la villa de Espejo, en el reino de Córdoba; habiéndose visto obligado como Barrios, Laguna y tantos otros, a abandonar su patria, para gozar de la libertad de que en ella carecía, merced a la intolerancia del Santo Oficio.

Hemos visto, al hablar de Daniel López Laguna, que no se desdeñaban en el siglo de que tratamos, las mujeres hebreas de cultivar la poesía española. En el año de 1693 dirigía doña Isabel de Correa al conde Palatino, don Manuel Belmonte, una traducción del *Pastor Fido*, poema escrito en italiano por Baptista Guarino y muy apreciado de los literatos. Doña Isabel de Correa se manifiesta en la dedicatoria tan satisfecha de su trabajo que no titubea en asegurar que su traducción no cede en aseo y pompa al original italiano y a la versión francesa que se hizo a poco tiempo de publicar Guarino su poema. «Antes —añade—, permítame la modestia el decirlo: lo supero en parte, por haberlo ilustrado con algunas reflexiones.» Que el juicio de esta poetisa era no sólo aventurado, sino inexacto, resulta infaliblemente de la simple lectura de su traducción comparándola con el poema italiano, que entre otros muchos elogios había merecido ya en tiempo de doña Isabel de Correa que el entendido Manuel Faria y Sousa, le juzgase en su *Fuente de Aganipe* del siguiente modo: «Fue, dice, este celeberrimo ingenio el que tuvo más dicha en sus silvas, composición en que le quiso ser émulo el gran Tasso con su Aminta; y aunque le imita y a veces le traslada y merece estimación, le queda atrás por mucho espacio: ni hay que admirarse, porque Guarino parece que nació para aquel poema, en que nunca será vencido, y puede ser que ni igualado.» Doña Isabel de Correa conocía este juicio de Faria, y sin embargo llega al punto que llevamos indicado en el elogio de su obra. Pero no sólo se expresó en los términos referidos: al mencionar en el prólogo la traducción castellana de Cristóbal Suárez de Figueroa, dijo también: «Me puso espuelas a la ejecución el ver estaba en muchas quiebras de valor, por carecer de lo dulce y grave del ritmo, esmalte que tuvo por imposible dar a su traducción este autor y que yo le di a la mía.» Se ve, pues, que en concepto de esta poetisa, aventajaba su obra no sólo a las traducciones del *Pastor Fido*, hechas hasta su época, sino que no cedía al original en el aseo y pompa del estilo.

Mas a pesar de no conformarse hoy la crítica con este jactancioso juicio, por adolecer la obra de la Correa de cuantos vicios plagaron en el siglo XVII la literatura española, bien que apareció algo parca en el uso de metáforas e hipérboles violentas, debemos observar aquí, que su traducción es digna del examen y estudio de los que cultiven las musas castellanas. A fin de justificar esta opinión nuestra y para que los lectores tengan idea del estilo de esta obra, cuyo original es tan conocido de los eruditos, trasladaremos algunos trozos, observando previamente que doña Isabel Correa tuvo el feliz acuerdo de emplear en su traducción toda clase de versos. He aquí cómo en la escena primera del acto II describe la belleza de Amarilis el enamorado Mirtilo, que disfrazado con el traje de su hermana, había logrado imprimir en los labios de aquella un amoroso beso, confundiéndose entre otras zagalas:

En ellas la hermosura
repartió liberal los esplendores,
en cuanto allí se apura
elegante el pincel en sus primores:
la rosa se descuella,
sobresaliendo a todas por mas bella;
Tal Amarilis grata
a vista de la dulce compañía
fue con luz que dilata,
cual sol que a las estrellas niega el día.

.

Mas ella, cual Diana,
los grandes ojos púdica bajando,
en vergonzosa grana,
el rostro candidísimo bañando,
por lo extremo mostrando,
dio a conocer no avara
que aun más bella era el alma que su cara.

.

Con la boca dichosa
que bien puede llamarse en casos tales
inda concha olorosa
de peregrinas perlas orientales,
en la parte que iguales
sus labios el tesoro
rico abre y cierra en púdico decoro.

.

Amor que no se aleja
estaba Ergasto, cauto y prevenido,
como en rosas la abeja,
en sus rosados labios escondido;
en tanto que se vido
con la boca besada,
al besar de la mía afortunada.

.

De la amorosa abeja
allí sentí el gustoso y penetrante
aguijón ¡dulce queja!...
pasarme el corazón de fe diamante,

que por dicha al instante
me fue restituido,
para poder entonces ser herido.

En la escena segunda del tercer acto se encuentra el siguiente coro al amor:

Que eres ciego, amor no creo;
pero ciegas el deseo
de quien te cree y conquista:
que si tienes poca vista,
yo bien sé,
rapacillo, que tienes menos fe.

Ciego o no, no hay que tentarme:
de ti pretendo apartarme
a pasos largos,
pues ciego, cuál estás, ves más que Argos.

.

Huye, ríe a tu contento,
pues será ligar el viento
el que yo te crea más:
intentarlo es por demás,
por ser de suerte
que no sabes burlarte, sin dar muerte.

Doña Isabel de Correa, a pesar de sus pretensiones respecto al aseo y pompa del estilo empleado en esta obra, introduce en sus versos muchas palabras latinas e italianas, todo lo cual contribuye a rebajar notablemente el mérito de esta traducción, digna sin embargo del aprecio de los que al estudio de la literatura española se consagren. Escribió esta poetisa, según expresa en el prólogo del *Pastor Fido*, diferentes producciones originales, pero no sabemos nosotros que se hayan dado a la estampa, si bien en 1693 las tenía preparadas con este intento. Doña Isabel vivió en Amberes, a donde parece que se refugió su familia a mediados del siglo XVII.

Por esta misma época escribían Joseph Salom y Joseph Franco Serrano, el primero un libro filosófico titulado *Sendero de Vidas* y el segundo una traducción de los *Cinco libros* que componen el *Pentateuco*. Uno y otro judío manifestaron que poseían el idioma castellano con no poca exactitud y ambos se mostraron bastante doctos en los estudios bíblicos.

También escribieron por estos tiempos Rabbí Saul Mortera e Isahak Orobio de Castro, componiendo diferentes obras contra la religión cristiana, en donde probaron su tenacidad en seguir los errores del judaísmo. Tenemos a la vista dos gruesos códigos, que posee nuestro distinguido amigo don Pascual Gayangos, debidos a estos dos judíos: el de Rabbi Saul Mortera tiene por título *Tratado de la verdad de la ley de Mosséh y providencia de Dios con su pueblo*; el de Isahak Orobio se denomina: *Prevenciones divinas contra la vana idolatría de las gentes*. No siendo nuestro propósito el considerar estas obras bajo su aspecto religioso, en cuyo caso condenaríamos todas sus doctrinas, y siendo escaso su mérito literario, parécenos conveniente el suspender aquí nuestra tarea, que procuraremos terminar en el siguiente capítulo.

XI. Conclusión.

Observaciones generales sobre el estado de los judíos desde principios del siglo XVIII hasta nuestros días.

A medida que se acercaba el siglo XVIII, iba extinguiéndose en los judíos de raza española el amor a las ciencias y a las letras, quedando apenas en sus corazones un pálido destello de aquel fuego que había alboreado en las academias de Córdoba, arrojando raudales de luz desde los muros de Toledo. No existía ya ninguna de las causas que los habían impulsado en España, durante muchos siglos, a cultivar las letras y las ciencias, ni obtenían sus esfuerzos la recompensa que en más felices días habían alcanzado sus mayores. Dispersos y errantes entre las demás naciones, se había borrado en sus pechos poco a poco el sentimiento patriótico, que arrancara en su nuevo cautiverio tristes y melancólicos acentos a sus ya olvidadas liras. Viéronse obligados a consagrarse de lleno a otro género de tareas, para aplacar en parte los sinsabores de su agitada vida. Así, el mayor número de los judíos, que desde fines del siglo XVII se dedicaron acaso a los estudios, o no pudieron obtener todo el fruto de sus tareas que interrumpían a menudo las operaciones de un laborioso y poco lucrativo comercio, o sólo aspiraron a balbucir algunas páginas teológicas, reduciendo sus esfuerzos a formular meros catecismos religiosos de poca importancia literaria.

Había por otra parte redoblado la Inquisición su intolerancia y sus persecuciones, resuelta a arrancar del suelo español la última raíz de aquella raza desafortunada; y exaltado y triunfante el elemento teocrático, nada respetaba en la corte de Carlos II, consumiendo el fuego de las hogueras cuanto infundía sospechas a su recelosa suspicacia, cuanto podía contradecir su omnipotencia. Con las reliquias de la libertad del pensamiento ardían también los restos de la raza judaica, sin que pudieran servirle de escudo las honras y distinciones, ni aun cobijarse bajo el glorioso manto de las Ordenes militares, manchado repetidas veces con el Sambenito y quemando no pocas en los braseros del Santo Oficio. Era, pues, un hecho inevitable, y una consecuencia precisa de tan terribles precedentes el estado de abyección y de envilecimiento a que fuera de la península llegó en los últimos años del siglo XVII la raza hebrea española, no siendo posible que dieran en su antigua patria muestras de mayor vida los descendientes de Judá, que seguían la religión cristiana y sobre cuyas cabezas gravitaba la mano de plomo de los inquisidores.

A principios del siglo XVIII florecieron, no obstante, como dejamos ya apuntado, varios judíos que dieron inequívocas, pero estériles pruebas, de su amor al estudio. Notable entre todos fue Rabbi Isahak de Acosta que en 1719 daba a luz sus *Conjeturas sagradas*, en donde reunía todas las tradiciones orales del pueblo hebreo, aspirando a fortalecer de esta manera sus creencias. Imprimíanse también por este tiempo varias traducciones parafrásticas de los sagrados libros: reuníanse en multitud de volúmenes *Discursos predicables* y *Glosas* más o menos extensas del *Talmud*; mas todo anunciaba finalmente que se iba secando el árbol que tan ópimos y brillantes frutos había producido, al ser cultivado por los judíos de España. Es, sin embargo, notable que al paso que iban perdiendo los judíos desterrados de la península ibérica el amor a las ciencias y sobre todo a la literatura española, hicieron no pocos esfuerzos para restaurar la lengua hebrea, publicando gran número de tratados escritos en la misma y llevando su empeño al punto de poner en hebreo el *Oracional cotidiano* que habían siempre leído en lengua castellana los judíos de raza española, refugiados en las ciudades del Norte. En 1720 se imprimía en Amsterdam el *Seder thephiloth*, *Orden de las oraciones*; y a esta publicación seguían otras muchas no menos notables, escritas en el idioma nativo; bien que no dejaron tampoco de aparecer algunas producciones en castellano, entre las cuales puede citarse la *Memoria de los 613 preceptos*, obra que en 1727 de J. C., 5484 del cómputo hebraico, daba a la estampa R. Selemoh Adham. Pero ni aun esta publicación pudo

substraerse a la reacción que entre los judíos se operaba: al final de los *Preceptos* copió Selemoh Adham un poema hebreo titulado שש פתות *Seis puertas*, compuesto por el Rab de la K.K. de Niza, R. Selemoh Sasportas.

Por una consecuencia precisa de esta nueva tendencia del pueblo judío, aunque no desechaba el idioma castellano, aunque seguía éste siendo, como antes, si no el único, al menos el más generalmente usado entre ellos, no se imprimieron ya la mayor parte de los libros castellanos sino en caracteres rabínicos, lo cual sucede igualmente en nuestros días. De esta manera los judíos ilustrados aspiraban a reconquistar aunque inútilmente, su independencia intelectual, y perdían los de educación más modesta hasta los recuerdos lejanos del país de donde habían salido sus mayores: de esta manera especialmente los hebreos que moran en las costas de Levante, han venido a un doloroso estado de abatimiento y de ignorancia. En el siglo XIX puede asegurarse que apenas se encontrará en las naciones europeas un judío que cultive con pureza el idioma castellano y que tenga las más ligeras nociones de nuestra literatura. Y sin embargo, no puede menos de confesarse que las letras españolas deben a los judíos no pocas páginas gloriosas, siendo muy sensible la influencia que con su saber ejercieron en el desarrollo de nuestra civilización y cultura.

Mientras así se eclipsaba la raza hebrea oriunda de España, activos como siempre y ansiosos de sacudir la opresión que sobre ellos gravitaba, hacían los judíos de otras naciones considerables esfuerzos para abrirse camino por medio de las ciencias y conquistar la amistad, si no el cariño de los demás pueblos de Europa. Alemania había llegado a ser el centro de la inteligencia y no fueron los judíos los últimos en tomar parte en aquel prodigioso movimiento, que debía producir la filosofía del siglo XIX. Abriéronse, pues, las Universidades a los descendientes de Israel, y aunque no fue desde luego libre la enseñanza para ellos, no pudo menos de reconocerse su influjo en el estudio de las ciencias y sobre todo en el de la medicina que había sido por tantos siglos su exclusivo patrimonio. Esta rehabilitación científica que los judíos alcanzaban en Alemania, no podía por otra parte dejar de imprimir cierto movimiento a la raza hebrea esparcida por toda Europa. Grandes fueron efectivamente los esfuerzos que con dicho ejemplo hicieron los demás judíos para salir del estado de postración en que vivían, aspirando, como consecuencia del nuevo desarrollo intelectual que se inauguraba en casi todas las naciones, a la independencia política, de que siempre habían carecido.

Es un hecho en verdad digno de maduro examen la discusión promovida en el parlamento inglés con el referido propósito, a mediados del siglo XVIII. Pero un hecho que al mismo tiempo que da a conocer el empeño constante de los hebreos para sacudir el yugo que agobiaba sus cervices, pone de manifiesto la aversión con que eran todavía mirados por el pueblo inglés, a cuya vista no pudieron menos de aparecer como peligrosas las concesiones que la Cámara de los lores se disponía a otorgar a la raza proscrita. El pueblo rechazaba toda participación política con aquella desvalida grey, descendiente en gran número de las familias españolas, acogidas en la Gran Bretaña; y ni las amonestaciones de los repúblicos y filósofos, ni la supremacía de la Cámara alta, ni las grandes promesas de los hebreos pudieron mover el ánimo de la Cámara de los comunes, para conceder la rehabilitación política que se le demandaba. Sin embargo, la posición de los judíos no era en Inglaterra ni tan precaria, ni tan peligrosa como en siglos anteriores.

Un sacudimiento de aquellos que trastornan el aspecto de las naciones, dando a las ideas nuevo curso, vino entre tanto a emancipar en Francia a los judíos de la servidumbre en que vivían. Ya desde mediados del siglo habían combatido los filósofos franceses el exclusivismo religioso, tendiendo su mano niveladora a todas las sectas y admitiendo, en su indiferentismo hacia todos los cultos, el principio de la libertad de todos. Los judíos fueron, pues, considerados, durante la república, como hombres libres y como ciudadanos franceses, teniendo en consecuencia participación en todos los derechos políticos que en nombre de la igualdad se habían proclamado. Dejaron de ser considerados como esclavos; aspiraron a todos los cargos públicos, emprendieron

con no escaso éxito todas las carreras, y se abrió por fin ante su vista un nuevo y mas extenso horizonte, arraigándose en ellos la esperanza de una felicidad que buscan en vano por el mundo.

El siglo XIX debía mitigar en parte las calamidades que afligían aun al pueblo proscrito, a pesar de la protección que durante el XVIII había alcanzado en todas las naciones. Dueños de grandes capitales, con libertad civil y con algunas garantías políticas, natural era que aspirasen los judíos a asegurar aquellos derechos conquistados con tanta sangre; natural era que pretendiesen tomar parte en la gran representación de los pueblos. A este punto se han encaminado por tanto todos sus pasos, en lo que va corrido del presente siglo; siendo en verdad digno de tenerse presente que no han sido estériles sus esfuerzos. Inglaterra y Francia dan una prueba palmaria de estas observaciones. En la primera nación se trabaja hoy con arduo empeño por rehabilitar completamente a la raza judaica; apareciendo harto notable el contraste que uno y otro cuerpo del parlamento ingles ofrecen con la conducta observada en el pasado siglo. Aquella poderosa aristocracia que había pugnado por otorgar a los hebreos ciertos derechos políticos, se opone ahora con todas sus fuerzas a su rehabilitación, deseando mantener el *statu quo*, en que viven, y convocando para conseguirlo cuantos elementos pueden en la Gran Bretaña oponerse a la realización de esta idea. La Cámara popular, que con tanta energía había rehusado semejante proyecto en el siglo XVIII, apoyándose en las creencias religiosas del pueblo inglés, parece abogar en la actualidad con gran calor y perseverancia en su apoyo. ¿Cuál será el resultado de esta lucha?²⁷⁹

Entre tanto se abren en Francia todas las puertas a los israelitas y merced al último movimiento republicano, consumado a principios de este año, ocupa ahora el ministerio de Justicia un hebreo distinguido por su saber, representando en el gobierno el principio de la libertad de cultos. M. Adolfo Cremieux que había adquirido una reputación respetable como jurisconsulto, y que en los acontecimientos que han derrocado el trono de Francia, ha jugado un papel importante, trabajará indudablemente con todas sus fuerzas, hasta ver asegurada en su raza la libertad política que hoy ejerce con toda amplitud, al par de los cristianos y de las sectas religiosas. Con Mr. Cremieux subió al poder otro israelita, notable por sus conocimientos rentísticos; pero Mr. Goudchaux no tenía la ambición de su compatriota o no pudo hallar vado a los apuros de la Hacienda; dejando precipitadamente el puesto a donde la revolución le había subido.

Tal es el estado que hoy presenta la raza hebrea en estas dos grandes naciones. Alemania le presta también su protección, dándole el derecho de formar parte de las municipalidades. Es probable que en la nueva Constitución que ha de regir en breve aquel ilustrado imperio, se concedan a los judíos otros derechos políticos. Pero aun cuando en Inglaterra y Francia logre el pueblo hebreo una rehabilitación completa; aunque adquiera en Alemania, con nuevos fueros, entera libertad en la enseñanza; aunque se emancipe en Italia del yugo teocrático; aunque alcance por último en todas partes iguales consideraciones que los demás pueblos, todavía debe advertirse que no acertará a borrar la maldición que pesa sobre su frente; todavía debe observar el filósofo que este pueblo en su afán por ser hombre, olvida lastimosamente que pretende ahogar todos los gérmenes de aquella extraña nacionalidad que le alentó en los días de amargura, y que camina a ciegas, sin que le sea dado salir del círculo en que se agita. El cumplimiento de las santas profecías no puede por tanto ser más exacto. Por que ¿cuál es la consecuencia inmediata de esa rehabilitación tan apetecida, de esa rehabilitación comprada a fuerza de tesoros?... ¿Podrá el pueblo hebreo constituir con los derechos que en cada país se le concedan una nacionalidad única y respetable? ¿Se cumplirá algún día el sueño del incrédulo Juliano, atribuido también a Rotschild en el siglo XIX? Locura sería pensar en que un pueblo envilecido por el espacio de diez y nueve siglos, un pueblo sin patria, sin hogar y sin templo pudiera sacar de cada uno de los países, donde mora la parte necesaria de derechos políticos,

²⁷⁹ La sesión de 25 de mayo del corriente año ha venido a resolver en parte este problema. La Cámara de los lores por una mayoría de 35 votos ha desechado en su segunda lectura el bill relativo a la emancipación política de los judíos; y aunque todavía pudiera Rotshchild abrigar la esperanza de sentarse en el parlamento británico, este golpe lo inhabilita hasta cierto punto, como pretendido representante de la City. Es probable que después de esta votación siga el ejemplo de la alta Cámara la de los Comunes.

para formar con ellos una nación independiente. Pero si este pensamiento no pasa de la esfera de las míseras utopías que hoy despedazan el seno de la humanidad, no es menos imposible la realización del sueño del apóstata. Ya lo hemos dicho, por boca del rey don Alonso el Sabio; mientras mayores sean los intereses que ligen a la raza hebrea con las naciones en que habita; mientras mayores sean los lazos de gratitud que la unan a los demás pueblos; más se aleja del fin a que aspira, mas se confirma el castigo del gran crimen consumado en el Golgota, sin que le sea posible lavar la sangre que echó sobre sí y sobre sus hijos. La dispersión del pueblo hebreo no es un acontecimiento que como la esclavitud de Polonia, depende de la voluntad de los hombres. Es sí la consumación de las profecías, el cumplimiento de la palabra de Dios; y en vano pugnará el pueblo deicida por substraerse a aquel inmutable decreto. Se arrastrará por el mundo, ostentando un forzado cosmopolitismo, cuyas raíces no profundizan en su pecho; vivirá a merced de las demás naciones, y como en la edad media, trocará el fruto de sus tareas científicas y comerciales por algunos privilegios y derechos, tan precarios como la necesidad que los dispensa o los vende.

Esta es la suerte que a pesar de todos los esfuerzos, de todos los triunfos alcanzados por los israelitas, está reservada a tal pueblo; siendo digno de notarse que aun en medio del movimiento que agita a la Europa; cuando se levantan los pueblos oprimidos del Norte a reclamar sus derechos políticos; cuando los reyes admiten el principio de la soberanía nacional, son asaltadas en muchas poblaciones las casas de los judíos, desapareciendo sus riquezas y ardiendo sus tiendas, como en los siglos XIII y XIV ardían en Toledo, Sevilla y Barcelona. Y no sirve que en Viena acudan al Estado con 1.086.000 florines, ni que se alisten en Roma para defender la independencia de Italia, ni que en Francia lleguen a la cumbre del poder y de la magistratura, ni que en Inglaterra lleguen a formar parte del parlamento. Donde quiera que existan, allí estarán las sospechas que infunden a los demás hombres, allí estará la sombra fatal que los cobija; allí la maldición que agobia sus frentes.

Dispensando, pues, su amparo y protección a los judíos, las demás naciones de Europa han cumplido los decretos venerandos de la Providencia. Los han tratado como a hombres; pero como a hombres que no pueden vivir en absoluta independencia; como a pueblo que no puede tener en mitad de los otros pueblos representación propia. Se han utilizado sus importantes servicios, se han dispensado honores y distinciones a los más sabios o a los más ricos: lo mismo sucedió en España en el largo período de los tiempos medios, desempeñando los judíos la administración de la hacienda pública, poseyendo los tesoros del fisco y hasta gozando el privilegio de batir moneda en nombre de los reyes. Su influencia era, sin embargo, más sensible y más necesarios sus servicios en aquella edad de hierro; ahora todo el mundo estudia, todo el mundo investiga, todo el mundo aprende; entonces era ocupación baladí el cultivo de las ciencias, y las artes industriales estaban en manos de la raza hebrea. Por estas razones, que no deben perderse de vista, cuando se trata de razas distintas, y que viven en unas mismas ciudades con diferente religión y diversas costumbres, se comprenderá por último que la situación de los judíos, si bien no tan precaria como en otros tiempos, no es tan satisfactoria para ellos, como parece a primera vista, ni tienen un porvenir tan risueño, como algunos estadistas han llegado a figurarse.

Entre los fenómenos que presenta la historia del judaísmo, no es por cierto el de menor consideración el verlos pasar por tantas y tan sangrientas calamidades, sin que se haya nunca disminuido el número total de esta raza, contándose en la época en que vivimos igual suma de familias que en el tiempo de Tito, y en los días de su mayor desventura. «Es maravilla —dice un autor que en otro lugar citamos— que en reino tan limitado, donde ha tantos tiempos que huyen tantos (que ya cuando Alonso de Albuquerque entró en la India topó en ella judíos portugueses, venidos por la vía del Cairo, quemando tantos, matando tantos y acogiendo tantos), no haya sucedido bastante a los acabar; antes parece que, como la fabulosa serpiente de Hércules, cada cabeza que cortan da siete, y da setenta.» Y esto que era relativo en el siglo XVII al reino de Portugal, podía aplicarse entonces, y con más razón en nuestros días, a las demás naciones. ¿Qué significa, pues, este fenómeno?... Cualquiera otro pueblo, lanzado de sus hogares por el hierro y por el fuego, otro pueblo que hubiera sufrido tantas y tan crueles persecuciones; que hubiese en todas partes

excitado las sospechas y el odio de todos los hombres; que hubiera arrastrado finalmente una existencia tan precaria, habría indudablemente desaparecido entre las demás naciones, o perdido al menos su particular carácter, adquiriendo por tanto nueva fisonomía, o confundiéndose con las razas sus dominadoras. Pero el pueblo de Israel se hallaba fuera de la ley común impuesta a las demás generaciones: Europa había sufrido la invasión de los pueblos del Norte; todas aquellas razas, dotadas de tanta robustez y juventud, habían acabado por admitir la religión, los hábitos y costumbres de las naciones donde habían fijado sus vencedoras plantas. Sólo el pueblo deicida debía vivir separado de los hombres; sólo el pueblo deicida debía conservarse esparcido por el mundo, sin que bastasen a extinguirle cuantas calamidades llovían sobre su frente, porque escrito estaba que ha de llegar así a la consumación de los siglos. Y para que los decretos de la Providencia fuesen más augustos y tremendos, debía el pueblo de Israel conservarse íntegro, al pasar por tan amargas pruebas, sin que abrigara la remota esperanza de acabar con su existencia los tormentos a que se hallaba condenado.

Poniendo ya término a nuestras tareas, resumiremos cuanto va dicho, manifestando que en nuestro concepto quedan suficientemente probadas las observaciones que en nuestra *Introducción* hicimos, respecto de la raza hebrea que moró en la península ibérica, desde los primeros siglos del cristianismo hasta el año de 1492. Ni los judíos españoles son dignos del odio que les ha profesado siempre la muchedumbre, ni sus trabajos literarios merecen la desdeñosa indiferencia con que han sido vistos hasta nuestros días por casi todos los críticos. Tiempo era ya de que se entrase en este anchuroso y fecundísimo campo, donde apenas se descubre la huella de los cultivadores; tiempo era de que desechando añejas preocupaciones, se hiciera justicia a tantos y tan esclarecidos ingenios, como produjo en España la raza hebrea. A este propósito hemos encaminado, pues, todos nuestros esfuerzos. No creemos, sin embargo, haber llenado completamente el vacío inmenso que presentaba, respecto de este punto, nuestra historia literaria; no tenemos tampoco la presunción de haber hecho una obra perfecta. Los hombres entendidos, que conozcan las dificultades que hemos vencido afortunadamente, sabrán también mirar con indulgencia los errores en que hayamos caído en nuestros juicios; pudiendo al par servirnos de disculpa lo poco trillado de las sendas que hemos recorrido.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 571 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Brasil y las colonias portuguesas*
- 570 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Historia de Portugal*
- 569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
- 568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
- 567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*. Seguido de *El crimen de Woodrow Wilson*
- 566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*

- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó, *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*

- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
- 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
- 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
- 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
- 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
- 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
- 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
- 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
- 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
- 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
- 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
- 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
- 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
- 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
- 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
- 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
- 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
- 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
- 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
- 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
- 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
- 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista (6 tomos)*
- 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
- 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
- 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
- 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
- 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
- 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
- 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
- 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
- 444 Publilio Siro, *Sentencias*
- 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
- 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
- 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
- 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
- 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
- 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
- 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
- 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
- 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
- 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
- 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
- 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
- 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
- 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
- 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*

- 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
- 427 Georges Desdèvis du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
- 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
- 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
- 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
- 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
- 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
- 404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
- 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
- 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
- 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
- 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
- 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
- 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
- 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
- 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
- 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*

- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
- 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
- 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*

- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis*. Mapas y vistas urbanas
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas*. Prólogos de *Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló*. Diálogo de la guerra en España
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos* (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo* (Anti-Kautsky)
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano* (artículos y discursos, 1930-1932)
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry* (Selección de las miniaturas)
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal*. Los mapas
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum* (selección de los grabados)
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra*. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931*.
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana*. Láminas.
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón*. Diario de un niño
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada*. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra...* (1793-1795)
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia*. Lo que yo vi
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán*. Su aspecto político...
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII*. El fin de la hegemonía hispánica
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*

- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prospér Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquín Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*

- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*

- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*

- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*

- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*

- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)